Laura Montañá

Caminos Opuestos



Caminos Opuestos

Laura Montañá

Copyright © 2026 Laura Montañá

Título: Caminos Opuestos
© [2026] [Laura Montañá]
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).
Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.
Primera edición: 2026
Diseño de cubierta: Andrea Parrilla
Maquetación: Lydia Alonso
Edición: Nani Bueno
ISBN: 978-84-09-89281-5

Para quienes escondieron sus heridas bajo una armadura perfecta,
esperando a alguien que no tuviera miedo de acariciarlas.

Nota de la autora

Antes de que te sumerjas en las páginas de esta novela, me gustaría contarte un par de cosas importantes sobre lo que tienes entre las manos.
Este es el segundo libro de la serie *Caminos*. La trama de ambos está cerrada y se pueden leer de forma independiente, pero, si quieres saber más de otros personajes los podrás encontrar en los demás libros de la serie, así podrás disfrutar mucho más de la evolución de los personajes, entender mejor sus matices y descubrir los lazos que se crearon en la entrega anterior.

Esta es una historia de luces, pero también de sombras. Por ello, creo que es mi responsabilidad avisar de que el libro contiene escenas que podrían herir la sensibilidad de algunos lectores. En sus páginas encontrarás:

- Escenas de violencia física familiar maltrato.
- Escenas de sexo explícito (+18).

Si crees que estos temas pueden afectar tu sensibilidad o ser un problema para ti, por favor, lee con precaución o elige el momento adecuado para hacerlo. Tu bienestar va siempre primero.

A los que decidáis cruzar este umbral, solo me queda daros las gracias por vuestro tiempo y apoyo. Esta novela nace de un lugar muy intenso y honesto. Espero de todo corazón que la historia de Nevan y Aria, con todas sus grietas, sus promesas frente al lago y sus cicatrices, os atrape y os llegue muy profundo al corazón.

¡Feliz lectura!

Prólogo

Nevan

Pasado

El pasillo era gigante, gris y súper aburrido. Estaba harto de esperar a que los mayores terminaran de hablar de sus cosas serias, porque siempre tardaban mil horas. Para no cansarme, iba caminando despacio y arrastrando los pies por el suelo. Tenía mi libreta de dibujos bien agarrada contra el pecho y mi lápiz un poco mordido en la mano. Cuando no sabía qué hacer, me ponía a dibujar monigotes.

De repente, oí un sonido. No era un ruido de la calle ni de los mayores. Era música. Sonaba como de juguete, muy bonita, y parecía que venía del fondo del pasillo.

Caminé despacio, sin hacer ruido con los zapatos, para ver qué era. Llegué hasta una puerta de madera que estaba un poco abierta, dejando un hueco pequeño. Me arrimé a la pared y me asomé por la puerta.

Allí dentro había una niña. Era un poco más pequeña que yo y tenía el pelo muy rubio y brillante. Llevaba un vestido rosa que parecía una nube y que tenía un montón de lazos de tela por todos lados: en los hombros, en la tripa y hasta arriba, en la cabeza.

Estaba intentando bailar; daba vueltas y vueltas, levantando los brazos como si fuera un pájaro, pero tropezaba y tenía que dar un paso rápido de lado para no acabar en el suelo. Pero no lloraba; se colocaba el vestido y volvía a empezar.

Me quedé mirándola atontado, con la boca un poco abierta. Era súper guapa. De repente, me entraron unos nervios muy raros en

las manos y se me pusieron un poco sudadas. El corazón me empezó a hacer pum-pum muy rápido.

Entonces, la niña dio una vuelta muy grande y me vio por el agujero de la puerta. ¡Me había pillado!

Quise salir corriendo, pero mis piernas no se movieron. Ella caminó hacia mí dando saltitos, abrió la puerta del todo y se me quedó mirando con la cabeza de lado. Tenía los ojos verdes, unos ojos muy, muy bonitos.

—¿Qué haces ahí escondido? — preguntó.

Su voz era muy aguda y cantarina, como si fuera un dibujo animado. Cuando me habló, sentí una cosa muy extraña, como si me estuvieran haciendo cosquillas por dentro de la tripa.

Me puse muy colorado y me rasqué la cabeza con el lápiz porque me dio mucha vergüenza. Miré al suelo, luego a su vestido y apunté con el dedo a uno de los adornos de su hombro.

—Me... me gustan tus lazos —susurré.

La niña abrió mucho los ojos, se puso muy contenta y se agarró la falda rosa para dar otra vuelta y presumir.

—¡A mí también! —dijo dando un saltito—. Mi mamá dice que parezco una princesa. ¿Tú cómo te llamas?

—Nevan —respondí, dando un paso dentro de la sala porque ya no tenía tanto miedo.

—Yo soy Aria —contestó, y me enseñó su mano que era muy pequeña—. ¿Quieres ver cómo sé girar tres veces seguidas sin marearme?

Asentí con la cabeza y me senté en el suelo con mi libreta para verla bailar, pensando que el pasillo gris de fuera ya no importaba nada.

Aria se puso en medio de la sala, estiró los brazos hacia los lados y empezó a girar sobre sus pies. Uno, dos y tres. Se quedó quieta de golpe y, como por arte de magia, no se cayó ni un poquito. Me miró

con una sonrisa gigante y me hizo un gesto con la mano para que me levantara del suelo.

—¡Ahora te toca a ti! —gritó, dando unos saltitos que hicieron que todos sus lazos se movieran—. Venga, Nevan, ¡es súper fácil!

A mí me dio muchísima vergüenza, pero no quería que pensara que era un cobarde. Dejé mi libreta y el lápiz con cuidado en el suelo, me levanté y me puse a su lado. Abrí los brazos como si fuera un avión y empecé a dar vueltas. En la primera vuelta todo iba bien, pero en la segunda, el suelo y las paredes se volvieron locos. Todo empezó a dar vueltas rapidísimo, como una peonza. Y cuando quise dar la tercera vuelta, mis piernas se enredaron solas y caí de culo contra la madera. ¡Pum!

Aria se tapó la boca con sus manos pequeñas y soltó una carcajada, que sonó como una musiquita alegre. Yo me quedé sentado en el suelo, un poco mareado y viendo todo doble, pero verla tan feliz me hizo mucha gracia y me puse a reír con ella. Nos reímos tanto y tan fuerte que al final me terminó doliendo la barriga.

Cuando nos calmamos, Aria se sentó en el suelo justo a mi lado, estirando su vestido rosa para no mancharlo.

—Eres un poco torpe, Nevan —bromeó, mirándome con sus ojos verdes enormes —. Yo es que practico mucho todos los días en mi casa. Tengo siete años, así que ya soy muy mayor.

Inflé el pecho de aire, sintiéndome el chico más importante del mundo, y me sacudí el polvo de los pantalones.

—Pues yo tengo ocho —dije, sonriendo con mucho orgullo—. Así que soy más mayor que tú y gano.

Ella arrugó la nariz de una forma muy divertida y se rio. Nos quedamos allí sentados durante un buen rato, hablando de nuestros dibujos animados favoritos, de los helados de fresa y de las cosas del campamento, olvidándonos por completo de que los monitores nos estaban buscando.

Ese día, aunque todavía era un niño de ocho años que solo pensaba en jugar, fue el primero de muchos veranos que pasé corriendo de un lado a otro con esa pequeña niña de ojos verdes y pelo rubio. Nos volvimos inseparables. Cada vez que salía el sol de junio, ya estaba buscando sus lazos rosas por todas partes. No sabía cómo explicarlo, pero muy dentro de mi corazón de niño, sabía a ciencia cierta, que Aria iba a ser alguien muy importante en mi vida. Fuimos muy felices compartiendo juegos, travesuras y secretos, ajenos al dolor del mundo exterior, hasta que la realidad nos golpeó de repente.

Llegó un verano gris y triste, justo el año en el que cumplí los doce años. Ese fue, sin que ninguno de los dos pudiera hacer nada para evitarlo, el último verano que la vi, dejando mi libreta llena de garabatos y mi vida por completo a oscuras antes de que el destino decidiera volver a cruzar nuestros caminos.

Capítulo 1

Aria

Presente

Cinco horas metida en el coche para terminar en un pueblo que, hasta hace tres días, ni siquiera sabía que aparecía en el mapa. Si mi madre descubría que había dejado los ensayos para esto, era problable que organizara un funeral anticipado para mi carrera como bailarina. Me recordaría, con esa voz gélida suya, que una profesional no pierde el tiempo.

Pero, para ser sincera, en ese momento me daba bastante igual, porque Elara estaba delante de mí llorando de emoción.

—¡Sienna! ¡Aria!

No me dio tiempo ni a reaccionar. Elara se lanzó hacia nosotras con un impulso ciego, y de repente, estábamos las tres abrazadas en medio del salón como si el tiempo hubiera retrocedido años. Saltando. Chillando. Riéndonos como auténticas idiotas mientras nos apretamos con fuerza. Su larga melena castaña, que olía al champú de coco de

siempre, se nos enredó a Sienna y a mí entre las manos y las caras durante el vaivén del abrazo.

Durante unos segundos, todo volvió a sentirse igual que antes. Antes de que su exnovio la aislara del mundo, de que dejara de contestar nuestros mensajes. Antes de que Sienna y yo pasáramos meses con el corazón en un puño, preguntándonos qué demonios había pasado con nuestra mejor amiga.

—¡No me puedo creer que estéis aquí! —exclamó Elara cuando por fin logramos separarnos lo suficiente para tomar aire. Se limpió una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano, mirándonos con esos ojos marrones tan dulces y brillantes que tanto habíamos echado de menos.

—¿De verdad creías que íbamos a perdernos tu veintitrés cumpleaños? — pregunté. La agarré por los hombros y la zarandeé suave, obligándola a mirarme a los ojos para asegurarme de que estaba bien.

Sienna apareció por el otro lado del abrazo, asomando la cabeza rodeada por esa melena negra densa y oscura que siempre contrastaba con su piel. Lucía esa sonrisa traviesa y afilada que la caracterizaba.

—Tu novio buenorro nos invitó para que te diéramos la sorpresa —añadió guiñando un ojo de ese azul tan magnético que era capaz de convencer a cualquiera de cometer una locura—. ¿No es monísimo?

Elara soltó una carcajada que terminó convirtiéndose en un nuevo amago de lágrimas. Me quedé observándola un momento en silencio, sintiendo una mezcla punzante de alivio y nostalgia. La había echado muchísimo de menos. Más de lo que me había permitido admitir en mitad de mi rutina asfixiante.

Eiden apareció entonces por el pasillo. Avanzaba con esa zancada tranquila y segura suya, luciendo una sonrisa de esas que parecen capaces de arreglar cualquier desastre emocional con solo existir. El pelo, negro como el carbón, le caía un poco rebelde sobre la frente, enmarcando unos ojos de un azul intenso y limpio.

—Me parece que no va a haber cena romántica —dijo con una mueca divertida, deteniéndose a nuestro lado—. Pero espero que te guste la sorpresa, princesa.

Elara se lanzó a su cuello sin pensarlo, colgándose de él. Sienna y yo intercambiamos una mirada de complicidad, dando un paso atrás para dejarles espacio.

—Dios, sois adorables —comentó Sienna, fingiendo una arcada dramática.

—Como una película romántica de Netflix —añadí yo, cruzándome de brazos mientras sonreía.

Pero antes de que la escena pudiera ponerse todavía más empalagosa, una sombra alta apareció por detrás de Elara. Unos brazos fuertes la rodearon por la cintura y la levantaron del suelo como si no pesara más de diez kilos.

—¡Felicidades, preciosa!

Elara soltó un grito ahogado entre risas, pataleando en el aire.

—¡Nevan! —chilló—. ¡Bájame ahora mismo o me vas a desmontar!

Él la dejó en el suelo después de darle una vuelta completa en vilo, soltando una carcajada limpia que contagió al resto. Todo el mundo volvió a reír a su alrededor. Yo también obligué a mis labios a curvarse en una sonrisa. O eso creo. Porque en realidad, en ese preciso instante, mi cerebro se había quedado encallado en una sola palabra.

Nevan.

No reaccioné de inmediato. Ni siquiera me atreví a girar la cabeza hacia él. Me quedé inmóvil, rígida

como una estatua, mientras algo pequeño, molesto y muy cálido empezaba a removerse en algún rincón prohibido de mi memoria.

Nevan.

«Es un nombre bastante normal», me dije, intentando calmar el vuelco que me había dado el estómago. Bueno… quizá no tan normal. Pero tampoco era como si fuera el único habitante del planeta que se llamaba así. Además, habían pasado doce años, la probabilidad de que el tío que acababa de levantar a Elara fuera «ese» Nevan era ridículamente pequeña. Estúpida, incluso.

Aun así, mis ojos terminaron buscándolo de reojo, desobedeciendo mis propias órdenes.

Estaba de espaldas a mí en ese momento, hablando con Eiden y otro chico moreno al que no conocía. Gesticulaba al hablar, moviéndose con esa soltura despreocupada de quien parece sentirse el puto amo de la barraca en cualquier sitio donde pise.

Rubio. Muy rubio.

Tragué saliva despacio, sintiendo la garganta seca. No podía ser.

Sacudí un poco la cabeza, parpadeando con fuerza para concentrarme en la fiesta. El ambiente había explotado por completo a nuestro alrededor. La

música sonaba más fuerte, las luces de verbena que habían colgado por todo el jardín iluminaban la noche con un tono cálido y la gente se movía entre el salón y la terraza con las copas en la mano.

Elara seguía riendo con Eiden mientras Sienna comentaba algo a mi lado en un tono entusiasta, pero yo apenas la escuchaba. Tenía un pitido en los oídos. Y, entonces, como si el universo tuviera un sentido del humor particular y cruel, el chico rubio giró un poco la cabeza mientras hablaba con su amigo.

Solo fue un segundo. Un maldito segundo. Pero fue suficiente.

Ojos azules. Azules de verdad, de los que te clavan al sitio. No ese grisáceo y apagado que depende de la luz del día. Azules como el cielo de pleno verano. Como el lago del campamento.

Mi corazón dio un salto traicionero dentro del pecho, golpeándome las costillas.

«No. Imposible.»

Aparté la mirada de golpe, clavándola en el suelo antes de que pudiera pillarme mirándolo. Porque si giraba la cabeza del todo… Si esos ojos se clavaban en los míos… Entonces iba a tener que enfrentarme a la posibilidad de que el universo acabara de

jugarme la broma más pesada de mi vida. Y sinceramente, con la que ya tenía encima con el ballet, no tenía el cuerpo para abrir semejante melón emocional en mitad de un cumpleaños.

Le di un trago largo a mi bebida, intentando adoptar una postura relajada y natural. Fracasé de manera estrepitosa. Mis hombros seguían rígidos y, cada pocos segundos, mis ojos volvían a desviarse hacia él de forma magnética. Como si mi cerebro necesitara comprobarlo otra vez. Y otra. Y otra.

Hasta que al final solté el aire despacio por la boca y me incliné un poco hacia las chicas, rompiendo la distancia.

—Vale… —murmuré, bajando la voz para intentar sonar casual mientras señalaba con disimulo el jardín —. Ese rubio que está hablando con Eiden… —Hice una pausa deliberada, fingiendo que miraba el hielo de mi vaso como si no me importara demasiado. Pero por dentro, mi corazón se había detenido, esperando una respuesta con tanta urgencia que me asustó—. ...¿Quién es? —terminé mi pregunta.

Sienna no tardó ni medio segundo en seguir mi línea de visión. Sus ojos se entrecerraron con picardía.

—Ya ves. ¿Cómo es que no nos habías hablado de él antes, Elara? —preguntó con una sonrisa divertida,

dándole un codazo flojo a la cumpleañera—. ¿Está soltero? ¿Tiene dueño?

Ivelle, amiga de Elara, soltó una pequeña risa, tapándose la boca con una mano salpicada de pecas antes de dar un sorbo a su copa. El brillo de las bombillas del jardín hacía resaltar el tono encendido de su melena pelirroja.

—Nevan —respondió, mirándome con unos ojos verdes llenos de curiosidad al notar mi interés—. El rubio en cuestión se llama Nevan.

Mi estómago se encogió de una forma extraña, pero me obligué a mantener la expresión neutral, como si me hubieran esculpido en mármol. No. No podía ser él. Los cuentos de hadas y las casualidades estúpidas no me pasaban a mí.

Ivelle continuó hablando, ajena al pequeño terremoto que acababa de desatar dentro de mi cabeza.

—Está más loco que una cabra, la verdad; pero sí, está soltero. No sé ni cómo, porque atrae miradas por donde pasa. Aunque es buen chico, un trozo de pan.

Volví a mirar hacia Nevan, casi de forma inconsciente. Y, en ese maldito momento, el chico levantó la cabeza. Nuestras miradas se cruzaron. Mi

corazón dio un vuelco absurdo, un golpe seco que me dejó sin aire. Doce años cambian el cuerpo de una persona, la hacen más robusta, más adulta, pero hay detalles que el tiempo no puede borrar: Como esa forma tan suya de inclinar la cabeza hacia un lado cuando presta atención, o la media sonrisa canalla que le aparece en la comisura de los labios medio segundo antes de soltar una tremenda estupidez… Era él. Joder, era mi Nevan.

Aparté los ojos de golpe, sintiendo que las mejillas me quemaban bajo el maquillaje. Si me seguía mirando un segundo más, notaría cómo me temblaban las manos. No quería hacer frente a aquello, no allí, no rodeada de gente.

Respiré hondo, llenando los pulmones de aire frío, y me volví hacia las chicas con toda la dignidad que pude reunir.

—Parece interesante —murmuré, forzando una voz modulada.

Sienna arqueó una ceja de inmediato, y supe que la había cagado. Su sonrisa se volvió peligrosa, de las que tramaban algo.

—Interesante, ¿eh? —repitió con tono burlón. Dio un paso hacia mí—. ¿Quieres conocerlo?

Me encogí de hombros, intentando mantener la fachada de frialdad y desinterés.

—Quizá más tarde —dije, restándole importancia con un gesto de la mano.

Intenté integrarme en la conversación, de verdad que lo hice. Escuché a Sienna hablar de no sé qué ropa y a Elara reír, pero mi mente ya no estaba allí. Estaba a unos metros, fija en la espalda del chico rubio. Así que, tras un par de minutos de tortura, suspiré de forma inaudible y me alisé la falda del vestido con las palmas de las manos para calmar el cosquilleo.

—Creo que voy a ir a averiguar más sobre ese chico —anuncié, enderezando la espalda.

Sienna ensanchó su sonrisa de par en par, dándome un empujoncito en el brazo.

—Ve a por todas, tigresa.

Ignoré su comentario y caminé, intentando parecer segura, en su dirección. Con cada paso que daba sobre el césped, mis tacones se hundían un poco y mi corazón latía con fuerza, retumbando en mis oídos.

Cuando me planté justo delante de él, Nevan se calló a mitad de una frase. Las palabras le murieron en la

boca. Sus ojos se abrieron un poco más de lo normal, fijándose en mí, y por el leve parpadeo de sus pestañas supe que tampoco estaba preparado para encontrarme allí.

Me obligué a respirar hondo para que no se me cortara la voz, y fui directa al grano.

—¿Podemos hablar?

Parpadeó una vez más, sus ojos fijos en mi rostro, como si su cerebro necesitara procesar que la niña del campamento estaba subida a unos tacones frente a él. Acto seguido, se pasó una mano por la nuca, revolviéndose el pelo rubio y despeinándolo todavía más de lo que ya estaba.

—Eh… sí, claro —respondió.

Su voz sonó grave, arrastrada y parecía relajada, pero la rigidez de su mandíbula me decía que no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

Nos alejamos unos pasos del grupo sin decir nada, internándonos en una zona más apartada del jardín. Allí, el retumbar de la música llegaba amortiguado y las bombillas colgadas de los árboles proyectaban sombras suaves y alargadas sobre nosotros.

Durante un largo momento, el silencio se instaló entre los dos. Y eso era muy raro, porque el Nevan

que guardaba en mis recuerdos no se quedaba callado ni aunque lo mataran; era incapaz de pasar más de diez segundos sin soltar una tontería.

Aproveché la penumbra para mirarlo con más atención. Estaba más alto, sin duda alguna. Mucho más. Tenía los hombros más anchos, la mandíbula firme y marcada por una barba de pocos días, y varios tatuajes de tinta negra le ascendían por los brazos, perdiéndose bajo las mangas de la camiseta. Detalles que, como era normal, no estaban en el campamento.

Pero entonces, una sonrisa torcida, algo pícara, asomó en la comisura de su boca. Una sonrisa idéntica a la de hace doce años.

Volví a tomar aire, armándome de valor. «Venga, rápido y sin rodeos».

—¿Te conozco de algo?

Capítulo 2

Aria

Durante un segundo pareció muy confundido, pero la vacilación le duró un suspiro. Luego, esa sonrisa suya tan característica se ensanchó de golpe. Ladeó un poco la cabeza, clavando sus ojos azules en los míos, y apoyó el peso del cuerpo en una sola pierna con una soltura que me resultó insufrible.

—Pues no lo sé, bombón… —soltó, guiñandome un ojo sin pizca de vergüenza—. ¿Te sueno de algo?

Lo fulminé con la mirada, apretando los dientes. Era igual. Doce años después y el muy idiota seguía teniendo ese talento natural para tocarme las narices en apenas cinco segundos.

Sin embargo, el impacto físico de tenerlo tan cerca hizo que mi cerebro terminara de encajar las últimas piezas del puzle: los ojos, la sonrisa canalla, el descaro… Todo encajaba.

—Eres tú… —murmuré sin aliento.

Él no respondió de inmediato. Se limitó a observarme desde su altura, recorriéndome la cara con la mirada como si quisiera asegurarse de que yo había llegado a la misma conclusión que él. Poco a poco, su expresión cambió. La mueca burlona se suavizó, volviéndose un poco más cálida.

—Vaya —dijo por fin, bajando el tono de voz—. Pensé que iba a tener que esforzarme más para que te acordaras de mí.

Negué con la cabeza despacio, asimilando la situación.

—No puede ser.

—Oye, eso no suena muy prometedor —reprochó, arqueando una ceja.

—Porque no puede ser —repetí, cruzándome de brazos para protegerme del frío de la noche y de la intensidad de su mirada—. Han pasado doce años, Nevan.

—Más o menos —coincidió, encogiéndose de hombros con una indiferencia total—. Pero quién lleva la cuenta.

Lo miré un segundo más, incapaz de apartar los ojos de él. Y cuanto más lo observaba, más detalles del pasado salían a la superficie bajo su nueva fachada

de hombre: su forma descarada de moverse, la manera en que levantaba una ceja cuando hablaba, como si guardara un secreto; incluso ese gesto tan suyo de rascarse la barbilla con el pulgar mientras esperaba una respuesta.

Era él. Más mayor. Pero, sin duda, era él.

Le dediqué un repaso de arriba abajo, esta vez sin disimular lo más mínimo, fijándome en la anchura de sus hombros bajo la camiseta.

—Has crecido —solté. En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Sonó tan estúpido.

Nevan, en cambio, soltó una pequeña risa ronca que me vibró en el pecho.

—Gracias, Morgan. Intento alimentarme bien —vaciló, usando mi apellido.

Puse los ojos en blanco de forma automática, aunque sentí que las mejillas me ardían.

—Ja. Ja. Qué gracioso.

Él sonrió de lado, relamiéndose el labio inferior como si hubiera conseguido la reacción que buscaba.

—Gracias —añadió con falsa modestia, inclinando la cabeza—. Llevo doce años perfeccionando el repertorio para cuando volvieras a cruzarte en mi camino.

Negué con la cabeza divertida, a mi pesar. Una pequeña sonrisa se escapó de mis labios antes de que pudiera contenerla por completo.

—No me puedo creer que seas tú de verdad.

—Eso es porque todavía no me has visto escalar el tejado de un granero después de cascarme tres cervezas —respondió, dándole un trago a la botella que sostenía.

Lo miré, entrecerrando los ojos con incredulidad.

—¿Qué?

Él se limitó a encogerse de hombros, apoyando el pulgar en el bolsillo de los vaqueros, bastante tranquilo.

—Es una historia larga.

—Me temo lo peor, viniendo de ti.

—Haces bien —aseguró con un brillo divertido en los ojos.

Un pequeño silencio se instaló entre los dos, pero no resultó incómodo. Era más bien una pausa cargada de curiosidad, de evaluación mutua; como si ambos estuviéramos intentando procesar y acostumbrarnos a esta versión adulta del niño que dejamos atrás en aquel campamento. Doce años es una puta barbaridad de tiempo para una persona y, al mismo

tiempo, mirándolo allí de pie frente a mí, sentía que nada había cambiado.

Nevan levantó la cerveza, contempló el cuello de la botella un instante y luego volvió a clavar sus ojos en los míos.

—Vale —anunció, rompiendo el silencio—. Esto no está funcionando.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿El qué?

Hizo un gesto amplio con la mano libre hacia el resto del jardín, señalando el jaleo de la música, las conversaciones cruzadas y a la gente que se movía emborrachándose entre las mesas.

—Intentar ponernos al día en medio de una fiesta. Hay demasiado ruido.

—Técnicamente no nos estamos poniendo al día —puntualicé, irguiendo la espalda.

—Exacto. Y tenemos doce años que cubrir —replicó dando un paso hacia delante e invadiendo mi espacio —. Hay que ponerle remedio.

Solté una risita sintiendo un cosquilleo extraño en el estómago.

—No creo que una sola noche sea suficiente para tanto.

—Pues empezamos ahora mismo y vemos hasta dónde llegamos, bombón.

Se terminó la cerveza de un último trago largo, moviendo la manzana de Adán de una forma que me obligó a tragar saliva. Luego, dejó la botella vacía sobre una mesa de plástico cercana.

—Voy dentro a por más —añadió, señalando la casa con la cabeza.

Levanté una ceja, divertida por su actitud.

—¿Esa es tu solución para todo?

—Para las conversaciones importantes, desde luego que sí.

—Eso explica muchas cosas —comenté, cruzándome de brazos.

Él inclinó un poco la cabeza, estudiándome con una expresión cargada de picardía que me erizó la nuca.

—¿Vas a quedarte aquí fuera interrogándome con la mirada o vienes conmigo?

—No te estoy interrogando —protesté, dando un paso al frente.

—Todavía no—matizó.

Suspiré, fingiendo molestia, aunque mis pies ya se movían solos siguiendo sus pasos hacia el interior de la casa.

Dentro, el ambiente era mucho más cálido, denso y saturado de risas y conversaciones cruzadas. La música retumbaba con fuerza contra las paredes y varias personas abarrotaban la cocina, improvisando lo que parecía una competición de cócteles bastante cuestionable y caótica. Nevan avanzó entre los invitados con una soltura envidiable, saludando a un par de tíos con un toque en el hombro, como si conociera cada rincón y a cada persona de aquel lugar.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó, agachándose para abrir la nevera.

—Si eso es lo único que sabes ofrecer para convencer a una dama… —provoqué, apoyándome en el marco de la puerta.

—Oye, no critiques la hospitalidad de Windale antes de probarla — advirtió mirándome de reojo mientras sacaba dos botellas frías.

Se enderezó y me tendió una de ellas. Al cogerla por el cuello de cristal, la yema de sus dedos rozó la palma de mi mano. Fue solo un contacto fugaz, un milisegundo de calor, pero resultó suficiente para

que, por algún motivo estúpido que me negaba a admitir, mi cerebro se concentrara por completo en la textura de su piel.

Me obligué a apartar la mirada y abrí la botella apoyando la chapa contra el borde de la encimera, dándole un golpe seco con la mano.

—Entonces… —comencé, dándole el primer sorbo al líquido amargo antes de clavar los ojos en los suyos —. ¿Siempre has vivido aquí?

Nevan se apoyó contra la encimera de madera que quedaba justo frente a mí. Cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo que sus bíceps se marcaran bajo la tela, y pareció pensárselo un segundo antes de responder.

—La mayor parte del tiempo, sí —admitió.

—¿La mayor parte? —repetí captando el matiz.

—Hubo un par de intentos de escapar —soltó con total naturalidad, como si hablara del tiempo.

—¿En serio? —Me incliné un poco hacia delante, intrigada.

—Sí.

—¿Y qué pasó?

Se encogió de hombros, desviando la mirada hacia la ventana un instante antes de volver a mí.

—Resulta que Windale tiene una habilidad especial para arrastrarte de vuelta a casa cuando intentas marcharte.

Lo observé en silencio durante un momento. Había algo en la forma en la que había hablado. Su tono sonaba ligero, casi despreocupado, pero su mirada se ensombreció un milisegundo. Había un trasfondo amargo ahí debajo. Sin embargo, antes de que pudiera rascar un poco o hacer alguna pregunta, señaló el cuello de mi botella con la barbilla, cambiando de tema.

—Tu turno.

—¿Mi turno? —pregunté imitando su postura y apoyándome en la encimera contraria, cruzando una pierna sobre la otra.

—Sí, han pasado doce años, Morgan. Tendrás algo interesante que contarme, digo yo.

Me acomodé, sosteniendo el frío del cristal contra mis dedos.

—No sé si interesante es la palabra exacta.

—¿Qué pasa? ¿Es aburrido? —se burló con un brillo desafiante.

—Oye, tampoco te pases —advertí apuntándole con la botella.

Él levantó las manos con las palmas al frente, simulando rendición.

—Solo pregunto.

—Bailo —solté de golpe. Dejé que la palabra flotara entre los dos, el peso de mi carrera, de mi madre y de mis horas de dolor concentradas en esa única palabra—. Me dedico al ballet profesional.

Las cejas de Nevan se elevaron de golpe, y toda la burla desapareció de su rostro por un instante.

—Eso sí que lo recuerdo —dijo con una voz más suave.

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios antes de que pudiera frenarla.

—¿Ah, sí?

—Claro. —Tomó un sorbo de su cerveza, manteniendo los ojos fijos en los míos sobre el borde del cristal—. La niña que bailaba en aquella sala como si el resto del mundo hubiera dejado de existir.

Mi estómago dio un vuelco inesperado, un golpe seco que me subió por la garganta. Me quedé sin saber qué decir durante un segundo. No me

esperaba para nada que se acordara de aquello. Que se acordara de *mí* de esa manera.

—Era una cría —aclaré, negando con la cabeza intentando restarle importancia.

—Y ya eras la hostia de buena —insistió, sin darme tregua.

—Eso tú no lo sabes. No entiendes de ballet.

—Claro que lo sé —afirmó.

Lo dijo con una seguridad tan aplastante, con una naturalidad tan sincera, que por un momento me quedé algo descolocada. Para tapar la tensión, me llevé la botella a la boca y bebí un trago largo. Nevan me observó en silencio, analizando la forma en que me tragaba los nervios. Luego, ladeó un poco la cabeza y sus labios se curvaron apenas.

—Tengo una pregunta importante que hacerte.

—Miedo me das. Temo lo peor.

—¿Sigues robando chucherías?

Lo miré sin parpadear, estupefacta. Nevan sostuvo mi mirada con una seriedad cómica durante dos largos segundos, aguantando la risa. No pude más y solté una carcajada limpia, de las que hacía tiempo que no salían de mi pecho.

—¡Eras tú el que las robaba! —acusé riendo.

—Eran operaciones conjuntas, no te quites mérito —se defendió, señalándose con la botella.

—Mentira cochina. Yo solo miraba.

—Morgan… —me llamó arrastrando las sílabas con esa voz grave suya que me hizo mirarlo de golpe.

—Grayson.

—Vale, vale. Pero admítelo —se inclinó un poco más sobre la encimera, acortando la distancia que nos separaba y bajando la voz en un tono confidencial y conspirativo—. Sin mí, ese campamento de verano habría sido muchísimo más aburrido. No habrías sobrevivido.

Me lo quedé mirando, atrapada por la cercanía y por el olor a limpio y a cerveza que desprendía. Le di un último sorbo a mi bebida para ganar tiempo.

—Puede —admití en un susurro.

Su sonrisa se volvió enorme, triunfal.

—Lo sabía.

En ese momento, la música subió de volumen en el salón contiguo y un grupo de gente empezó a jalear y a gritar algo sobre abrir el karaoke. Nevan desvió la

mirada hacia el alboroto, negó con la cabeza con una mueca de fastidio divertido y volvió a mirarme a mí.

—Creo que vamos a necesitar mucha más cerveza si queremos sobrevivir a doce años de conversación con este panorama —comentó, enderezándose.

Levanté mi cerveza en el aire, chocándola con suavidad contra la suya con un tintineo limpio.

—Estoy de acuerdo —coincidí.

Y, por primera vez desde que había puesto un pie en aquel pueblo, sentí que la velada acababa de empezar de verdad.

Capítulo 3

Nevan

Si alguien me hubiera dicho esta mañana que iba a terminar la noche sentado en el sofá más escondido de la casa de Eiden, medio borracho y hablando con la chica que llevaba doce años viviendo en algún rincón persistente de mi memoria; seguro que me habría reído en su puta cara.

Pero ahí estaba, con una cerveza fría en la mano y con Aria Morgan sentada a menos de un palmo de mí.

Terminamos refugiándonos en uno de los sofás del fondo del salón, lejos del karaoke improvisado y de la horda de colgados que decidieron que gritar canciones de los noventa a pleno pulmón era una excelente idea a las dos de la mañana. Aquí el jaleo llegaba amortiguado. Solo quedaba el murmullo lejano de la música de fondo y alguna carcajada suelta de vez en cuando. Lo justo para poder hablar sin tener que desgañitarse. Lo suficiente para que el tiempo empezara a hacer cosas raras. Porque juraría

que llevábamos horas allí metidos y, al mismo tiempo, parecía que acabábamos de sentarnos.

Le di otro sorbo al botellín y giré un poco la cabeza hacia Aria. Grave error. Cada vez que la miraba demasiado tiempo, mi cerebro hacía esa pausa incómoda en la que intentaba reconciliar dos versiones de la misma persona: la niña que recordaba y la mujer que tenía ahora mismo delante.

Aria llevaba un vestido rosa, de esos que parecen sencillos hasta que te fijas un poco más de la cuenta. La tela caía suave sobre sus curvas, marcando una silueta esbelta que era imposible no notar por mucho que uno intentara comportarse como un tío decente. Su pelo dorado le caía en ondas perfectas sobre los hombros, recogido a medias con un lazo que le daba un aire delicado. Uno que no encajaba para nada con la Aria que recordaba saltando de cabeza desde el muelle del lago.

Y luego estaban sus ojos. Verdes. Siempre habían sido verdes, claro, pero no recordaba que tuvieran esa intensidad. Tal vez porque cuando tienes ocho años eres demasiado idiota como para detenerte a analizar el color de una mirada.

Ahora… bueno. Ahora era bastante difícil pensar en otra cosa.

Tenía la piel clara, suave a la vista, y cada vez que sonreía, algo que llevaba haciendo más desde que se había tomado la tercera cerveza, aparecía ese pequeño hoyuelo en su mejilla izquierda que debería estar prohibido por ley. Y sus labios… Joder. Aparté la mirada rápido hacia la pared de enfrente antes de que mi cerebro decidiera completar ese pensamiento. No era una buena idea. Nada buena.

Aria estaba apoyada en el respaldo del sofá, con una pierna recogida debajo del cuerpo y la botella de cerveza colgando con total despreocupación de sus dedos finos. Tenía las mejillas algo encendidas por el alcohol y los ojos brillantes como si empezará a bajar la guardia y a relajarse de verdad.

—¿Por qué me estás mirando así? —preguntó de repente, entornando los ojos.

Parpadeé, recuperando la compostura.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras intentando resolver un misterio —dijo dándole un pequeño toque a mi rodilla con la suya.

Me encogí de hombros.

—Es posible que lo esté haciendo.

—¿Y qué misterio es, si se puede saber?

Me incliné un poco hacia atrás en el sofá, cruzando los brazos para ganar distancia y poder observarla con más calma.

—Estoy intentando decidir si eres la misma persona que empujó a un monitor al lago.

Sus cejas se elevaron de inmediato, ofendida.

—¡Eso fue un accidente! —protestó, enderezando la espalda.

Solté una carcajada limpia.

—Morgan, lo empujaste con las dos manos y con carrerilla.

—Porque me había quitado las zapatillas de baile —se defendió, apuntándome con el dedo.

—Porque estabas bailando en mitad del embarcadero a las tres de la tarde.

—Era un momento artístico.

—Estaba prohibido por las normas del campamento.

Aria me fulminó con la mirada durante medio segundo, sosteniéndome el pulso. Luego, la comisura de sus labios cedió y se echó a reír. Y ahí estaba otra vez. Ese sonido. Me acordaba muy bien de su risa. Mucho más de lo que un tío cuerdo debería admitir.

Se llevó la botella a la boca, dando un sorbo lento antes de volver a clavar sus ojos verdes en los míos.

—No me puedo creer que te acuerdes de eso, Grayson.

—Tengo muy buena memoria para las cosas importantes.

—¿Empujar gente al agua te parece importante?

—¿Cuando tienes nueve años? Sí—afirmé con total seriedad.

Sacudió la cabeza con un brillo en los ojos que no pudo ocultar.

—Sigues siendo un idiota.

—He evolucionado, ¿vale? —protesté, fingiendo indignación—. Ahora soy un idiota adulto. Es un estatus superior.

—Eso no es una mejora, créeme.

—Depende de a quién preguntes.

Un pequeño silencio se instaló entre nosotros. Pero no fue uno de esos con los que dan ganas de salir corriendo; fue cómodo. Aria apoyó la cabeza un momento en el respaldo del sofá, mirando hacia el techo mientras jugaba distraída a despegar la etiqueta de su bebida con la uña del pulgar.

—Es raro —murmuró en un susurro.

Giré la cabeza, recorriendo el perfil de su cuello.

—¿El qué?

—Esto —Hizo un gesto vago con la mano entre los dos—. Doce años sin saber nada el uno del otro y estamos aquí, hablando como si nos hubiéramos visto ayer.

La observé en silencio durante unos segundos, frotándome la nuca.

—Supongo que es porque siempre fuiste bastante difícil de olvidar, Morgan.

Ella giró la cabeza despacio hacia mí, clavando sus ojos verdes en los míos. El ambiente pareció cambiar de golpe, volviéndose más denso.

—Eso suena muy parecido a un cumplido, Grayson.

Sonreí de lado, intentando quitarle peso al asunto.

—No te acostumbres.

Pero lo cierto era que, mientras la miraba allí sentada, con las mejillas sonrojadas, el pelo dorado cayendo revuelto sobre sus hombros y esa sonrisa a medias en la boca, había una verdad bastante incómoda instalándose en mi cabeza. Aria Morgan ya no era la niña flacucha del campamento. Y si mi

cerebro no empezaba a comportarse como el de una persona civilizada muy pronto, iba a meterme en un problema de los grandes.

Ella todavía me miraba. Ya no tenía esa expresión divertida de antes; esta vez me observaba con profundidad, y sin pestañear, desarmando un poco la coraza que intentaba mantener.

Durante un segundo que se me hizo eterno, ninguno de los dos dijo nada. La música seguía tronando al fondo de la casa, alguien pegó cuatro gritos en la cocina y una carcajada estallaba en la terraza pero, en nuestro rincón del sofá, el maldito tiempo parecía haberse congelado. Quizá era el alcohol de las cervezas, o quizá el hecho de que, después de doce años, de repente estábamos sentados demasiado cerca.

Aria apoyó el codo en el respaldo del sofá, inclinándose un poco más hacia mí. Podía oler la vainilla en su pelo. Algo nuevo flotaba en el aire. Algo eléctrico, muy distinto a la conversación relajada de antes. Mi mirada bajó un segundo hacia su boca antes de que pudiera frenar el impulso. Mala idea. Porque entonces me di cuenta de algo todavía peor: Ella también se había quedado callada y, sus ojos, no estaban fijos en los míos, sino que miraban mis labios.

—Morgan… —murmuré, con la voz ronca, sin saber muy bien qué coño pretendía decir.

Aria levantó un poco la barbilla, desafiándome en silencio. Nuestros rostros estaban a una distancia ridícula. Podía ver el brillo de sus ojos, las pequeñas pecas casi invisibles que salpicaban el puente de su nariz. Mi cerebro se puso alerta: «*No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas*». Pero mi cuerpo, como era de esperar, no escuchó.

Me incliné apenas un par de centímetros hacia ella, acortando lo poco que quedaba de espacio. Y entonces…

Bzzz. - Bzzz.

El maldito teléfono de Aria empezó a vibrar sobre su bolso, rompiendo el momento como si nos hubieran tirado encima un cubo de agua congelada.

Ella parpadeó. Una vez. Luego otra, sacudiendo la cabeza como si estuviera regresando a la realidad a la fuerza.

—Mierda… —murmuró entre dientes.

Se apartó de golpe, rompiendo la burbuja, y se inclinó deprisa para coger el bolso que estaba en el suelo. A mi cerebro le costó medio segundo volver a arrancar. Respiré hondo, intentando estabilizar el

pulso. Seguro que el teléfono nos había salvado de una buena. Estaba claro.

Sacó el móvil y miró la pantalla. Al instante, vi cómo algo cambiaba en ella. No fue un movimiento brusco, pero lo vi. Su expresión se congeló. El brillo que tenía en los ojos hacía un momento se apagó de golpe, dando paso a una tensión gélida.

—¿Todo bien? —pregunté enderezándome en el sitio.

No respondió al momento. Se limitó a desbloquear la pantalla y a leer los mensajes que le entraban. Vi cómo su mandíbula se apretaba con tanta fuerza que se le marcó el hueso.

—Sí —dijo por fin, guardando el aparato.

Pero sonó igual que suena alguien cuando está de todo menos bien. Dejó escapar un suspiro pesado.

—Tengo que marcharme.

Fruncí el ceño, asombrado.

—¿Ahora? —Miré alrededor del salón, donde la gente seguía de fiesta—. Morgan, son casi las dos de la mañana.

—Lo sé.

—Y has bebido un par de cervezas.

—También lo sé, Grayson.

Metió el teléfono en el bolso con un tirón bastante más brusco de lo necesario.

—Tengo ensayo mañana por la mañana —explicó con una voz contenida que no admitía réplica.

Aquello me hizo arquear una ceja.

—¿Un ensayo? ¿Mañana? Pero si estamos en Windale. ¿Cómo coño piensas llegar a tiempo?

—Llamaré a un taxi.

No pude evitar soltar una pequeña risa incrédula, pasando una mano por mi cara.

—¿Un taxi? ¿Pretendes meterte cinco horas en un taxi a estas horas?

—Nevan, por favor… —me cortó, mirándome con una súplica silenciosa en los ojos.

—Aria, eso es una locura.

Se encogió de hombros y la sonrisa que intentó esbozar resultó más triste que otra cosa.

—Mi madre ha cambiado la hora del ensayo general —confesó, bajando la vista hacia sus manos—. No tenía previsto irme hoy, de verdad… Pero ya sabes cómo funciona esto.

No. No tenía ni puta idea de cómo funcionaba su mundo, pero la forma en que nombró a su madre me

dio una pista clara. Sonaba a una cadena muy corta y muy pesada. La Aria de once años habría mandado el teléfono a la mierda, se habría reído y se habría quedado a robar más chucherías con el resto. La Aria que tenía delante parecía resignada. Agotada por un peso invisible.

—¿Te gusta? —solté a bocajarro sin filtrar la pregunta.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—¿El qué?

—Todo esto. —Señalé con la barbilla su bolso y la puerta de salida.— El ballet. Los ensayos sorpresa. El tener que pegarte cinco horas de madrugada en un coche porque alguien ha chasqueado los dedos.

Aria dudó. Solo fue un parpadeo, un segundo de vacilación, pero un gesto más que suficiente para darme la respuesta.

—Sí —concluyó endureciendo la voz.

Algo en su tono me gritó que esa afirmación no era tan sincera como quería aparentar. Se levantó del sofá de un salto, alisando las arrugas del vestido rosa con un gesto mecánico, casi coreografiado. Yo me puse en pie al momento, duplicando su altura. A nuestro alrededor, la fiesta seguía rugiendo a lo suyo,

ajena al jarro de agua fría que acababa de caernos encima.

—Ha sido raro verte otra vez, Grayson —dijo, dando la cara con esa postura perfecta de bailarina.

—¿Raro del bueno o raro del malo?

—Raro del bueno, supongo —admitió y juraría que los ojos le volvieron a brillar un instante.

Sonreí.

—Venga, me quedo con eso.

Se pasó un mechón de pelo dorado detrás de la oreja, sosteniendo la mirada un último segundo.

—Cuídate, Grayson.

Había algo en su voz que me escoció por dentro. Sonaba demasiado a despedida definitiva, como si pensara que esta noche había sido solo un espejismo, una casualidad que no se iba a repetir.

—Oye —la llamé antes de que pudiera darse la vuelta hacia el pasillo.

Ella se detuvo y levantó la mirada hacia mí.

—¿Sí?

Me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros, encogiéndome de hombros con toda la soltura que

pude fingir.

—Ha sido bueno volver a encontrarte, Morgan.

Sus labios se curvaron en una sonrisa pequeña, esta vez de las de verdad.

Luego se dio la vuelta. La vi alejarse entre la multitud del salón, con el vestido rosa ondeando ligero entre los focos y las luces de colores de la casa.

Me quedé allí quieto unos segundos, estancado en mitad del pasillo. Con la cerveza todavía en la mano y con una certeza absoluta instalándose en mi cabeza: doce años sin verla, y ahora que el universo había decidido volver a poner a Aria Morgan en mi camino, algo me decía que esta historia estaba muy lejos de haber terminado.

Capítulo 4

Aria

Solo había pasado una semana desde la fiesta del veintitrés cumpleaños de Elara en Windale, pero mi vida ya había vuelto a encajar en su sitio con una rapidez insultante.

Ensayos. Clases. Correcciones. Y más ensayos.

Los recuerdos de aquella noche, las bombillas parpadeando en el jardín, las risas compartidas, el frío de la botella de cerveza contra mis palmas y, por alguna razón que me resultaba muy irritante, la media sonrisa canalla de Nevan Grayson, asomaban de vez en cuando en mi cabeza como una melodía pegajosa que se te instala en el cerebro sin pedir permiso.

Pero Los Ángeles tenía una maquinaria impecable, ruidosa y salvaje para borrar ese tipo de pensamientos de un plumazo.

El despertador tronó a las cinco en punto de la mañana. Abrí los ojos de golpe, con la punzada en

las sienes de haber dormido apenas cinco minutos, aunque sabía muy bien que habían sido más. Me quedé estática en la cama, clavando la vista en el techo blanco unos segundos, intentando reunir la fuerza de voluntad necesaria para tensar un solo músculo de mi cuerpo. No hubo manera.

Solté un suspiro pesado por la boca y me incorporé con lentitud. El parqué helado me mordió las plantas de los pies cuando caminé hacia el baño, mientras la luz pálida y sucia del amanecer de la ciudad empezaba a filtrarse por las rendijas de las cortinas del apartamento.

Me recogí el pelo frente al espejo del baño con movimientos mecánicos, tan memorizados que ni pensaba. El reflejo del cristal me devolvió la imagen de siempre: los ojos entornados por el sueño y esa máscara neutra, imperturbable, que había aprendido a dominar a la perfección con el paso de los años. Era asombroso lo rápido que el cuerpo se resignaba a la rutina, incluso cuando ello implicaba ponerse en marcha antes de que el sol hubiera decidido que valía la pena aparecer. Me lavé la cara con agua congelada para espabilarme, me embutí en el maillot negro y las medias tupidas con gestos automáticos, y agarré la bolsa de lona antes de abandonar el apartamento.

El coche ya me esperaba con el motor en marcha, en mitad de la acera. Por supuesto. Mi madre no toleraba los minutos perdidos.

Daniel, el chófer que llevaba trabajando para la familia Morgan desde que yo tenía quince años, se apresuró a abrirme la puerta trasera en cuanto me vio cruzar el portal.

—Buenos días, señorita Morgan —saludó con una inclinación cortés de cabeza, manteniendo su habitual tono profesional.

—Buenos días, Daniel —respondí yo, esbozando una sonrisa amable pero cansada antes de deslizarme al interior.

Me dejé caer en el asiento de cuero con un suspiro silencioso mientras el vehículo se incorporaba de inmediato al caótico tráfico de la mañana. Los Ángeles ya rugía con toda su fuerza a nuestro alrededor. Un desfile interminable de coches, frenazos, semáforos en rojo y personas que caminaban a paso rápido con cafés gigantescos en las manos, arrastradas por esa inercia constante que parecía empujar a todo el mundo a moverse más deprisa de lo que era saludable.

Apoyé la sien contra el cristal frío de la ventanilla, contemplando las palmeras y los carteles

publicitarios. Mi madre siempre repetía que esta ciudad estaba diseñada solo para los ganadores. Mirando el asfalto, a veces me preguntaba si quedaría algún rincón para los que hacíamos todo lo posible por no quedarnos atrás.

Cuando el coche se detuvo frente a la academia, el edificio blanco y de líneas impecables se alzó ante mí como una mezcla extraña entre templo sagrado y sala de interrogatorios de alta seguridad. La Academia Westbridge era una de las más prestigiosas del país, un mantra que mi madre se había encargado de grabar a fuego en mi cabeza desde que cumplí los doce años.

Crucé las puertas de cristal y el olor familiar a madera encerada, sudor limpio y resina me golpeó las fosas nasales, dándome la bienvenida como cada mañana. Las bailarinas ya pululaban por todas partes. Algunas estiraban las piernas en el suelo de los pasillos, ajenas a todo; otras practicaban giros perfectos frente a los espejos de los vestíbulos mientras esperaban el inicio de la clase. Era curioso cómo un espacio abarrotado de chicas con mallas oscuras y moños tirantes podía sentirse tan silencioso y competitivo. Aquí todo el mundo te sonreía, sí, pero nadie olvidaba por un segundo que la compañera de al lado era el enemigo a abatir.

—Morgan.

Reconocí el tono cantarín e irónico antes incluso de girarme sobre mis talones. Lila estaba apoyada contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, estirando el empeine contra el suelo con una elegancia ensayada y fría. Alta, morena, con una técnica impecable. Mi rival directa en la barra desde hacía tres años.

—Llegas tarde —añadió, dedicándome una sonrisa que habría parecido dulce a cualquiera que no la conociera. Había veneno en sus ojos.

Eché un vistazo rápido al reloj de pared que presidía la entrada. Faltaban solo dos minutos para empezar.

—Trágico —solté de espaldas a ella, sin frenar el paso ni un milímetro.

Pasé por su lado, de largo camino a los vestuarios, pero Lila no era de las que se rinden a la primera. Dio un paso al frente para seguirme el ritmo por el pasillo.

—Sabes que el director está obsesionado con la puntualidad, Aria —insistió con falsa preocupación—. No querrás empezar el día con mal pie.

Me giré un poco sobre el hombro mientras seguía avanzando hacia el estudio, sosteniéndole la mirada

con una frialdad cortante.

—Entonces espero que no llegues tarde al casting.

La sonrisa perfecta de Lila se congeló apenas un instante. Solo un milisegundo de rigidez en su mandíbula, pero fue más que suficiente para saber que mi dardo había dado justo en la diana.

Entré en el estudio número tres y dejé caer mi bolsa de lona junto a la pared. El suelo de madera blanca inmaculada reflejaba la luz deslumbrante que se colaba por los enormes ventanales, y los espejos cubrían la totalidad de la pared frontal. Nuestro pequeño y despiadado mundo.

Varias compañeras ya estaban colocadas en la barra, estirando los gemelos, cuando me sumé a ellas y empecé a calentar las piernas. El ambiente se sentía más denso y tirante de lo habitual, y no costaba mucho entender los motivos. El gran casting final estaba a la vuelta de la esquina y solo había una plaza disponible. La prestigiosa compañía del *American Contemporary Ballet* iba a seleccionar a una sola bailarina joven para encabezar su nueva producción. Una oportunidad monumental. Una posibilidad que mi madre llevaba semanas describiendo como el siguiente paso natural e indiscutible en mi carrera.

Estaba terminando de estirar el empeine izquierdo, apretando los dientes por la presión del ejercicio, cuando escuché esa voz que siempre me erizaba los vellos de los brazos.

—Aria.

Levanté la cabeza de golpe. Mi madre estaba de pie en el umbral del estudio, tan impecable y severa como siempre. Llevaba un traje de chaqueta de un tono claro inmaculado, una postura que rozaba la rigidez militar y esa mirada analítica y felina capaz de detectar un fallo milimétrico en una coreografía a veinte metros de distancia.

—Buenos días, mamá —dije, enderezando la espalda por puro instinto de supervivencia y bajando de la barra.

Entró en la sala con pasos lentos y amortiguados, paseando la vista por el resto de las bailarinas como si estuviera evaluando los defectos de una exposición de arte antes de decidir si valía la pena comprarla. Se detuvo justo frente a mí, obligándome a sostenerle la mirada.

—He hablado con el director esta misma mañana —anunció, cruzando las manos por delante del cuerpo con un gesto ensayado.

«Fantástico», pensé, sintiendo un nudo familiar cerrarse en mi garganta. Siempre empezaba las conversaciones de la misma maldita manera.

—¿Ah, sí? —indagué, manteniendo la voz modulada y neutral para no delatar mi cansancio.

—Está muy impresionado contigo —dijo ella, inclinando la cabeza hacia un lado mientras examinaba de arriba abajo la colocación de mis hombros.

Eso sonaba bien. Demasiado bien para ser verdad viniendo de ella.

—Dice que posees una presencia escénica excepcional.

Hubo una pausa deliberada. El silencio exacto antes del hachazo. Ahí venía.

—Pero cree que puedes pulir bastante el último *pas de deux*. Te falta limpieza y precisión en el remate del giro.

—Lo trabajaré —respondí de inmediato, tragándome el orgullo y asumiendo la crítica como un robot.

Sus ojos recorrieron mi anatomía con una rapidez clínica y desapasionada que siempre me hacía sentir desnuda bajo su juicio.

—Tu línea ha mejorado, desde luego —apuntó, suavizando un poco la mirada.

Aquello me pilló por sorpresa, provocando que se aflojara un poco la tensión acumulada en el pecho.

—Gracias.

Pero la tregua duró nada más que tres segundos. El tiempo justo que tardó en dar el golpe de gracia con total parsimonia.

—Aunque deberías vigilar el peso, Aria.

Sentí un pinchazo agudo en el estómago, una contracción violenta que me dejó sin aire por un instante. Mi madre no empleaba un tono cruel o despectivo al decirlo; nunca lo hacía, y eso era lo peor. Lo soltaba con la absoluta naturalidad de quien señala una mancha obvia en una pared blanca.

—No quiero que pierdas oportunidades tan grandes por pura desidia o por descuidarte —añadió. Se acercó un paso y me acomodó un mechón rebelde que se había escapado de mi moño que pretendía imitar el afecto materno.

Asentí, forzando los músculos de la mandíbula para no saltar. Discutir o replicar solo serviría para alargar una tortura que no me aportaba nada.

—Claro.

Entonces me dedicó una sonrisa perfecta. Y esa era justo lo que volvía todo mil veces más doloroso y complejo, porque parecía sincera. Mi madre creía en sus propias palabras.

—Ya sabes que solo busco lo mejor para ti, cielo.

Sí. Lo sabía de sobra. O, al menos, eso era lo que llevaba repitiéndome a mí misma frente al espejo desde que tenía uso de razón para no volverme loca bajo su yugo.

El profesor entró de golpe en el estudio, dando una fuerte palmada que retumbó con eco en las paredes de espejo.

—¡Chicas, a la barra! ¡Ya!

Las conversaciones residuales se apagaron de golpe, como si hubieran cortado el sonido. Mi madre dio un par de pasos hacia atrás, retirándose hacia la esquina del fondo de la sala, desde donde gozaba de una perspectiva perfecta para vigilar cada movimiento de mis piernas. Siempre vigilando. Siempre juzgando en silencio.

Las primeras notas del piano inundaron el estudio. Mi cuerpo, adiestrado para la sumisión y la perfección obligatoria, reaccionó antes incluso de que mi mente pudiera procesar la orden musical.

Plié. Tendu. Relevé.

Los movimientos se sucedían unos a otros con una precisión milimétrica y automática. Años de disciplina salvaje, de caídas y de dolor grabados a fuego en cada fibra de mis músculos. Mientras ejecutaba una serie de giros frente al gran espejo frontal, el reflejo me devolvió la estampa exacta de la bailarina que todos esperaban ver: elegante, imperturbable, concentrada al máximo y con el control absoluto de la situación. La Aria Morgan perfecta.

Y entonces, por alguna jodida razón que escapaba por completo a mi control, en mitad de una pirueta en el aire, mi mente voló de regreso a Windale.

Me asaltó el eco de la música improvisada resonando en el jardín de la fiesta, el frío reconfortante de una cerveza entre las manos y el recuerdo punzante de unos ojos azules que me miraban no para evaluar mi técnica o mi peso, sino como si intentaran descifrar a la niña que una vez bailaba descalza sobre el muelle de madera de un campamento de verano.

La imagen me golpeó con la fuerza de un impacto físico y se desvaneció en menos de un segundo, pero fue más que suficiente para que algo dentro de mi pecho diera un vuelco violento, molesto y cálido, dejándome descolocada en el aterrizaje.

Sacudí la cabeza con brusquedad, desterrando el pensamiento de inmediato, y me obligué a clavar los ojos en mi propio reflejo para clavar la siguiente posición en la barra. En la Academia Westbridge de Los Ángeles no había espacio para los fantasmas del pasado ni para las distracciones emocionales.

Aquí solo importaba la perfección absoluta.

Capítulo 5

Aria

Recuerdo

El sol del mediodía iluminaba con fuerza sobre el campamento, pero bajo las ramas del enorme roble del parque, el aire se sentía fresco y limpio. La hierba estaba húmeda, recién regada por los aspersores, y la sensación de la tierra mojada entre mis dedos descalzos era lo único que me mantenía un poco fresca.

A unos metros de mí, apoyado contra el tronco rugoso del árbol, estaba Nevan. Tenía once años recién cumplidos y parecía haber crecido varios centímetros de golpe en las últimas semanas. Sostenía su libreta desgastada sobre las rodillas, concentrado en hacer trazos rápidos con un lápiz carboncillo. A veces fruncía el ceño o se soplaba el flequillo rubio que siempre le caía sobre los ojos, muy metido en su propio mundo.

Yo estaba de pie frente a él, intentando con todas mis fuerzas encadenar una secuencia de ballet que mi profesora de la academia me había mandado practicar. Preparación, relevé*, y arriba. Intenté girar, pero mi tobillo falló sobre el césped resbaladizo y terminé perdiendo el equilibrio por cuarta vez consecutiva, teniendo que apoyar el pie de golpe para no caerme de morros.*

—¡Joder! —exclamé, usando una de las palabras prohibidas que le había oído decir a los chicos mayores mientras cruzaba los brazos y daba una patada al aire, frustrada.

—Oye, que te va a oír el monitor y te va a lavar la boca con jabón —bromeó Nevan sin levantar la vista del papel, aunque una sonrisa

pequeña asomó en la comisura de sus labios.

—Es que no me sale, Nevan. El giro tiene que ser limpio y siempre me tuerzo hacia la izquierda. El examen es el mes que viene y voy a parecer un pato mareado.

Me crucé de brazos, resoplando, dispuesta a enfurruñarme con el mundo entero. Fue entonces cuando Nevan dejó el lápiz sobre la libreta y me miró de frente. Sus ojos eran de un azul tan claro que me recordaban al cielo del verano cuando no había ni una sola nube. Sentí un vuelco extraño en el estómago, una especie de aleteo nervioso que me daba cada vez que se me quedaba mirando durante mucho tiempo. A mis diez años, no sabía muy bien qué significaba esa sensación, solo que me gustaba que me prestara atención y que quería que me viera bailar bien.

—Lo estás haciendo genial, Aria —dijo con esa voz tranquila que siempre lograba que me bajaran los humos—. Además, estás descalza y el césped está mojado. Seguro que en el suelo de madera de tu academia te sale perfecto. No te machaques tanto.

—¿Tú crees? —pregunté, rebajando un poco el tono enfadado.

—Claro que sí. Anda, ven aquí y descansa un rato. Si no sale hoy, ya lo probarás mañana.

Dio unas palmadas en el hueco de hierba que quedaba justo a su lado, bajo la protección de la sombra. Caminé hacia él, arrastrando los pies y sintiendo el frescor de la tierra. Me dejé caer a su lado, pegando mi hombro al suyo. Nevan desprendía un olor que me gustaba y me hacía sentir en casa.

—¿Qué estás dibujando? —pregunté, asomando la cabeza por encima de su brazo para cotillear su libreta.

Nevan sonrió de lado, un poco tímido, y giró el cuaderno hacia mí para que pudiera verlo bien. Me quedé sin palabras. En mitad de la hoja de papel texturizado, no había coches, ni monstruos, ni los paisajes que solía hacer. Había una niña de pelo largo y ondulado, suspendida en el aire en mitad de un salto, con los brazos estirados

y el vestido ondeando a su alrededor. Aunque las líneas eran rápidas, se notaba que era yo. Había capturado mi postura, mi rostro y la luz del sol se colaba entre las hojas del árbol para iluminarme.

—Es... ¿soy yo? —susurré, tocando el borde del papel con cuidado de no emborronar nada.

—Sí —asintió, volviendo a guardarse el lápiz en el bolsillo de los vaqueros—. Eras tú hace un rato, antes de que te enfadaras con el suelo. Quería dibujarte así, porque cuando bailas parece que flotas y que nada malo te puede alcanzar.

Miré el dibujo y luego a él. Nevan me dedicó una de esas miradas suaves y sentí que las mejillas se me ponían muy coloradas. Me mordí el labio inferior, escondiendo una sonrisa de pura felicidad, y me apoyé un poco más contra su costado, disfrutando de su calor.

En ese momento, la vida era muy fácil. No había juicios, ni pasados oscuros, ni distancias que nos separaran. Solo éramos Aria y Nevan, protegidos por la sombra de un viejo árbol, compartiendo un cuaderno de dibujo y la certeza absoluta de que, mientras estuviéramos juntos, el resto del mundo podía esperar.

Capítulo 6

Nevan

El sonido del grifo goteando me despertó. Otra vez.

Esa maldita gota cayendo contra el metal del lavabo era como el peor DJ del planeta, pinchando una pista de tortura lenta a base de *ploc… ploc… ploc…*. Algún día me armaría de valor y lo arreglaría. O se rompería del todo y la caravana acabaría flotando río abajo, camino al olvido. Lo que ocurriera primero me servía.

Me removí en el colchón —que probablemente tenía más años que el Código Penal—, intentando convencer a mi cerebro de que cinco minutos más de sueño podrían arreglar mi vida.

Spoiler: no podían.

La luz del sol se colaba con descaro por las cortinas torcidas, pintando una línea dorada sobre el techo agrietado. Muy poético todo. El mensaje del universo era claro: *Tu vida es un desastre, Nevan, pero mira qué bonito queda el desastre con luz natural*.

—Hora de levantarse, supongo —murmuré contra la almohada, con la voz tan ronca que apenas la reconocí.

Con un gruñido poco digno, me arrastré fuera de la cama y puse los pies en el suelo frío. La madera crujió bajo mi peso, quejándose como si también estuviera cansada de cargar conmigo. Caminé hasta el lavabo mientras el grifo seguía goteando con esa persistencia pasivo-agresiva de alguien que quiere recordarte, cada segundo, que eres un desastre doméstico.

Abrí el agua fría y me pasé las manos por la cara. El golpe helado me espabiló de un tortazo. Al alzar la vista, el espejo me devolvió una versión de mí mismo que pedía a gritos una revisión. Bueno, lo que quedaba de espejo. La esquina superior estaba hecha añicos y el cristal estaba salpicado de manchas nada lograría borrar.

Pasé al «espacio común», esa maravilla arquitectónica que servía de cocina, salón y dormitorio. Abrí la nevera con el entusiasmo de quien abre un examen sorpresa que sabe que va a suspender. Dentro: dos cervezas calientes, un bote de mostaza que lo más probable era que viera la caída del Muro de Berlín y algo que, hace meses, quizás fue queso. Cerré la puerta de un golpe seco.

—Agua será —sentencié, sacando una botella como si fuera el premio de consolación de una rifa.

Me apoyé en el marco de la puerta, botella en mano, y contemplé el paisaje. El paraíso de las caravanas viejas: filas torcidas, antenas dobladas, cortinas hippies ocultando ventanas que daban más pena que intimidad. A la derecha, mi vecino Gus ocupaba su silla plegable, sorbiendo café con ese aire de «he visto demasiado» que llevaba pegado a la piel como una segunda capa. Gus era calvo, tenía una barriga prominente y una colección infinita de camisetas con frases sarcásticas. Hoy llevaba una que decía: «*No soy viejo, soy un clásico*».

—¡Nevan! —bramó, como si estuviéramos en extremos opuestos del condado.

Estábamos a cinco metros.

—Buenos días, Gus —respondí, levantando mi botella de agua en un brindis irónico.

—¿Buenos? ¡Ja! ¿Qué tienen de buenos?

Clásico de Gus. Sonreí, sin fuerzas pero con un cariño real.

—Estoy vivo y mi caravana no ha explotado. Lo llamo victoria.

Resoplé, sacudiendo la cabeza mientras tomaba otro sorbo.

Me gustaba Gus. No hacía preguntas incómodas, no buscaba respuestas que no querías dar. En este camping, la mayoría estábamos aquí porque huíamos de algo, y yo no era la excepción.

El zumbido de mi móvil sobre la mesa rompió el momento zen. No me hacía falta mirar la pantalla.

John.

Lo dejé sonar. Y sonar. Y seguir sonando hasta que se cansó. No es que odiara a John, bueno, a veces sí. Era buena gente, con pasta, con principios y con esa estúpida convicción de que yo podía ser «alguien» si me lo proponía. Qué tierno. Pero no, John. Tu mundo no es el mío.

Volví a mirar al frente. En el coche de Gus había una pegatina despegada que decía: "*La vida es una carretera"*. Sí, claro. Una carretera llena de baches, curvas chungas y señales que nadie respeta.

Entré de nuevo en la caravana y me dejé caer en el sofá. Chirrió como si estuviera a punto de rendirse. Igual que yo. Encendí la tele: noticias deprimentes, gente gritando en realities, ricos decidiendo qué tipo de jacuzzi poner en su tercer vestidor. Apagué el mando, rindiéndome ante la estupidez del mundo.

Apoyé la cabeza en el respaldo y miré el techo desconchado. Respiré hondo. Este era mi mundo. Mi vida. Y aunque hiciera bromas, aunque levantara la botella a Gus como si fuera el hombre más feliz del lugar, había días en los que me preguntaba si esto era vivir o solo era sobrevivir. Porque había una parte de mí que nunca bajaba la guardia, que vivía alerta, esperando que en cualquier momento todo volviera a romperse.

Cuando el sol empezó a calentar lo suficiente para hacerme sudar sin mover un dedo, salí de la caravana. Me puse las botas y la camiseta más limpia que encontré que, siendo honestos, solo estaba menos sucia que el resto, pero daba el pego.

Gus ya estaba delante del cobertizo, rebuscando entre un montón de hierros retorcidos como si fuera un buscador de tesoros.

—¿Listo para otro día glorioso entre mierda oxidada? —me preguntó sin apartar la vista de un viejo motor cubierto de mugre.

—Siempre, viejo —respondí, poniéndome los guantes con un movimiento mecánico.

Hace tres años, Gus me ofreció el curro sin pedir explicaciones. Sabía que yo necesitaba un lugar donde esconderme y él necesitaba a alguien con

espalda fuerte y pocas ganas de hablar. Hicimos el trato con un apretón de manos y ni una palabra más de la cuenta. Clasificábamos chatarra. Nada elegante, nada con futuro, pero me daba para comer y pagar la factura de la luz.

Me gustaba. No el olor a óxido, ni terminar el día cubierto de mugre, sino la rutina. El peso de los metales, el calor, el dolor sordo en los músculos... tenía algo tranquilizador. Era como trasladar el caos que tenía en la cabeza hacia los brazos y la espalda. Dolía, sí, pero era un dolor que tenía sentido. No como el otro. Ese que se instalaba tan adentro que no sabía ni cómo ponerle nombre.

—Hoy toca desmontar un par de lavadoras y clasificar los motores —dijo Gus, lanzándome una palanca oxidada—. Y cuidado con las putas cuchillas, Nevan. Ayer casi me quedo sin dedo por una de esas.

—Intentaré conservar todos los míos —respondí, aunque la cicatriz fina en la palma de mi mano contaba otra historia.

Trabajamos en silencio. Golpes metálicos, crujidos, el sonido áspero del metal cediendo bajo la fuerza bruta. La banda sonora perfecta para una vida de repuesto. Lo bueno de la chatarra era que no te exige sonreír, ni ser educado, ni cumplir con las

expectativas de nadie. Solo estás tú, tus manos y un montón de mierda rota que puedes convertir en algo útil si sabes mirar más allá.

—¿Tu madre ha vuelto a llamar? —preguntó Gus de repente, sin mirarme.

Tardé un segundo en responder. El aire se volvió denso.

—Sí. John también. Ni uno ni otro dejan de insistir.

Gus asintió, ya se lo esperaba.

—Podrías coger el dinero, Nevan. No sería trampa.

—Lo sé —me apoyé en un viejo calentador oxidado, sintiendo el metal frío bajo mis manos—. Pero no quiero deberles nada. Prefiero tirar yo solo.

Gus no insistió. Nunca lo hacía. Por eso lo respetaba. Porque me dejaba respirar sin intentar cambiarme.

Seguí desmontando la lavadora, usando la fuerza como si pudiera vaciar, con cada tornillo suelto, todo lo que no sabía poner en palabras. La culpa, la rabia, el miedo. Todo se quedaba en las manos, en los nudillos raspados, en los hombros cargados. Había aprendido que si no hablaba de ello, no dolía tanto.

A veces me preguntaba si esto era lo más cerca que iba a estar de la paz. Quizás sí. Quizás era suficiente.

***

El sol ya estaba empezando a desplomarse tras las colinas cuando me di cuenta de que, a pesar de haberme dejado el lomo todo el santo día desguazando lavadoras muertas y motores bañados en grasa, no sentía que hubiera hecho nada productivo. Había días así. En los que te partes la espalda hasta que te tiemblan los huesos y, aun así, tienes la certeza absoluta de que no has avanzado ni medio centímetro.

Había almorzado las sobras que Martha, la mujer de Gus, me plantó al mediodía con esa mezcla de lástima y cariño que ya me resultaba jodidamente familiar.

—Come, muchacho, estás perdiendo peso a pasos agigantados —me había dicho mientras me plantaba delante un *tupper* sospechoso. Podía ser estofado, podía ser comida para el perro de Gus o, un experimento científico. No pregunté.

—Gracias, Martha. Si algún día te cansas de Gus, cásate conmigo —le lancé, intentando sonar divertido.

Ella me estampó una servilleta de papel en la cara sin dejar de sonreír.

—Eres un descarado, Nevan, pero uno adorable.

Al menos alguien lo pensaba.

Después de engullir el contenido del tupper —preferí no analizar los ingredientes por pura salud mental— me quedé clavado en medio de la caravana, mirando al suelo como si fuera a darme respuestas sobre mi futuro. No lo hizo, claro. Así que, como casi siempre que mi cerebro se convertía en un nido de avispas y me hartaba de estar solo conmigo mismo, agarré la chaqueta y me largué de allí.

Puse rumbo a casa de Eiden. Bueno, de Eiden y Elara.

Me gustaba decir que iba a ver a mi mejor amigo, pero la verdad era mucho más simple: necesitaba estar en un sitio donde el desastre que era mi vida no se notara tanto. Donde no fuera el tipo de la caravana», sino solo Nevan.

No tardé en llegar. La moto de Eiden estaba aparcada en la entrada, pegada al coche de Elara. Perfecto, estaban en casa. Ni me molesté en llamar; a estas alturas, entrar sin avisar era casi un ritual sagrado.

El olor a pintura fresca, a café recién hecho y a vida hogareña me golpeó en cuanto crucé el umbral. Era un aroma familiar. Cálido. Tan diferente al óxido y la desesperanza de mi rutina que, por un segundo, me

sentí fuera de lugar. Desde la terraza llegaba el ritmo suave y rítmico de un pincel deslizándose sobre un lienzo.

Asomé la cabeza y ahí estaban. Eiden estaba estirado en una tumbona con una cerveza en la mano, observando a Elara con una calma que rayaba lo insultante. Ella, por su parte, estaba de pie frente al caballete, con el ceño fruncido en esa expresión de concentración absoluta que la hacía parecer peligrosa. Tenía salpicaduras de pintura en los brazos y en el pelo, pero parecía no darse cuenta.

A sus pies, Kiara, la perra rescatada de Elara, libraba una batalla épica e inútil contra su propia sombra.

—¿Alguna vez os han dicho que sois el cliché más empalagoso que he visto en mi puta vida? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

Eiden ni se inmutó. Alzó la botella de cerveza hacia mí, bebió un trago largo y me miró con una tranquilidad exasperante.

—¿Perdón? —preguntó, sin drama.

—Tú. Ahí tirado, mirándola como si fuera la última cerveza del planeta. Es de mala educación, tío.

—Es adorable, ¿verdad? —intervino Elara, sin apartar la mirada de su obra, pero una sonrisa se le escapó

por la comisura de los labios.

—Es empalagoso. Me da diabetes solo de miraros.

Eiden me lanzó una de esas miradas suyas: una que no decía nada pero que lo decía todo.

—¿Y tú qué haces aquí, Nevan? —preguntó, volviendo a su papel de guardaespaldas del buen rollo.

—¿No puedo visitar a mis amigos sin que me interroguen como a un sospechoso? —Me serví un café sin pedir permiso, con la soltura que da la costumbre.

Me dejé caer en un sillón, di un sorbo al café, estaba fuerte, justo como me gustaba, y solté un suspiro que me vació los pulmones.

—Tenía ganas de recordar cómo huele una casa que no está hecha de metal oxidado y errores acumulados.

Eiden rodó los ojos y se estiró aún más en la tumbona, disfrutando del momento.

—Si buscas normalidad, este no es el lugar, Nevan.

—Y sin embargo, sigo viniendo —dije, con esa media sonrisa torcida que siempre reservaba para ellos.

—Tal vez eres un poco masoca.

—Tal vez solo me gusta el café gratis.

Elara se giró por fin, apoyando el pincel sobre la mesa. Tenía la mirada limpia, despojada de esa presión constante que yo sentía en el pecho.

—Yo prefiero pensar que vienes porque nos quieres, aunque no tengas el valor de admitirlo —dijo con picardía.

—Venga ya, Elara. Todos aquí sabemos que soy emocionalmente inaccesible. No me arruines la marca personal que me ha costado años construir.

Eiden se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y mirándome con una complicidad que quemaba.

—Tu imagen está arruinada desde hace años, hermano. Nadie cree que seas ese tío duro.

Sonreí, levantando la taza en un brindis silencioso.

—Eso es lo más bonito que me has dicho en semanas.

Kiara eligió ese momento para saltar y tumbarse encima de mi pierna, aplastandome como si fuera parte del mobiliario. Acaricié su pelaje con cariño, agradeciendo tener una excusa física para no hacer contacto visual. A veces, el peso de un animal es lo

único que evita que te sientas flotando en medio de la nada.

—Bueno, ya que estoy aquí, ¿dónde está la baraja? —pregunté, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

Eiden soltó un bufido de advertencia.

—Ni lo pienses. No voy a perder más dinero contigo, Nevan.

—¿Eso es una acusación indirecta?

—No. Es directa. Haces trampas. Siempre.

Me llevé una mano al pecho con una indignación tan teatral que hasta Kiara levantó la cabeza.

—Me duele en el alma que pienses eso de mí.

—Y a nosotros nos duele el bolsillo cuando juegas —dijo Elara, riéndose mientras se limpiaba las manchas de pintura con una toalla vieja.

—Vale, vale. Nada de dinero. Apostamos… castigos ridículos.

Ella arqueó una ceja, intrigada.

—Define "ridículos".

—Algo que no atente contra la dignidad humana. O bueno… no demasiado.

Eiden suspiró, derrotado.

—Vamos a acabar con alguien corriendo en calzoncillos por todo el pueblo, ¿a que sí?

—Es una posibilidad —admití, encogiéndome de hombros—. Pero, ¿quién dijo que la dignidad fuera tan importante?

Y así, entre trampas descaradas, amenazas de retos absurdos y el sonido de la risa de Elara llenando el salón, la tarde se convirtió en una de esas treguas necesarias. Un pequeño paréntesis donde, por fin, pude dejar de ser el Nevan que huía y ser tan solo uno más.

Capítulo 7

Aria

Cerrar la puerta del apartamento fue, con diferencia, lo mejor que me pasó en todo el día.

Dejé caer la bolsa de danza en el recibidor, ignorando el sonido seco con el que golpeó el suelo. Me arrastré por el pasillo, con los músculos de los gemelos protestando por la sesión de fotos de la mañana y los ensayos de la tarde. Mi cuerpo entero era un mapa de dolor sordo y expectativas cumplidas.

Llegué al salón y me detuve en seco.

El contraste entre mi mundo y el de Sienna era tan violento que, por un segundo, me quedé bloqueada en el marco de la puerta. Sienna estaba tirada en el sofá, despatarrada sobre el cojín con la elegancia de una estrella de rock, devorando una porción de pizza de pepperoni con un entusiasmo envidiable. Tenía una mascarilla facial de color verde que le cubría casi toda la cara, excepto los ojos azul grisáceo, que estaban fijos en la pantalla donde *Gossip Girl* sonaba a un volumen ridículamente alto.

—Si no te quitas esos zapatos ahora mismo, los voy a usar de proyectiles contra la pared —dijo sin despegar la vista de la tele, con la voz pastosa por la mascarilla seca.

—Estoy demasiado muerta como para moverme, Sienna —respondí, dejándome caer en el sillón individual, hundiéndome en el terciopelo.

Sienna soltó una carcajada y se giró hacia mí, dejando la porción de pizza en la caja de cartón aceitoso. Se pasó una mano por su larga y densa melena negra, retirándola del rostro con un gesto descuidado pero sexy.

—Estás para el arrastre, cariño. Ven aquí, el lado oscuro de la fuerza te espera. Hay pizza, hay una serie de ricos odiosos y un lugar vacío en el sofá para que te desmayes.

Me señaló el hueco a su lado. Mi estómago emitió un gruñido traicionero al oler el pepperoni, pero mi cerebro se bloqueó al instante. La voz de mi madre resonó en mi cabeza con la claridad de una sentencia judicial: *Aria, el peso es tu herramienta de trabajo*.

—No debería —dije, aunque mis dedos se crisparon sin querer—. Tengo pesaje mañana.

Sienna resopló, rodando los ojos con una energía que me agotaba y me encantaba a partes iguales.

—A la mierda el pesaje, Aria. Un gramo de pepperoni no va a destruir tu carrera. Pero la falta de serotonina sí que puede destruirte a ti. Anda, estira esas piernas perfectas y al menos cuéntame por qué tienes esa cara de funeral.

Me quité la chaqueta de punto y me abracé a mí misma, sintiendo cómo el calor del apartamento empezaba a bajar mis defensas.

—Sesión de fotos para una revista de moda. Cinco horas posando con ropa que no me gusta, sonriendo como si no me importara que el fotógrafo me pidiera que «succionara las mejillas». Luego, ensayo intensivo. Mi madre ha estado allí.

Sienna hizo una mueca, arrugando la mascarilla verde.

—Tu madre es un caso de estudio para la psicología moderna, de verdad. ¿Te ha hecho algún comentario "constructivo" hoy?

—Lo de siempre —suspiré, mirando al techo—. Que si mi línea ha bajado un poco, que si parezco cansada. Lo dice como si el cansancio fuera un defecto de fabricación.

Sienna abrió la boca para decir algo, seguro que alguna barbaridad sobre mi madre, pero se contuvo. En su lugar, se levantó con un salto felino, caminó

hacia la cocina y volvió con una botella de vino barato y dos copas.

—A la mierda con ella. Si quieres ver cómo es un desastre de verdad, escúchame a mí. Tuve el turno de noche en el bar. Fue un infierno de sudor y gente borracha intentando ligar conmigo con frases de hace veinte años. Pero lo mejor... —su mirada se volvió pícara— es que me acosté con el «chico del gimnasio».

Abrí los ojos sorprendida.

—¿El que tiene más bíceps que cerebro?

—Ese mismo. —Sienna se sirvió una copa y me la tendió—. Una decepción absoluta, Aria. Fue como un anuncio de quince segundos. Sin trailer, sin trama y con una resolución tan rápida que ni siquiera pude terminar de decidir si me gustaba el color de sus sábanas. Fue catastrófico.

Me reí. Fue una risa sincera, de esas que me obligaban a relajar los hombros. Sienna tenía ese don; podía convertir el desastre en una comedia.

—¿De verdad fue tan malo?

—Cariño, fue tan corto que tuve que volver a ponerme la ropa y pedirme una pizza para llenar el

vacío existencial. Por eso estoy aquí, adorando el pepperoni.

Me miró sin contemplaciones, con esa intensidad que me atravesaba. Suspiró, dejando la copa en la mesita.

—Aria, te lo digo en serio. No puedes seguir viviendo así. Te veo y parece que estás a punto de romperte en mil pedazos. No te pido que dejes el ballet, pero por Dios, vive un poco. Un trozo de pizza no te hace menos bailarina, te hace humana.

—Sé que tienes razón —murmuré, sintiendo un nudo en la garganta.

—Entonces, ¿por qué no coges un trozo?

La miré. La pizza olía a gloria. Sienna me sonreía, esperando, sin juzgarme, sin exigirme nada, solo ofreciéndome un pedazo de felicidad grasienta en medio de mi vida milimétricamente perfecta.

—Solo un poco —cedí al fin.

Sienna lanzó un grito de victoria, me acercó la caja y se acomodó a mi lado. Durante un rato, la presión del mañana desapareció. *Gossip Girl* seguía sonando de fondo, Sienna seguía hablando de sus citas desastrosas y yo, por primera vez en semanas, dejé que el aire entrara en mis pulmones sin sentir que estaba cometiendo un pecado.

Era un pequeño refugio. Una tregua. Y aunque sabía que mañana volvería a la jaula, tener a Sienna a mi lado hacía que los barrotes no se sintieran tan apretados.

***

A la mañana siguiente mientras caminaba por el pasillo de la Academia Westbridge, sentía que cada gramo de esa masa de pizza se instalaba en mis caderas, desafiandome a cada paso. Era absurdo; lo sabía. Sienna tenía razón: un trozo de pizza no arruina una carrera. Pero Sienna no tenía una madre esperándo en los pasillos de esta academia como si fuera una jueza de instrucción.

Me coloqué la bolsa sobre el hombro, estirando la espalda hasta que mis vértebras crujieron. El olor a resina y madera vieja me golpeó, devolviéndome a mi realidad.

Lila ya estaba allí. Siempre estaba allí de las primeras.

La vi frente a uno de los espejos del pasillo, repitiendo una secuencia de *grand jetés* con una intensidad que rozaba la desesperación. Lila era brillante, no podía negarlo. Tenía una técnica quirúrgica, una flexibilidad que me obligaba a esforzarme el doble para igualar, y esa disciplina

férrea de quien sabe que no tiene un plan B. A diferencia de mí, cuyo apellido —Morgan— era como un salvoconducto dorado en el mundo del ballet, Lila se había hecho a sí misma a base de sudor y sacrificios que, sospechaba, mi cuenta bancaria me ahorraba. Ella no bailaba por legado; bailaba porque era su única salida. Y eso la hacía peligrosa.

Me vio en el reflejo del espejo. Sus ojos, afilados como cuchillos, se clavaron en los míos un segundo antes de que ella continuara con su coreografía, ignorándome con una elegancia estudiada. No nos odiábamos, no era tan simple. Era una rivalidad fría, calculada. Yo era el obstáculo que ella debía saltar para llegar a donde la prensa decía que yo ya estaba instalada por derecho de nacimiento.

—Buenos días, Aria —dijo sin dejar de moverse, con esa voz dulce que escondía un filo metálico—. ¿Has dormido bien? Te noto menos tensa de lo habitual.

—Buenos días, Lila —respondí, pasando de largo hacia mi taquilla—. Solo es el café.

—Claro. El café siempre ayuda con el metabolismo, ¿verdad? —soltó, y supe que no era una pregunta inocente.

No tuve tiempo de responderle, porque el aire en el pasillo cambió de temperatura. Esa sensación de

vacío en el estómago que siempre me provocaba la presencia de mi madre me indicó que ya estaba allí. Isabel Morgan caminaba hacia nosotras con paso firme, sus tacones resonando contra el parqué como disparos. No necesitaba hablar para imponer; su sola presencia silenciaba el murmullo de las otras bailarinas.

Lila se detuvo al instante, adoptando una postura perfecta, casi reverencial. Yo, en cambio, me tensé.

—Aria —dijo mi madre, deteniéndose frente a mí. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con una rapidez clínica, un escáner que buscaba cualquier imperfección, cualquier atisbo de debilidad.

—Buenos días, mamá.

Me escaneó una vez más. Se detuvo en mi cintura, luego en mis piernas, y después subió a mi rostro. El silencio se alargó, cargado de una expectativa insoportable.

—Has estado ensayando mucho —inquirió, aunque no sonó como un cumplido, sino como una observación analítica—. Sin embargo, hoy te noto algo más pesada. Más lenta.

Sentí un pinchazo frío en el pecho. La pizza. El pepperoni. Las risas de anoche con Sienna se

convirtieron de golpe en un recuerdo prohibido, una mancha de la que debía avergonzarme.

—Estoy cansada, mamá. Ayer fue una sesión de fotos larga.

—El cansancio no es excusa para el descuido —respondió ella, ajustándome la cinta del maillot con un movimiento frío, casi mecánico—. Si quieres destacar en el casting de la compañía, no puedes permitirte ni un milímetro de margen de error. Y eso incluye tu cuerpo. Vigílalo hoy. No me obligues a hablar con el director sobre tu rendimiento esta semana.

Asentí, sintiendo cómo el nudo en mi garganta se apretaba.

—Entendido.

Ella me dedicó una última mirada, una que no era de afecto, sino de propiedad, y se alejó hacia el despacho del director con la misma elegancia gélida de siempre.

Me quedé allí, inmóvil, con la mirada perdida en el suelo. Detrás de mí, escuché el roce de la ropa de Lila cuando retomaba sus ejercicios. Podía sentir su mirada sobre mí, analizando mi derrota, saboreando el hecho de que, por mucho dinero que tuviera mi familia, yo también estaba rota por dentro.

Cerré los ojos un segundo, imaginando la cara de Sienna riéndose de todo esto. «*A la mierda el pesaje*», me había dicho. Pero aquí, en el mundo real, en el mundo de los Morgan, las palabras de mi madre pesaban mucho más que cualquier trozo de pizza.

Respiré hondo, forcé una sonrisa que no llegó a mis ojos y me dirigí al estudio. Tenía que ser perfecta. Tenía que ser lo que ella quería, aunque me costara el alma.

Capítulo 8

Nevan

El sonido entrecortado de su respiración llenaba el aire viciado de la caravana, mezclado con los crujidos agónicos del colchón que llevaba años suplicando que alguien lo incinerara de una vez.

Otro polvo. Otro cuerpo contra el mío. Otra excusa perfecta para no pensar en nada durante los siguientes cinco minutos.

Exhalé un suspiro lento, dejando que el sudor se enfriara sobre mi piel. A mi lado, ella suspiró satisfecha, acomodándose contra mí como si este infierno con ruedas fuera una suite en Las Vegas. *«Mierda»*. Sabía lo que venía. El manual del usuario de este tipo de encuentros no fallaba nunca: mirada tierna, una conversación pseudo-existencial, una caricia en el pecho buscando algo que yo no tenía para dar.

Me giré hacia ella, desplegando mi sonrisa más ensayada, la que nunca llegaba a los ojos.

—Ha estado bien —dije con un tono ligero, jugueteando con un mechón de su pelo castaño como si no fuera una maniobra de escape. El truco era ese: fingir naturalidad. Que pareciera que simplemente... fluía.

Ella murmuró un *«hmmm»* soñador mientras sus dedos empezaban a dibujar círculos en mi torso. Conexión, lo llamaban. Intimidad. Qué palabra más jodida.

Me estiré con exageración, bostezando como si el sueño fuera mi única preocupación en el mundo.

—Es tarde —solté, con tono amable, casi compasivo —. Y mañana tengo cosas que hacer...

Ella parpadeó, el desconcierto sustituyendo a la dulzura.

—¿Cosas que hacer? —repitió, entornando los ojos con suspicacia.

—Sí. Cosas importantes. Chatarra que clasificar, lavadoras que desmontar. La vida moderna, ya sabes.

Se sentó de golpe, cubriéndose con la sábana. La mirada herida. Todo muy dramático. Sentí cómo la incomodidad invadía el espacio, pesado y asfixiante.

—¿Me estás echando? —la incredulidad brillaba en sus ojos.

—No es eso... solo sugiero que la noche fue genial y que, bueno, podríamos dejarlo en la cima, ¿no?

—Eres un capullo, Nevan.

—Eso ya lo sabía —dije, frotándome el pelo con una media sonrisa sin gracia.

—Pensé que había conexión entre nosotros.

Esa palabra. Otra vez. Me pasé las manos por la cara, conteniendo el suspiro que me quemaba la garganta.

—Hemos tenido una buena noche. Ahora, cada uno por su lado, como adultos civilizados. No es personal.

—Increíble, ¿solo usas a la gente para anestesiarte?

—No es tan complicado. Lo pasamos bien. Tú, te vas. Yo, me quedo. Todos seguimos respirando. No es para tanto.

—¡Que te jodan, Nevan!

El portazo retumbó en toda la estructura de metal. Un clásico. Me quedé tumbado un rato, observando el techo desconchado como si de repente fuera a revelarme el sentido de la vida. No lo hizo. Siempre era el mismo guión: distinto nombre, mismo vacío.

Me puse los pantalones de chándal con la calma de quien ya ha vivido esto demasiadas veces, salí de la caravana y me dejé envolver por el aire fresco de la noche. La brisa me golpeó en la cara, despejándome. Los grillos sonaban a lo lejos y una radio vieja dejaba escapar un tema noventero desde alguna parte. Me estiré, crujiendo el cuello, intentando deshacerme del peso acumulado en los hombros.

—¿Otra vez la misma historia, muchacho?

Giré la cabeza y ahí estaba Gus, sentado en su eterna silla plegable, con una cerveza en la mano y una sonrisa burlona. La luz tenue del farol resaltaba las arrugas profundas de su frente y la sombra de una barba descuidada.

—Por el amor de Dios, Gus, ¿no tienes una vida? —bufé, pasándome una mano por el pelo aún revuelto.

—Mi vida es ver la tuya arder —respondió, alzando la lata en un falso brindis.

Rodé los ojos y me dejé caer en la otra silla mugrienta. La estructura protestó, pero apenas me moví. Gus, sin decir nada, me tendió una cerveza.

—No quiero que te deshidrates después de semejante desgaste de energía —su tono estaba cargado de sarcasmo.

Se la arrebaté de las manos y le di un trago largo, dejando que el líquido frío aliviara la quemazón de mi garganta.

—No entiendo por qué se enfadan tanto —dije, apoyando el codo en el brazo de la silla.

—Porque eres un idiota, Nevan.

—Gracias, Gus. —Le dediqué una sonrisa seca.

Él se rió con un gruñido ronco y apoyó los pies en una caja de herramientas vieja.

—Escúchame, chaval. Te lo he dicho mil veces. Algún día una de estas chicas te va a dar la vuelta y te va a hacer probar tu propia medicina.

—No creo en el amor. —Me encogí de hombros, manteniendo la vista fija en las estrellas.

Gus negó con la cabeza, divertido, inclinándose hacia delante con los codos sobre las rodillas.

—No es que no creas. Es que no te lo permites. Porque si te lo permitieras, correrías el riesgo de que te jodan otra vez.

No respondí. Jugueteé con la anilla de la lata. Gus siguió, pero su tono cambió, se volvió más grave.

—Me recuerdas a mí cuando era joven.

Bufé con escepticismo, girando la cabeza hacia él.

—¿Guapo, irresistible y con un sentido del humor impecable?

—No —sonrió con malicia—. Un imbécil que cree que puede pasarse la vida huyendo de la gente sin mirar nunca atrás. ¿Sabes qué me jode de ti? Que piensas que fingiendo que nada te afecta ya estás a salvo. Que si nadie te conoce, nadie puede romperte.

Mi atención regresó a él. Su mirada, por lo normal burlona, ahora tenía un peso que me incomodaba.

—Funciona, ¿no?

—No. Solo te deja solo. Y lo sabes.

Me tensé. Podía notar cómo su mirada intentaba atravesar mi fachada, pero yo era experto en evitarlo.

—Todo esto es temporal —murmuré—. Es mejor así. Sin vínculos, sin expectativas. Sin fallarle a nadie, ni que me fallen.

Gus soltó un bufido.

—El universo no te debe la herida que arrastras, chaval. Y tú no tienes que seguir sangrando para recordar que existe.

Ese comentario me golpeó. Me levanté de golpe, la silla chirrió.

—Mira, si vas a darme la charla de "te estás cerrando al amor", ahórratela.

Gus giró la cabeza hacia la oscuridad.

—Ya me dirás cuánto tiempo más piensas quedarte aquí, en esta caravana de mierda, fingiendo que te gusta vivir como un mendigo cuando podrías estar en una jodida mansión.

—¿Y qué se supone que significa eso? —pregunté, sintiendo la ira treparme por la garganta, densa y caliente.

—Significa que la vida que llevas no es porque no tengas opciones. Es porque sigues con la cabeza atascada en un pasado que ya no existe.

—¡Nadie me debe una mierda! —espeté, sintiendo cómo mi voz se quebraba.

—¿No? —Gus me miró con una firmeza que me heló la sangre.

No respondí. Mi pecho subía y bajaba rápido, y la lata en mi mano tembló.

—Mi madre dejó que mi padre hiciera lo que le dio la gana durante años, Gus. ¿Eso es algo que puedo olvidar? ¿Que después eligiera su nueva vida de lujos sobre el hijo que tenía en casa?

Por primera vez, su expresión se suavizó. Soltó un suspiro, cansado.

—No te estoy diciendo que lo olvides, Nevan. Pero tampoco puedes vivir toda tu vida arrastrando eso. Sigues aquí, respirando. Y en algún momento, vas a tener que decidir si quieres seguir sobreviviendo o empezar a vivir de verdad.

No respondí. Mi mente era un torbellino. Gus tenía razón, y eso era lo que más me molestaba.

—Bueno, Gus, ha sido una charla maravillosa, pero voy a dormir.

—Sí, sí. Corre a esconderte en tu caravana. Como siempre.

Le lancé una mirada afilada, pero no le importó. Solo tomó otro trago.

—Nevan —me llamó antes de que entrara—. Nadie te va a hacer daño si no lo permites. Pero tampoco te van a querer si no los dejas acercarse.

No dije nada. Entré y cerré la puerta de golpe. Me dejé caer en la cama sin encender la luz. Mi pecho estaba más apretado de lo que quería admitir.

El problema era que una vez, hace doce años, dejé que alguien entrara. Alguien que vio más allá de los

sarcasmos y la fachada. Y luego, sin un jodido adiós, se fue.

Desde entonces, aprendí la lección. No importaba lo bien que alguien te hiciera sentir, si te daban un respiro de toda la mierda que llevabas encima... Al final, siempre se iban. Así que me prometí que nunca volvería a mostrarme vulnerable ante nadie. Nunca más.

Porque nadie podía romper lo que nunca les dejabas tocar.

Capítulo 9

Nevan

Recuerdo

El sol de finales de agosto se escondía detrás de las montañas, pintando el agua del lago de un color dorado oscuro que parecía fuego. A lo lejos, se escuchaba el jaleo del resto de los chicos del campamento terminando de cerrar sus mochilas y los gritos de los monitores, pero allí abajo, sentados en el césped que ya empezaba a quedarse frío, el silencio era casi total.

Aria estaba sentada a mi lado, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeándolas. Tenía once años y ya no llevaba tantos lazos rosas como cuando la conocí; hoy vestía unos vaqueros cortos y una camiseta blanca un poco grande. Su melena dorada estaba recogida en una coleta despeinada por culpa del viento, y sus ojos verdes miraban el agua con una tristeza que me contagiaba solo con mirarla. Yo clavaba un palo pequeño en la tierra,

haciendo agujeros sin sentido, intentando camuflar el nudo que tenía en la garganta.

Se suponía que tener doce años te hacía sentir más mayor, pero justo en ese momento me sentía muy pequeño.

—Es una mierda —solté de golpe, tirando el palo al agua y viendo cómo rompía el reflejo del sol—. Es una auténtica mierda que el verano se haya acabado tan rápido.

Aria suspiró, apoyando la barbilla en sus rodillas, y me miró de reojo.

—No quiero volver a la ciudad, Nevan —dijo bajito—. Allí todo es aburrido, mi madre siempre está encima de mí con las posturas de ballet y, además, tú no estás. Tener que esperar diez meses enteros para volver a este lago es un montón de tiempo. ¿Y si cuando volvamos el año que viene te has olvidado de mí?

—¿Eres tonta? No me voy a olvidar de ti, Aria. Jamás —le aseguré de inmediato, girándome del todo hacia ella. Lo dije con una seguridad tan rabiosa que hasta a mí me sorprendió.

Al mirarla tan cerca, volví a sentir ese vuelco extraño en el estómago, el mismo que me venía dando durante todo el verano cada vez que Aria se reía de

mis chistes o me cogía del brazo para enseñarme alguna cosa en el bosque. A mis doce años, no sabía nada de lo que era el amor, ni de novias, ni de esas cosas de las películas. Solo sabía que Aria era mi persona favorita en el mundo, que verla triste me dolía en el pecho y que me gustaba todo de ella.

Aria me sostuvo la mirada y vi cómo sus mejillas se teñían de un color rosa muy suave. Se mordió el labio inferior y, despacio, estiró una de sus manos por el césped hasta que sus dedos rozaron los míos. Tampoco ella sabía lo que nos estaba pasando, pero la forma en que apretó mi mano, buscando mi calor, me demostró que sentía justo lo mismo.

—El próximo junio, en cuanto se acabe el colegio, le diré a mi padre que me traiga el primer día —me prometió con una sonrisa pequeña, apretando mis dedos—. Tienes que esperarme aquí, en este mismo árbol. Y me tienes que enseñar todos los dibujos que hagas este invierno.

—Hecho. Voy a llenar la libreta entera solo con dibujos tuyos, ya lo verás —juré, sonriendo también, sintiendo que la espera no sería tan mala si ya teníamos un plan para el año que viene.

Nos quedamos así, cogidos de la mano en el césped mientras el sol terminaba de ocultarse, haciendo

planes para el próximo campamento, convencidos de que solo era un "hasta luego".

El monitor sopló el silbato desde el camino principal, indicando que los autobuses ya estaban listos para salir. Nos levantamos despacio, sacudiéndonos la ropa, y nos dimos un último abrazo rápido antes de correr hacia allí.

El Nevan de doce años caminó hacia su mochila con el corazón contento, pensando ya en las bromas que le gastaría el próximo junio y en cómo la vería bailar otra vez.

Ninguno de los dos, mientras nos despedíamos con la mano desde las ventanillas de coches diferentes, tenía la más remota idea de que el próximo verano nunca llegaría para nosotros, y de que esa promesa de niños quedaría congelada durante doce largos años de silencio.

Capítulo 10

Nevan

El capó de mi coche estaba caliente por el sol, un calor que me quemaba la espalda a través de la camiseta, pero no me moví. Me gustaba sentirlo. Desde el mirador, Windale se veía diminuta, casi de mentira. Ese tipo de pueblos donde todo parece fácil si lo miras a suficiente distancia.

Tenía la libreta apoyada sobre una pierna y el lápiz girando entre los dedos, nervioso. No dibujaba nada concreto. Solo dejaba salir lo que tuviera que ser. Manchas. Líneas agresivas. Fragmentos de algo que no tenía nombre.

—Nunca lo vas a vender, ¿verdad? —preguntó Eiden, apoyándose en el coche con el peso muerto de quien ha tenido esta conversación cien veces.

—¿El dibujo? —respondí, sin dejar de mirar el papel, manteniendo la voz lo más plana posible—. Depende. Si alguien me ofrece una fortuna indecente, igual me lo pienso.

—El coche, Nevan. Este cacharro prehistórico.

Dejé de mover el lápiz y solté un suspiro, encogiéndome de hombros.

—Es una reliquia, Eiden. No tiene sentido para nadie salvo para mí.

Era la verdad. Cada raspón, cada sonido raro del motor, era parte de algo que no podía explicar del todo.

—Tú lo has arreglado más veces que yo mi autoestima —le di un golpe seco al capó, provocando que el coche emitiera un gemido metálico—. Si se cae a trozos, es por tu culpa.

Eiden resopló, negando con la cabeza, pero no insistió.

Volví a mirar la libreta. Una especie de ave empezaba a tomar forma entre mis trazos. Gus fue quien me dio un lápiz por primera vez. Era un crío con más rabia que palabras. Me sentaba en su caravana, rodeado de humo y olor a tinta, y él me decía que dibujar servía para no explotar. Que si no podías explicar el dolor, podías dibujarlo. Garabateaba todo lo que escocía: los gritos, los silencios, la sensación de no encajar en ningún sitio.

—¿Qué haces? —preguntó Eiden después de un rato, observando mis manos.

—No sé. Algo con alas. Quizá acabe tatuado. O quemado.

—Te queda poco sitio —dijo, señalando mi brazo con la barbilla. Lo dijo sin reproche, como quien señala un hecho meteorológico.

—Por suerte, tengo piernas.

Eiden se estiró, mirándome de reojo. Sabía que venía algo más. Él nunca preguntaba por preguntar.

—La madre de Elara se va fuera un mes —dijo con tono tranquilo—. Nos deja su piso en Los Ángeles.

—Felicidades. ¿Vais a grabar un reality? —respondí con sorna.

—Queremos ir unos días. Desconectar. Podrías venir.

No lo dijo como un favor, si no como quien ofrece un salvavidas.

—Paso —corté de inmediato.

—No hay ninguna trampa. Solo aire, terraza, y café decente. Sin dramas.

—No, claro. Solo escucharía a la parejita feliz haciendo ruiditos por la noche mientras intento dormir en una cama prestada. Qué planazo.

Eiden me lanzó una mirada de *«¿puedes no ser un imbécil por cinco segundos?»*.

—Hay más habitaciones, y te prometo que si me da un calentón, cerramos la puerta con llave.

—Qué generoso por tu parte.

—Hay terraza. Cerveza. Café. Silencio —insistió él, bajando el tono—. Y ahí, hermano, es donde te tengo. Porque desde hace un tiempo el ruido dentro de tu cabeza es demasiado alto.

Me quedé helado. No porque no tuviera razón, sino porque dolía que se notara tanto. El ruido interno era inaguantable.

—¿Cuántos días? —murmuré, rindiéndome.

—Los que quieras. Lydia está fuera todo el mes.

—Vale —Bajé del capó del coche y estiré los brazos hasta que me crujió cada vértebra—. Pero si me hacéis posar para Instagram, me tiro por el balcón.

—Lo anoto —rio él, con esa calma de quien sabe que ha ganado la partida.

Miré hacia el horizonte. El sol caía lento, tiñendo de naranja los tejados de Windale. El tipo de luz que te hace creer, por dos segundos, que el mundo puede ser bonito.

—¿Puedo llevar mi coche? —pregunté, solo por molestar.

—Solo si firmas ante notario que no es culpa mía si explota en mitad de la autopista.

—Trato hecho.

Eiden sonrió, satisfecho. Y, por primera vez en semanas, sentí que quizás, solo quizás, irme unos días no era una huida. Era una forma de respirar.

***

«*Toc, toc*».

Apoyé la mano en el marco de la puerta, rozando la madera barnizada con un gesto automático, de esos que haces cuando una parte de ti quiere entrar, pero la otra se está preparando para salir corriendo. La casa frente a mí parecía sacada de un catálogo de «vida perfecta»: piedra clara, macetas alineadas como soldados, un porche de madera tan pulida que daba miedo pisarlo. Todo era tan... correcto. Tan limpio. Tan ajeno.

Era la casa que John compró para su «nueva vida» con mi madre. Su redención. Y, por algún motivo que

aún no entendía, yo estaba ahí, parado como un intruso.

Suspiré, tratando de calmar el pulso. Más tarde iba a estar de camino a Los Ángeles, pero necesitaba recoger unas cosas antes. Solo logística. Nada emocional.

La puerta se abrió tras un par de pasos suaves. Ahí estaba ella. Mi madre. Tan parecida a mí en los rasgos, pero tan diferente en la mirada. Mismo cabello rubio, mismos ojos gélidos. Todo en ella estaba medido, controlado.

—Nevan —dijo. Su tono era suave, ese que había adoptado desde que decidió, por su cuenta y riesgo, que quería recuperar la maternidad que había dejado caducar años atrás.

—Solo vengo a por unas cosas —gruñí, cruzando el umbral sin esperar invitación. Sabía que no me lo iba a negar. No ahora, que intentaba actuar como si no hubiera dejado que se me cayera la infancia a pedazos mientras se perdía en una botella.

El olor a flores caras y limpieza obsesiva me golpeó al entrar. Era un decorado. Bonito, sí, pero falso hasta la médula. Nada de esto era mío. Ni siquiera ella.

Me giré hacia la escalera, dispuesto a ir directo a la habitación.

—¿Quieres quedarte a cenar? —preguntó mientras subía el primer escalón.

Me detuve un segundo. Había prisa en su voz. O tal vez esperanza. O ambas cosas, mezcladas de una forma que me provocaba náuseas.

—No. Me voy a Los Ángeles —respondí sin girarme.

Vi de reojo cómo se tensaba. Un pequeño gesto, apenas un espasmo en los hombros, pero lo suficiente para notarlo. Como si todavía esperara que compartiera mis planes con ella. Como si pensara que podíamos volver al vínculo que nunca existió.

—¿Los Ángeles? ¿Con quién? —insistió.

—Eiden. Elara. Unos días —dije, sin detenerme. ¿Para qué explicarle más? Nunca supo leer entre líneas. O peor, nunca quiso.

—Podrías habérmelo contado.

Su voz sonó baja, dolida. Y eso me molestó más de lo que podía admitir. Me giré, clavándole la mirada.

—¿Por qué? —pregunté, irónico—. ¿Qué ibas a hacer con esa información? ¿Acompañarme al coche con un táper y una sonrisa de «madre del año»?

Apretó las manos, como siempre que estaba a punto de llorar y se obligaba a no hacerlo. Subí a mi antigua habitación —si es que aquello alguna vez lo fue— y recogí lo justo: ropa, cigarrillos, mi cuaderno de dibujo. Lo esencial para mantenerme entero un par de días más. El resto podía quedarse pudriéndose entre esas sábanas bien planchadas.

Al bajar, John estaba en la cocina, apoyado en el marco de la puerta con ese aire de «tipo tranquilo» que siempre me estresaba más de la cuenta.

—Hombre, el hijo pródigo aparece —bromeó, alzando el vaso que tenía en la mano.

Rodé los ojos, pasando de largo.

—Solo vengo a por unas cosas, John.

—Tu madre pensaba que te quedarías a cenar —señaló él, sin perder la calma.

—Pues se equivocó.

John no era el problema. Nunca lo fue. Y, a veces, eso lo hacía aún más insoportable. Era difícil odiar a alguien que, a todas luces, solo quería lo mejor para ti, aunque eso implicara vivir en un mundo donde la verdad no tenía cabida.

Mi madre se acercó, y por un segundo, creí que iba a dejarlo estar. Pero se superó.

—Nevan… podrías volver a vivir aquí.

Me giré tan despacio que casi perdí el equilibrio. La mochila me pesaba en el hombro, una carga física contra la que quería estrellar todo aquello.

—¿Perdón? —Mi voz salió baja, afilada como una cuchilla deslizándose por la piel.

Ella miró a John, buscando un ancla, pero luego volvió a mí con esa mezcla de pena y esperanza que me revolvía las tripas.

—Aquí hay espacio. Estarías más cómodo. No tendrías que vivir en esa caravana…

—¿Y eso qué significa? —solté, con un amargo deje de risa—. ¿Que por fin soy lo bastante digno como para dormir en tus sábanas de hilo?

—No me refería a eso —dijo ella, negando con la cabeza.

—No. Vamos, dilo. La caravana te parece una mierda. Lo que representa te da asco. Igual que te dio asco cuando no hiciste nada mientras mi padre…

—No te atrevas a seguir por ahí, muchacho —me cortó John, con un tono que no admitía réplicas.

Mi madre palideció. Su labio inferior tembló.

—No es justo —susurró ella.

—¿Justo? —Reí, un sonido seco que no tenía nada de gracia—. ¿Sabes qué no fue justo? Que me dejaras solo con un cabrón que me gritaba, me empujaba, que me hacía sentir como si no valiera nada. ¿Dónde estabas tú, mamá?

John dio un paso al frente, conciliador.

—Nevan, para.

—¡No! —rugí, y mi voz sonó más rota de lo que quería—. Ya no tengo cinco años. No tengo que callarme para que todo se vea bien por fuera. No tengo que tragarme lo que siento para no arruinar tu nueva vida. Porque eso es lo que haces, ¿no? Pones capas de pintura fresca encima de las grietas. Estás creando una madre nueva para un hijo por el que nunca te preocupaste.

Ella no respondió. Ni un susurro. Ni una lágrima. Solo se quedó ahí, con esos ojos hundidos, como si acabara de descubrir que la redención no se compra con una casa grande y sábanas limpias.

—Disfrutad de la cena —dije, ajustándome la mochila.

Salí con prisa, porque quedarme un minuto más me rompía en partes que no sabía cómo volver a juntar.

El aire de fuera era frío, una bofetada necesaria. Encendí un cigarro con las manos aún temblorosas. El mechero falló dos veces, pero no me importó; me concentré en esa primera calada como si fuera el último gramo de oxígeno del mundo.

La caravana era pequeña, vieja y ruinosa. Pero era mía. Era real. Y, aunque a veces se colaba el frío por las rendijas, nunca me había hecho sentir menos de lo que era. Al contrario que esta casa, esta mujer y esta versión de familia que solo existía para que otros la admiraran.

Conduje sin mirar atrás, porque ya había pasado demasiada vida mirando por el retrovisor. Sabía que ella me quería, a su manera rota. Sabía que intentaba arreglarlo. Pero hay cosas que se fracturan de tal forma que no se pueden pegar sin dejar cicatrices. Y no quería que me volvieran a arreglar. Quería entender mis grietas. Aceptarlas. Y que, por una maldita vez, me dejaran vivir con ellas sin intentar taparlas con terciopelo.

No sabía adónde iba. Pero, por mucho que pisara el acelerador, sabía la verdad: nunca se puede correr lo suficiente como para escapar de uno mismo.

Capítulo 11

Aria

La música retumbaba en mi pecho como si quisiera sustituir mis latidos. El suelo de madera vibraba bajo mis pies, y cada músculo de mi cuerpo gritaba «una más», aunque llevábamos hora y media de ensayo intensivo. Sudor, agotamiento, concentración absoluta… y en el centro de ese pequeño universo: mi madre.

—¡Aria! Esa pierna más alta, espalda recta. No eres una tortuga —espetó, ajustando la posición de mis hombros con una frialdad que no dejaba lugar a la duda.

—Sí, mamá —contesté, manteniendo la respiración controlada.

Años de entrenamiento me permitían disimular el agotamiento, pero no podía esconder la tensión en mi mandíbula.

Cada corrección era una aguja que se clavaba. No solo dolía por el esfuerzo físico, sino porque conocía

el origen de su insatisfacción. Sabía que sus gritos no eran solo perfeccionismo; eran el eco de un escenario que ella perdió años atrás. La historia de su lesión en el tendón de Aquiles, sumada al embarazo imprevisto que la obligó a retirarse justo cuando iba a alcanzar el rango de primera bailarina, era el fantasma que habitaba nuestra casa. Mi madre no me veía cuando bailaba; contemplaba su propia carrera, su sueño truncado, el proyecto inacabado que yo estaba obligada a completar.

Cuando el piano se detuvo, nuestras respiraciones se entrelazaron en el silencio del estudio. Ella nos escaneó con la mirada, analizando cada línea, cada ángulo.

—Mejor —dijo al fin. En su lenguaje, eso era casi una ovación en pie.

Contuve un suspiro. Me incliné, agarrando la toalla con manos temblorosas; mi camiseta se pegaba a la espalda y mis piernas parecían de goma, pero no me atreví a quejarme. No en voz alta. Jamás.

En los vestuarios, me duché bajo el chorro de agua fría, intentando que el nudo en mi pecho se deshiciera. Rostro pálido. Ojeras disimuladas a la perfección, cuerpo delgado, al milímetro; como a ella le gustaba. Como debía ser. Me puse un vestido rosa empolvado, el equilibrio perfecto entre elegancia y

juventud que mi madre consideraba «adecuado para una Morgan».

Entonces, el móvil vibró. *Sienna.*

—¿Sí? —contesté, intentando inyectar un poco de vida en mi tono.

—Dime que no estás muerta —soltó Sienna sin rodeos.

—Estoy viva. Por un milagro divino y medio litro de agua con electrolitos.

—Perfecto, porque esta noche hay plan. Eiden y Elara están en Los Ángeles. Vodka, luces, música, decisiones dudosas.

Guardé silencio, mirando mi reflejo. La idea de salir sonaba tentadora, pero también peligrosa. Estaba agotada.

—¿Estás ahí? —preguntó ella.

—Sí, lo estoy pensando.

—Aria, escúchame —su voz se volvió más seria—. Estás agotada. Se te nota hasta en los mensajes. Necesitas despejarte.

—¿Y si no encajo? ¿Y si no puedo divertirme?

—¿Tú? Decir que Aria Morgan no encaja es como decir que el sol no calienta. Hazlo por ti. Una noche

donde no tengas que fingir que todo está bien.

Cerré los ojos, pensando en la mirada de mi madre, en el peso de sus expectativas no resueltas.

—Vale. Ahí estaré —dije, colgando antes de que mi sentido común pudiera arrepentirse.

Salí de la academia hacia una cafetería cercana, buscando un lugar donde refugiarme antes de la noche. Me senté sola junto a la ventana, observando a la gente pasar. Todos parecían tener una dirección, un propósito, un guión que ellos mismos escribían. Yo, en cambio, sentía que estaba interpretando un papel que alguien más había diseñado para mí.

Pedí un café negro, aunque sabía que el exceso de cafeína no era lo que mi cuerpo pedía. Miré el reloj. Tenía tiempo de volver a casa, de repasar la coreografía una vez más, de acostarme temprano para rendir al máximo mañana. Eso era lo que una Morgan haría. Eso era lo que mi madre esperaba.

Pero, mientras el vapor del café subía, me di cuenta de algo: estaba harta. Harta de ser el reflejo de una bailarina que pudo ser y no fue, de buscar la validación en ojos que siempre encontraban un defecto. Si no salía esta noche, si no rompía el patrón aunque fuera por unas horas, terminaría marchitándome en este maillot de perfección.

Necesitaba recordar que había una versión de mí que no dependía de la aprobación de nadie, una que podía ensuciarse, equivocarse y vivir sin que eso fuera el fin del mundo.

Pagué el café y me levanté. Mi decisión estaba tomada. No saldría por rebeldía, sino por pura supervivencia. Necesitaba recuperar el control de mis propios pies, de mis deseos, aunque solo fuera por una noche.

Entrar en nuestro apartamento fue como cruzar un portal dimensional. De la frialdad aséptica de la academia, al caos organizado de Sienna. En cuanto cerré la puerta, el aire vibraba con otra energía.

Girls just want to have fun sonaba a todo volumen desde el altavoz del salón. Sienna ya estaba en modo fiesta. Había convertido la alfombra en un cementerio de ropa: tacones, tops de lentejuelas, faldas de cuero y accesorios que, en manos de cualquier otra persona, parecerían un disfraz, pero que en ella eran arte.

—¡Llegas tarde, Cenicienta! —gritó Sienna, con una copa de vino en una mano y un labial rojo chillón en la otra—. Esto no se va a beber solo y la noche es joven.

Se acercó a mí, me quitó el bolso y me dejó una copa en la mano. Su mirada azul grisáceo recorrió mi ropa, arrugando la nariz.

—Fuera eso. Necesitas un cambio radical.

Sienna era un huracán. Iba vestida con un conjunto que yo jamás me atrevería a usar: un top negro con tiras que se cruzaban de forma estratégica sobre sus curvas, una falda de cuero extremadamente corta y unas botas de tacón que le daban una altura imponente. Era sexy, arriesgada, era una declaración de intenciones.

Yo, por el contrario, me incliné por algo que me hiciera sentir segura pero no invisible. Saqué del armario un vestido de seda, en un tono champán que caía sobre mi cuerpo como agua. Era elegante, femenino, un clásico atemporal.

—Estás demasiado seria —comentó ella, acercándose para ayudarme con la cremallera de la espalda—. Parece que vayas a bailar para la alta sociedad. Esta noche vamos a bailar para nosotras.

Puso una mano en mi cintura y me obligó a dar una vuelta. La seda se movió con gracia.

—Me gusta este —dije, sintiéndome cómoda con el tacto de la tela.

—Es precioso, Aria. Muy... de bailarina estrella. Pero falta algo. —Sienna desapareció en su habitación y volvió un segundo después con el labial rojo—. Si vas a ser elegante, hazlo con una boca que diga «besame». «»

Se acercó y, con una precisión quirúrgica, pintó mis labios. Fue un gesto íntimo, cargado de esa complicidad que solo existía entre nosotras.

Sienna me obligó a dar un trago largo al vino.

—¡Baila, maldita sea! —se rió, tirando de mi mano.

Empezamos a movernos por el salón. Sienna era pura energía: se contorsionaba, se reía a carcajadas, tirando el pelo hacia atrás sin preocuparse por si se le despeinaba la melena densa y oscura. Yo me dejé llevar. Al principio, mis movimientos eran demasiado técnicos, muy medidos, pero el vino y la risa contagiosa de Sienna empezaron a aflojar mis articulaciones.

Bailamos frente al espejo. Ella, con su aire de chica peligrosa, y yo, con mi estilo más pulido. Pero en ese reflejo, por primera vez en semanas, no vi a la bailarina bajo el mando de su madre. Vi a dos amigas que se adoraban.

—¿Sabes qué? —dijo Sienna, apoyándose contra la encimera de la cocina, con el pelo alborotado y una

sonrisa pícara—. Esta noche no vamos a ser «Aria la prodigio» y «Sienna la desastre». Esta noche solo vamos a ser dos mujeres que van a beber más de la cuenta y a bailar hasta que nos duelan los pies.

Choqué mi copa con la suya. El cristal tintineó, un sonido nítido que cortó el murmullo de la ciudad que empezaba a rugir fuera.

—Por eso brindo —respondí.

Sentí una chispa en el estómago. No era nerviosismo si no anticipación. Por primera vez, el mañana no existía. Solo importaban el brillo de labios, el calor del vino y la seguridad de que, mientras estuviera con ella, el suelo no se abriría bajo mis pies.

Capítulo 12

Aria

El club, *The Onyx*, estaba en el corazón de la zona más exclusiva. No era solo una discoteca; era un templo de neón, música atronadora y gente que pagaba fortunas solo por el privilegio de estar allí.

Al llegar a la puerta, la cola se extendía varios metros. Sin embargo, al mencionar mi nombre, el portero, un hombre con el cuello enorme, apenas necesitó un segundo para abrir la cuerda de terciopelo.

—Adelante, señorita Morgan —dijo, asintiendo con un respeto que me resultó casi irritante.

El impacto de entrar fue inmediato. El aire cambió: olía a perfume caro, a sudor y a una mezcla electrizante de alcohol y ambición. Las luces estroboscópicas cortaban la oscuridad, convirtiendo a la multitud en una masa de sombras en movimiento. Sienna avanzaba entre la gente como si fuera la dueña del local, arrastrándome tras ella hasta el área del reservado.

Allí estaban, en una burbuja de exclusividad separada por sofás de terciopelo y botellas de champán. Elara destacaba incluso en la penumbra. Llevaba un vestido de satén color esmeralda que le sentaba como una segunda piel, con la espalda descubierta y el pelo recogido en un moño desenfadado que la hacía parecer sacada de una revista de moda.

—¡Aria! —gritó Elara, levantándose de un salto para rodearme en un abrazo eufórico. Sienna se unió al grupo, convirtiendo el saludo en una maraña de risas y alboroto.

—¡Estás increíble! —exclamó Sienna, señalando el vestido de Elara antes de desplomarse en el sofá.

Saludé a Eiden con un beso rápido en la mejilla; él me dedicó una sonrisa relajada, con un vaso en la mano, disfrutando del espectáculo que montábamos las tres. El ruido de la música era tan intenso que las palabras apenas se entendían, pero la conexión entre nosotras era instantánea.

—Me estoy asando —les dije, gritando un poco para hacerme oír—. Voy a pedir algo con mucho hielo. ¿Alguien quiere algo?

Sienna negó con la cabeza, ya enfrascada en una conversación animada con Elara mientras se reían de algo que Eiden acababa de decir.

—Tráeme lo mismo —dijo Elara, señalando su copa vacía.

Asentí y me abrí paso hacia la barra, agradecida por el movimiento. Necesitaba alejarme un poco de la intensidad del reservado y concentrarme en algo simple: pedir una copa y dejar que el alcohol hiciera el resto. El camino hacia la barra era un laberinto de gente, pero mis ojos, acostumbrados a la disciplina y la observación, empezaron a escanear el lugar.

Apreté el *clutch* contra el costado con una rigidez calculada y llegué a la barra, apoyando los codos sobre la madera pulida.

—Un *pornstar martini*, por favor —pedí, manteniendo el tono neutral, el de la Aria que nadie puede cuestionar.

El vaso llegó frío, elegante, con su absurda rodaja de fruta flotando en la superficie como si fuera un detalle importante. Tomé el primer sorbo con una sonrisa automática. Me giré, lista para volver a la zona VIP, a la seguridad de mis amigas, pero mi camino se interrumpió de golpe.

Choqué contra una pared sólida. No era una pared, claro. Era un cuerpo.

El líquido del vaso saltó, salpicando mi muñeca y mojando un poco la seda de mi vestido.

—Mierda —mascullé, alzando la vista, lista para soltar un comentario mordaz que pusiera en su sitio a cualquier desconocido torpe y… entonces, me congelé.

Nevan Grayson.

La sangre me rugió en los oídos, un sonido de alarma interna que me dejó sin aliento. Mis ojos se toparon con los suyos y el tiempo, ese concepto que mi madre siempre me obligaba a controlar con precisión de metrónomo, se detuvo en seco.

Ahí estaba. Un metro noventa de peligro envuelto en una camisa negra que apenas contenía sus tatuajes, con esos ojazos que parecían estudiar cada uno de mis defectos. Se veía tan fuera de lugar en este club exclusivo, y a la vez, tan jodidamente magnético, que me dejó sin aire.

—¿Nevan? —musité, incapaz de ocultar la sorpresa. Por un segundo, la Aria controlada, la que siempre sabe qué decir, dejó de existir. Solo quedó la chica desconcertada que no esperaba ver al que iba a ser, sin duda, un caos en la vida perfecta y planificada que llevaba.

Nevan sonrió, una curva lenta y pícara. Parecía disfrutar de mi estupefacción.

—Hola, Morgan. Vaya, el mundo es un pañuelo, ¿no? —Su voz, profunda y tranquila, me devolvió a la realidad como un jarro de agua fría.

Me miró de arriba abajo, deteniéndose en mi vestido de seda, mi piel, mi postura perfecta. Era una mirada que no pedía permiso, que me hacía sentir observada de una forma que mi madre nunca habría aprobado. El recuerdo de sus advertencias, de su exigencia de excelencia, me golpeó como un rayo de hielo.

«No te distraigas, me dije internamente. Él no es parte del plan. Él es el incendio que destruirá el escenario»

Mi postura cambió. Dejé caer los hombros, tensé la espalda, y mi mirada, que hasta hacía un segundo estaba llena de sorpresa, se tornó fría, impasible. El muro subió, ladrillo a ladrillo, tan rápido que apenas pude procesarlo.

—Qué coincidencia —dije, tratando de sonar distante, aunque mi corazón seguía acelerado—. No sabía que te gustaran sitios como este.

—No suelen gustarme —admitió él, dando un paso más hacia mí, acortando la distancia—. Pero el ambiente es... interesante.

Intenté ignorar el olor a tabaco y madera que desprendía, una esencia tan alejada del perfume caro y laca que definían mi mundo. Si me dejaba llevar, si permitía que este chico de ojos azules y brazos tatuados entrara en mi vida, todo lo que había construido —la disciplina, la aprobación de mi madre, el futuro brillante— se desmoronaría.

Él era el caos, y yo vivía del orden.

—Es interesante para quien no tiene un mañana que cuidar —añadí, con un tono más cortante, más firme.

Nevan parpadeó. La chispa burlona de sus ojos flaqueó por un instante, sustituida por una extrañeza genuina. Se dio cuenta de que la chica que acababa de saludarlo hace diez segundos ya no estaba ahí. Ahora solo quedaba la «Aria Morgan», la bailarina impenetrable.

—Vaya —dijo él, ladeando la cabeza mientras analizaba mi nueva frialdad—. Has puesto el escudo muy rápido. ¿Tanto miedo te doy?

—No es miedo, Nevan. Es sentido común —mentí, sintiendo cómo mi pulso se aceleraba—. No tenemos nada de qué hablar. Tú vives en tu mundo y yo en el mío.

Él se quedó en silencio, mirándome con una mezcla de diversión y algo más profundo que no quise identificar. Pude ver cómo su

mandíbula se tensaba. Se dio cuenta de que lo estaba rechazando, no por maldad, sino por pura supervivencia.

Me alejé hacia el reservado con la cabeza alta, sintiendo su mirada clavada en mi espalda. Me dolió hacerlo, me hizo daño negar esa química imposible de ignorar, pero era necesario hacerlo. Mi vida estaba planificada al minuto, y un hombre como Nevan Grayson era la grieta por la que empezaría a perder el control.

Llegué al reservado con el corazón martillando contra mis costillas, y me dejé caer junto a Sienna.

—¿Estás bien? —preguntó ella, frunciendo el ceño—. Estás pálida…

—Estoy bien —dije, agarrando mi bebida con una mano que por fin dejaba de temblar—. Solo... ha sido un momento de agobio. Vamos a bailar, ¿no?

Tenía que zanjar esto. Tenía que volver a ser la Aria que no sentía nada más que la música. Porque si me permitía mirar atrás, si dejaba que él volviera a acercarse... no volvería a ser la misma.

Capítulo 13

Nevan

La observaba desde el reservado, con un vaso de whisky barato en la mano. Aria era una anomalía en este antro. Mientras el resto se movía de forma caótica, ella bailaba con una precisión que rozaba lo insultante, como si la música solo fuera una sugerencia que ella decidía cumplir a rajatabla.

Estaba preciosa. No era solo el vestido de seda o la forma en que el neón se reflejaba en su piel; era su manera de moverse. Sus caderas se balanceaban con una fluidez hipnótica, un vaivén que me obligaba a apretar los puños para no cruzar el local y reclamar ese espacio para mí.

Hace apenas una hora, me lanzaba esa mirada de hielo, levantando el muro más alto que pudo encontrar. Pura fachada. Conocía esa mirada. La veía en el espejo cada mañana desde que era un crío. La gente no se pone máscaras por diversión; se las pone para sobrevivir. Aria Morgan no intentaba alejarme por arrogancia, trataba de proteger su mundo perfecto de alguien como yo: el caos personificado. Pero, lo que ella no entendía, era que yo sabía muy bien cómo se agrietan las máscaras.

Vi cómo Sienna y Elara se reían y se marchaban hacia el baño, dejándola sola en el centro de la pista. Fue entonces cuando un tipo, un engreído con demasiado gel en el pelo y una sonrisa depredadora, se deslizó hasta ella. Se acercó demasiado. Puso una mano en su espalda.

Mi paciencia se esfumó. Dejé el vaso de un golpe seco sobre la madera y caminé hacia allí, ignorando a la gente que me apartaba al pasar.

El tipo intentaba seguirle el ritmo, buscando cualquier excusa para tocarla más de la cuenta. Aria lo esquivaba con elegancia, pero se notaba su incomodidad.

Me situé justo detrás del idiota y le puse una mano firme en el hombro, girándolo con brusquedad.

—Lárgate —le espeté con la voz baja, desprovista de cualquier amabilidad.

El tipo abrió la boca para protestar, pero al verme —o quizás al ver el hartazgo que debía de estar pintado en mi cara—, prefirió no buscarse problemas y se esfumó entre la gente.

Aria se quedó inmóvil, con los ojos verdes muy abiertos, sorprendida por mi aparición. Intentó recuperar su pose, enderezando la espalda, pero no le di tiempo.

—¿Qué hac…

—Rescatando a la damisela en apuros —repliqué con una sonrisa torcida—. O al menos, evitando que ese tipo te hiciera perder el tiempo.

Sin pedir permiso, puse mi mano en su cintura. La seda era suave, pero la tensión de Aria era palpable. Noté cómo se sobresaltó, cómo su respiración se cortó un segundo. El contacto fue eléctrico.

—No te he pedido que me rescates —siseó ella, aunque no se apartó. Al contrario, sus manos buscaron apoyo en mis hombros, una reacción involuntaria.

—No, no lo has hecho. Pero para que bailes con ese idiota mejor que bailes conmigo, ¿no crees?

La acerqué a mí. Estaba lo bastante cerca para notar el calor que desprendía, una calidez que chocaba con la frialdad que intentaba

proyectar. Empezamos a movernos, un baile lento y peligroso en medio de la vorágine de la discoteca.

—¿Crees que puedes controlarme? —murmuró ella, alzando la barbilla. Sus ojos verdes brillaban con desafío, una chispa que me decía que, bajo esa capa de porcelana, había fuego real.

—Creo que te mueres por perder el control —susurré contra su oído, bajando la voz—. Estás a un paso de romper tu máscara, Morgan. Solo tienes que dejar de luchar contra lo que sientes.

Noté cómo su mano se apretaba en mi hombro, clavando un poco las uñas. El muro se estaba resquebrajando. Vi cómo su mirada bajó a mis labios y luego volvió a mis ojos, un rastro de duda y deseo que me hizo sonreír.

—Eres un peligro, Grayson —dijo, pero su voz ya no sonaba cortante, si no rota.

—Soy lo que necesitas —le respondí, atrayéndola un poco más, hasta que nuestros cuerpos fueron un solo bloque—. Deja de fingir que te importa lo que piensen los demás. Esta noche sé solo tú.

Aria soltó un suspiro, un sonido de rendición que me golpeó en el centro del pecho. Se dejó llevar por mi ritmo, un tira y afloja que nos consumía. No estábamos bailando; estábamos retándonos. Y ambos sabíamos que, en este juego, el primero que bajara la guardía, perdería.

La música no era solo sonido si no un pulso que compartíamos. Cada movimiento de Aria era una coreografía de deseo contenido, un tira y afloja donde ella me provocaba y yo, por supuesto, no tenía intención de dejar el juego. Mis manos en su cintura no eran solo un apoyo; eran una declaración. Sentía su calor a través de la seda, un contraste casi insoportable con la frialdad que ella intentaba proyectar con sus palabras.

La acerqué más, obligándola a encajar sus caderas contra las mías. Su respiración se volvió errática, un pequeño fallo en su sistema perfecto. Me encantaba. Estábamos en una burbuja de tensión

sexual tan densa que juraría que el resto de la discoteca apenas existía.

La canción se desvaneció y Aria se separó de mí con una rapidez pasmosa, como si el contacto la quemara. Vi cómo se alisaba el vestido, enderezaba los hombros y cómo, en cuestión de segundos, la mujer apasionada con la que acababa de bailar desaparecía. La máscara volvió a colocarse en su sitio con una precisión aterradora.

—Se acabó, Nevan —dijo. Su voz plana, desprovista de la electricidad de hace un momento—. No puedo seguir con este juego. A partir de ahora, cada uno por su lado.

Dio media vuelta y se alejó entre la multitud. La vi caminar, erguida, impecable, intentando recuperar el control que yo acababa de desbaratar. Pero no iba a dejar que se marchara así. No después de sentir cómo su pulso se disparaba contra el mío.

La seguí entre la masa de gente, esquivando cuerpos y luces, hasta que la alcancé en el pasillo lateral, un rincón con luz tenue donde el ruido de la discoteca llegaba amortiguado. La arrinconé con mi cuerpo antes de que pudiera cruzar la puerta que llevaba a los baños.

—¿De verdad vas a actuar como si no me conocieras? —solté, cortando su huida.

Ella se tensó, una respuesta física inmediata. Se giró hacia mí, clavándome una mirada gélida.

—Han pasado doce años, Nevan.

—Y te aseguro que no he olvidado ni un maldito día —repliqué, acortando la distancia un paso—. ¿Tú sí?

La forma en que bajó la mirada durante una fracción de segundo fue mi respuesta. Esa fisura en su armadura me dio todo lo que necesitaba, pero no se rindió. Se recompuso al instante, subiendo sus defensas. Esa perfección inalcanzable que había aprendido a llevar como si fuera su propia piel.

—No soy esa cría del campamento, por si no te has dado cuenta —dijo, con un tono más frío—. Y tú tampoco eres el mismo.

—Tienes razón. Ahora dibujo mejor y rompo menos cosas.

—Felicidades. Todo un logro personal.

Sonreí. Porque a pesar de la acidez, de ese muro de sarcasmo bien estructurado, la conocía. Sabía que si en verdad no le importara, ya estaría de vuelta con sus amigas, sin perder ni un segundo conmigo.

—¿Sabes qué es lo jodido, Aria? —pregunté, bajando la voz.

—Ilumíname.

—Que puedes engañar a todos. A tu madre. A tus amigas. Pero a mí no. Porque te conocí antes de que aprendieras a fingir.

Sus labios se apretaron. Sus ojos brillaban con rabia contenida que no supe si era por lo que dije o por lo que despertaba en ella. Daba igual. La verdad salió a la luz.

—No te metas en mi vida, Nevan. No eres parte de ella.

Me incliné, acercándome lo suficiente para que el olor a vainilla de su champú me golpeara con fuerza, un recuerdo estúpido de veranos que ya no existían.

—Pues entonces deja de mirarme como si quisieras que lo fuera.

La frase quedó suspendida entre los dos, una bomba sin detonar. Su respiración era suave, medida, pero sus ojos… sus ojos me gritaban cosas que su boca jamás admitiría.

—No me mires así, joder —dijo por fin. No era una orden; era un ruego disfrazado de advertencia.

—¿Así cómo? —Di un paso más cerca, invadiendo su espacio—. ¿Como si me importaras?

Ella bajó la mirada un segundo. El pestañeo lento. El trago seco de su garganta. La muralla tambaleándose.

—Como si pudieras quedarte —susurró.

Ahí estaba: la herida abierta. Y dolía. Porque yo también sabía que irse era fácil. Quedarse… eso era lo que daba miedo.

—No voy a prometerte eso —admití, con la voz ronca, sin adornos—. No sé hacerlo. No sé si puedo.

—Entonces, ¿qué quieres, Nevan?

No fue un susurro lastimero. Fue directo, como una flecha al pecho. Me quedé callado. La respuesta no era fácil. No la había. El nudo en mi garganta me impedía hablar.

—No lo sé —confesé al fin—. Pero cuando te vi de nuevo, con esos ojos cansados, apagados, con esa sonrisa elegante pero irreal... joder, quise romper algo. Romperlo todo.

Su gesto cambió, apenas un pestañeo más largo.

—No te veo, Aria —seguí—. Te miro y no estás ahí. Estás... apagada. Contenida. Como si estuvieras metida en una jaula que tú misma has cerrado con llave.

Observé cómo sus dedos, de forma involuntaria, buscaban el pendiente que llevaba en la oreja. Se lo tocaba una y otra vez.

Ella no me interrumpió. Me dejó seguir, exponiéndola, exponiéndonos.

—Tú no eres así, Aria. Tú eres fuego. Eres fuerza, joder, esa chica que subía a la tirolina más alta del campamento aunque le temblaran las piernas, la que reía con la boca llena de chocolate, la que bailaba descalza en medio de una tormenta porque decía que la lluvia te quitaba los miedos. La niña que no pedía permiso.

Sus ojos se abrieron apenas. Y, durante un segundo, vi a esa chica. La que tenía polvo en las rodillas y el alma intacta. Y dolió más que cualquier golpe. Entonces, levantó la mirada y me fulminó con esos ojos verdes, cargados de una furia gélida.

—Esa niña ya no existe, Nevan —afirmó, con la voz envuelta en rabia y dolor—. Murió hace doce años. Y tú... tú no estuviste para

verla morir.

Sus palabras me golpearon con fuerza.

—¿Sabes qué no es justo? —siguió, con el mentón en alto, negándose a llorar—. Que aparezcas ahora, después de tantos años, de no buscarme nunca. Ni una llamada. Ni un puto mensaje. Y ahora vengas a decirme lo que soy o no soy. Lo que debería o no debería ser.

Mi garganta ardía. No había defensa. Tenía razón.

—Te juro que quise hacerlo —dije en voz baja.

—¿Y qué te detuvo? —preguntó, con los ojos brillando, con la voz rota.

El silencio se apoderó del pasillo. La música llegaba lejos, como si estuviéramos en otro mundo. Aria dio un paso atrás. Y fue como si se llevara todo el aire con ella.

—No vuelvas a acercarte si no sabes lo que quieres, Nevan. Porque no estoy para que me desarmes otra vez.

Se giró y me dejó allí, con el pecho abierto en canal y las manos vacías. Porque joder, sí. Nunca fui a buscarla. Y ahora que estaba de vuelta, no sabía si tenía derecho a que me perdonara por haber huido de lo único que alguna vez me hizo sentir en casa.

«No vuelvas a acercarte si no sabes lo que quieres»

Qué jodida ironía. Porque si algo tenía claro en ese momento, era justo eso: la quería a ella. Pero no tenía ni idea de qué hacer con todo lo que eso implicaba.

Me quedé allí, solo en el pasillo, viendo cómo volvía hacia el reservado con sus amigas. Tenía por delante un mes entero en Los Ángeles. Un mes que, de repente, se me antojaba una condena insoportable si Aria no quería tener nada que ver conmigo.

Capítulo 14

Nevan

Recuerdo

—¡Nevan! ¡Nevan, mírame! —gritó Aria desde lo alto de la plataforma de madera, agarrada con las dos manos al manillar de la tirolina.

Estaba muerta de miedo, se notaba en su cara, pero también tenía esa sonrisa gamberra que le salía cada vez que hacíamos un reto. Tenía el pelo recogido en dos trenzas deshechas que ya estaban mojadas.

—¡No te vas a atrever, Morgan! —le piqué desde abajo, cruzando los brazos.

—¿Que no? ¡Mira esto!

Soltó un grito que resonó por todo el bosque y se lanzó al vacío. El cable de acero sonó con fuerza mientras Aria bajaba a toda velocidad, con las piernas encogidas y el viento soplándole en la cara. Justo cuando llegó al final del recorrido, encima de la parte más profunda del lago, soltó las manos.

Salió volando por el aire, agitando los brazos, antes de caer de golpe contra el agua.

¡Plaff!

El impacto levantó una ola gigante de espuma que me salpicó de pies a cabeza.

Me partí de risa, apoyándome en las rodillas mientras esperaba a que saliera. Un segundo después, su cabeza rubia asomó a la superficie. Escupió un chorro de agua, se apartó las trenzas empapadas de los ojos y soltó una carcajada limpia y ruidosa que me contagió al instante.

—¡Ha sido alucinante! —gritó, nadando hacia el muelle estilo perrito.

Le tendí la mano y tiré de ella con fuerza para ayudarla a subir. Pesaba un montón con la ropa empapada y los dos acabamos resbalando de vuelta al agua. Nos arrastramos como pudimos hasta la orilla y nos dejamos caer de espaldas sobre el césped, justo donde el sol de la tarde daba de lleno y calentaba la tierra.

Estábamos exhaustos. El pecho me subía y bajaba de golpe, y el agua helada del lago me chorreaba por la cara, mezclándose con el sudor. Miré hacia el cielo, viendo las nubes pasar, mientras la risa floja seguía brotando de nosotros, como pequeños hipidos. Aria se giró de lado, apoyando la cabeza sobre su brazo empapado, y me miró con esos ojos verdes brillantes, todavía jadeando por el esfuerzo y con la cara roja de tanta diversión.

—¡No me lo puedo creer! —me miró con los ojos como platos, todavía buscando aire—. De verdad que nunca jamás pensé que me atrevería a hacer eso. Tenía la tripa llena de mariposas antes de saltar.

—Te lo he dicho mil veces, Morgan —respondí, apoyando la cabeza sobre mis manos entrelazadas mientras la miraba de reojo—. Tú eres capaz de hacer todo lo que te propongas en esta vida. Aunque sigo pensando que estás como una cabra.

Aria soltó una carcajada ante mi comentario. Fue una risa tan pura, tan libre y tan natural que sentí cómo el sonido me recorría todo el pecho, dejándo una sensación de calor de lo más extraña. Estaba guapísima. Tenía las dos trenzas deshechas y pegadas al cuello, la punta de la nariz roja por el sol y la camiseta blanca chorreando, pegada al cuerpo, pero a ella no parecía importarle nada.

De repente, su cara cambió y puso esa expresión de pillina que ponía siempre que tramaba alguna de sus locuras. Se arrastró un poco por el césped para acercarse más a mí, bajando la voz como si los árboles del bosque pudieran oírnos.

—Oye, tengo un plan secreto para luego —susurró, con los ojos brillando de la emoción—. He descubierto cómo entrar en el almacén del pabellón principal, donde los monitores guardan todas las cajas de chucherías y los refrescos para las fiestas. El pestillo de la ventana de atrás está roto. Nos podemos colar esta noche, cuando todos se duerman. ¿Te apetece?

La verdad es que era una idea malísima. Si el director del campamento nos pillaba metiendo la mano en las cajas de gominolas, nos mandaría directos a casa en el primer autobús y nuestros padres nos matarían. Pero la miré a los ojos y supe que daría igual lo que me pidiera; si Aria Morgan me decía de saltar de un puente, yo solo le preguntaría si quería que cayéramos de cabeza o de pie.

—Venga, hecho —seguí el juego sonriente, sintiéndome el cómplice más afortunado del mundo—. Pero si nos pillan, dices que ha sido idea tuya, ¿vale?

Aria se rió otra vez, dándome un empujón suave en el hombro, de pronto su risa se fue apagando despacio. Se quedó mirando al frente, fija en el agua del lago que empezaba a oscurecerse, y arrancó un trozo de hierba con los dedos, se puso seria de una forma que no era normal en ella.

—Nevan... a veces me da un poco de miedo —admitió con la voz muy bajita, sin mirarme.

—¿El qué? ¿Que nos pille el monitor? Que va, ese duerme como un tronco...

—No, eso no —interrumpió, suspirando—. Me da miedo crecer. Me da miedo que cuando seamos mayores de verdad, toda esta diversión se termine. Mi madre siempre me está diciendo que tengo

que ser una niña seria, que el ballet es una disciplina y que tengo que madurar. Me da miedo que un día no me deje volver a hacer cosas así, que me prohíba venir al lago; y que todo se vuelva gris y aburrido.

Se me encogió el estómago al escucharla. Verla dudar de esa manera me revolvió algo por dentro. Me incorporé, sentándome con las piernas cruzadas a su lado, y estiré la mano para darle un tirón suave a una de sus trenzas mojadas, obligándola a mirarme.

—Eso no va a pasar, Aria —dije con toda la firmeza que fui capaz de reunir—. No pasará si tú no dejas que pase. Y da igual lo que diga tu madre. Yo voy a estar ahí contigo, siempre. No voy a dejar que esa vida aburrida de los mayores te engulla, te lo prometo. Si intentan volverte gris, yo te llenaré de colores, te traeré aquí a la fuerza si hace falta y te obligaré a meterte en el lago otra vez. Inventaremos lo que sea.

Aria me sostuvo la mirada durante unos segundos que parecieron larguísimos. Sus ojazos verdes se ablandaron por completo y la comisura de sus labios volvió a curvarse hacia arriba. Dejó caer su cabeza sobre mi hombro, apoyándose en mí mientras el sol terminaba de esconderse por las montañas.

Nos quedamos allí quietos, sintiendo el viento frío de la tarde pero protegidos por el calor del otro.

Éramos solo dos niños sentados junto a un lago, soñando cosas demasiado grandes y haciendo promesas eternas, sin tener la más mínima idea de que la vida, ahí fuera, era muchísimo más complicada de lo que parecía.

Capítulo 15

Nevan

Dormí como el culo.

Fue el tipo de noche en la que das vueltas, sudas sin sentido y sueñas con escenas que no sabes si son recuerdos o películas de terror. Me desperté con la mandíbula apretada, el cuello tenso y la sensación de que me habían dado una paliza emocional. Lo peor: ni siquiera había bebido lo suficiente como para justificar ese caos mental.

La luz de la mañana se colaba con crueldad por la ventana, en el piso de la madre de Elara. Era un lugar impecable, lleno de plantas que sobrevivían a pesar de mis intentos por ignorarlas. Me arrastré hasta la cocina con el pelo hecho un nido y el humor bajo mínimos. Eiden ya estaba allí, en pantalón corto, café en mano, con esa cara de persona funcional que me irritaba tanto a esas horas.

—Qué cara traes —soltó, deslizando una taza por la encimera sin que se la pidiera. Por eso éramos amigos.

—He dormido como si me hubiera metido en una pelea con mi subconsciente. Y perdí —murmuré, agarrando el café como si fuera un salvavidas.

—Normal. Te pusiste existencial a las tres de la mañana en el sofá —añadió Elara, apareciendo desde el pasillo con una coleta alta y esa sonrisa que siempre ocultaba una trampa.

—No estaba existencial. Estaba reflexionando sobre la decadencia moral del mundo moderno.

—Claro, Nevan —dijo Eiden, dándole un trago a su café—. Reflexionando a gritos.

—Me dejasteis solo. Esto es culpa vuestra.

Elara se apoyó en la barra, mirándome con una intención que me puso en alerta. Lo vi venir; el aire en la cocina cambió, cargándose de esa electricidad que precede a las malas decisiones.

—Por cierto… —empezó, con un tono inocente que no me tragaba ni de broma.

—No. —La corté antes de que terminara.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir.

—Seguro que es una trampa.

—Aria se dejó la chaqueta anoche.

Mi ceja se arqueó sola.

—¿Y?

Elara sonrió, satisfecha, como si acabara de ganar una partida de ajedrez contra mí.

—Y deberías llevársela. Seguro que está en la academia ahora mismo. Ensayando.

—¿Perdona?

—No te hagas el tonto. Está cerca. Puedes pasar un momento.

—¿Y por qué no se la llevas tú? ¿O Eiden? —Miré a ambos con cara de "ni de coña".

—Porque tú estabas más cerca cuando la dejó —replicó ella, encantada de sí misma.

—Ella no va a alegrarse de verme aparecer con su ropa como si esto fuera un drama adolescente. Va a pensar que la estoy siguiendo.

—¿Y lo estás? —preguntó Eiden, sin apartar la vista de su taza, solo por molestar.

Le lancé una mirada que habría matado a alguien menos paciente, pero Elara ya estaba en su mundo.

—No seas cobarde. Es una chaqueta, Nevan. No un anillo de compromiso.

Bufé, dejando la taza sobre la encimera con un golpe seco.

—Sois lo peor.

—Y tú el más fácil de manipular —respondió ella, girándose para revisar su móvil como si no hubiera pasado nada.

No estaba convencido de que esto no fuera una forma de acoso consentido, pero ya estaba cogiendo la maldita prenda del respaldo de la silla. La sostenía como si quemara. Enfrentarme a Aria de nuevo no estaba en mis planes, sobre todo porque sabía que con solo verla, todo lo que me había jurado evitar la noche anterior se iba a desmoronar.

Poco después, estaba parado como un imbécil frente al edificio de la academia. Me pregunté en qué momento de mi vida había acabado siendo el mensajero oficial de chaquetas olvidadas.

El edificio era una estructura de cristal y hormigón que gritaba exclusividad. Perfecto. Un sitio en el que yo encajaba tanto como una hamburguesa en la dieta de una bailarina.

Encendí un cigarro, apoyándome contra la pared mientras intentaba mentalizarme. Podría haberle mandado un mensaje. «*Baja a buscar tu chaqueta, bombón*». Habría sido fácil. Pero siempre elegía el camino complicado. Porque ver a Aria era como invitar al caos a tomar café en mi estómago.

Apuré la última calada, pisé la colilla y entré.

El aroma era distinto ahí dentro: limpio, dulce, como perfume caro y esfuerzo contenido. Pasé por un pasillo largo, impoluto, con paredes

blancas que brillaban demasiado. Todo gritaba «*este no es tu sitio*». Aun así, seguí andando hasta que la música de piano me guió a una de las salas.

Me asomé.

El tiempo se ralentizó. Ahí estaba ella. Mallas, *body*, movimiento. Todo lo que no debía estar mirando, lo observaba con una intensidad que me quemaba. Cada giro era quirúrgico, cada línea de su cuerpo parecía diseñada por un arquitecto, pero no había alegría. Era perfecta, sí; pero vacía. Como una bailarina en su caja de música, atrapada repitiendo pasos hasta el desgaste.

Cuando se detuvo y miró su teléfono, su expresión se tensó con una amargura que no le correspondía. Ahí decidí dejar de acechar y hacer acto de presencia.

—Si frunces el ceño con más fuerza, te van a salir arrugas, bombón. Y sería una pena desperdiciar esa cara tan bonita.

Aria se giró tan rápido que casi se tropieza. Su expresión pasó del *shock* a la rabia en un segundo.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó, cruzándose de brazos, intentando crear un muro invisible entre nosotros.

—Aportándole un poco de atractivo masculino a esta institución elitista —dije, levantando la chaqueta y sonriendo de lado—. Y traigo esto.

Ella ni siquiera miró la prenda. Sus ojos verdes estaban fijos en los míos, analizando, evaluando, decidiendo si le convenía mandarme a la mierda o ignorarme hasta que me esfumara.

—Déjala en la mesa.

—¿Ni siquiera un «oh, Nevan, qué amable de tu parte, muchas gracias por tomarte la molestia»?

—No.

Sonreí, divertido, y di un par de pasos hacia ella, acortando la distancia.

—Eres más borde de lo que recordaba.

—Y tú eres más insoportable.

—Lo sé, es mi mejor cualidad.

Ella puso los ojos en blanco y se acercó para tomar la chaqueta, pero en el último segundo la alejé, haciéndola suspirar con una exasperación que me encantó.

—Dámela.

—Pídelo por favor.

—Nevan…

—Vamos, bombón. Un poquito de cortesía.

Aria me miró como si estuviera considerando lanzarme una patada en la espinilla. Me encantaba verla así: con las mejillas sonrojadas y los labios tensos. Significaba que la sacaba de su burbuja perfecta.

—Por favor —murmuró entre dientes, como si las palabras le quemaran la lengua.

—¿Ves? No era tan difícil.

Le tendí la chaqueta. Cuando la agarró, nuestros dedos se rozaron por un segundo. Solo uno. Pero fue suficiente para que una descarga recorriera mi piel. Aria apartó la mano como si hubiera tocado fuego, bajando la mirada antes de volver a clavar sus ojos en los míos con frialdad renovada.

—Ya puedes irte.

Me llevé una mano al pecho, fingiendo estar herido.

—¿Tan rápido me echas? ¿Y si quiero ver un poco más de tu espectáculo?

Su mandíbula se tensó hasta el dolor.

—Nevan.

—Vale, vale. —Levanté las manos—. Solo quería enterrar el hacha de guerra, pero veo que todavía prefieres usarla de almohada.

Ella no respondió. Me sostuvo la mirada con la barbilla alta, impenetrable, inaccesible. Sí, claro. Como si esa actitud pudiera hacerme olvidar la forma en que me miró anoche. Como si pudiera borrar el hecho de que, por mucho que lo negara, mi presencia la descolocó tanto como la suya a mí.

Sonreí de lado y le di la espalda, caminando hacia la puerta.

—Nos vemos, bombón.

Crucé el umbral y supe, con absoluta certeza, que sus ojos estaban clavados en mi espalda. Ella quería poner distancia. Pero esto estaba lejos de terminar.

***

No sabía muy bien por qué demonios seguía ahí fuera, plantado al lado de mi coche como si esperara algo. Quizá intuición. Quizá mi vena masoquista haga horas extra.

Apoyado en el capó, me encendí otro cigarro y dejé que la brisa cálida del día me despeinara aún más. Estaba casi seguro de que el sudor ya me soldaba la camiseta al pecho, pero aun así no me moví. Porque algo me decía que la escena estaba a punto de ponerse interesante.

Y no tardó. Aria salió del edificio como una maldita reina cabreada, con el ceño fruncido y el móvil apretado en una mano como si estuviera a punto de lanzarlo a la estratosfera. Llevaba un vestido rosa de tirantes, ligero, con un vuelo que le rozaba las rodillas como si la tela misma supiera lo que tenía entre manos. Femenina,

elegante, perfecta. Y con esa expresión de fastidio grabada en su cara, parecía lista para estrangular a alguien con sus propias manos.

No me vio al principio. Estaba demasiado ocupada bufando al teléfono.

—Ya he dicho que no, mamá. No voy a quedarme a repasar la coreografía otras tres horas. Tengo límites —espetó ella con ese tono cortante que haría que hasta Siri le pidiera perdón.

Me llevé el cigarro a los labios sin apartar la vista. Joder, su madre. El motor de su ansiedad. La mujer que había convertido su vida en un ensayo permanente.

—No, no me vengas con eso del prestigio. Estoy agotada —continuó ella, deteniéndose en seco mientras se pasaba una mano por la frente—. Ya me las arreglaré para volver. No necesito que nadie me controle cada paso.

Colgó con un suspiro que parecía sacado de un drama de telenovela.

—¿Problemas con el mando a distancia de tu vida? —pregunté yo, soltando el humo con parsimonia.

Mi voz la hizo girarse tan rápido que casi se le cae el móvil. Sus ojos verdes se clavaron en mí con ese brillo que no sabía si quería pegarme o encerrarme en un armario con ella. Ambos escenarios eran bienvenidos.

—¿Por qué sigues aquí, Grayson? —espetó ella sin molestarse en disimular la irritación.

—Digamos que el destino quería que presenciara cómo tu madre intentaba teledirigir tu vida incluso a esta hora —dije sonriendo con suficiencia.

Sus labios se apretaron en una fina línea. Estaba decidiendo si ignorarme o matarme. Lo veía claro.

—No necesito testigos —dijo por fin, cruzándose de brazos.

—Ya, pero qué suerte la tuya, bombón. Porque resulta que el caballero de brillante… chándal descolorido —me señalé con solemnidad—, se ofrece a llevarte a casa —añadí con un guiño.

—No —respondió ella de inmediato.

Mi sonrisa se ensanchó mientras tiraba el cigarro al suelo.

—¿No? —pregunté con sorna.

—Pues eso, no —reiteró ella, dándose la vuelta.

—Aria… —intenté, dando un paso hacia ella.

—Nevan… —me cortó ella con un tono que advertía peligro.

Vale, eso fue gracioso. Me llevé una mano al pecho, fingiendo emoción exagerada.

—Esto empieza a parecerse a una comedia romántica, de esas malas que ponen en navidad —comenté divertido.

—No seas idiota —replicó ella, fulminándome con la mirada.

—Es mi encanto principal.

Me acerqué lo justo para provocarle ese fruncido de cejas que me encantaba.

—Vamos, no seas cabezota. Sabes que te conviene —dije, mirándola sin parpadear.

Me miró como si en cualquier momento fuera a sacar un cuchillo. O una flor. Y no estaba segura de cuál le daba más miedo.

—Puedo pedir un Uber —sentenció ella, sacando el teléfono de nuevo.

—Sí, claro, y esperar en la acera durante media hora tostándote al sol. O puedes aceptar mi heroico ofrecimiento y llegar a casa en tiempo récord, con una vista privilegiada —me señalé a mí mismo con ironía.

—Eres insoportable —masculló ella, guardando el teléfono.

—Y muy guapo, pero no estamos aquí para debatir mis virtudes —contesté con tono ligero.

Rodó los ojos y apretó los puños a los lados de su cuerpo, como si estuviera librando una batalla interna.

—Solo hasta mi casa y luego te vas —cedió ella al final, rindiéndose.

Levanté una mano como si jurara ante un juez.

—Lo juro, hoy no vendo personas al mercado negro. Es mi día libre —dije con una mueca burlona.

Me fulminó con la mirada una vez más.

—No me sorprendería que ya tuvieras un plan para eso —dijo ella, caminando hacia el coche.

—Lo tengo, pero Elon Musk aún no me contesta los correos —respondí mientras abría la puerta.

Con otro suspiro, esta vez de resignación, se subió al coche sin decir nada más. Me puse al volante, encendí el motor y sentí cómo el viejo trasto vibraba bajo mis pies como si protestara por tener que moverse otra vez. Ella se sentó con la espalda tan recta que parecía más una estatua que una persona. Yoga de alto nivel. Y, joder, estaba preciosa. Cabreada. Tensa. Pero preciosa.

Rodé los ojos y subí un poco el volumen. *Pumped Up Kicks* empezó a sonar, ese ritmo despreocupado que siempre me pareció una ironía. Sobretodo ahora.

—Relájate, bombón —dije con una sonrisa torcida, lanzándole una mirada de reojo mientras giraba el volante con una sola mano—. No pienso comerte.

—No tengo ninguna duda de que lo harías si te diera la oportunidad —respondió ella sin parpadear. Como si no estuviera al borde de prender fuego desde que subió al coche.

Sonreí. Me encantaba. Esa lengua afilada, esa forma de defenderse como si todo fuera una amenaza.

—Bueno, no voy a mentir, tienes razón —admití relajado—, pero no quiero arriesgarme a que me arranques los ojos en el proceso.

Bufó y giró la cara hacia la ventana, evitando encontrar mis ojos. Pero yo sabía que me escuchaba. Que estaba pendiente. Siempre lo estaba.

—¿Siempre tienes que decir cosas tan inapropiadas? —preguntó ella, todavía mirando hacia afuera.

—Es una condición médica —dije encogiéndome de hombros—. Si me contengo, se me mueren las neuronas.

—Quizá deberías intentarlo. A ver si todavía quedan algunas vivas —replicó ella con un deje de burla.

—Esa compasión tuya me desarma —solté una risilla, disfrutando más de lo que debería.

El tráfico fluía. Las luces parpadeaban en los cristales. Y, por un momento, el coche se sintió como un refugio. Casi como si estuviéramos en una burbuja que nadie más podía tocar. Casi.

—Así que… cuéntame —dije de pronto, bajando un poco el tono—. ¿Cómo es la vida de la gran Aria Morgan cuando nadie le dice cómo debe mover los pies?

Me lanzó una mirada de lado, desconfiada. Como si yo fuera un problema. No iba mal encaminada.

—¿A qué viene eso? —preguntó ella, a la defensiva.

—¿Tan raro es que quiera hablar contigo?

—Tú no haces preguntas sin motivo, Grayson —sentenció ella tajante.

—Y tú no contestas sin levantar un muro, Morgan —le devolví la pelota con la misma intensidad.

Me miró, tensa. Pero no dijo nada. Así que solté el anzuelo.

—Venga, va. ¿Qué haces cuando no estás bailando o bajo el mando de tu madre? —pregunté, curioseando.

—¿Eso te preocupa tanto? —inquirió ella, arqueando una ceja.

—Me intriga el misterio —afirmé encogiéndome de hombros.

Giró los ojos y respiró hondo, dejándose llevar por la conversación.

—Duermo —dijo al final.

—Guau. Vida loca —respondí con sarcasmo.

—La tuya parece más de comedia barata. No te quejes —dijo ella devolviéndome el golpe.

—*Touché* —admití.

Me apoyé en el respaldo, sin quitar la vista del frente, pero sintiendo cada mínima reacción suya como si me tocara la piel. Era agotador. Y adictivo.

—Vamos, dime algo más. ¿No tienes hobbies? ¿Pasatiempos secretos? —insistí yo, buscando algo más profundo.

Tardó en contestar. Como si eso ya fuera dar demasiado de sí misma.

—Me gusta leer —dijo al fin, manteniendo la mirada fija en el tráfico.

—¿En serio? No te hacía ese perfil —dije, sorprendido.

—¿Por qué? ¿Porque llevo vestidos bonitos y me maquillo? —preguntó, desafiante.

—Nah. Porque pensé que ocupabas tu tiempo planificando la dominación mundial —bromeé yo.

Vi un atisbo de sonrisa que no pudo contener.

—Y lo hago. Pero también leo —afirmó ella.

—Te juro que ese combo es... jodidamente sexy —solté sin pensar, y al ver su reacción, supe que había marcado un punto.

—Eres imbécil —dijo, aunque esta vez sin rastro de malicia real.

—Y tú encantadora, cuando no estás intentando matarme —le aseguré con una sonrisa.

Esta vez, el gesto fue real. Pequeña. Fugaz. Pero real. Y, joder, eso valía más que todo lo que había visto esta semana.

—Vale, venga —dijo de repente, mirándome—. ¿Y tú? ¿Qué haces cuando no estás robando coches o coleccionando tatuajes?

—¿Yo? Pues dibujo. Mal. Pero lo hago. Y arreglo cosas. Y bebo café como si fuera un estilo de vida —enumeré con naturalidad.

—Impresionante currículum —contestó con ironía.

—Gracias. Estoy disponible para entrevistas. Incluso tengo referencias falsas —añadí guiñándole un ojo.

Ella soltó una risa leve, y ahí estaba de nuevo. Ese parpadeo de lo que podríamos ser. De lo que una vez fuimos. De lo que, quizás, todavía estaba ahí. Apreté el volante. No la miré. Porque si la miraba, me iba a olvidar de todos los motivos por los que debía mantenerme al margen.

Y lo peor era que, en ese momento, no estaba seguro de querer recordar ninguno.

Capítulo 16

Aria

En cuanto el coche se detuvo, me desabroché el cinturón como si el asiento me quemara la piel. Tenía el cuerpo tenso, la cabeza hecha un caos y esa urgencia idiota por salir huyendo. No porque Nevan hubiera dicho algo particularmente insoportable —bueno, en realidad sí—, sino porque estar cerca de él era como caminar con un mechero encendido por un campo de gasolina.

—Gracias por traerme —murmuré sin mirarlo, abriendo la puerta con rapidez. No le iba a dar ni medio segundo más de ventaja.

—Un placer, bombón —respondió él con esa maldita sonrisa suya, la que debería estar prohibida por ley en al menos cinco países.

Salí del coche con rapidez, intentando recuperar el aire y la dignidad a la vez. Me alisé la falda, aunque no servía de nada; me sentía muy consciente de cada centímetro de mi cuerpo, demasiado viva, demasiado expuesta.

Y, por supuesto, la vida decidió jugármela otra vez.

—Aria.

La voz de mi madre era un filo de hielo en pleno verano. Alta, erguida, impecable. Isabel Morgan irradiaba poder desde la raíz de su peinado hasta la punta de sus tacones de diseño. Y estaba enfadada. Lo supe antes incluso de que sus ojos se posaran en Nevan.

—Mamá —dije, fingiendo calma mientras me colocaba el bolso al hombro, aunque todo mi cuerpo gritaba alerta roja—. ¿Qué haces

aquí?

Su mirada fue directa. Helada. Analítica. Se clavó en Nevan como si fuera una mancha de grasa en su vestido blanco impoluto.

—Y este es… —preguntó ella, con un tono neutro que me heló la sangre.

—Nevan Grayson —se adelantó él, bajando del coche y cerrando la puerta con calma, con una sonrisa tan encantadora como provocadora—. Mensajero oficial de chaquetas olvidadas.

Mi madre arqueó apenas una ceja, observándolo de arriba abajo con un desdén que no necesitaba palabras.

—Curioso uniforme el tuyo, señor Grayson —replicó ella con una frialdad gélida.

—Gracias. Nunca me gustó mucho la etiqueta —contestó él, encogiéndose de hombros, tan tranquilo como si hablaran del tiempo.

Mi madre lo ignoró, girándose hacia mí con elegancia medida.

—¿Es este el tipo de compañía que buscas ahora, Aria? ¿Dejas que cualquier hombre te recoja en la calle como si estuvieras esperando un taxi en la acera? —cuestionó, clavando sus ojos en los míos.

Tragué saliva, sintiendo el peso de su juicio caer sobre mis hombros.

—Estába cerca de la academia, ha sido un gesto amable —respondí con la voz más neutra que logré reunir.

—Un gesto —repitió con una sombra de burla en los labios—. Qué original.

Nevan rió por lo bajo, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Tranquila, señora Morgan. Prometo que el interior del coche estaba libre de drogas y malas intenciones. Al menos hoy.

Ella giró despacio la cabeza hacia él, como si acabara de encontrar una cucaracha hablando su idioma.

—Y usted, señor Grayson… ¿A qué te dedicas? —inquirió ella, dando un paso hacia adelante.

—Ahora mismo, a aguantar interrogatorios de alto nivel con bastante dignidad —respondió él, sin perder la calma.

—¿Profesión habitual? —repitió mi madre con esa media sonrisa afilada que usaba cuando estaba a punto de despellejar a alguien con palabras.

Nevan se encogió de hombros como si hablaran de qué helado elegir, no de su estatus en la sociedad.

—Depende del día. A veces recojo chatarra con mi vecino Gus, otras dibujo cosas que borrachos demasiado entusiasmados se tatúan sin pensarlo dos veces. Trabajo creativo, ya sabe.

Silencio. Mi madre parpadeó lento, como si hubiera escuchado algo ofensivo. Sus labios se curvaron apenas, una línea tan fina que parecía esculpida.

—Fascinante. El arte... en todas sus formas —sentenció ella con un tono cargado de veneno.

Nevan sonrió, encantado, como si no entendiera el insulto.

—Y muy bien pagado si te pillan en plena borrachera con el pecho al aire y muchas ganas de demostrar valentía —añadió él, soltando una carcajada suave.

Quise meterme debajo del asfalto.

—Mamá —interrumpí, clavando los ojos en ella antes de que dijera algo más venenoso—, Nevan es amigo de Elara. No hay nada raro en que me haya traído. Solo coincidimos.

Ella giró la mirada hacia mí, tan calmada que me puso los pelos de punta.

—Oh, por supuesto. Estoy segura de que fue un gesto del todo desinteresado —dijo, clavando su mirada en la mía, suave como una caricia con cuchilla.

—Muy cierto —dijo Nevan, sin inmutarse—. Soy un romántico empedernido. Y tengo debilidad por las damiselas en apuros.

Los ojos de mi madre brillaron con malicia.

—Qué afortunada eres, querida. Tan… protegida de repente —dijo, girándose de nuevo hacia él—. Qué lástima, señor Grayson. Justo iba a invitarlo a tomar el té. Me encantaría saber más sobre su... trayectoria.

Nevan ladeó la cabeza, observándola con una intensidad divertida.

—El té me da acidez —dijo, serio—. Pero gracias. Igual otro día, cuando venga con esmoquin.

—Eso sería interesante de ver —respondió mi madre, manteniendo su máscara de hielo.

—¿Yo en esmoquin o tomando té? —preguntó Nevan, acercándose un paso más a ella.

—Ambas —sentenció ella sin dudar.

Antes de que esto se convirtiera en una versión barata de los Juegos del Hambre, levanté una mano, desesperada por acabar con el momento.

—Nos vemos, Nevan. Gracias otra vez —dije, clavando la mirada en él como si pudiera obligarlo a evaporarse.

Él me miró. Por un segundo, su sonrisa canalla desapareció. No se fue del todo, pero se volvió más suave. Más real. Como si debajo del sarcasmo todavía quedara algo… peligroso.

Y luego se giró hacia mi madre, haciendo una pequeña inclinación de cabeza.

—Un placer, señora Morgan. Su hospitalidad es legendaria. Casi tanto como su sutileza —dijo él, con una calma de quien sabe a ciencia cierta que está saliendo victorioso a pesar de las apariencias.

Nevan alzó una mano a modo de despedida mientras se daba la vuelta.

—Nos vemos, bombón —añadió, lanzándome una última mirada cargada de intención.

Se fue. Como una tormenta que te revienta la tarde, pero te deja extrañamente viva.

Yo me quedé ahí, con mi madre al lado, sintiendo cómo la temperatura bajaba veinte grados solo con su silencio.

—Vamos dentro —dijo al final, seca, dándose la vuelta sin esperar respuesta.

Y supe que, por más que Nevan se hubiera ido, el huracán no había hecho más que empezar.

El sonido de nuestros tacones —los suyos calculados, los míos apresurados— resonaba en el suelo como un eco incómodo de todo lo que no se decía. Entramos al salón y, antes siquiera de sentarse, mi madre se quitó los guantes de seda con un movimiento preciso.

—No me lo puedo creer, Aria —dijo, sin elevar el tono. Mi madre jamás gritaba; no lo necesitaba, porque cada palabra suya pesaba como una sentencia judicial. Me quedé de pie, sin moverme—. ¿Es que ya no tienes el más mínimo sentido común? ¿Aparecer en la calle con ese… personaje?

Su voz era puro veneno envuelto en terciopelo.

—¿Sabes lo que diría la prensa si alguien os hubiera visto? —añadió, girándose para clavarme unos ojos grises que se sentían como cuchillas—. ¿Qué pensarán los inversores de la academia? ¿Tu propio apellido, Aria?

Me crucé de brazos, intentando sostenerle la mirada sin temblar.

—Nadie nos ha visto —respondí, tratando de que mi voz sonara firme—. Y Nevan solo me hizo un favor. Estaba agotada, mamá. No iba a esperar a que una solución más «adecuada» apareciera de repente en la acera.

Mi madre lanzó una carcajada seca, carente de cualquier atisbo de humor, mientras se acercaba a una de las mesas de cristal.

—Hay taxis. Choferes. Soluciones dignas de tu estatus —sentenció ella, con un desdén que me encogió el estómago—. No hombres tatuados con chándal que huelen a gasolina y sarcasmo barato.

—Nevan no huele a gasolina —solté antes de pensarlo.

Y mierda. Fue justo eso lo que hizo que ella entornara los ojos, como si hubiera detectado una grieta en mi armadura.

—¿Ah, no? —preguntó ella con una media sonrisa afilada—. Qué alivio. Seguro que solo huele a mediocridad entonces.

Mi mandíbula se apretó, y sentí cómo los dedos se me crispaban a los costados del vestido.

—Él no es mediocre —espeté, sintiendo un calor furioso en el pecho —. Solo porque no lleve un maldito reloj de veinte mil dólares no significa que no tenga valor.

Se echó hacia atrás en el sillón, cruzando las piernas con una lentitud exasperante.

—Oh, Aria. Siempre tan… idealista —dijo con un tono de falsa piedad—. Qué peligroso es ese rasgo cuando una no sabe dónde está el límite.

Me obligué a respirar. Despacio.

—No tiene nada que ver con idealismos —dije, tratando de mantener la compostura—. Nevan es amigo de Elara y Eiden. No es un desconocido. Solo fue un favor. Fin.

Ella hizo un gesto con la mano, como si apartara una mota de polvo invisible del aire.

—¿Y así es como te agradece el favor? Haciendo chistes delante de mí como si esto fuera un programa de televisión. Como si tú fueras… una cualquiera.

La palabra flotó en el aire, pesada y sucia. Me golpeó como un puñetazo invisible.

—¿Y qué querías que hiciera? —pregunté, dando un paso hacia ella, sin poder evitar que el desafío se filtrara en mi voz—. ¿Que me quedara en la calle por miedo a lo que pensaras tú? ¿A lo que pensarán todos los demás?

—Sí —respondió ella de inmediato, sin pestañear—. Justo eso. Porque es lo que hacen las Morgan. Aguantan. No improvisan. No se rodean de basura.

—Nevan no es basura.

El silencio fue inmediato. Denso. Casi sólido.

Ella me miró como si hubiera confesado que pensaba tirar mi carrera por la borda.

—Qué interesante nivel de defensa, Aria —murmuró, acercándose a mí con pasos lentos—. ¿Hay algo más que quieras contarme?

—No —mentí, y la respuesta salió demasiado rápido, incluso para mí.

Se detuvo frente a mí, invadiendo mi espacio con esa elegancia meticulosa. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz suave, casi maternal. La clase de voz que confundía. Que dolía.

—Yo solo quiero lo mejor para ti. Siempre. Pero a veces, no sé si lo recuerdas.

Bajé la mirada, sintiendo su voz instalada en mi cabeza como un metrónomo constante, marcando el ritmo de cada decisión que tomaba.

—Lo recuerdo —susurré, derrotada.

—Bien —dijo ella, tomándome la barbilla con una delicadeza que no sentía afectuosa, obligándome a alzar los ojos—. Porque si vas a echarlo todo a perder por un hombre como ese, entonces no solo decepcionarás a todos los que creen en ti. Me decepcionarás a mí.

Ahí estaba. La daga envenenada. No la furia, no el grito. El amor condicional, disfrazado de preocupación.

—Lo sé —susurré.

Me soltó como si fuera una pieza de cerámica que ya no le interesaba y se giró, retomando su frialdad habitual.

—Ve a cambiarte. Tienes una reunión con los patrocinadores esta noche. Y quiero que lleves el vestido azul. Te hace parecer más delgada —ordenó, sin mirarme.

Asentí en automático, con el pecho lleno de plomo. Subí las escaleras sin mirar atrás, con el nombre de Nevan repitiéndose en mi cabeza como una canción prohibida que no podía dejar de tararear.

Capítulo 17

Nevan

Recuerdo

El autobús del campamento frenó con un chirrido de frenos tan fuerte que me taladró los oídos, levantando una nube de polvo gris que se coló por las ventanillas bajadas. Nada más abrirse la puerta, el olor a pino recalentado por el sol, a protector solar barato y al lago me dio de lleno en la cara. El conductor gritó que ya habíamos llegado, y de golpe, el pasillo se convirtió en una selva de mochilas gigantes, empujones y chavales gritando de emoción.

A mí los gritos me daban bastante igual. Yo solo quería bajarme.

Llevaba casi diez meses contando las semanas, los ríos de tinta de los exámenes del colegio y los días de lluvia en los que no tenía nada mejor que hacer que mirar el techo de mi habitación. Todo para volver a este maldito campamento de verano. Bueno, en realidad, el campamento me importaba una mierda; las cabañas tenían goteras, la comida sabía a plástico y los monitores eran unos pesados que se pasaban el día soplando silbatos. Yo había vuelto por ella. Por la promesa que nos habíamos hecho en el muelle el año pasado, justo antes de subirnos a los autobuses de vuelta a nuestras casas. «El año que viene, en cuanto bajes del autobús, te busco», me había dicho con esa sonrisa suya que hacía que todo lo demás pareciera menos aburrido. Y yo cumplía mis promesas. Siempre.

Ajusté las correas de mi mochila, que me pesaba un quintal en los hombros, y salté los tres escalones del autobús para pisar la tierra batida del camino.

El patio principal era un caos absoluto. Había padres despidiéndose, niños de los grupos pequeños llorando porque extrañaban sus casas antes de empezar, y monitores con camisetas de color verde chillón aplaudiendo como si les pagaran por estar hiperactivos. Me planté en mitad del barullo, entornando los ojos por la luz del sol de mediodía, y empecé a escanear las cabezas de todo el mundo.

Buscaba una melena rubia. Unos ojos que me miraran con el mismo descaro de siempre.

Caminé entre la multitud, esquivando un balón de fútbol que casi me vuela los dientes y pasando por el lado de las filas de inscripción de la cabaña principal. Miré a las chicas que se estaban registrando, una por una. Ninguna era ella. Fui hacia la zona de los comedores, donde la gente dejaba las maletas en montones gigantescos. Tampoco. Un nudo pequeño, frío y molesto, empezó a formarse en el fondo de mi estómago, justo debajo del ombligo.

—Venga, Nevan, no seas idiota —me dije, apretando los puños dentro de los bolsillos del pantalón corto—. Seguro que ha llegado antes y ha pasado de este jaleo.

Tenía sentido. A Aria tampoco le gustaban las multitudes ni la gente gritando sin motivo. Ella era más lista que todo eso.

Me di la vuelta, pasando de largo de la charla de bienvenida que un monitor con megáfono estaba empezando a dar en la explanada, y eché a correr hacia el sendero que bajaba al lago. Mis zapatillas levantaban polvo a cada zancada y las ramas de los arbustos me arañaban los brazos, pero me daba igual. La idea de que estuviera allí, esperándome en nuestro sitio secreto, hacía que las piernas fueran solas.

Llegué al claro del bosque y frené en seco, con el corazón golpeándome las costillas como un animal enjaulado.

El muelle de madera vieja seguía igual que el verano pasado, adentrándose unos metros en las aguas mansas y oscuras del lago. El sol se reflejaba en la superficie como si fuera un espejo roto. Pero

no había nadie sentado en el borde. No había unos pies descalzos balanceándose sobre el agua. No había ninguna mochila tirada en las tablas de madera.

Solo estaba el silencio del bosque y el zumbido de un par de libélulas.

El muelle estaba vacío.

Me acerqué despacio, arrastrando los pies, esperando que Aria saliera de detrás de alguno de los árboles del camino para asustarme y reírse de mí, como hacía siempre. Pero los segundos pasaron y nadie salió. Me senté en el borde de la madera, allí donde nos habíamos despedido, y dejé caer la mochila a mi lado. El nudo de mi estómago se volvió tan pesado que casi me costaba respirar. Miré al agua y sentí una rabia caliente subiéndome por el cuello. Me había fallado. Habíamos hecho un pacto de sangre —bueno, con un boli rojo que pintaba fatal, pero para nosotros era lo mismo— y ella no había venido.

Me levanté de golpe, limpiándome las manos sucias de tierra en el pantalón. No me iba a quedar allí parado pasando por tonto. Tenía que haber una explicación. Quizá su autobús se había retrasado, o quizá la habían cambiado de grupo y estaba en la otra punta del campamento.

Subí el sendero a toda prisa, con la mandíbula apretada para obligar a mis ojos a no ponerse llorosos, porque mi padre decía que los chicos de doce años no lloraban por estas cosas. Al llegar de nuevo a la explanada principal, el caos ya se estaba disolviendo; los niños se marchaban hacia sus cabañas arrastrando sus petates.

Vi a uno de los monitores principales, un tío alto con una gorra hacia atrás y una carpeta de pinza azul llena de folios, que estaba tachando nombres de una lista. Me acerqué a él a grandes zancadas, intentando poner mi cara de que nada me importaba, aunque por dentro sentía que me iba a desarmar en cualquier momento.

—Disculpe —le dije, plantándome delante de su carpeta. Mi voz sonó un poco más aguda de lo que me habría gustado, así que carraspeé para endurecerla—. Una pregunta. ¿Ha visto a Aria Morgan? ¿Sabe en qué cabaña la han puesto este año?

El monitor bajó la vista, mirándome con esa sonrisa de condescendencia que usan los adultos cuando creen que estás perdido.

—A ver, déjame mirar, chaval —dijo, pasando el dedo índice por las hojas llenas de nombres mecanografiados—. ¿Morgan, has dicho? Con la M...

Me quedé flotando, mirando cómo su dedo bajaba por el papel blanco. El tiempo pareció congelarse. Podía oír los pájaros en los árboles, las risas de los niños a lo lejos y el sonido del viento moviendo las sábanas de las cabañas. «Encuéntrala, encuéntrala, encuéntrala», repetía mi cerebro como un disco rayado.

El monitor pasó la página, volvió a subir el dedo y luego se detuvo. Su sonrisa se borró un poco, sustituida por una mueca de lástima que me sentó como una patada en las costillas.

—Lo siento, amigo —dijo, cerrando la carpeta azul con un golpe seco —. Aria Morgan no está en las listas de este año. No se ha inscrito.

—¿Cómo que no se ha inscrito? —di un paso hacia delante, sintiendo un zumbido molesto en los oídos—. Tiene que estar. Mire bien, por favor. Quizá está en la lista de los de catorce, o…

—Oye, tranquilo —el monitor me puso una mano en el hombro, pero me aparté de un tirón—. He revisado todo el registro, chaval. Su familia anuló la reserva hace un par de meses. Este verano no va a venir. Anda, ve a la cabaña cuatro, que tu grupo ya está entrando.

El monitor se dio la vuelta para atender a otro chaval, dejándome allí plantado en mitad de la explanada de tierra.

El sol seguía brillando con la misma fuerza, pero a mí el mundo se me acababa de volver gris. No iba a venir. No habría tardes en el

muelle, ni carreras hacia el comedor, ni secretos compartidos por las noches bajo las mantas con la linterna encendida. Estaba solo. Completamente solo en un lugar lleno de extraños.

Agarré la correa de mi mochila con tanta fuerza que los dedos se me quedaron blancos. Sentí una punzada dolorosa en el pecho, algo frío y afilado que se me clavó bien hondo. En ese preciso instante, rodeado de cientos de personas que reían y gritaban, me prometí a mí mismo que nunca más volvería a esperar a nadie. Que las promesas eran mentiras que la gente contaba para sentirse bien antes de marchar, y que a partir de ese día, no necesitaría a nadie más que a mí mismo para sobrevivir.

Me calcé la mochila al hombro, agaché la cabeza para que nadie viera la tormenta que llevaba en los ojos y caminé hacia la cabaña cuatro, despidiéndome para siempre del niño que había sido hasta hace cinco minutos.

Aria

Tenía las zapatillas de lona del campamento en una mano y mi tutú de ensayo rosa colgado en el armario. Ese era el trato que había imaginado en mi cabeza durante meses: dos meses de lago, mosquitos y carreras en libertad, y luego volvería a la disciplina, a las barras de madera y al olor a colofonia de la academia. Estaba metiendo mi sudadera favorita en la maleta cuando la puerta de mi habitación se abrió sin previo aviso.

Mi madre se quedó plantada en el umbral. No llevaba ropa de estar por casa; vestía uno de sus trajes de chaqueta impecables y se estaba terminando de ajustar el pelo en un moño tan tirante que parecía que le estiraba los ojos.

—Aria, deja de hacer la maleta —dijo, con esa voz suya que nunca temblaba, la misma que usaba para hablar con los directores de los teatros.

La miré, con la sudadera sujeta entre los dedos, sin entender nada.

—¿Por qué? El autobús sale en dos horas. Si no me doy prisa, voy a perderlo y no podré llegar a tiempo para el registro.

—No vas a ir al campamento, Aria. Ni este año, ni los siguientes. Ya he cancelado la inscripción.

El mundo se detuvo de golpe. La prenda se me escurrió de las manos y cayó sobre la cama deshecha. Sentí como si el aire de la habitación volvía de piedra, aplastando mis pulmones.

—¿Qué? Pero... si todos los años vamos. He estado entrenando ballet todo el invierno para poder tener el verano libre, me lo prometiste...

—Eso era cuando eras una niña pequeña —me interrumpió, dando un paso hacia el interior del cuarto. Sus ojos, fríos y analíticos, pasaron por encima de mi maleta a medio hacer—. Ya tienes doce años, Aria. Estás entrando en la edad crítica para una bailarina. Si de verdad quieres ser una estrella, si quieres llegar a la compañía nacional, tienes que empezar a tomarte esto en serio. Al cien por cien. Se acabaron los campamentos de niñas pequeñas y los juegos en el barro. Si quieres el éxito, hay que hacer sacrificios.

Las lágrimas me nublaron la vista antes de que pudiera contenerlas. Una gota gorda y caliente me resbaló por la mejilla, y la limpié rápido con el dorso de la mano porque mi madre odiaba que llorase. Decía que las lágrimas eran para los débiles y que en el escenario no se lloraba, se sangraba si hacía falta.

—¡No es justo! —sollocé, y esta vez no pude evitar que la voz se me rompiera—. ¡He estado esperando este verano durante todo el curso! ¡No puedes cancelarlo todo así!

En mi cabeza, el grito era muy diferente. Lo que de verdad quería decirle era que él iba a estar allí. Que Nevan iba a llegar, se bajaría del autobús y no me encontraría. Que iba a pensar que me había olvidado de nuestro pacto. Pero no podía decírselo; mi madre no sabía nada de Nevan, y si se enteraba de que mi desesperación por

ir a ese campamento tenía el nombre de un chico de doce años de un pueblo cualquiera, sería capaz de quemar mi maleta allí mismo.

Mi madre soltó un suspiro de fastidio, cruzándose de brazos.

—Ese campamento es una distracción, Aria. Perder dos meses corriendo por el bosque no te va a aportar nada en el futuro. Mañana a primera hora empezamos el intensivo de verano en la escuela de la ciudad. Serán ocho horas diarias, seis días a la semana. Así que deshaz esa maleta y prepárate. Hay que madurar.

Se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí, dejándome a solas con el desastre de mi equipaje y el silencio de mi habitación.

Me dejé caer de rodillas contra el suelo, abrazándome las piernas mientras lloraba con ganas, escondiendo la cara en las rodillas para que mi madre no me oyera desde el pasillo. Me dolía el pecho tanto que sentía que me iba a morir allí mismo. A mí me gustaba el ballet. De verdad que sí. Me gustaba la sensación de flotar cuando conseguía clavar un giro perfecto y la elegancia de los movimientos. Pero lo odiaba cuando mi madre se ponía tan estricta que dejaba de ser arte para convertirse en una tortura. Odiaba los días en los que no me dejaba descansar en jornadas enteras, repitiendo el mismo paso de puntas una y otra vez hasta que los dedos de los pies me sangraban, solo porque un movimiento no era «milimétricamente perfecto». El campamento era mi único respiro. Mi única oportunidad de ser una niña normal.

Y ahora me lo habían quitado.

Pensé en Nevan bajándose del autobús en ese mismo instante. Lo imaginé caminando entre la multitud de niños, buscando mi pelo rubio con esos ojos suyos tan serios que solo se ablandaban cuando se reía conmigo. Lo imaginé corriendo hacia el muelle del lago, nuestro sitio, sentándose en las tablas de madera a esperar bajo el sol. A esperar a una chica que nunca iba a llegar.

Me daba pánico pensar en cómo se sentiría. Nevan ya era un chico reservado, de los que ponían muros a su alrededor para que nadie

supiera lo que pensaba, y yo era la única a la que dejaba pasar. Saber que iba a estar allí solo, sintiéndose traicionado por mí, me rompía el corazón en mil pedazos.

Me limpié las lágrimas con la manga de la sudadera y miré por la ventana hacia el cielo azul del verano. El nudo de la garganta seguía ahí, pero una pequeña chispa de terquedad se encendió en mi interior. Nos habíamos hecho una promesa en ese muelle. Habíamos firmado con boli rojo que siempre estaríamos juntos, pasara lo que pasara.

«Búscame, Nevan», rogué para mis adentros, apretando los puños. «Por favor, no me odies. Ahora no puedo ir, pero cuando seamos más mayores, sé que me buscarás».

Porque Nevan era el chico más testarudo, serio y leal de todo el mundo. Y si había algo de lo que estaba del todo segura en mi vida, era de que Nevan jamás rompía una promesa.

Capítulo 18

Aria

Había días en los que mi vida se sentía como una función sin fin. Solo que yo no era la bailarina estrella, sino la muñeca de cuerda a la que daban vueltas para que siguiera girando aunque ya no se escuchara música.

Ese día el ensayo empezó temprano. Demasiado temprano. El estudio olía a madera, sudor y presión contenida. Mi madre ya estaba allí antes que yo, bien peinada con su moño impecable y una mirada que podía detectar un error en un *plié* aunque estuviera al otro lado del edificio.

—Más ligero ese *jeté*, Aria. Estás perdiendo altura —dijo, clavando sus ojos en mi reflejo.

—¿No se supone que estoy aterrizando, no despegando? —murmuré para mi, apretando los dientes y cuidando que mi voz no delatara la frustración que me quemaba la garganta.

Quedaba menos para el *casting* internacional. Una audición privada para la compañía más prestigiosa del país. Un lugar donde un puñado de jueces diseccionaría cada centímetro de mis movimientos como si sus opiniones pudieran decidir el valor de una vida entera dedicada a la danza. Una oportunidad de oro, sin duda.

Pero lo que ya no sabía, era si realmente esto era lo que seguía queriendo.

O más bien, si quería las consecuencias de todo ello. Porque sí, amaba bailar. Me perdía en la música, me vaciaba en ella, me

reconstruía entre compases. Me encantaba cuando una niña pequeña se acercaba después de una función con los ojos brillando y me decía que quería ser como yo. Eso valía la pena. Pero lo demás… El resto era un escaparate frío y asfixiante. Las entrevistas eternas donde todo debía sonar como un cuento de hadas prefabricado para elevar mi valor de mercado. Las sesiones de fotos en las que me llamaban «muñeca» y me pedían que posara como si el hambre fuera elegante. Los eventos públicos donde tenía que aparecer sola, radiante, vendiendo la imagen de una perfección calculada que mi madre me obligaba a pulir cada día.

Era una vida construida para otros. Y poco a poco, me estaba dando cuenta de que, en todo ese despliegue de luces y aplausos, estaba fingiendo tantas cosas que ya no estaba segura de cuál era la Aria real. La que sudaba en el estudio, o la que se vendía al público como un producto de lujo inalcanzable.

—Otra vez —ordenó, golpeando el suelo con su bastón de mando, resonando en el silencio del estudio—. Y no me mires como si fuera un castigo. La perfección no es un castigo, Aria. Es tu única obligación. Si fallas en este *casting*, no habrá segunda oportunidad.

Asentí sin decir palabra, limpiándome el sudor de la frente con el dorso de la mano. Volví a la posición inicial, sintiendo cómo el nudo en mi estómago se apretaba un poco más ante la perspectiva del fracaso.

A veces, cuando estaba así, en el centro de la pista, con el silencio cargado de expectativas de mi madre pesando sobre mis hombros, me venía a la cabeza la imagen de Nevan. Esa mezcla de diversión y desafío. Él, que vivía dibujando cosas en la piel de gente borracha y trabajando con chatarra. Él, que no tenía que ser perfecto para nadie ni cumplir con ningún estándar.

Me obligué a sacar esa idea de mi cabeza antes de que el *jeté* volviera a salirme mal. No podía permitirme distracciones. No cuando ella me observaba como un halcón buscando un punto débil.

—Céntrate —sentenció, cruzándose de brazos mientras me escaneaba con frialdad—. Tienes que ser la mejor. No hay espacio para las dudas, y mucho menos para las distracciones.

Miré mi reflejo en el cristal del estudio, buscando a la chica que una vez bailó bajo la tormenta. Pero solo vi a una bailarina de porcelana, tensa, lista para una audición que cada vez sentía más como una jaula que como un sueño.

Cuando por fin terminé, sentía el cuerpo muy rígido, como si cada músculo estuviera al borde de una rotura fibrilar.

Así que, cuando Elara me mandó un mensaje diciendo que fuera para su piso, no lo dudé ni medio segundo. Me quité el moño, me puse unas gafas de sol del tamaño de mi hartazgo y salí de casa como si huyera de una escena del crimen. Sienna también iba a estar allí. «Perfecto». Mis dos mejores amigas juntas.

El piso de Lydia —la madre de Elara— tenía ese encanto ecléctico de alguien que ha viajado mucho y ha decorado cada rincón como si fuera un *souvenir* emocional. Cojines con estampados imposibles, velas aromáticas en cada esquina y libros apilados. Elara ya estaba en el suelo del salón, en pijama, con una copa de vino en la mano y la cara iluminada por la luz tenue de la lámpara de pie. Sienna, por supuesto, había traído helado y ya lo estaba devorando a cucharadas directamente del envase, como si la elegancia fuera un invento del capitalismo.

—Creí que ibas a venir con tutú —soltó Sienna nada más verme, señalándome con la cuchara—. En plan «no puedo sentarme, me arrugo».

—Estoy a un comentario más de tirarte el helado por la cabeza —contesté, dejando caer mi cuerpo en el sofá con un suspiro teatral.

—Pues será un desperdicio —dijo, metiéndose otra cucharada de *cookie dough* en la boca—. Este sabor es casi mejor que el sexo.

—Llevas una semana sin acostarte con nadie, Sienna. El helado lleva ventaja —replicó Elara con una sonrisa tranquila, dando un sorbo a su vino.

—Primero: no es una semana. Es media —protestó Sienna—. Segundo: no necesito un hombre que me deje a mitad de camino cuando tengo este bote de felicidad azucarada. Además, ¿has visto cómo está el mercado? Está lleno de bebés que se creen hombres porque hacen pesas y saben abrir un Excel.

Solté una carcajada y dejé caer la cabeza hacia atrás, mirando al techo.

—¿Y tú, Elara? ¿Cómo va la vida con el señor «me como el mundo con una ceja levantada»?

—Mucho mejor de lo que me habían prometido las películas románticas —contestó con una sonrisa soñadora mientras se servía más vino—. Y el sexo es una locura. Sigo preguntándome por qué nadie me avisó de todo lo que me estaba perdiendo.

—¿Así que ya no echas de menos tu soltería? —bromeé, alzando una ceja.

—Solo cuando tengo que compartir el baño. Pero por lo demás... —chasqueó la lengua—, estoy más que atendida.

Sienna levantó su helado a modo de brindis.

—Yo quiero un chico que me haga gritar, que me arranque las bragas sin preguntar y luego me mire como si hubiera encontrado oro.

—Necesitas terapia, Sienna —hablamos Elara y yo a la vez.

—Sois unas básicas reprimidas —dijo ella, metiéndose otra cucharada de helado—. En el fondo, queréis lo mismo. Pero os hacéis las elegantes mientras, en el caso de nuestra querida Aria, te estás casando con tu carrera.

Me atraganté un poco con el vino y dejé la copa sobre la mesa, sintiendo el golpe de la verdad.

—No me estoy casando con nada —defendí, intentando sonar casual.

Sienna me lanzó una mirada que decía «sí claro, cuéntaselo a otra».

—¿Y bien? ¿Alguna vida social fuera del estudio? ¿Alguna conquista que merezca la pena? —insistió, lamiendo la cuchara.

—Estoy centrada en el *casting* —respondí, mordiendo una patata con desgana—. No tengo espacio mental para ligues.

Elara se acercó y se acurrucó junto a mí en el sofá.

—¿Estás bien? —preguntó, bajando el tono.

Asentí. No quería estropear el momento con mi mierda emocional. No esa noche. No cuando estar con ellas era la única cosa que me mantenía cuerda.

—Estoy con vosotras. Así que sí —forcé una sonrisa.

—Bueno —intervino Sienna—. Si alguna noche te despiertas con necesidad de lujuria y caos, te paso el número de uno que me dio un orgasmo solo con mirarlo.

—Estoy bien, gracias —reí, aunque mi risa sonó más nerviosa de lo que me habría gustado.

—O —añadió ella, inclinándose hacia mí con una ceja alzada—, siempre puedes tirarte a Nevan.

Elara escupió un poco del vino entre carcajadas, y yo me atraganté con mi propia saliva.

—¿Perdona? —logré decir entre toses, con la cara ardiendo.

—Ay, venga, Aria —Sienna se recostó en el sofá como si estuviera en una sesión de terapia—. ¿En serio vas a hacerte la inocente? Tenéis una tensión sexual que da envidia. Si las miradas pudieran desnudar, ya lo habrías dejado en pelotas hace tiempo.

—¡Sienna! —me tapé la cara con las manos, deseando desaparecer bajo el sofá—. ¡No sé de qué hablas!

—¡Oh, por favor! —exclamó ella, haciendo un gesto exagerado con las manos—. Solo digo la verdad. Ese hombre te mira como si fueras su postre favorito. Y tú le devuelves la mirada como si no supieras si matarlo o tirártelo en la cocina.

—Es que... no es tan sencillo —empecé, bajando la voz y sintiendo cómo mi corazón empezaba a retumbar con fuerza en el pecho.

Sienna me observó, perdiendo por un segundo esa faceta burlona para poner atención de verdad. Elara también dejó la copa sobre la mesa, intuyendo que había algo más.

—¿Por qué no es tan sencillo, Aria? —preguntó Sienna, suavizando el tono—. ¿Te gusta? Porque si no te gusta, vale, lo retiro. Pero si sí...

Me quedé callada. Miré el vino tinto en mi copa, dando vueltas al cristal. El problema no era que no me gustara si no que lo hacía demasiado. Y que la historia que arrastrábamos era mucho más profunda de lo que ellas imaginaban.

—Nos conocemos desde que éramos unos críos —solté de golpe, alzando la vista hacia ambas.

Elara y Sienna cruzaron miradas, descolocadas.

—¿Cómo que os conocéis? —preguntó Elara arqueando las cejas—. ¿De qué?

—De un campamento de verano —admití dejando escapar un suspiro pesado—. Tenía siete años y él ocho la primera vez que coincidimos allí. Nos volvimos inseparables. Cada puñetero verano, durante cinco años seguidos, mi único refugio fue ese campamento... y Nevan. Éramos nosotros dos contra el mundo. Hasta los doce años, mi verano no empezaba hasta que no allí con él.

—Espera, espera... —interrumpió Sienna, parpadeando despacio—. ¿Me estás diciendo que el «testosterona con patas» era tu amiguito de la infancia?

—Sí. Pero cuando cumplí los doce años, mi madre decidió que ya era mayor para «perder el tiempo en el campo». Me prohibió volver a ir para que me centrara al cien por cien en el ballet. No me dejó ni despedirme. Ni una nota, ni un teléfono, nada. Tan solo desapareció de mi vida de la noche a la mañana.

Hice una pausa, sintiendo cómo se me apretaba el nudo en la garganta al recordarlo.

—Hasta la fiesta de tu cumpleaños, Elara —añadí mirando a mi amiga—. Cuando apareció por la puerta sentí que el suelo se me hundía. No lo veía desde hacía doce años. Y, de pronto, ya no ese niño con el que me manchaba de barro. Es… Nevan. Con un par de metros de altura, esos ojos y esa actitud de canalla.

Elara se llevó una mano al pecho, procesando mis palabras mientras la sorpresa se transformaba en empatía. Estiró el brazo y me tomó de la mano, apretándola con ternura.

—Joder, Aria… —susurró Elara con esa voz suave que siempre lograba calmarme—. No teníamos ni idea. No me imagino lo que tuvo que ser para ti volver a verlo de golpe en la fiesta, sin anestesia previa.

—Nadie lo sabía. Y entre que él está resentido porque cree que lo abandoné sin más, y que yo no sé cómo gestionar todo lo que me hace sentir cuando me mira... nos dedicamos a hacer saltar chispas cada vez que estamos en la misma habitación.

—A ver si lo he entendido bien —intervino Sienna, que estaba procesando la información con los ojos muy abiertos—. Os conocéis de niños, tenéis un trauma de separación trágico, os habéis reencontrado de adultos convertidos en dos pivones y hay una tormenta de tensión no resuelta a punto de explotar.

—Sienna, no lo hagas sonar como una novela... —supliqué tapándome la cara otra vez—. Además, es un idiota.

—¡Es que lo es! —exclamó ella—. Pero fuera bromas, Aria... La vida es demasiado corta para quedarse con la duda. Si hay fuego, quémate. Los idiotas con historia compartida son los que te hacen ver las estrellas.

—Sienna, no es tan fácil lanzarse a un pozo sin saber si hay agua —rebatió Elara, mirándola de reojo antes de volverse hacia mí con expresión dulce—. Escúchame, Aria. Sienna lo dice a su manera, pero tiene parte de razón en algo: no podéis seguir viviendo en esa guerra fría para siempre. Si no le explicas lo que pasó con tu madre, si no habláis del pasado, esa espina va a seguir ahí infectando cada mirada.

Elara rozó mis nudillos con el pulgar, dándome una sonrisa cálida y protectora.

—Teneis heridas los dos, pero también teneis recuerdos bonitos que solo vosotros entendéis. Si no estás lista para un enredo romántico, lo entiendo a la perfección pero no dejes que el miedo a lo que ocurrió a los doce años te impida saber quién es Nevan ahora. Te mereces cerrar esa herida, o al menos intentarlo. Y si resulta que debajo de tanta armadura sigue estando tu chico del campamento, quizás no sea tan malo dejarte llevar.

Me quedé mirándola y sentí cómo sus palabras me llegaban directas al pecho. Elara siempre sabía cómo poner en orden el caos que llevaba dentro.

—Veis porque la quiero a ella y a ti solo te tolero, ¿no? —murmuré mirando a Sienna, intentando aligerar el nudo en la garganta.

—¡Oye! —protestó Sienna indignada, aunque reprimió una sonrisa—. Mi consejo también era sabio. Solo que el mío incluía desnudez y el de Elara incluye sentimientos. Un equilibrio perfecto.

—Sienna —me hundí en el sofá, agotada pero con una sonrisa sincera en los labios—, necesito otro vino para soportaros a las dos.

—Perfecto, yo también —dijo Sienna levantándose con ligereza—. Y si por casualidad sueñas con Nevan y con vuestro campamento de verano esta noche, no me lo cuentes a mí, cuéntaselo a Elara que te hará un análisis psicológico. A menos que haya detalles guarros, ahí, me llamas.

Elara y yo estallamos en carcajadas, mientras Sienna se alejaba danzando hacia la cocina.

—Te juro que me da miedo cuando habla tan en serio —susurré recuperando el aliento y apoyando la cabeza en el hombro de Elara.

—Deberías tener más miedo cuando no lo hace —dijo Elara con una sonrisa cómplice, dándole un último sorbo a su copa—. Pero piénsalo, no huyas.

Y por un segundo, todo fue eso: risas, vino y amistad. Pero en el fondo, los consejos de mis amigas y la revelación del pasado se habían quedado ahí: plantados. Como una semilla con muy, muy malas intenciones.

Capítulo 19

Nevan

El zumbido de la máquina resonaba como música celestial mientras me recostaba en la camilla de cuero con la vista clavada en el techo. Eiden, el cabrón, estaba sentado en una silla al lado, comiéndose unas patatas de bolsa como si estuviera viendo una película de acción y no cómo me perforaban la piel con agujas.

—¿Estás cómodo ahí, o quieres que te pase una copa de vino también? —solté sin mirarle, sintiendo el leve ardor de la aguja.

—Tío, no te quejes. Es tu regalo de cumpleaños adelantado —replicó, señalándome con una patata antes de metérsela en la boca —. Te estoy regalando arte para toda la vida. Al menos finge que estás emocionado.

—¿A qué edad te enseñaron a comer como un ser humano? —pregunté, arqueando una ceja.

—A los ocho —respondió encogiéndose de hombros—. Lo olvidé a los nueve.

Me reí por lo bajo. El estudio era una pasada: todo pintado en tonos oscuros, con luces tenues y neones discretos que iluminaban vitrinas llenas de diseños. Era bonito, con ese aire industrial elegante que gritaba «*aquí se cobra caro, pero vale la pena*». No era un sitio pijo, gracias a Dios, pero sí lo bastante exclusivo como para saber que cada tatuaje aquí costaba lo mismo que mi coche. Y eso que el coche fue un regalo de un cliente agradecido, bueno, técnicamente era de su hija… pero eso eran detalles.

Y ahí estaba yo, tumbado como si no me importara, aunque sí lo hacía. Porque el dibujo que me estaban tatuando era mío. Otro de esos garabatos que nacieron en una de esas noches largas, con un cigarro en la boca y demasiadas cosas en la cabeza. Empecé a dibujar desde crío. Era eso o romper cosas, y lo primero salía más barato. Gus siempre decía que tenía talento. También decía que el 5G controla la mente, así que uno elige qué creer de sus movidas. Pero fue él quien me enseñó a sostener un lápiz antes que un cigarro, así que algo sabrá.

El tatuador, un tío alto con el pelo negro recogido en una coleta y una voz más suave de lo que puedes esperar de alguien con tantos tatuajes en la cara, se llamaba Leo. Y sabía lo que hacía. Sus manos eran precisas, ágiles. Llevaba trabajando en mi cuerpo unos veinte minutos.

—¿Dices que esto lo has dibujado tú? —preguntó Leo, sin levantar la vista.

—Ajá —respondí, asintiendo.

—Tienes talento —murmuró, y por un momento sonó tan serio que dejé de respirar—. No me refiero solo a saber dibujar. Tiene alma. Intención. Eso no se enseña.

Tragué saliva, disimulando. Porque no quería que se me notara lo mucho que esas palabras me habían sacudido por dentro.

—Nah, solo son cosas que hago para no volverme loco —resté importancia mientras me encogía de hombros.

Leo me miró de reojo.

—Los mejores tatuadores que conozco empezaron así —dijo, volviendo a concentrarse en su trabajo—. Dibujando para sobrevivir.

Me revolví un poco en la camilla, incómodo. No por el dolor —eso lo llevaba bien—, sino porque joder, no me gustaba que me leyeran tan fácil.

—Ya, bueno —respondí, buscando una salida rápida—. Yo dibujo porque es más barato que ir al psicólogo.

—Y menos invasivo —añadió Eiden con una carcajada, metiéndose otra patata en la boca.

—Si sigues comiendo así —solté, lanzándole una mirada asesina—. Vas a acabar en urgencias por atragantamiento de *snack*.

Leo se rió bajito, pero no dijo nada más. Siguió tatuando con esa concentración casi zen. Y yo me quedé en silencio, mirando cómo poco a poco mi dibujo empezaba a cobrar vida en mi piel. Me gustaba ese mundo. El ruido de la máquina, el olor a tinta y desinfectante, el ambiente relajado pero meticuloso. Era como si todo girara en torno a crear algo, a dejar una marca. Y aunque no lo dijera en voz alta, parte de mí se sentía bien aquí. Como si no estuviera del todo fuera de lugar.

Pero claro, era yo. Y nunca admitía esas cosas.

Así que me limité a cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra el respaldo. Me dejé llevar por el zumbido de la aguja, por el ritmo pausado de Leo, por el peso agradable del dibujo en mi piel. Por un rato, no pensé en nada. Ni en Windale, ni en mi madre, ni en los problemas que me perseguían cada vez que doblaba la esquina. Ni siquiera en ella. Bueno, casi. Siempre hay una parte de mí pensando en Aria. Aunque sea para intentar dejar de hacerlo.

—Listo —dijo Leo, apartándose despacio y limpiando los últimos restos de tinta con una gasa—. Mira esto.

Me incorporé un poco en la camilla y eché un vistazo al espejo de cuerpo entero que había frente a mí. Me quedé mirando un rato sin decir nada, procesando la imagen.

—¿Qué opinas? —preguntó Leo, con un tono que denotaba seguridad.

—Opino que si me lo haces gratis la próxima vez, me planteo pedirte matrimonio —bromeé.

—Eso suena demasiado barato —intervino Eiden desde su silla, riendo—. Aunque conociéndote, le pedirías que se tatuara los anillos en los dedos.

—Lo haría —admití, todavía mirando el tatuaje con fascinación.

Leo sonrió, desenrollando cinta plástica para cubrir el tatuaje con cuidado.

—Te queda de puta madre, tío —dijo, mirándome con más atención —. De verdad, deberías plantearte hacer esto más en serio. Lo tuyo no son solo garabatos, ¿sabes?

—Ya me lo dice Gus, mi vecino, a veces —comenté, recordando las locuras del viejo—. Pero también dice que el brócoli es un invento del gobierno, así que su criterio a veces flaquea.

Leo soltó una carcajada mientras limpiaba la zona con cuidado.

—Bueno, Gus tiene razón con lo del brócoli —respondió, siguiéndome la broma—. Pero lo del tatuaje también.

—No sabría por dónde empezar —admití, sintiendo una punzada de duda—. Nunca he cogido una máquina.

Leo alzó una ceja y me señaló con la cabeza hacia el fondo del estudio.

—Tengo un par de pieles sintéticas ahí detrás —dijo, retándome—. Si quieres probar, te enseño.

Me lo quedé mirando, ladeando un poco la cabeza.

—¿Así, sin más? ¿No se supone que esto es como sagrado? ¿Un gremio secreto o algo? —pregunté, escéptico.

—¿Crees que esto es Hogwarts, colega? —rió él, negando con la cabeza—. Es tinta. Es técnica. Y tú ya tienes lo más difícil: el dibujo y el ojo. Lo demás se aprende.

Eiden me dio un codazo suave en las costillas.

—Vamos, tío. No seas cagado —dijo, pinchandome para que aceptara.

—No estoy cagado —le espeté—. Solo soy perfeccionista, ¿vale?

Leo se encogió de hombros, restándole importancia.

—Pues qué mejor forma de perfeccionar que cagándola en algo que no tiene consecuencias.

Me lo pensé. No mucho. ¿La verdad?, me picaba la curiosidad. Siempre me había fascinado ver a Gus en su pequeña caravana-taller cuando era crío, cuando la tinta y las agujas me parecían magia negra. Ver cómo transformaba la piel en algo tan real.

—Vale —dije al fin, incorporándome del todo—. Pero si estropeo algo, juro que desaparezco y cambio de nombre.

—Te llamaremos Javier y diremos que vienes de España —respondió Eiden con toda la seriedad del mundo.

Leo ya se estaba riendo mientras se acercaba a una estantería del fondo y sacaba un par de pieles sintéticas enrolladas.

—Vamos, Javi. Te toca hacer historia —habló, tendiendome el equipo.

Y así, sin esperarlo, acabé con una máquina en la mano, guantes puestos y un trozo de piel falsa delante de mí, mientras Leo me explicaba lo básico: voltaje, ángulo, profundidad.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me sentí un puto desastre. Me sentí curioso. Con ganas. Vivo. Y eso… eso ya era decir mucho.

Capítulo 20

Nevan

Salimos de la pequeña habitación con ese olor a tinta y desinfectante todavía pegado en la piel. El tatuaje me ardía bajo el film transparente, pero de una forma rara, casi agradable, como si el dolor fuera un recordatorio de que algo nuevo acababa de marcarme.

Eiden seguía narrando el momento como si hubiera presenciado la final del mundial.

—No tienes ni idea, Leo —dijo entre risas—, este cabrón va a estar insoportable toda la semana.

—Sospecho que ya era insoportable antes —respondió Leo desde la puerta, cruzado de brazos, con esa calma suya.

—Gracias por todo, tío —contesté, estrechándole la mano. Fue firme, sincero. De esos apretones que no te dan ganas de lavarte la mano después.

—Cuando quieras volver, aquí estoy —afirmó.

Asentí, guardándome las palabras que quería decir y nunca solía decir. «*Gracias por hacerme sentir bien. Gracias por ver algo en mí*». Esas frases se quedaron donde siempre: atascadas.

El aire de la calle nos golpeó en cuanto salimos: tarde de verano, calor pegajoso, olor a asfalto. Y allí estaban ellas. Tres figuras esperando junto al coche de Elara. Sienna agitaba la mano con energía, Elara con su habitual calma y Aria… bueno. Aria estaba de

pie, impecable como siempre, con los brazos cruzados y ese vestido rosa que parecía gritar que no pertenecía a este barrio. Y, aun así, lo llenaba.

—Ya era hora —dijo Sienna, con esa chispa que nunca se apagaba—. ¿Qué hacéis tanto rato ahí dentro, tatuándoos algo hortera?

—Algo mejor —respondió Eiden, orgulloso, dándome una palmada en el hombro—. Nevan debutó como aprendiz.

—Oh, por favor —soltó Sienna, llevándose una mano al pecho—. Ahora todos vamos a morir con garabatos de penes.

—Es mi especialidad —contesté, encendiendo un cigarro, sin poder evitar la sonrisa.

Elara intervino, divertida:

—Bueno, antes de que empiece el arte abstracto genital, ¿os apuntáis a venir con nosotras? Vamos a un local de recreativos.

Sienna se inclinó hacia delante como si revelara un secreto de estado.

—Traducción: cerveza barata, bolos y yo destrozando a cualquiera en el *air hockey*.

—Obvio —contestamos Eiden y yo a la vez, como si fuera un coro ensayado.

Sienna dio una palmada, satisfecha, y Aria rodó los ojos, pero se le escapó una sonrisa que intentó esconder. Y así, sin mucho más que discutir, la decisión estaba tomada.

El local de recreativos era un caos de luces de neón y sonidos electrónicos, un choque entre nostalgia y ruido moderno. Máquinas parpadeando, risas, olor a pizza barata mezclada con el de cerveza derramada en la alfombra. Me encantaba. Mucho más que cualquier restaurante elegante con copas de vino que costaban lo mismo que un mes de alquiler.

Sienna y Elara desaparecieron casi al instante hacia la mesa de *air hockey*, como si llevaran toda la vida entrenando para ese momento. Elara, elegante incluso sujetando el maldito mazo, y Sienna, desatada, gritando como si estuviera en la final del mundial. Eiden, por supuesto, se plantó al lado de Elara con esa cara de «sí, estoy aquí para animarte, pero en realidad estoy embobado mirando cómo respiras».

Eso nos dejó solos. Otra vez.

Aria caminaba despacio, observando las luces de las máquinas, y por primera vez en muchos días vi algo parecido a curiosidad en sus ojos. Como si ese lugar la sacara de su burbuja de etiqueta.

Me acerqué lo suficiente para que el ruido me diera una excusa para hablarle cerca.

—Vamos a hacer esto interesante —dije, señalando con la barbilla hacia una de esas máquinas de *Pump It Up*, con la pantalla gigante y las flechas brillando en el suelo.

Ella me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿En serio?

—¿Qué pasa, Morgan? ¿Te da miedo perder?

Sus labios se curvaron apenas. No en una sonrisa completa, pero sí en ese gesto que decía «me estás provocando, y lo sabes».

—No tienes ni media oportunidad.

—Eso suena como un desafío.

—Lo es.

Nos miramos, y ahí estaba otra vez. Esa conexión que me descolocaba. Porque por primera vez en toda la noche, no la vi fría, ni tensa, ni encerrada en esa máscara perfecta que siempre llevaba para complacer a su madre. Vi a la Aria que recordaba, la que no retrocedía ante un reto, a la que se le encendía la vena competitiva.

Me coloqué en la máquina, señalando el segundo panel para ella.

—Ven, Morgan. Promete no llorar mucho cuando pierdas.

Ella resopló, pero se subió junto a mí, los ojos brillantes. Y justo ahí lo supe: acababa de sacar a la verdadera Aria de su escondite.

La música arrancó con un golpe de bajo que hizo temblar el suelo bajo nuestros pies. Las flechas empezaron a iluminarse en la pantalla como si nos lanzaran un hechizo fluorescente, y de pronto estábamos los dos en sincronía con una máquina que parecía querer matarnos a cardio.

—¡Vamos, Grayson, mueve esos pies! —me gritó Aria, ya metida en el papel, con una sonrisa enorme. Una real. Brillante. Pura.

—¿Esto es un juego o un entrenamiento militar? —respondí entre risas, saltando torpemente a tiempo.

Las flechas iban más rápido, y Aria volaba sobre el panel. Precisión, gracia, como si hasta el videojuego reconociera que estaba ante una bailarina de verdad. Yo, en cambio, parecía un cabrón intentando escapar de un enjambre de abejas.

Sienna chilló desde el otro lado del local:

—¡Vamos, Aria, destrózalo!

Eiden, sin despegar los ojos de Elara, gritó algo como «dale duro, tío», pero estaba bastante seguro de que ni sabía a quién se lo estaba diciendo.

Aria se inclinó hacia mí sin dejar de mover los pies, el sudor brillando en su frente bajo las luces de neón.

—¿Seguro que no quieres rendirte ya?

—Jamás —dije, jadeando y riéndome a la vez—. Mi honor está en juego.

El marcador de la pantalla mostraba la diferencia humillante entre sus perfectos «Combo x10» y mis miserables fallos consecutivos,

pero a quién coño le importaba. Yo no podía dejar de mirarla. Riéndose. Dejándose llevar. Viva. Esa era mi Aria. La que la vida parecía haber enterrado bajo capas de presión y perfección.

En la última canción, subieron el nivel. Flechas por todas partes. Ella estaba a su aire, y yo… bueno, me las arreglé para no morir en el intento. Cada movimiento suyo era fluido, preciso, hasta sexy de lo natural que le salía. Yo, en cambio, era puro caos con patas pero, el público improvisado —Sienna y Elara ya nos grababan con sus móviles— me aplaudía igual.

La canción terminó con un redoble frenético, y Aria dio el último paso clavado, mientras yo tropezaba en el borde y casi me estampaba contra la máquina. El marcador fue claro: Victoria aplastante para Aria Morgan.

Levantó los brazos como si hubiera ganado el campeonato mundial, el pecho subiendo y bajando con la respiración acelerada, los ojos verdes brillando de pura adrenalina.

—Te lo advertí —dijo, con una sonrisa de esas que te quitan el aire —. Nunca podrías ganarme en esto.

Me pasé una mano por el pelo, riéndome entre jadeos.

—Sí, bueno… —me encogí de hombros—. No suelo bailar siguiendo flechitas, bombón. Yo improviso.

—Excusas baratas —replicó, dándome un empujón juguetón en el hombro.

La cercanía era peligrosa. El calor de su cuerpo, la chispa en sus ojos, ese brillo que solo había visto en ella cuando éramos críos. Por un segundo, todo el ruido del local desapareció. Éramos solo nosotros, de nuevo, como si el resto del mundo no importara.

—Vale, lo admito —dije, bajando un poco la voz mientras nuestras miradas se encontraban—. No he ganado. Pero te he hecho reír. Y eso es una victoria.

Su sonrisa se suavizó, menos desafiante y más vulnerable. Como si se hubiera olvidado de ponerse la máscara de «chica perfecta» durante un instante.

—Idiota —murmuró, apartando la mirada.

El rato después fue una locura deliciosa. Pasamos del *air hockey* al *basket* de recreativa, del *pinball* a esas cabinas ridículas de disparos con pistolas de plástico que parecían más juguetes que armas.

A veces ganaba yo, a veces ganaba ella. Cuando metí una canasta imposible en el último segundo, levanté los brazos como si fuera campeón de la NBA y ella me tiró una ficha a la cabeza entre risas. Cuando ella me destrozó en el juego de motos, se inclinó hacia delante, con el pelo cayéndole sobre los hombros, y me lanzó una mirada triunfal que me dejó más sin aire que la propia carrera. No importaba el marcador, si no la forma en que nos empujabamos, en que nos picábamos, en que nos reíamos hasta que nos dolía el estómago. Todo parecía fácil. Como si nos hubiéramos quitado un peso de encima. Como si no existiera nada más allá de esas luces de neón y el ruido de las máquinas.

Cuando salimos del local, las calles estaban ya más tranquilas, bañadas por el resplandor anaranjado de las farolas. Elara y Eiden iban delante, ella riendo de algo que él había susurrado en su oído, pegados como si el mundo se acabara mañana. Sienna, en cambio, revisaba su móvil con rapidez.

—Bueno, chicos, yo me voy a otro plan —anunció con una sonrisa traviesa, guardándose el teléfono en el bolso.

—¿Otro plan? —preguntó Aria, arqueando una ceja.

—Sí, uno que incluye cócteles gratis y decisiones cuestionables. —Sienna le guiñó un ojo—. No me esperéis despiertos.

Elara rodó los ojos, Eiden sonrió resignado, y Aria suspiró con cariño.

—Está bien, pediré un taxi entonces.

—¿Taxi? —negué con la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos —. Ni de coña. Yo te llevo.

Aria se giró hacia mí, con esa resistencia que ya conocía.

—No hace falta, Nevan. De verdad.

—Claro que hace falta. —sonreí—. ¿Vas a dejar que un desconocido te lleve a casa pudiendo tener al mejor chófer no oficial de Los Ángeles?

—¿Un chófer en chándal? —me pinchó, con una sonrisa leve.

—Exacto. —guiñé un ojo—. Soy edición limitada.

Dudó. Lo noté. Esa guerra interna que siempre parecía librar cuando se trataba de mí, de romper su propia disciplina. Pero al final, suspiró.

—Está bien. Pero solo porque no quiero esperar veinte minutos al taxi.

—Lo que tú digas, Morgan. —Levanté las manos, como si yo no hubiera ganado la batalla.

Cuando nos dirigimos hacia el coche, con Sienna ya desapareciendo en la esquina y Elara y Eiden despidiéndose entre risas, solo pensé en una cosa: esa noche aún no había terminado.

Capítulo 21

Aria

El coche vibraba como si llevara siglos pidiendo la jubilación, pero Nevan lo conducía con una calma insultante, como si estuviera al volante de un Ferrari. Tenía una mano en el volante, la otra apoyada de forma descuidada sobre la ventanilla, y esa maldita sonrisa de suficiencia que parecía tatuada en su cara.

—¿De verdad confías tu vida a esta chatarra? —pregunté, cruzando los brazos mientras me acomodaba en el asiento, intentando que no se notara lo mucho que me gustaba la sensación de estar ahí junto a él.

—Un poco de respeto, bombón. —dio una palmada cariñosa al salpicadero, como si el coche pudiera escuchar—. Este viejo ha sobrevivido más que tú y yo juntos.

—Eso me da miedo —dije arqueando una ceja—. ¿Qué quieres decir? ¿Que ha pasado por guerras o que lo compraste en un desguace?

—Ambas —Se encogió de hombros, con total naturalidad.

Solté una carcajada que intenté disimular mirando por la ventana. Las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal, difusas, como si todo el mundo estuviera borroso salvo este coche y el idiota que lo conducía.

—¿Y qué pasa si de repente se le sueltan los frenos? —seguí pinchándolo, disfrutando de la dinámica entre nosotros.

—Fácil —me miró de reojo, con esa chispa azul que siempre parecía estar a punto de provocarme un incendio—. Te agarro fuerte, damos un par de volteretas y al final lo contamos como la cita más memorable de nuestra vida.

—¿Cita? —lancé una mirada incrédula, mi corazón dio un vuelco.

—Claro. No has visto las *reviews* en Yelp: «Chófer informal, conversación entretenida, riesgo de muerte incluido. Cinco estrellas».

Rodé los ojos, pero una sonrisa me traicionó. Siempre pasaba lo mismo con él: cuanto más quería mantener la compostura, más la desmontaba a base de bromas y esa actitud descarada.

Nevan tamborileó los dedos en el volante, siguiendo el ritmo de la canción que sonaba en la radio.

—Admite que te lo has pasado bien en los recreativos —dijo, echándome una mirada rápida de esas que buscan pillarte con la guardia baja.

—No pienso hacerlo —contesté, cruzándome de brazos con falsa altivez.

—Entonces lo admito yo por ti —respondió él, encogiéndose de hombros—. Aria Morgan, la gran promesa del ballet, se divirtió jugando al *air hockey*, al Pac-Man y perdiendo contra mí en carreras de coches.

—¡No perdí! —Me giré indignada hacia él—. Ese volante no giraba bien.

Nevan soltó una carcajada que hizo que se le formaran arrugas en los ojos, obligándome a sonreír a pesar de mis intentos por parecer ofendida.

—Claro, claro. Y la próxima vez dirás que el suelo estaba desnivelado.

—No sabes lo competitiva que puedo llegar a ser —aseguré, apretando los labios.

—¿Ah, no? —Me miró de reojo—. Hoy he visto a una Aria muy dispuesta a ganar. Te delató esa carita roja cuando casi pierdes en la máquina de baile.

Sentí el calor trepar por mis mejillas, pero mantuve el tipo.

—Yo no me pongo roja. Es el reflejo de las luces.

—Sí, claro. Y yo soy un santo —dijo con ironía.

—Definitivamente no —solté una risa suave antes de volver a mirar por la ventana.

Un silencio cómodo se instaló por un momento, roto solo por el motor y la música de fondo. Me descubrí relajando los hombros sin darme cuenta. Como si estar en ese coche, con él, fuera menos peligroso de lo que mi cabeza me gritaba a cada segundo.

—Oye, Morgan —su tono cambió apenas, volviéndose más ligero, casi cómplice—. Tengo que reconocer algo.

—Dios, ¿qué has hecho ahora? —pregunté, arqueando una ceja.

—Nada grave, solo que… hice trampas en el juego de coches.

Me giré hacia él de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¡Lo sabía!

Nevan se echó a reír, una risa profunda que me desarmaba.

—Tenía que hacerlo. No podía dejar que me ganaras tan fácil. Mi reputación estaba en juego.

—Eres un tramposo —repliqué, riendo.

—Prefiero llamarlo estrategia —guiñó un ojo—. Suena más profesional.

Seguimos riendo un rato más hasta que el coche se detuvo frente a mi edificio. El silencio que se coló después fue distinto, más suave.

Bajé primero, y él no tardó en salir para acompañarme hasta la puerta del portal. Se detuvo justo frente a mí, lo bastante cerca como para que mi respiración se desacompasara sin que pudiera evitarlo.

—Buenas noches, Morgan —murmuró, y entonces, con una delicadeza inesperada, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me quedé helada. Por un instante, olvidé cómo respirar.

—Buenas noches, Grayson —susurré, apenas.

Él sonrió suave y, solo entonces, dio un paso atrás dejándome entrar al edificio.

Dio media vuelta, dispuesto a regresar a su tartana de coche, cuando un impulso repentino y descontrolado me golpeó en el pecho. No quería que la noche terminara ahí. No quería cerrar la puerta y quedarme a solas con el eco de su risa en mi cabeza.

—Nevan, espera —solté antes de que diera tres pasos por la acera.

Se detuvo y se giró despacio, con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora y las cejas un poco alzadas, esperando.

Tragué saliva, intentando que la voz no temblara.

—Oye... ¿te apetece subir un rato? —propuse, señalando con el pulgar hacia el interior del portal—. Podemos pedir unas pizzas y, no sé, charlar.

Nevan guardó silencio un segundo, y entonces esa maldita sonrisa torcida volvió a dibujarse en sus labios, lenta y vacilante. Dio un paso hacia mí, invadiendo de nuevo mi espacio personal.

—¿Me estás intentando conquistar, bombón? —preguntó en un susurro divertido, clavando sus ojos azules en los míos.

Sentí que el calor me trepaba por el cuello hasta encenderme las mejillas. Abrí la boca, indignada, intentando buscar una excusa rápida para negarlo.

—¡Claro que no! Idiota, yo solo... es por educación, porque me has traído y...

—Que es coña, Aria, relájate —interrumpió con una carcajada suave, tocándome el brazo con delicadeza para tranquilizarme—. Por mí, genial. La verdad es que no me apetecía nada volver con Eiden y Elara tan pronto. A estas horas, seguro que están follando en el sofá del salón y paso de volver a traumatizarme.

Solté una carcajada, incapaz de contenerme ante la imagen mental, y los nervios se aligeraron un poco. Saqué las llaves del bolso, abrí la puerta de cristal del portal y pasamos juntos al interior. El eco de nuestros pasos resonó en el vestíbulo silencioso mientras caminábamos hacia el ascensor. Nos subimos y el aparato empezó a subir de forma perezosa, dejándonos en la planta de mi apartamento.

Abrí la puerta, encendí la luz del recibidor y me hice a un lado para dejarle pasar.

—Ponte cómodo en el sofá —le dije, dejando el bolso en la mesa de la entrada.

Mientras él caminaba hacia el salón, me di cuenta de que mis manos temblaban un poco de forma ridícula. Estaba nerviosa. Mucho, y ni siquiera sabía por qué. O sea, vamos a ver, era solo Nevan. El chico con el que había compartido veranos enteros, que me había visto caerme de culo intentando bailar y que me conocía mejor que nadie. Mis nervios eran del todo irracionales, pero ahí estaban, revoloteando en mi estómago como un enjambre de avispas.

Me froté las manos contra las piernas para disimular y saqué el móvil del bolsillo mientras me acercaba al salón. Nevan ya se había quitado la cazadora y se había repantigado en el sofá con una comodidad insultante, como si viviera allí.

—A ver, voy a llamar para pedir la comida —dije, desbloqueando la pantalla—. ¿De qué quieres la pizza?

—De pepperoni, sin duda —respondió de inmediato, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Vale, una de pepperoni y para mí...

—Una carbonara —me interrumpió él, mirándome de reojo con una chispa de suficiencia.

Me quedé quieta, con el dedo suspendido sobre la pantalla del móvil, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Era tu favorita de pequeña —añadió en voz baja, encogiéndose de hombros con total naturalidad, como si no acabara de descolocarme el corazón—. Con extra de queso y los bordes un poco quemados. ¿Sigue siéndolo?

—Sí... —alcancé a decir, tragando saliva. Me pareció increíble, y muy tierno, que se acordara de un detalle tan tonto después de doce años.

Desvié la mirada hacia el teléfono para que no notara lo mucho que me había conmovido, marqué el número de la pizzería y realicé el pedido. Cuando colgué, caminé a paso lento hacia el sofá. El espacio a su lado me pareció de repente el lugar más cálido y peligroso del mundo, pero me senté de todos modos, doblando las piernas sobre el cojín, dispuesta a esperar a que llegara la cena mientras el silencio volvía a volverse espeso entre los dos.

Me quedé mirando la pantalla apagada del móvil mientras un peso conocido y molesto empezaba a instalarse en mi estómago. Pizza, masa, carbohidratos, queso fundido, grasa. Dios, si mi madre se enterara de lo que había pedido, le daría un síncope allí mismo. Para ella, que cenara algo así era lo más parecido a cometer un delito federal; toda mi vida había estado controlada por básculas, ensaladas insípidas y una disciplina feroz que no dejaba espacio para los caprichos.

—Oye, ¿qué pasa? —la voz de Nevan me sacó de mis pensamientos. Estaba un poco inclinado hacia delante, observándome con el ceño

fruncido—. Parece que has visto un fantasma. ¿Es que van a tardar dos horas en traerlas o qué?

Solté un suspiro largo, dejando caer el teléfono sobre la mesa de centro, y me abracé las rodillas con un deje de frustración.

—No, no es eso. Es que... creo que me estoy arrepintiendo, Nevan —admití, decidiendo ser sincera con él. Total, ya me conocía—. Si mi madre viera que he pedido una pizza para cenar, me desheredaría. Todavía puedo escuchar sus charlas sobre mantener la línea, el peso ideal para las audiciones y cómo la comida basura arruina la elasticidad. Es estúpido, lo sé, pero siento que estoy haciendo algo mal.

Nevan se me quedó mirando un par de segundos en silencio. Luego, soltó una bufada suave y se acomodó mejor en el respaldo del sofá, estirando las piernas.

—Tu madre no está aquí, Aria —dijo con una calma aplastante—. Y, con todo el respeto del mundo, creo que no deberías hacerle caso en todo. Ya no tienes diez años. Tienes todo el derecho a decidir lo que te da la puta gana comer, cuándo comerlo y cómo vivir tu vida. Si hoy te apetece cenar pizza, te la cenas. Y si mañana te quieres comer dos pizzas familiares tú sola, adelante. El mundo no se va a acabar por eso.

Sabía que tenía toda la razón del mundo, pero cuando llevas media vida arrastrando el miedo a decepcionar a alguien, apagar esa voz en tu cabeza no es tan fácil.

—Ya lo sé —respondí, apoyando la mejilla en mis rodillas—. Pero es difícil quitarse esa culpa de encima. Siento que si fallo en algo tan tonto como la comida, estoy haciendolo en todo lo demás. No quiero que piense que no me tomo el ballet en serio.

Nevan suavizó la mirada. Se acercó un poco y me dio un toque amistoso en la rodilla con los dedos, como hacía cuando éramos críos en el lago para hacerme reaccionar.

—A ver, bombón, escúchame —dijo en tono tranquilo—. Llevas machacándote en una barra de baile desde que eras una cría. Nadie en su sano juicio, ni siquiera tu madre, puede decir que no te tomas esto en serio. Eres la persona más disciplinada que conozco. Así que relaja los hombros. Una cena normal con un amigo no va a destruir tus años de carrera. Te lo prometo.

Sus palabras, tan llanas y directas, funcionaron como un bálsamo. Sentí cómo la tensión acumulada en el cuello se disipaba poco a poco. Le dediqué una sonrisa pequeña, sintiéndome mucho más tranquila y agradecida por tenerlo allí, haciendo que todo pareciera menos grave.

En ese momento, el timbre del portal rompió el silencio de la estancia.

—Salvados por la campana —bromeó Nevan, levantándose del sofá de un salto para ir a abrir.

A los pocos minutos volvió al salón cargando las dos cajas de cartón caliente que inundaron el apartamento con un olor espectacular a queso, bacon y especias. Dejamos las cajas en la mesa de centro, nos sentamos en el suelo alfombrado para estar más cómodos y abrimos las tapas.

Ya mucho más relajada y sin la sombra de la culpa persiguiéndome, alargué la mano para coger la primera porción de mi pizza carbonara. El queso se estiró en hilos perfectos. Le di el primer bocado y, joder, cerré los ojos del placer. Sabía a gloria bendita. Miré a Nevan, que ya iba por su mitad de la de pepperoni, y me eché a reír sola, disfrutando de verdad de la noche.

Le di un segundo bocado a mi porción, saboreando el bacon crujiente, y lo miré por encima del borde de la caja de cartón. La duda me estaba carcomiendo por dentro y no pude evitar soltarla.

—¿Cómo narices te acordabas de cómo me gustaba la pizza? —pregunté, intentando que sonara como una curiosidad cualquiera.

Nevan detuvo la mano a mitad de camino hacia su boca. Masticó despacio la porción de pepperoni que tenía, se limpió los dedos con una servilleta de papel y se quedó un momento en absoluto silencio. Me miró fijamente con esa intensidad azul de sus ojos, una mirada que parecía registrar cada línea de mi rostro. Luego, se encogió de hombros con pasmosa naturalidad, aunque su tono de voz bajó un par de octavas, volviéndose más suave.

—Me acuerdo de muchas cosas de ti, Aria —dijo, mirándome de reojo—. Sé que te encanta el helado de dulce de leche con trozos de chocolate y que odias el de menta. Sé que eres incapaz de dormir si la ventana de la habitación no está un poco abierta, aunque estemos en pleno invierno y haga un frío de mil demonios fuera. Sé que te vuelven loca los gatos, bueno, en verdad cualquier animal que tenga pelo te parece adorable y quieres adoptarlo. También me acuerdo de que estornudas siempre tres veces seguidas cuando te da el sol de golpe en la cara por las mañanas, que te sabes de memoria los diálogos de las películas de Barbie que veíamos en el campamento y que, cuando te pones muy nerviosa o estás pensando mucho en algo, te da por morderte el labio inferior hasta que casi te haces sangre. Como estás haciendo justo ahora.

Me quedé congelada. Solté el labio de golpe y la porción de pizza se quedó suspendida a mitad de camino de mi boca. El corazón me dio un vuelco tan violento contra las costillas que por un segundo temí que el eco resonara en todo el salón.

No era solo el hecho de que se acordara de la pizza; era que Nevan guardaba en su cabeza un mapa exacto y detallado de todas mis manías absurdas, de esos pequeños detalles cotidianos que yo misma a veces olvidaba que tenía. Un nudo cálido y apretado se me formó en la garganta.

La verdad era que también me acordaba de muchísimas cosas de él. Me acordaba que siempre empezaba sus dibujos trazando primero el ojo izquierdo, que detestaba el olor a hospital, que ponía cara de asco insufrible cada vez que veía un champiñón en el plato y de cómo arrugaba la frente cuando se concentraba demasiado. Me

acordaba de todo. Pero no se lo dije. Ni de coña. Decírselo en ese momento habría sido como abrir una puerta blindada de mi interior, confesarle lo mucho que su ausencia me había pesado durante estos doce años y mostrarle una vulnerabilidad que ahora mismo no podía permitirme.

Así que tragué saliva, forcé una sonrisa gamberra y puse los ojos en blanco, usando el sarcasmo como mi mejor escudo protector para aliviar la repentina tensión.

—Vaya... Joder, Nevan. Ahora resulta que estabas obsesionado conmigo —le solté con tono burlón, dándole un empujón suave con el pie—. Debería empezar a preocuparme por si tienes un santuario con mis fotos viejas y velas encendidas en tu habitación.

Nevan captó la indirecta al vuelo y soltó una carcajada profunda y ronca, rompiendo al instante la burbuja de intimidad que casi nos ahoga.

—Claro, Morgan —bromeó, dándole un trago largo a su lata de refresco—. Hecho con chicles usados y mechones de pelo.

Terminamos las pizzas casi sin darnos cuenta, dejando las cajas vacías sobre la mesa mientras el tiempo se estiraba de forma cómoda. Nos quedamos allí sentados, hablando de mil cosas diferentes: de música, de lo mucho que odiábamos madrugar, de anécdotas absurdas de estos doce años de separación y de cómo todo parecía haber cambiado y permanecido igual al mismo tiempo. Con él, la conversación fluía sin esfuerzo, como si no tuviéramos que ensayar las palabras ni fingir ser alguien que no éramos.

Hasta que la aguja del reloj avanzó demasiado, marcando la madrugada. Nevan miró la pantalla de su móvil, soltó un silbido suave y se levantó del suelo, estirando su cuerpo con pereza. Se puso la cazadora, me dedicó una última mirada y se despidió con una broma sobre esperar que Eiden y Elara ya hubieran despejado el salón del apartamento.

Cuando la puerta principal se cerró con un leve chasquido, el silencio de mi apartamento regresó de golpe, pero esta vez no se sentía frío.

Me quedé un rato sentada en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho, mirando al vacío. Me descubrí sonriendo sola al recordar la tarde en los recreativos. Hacía años que no me lo pasaba tan bien. Al recordar los gritos jugando al *air hockey*, los piques con el Pac-Man, sentí un calorcito nostálgico en el pecho. Con Nevan me sentía libre. Como si hubiera dejado atrás, aunque fuera por unas horas, el peso muerto de las expectativas y las posturas perfectas, volviendo a ser esa niña pequeña que corría descalza por el campamento.

Había estado tan tranquila con él en casa, hablando de todo y de nada, como cuando éramos pequeños. Y al admitirlo para mis adentros, una punzada de dolor me atravesó el estómago: lo había echado de menos. Muchísimo. Más de lo que jamás me atrevería a confesar en voz alta. Su ausencia había dejado un vacío en mi vida que ninguna disciplina de baile había logrado llenar.

Miré hacia la ventana, viendo el reflejo difuso de las luces de la calle, y dejé que la cruda realidad cayera sobre mí. Sabía que entre los dos había algo más. Lo sabía, lo sentía en el aire cada vez que se acercaba demasiado, en la forma en que me miraba y en cómo mi corazón se desbocaba sin mi permiso. Había una electricidad innegable flotando entre nosotros, pero era algo que no quería explorar.

Nuestras vidas eran opuestas, dos líneas paralelas que jamás debieron volver a cruzarse. Yo tenía una rutina estructurada, un camino trazado hacia el éxito en el ballet que requería cada gramo de mi atención y de mi energía. Nevan era un torbellino, impredecible, descarado y libre de ataduras. Además, estaba mi madre. Dios, mi madre jamás lo aceptaría; para ella, alguien como Nevan representaba todo lo que estaba mal, una distracción peligrosa que arruinaría mi futuro.

No funcionaría. Éramos demasiado diferentes para que algo así saliera bien.

Me daba pánico salir de mi burbuja de control. Llevaba toda la vida viviendo dentro de unos límites seguros, sabiendo qué paso dar después para no caerme. Dejar entrar a Nevan significaba romper ese cristal, arriesgarme a que todo mi mundo se pusiera del revés, y tenía demasiado miedo de dar ese salto solo para ver si existía la posibilidad de ser feliz a su lado.

Ese miedo, denso y paralizante, fue el que me obligó a empujar los sentimientos hacia el fondo de mi mente. Comencé a cerrar, una a una, las puertas que se estaban abriendo poco a poco en mi corazón. Bloqueé los recuerdos que me venían a la cabeza de nosotros en el lago, de las promesas de niños y de las risas bajo el roble. Tenía que protegerme. Tenía que mantener el control.

Apagué la luz del salón y caminé hacia mi habitación a oscuras, repitiéndome a mí misma una última orden mental, una advertencia sagrada que no podía romper bajo ninguna circunstancia: no me podía permitir, por nada del mundo, enamorarme de Nevan Grayson.

Capítulo 22

Nevan

—Joder, Elara, me estás estrangulando —gruñí, tirando un poco del cuello de la camisa mientras ella me ajustaba la maldita corbata.

—No seas exagerado —replicó, dándome un tirón más fuerte que casi me deja sin aire—. Si puedes sobrevivir a tatuarte un escorpión en el codo, puedes sobrevivir a una corbata.

—No compares, al menos la aguja no intentaba ahorcarme.

Me fulminó con la mirada, impecable con ese vestido azul cielo que parecía sacado de una alfombra roja. Elara tenía esa facilidad para moverse entre la elegancia y lo cotidiano como si nada. Claro, su familia también venía del mismo club de los que tenían demasiado dinero para saber qué hacer con él. Aunque desde que se había mudado a Windale con Eiden, todo ese rollo de cenas con cubiertos de plata había quedado aparcado.

—Qué guapo estás, tío —dijo Eiden desde el sofá, estirándose con calma, trajeado. Como si hubiera nacido con la habilidad de parecer un modelo del maldito catálogo de Hugo Boss.

—¿Guapo? Parezco un camarero en prácticas —bufé, tirando otra vez de la corbata—. Este traje es como una cárcel de tela.

Elara sonrió con malicia mientras alisaba mi chaqueta.

—Pues acostúmbrate. Vas a un evento de recaudación de fondos de la familia Morgan, no a un concierto en un garaje.

—El concepto es el mismo: todos intentan encajar, nadie escucha y alguien acaba borracho.

Eiden soltó una carcajada.

—No le des cuerda, Elara. Si le sigues el juego, va a entrar a ese salón creyendo que puede improvisar un discurso sobre la decadencia del ballet.

—Sería mejor que lo que digan alguno de esos dinosaurios millonarios —me acomodé la chaqueta—. Y que quede claro: no pienso fingir que encajo con esa panda de ricachones.

Elara me miró con un gesto entre paciencia y resignación.

—No tienes que fingir nada, Nevan. Solo intenta no provocar un infarto a nadie.

—¿Yo? Si soy pura simpatía.

—Sí, claro.

—Pareces un tigre enjaulado —rió Eiden, sacudiendo la cabeza—. Pero tranquilo, hermano. No es tan grave. Solo es un evento más.

No para mí, pensé. Ese tipo de lugares nunca eran «solo un evento». Eran vitrinas. Escaparates. Y yo no estaba hecho para ser expuesto en uno. Pero aun así, ahí estaba. Con la corbata demasiado apretada, el pecho incómodo y la sensación de que la noche prometía ser cualquier cosa menos tranquila.

El coche de Elara se detuvo frente al edificio iluminado como si fuera la jodida Casa Blanca en Navidad. Columnas de mármol, alfombra roja, camareros con guantes blancos. Bajé ajustándome la chaqueta, sintiéndome como un grafiti en medio de una galería de arte.

Dentro, la cosa era aún más absurda. Todo brillaba, todo gritaba dinero. Y entonces la vi.

El tiempo se ralentizó. Apareció en la entrada con un vestido largo amarillo, con un escote elegante y la espalda abierta que me dejó

sin aire. El moño, algunos mechones sueltos que parecían colocados a propósito para volverme loco. Parecía un ángel.

Estaba radiante, pero también ausente. Su sonrisa era técnica, precisa, la de alguien que sabe exactamente cómo debe comportarse. No era la Aria que se reía hasta que le dolía el estómago de la otra noche si no una versión pulida, filtrada y expuesta. Me quedé clavado en el sitio, observándola. Me dolía ver cómo se dejaba manejar por el protocolo, por la gente, por la situación.

—¿Quién es el tío con el que habla la madre de Aria? —pregunté, señalando con la barbilla a un hombre que acababa de aparecer al lado de la señora Morgan.

Era un hombre alto, joven, vestido impecable, con ese aire de seguridad arrogante que solo tienen los que nunca han tenido que pelearse por nada. Se inclinó para besar la mano de Aria y, aunque ella mantuvo la compostura, vi cómo se tensaba antes de recuperar la sonrisa.

Elara se acercó y miró en la misma dirección, soltando un suspiro.

—Es Ryan Lancaster.

—¿Lancaster? ¿Un apellido de esos que salen en las revistas de Forbes?

—Exacto. Ryan es el heredero de *Lancaster Industries*. Controlan gran parte de la infraestructura energética y tecnológica del país. Básicamente, son la realeza moderna. Dinero antiguo, poder absoluto y una reputación de ser el soltero de oro del estado.

Sentí un pinchazo frío en el pecho. *Lancaster Industries*. Yo tenía tinta en las manos; él tenía medio país en las suyas.

Miré a Aria, asentía a lo que decía Lancaster, pero sus ojos vagaban por la sala, buscando algo. Cuando su mirada chocó con la mía, se quedó quieta. Su postura se relajó un segundo antes de que volviera a centrarse en Ryan.

Apreté los puños dentro de mis bolsillos. Esa inseguridad que siempre intentaba esconder me subió por la garganta. ¿Qué podía ofrecerle yo? ¿Un coche viejo y un futuro incierto? Estaba viendo cómo ese mundo, el de los Lancaster y los Morgan, la engullía, y ella se dejaba llevar porque, supongo, pensaba que no tenía otra opción.

Aria se despegó de ellos un momento y caminó sola hacia la mesa de bebidas. Era mi oportunidad. Atravesé la sala esquivando miradas, sintiéndome como un intruso.

—¿Huyendo del príncipe heredero? —pregunté, acercándome lo suficiente para que pudiera escucharme.

Aria se tensó. Giró la cabeza despacio y, al verme, sus labios se apretaron en esa línea fina que conocía demasiado bien.

—Nevan… —su voz salió baja, contenida, como si decir mi nombre en ese lugar fuera un riesgo.

Me apoyé en la mesa con una sonrisa ladeada, fingiendo calma aunque por dentro me estaba quemando vivo.

—No parecía que te estuvieras divirtiendo mucho con el señor Industrias.

Ella cogió una copa con gesto elegante, pero sus dedos temblaron.

—Estoy cumpliendo con mi papel —dijo al fin, sin mirarme—. Es lo que se espera de mí.

—No, Morgan. Estás donde quieren que estés. Es muy distinto.

Su cuerpo se tensó.

—Baila conmigo. Una canción.

Aria parpadeó, sorprendida. Y luego, para mi desgracia, se rió bajito, una risa triste.

—¿Tú? ¿Bailar en una gala de la alta sociedad?

—No tengo ni idea. Lo más probable es que te pise veinte veces, pero quiero bailar contigo. Por favor.

La sonrisa en sus labios titubeó. Sus dedos acariciaron el borde de la copa.

Aria abrió la boca para responder cuando sentí cómo el aire se cortaba de golpe. Una presencia se colocó a nuestro lado. Ryan Lancaster.

—Aria —la voz de Ryan sonó suave, educada, pero con ese filo apenas contenido—. Te estaba buscando. El comité quiere presentarte a unos inversores.

Ella se tensó bajo su mirada, tan sutil que cualquiera lo habría pasado por alto, pero yo no. Me obligué a mirar a Lancaster con calma, aunque por dentro me ardía el pecho. El cabrón sonreía, esa sonrisa perfecta que se usaba en fotos de prensa. Pero sus ojos, clavados en mí, decían otra cosa: «ella pertenece a este mundo, no al tuyo».

Aria tragó saliva y giró la cabeza hacia él, como si quisiera esconder lo que acababa de pasar entre nosotros.

—Si, ahora voy, estaba tomando algo.

—El deber llama —dijo Ryan con condescendencia, mirándome de arriba abajo con una cortesía fría—. Disculpa, amigo. Aria tiene una agenda bastante apretada esta noche.

La guió con suavidad hacia atrás, como si no existiera. Como si hubiera que recordarle a todos, y sobre todo a mí, que ella era una pieza más en su tablero.

Me quedé ahí, con las manos vacías y la rabia mordiéndome por dentro. Aria se fue con él, y, por un momento, la vi mirar hacia mi, solo un segundo, antes de perderse entre la multitud. Entonces me di cuenta de que no era solo a Ryan a quien tenía que evitar. Era a todo ese mundo que le exigía ser perfecta.

Y yo… yo solo era el tío que la hacía sentirse real. Pero en esta sala, la realidad no valía nada.

Capítulo 23

Aria

La gala era un teatro y, mi madre, era la directora encargada de que cada una de mis sonrisas fuera perfecta. Llevaba horas atrapada en un vestido que, aunque bonito, se sentía como un disfraz. A mi lado, Ryan Lancaster no dejaba de hablar sobre la fluctuación de los mercados energéticos. Era innegable que era un hombre atractivo; tenía esa mandíbula cuadrada, el cabello castaño impecable, ojos verdes y una postura que delataba años de educación privada y disciplina. Pero era un Adonis de plástico. Estaba hueco.

Cada vez que abría la boca para soltar una cifra sobre sus inversiones o los beneficios de *Lancaster Industries*, mi mente se evadía. Miraba de reojo hacia el grupo de mis amigos, buscando con desesperación el rostro de Nevan. Quería estar allí, riéndome de cualquier tontería con ellos, lejos de este salón donde el aire olía a ambición y perfume caro.

—Aria, ¿me estás escuchando? —preguntó Ryan—. El mercado europeo está en un punto clave. Es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

—Sí, claro, fascinante —mentí, forzando una sonrisa.

Entonces, la música cambió a un ritmo más lento, más formal. Ryan me tendió la mano con una elegancia calculada.

—¿Me concedes este baile?

No era una petición; era un paso más en la coreografía que mi madre y su familia habían diseñado para nosotros. Acepté, dejando

que me guiara hacia el centro de la pista. A nuestro alrededor, los fotógrafos se movían como buitres, buscando la «pareja ideal» para las portadas de las revistas de sociedad. Ryan me sujetó con una firmeza que, aunque educada, me hizo sentir como una posesión.

Empezamos a movernos. Era un baile medido, sin alma, coreografiado para transmitir una imagen de éxito y sofisticación. Ryan seguía hablando de sus proyectos mientras guiaba mis pasos con precisión quirúrgica. Yo solo asentía, sintiéndome asfixiada.

En uno de los giros, levanté la vista y ahí estaba Nevan. Se veía tan fuera de lugar en aquel salón como un incendio en una biblioteca, y aun así, estaba guapísimo. El traje le quedaba bien, demasiado bien; aunque se notaba a leguas que no estaba acostumbrado a llevarlo. Tenía el primer botón de la camisa desabrochado, la corbata un poco torcida, y esa actitud de animal enjaulado que me provocaba un vuelco en el corazón. Sus ojos azules estaban clavados en mí, intensos, como si estuviera viendo a través de todo este disfraz que llevaba puesto.

Por un segundo, la música de la orquesta, el murmullo de los invitados y la voz monótona de Ryan desaparecieron. Solo existíamos Nevan y yo. Él no estaba bailando, solo estaba ahí, observándome con una mezcla de desafío y algo que prefería no identificar para no perder la cordura. Me dio un vuelco el corazón. Él sabía que odiaba estar allí, que preferiría estar rompiendo las reglas con él antes que bailando esta farsa de perfección.

—...y por eso creo que la diversificación es la clave —decía Ryan, ignorando por completo que no le prestaba la más mínima atención.

Seguí mirando a Nevan. Él no apartaba la vista. Sus manos estaban metidas en los bolsillos del pantalón, y por un momento, me pareció ver cómo su mandíbula se tensaba. Se veía tan crudo, tan real, comparado con el mundo de cristal que me rodeaba. Me sentí desnudada por su mirada, como si pudiera ver lo que se escondía bajo mi vestido amarillo y mi máscara de «chica perfecta».

Cuando la canción finalizó, Ryan me soltó, esperando el aplauso de los invitados. Yo, en cambio, busqué a Nevan de inmediato. Ya no estaba donde lo había visto. Mis ojos recorrieron la sala con urgencia, hasta que lo vi al fondo. Se movía con una rapidez, sin mirar atrás, esquivando a los camareros hasta alcanzar una de las salidas de emergencia que daban al jardín exterior.

La puerta se cerró tras él con un sonido seco, dejando una estela de oscuridad. Se había ido.

—¿Aria? ¿Todo bien? —preguntó Ryan, mirándome con extrañeza—. Te has quedado pálida.

—Necesito aire, hace calor —murmuré, soltándome de su brazo antes de que pudiera protestar—. Ahora vuelvo.

El aire fresco del jardín me golpeó en la cara como una bofetada. Dejé atrás la música de cuerda y las voces, buscándolo. Y lo encontré. Nevan estaba al fondo, apoyado contra una balaustrada de piedra, lejos de la iluminación artificial. Se había quitado la chaqueta del traje y la tenía tirada en el suelo, sobre el césped húmedo. Llevaba la camisa blanca, ahora medio desabotonada y con las mangas arremangadas, revelando los tatuajes que en el salón había escondido.

Estaba fumando, con la mirada perdida en la oscuridad.

—Nevan —dije, en voz baja.

Él se giró de golpe. Sus ojos estaban oscuros, cargados de algo que no lograba descifrar. Se llevó el cigarrillo a los labios, dio una calada larga y lo aplastó contra la piedra con una fuerza innecesaria.

—¿Te has perdido, Morgan? —espetó, mirándome de arriba abajo—. El príncipe Lancaster te estará esperando. No deberías dejar que el heredero de la fortuna se aburra.

—Deja de llamarme así. Y no me busques las cosquillas, no estoy de humor.

—¿No estás de humor? —Nevan soltó una risa seca, desprovista de cualquier rastro de diversión, y dio un paso hacia mí—. ¿Qué pasa, la conversación sobre inversiones te ha dejado agotada? ¿O es que te molesta que te haya visto ahí dentro, fingiendo que esa vida vacía es la que quieres?

—Tú no entiendes nada —respondí, sintiendo cómo el calor de la rabia empezaba a subirme por el cuello—. Esta es mi vida, Nevan. Mi madre, mi apellido… son cosas que no puedes cambiar solo porque a ti te parezca una mierda.

—¡Es una mierda! —exclamó, acortando la distancia entre nosotros. Se veía tan crudo, tan real, que me sentí pequeña a su lado—. Estás ahí dentro, atrapada en esa jaula de cristal, sonriendo a gente que te ve como un trofeo. Y lo peor de todo es que pareces no darte ni cuenta. ¿Es eso lo que quieres, Aria? ¿Convertirte en una estatua de oro al lado de ese hombre?

—¿Y qué esperas que haga? —grité, dándome cuenta de que mi voz empezaba a temblar—. ¿Que me vaya contigo en tu coche destartalado? ¿Que lo deje todo por lo que he trabajado? No todo el mundo tiene el lujo de vivir como tú, sin responsabilidades, sin planes, sin nadie que espere nada de ti.

—¡No es cuestión de planes, es cuestión de dignidad! —Nevan se pasó una mano por el pelo, visiblemente dolido—. Me duele verte ahí, desperdiciando tu vida. Me duele ver cómo te apagas cada vez que ese gilipollas te toca. Y me duele, joder, que prefieras esa mentira antes que estar conmigo, aunque sepas que conmigo no tendrías que fingir.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer. Frías, pesadas. No nos importó.

—¡No eres nadie para decirme qué me conviene o qué no! —ataqué, sintiendo un nudo en la garganta—. No tienes ni idea de la presión que cargo. Tú solo juzgas desde fuera, pero no tienes que vivirlo. ¡No tienes que ser perfecto cada segundo de tu jodida existencia!

Nevan se acercó tanto que nuestras respiraciones se mezclaron. La lluvia arreciaba, empapándonos el pelo y la ropa, pero la intensidad de su mirada era lo único que sentía.

—Quizás si dejaras de intentar ser perfecta, verías que ya eres suficiente —susurró él, con una voz rota—. Pero tienes tanto miedo de ser tú misma que prefieres que te encierren en esa vitrina.

—¡Cállate! —grité apartándome, aunque lo único que quería era que me tocara.

—No me voy a callar. Estoy harto de esta distancia, harto de verte con esa gente, harto de sentir que para ti soy solo un secreto sucio que tienes que esconder en un callejón.

Estaba furiosa. Estaba desesperada. Estaba harta de todo.

—Pues vete —dije, desafiante—. Si tanto te molesta verme así, vete y déjame en paz.

Nevan soltó un gruñido gutural. Sin avisar, me agarró de la nuca con una mano y me estampó contra su cuerpo. Fue un movimiento brusco, lleno de rabia contenida.

—¡A la mierda! —rugió.

Sus labios chocaron contra los míos. No fue un beso romántico; fue una embestida. Tenía sabor a tabaco, a lluvia y a una desesperación que me cortó la respiración. Sus dientes rozaron mi labio inferior en un mordisco brusco, reclamando espacio, exigiendo que dejara de fingir.

Yo no me resistí. Al contrario, me hundí en él. Mis manos volaron a su pelo empapado, tirando de él, apretándolo contra mí como si fuera el único punto de apoyo en medio de un naufragio. Mis manos bajaron con rapidez, clavando las uñas en sus hombros, sintiendo la tela de la camisa empapada pegada a su piel, la tensión de sus músculos bajo mis dedos.

Él no se conformó con mis labios. Su otra mano bajó con rapidez hasta mi cintura, rodeándola y tirando de mí hacia él con una

violencia posesiva, hasta que no quedó ni un milímetro de aire entre nuestros cuerpos. Podía sentir el calor de su piel ardiendo a pesar de la lluvia helada que nos calaba hasta los huesos. Sus besos eran un caos, una sucesión de impulsos salvajes. Enun segundo me devoraba la boca con una urgencia que me hacía tambalear, al siguiente me besaba la mandíbula, el cuello, buscando con desesperación el pulso acelerado que delataba cuánto lo necesitaba.

Cada roce era una descarga. La fricción de su cuerpo contra el mío, el sonido de nuestra respiración entrecortada mezclados con el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas, la forma en que me sujetaba, como si intentara absorberme o fundirse conmigo para escapar de todo. Era un beso que sabía a reproche, a «¿por qué no puedes ser mía?», a «mira lo que me haces sentir».

Se separó apenas un centímetro, respirando con dificultad, con la frente apoyada contra la mía. Sus ojos, brillantes, buscaban los míos, cargados de una frustración que quemaba. Me acarició la mejilla con el pulgar, un gesto suave y dulce, antes de volver a reclamar mis labios, esta vez con más profundidad, como si estuviera intentando marcarme, borrar cualquier rastro del perfume de Ryan que pudiera quedar en mí.

Yo me perdí. Solté todo el aire que había contenido durante horas, durante semanas. Me olvidé de los Lancaster, de mi madre, de la imagen, de las inversiones… Solo existía Nevan, su piel mojada bajo mis manos, la electricidad estática de nuestra rabia convirtiéndose en deseo crudo, en la necesidad de sobrevivir el uno al otro.

El instinto me gritó que me separara, que corriera a esconderme en las sombras del jardín antes de que alguien nos descubriera. La luz de los focos del porche se había encendido, rompiendo nuestra burbuja de oscuridad y dejándonos expuestos bajo el aguacero. Pero Nevan no se movió. No mostró ni un ápice de pánico. Sus manos siguieron firmes en mi cintura y sus ojos azules se clavaron en los míos con una fijeza desafiante.

La lluvia seguía golpeándonos, resbalando por su mandíbula y empapando mi pelo por completo, pero él pareció ignorarlo. Una chispa salvaje, gamberra y desesperada parpadeó en su mirada.

—Baila conmigo, Morgan —susurró, y su voz apenas logró abrirse paso entre el rugido del agua.

¿Bailar? ¿Ahora? Estábamos en medio de una tormenta, a la vista de cualquiera que mirara por los ventanales de la mansión. Era una locura. Una imprudencia que podría costarme todo el orden que tanto me había costado construir. Pero miré su sonrisa torcida, sentí el calor de sus manos quemándome a través de la ropa mojada y supe que ya estaba perdida.

Deslicé mis manos por sus hombros empapados y dejé que me guiara.

Bailar con Nevan era un caos. Sus movimientos eran torpes, carecían de técnica, de pasos estructurados o de compases tradicionales; pero no le hacía falta nada de eso. Nos movíamos pegados, tan juntos que sentía el latido desbocado de su corazón golpeando con fuerza contra mi propio pecho. No había frialdad en él, solo una fascinación ciega y devota. Me miraba como si fuera lo más valioso del universo, adorando cada imperfección del momento, hechizado por el vaivén de nuestros cuerpos bajo el agua.

Me sujetó la mano con firmeza y, con un movimiento fluido pero rústico, me hizo dar una vuelta sobre mí misma bajo la lluvia helada. Mi vestido de gala, pesado y empapado, se expandió en el aire antes de que Nevan volviera a tirar de mí, atrapandome de golpe contra su cuerpo con una fuerza que me cortó la respiración.

Se inclinó hacia mi oído, y su aliento cálido fue un bálsamo contra el frío de la noche.

—Hace tiempo te prometí que no dejaría que esta vida te engullera —murmuró, y sentí la urgencia vibrando en su voz—. Podemos irnos, Aria. Lejos. Solo un tiempo. El suficiente para que veas que hay vida

más allá de las audiciones y de todo lo que te impone tu madre. Déjame recordarte eso.

Por un segundo milagroso, me permití soñar con ello. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su pecho, aspirando su aroma a lluvia y a él, escuchando el refugio que era su corazón. Me acordé de aquella vez de niños, cuando nos prometíamos cosas demasiado grandes sin saber que la vida era más complicada de lo que parecía. Pero la fantasía se desvaneció tan rápido como había llegado. La realidad era un monstruo demasiado grande.

—No es posible, Nevan —susurré con la voz rota, apretando los puños contra su camisa mojada—. No puedo escapar de esto. Ya no somos esos niños. El mundo real no funciona así.

Nevan se separó apenas unos centímetros, lo suficiente para obligarme a mirarlo. Me tomó de la mejilla con una delicadeza que me dolió en el alma y me besó. Fue un beso suave, lento, desprovisto de la rabia anterior; un beso corto que se sintió como una promesa silenciosa.

—Solo hará falta que lo digas, Morgan —susurró contra mis labios, rozándolos con ternura—. Dilo, y te llevaré a cualquier otro lugar. Donde tú quieras.

Me quede suspendida en sus palabras, con el corazón en un puño, queriendo creerle más que a nada en el mundo. Pero el hechizo se rompió de forma definitiva.

El chirrido metálico de la puerta de cristal al abrirse de par en par rasgó la noche. Los pasos firmes y taconeados resonaron sobre el suelo del porche, deteniéndose en seco. Giré la cabeza con lentitud, sintiendo cómo el frío de la lluvia se filtraba en mis venas al ver la silueta rígida de mi madre recortada contra la luz, mirándonos desde el umbral del jardín.

—¿Aria?

Su voz cortó el aire como un cuchillo. Me separé de Nevan como si me hubieran quemado, tropezando hacia atrás, con el pecho

subiendo y bajando tan rápido que me dolía. Mis pulmones ardían y mi corazón martilleaba contra mis costillas con un ritmo frenético.

Me giré despacio, temblando no solo por el frío. Allí estaba mi madre, bajo el porche, impecable, con el rostro desencajado por una mezcla de horror y furia contenida. Y justo detrás, en la penumbra del salón, estaba Ryan Lancaster. No decía nada, pero su mandíbula estaba tensa y sus ojos, al verme deshecha, despeinada y empapada contra Nevan, se estrecharon con un desdén que me heló la sangre.

El silencio que siguió fue absoluto. Habíamos cruzado la línea, y no había forma de volver atrás.

Capítulo 24

Nevan

La luz blanca que salía del salón era cegadora, tan fría que me hizo entrecerrar los ojos. Me quedé donde estaba, con las manos hechas puños a los costados, mojado, con la ropa pegada al cuerpo y el sabor del beso de Aria aún ardiendo en los labios.

Ella temblaba, no por el frío de la lluvia, sino por el miedo puro que emanaba de ella al ver a su madre.

—¿Aria? —la voz de la mujer era como un látigo—. Dime que esto es una pesadilla. Dime que no te he visto arrastrada en el barro con… con esta escoria.

«Escoria». La palabra flotó en el aire, cargada de todo el desdén que solo el dinero puede comprar. Di un paso al frente, instintivo, queriendo ponerme entre ellas.

—No le hable así —mi voz sonó ronca, peligrosa.

—Nevan, no —Aria me cortó, agarrándome del antebrazo. Su mano estaba helada. Me miró con una desesperación que me partió el alma. No la estaba defendiendo a ella; estaba intentando protegerme a mí—. Por favor, vete.

—¿Que me vaya? Me está insultando, Aria —repliqué, sintiendo cómo la sangre me hervía.

Fue entonces cuando Ryan dio un paso hacia delante. Se plantó al lado de la madre de Aria, mirándome con una superioridad tan insultante que me dieron ganas de partirle la cara.

—Déjalo, Aria —dijo él, con una sonrisa fría que no llegaba a sus ojos—. No vale la pena. Mira al chico. Está empapado, está fuera de lugar y, seamos sinceros, no tiene ni idea de dónde está parado. ¿De verdad crees que alguien como él puede ofrecerte algo que no sean problemas?

—Cierra la puta boca —le espeté, dando un paso hacia él.

—¿Qué vas a hacer? —se burló Ryan, sin inmutarse—. ¿Pegarme? Eso solo confirmaría lo que todos sabemos: eres lo que pareces. Un chico de barrio con un complejo de inferioridad que intenta jugar en ligas que le quedan demasiado grandes. Aria es una mujer de alto rango, con un futuro brillante. Tú eres un don nadie.

Sentí el impacto de sus palabras más que si me hubiera dado un puñetazo. Miré a Aria, esperando que dijera algo, que me defendiera, que me diera una razón para seguir peleando. Pero ella no podía. Sus ojos, antes llenos de fuego, ahora estaban vidriosos. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, mezclándose con la lluvia y, en ese momento, supe que la había perdido. No porque ella quisiera, sino porque no tenía fuerzas para luchar contra el peso de todo lo que la rodeaba.

—¿Lo ves, Nevan? —la voz de Aria era un hilo, apenas un susurro roto—. Ya has visto lo que pasa cuando te acercas demasiado.

—Aria, podemos irnos. Ahora mismo —dije, ignorando a los demás, suplicándole con la mirada—. Solo tienes que decirme que te saque de aquí.

Ella negó con la cabeza, despacio, mientras más lágrimas caían sin control. Su llanto era silencioso, contenido, el llanto de alguien que ya se había rendido. Verla así, rota, sustituida por una sumisión que me destrozaba el corazón, me dejó sin aliento. Aria no estaba llorando porque me quisiera o no; lloraba porque sabía que, para sobrevivir en su mundo, tenía que dejarme atrás.

—No puedo —susurró ella.

La madre de Aria dio un paso adelante y le tomó la mano, con una firmeza que no dejaba lugar a dudas. La arrastró camino a la puerta de cristal, hacia la luz, al interior de la gala.

—Vámonos, Aria —dijo su madre, lanzándome una última mirada cargada de asco—. Deja que este chico vuelva al lugar del que nunca debió salir.

Aria no se giró. Caminó como un autómata, dejándose guiar de vuelta al interior del salón, a la vitrina de cristal. La vi entrar, cómo el calor y la luz del salón se la tragaban, y observé cómo su postura se enderezaba de nuevo, cómo su cara recuperaba esa expresión inerte, vacía, educada.

La puerta de cristal se cerró con un clic seco, sellandola del mundo exterior.

Me quedé allí, solo bajo la lluvia, con el agua corriendo por mi cara y el eco de su silencio golpeándome más fuerte que cualquier insulto. Ryan, antes de entrar, me dedicó una última mirada de triunfo absoluto.

No era solo el dinero, ni era el estatus, era que, al final, me habían ganado. Consiguieron lo que querían: volver a convertirla en la muñeca perfecta que nadie puede tocar. Y yo, Nevan Grayson, me había quedado fuera, en el frío de la noche, sin nada más que el recuerdo de un beso que sabía a despedida.

Capítulo 25

Aria

Recuerdo

Caminar de puntillas por el suelo de madera del pasillo era súper difícil; sobre todo porque me entraba la risa cada dos segundos y tenía que taparme la boca con las dos manos para no armar jaleo. Nevan iba un paso por delante de mí, moviéndose agachado como si fuera un espía de verdad en una de sus películas favoritas. Tenía diez años y se creía el jefe de la misión por ser un año mayor que yo, me hacía señas con la mano para que me pegara a la pared.

Estábamos colándonos en el almacén viejo del campamento, el lugar sagrado donde los monitores guardaban las cajas grandes de comida y, lo más importante de todo: las chucherías.

—Venga, Aria, más rápido, que la ventana está abierta —susurró Nevan, dándome la mano para ayudarme a trepar por el marco de madera descolorida.

Entramos en el almacén, que olía a polvo, a cajas de cartón y a azúcar. Había hileras de estanterías gigantes llenas de botes de plástico. Nevan se estiró todo lo que pudo y metió la mano en una de las cajas abiertas, sacando un puñado enorme de nubes de azúcar, regalices rojos y ositos de goma. Los metió todos en su bolsa y me pasó unos cuantos.

—¡Misión cumplida! —celebré en un susurro, dando un pequeño saltito de alegría.

Pero la alegría nos duró muy poco. Justo en ese momento, el crujido pesado de unos zapatos resonó al otro lado de la puerta principal del almacén, acompañado por el tintineo de un manojo de llaves.

—¡Corre! —exclamó Nevan con los ojos como platos.

No nos lo pensamos dos veces. Nevan me agarró de la mano con fuerza y saltamos por la ventana al césped. Empezamos a correr a toda velocidad por el campo de fútbol, con el corazón dándonos vueltas en el pecho, medio asustados por si nos caía una bronca gigante, pero riéndonos a carcajadas mientras el viento nos daba en la cara. No solté su mano ni un solo segundo.

Llegamos sin aire a nuestro escondite habitual: el hueco oculto detrás de las canoas viejas, justo al lado del embarcadero del lago. Nos dejamos caer en el suelo, camuflados por los árboles altos, intentando controlar la respiración mientras nos partíamos de risa por lo que acababamos de hacer.

—¡Ha sido espectacular! —dijo Nevan, sacando el botín de la bolsa y dejándolo sobre una lona limpia—. El monitor no ha tenido ninguna oportunidad contra nosotros. Somos los mejores.

—¡Hemos sido súper listos! —respondí, cogiendo un regaliz rojo y dándole un mordisco que me supo a victoria—. Casi nos pilla por tu culpa, que te has quedado empanao mirando la caja de las gominolas con azúcar.

—¡Eso no es verdad! —se defendió, empujándome con el hombro, con las mejillas coloradas por la carrera.

Mientras lo miraba colocarse el pelo rubio que se le había alborotado por el viento, sentí un calorcito muy tierno en la tripa. A mis nueve años, no sabía qué era el amor, pero tenía muy claro que quería a Nevan más que a nadie en el mundo. Me gustaba que siempre me incluyera en sus planes, que me diera la mano para correr y que hiciera que los días en el campamento fueran una aventura constante. Sabía que, pasara lo que pasara, nunca me aburriría si estaba cerca.

—Oye, Nevan —dije, apoyando la espalda contra la madera de una canoa y mirando el agua brillante del lago—. Cuando seamos mayores de verdad, ¿seguiremos haciendo estas cosas?

—Claro que sí —respondió él sin dudarlo, metiéndose dos ositos de goma en la boca a la vez—. Cuando seamos grandes, compraremos una cabaña gigante y viviremos juntos. Así nadie nos dirá a qué hora tenemos que acostarnos ni cuántas chuches podemos comer.

Se me iluminaron los ojos con la idea. Miré hacia el otro lado del lago, donde estaban las cabañas de los monitores, las que tenían las mejores vistas.

—Ojalá podamos vivir en una de las que están justo delante del lago —deseé en voz alta, abrazándome las piernas—. Para poder ver el agua desde la ventana todos los días.

Nevan dejó de masticar, se me quedó mirando con sus ojos azules muy serios, con esa seguridad tan grande que siempre tenía, y extendió su mano hacia mí, con la palma llena de gominolas de colores.

—Te lo prometo, Aria. Algún día viviremos en una cabaña frente al lago, tú y yo. Y comeremos chucherías a todas horas, ya lo verás. Ningún monitor nos va a prohibir nada.

Sonreí de oreja a oreja y choqué mi mano con la suya para cerrar el trato.

Nos quedamos allí escondidos hasta que empezó a atardecer, compartiendo el azúcar robado y construyendo un futuro perfecto en nuestras cabezas inocentes; un mañana donde el mundo era sencillo, las promesas eran eternas y los sueños no sabían de distancias ni de miedos.

Capítulo 26

Nevan

Siete putos días de arrastrarme por una ciudad que no era la mía, fingiendo que el aire que respiraba no tenía el sabor de la derrota.

Esa semana fue una borrosa sucesión de intentos fallidos por sentirme vivo. Fui a una feria con Elara y Eiden, rodeado de luces de neón y risas que me sonaban a ruido blanco. Ellos, en su burbuja de felicidad, intentaban incluirme, pero yo solo era una sombra. También volví al estudio de Leo. Tatuar era lo único que me devolvía algo de control; el zumbido de la máquina, el olor a desinfectante y la concentración necesaria para no estropear la piel sintética me permitían apagar el cerebro durante unas horas. Estaba mejorando, Leo lo notaba, pero, todo esto, era como ponerle una tirita a una herida de bala.

Una mañana encontré una revista de sociedad en la mesa del salón. Ahí estaba. Aria, sonriendo junto a Ryan Lancaster en una gala de caridad. El titular era un insulto: *La pareja ideal: Aria Morgan y Ryan Lancaster, los futuros pilares de la élite*. Los miré tanto tiempo que la imagen se me quedó grabada en la retina. Ella lucía tan perfecta, tan inalcanzable, tan… triste.

Mi teléfono no dejaba de vibrar. Mi madre, John... llamadas perdidas que se acumulaban como deudas. No tenía fuerzas para sus preguntas, ni para sus decepciones. Estaba harto. Harto de ser el invitado de pega en la vida de Eiden y Elara, harto de ver cómo la vida de Aria seguía su curso mientras yo me quedaba estancado en este limbo.

—Me largo —dije una mañana, soltando la llave del apartamento sobre la mesa.

Eiden y Elara me miraron, no muy sorprendidos. Sabían que mi tiempo aquí se estaba agotando. La despedida fue corta, como me gustaban. Un abrazo fuerte de Elara que intentó decirme que todo iría mejor, un apretón de manos con Eiden que decía que siempre tendría un sitio allí. No necesitaba más.

Metí mis pocas cosas en el coche. Windale me esperaba. Mi rutina, mi caravana, mi vida de mierda. Era un desastre, sí, pero era *mi* desastre. Y al menos allí no tenía que ver fotos de Aria en cada quiosco de prensa.

Encendí el motor y el viejo coche rugió, quejándose como siempre. Me puse en marcha, sintiendo que el peso en el pecho se aligeraba un poco al enfilar la salida de la ciudad. Pero, a medida que las calles de la capital empezaban a quedar atrás, el motor no era el único que se quejaba. Algo dentro de mí empezó a gritar.

«¿De verdad te vas a ir así? ¿Sin despedirte?»

—Joder —mascullé, golpeando el volante.

Traté de convencerme de que era mejor así. Sin despedidas, sin dolor, sin volver a ver esa mirada triste que me rompió hace una semana. Pero cuanto más avanzaba, más me daba cuenta de que huir era una cobardía. Necesitaba verla. Aunque fuera desde lejos, aunque significara arrancarme el corazón del pecho. Tenía que escuchar su voz, ver esos ojos verdes una última vez antes de desaparecer de su órbita para siempre.

El coche se detuvo en un semáforo. Miré el reloj. Ella debería estar en la academia a esta hora, terminando los ensayos.

Sin pensarlo más, giré el volante con una brusquedad que hizo chirriar las ruedas. Cambié de ruta. Aceleré, ignorando el sentido común. Iba a verla. Y, por Dios, que me perdone el destino, pero sería una despedida que ninguno de los dos olvidaría jamás.

La lluvia golpeaba contra las cristaleras de la academia como si quisiera romperlas, pero dentro, el silencio era absoluto. O, al menos, eso parecía hasta que escuché una melodía de piano, lenta y melancólica, filtrándose por el pasillo.

Mis botas dejaban pequeñas manchas de agua en el suelo de madera pulida, un rastro evidente de que no debería estar aquí. Estaba empapado, el agua fría se me metía por el cuello de la sudadera, pero ni siquiera temblaba. Mis pies se movían solos, guiados por el sonido hasta la última sala. La puerta estaba entornada.

Me asomé.

Aria estaba allí. Llevaba un conjunto de danza en tonos rosa pálido que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, el pelo dorado medio recogido con un delicado lazo rosa. No bailaba para un público, ni para su madre, ni para los fotógrafos. Lo hacía para sí misma, o quizás, para exorcizar los demonios que la estaban consumiendo. Sus movimientos eran una poesía desolada: cada salto era una súplica, cada giro una caída al vacío. Se movía con una tristeza tan profunda que me costó tragar saliva.

Me quedé allí, apoyado en el marco, olvidado que estaba mojando el suelo, olvidado que era un intruso.

La admiraba con una intensidad que me quemaba las entrañas. Era preciosa, sí, pero no era su belleza lo que me tenía clavado en el sitio; era su esencia. Estaba ahí, desnudándose a través de la danza, y yo me sentía como un privilegiado por ser testigo de aquello. La quería de una forma que no sabía ni cómo procesar. La necesitaba libre, feliz, y me dolía en el alma ver que, en su propio santuario, seguía pareciendo un pájaro atrapado en una jaula de oro.

La música se desvaneció en un acorde final y se quedó inmóvil, con la cabeza gacha, respirando agitada.

—Es un baile precioso —dije, incapaz de mantenerme en silencio un segundo más.

Aria dio un respingo, girándose sobre sus talones. Sus ojos verdes, grandes y brillantes, se abrieron de par en par al verme. Al ver mi ropa chorreando, mi pelo pegado a la frente y la marca de agua que dejaba a mis pies.

—¿Nevan? —su voz salió ahogada, como si no pudiera creer que fuera real.

—No quería asustarte. Solo… pasaba cerca y quería despedirme. Me voy, Aria. Vuelvo a Windale.

El silencio que siguió fue más pesado que la lluvia. Vi cómo sus hombros, que habían estado tensos desde que me vio, se hundían de repente. Sus ojos se empañaron en cuestión de segundos.

—¿Te vas? —susurró; la voz rota.

—Aquí no tengo nada que hacer —dije, tratando de sonar casual, aunque mi corazón gritaba lo contrario—. Pero no quería irme sin...

No pude terminar. Aria soltó un sollozo, un sonido roto, pequeño, que me destrozó más que cualquier grito. De repente, su compostura se resquebrajó como un espejo. Empezó a llorar, sollozos profundos, violentos.

Se llevó las manos a la cara y se hundió sobre sí misma. Di dos pasos rápidos y la alcancé antes de que sus rodillas tocaran el suelo. La sostuve, la estreché contra mi pecho, protegiéndola de todo lo que había fuera de esas paredes. Ella se agarró a mi sudadera mojada con desesperación, escondiendo la cara en mi cuello mientras su cuerpo temblaba por los espasmos.

—No puedo más, Nevan —balbuceó, sus palabras manchadas de angustia—. No puedo. Lo he intentado, te lo juro que lo he intentado, pero no es suficiente. Nunca es suficiente para ella. Siento que me ahogo, que no tengo aire.

La apreté más fuerte, apoyando mi barbilla sobre su cabeza, cerrando los ojos con fuerza.

—Shhh, tranquila—murmuré, con impotencia.

Acuné su rostro entre las manos. Estaba fría, húmeda por las lágrimas. La obligué a mirarme. Sus ojos verdes, tan preciosos y ahora tan cargados de desolación, me miraron con una vulnerabilidad que no pude soportar. Esos ojos no estaban hechos para llorar por exigencias absurdas; estaban hechos para brillar.

—Mírame, Aria —dije con la voz más firme que pude reunir—. En la gala te dije, y te lo voy a repetir una última vez, no tienes que pedir permiso para respirar. Solo tienes que decir que sí.

Ella jadeó, sus labios temblaban.

—¿Qué…

—Dilo —le pedí, acariciando sus mejillas, borrando el rastro de las lágrimas—. Pídelo y nos vamos ahora mismo. No me importa dónde. Solo tienes que pedirlo.

Su respiración era errática, sus ojos recorrían los míos, buscando una salida, buscando la verdad. Había miedo en ella, un terror a lo desconocido, a perderlo todo. Pero también había algo más: la desesperación de alguien que sabe que, si se queda un segundo más, se romperá por completo.

Sus ojos se cerraron un instante. Cuando los abrió, no había vuelta atrás. Una lágrima resbaló por su mejilla mientras me miraba con una mezcla de pavor y esperanza.

—Si… —su voz fue apenas un susurro—. Por favor, Nevan. Sácame de aquí.

No esperé ni un segundo más. La apreté contra mí sabiendo que, en ese momento, nuestras vidas acababan de cambiar para siempre.

Capítulo 27

Aria

Habían pasado dos horas desde que salimos de la ciudad. El paisaje exterior era una mancha de verdes y grises que se movía a toda velocidad, pero no prestaba atención a la carretera. Estaba demasiado ocupada tratando de procesar el hecho de que mi vida, tal y como la conocía, quedaba atrás.

Nevan no hizo preguntas. Solo condujo, con una determinación que me daba escalofríos. Me llevó a mi apartamento para que hiciera una maleta y cogimos la carretera sin mirar atrás.

Mi teléfono seguía ardiendo en el asiento central. Veinticuatro llamadas perdidas de «Mamá» y un solo mensaje de «Papá». Lo abrí, sintiendo el pinchazo habitual de culpa. Mi padre era el único de mi familia que de verdad me miraba, aunque casi siempre lo hiciera a través de una pantalla de ordenador o desde el otro lado del mundo en sus viajes de negocios.

Espero que estés tomando la decisión correcta, Aria. Solo quiero que seas feliz. Llámame cuando puedas.

Suspiré, sintiendo un nudo en la garganta. Respondí rápido:

Estoy bien. Necesito tiempo, papá. Te quiero.

Bloqueé el teléfono y lo dejé boca abajo, ocultando la pantalla. No quería ver ni una llamada más.

Giré la cabeza para observar a Nevan. Conducía con una mano sobre el volante y la otra apoyada en la ventanilla. Sus nudillos estaban

marcados, su mandíbula tensa, y ese perfil, joder, era imposible no mirarlo. Había algo tan magnético en su forma de moverse, en esa mezcla de caos y seguridad, que me sentía como una imán que por fin había encontrado su polo opuesto.

De repente, Nevan soltó una risa baja, sin apartar la vista del asfalto.

—Si sigues mirándome así vas a hacerme creer que te convencí de que soy un caballero.

Sentí un calor repentino subir por mis mejillas.

—Estoy comprobando el criterio de mi secuestrador —dije, tratando de sonar despreocupada—. Sería una lástima cruzar el mundo con alguien sin sentido de la moda.

Nevan me miró de reojo, con esa media sonrisa arrogante que siempre me desarmaba.

—¿Secuestrador? Bombón, esto es una fuga consentida. Y, por si no te has fijado, mi estilo es bastante impecable teniendo en cuenta que acabamos de salir de una academia elitista en medio de una tormenta de verano.

Solté una carcajada, una de verdad, sin rastro de la etiqueta social que me había ahogado durante toda la vida. La tensión en mi pecho empezó a disiparse, reemplazada por una ligereza que me mareaba. Estar allí, en ese coche viejo, huyendo de todo lo que se suponía que debía ser lo correcto, era la cosa más aterradora y, a la vez, más liberadora que había hecho en mi vida.

—Gracias —murmuré, más seria.

Él levantó una ceja, confundido por el cambio de tono.

—¿Por qué?

—Por verme. Por no intentar cambiarme, por estar aquí, aunque haya intentado apartarte.

Nevan no dijo nada de inmediato. Solo me miró. Y en sus ojos había algo tan real. Tan transparente.

—No sabría cómo cambiarte —murmuró por fin, su voz baja, casi ronca—. Eres la persona más intensa, complicada y fascinante que he conocido. Y aun si pudiera, no querría. Me gustas así, tal y como eres.

Sus palabras golpearon mi pecho con la precisión de un disparo. Me quedé sin aire por la sinceridad cruda que acababa de decir. Por primera vez, alguien no quería pulirme o convertir mi personalidad en una versión más vendible o adecuada. Nevan me quería con mis grietas, con mis miedos y con mi desastre.

Me giré hacia la ventana para ocultar la emoción que me empañaba la vista, pero no pude evitar sonreír. El coche seguía avanzando hacia un destino desconocido pero no me importaba lo más mínimo no saber a dónde íbamos.

Una hora más tarde, el silencio se estaba volviendo demasiado pesado. Nevan conducía con una destreza que me hipnotizaba; sus manos, fuertes, apenas hacían esfuerzo sobre el volante, como si el coche fuera una extensión de su propio cuerpo. La música de la radio era un murmullo lejano de una estación local que perdíamos y recuperábamos cada pocos kilómetros.

Necesitaba romper esa calma, que dejáramos de pensar en el «antes» y empezáramos a existir en el «ahora».

—Esto es aburrido —anuncié, rompiendo el mutismo.

Nevan me miró de reojo, con una ceja arqueada.

—¿Te aburre la libertad, Morgan? Es un concepto nuevo para ti, supongo.

—Cállate. No hablo de eso, si no de que llevamos una hora sin decir una palabra. Juguemos a algo.

—¿A qué quieres jugar?

—Juguemos a «Yo nunca». Es el único juego que se me ocurre al que se puede jugar sin quitar las manos del volante —dije, estirándome en el asiento—. Empiezo yo.

Nevan resopló, pero vi una pequeña curva aparecer en la comisura de sus labios.

—Adelante, bombón. Sorpréndeme.

—Yo nunca... —me quedé pensativa un momento, buscando algo que pudiera ponerle en un aprieto—...he sido expulsado de un sitio por mi comportamiento.

Nevan soltó una carcajada que resonó en el habitáculo del coche.

—¿En serio? ¿Esa es tu mejor baza? Me han expulsado de media docena de bares, del campo de fútbol del instituto y de la oficina de un director de banco. Punto para mí.

—¡Eso no cuenta si lo haces a propósito! —protesté, riendo.

—Las reglas son las reglas. Te toca, y admite tu derrota.

—Vale, vale. Yo nunca... he hecho algo ilegal.

Nevan apretó los labios, fingiendo estar pensativo, aunque sus ojos brillaban con picardía.

—Bueno, técnicamente, ir a ciento cuarenta en una zona de cien cuenta como ilegal, ¿no? Y no me hagas hablar de mis años de adolescencia. Punto para mí también. ¡Esto es una masacre, Aria!

—¡Estás haciendo trampas! —le di un toque en el brazo, sintiendo la dureza de sus músculos bajo la manga —. Vale, te toca a ti.

Nevan se puso serio por un segundo, sus ojos clavados en la carretera, pero sentí cómo bajaba la guardia.

—Vale, mi turno —dijo con voz grave—. Yo nunca he tenido una fantasía tan guarra que me diera vergüenza admitir.

Me quedé en silencio, con la mirada fija en el asfalto. El aire dentro del coche se volvió espeso de golpe. «Joder, qué pregunta». De

todas las cosas que podría haber dicho, tenía que elegir este camino.

—Eso es una chorrada —contesté, tratando de sonar casual, aunque sentí cómo el calor me subía por el cuello como si me estuvieran quemando—. Todo el mundo fantasea, Nevan. No es para tanto.

Nevan soltó una risa corta, sin apartar la vista de la carretera, pero vi cómo apretaba el volante con más fuerza.

—¿Ah, sí? —me miró de reojo, con una sonrisa socarrona—. Pues venga, ilumíname. ¿O es que la bailarina no tiene pensamientos sucios? ¿Te da vergüenza admitir que a veces te apetece algo que no sea tan… protocolario?

Sentí un pinchazo en el estómago. «Si supieras», pensé. Si supiera que me paso las noches leyendo libros que me dejan temblando, imaginando escenas que ni por asomo se parecen a la mierda que viví a los dieciocho años. Aquella primera vez había sido tan desastrosa, tan torpe y tan carente de todo, que desde entonces me había cerrado en banda. Me había convencido de que aquello era «el sexo», una decepción incómoda, y por eso me había refugiado en mis libros y en mi carrera, donde al menos tenía el control.

Pero Nevan me estaba mirando como si pudiera leer toda esa frustración acumulada.

—No tengo nada que decir, Grayson —me crucé de brazos.

Nevan soltó un bufido, esta vez sin pizca de burla.

—¿Te avergüenza? —preguntó, sin rodeos—. Aria, se nota a la legua. A ver, dime: ¿es que eres tan inexperta que te da miedo cagarla o es que en realidad eres una viciosa que no sabe por dónde empezar?

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría, pero a la vez, me hicieron sentir un calor inmenso. Me sentí expuesta, vulnerable y, extrañamente, excitada.

—¿Qué te importa? —logré decir, aunque la voz me temblaba un poco—. No todo el mundo tiene tu «currículum».

—No me importa tu currículum, me importa lo que tienes en la cabeza —respondió, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro ronco—. Sé muy bien que debajo de esa fachada hay alguien que se muere de ganas de experimentar. ¿Me equivoco?

Me mordí el labio, incapaz de mirarlo a los ojos. Tenía razón. Y lo peor es que, por primera vez, no quería que dejara de hurgar. Necesitaba que se diera cuenta que, de una maldita vez, alguien me tratara como si fuera algo más que una muñeca de porcelana que se rompe al primer toque.

—Tal vez —susurré, con el corazón martillando en el pecho—. Pero a lo mejor tampoco sabes cómo tratar a alguien que jamás ha estado en esta situación.

Nevan soltó una carcajada ronca, una que sonaba a pura complicidad.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo el resto de mis dudas se desvanecían. Él no me estaba juzgando; estaba retándome. Y, por primera vez, estaba deseando perder.

Capítulo 28

Nevan

La tensión seguía instalada en el coche, vibrando entre nosotros como un cable a punto de romperse. La conversación sobre sexo me la había puesto tan dura que me dolía y tenía la cabeza dándome mil vueltas. Joder, era fascinante. Saber que esa chica tan reservada, la que siempre cumplía con el protocolo, tenía tanta curiosidad escondida tras esa fachada, me encendía como nada lo había hecho antes. No quería «enseñarle» en plan profesor prepotente; quería que ella misma descubriera lo que era sentirse viva, que se soltara la melena y que, por primera vez, no tuviera miedo de que nadie la juzgara. Me moría de ganas por ser el que la hiciera temblar y le sacara esos gemidos que todavía ni sabía que escucharía.

Pero ahora tenía que concentrarme en la carretera. Estábamos entrando en un camino secundario que apenas se veía entre la maleza. Los árboles eran enormes, cerrándose sobre nosotros como si quisieran ocultar el mundo exterior.

Miré de reojo a Aria. Estaba mirando por la ventana con esa expresión de tranquilidad que había adoptado desde que salimos de la ciudad. No tenía ni idea de a dónde la llevaba, y eso era lo mejor.

Giré el volante a la derecha, metiéndome por un sendero de tierra que conocía mejor que la palma de mi mano. Empecé a notar cómo ella se tensaba a mi lado. Primero, un pequeño fruncimiento en el entrecejo. Luego, su mirada se volvió más rápida, escaneando los árboles, la disposición de las rocas. Entonces, el lago apareció a la derecha, brillando bajo el sol de la tarde.

Vi cómo se enderezaba de golpe. Su respiración se cortó. Miraba a su alrededor con frenesí, conectando todos los puntos y, entonces, sus ojos se encontraron con la vieja entrada de madera, medio devorada por la hiedra.

—No puede ser… —susurró, y antes de que terminara la frase, soltó un chillido de pura emoción que casi me deja sordo—. ¡Nevan! ¡Joder, Nevan, es el campamento! —gritó, volviéndose hacia mí con los ojos iluminados y una sonrisa radiante que no le cabía en la cara.

Su pelo rubio, que llevaba en un moño enmarañado y algo despeinado por el viaje, le daba un aire salvaje que me volvía loco. Tenía las mejillas encendidas no por el frío, sino por la alegría pura, lo que me golpeó el pecho.

Era el campamento. El lugar donde nos conocimos. Doce putos años desde la última vez que pisamos este lugar, el único sitio donde de verdad fuimos nosotros mismos, lejos de las expectativas de nuestras familias, lejos de los «Morgan» y los «Grayson». Aquellos veranos fueron nuestro refugio y, verlo ahora a través de sus ojos, me hizo sentir que, después de todo, habíamos tomado la decisión correcta.

Frené el coche y el motor se apagó, dejando solo el sonido de los pájaros y el viento entre los pinos. Aria me miraba como si le hubiera regalado el mundo entero.

—No me puedo creer que me hayas traído aquí —dijo todavía alucinada, sin atreverse a bajar del coche, como si tuviera miedo de que fuera un espejismo—. Nevan, han pasado siglos. ¿Cómo...? ¿Por qué has venido aquí?

La miré, dejando que la sonrisa se me escapara, esa que solo reservaba para ella.

—Porque es el único sitio donde no necesitas fingir, Aria —respondí, con la voz un poco más ronca de lo que pretendía—. Y porque necesitaba traerte a algún lugar donde pudiéramos empezar de cero.

La tensión sexual del viaje seguía ahí, pero ahora estaba mezclada con algo más profundo, algo de nuestra infancia que nos unía. Aria seguía mirándome con adoración, y yo, bueno, solo quería bajar del coche, rodearlo, abrirle la puerta y ver qué hacíamos ahora que estábamos solos en medio de la nada.

Salí del coche y el aire del bosque me llenó los pulmones. Pero no estaba mirando los pinos, estaba mirandola a ella. Parecía que le habían quitado diez años de encima; estaba radiante dando saltitos como una niña pequeña, con una sonrisa tan genuina y brillante que me hacía daño a la vista. Se movía de un lado a otro, señalando el lago, las viejas barcas, los senderos, absorbiendo cada rincón con una intensidad que me removía algo muy profundo en el pecho.

—¡Nevan, mira eso! ¡Sigue estando el mismo muelle! —exclamó, acercándose a mí y dándome un empujón juguetón en el hombro.

La llevé de la mano hacia recepción. La mujer de la oficina, una señora mayor que apenas levantó la vista de sus papeles, me dedicó una sonrisa cómplice al entregarme las llaves.

—Cinco días —dije, recibiendo el llavero metálico—. Gracias.

Caminamos por el sendero principal, el crujido de las hojas secas bajo nuestras botas era el único sonido. Y ahí estaba: la Cabaña 7. La misma que cuando éramos críos señalábamos con el dedo, soñando con vivir allí para siempre, lejos de los deberes y las cenas aburridas. Era de madera oscura, con un porche pequeño que daba justo a la orilla del lago, donde el agua reflejaba la luz del atardecer como si fuera oro líquido.

Aria se quedó parada delante de la puerta, con las manos juntas sobre el pecho, emocionada.

—No puede ser… Es la cabaña —susurró, girándose hacia mí con los ojos brillando—. Nevan, te has pasado. Es… es perfecta.

—Adelante, entra. Es toda tuya durante cinco días.

Aria empujó la puerta con impaciencia, casi tropezando por las ganas de ver el interior. Yo la seguí, con las manos en los bolsillos, disfrutando de cómo sus ojos escaneaban el salón, la pequeña chimenea y el ventanal. Pero cuando llegamos a la única habitación, su entusiasmo se topó con un muro de realidad.

Se quedó clavada en el centro de la estancia. No había dos habitaciones. Solo había una, dominada por una cama enorme, de madera maciza, que ocupaba casi todo el espacio.

Aria se giró hacia mí, con los ojos como platos y la cara cambiando de color a una velocidad alarmante, pasando del rosa pálido a un rojo intenso.

—¿Nevan? —preguntó, señalando la cama con un dedo tembloroso —. ¿Qué es esto?

Me hice el sorprendido, aunque por dentro me estaba partiendo de risa. Me acerqué a la cama y comprobé el colchón con aire profesional, soltando una risita que, a todas luces, delataba que no me creía ni yo el error.

—Joder —dije, reprimiendo una carcajada—. Ha tenido que ser un error administrativo. Pedí dos habitaciones, te lo juro. Habrán cambiado la asignación a última hora.

Aria seguía inmóvil, con las mejillas ardiendo. Verla tan fuera de juego, tan avergonzada y consciente de la única cama que teníamos delante, era el mejor espectáculo del mundo.

—¿Y ahora qué? —preguntó, con la voz un poco más aguda—. ¿Duermo yo en el suelo o…?

—No seas dramática, Morgan —solté, soltando una carcajada al ver su cara—. Es una cama enorme. Los dos cabemos perfectamente sin tocarnos, a menos que tú decidas lo contrario.

Me acerqué a ella, bajando el tono.

—No te preocupes —dije, guiñándole un ojo—. Si te da corte, te prometo que no miraré cuando te cambies. A no ser, claro, que

quieras que mire. Si no quieres, me quedaré en el porche mirando el lago, aunque me esté perdiendo la mejor vista de todo el campamento.

Aria se puso todavía más roja, si es que eso era posible, y desvió la mirada hacia el suelo, mordiéndose el labio inferior para no sonreír. Podía ver cómo luchaba por mantener la compostura, pero el brillo en sus ojos delataba que, en el fondo, esa situación le parecía mucho más emocionante de lo que quería admitir.

Adoraba verla así. Me moría de ganas por ver cómo gestionaba la noche, sabiendo que en esa habitación, sin nadie que nos juzgara, las reglas del juego las poníamos nosotros.

Capítulo 29

Aria

Cocinamos algo sencillo entre los dos. Bueno, sencillo para mí, que solo tenía que cortar verduras y reírme cuando Nevan hacía comentarios ridículos mientras removía la sartén como si estuviera presentando un programa de cocina. Él lo tenía todo planeado, por supuesto; como si supiera todo lo qué íbamos a necesitar. Pasta, calabacines, tomates cherry, aceite de oliva... y una botella de vino blanco frío, que había mantenido por arte de magia intacta en una pequeña nevera.

—¿También vas a poner velas aromáticas? —bromeé, arqueando una ceja mientras colocaba la tabla de cortar sobre la encimera.

—Solo si prometes que no vas a prender fuego a nada —respondió con esa sonrisa suya que siempre rozaba lo insolente, pero que me empezaba a parecer adorable.

Cocinar con él fue fácil, cómodo, fluido… como si nuestros cuerpos ya se conocieran. Entre empujones suaves, cucharadas robadas de la sartén y risas tontas, ni siquiera sentimos cómo pasaba el tiempo. Me sentía ligera, como si la gravedad fuera menor en su presencia.

Cenamos en el porche, sentados con las piernas recogidas y los platos sobre nuestras rodillas, viendo el reflejo de la luna besar la superficie del lago. El aire era fresco, pero no frío; tenía ese tipo de temperatura que te invita a quedarte, a alargar los silencios, a no querer moverse nunca de allí. Con Nevan, las palabras siempre fluían; no se agotaban. Pasábamos de debates absurdos sobre qué superpoder era más útil, a confesiones silenciosas entre sorbo y

sorbo de vino. Y lo más curioso era que, incluso en los silencios, me sentía en paz. No había presión por parecer más interesante, ni más encantadora. Solo era yo. Sin filtros. Sin guiones.

Y cuando el sueño nos alcanzó, el miedo también volvió, como un eco. Una sola cama. Me repetía que no pasaba nada, que era solo dormir, pero la idea de tenerlo tan cerca, tan tangible, tan... Nevan, me hacía sentir como una adolescente frente a su primer amor de verano.

Me metí en el baño a cambiarme. No tanto por pudor, sino porque necesitaba aire; tenía que recomponerme antes de enfrentar esa situación. Respiré hondo, apoyé las manos en el lavamanos y me miré en el espejo. Tenía las mejillas encendidas y los ojos demasiado brillantes. Y el corazón... joder, parecía un tambor descontrolado.

Cuando salí, sentí que el mundo se me paraba. El aire, el tiempo, todo.

Nevan estaba descalzo y sin camiseta. Era mucho. Demasiado. Su piel bronceada, los tatuajes que parecían constelaciones sin sentido pero que de algún modo contaban una historia; esa que aún no me había contado, pero que empezaba a intuir. Las cicatrices pequeñas, los músculos marcados... Solo él, sin pretensiones.

Me quedé paralizada, como si mi cuerpo no supiera si retroceder o avanzar. Y él, claro, tuvo que moverse. Llevó las manos al elástico de sus pantalones.

—¿Nevan? —mi voz salió aguda, rota por el sobresalto y la ansiedad repentina—. ¿Qué estás haciendo?

Se giró, divertido, con esa ceja levantada de siempre.

—Preparándome para dormir —respondió con calma—. ¿Qué parece que estoy haciendo?

—¿Y siempre duermes… así? —pregunté, sin poder evitar que la mirada me traicionara.

—¿Semidesnudo? —encogió los hombros, casual, como si fuera lo más normal del mundo—. Sí, bombón. Me gusta dormir cómodo.

Cómodo. Claro. Yo no iba a dormir en toda la maldita noche. Me tapé los ojos con una mano, intentando bloquear la imagen.

—¿Nevan, podrías, al menos, dejarte los pantalones puestos?

—¿Por qué? ¿Es que no puedes resistirte? —preguntó con esa voz suave y esa sonrisa que parecía hecha para tentar ángeles.

Aparté la mano, lo justo para fulminarlo con la mirada. Mala decisión. Muy mala. Porque ahí estaba, relajado, con ese cuerpo esculpido por dioses descarados y esa expresión de chico malo con fondo tierno que me tenía desarmada.

—No es eso —mentí, descaradamente—. Es por respeto. Por convivencia básica. Y porque no quiero que tus calzoncillos me saluden a mitad de la noche.

—Mis calzoncillos son bastante educados, te lo aseguro —replicó con sorna—. No saludan a menos que se les hable primero.

Me tapé la cara otra vez, ahora riéndome. No pude evitarlo. El comentario, su tono, su cara de niño satisfecho con la broma, todo era tan ridículo que me rompió la seriedad. Me reí de verdad, una carcajada larga de esas que te doblan el cuerpo y te dejan sin aliento.

—Eres imposible —dije entre risas, intentando recuperar el aliento.

—Y tú encantadora cuando te ríes así —añadió él, más suave.

Esa honestidad, sí que era peligrosa. Me hizo tragar saliva. Porque Nevan sabía muy bien cómo desarmarme, y aun así lo hacía con ternura. Sin apretar. Sin exigir.

—Pero tranquila —continuó, sentándose en el borde de la cama—. No va a pasar nada. A menos que tú quieras, por supuesto.

Esa frase flotó en el aire, con una ligereza engañosa. No era presión; era libertad. Una puerta entreabierta. Y el gesto más tierno que

alguien me había ofrecido en mucho tiempo.

—Buenas noches, Grayson —dije al fin, envolviéndome en la sábana como si fuera una armadura de lino.

Él se rió, se tumbó a mi lado —respetando la distancia, gracias a todos los santos— y apagó la luz. El silencio nos abrazó. No era incómodo, pero sí eléctrico, lleno de todo lo que ninguno de los dos quería decir. Dormir, claro; como si eso fuera posible.

***

Me desperté acurrucada contra él. Sentía su pecho firme bajo mi mejilla y su brazo rodeando mi cintura. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí segura, tanto que que me asustó.

Me incorporé de golpe, con el corazón galopando. Y él, medio dormido, gruñó algo incomprensible.

—¿En serio? —murmuró con voz rasposa—. Estaba cómodo, bombón.

Me cubrí la cara con ambas manos, sintiendo el ardor subir desde mi pecho hasta mis mejillas. Mi mirada bajó, inevitablemente, y se topó con la visión de su torso desnudo: perfecto, marcado, tatuado en desorden pero estético. Y luego, seguí bajando. Error. Error fatal. Mi cara ardió como si alguien me hubiera lanzado a una hoguera. Nevan alzó una ceja al notar mi parálisis visual, siguió mi línea de visión y luego… sonrió.

—¿Vas a seguir mirándola o prefieres saludarla? —preguntó con descaro, riéndose por lo bajo.

—¡Nevan! —protesté, llevándome las manos a la cara—. ¡Joder, no tienes vergüenza!

—¿Qué? Solo digo que… bueno, es natural —se defendió encogiéndose de hombros—. No es personal. Aunque si quieres tomártelo como un halago…

—¡Eres un imbécil!

—Pero uno muy sincero—dijo girándose con calma y poniéndose las manos tras la nuca, como si no acabara de despertar con una erección monumental en mitad de una cama compartida—. Venga, no pongas esa cara. Te juro que si me hubieras dejado cinco minutos más, habría soñado contigo.

—¡Nevan! —exclamé, roja como un tomate.

—¿Qué? ¿Acaso no quieres saber qué hacías en ese sueño?

—¡Voy a hacerte tragar la almohada!

Él rió, pagado de sí mismo, mientras yo me levantaba de la cama en modo emergencia nacional, rezando por una ducha fría o por una ventana por la que lanzarme. Y aun así, aunque mi cara siguiera ardiendo, no podía dejar de sonreír. Porque a pesar de su humor idiota y su total falta de filtro, Nevan Grayson tenía esa jodida habilidad de hacerme sentir más viva que nadie.

Desayunamos tostadas crujientes y un café que estaba buenísimo. ¿Cómo era posible que Nevan Grayson, el rebelde tatuado con pinta de chico malo, hiciera el mejor café que había probado en mi vida? No era normal. Tenía un punto perfecto de amargor, ese aroma profundo y casi adictivo, y estaba tan bien hecho que me dieron ganas de aplaudir.

—Vale, ¿qué le haces al café? —le pregunté, saboreando el último sorbo—. Porque esto no es legal.

Nevan sonrió con aire triunfante mientras mordía su tostada con mantequilla y mermelada.

—Secretos del oficio, bombón —respondió guiñandome un ojo—. Si te lo dijera tendría que matarte.

Rodé los ojos, pero sonreí. Era imposible no hacerlo.

—¿Y qué vamos a hacer hoy, Grayson? —pregunté, mientras terminaba de recoger los platos. Tenía tantas ganas de salir y ver si el lugar seguía siendo tan mágico como recordaba, que apenas podía estar quieta.

Nevan se apoyó contra la encimera, cruzándose de brazos. Esa postura, tan relajada, siempre me ponía nerviosa de la mejor manera posible.

—Lo que tú prefieras. Tú marcas el ritmo —dijo con una sonrisa ladeada—. Podemos dar una vuelta y ver el campamento, saludar a algunos de los profesores veteranos, si es que alguno sigue vivo después de los veranos que les dimos. También ir a la sala de baile o, si tienes mucha energía, podemos hacer una ruta por la montaña. Tú decides.

Me lo pensé un segundo. La montaña sonaba bien, pero la curiosidad por ver el sitio donde pasábamos horas ensayando me ganaba.

—Empecemos por el campamento —decidí, con una sonrisa—. Quiero ver si la sala de baile sigue en pie o si la han convertido en un almacén.

—Hecho. Dame diez minutos para cambiarme.

Me fui a la habitación y me cambié rápido. Hacía un calor infernal, así que elegí una falda corta blanca y un top de tirantes con estampado de flores. Me recogí el pelo en una coleta alta, dejando que mi cuello respirara. Cuando salí, Nevan ya estaba listo.

Se había puesto unos pantalones de chándal cortos en color gris y una camiseta de tirantes blanca. Tan sencilla, pero tan efectiva. Aquella prenda dejaba al descubierto sus brazos, cada uno de sus tatuajes marcados, cada músculo tensándose con el movimiento. Me quedé mirándolo un segundo más de la cuenta, incapaz de apartar la vista de cómo le quedaba todo.

Nevan se dio cuenta al instante. Se giró hacia mí, clavando esos ojos azules en los míos con una suficiencia que me hizo querer desaparecer. Sabía a la perfección lo que me pasaba, el efecto que tenía en mí, y lejos de disimular, se regodeó en ello, dedicándome una sonrisa lenta, llena de intención.

—¿Te gusta lo que ves, Aria? —preguntó con voz baja, divertida.

—Solo me estaba asegurando de que no llevaras manchas de café en la camiseta —mentí, sintiendo cómo el calor me subía a las mejillas.

—Claro, bombón. Lo que tú digas.

Salimos de la cabaña, el impacto del sol y el aire libre fue instantáneo. Caminar por el campamento fue como viajar en el tiempo. Todo estaba, en esencia, igual. Pequeñas diferencias aquí y allá —una valla nueva, unos árboles más grandes—, pero la atmósfera seguía siendo la misma. Se escuchaban los pájaros, el murmullo del viento entre los pinos y, sobre todo, las risas de los niños que corrían de un lado a otro. Era una banda sonora que me resultaba muy familiar, una que creía olvidada.

Nevan caminaba a mi lado, dejando que rozáramos los hombros de vez en cuando.

—¿Te acuerdas de esto? —pregunté, señalando un viejo columpio que seguía ahí, oxidado.

—Cómo olvidarlo. Ahí es donde te caíste intentando hacer una pirueta que no sabías hacer.

—¡No me caí! Fue un aterrizaje forzoso —protesté, riendo.

Caminamos un poco más hasta que llegamos al edificio principal. Era la estructura más grande, el corazón de toda la actividad del campamento. Al entrar, el olor a madera vieja y a resina nos golpeó de lleno. Aquí era donde pasábamos las mañanas. Y ahí estaba la sala de baile, con su puerta entreabierta, esperando como si el tiempo no hubiera pasado por ella.

Hacía años que no la pisaba, pero mis pies parecieron recordar el camino. Las paredes estaban cubiertas por esos espejos manchados que tantas veces habíamos limpiado con la camiseta cuando sudabamos bailando.

Me quedé en el centro de la sala, sintiendo una corriente de nostalgia que me dejó sin aliento. De repente, ya no tenía veintitrés

años.

—¿Te acuerdas? —susurré, mirando hacia la esquina del fondo—. Tenía siete años, iba con tul rosa por todas partes y tantos lazos en el pelo que parecía una tienda de regalos.

Nevan se acercó a mí, caminando despacio por el suelo de madera que crujía bajo sus botas. Se detuvo justo detrás de mí, lo suficientemente cerca para que notara el calor que desprendía su cuerpo.

—Me acuerdo muy bien—dijo bajando la voz—. Yo tenía ocho. Estaba deambulando por el pasillo, buscando algo que romper o con lo que meterme en líos, cuando oí la música. Me asomé a esta misma puerta.

—Te quedaste ahí, tieso como un poste, mirándome mientras intentaba hacer un giro —reí, girándome para mirarlo—. Me diste un susto de muerte.

—No me quedé tieso, Aria. Me quedé embobado —me corrigió con una sonrisa ladina—. Eras un desastre bailando, te caías cada dos por tres, pero joder... fue ver esa maraña de lazos rosas y saber, con ocho años, que me ibas a traer de cabeza.

Sentí un escalofrío. Era raro pensar que alguien había guardado ese recuerdo durante más de doce años, igual que yo guardaba el suyo.

—Pues vaya fijación más rara tuviste —bromeé, aunque mi voz sonó un poco más quebrada de lo que pretendía—. Podías haberte hecho amigo de alguien que supiera bailar en condiciones.

—Ya, pero yo quería de amiga a la de los lazos rosas. Y míranos... —antes de que pudiera responder, una voz potente y ronca retumbó desde la puerta.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si son los dos terremotos que casi queman el comedor en el 2014!

Dimos un salto separándonos un poco y nos giramos hacia la puerta. Allí estaba el profesor Miller, el antiguo instructor de actividades y

alma del campamento, con su silbato colgado al cuello, su gorra desgastada y esa sonrisa de oreja a oreja que no había cambiado ni un ápice.

—¿Profesor Miller? —pregunté, abriendo mucho los ojos.

—¡El mismo, chavalina! —se acercó a nosotros con paso firme y nos dio un abrazo grupal que nos dejó sin aire—. ¡Aria y Nevan! ¡Menuda pareja de pájaros! Hacía años que no os veía el pelo.

Nevan soltó una carcajada y le devolvió el abrazo, dándole un par de palmaditas en la espalda al viejo.

—¿Cómo estás, profe? Ya ve, hemos vuelto a visitar el escenario de nuestros crímenes.

El viejo se apartó y nos miró de arriba abajo con ojos traviesos, deteniéndose en la mano de Nevan, que por un instante había rozado la mía.

—Ya me extrañaba que tardabais mucho en volver —dijo Miller, soltando una carcajada—. Aunque me alegra ver que la cosa cuajó. Me imaginaba que acabaríais juntos desde que os vi aquí, en esta sala, cuando aún no levantabais dos palmos del suelo. ¡Si es que desde críos ya teníais esa conexión!

La cara se me puso del color de un tomate, y no del tipo «sonrojo ligero», sino del tipo «emergencia médica». Nevan, en cambio, se rió a carcajadas, disfrutando de mi sufrimiento.

—No es... —empecé a gesticular, nerviosa—. No somos pareja, es decir, somos amigos. Hemos venido a pasar unos días de relax, nada más.

—Sí, sí, claro —Miller guiñó un ojo, como si supiera un secreto que yo no—. Los amigos no se miran como os miráis vosotros cuando creéis que nadie os observa. ¡No me engañáis, que tengo mucha experiencia viendo florecer romances en este campamento!

Nevan se pasó un brazo por mis hombros, acercándome más a él con total naturalidad, mientras me dedicaba una mirada burlona.

—El profesor Miller es un romántico empedernido, Aria. No le lleves la contraria, que es peor.

—Imbécil —le susurré por lo bajo, apartándole el brazo con un golpe juguetón mientras seguía roja como una cereza.

—¡Lo que digáis, tortolitos! —Miller se dio la vuelta, empezando a caminar hacia la salida—. Os dejo solos, sé que esta sala os trae muchos recuerdos. Pero si rompéis algo, ¡lo paga Nevan, que siempre ha sido el delincuente de los dos!

Se fue riendo por el pasillo, dejándonos solos en el silencio de la sala. Me quedé mirando la puerta, todavía con la cara ardiendo.

—«Tortolitos» —me burlé, imitando su voz—. Genial. Solo faltaba esto para completar el día.

Nevan se acercó de nuevo, apoyándose contra el espejo, y me miró con una chispa de diversión que me ponía muy nerviosa.

—Bueno... —dijo, en voz baja—, al menos el viejo tiene buen ojo, ¿no crees?

Nevan se rió, pero el brillo en sus ojos delató que se estaba divirtiendo demasiado a mi costa. Se separó del espejo y dio un paso hacia mí, invadiendo ese espacio vital que intentaba con desesperación proteger.

—«Buen ojo» —repetí, cruzándome de brazos y levantando la barbilla—. Ese hombre tiene cataratas, Nevan. Es un anciano nostálgico, nada más.

—Claro, lo que tú digas, bombón —dijo imitando mi tono con una sorna que me hirvió la sangre—. Admitámoslo de una vez: has estado coladita por mí desde que tenías siete años. Es un hecho histórico, como la caída del Muro de Berlín.

Sentí que me ahogaba de la indignación, pero él estaba tan cerca que el aire me faltaba por otras razones.

—¿«Coladita»? ¿Qué tienes, doce años? —dije, intentando sonar cortante, aunque un esbozo de sonrisa se me escapaba—. Ni siquiera sabía deletrear «amor» cuando nos conocimos.

Nevan soltó una carcajada ronca, y antes de que pudiera reaccionar, me acorraló con suavidad contra uno de los espejos. No me tocaba, pero sus manos apoyadas en la superficie a ambos lados de mis hombros hacían que me sintiera atrapada en su órbita.

—¿Ah, no? —susurró, inclinándose hasta que nuestras narices estuvieron a centímetros de distancia—. Entonces explícame por qué, con ocho años, me perseguías por todo el campamento cada vez que tenía un minuto libre. O mejor aún... —hizo una pausa dramática, bajando la voz a un tono conspirador—, ¿por qué me suplicabas que cuando fuéramos mayores nos escapáramos juntos a la cabaña del lago? ¿Eh, Aria? ¿Quién proponía planes de pareja viviendo en medio del bosque?

Me quedé helada. Joder, recordaba esa conversación. Teníamos diez años, estábamos sentados en el muelle y, en mi fantasía infantil, Nevan era el único chico que no me aburría mortalmente.

—Eso fue un juego —protesté, sintiendo que el calor me subía por el cuello—. Teníamos diez años. Lo dices como si fuera un contrato vinculante.

—Para mí lo fue —dijo sin rastro de burla ahora, aunque sus ojos seguían destellando malicia—. Desde ese día tuve claro que, si había alguien con quien me iba a esconder en una cabaña del lago, eras tú. Aunque fueras una mandona que me obligaba a bailar.

—¡Yo no te obligaba, te invitaba! —exclamé, aunque al final me salió más como una risita nerviosa—. Y por cierto, tú seguías bailando. No parecías tan infeliz.

—Porque estaba mirando cómo te movías, no porque me gustara el baile —replicó al instante, y ese comentario fue tan directo que me quedé sin respuesta—. Estás nerviosa, Morgan. Se nota en la forma en la que te muerdes el labio inferior. ¿Es porque te das cuenta de que al final el destino te ha traído aquí conmigo?

—O quizás es porque estás siendo un imbécil arrogante y me estás sacando de quicio —mi voz me traicionó y sonó más suave de lo que pretendía.

Nevan sonrió, una expresión de victoria absoluta, y se separó de la pared, rompiendo la tensión física pero dejando el ambiente cargado de electricidad.

—Eso es un «sí» a todo lo que he dicho —rió, empezando a caminar hacia la salida sin mirar atrás—. Venga, «señora de la cabaña», vamos a ver si el resto del campamento sigue igual o si también lo hemos destruido con nuestra presencia.

Me quedé allí un segundo, mirando su espalda mientras se alejaba. Joder. Era imposible enfadarse con él cuando jugaba tan bien sus cartas. Sacudí la cabeza, intentando quitarme esa sonrisa estúpida de la cara, y salí corriendo detrás de él.

—¡Eh, Grayson! ¡Ni se te ocurra volver a decir eso de «coladita»!

Él ni siquiera se giró, solo levantó la mano en señal de despedida, disfrutando de su victoria. Estaba segura que iba a ser un día muy largo.

Capítulo 30

Nevan

Fue un día increíble. De esos que se te quedan grabados por la estupidez de las risas y la forma en que el aire te llena los pulmones. Aria estaba radiante; esa energía, esa chispa de vida que le vi, era como ver una luz que llevaba años eclipsada.

El sol ya se había escondido cuando volvimos a la cabaña. El cielo se apagaba despacio, tiñéndose de un azul profundo mientras las últimas franjas de luz se colaban entre los árboles como suspiros de fuego. Cenamos algo sencillo, improvisado en la diminuta cocina con más risas que ingredientes, y acabamos agotados. Ahora, con la noche entrando por la ventana abierta, me encontraba tirado en una de las sillas del porche, jugando con la costura rota de mi sudadera mientras el murmullo del lago llegaba de fondo.

Entonces, la puerta chirrió detrás de mí. Y ahí estaba ella.

Aria Morgan, recién salida de la ducha, con el pelo aún húmedo y algunos mechones pegados por el cuello. Llevaba un pijama muy sencillo: unos shorts diminutos de tela fina que dejaban a la vista esas piernas de infarto y una camiseta de tirantes blanca que apenas cubría el sujetador deportivo. Todo en ella gritaba una inocencia provocadora, sin que ni siquiera se diera cuenta.

Tragué saliva, sintiendo cómo se me secaba la garganta. No era solo deseo; era una mezcla enloquecedora de ternura y una necesidad física que me invadía cada vez que la veía así: desarmada, relajada. Como si el universo se divirtiera poniéndola frente a mí para ver cuánto aguantaba sin hacer algo al respecto.

Se acercó en silencio, con una taza entre las manos y los pies descalzos se dejó caer en la silla de al lado con un suspiro largo. Su olor, esa mezcla de jabón neutro, vainilla y algo a lo que ya me había hecho adicto, flotaba en el aire entre nosotros.

—¿Ya estás mejor? —pregunté, intentando que mi voz sonara natural, aunque noté ese punto áspero que siempre me sale cuando la tenía cerca.

—Mucho —respondió, cerrando los ojos un segundo—. Me había olvidado de lo que era ducharse sin pensar en nada. Solo… sentir el agua y ya.

Asentí. Me pasaba lo mismo. Me había olvidado de lo que era verla sin ese escudo. Sin los focos, sin el peso del mundo sobre los hombros. Solo ella, con las piernas cruzadas y una taza humeante entre los dedos.

—¿Qué? —preguntó al notar mi mirada.

Negué con la cabeza, sonriendo un poco.

—Nada. Solo… te ves bien.

Ella se rió, bajando la mirada y mordiéndose el labio. Joder. Ese gesto fue un golpe directo al pecho. Nos quedamos en silencio; uno denso, lleno de palabras que se quedaban en la punta de la lengua. Yo sabía lo que sentía, pero ponerle nombre era peligroso. Si lo etiquetaba, podría romperse. Y ella era lo único real que tenía últimamente.

—Coge el bañador —dije sin pensármelo dos veces.

Ella parpadeó, girando el rostro hacia mí, confundida.

—¿Qué?

—Vamos al lago —repetí con una sonrisa torcida—. Ahora mismo.

—¿Nevan… en serio? ¿Ahora?

—Sí. Recuerdo que siempre querías bañarte de noche cuando éramos niños. Bueno, bombón, ahora no hay monitores vigilando ni

reglas que romper. Ahora hacemos lo que nos dé la gana.

Me miró como si no supiera si besarme o mandarme a paseo, pero luego sonrió.

—Estás loco.

—Solo por ti. Anda, ve a por el bañador. Te prometo que esta vez no hay ranas. Creo.

La vi levantarse y caminar adentro. Mientras se alejaba, pensé que no sabía cuánto tiempo iba a durar esto, pero joder, iba a pelear por cada segundo. Porque ella era lo más parecido a un hogar que había tenido en toda mi vida.

Poco después, la puerta se abrió de par en par, y tuve que contenerme para no caerme de la silla.

Aria salió envuelta en penumbra. Llevaba un bikini rosa claro, diminuto, que parecía diseñado con la única intención de provocarme un infarto. El top apenas cubría lo justo, dejando al aire esa clavícula que me volvía loco. Los lazos del bikini estaban atados flojos; su piel, luminosa y salpicada de pecas, brillaba bajo la luz de la luna, y sus piernas… joder, no podía dejar de mirarla.

No intenté disimular. La recorrí de arriba abajo, con el deseo y la ternura luchando dentro de mí como dos lobos hambrientos.

—Joder, bombón —murmuré, sin filtro alguno.

Ella se puso roja al instante, cruzándose de brazos sobre el pecho con una expresión entre la vergüenza y el instinto asesino.

—Eres un pervertido.

—Puede —admití encogiéndome de hombros—. Pero… el que llegue el último al lago hace la cena mañana.

Sin darle tiempo a responder, salí disparado por el sendero, descalzo, riéndome como un crío.

—¡Eh! ¡Eso es trampa, Grayson! ¡No estaba preparada! —gritó detrás de mí, entre risas.

—¡Excusas! —le grité por encima del hombro.

Escuchar su risa mezclada con el viento nocturno y sentir el latido acelerado de mi corazón fue la confirmación de que estaba metido hasta el fondo. Y no pensaba salir de ahí.

Capítulo 31

Aria

El agua del lago estaba más templada de lo que recordaba, como si la noche entera decidiera abrazarnos en lugar de rechazarnos. Nevan ya estaba dentro, claro. Haciendo trampa, como siempre. Se lanzó al lago con ese grito de guerra suyo, espantando a media fauna local y salpicando con una alegría tan infantil que me dolió el pecho.

Yo lo seguí más despacio, intentando ignorar cómo mi cuerpo reaccionaba desde que se había quitado la camiseta. Pero en cuanto el agua me cubrió hasta las caderas, mi cerebro dejó de funcionar como debía. El frescor me ayudó a calmar el vértigo, pero no a apagar la electricidad que chispeaba bajo mi piel. Era esa intensidad con la que me miraba, sin vergüenza, como si no le importara que lo pillara observándome.

Una parte de mí quería esa atención, que me deseara de esa forma tan descarnada. Pero por otra parte, la que todavía guardaba los restos de mi vida en Los Ángeles, temblaba. Porque yo también lo deseaba y eso era lo que más miedo me daba.

Le lancé un buen chorro de agua, más por la necesidad de controlar la situación que por jugar. Su cara de sorpresa fue tan perfecta que no pude evitar soltar una carcajada; una de esas que salen desde lo más hondo, donde por un instante me olvidé del apellido Morgan, de los focos, de las expectativas…

Pero no se quedó quieto. Se lanzó hacia mí como una criatura del lago, un depredador encantador con los brazos tatuados, y me

atrapó entre risas, salpicaduras y cosquillas. Me sostuvo en brazos y me lanzó al agua como si no pesara nada. Grité, reí, luché por respirar. Por un momento, fui libre.

—¡Nevan, no! —grité cuando lo vi acercarse otra vez con esa mirada peligrosa.

—Muy tarde, bombón —dijo justo antes de engancharme por la cintura y girarme en el agua, haciendo que mis piernas se enredaran con las suyas sin querer.

Entonces ocurrió. Mis piernas quedaron atrapadas contra su cuerpo, sus manos se clavaron en mi cintura y el juego cambió de golpe. Nos quedamos quietos, suspendidos en ese segundo interminable. Su respiración acariciaba mi rostro. Sus ojos, fijos en los míos, estaban llenos de algo que no supe descifrar al principio. Era deseo, sí, pero también ternura.

Su boca estaba a centímetros. Mis labios, entreabiertos. El agua nos rodeaba, pero el calor no venía del lago; venía de él, de su piel, de esa forma suya de mirarme como si pudiera desnudarme el alma. Mis labios rozaron los suyos. Un suspiro de distancia. Sentí cómo su pecho subía y bajaba, cómo la tensión vibraba en el aire como una cuerda a punto de romperse.

—Esto es una mala idea —murmuré, con la voz apenas audible.

Él no se apartó. Solo me sostuvo más cerca, como si entendiera que yo estaba atrapada entre lo que quería y lo que temía.

—Entonces apártate, Aria —susurró con la voz ronca, cargada de fuego contenido.

No lo hice. No podía. Porque lo quería. Porque mi cuerpo ya se había rendido, aunque mi mente gritara que retrocediera. Estar así, con él, bajo esa luna, era como volver a una casa que nunca había tenido.

—Joder… —murmuró Nevan, con voz rasgada—. No tienes ni idea de lo difícil que es no besarte ahora mismo.

Sus palabras me atravesaron como fuego líquido. Sentí cómo me temblaban los muslos bajo el agua, cómo mi cuerpo se tensaba en una súplica silenciosa.

—Pues hazlo —dije sorprendida de que las palabras escaparan de mis labios sin permiso de mi cerebro.

Nevan cerró los ojos un segundo. Al abrirlos, su mirada era puro deseo, parecía hasta dolorido.

—No —dijo con una sonrisa suave—. No así. No cuando estás temblando porque sabes que quieres y no sabes si deberías. Quiero que me beses porque te mueres por hacerlo. Cuando ya no te importe que sea buena o mala idea. Porque estés a punto de arder.

Mi pecho subía y bajaba rápido.

—¿Y tú? —pregunté, con un hilo de voz—. ¿Estás ardiendo?

Nevan soltó una risa grave, cargada de intención.

—Aria… —susurró mi nombre como una promesa mientras su pulgar acariciaba mi piel bajo el agua—. Estoy hecho cenizas desde que volviste a entrar en mi vida.

Me rendí. Me lancé. Lo besé.

Su boca atrapó la mía con una voracidad que no pedía permiso. Era hambre, necesidad; fue todo lo que habíamos callado hecho carne. Su mano me sostuvo firme por la cintura mientras la otra se enredó en mi pelo, guiándome. Por un momento, fui suya. El mundo se redujo a su lengua, a sus gemidos roncos, a mi cuerpo temblando contra el suyo. Sentí cómo sus dedos se clavaban en mi piel, cómo mis piernas se apretaban contra las suyas buscando más.

Y eso fue lo que me asustó. Porque no era solo deseo, era algo más profundo.

Cuando me separé, sentí el vacío al instante. El miedo volvió, el pensamiento de que algo tan perfecto no podía ser para mí. Me alejé, sintiendo que su ausencia pesaba más que su cuerpo.

—¿Estás bien, bombón? —preguntó Nevan, con una preocupación que me arañó por dentro.

Lo miré. Sus ojos eran puro calor y ternura, y eso me rompió un poco más.

—Sí. No. Joder, no lo sé —dije, con la voz rota por la confusión—. Necesito… necesito salir de aquí.

Caminé hacia la orilla con el corazón desbocado. Al salir, me abracé a mí misma, sintiendo el aire frío como una despedida. Entonces llegaron los pensamientos, como cuchillas. ¿Qué pasaría si me enamoraba de él? ¿Y si no se quedaba? ¿Y si solo era otra historia bonita que terminaría en nada?

Pero Nevan no me presionó ni me exigió. Solo vino a mi lado, despacio, como si supiera que mi estabilidad mental pendía de un hilo.

—Aria —dijo mi nombre como una oración—. Háblame.

Mis pensamientos iban a mil por hora. No quería arrastrar a Nevan a mi mundo, meterlo en ese laberinto de presión, de focos, de rumores, de expectativas imposibles. Dudaba mucho que él deseara vivir así, atrapado en las falsas apariencias. Y además, él tenía su vida en Windale, y yo la mía en Los Ángeles. ¿Cómo diablos íbamos a hacer que esto funcionara? Podía decirlo. Debería dejarlo salir. Pero, si lo hacía real, ya no podría esconderme detrás de «solo fue un beso». Nevan me tomó el rostro con ambas manos. Me tocó como nadie me había tocado nunca, como si no fuera un trofeo ni una carga. Como si solo fuera yo.

—No es nada —mentí, con la voz débil.

—Aria —murmuró, su voz ronca y baja—. No te escondas. No huyas. Y mucho menos de mí.

—Yo… —intenté decir, pero las palabras se quedaron atascadas—. No lo sé, Nevan.

Él me miró en silencio, tratando de entenderme.

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer —dijo al fin, tan firme y honesto que me dejó como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies—. Es evidente que me atraes. Muchísimo, bombón. Y créeme, si fuera por mí, ahí dentro ya hubieras perdido ese conjunto rosa y yo, la cabeza.

Me ardieron las mejillas. Sentí ese pulso cálido, esa electricidad que él sabía bien que provocaba en mí. Nevan sonrió de lado, lento, atrevido. Su mirada era puro deseo. Lo deseaba, tanto que dolía y, por eso, me quedé callada. Si hablaba, me lanzaría al vacío.

Nevan lo notó en mi suspiro. Retiró las manos de mi rostro con suavidad, sin reproches. Pero entonces, como si supiera que estaba al borde del colapso, tomó mi mano con calma, entrelazando sus dedos con los míos.

—Ven. Vamos a mirar las estrellas —murmuró—. Como cuando éramos críos, ¿te acuerdas?

Asentí. No dije nada. Solo lo seguí. Porque si algo sabía de Nevan, era que siempre sabía cuándo frenar. Y esta vez, me había salvado de mí misma.

Cuando llegamos al claro, el cielo ya estaba teñido de un azul profundo casi negro, con las primeras estrellas salpicando la inmensidad con una luz fría y distante. El aire olía a pino, a tierra húmeda y a ese silencio que, lejos de asustar, envolvía. Era el tipo de lugar donde uno podía respirar sin sentir que el pecho iba a estallar. Y, por alguna razón, estar allí con él lo hacía todo más real.

Nevan se dejó caer sobre la hierba con esa soltura que le caracterizaba, dando un par de palmaditas en el suelo a su lado, como si hubiera esperado ese momento toda su vida. Me mordí el labio, dudando un segundo, antes de extender mi toalla y tumbarme junto a él. El frescor del suelo me recorrió la espalda a través de la tela fina del bañador.

Podía sentir su presencia a escasos centímetros, como una llamarada silenciosa. Estaba tan cerca que podía percibir el rastro de su gel, de la noche, de él. Me daba miedo mirarlo de frente, porque sabía que si lo hacía, me perdería otra vez en ese abismo que eran sus ojos.

—¿Sabes? —dijo de pronto con la voz más baja de lo habitual, casi como si temiera romper la calma—. Siempre me ha gustado mirar las estrellas.

Giré la cabeza con cautela. Él seguía mirando hacia arriba, con el perfil marcado contra la oscuridad. Eso me dio una tregua para observarlo sin filtros. Su expresión era tranquila, pero en su mandíbula apretada había una tensión que no cuadraba con la serenidad de sus palabras.

—Cuando me siento perdido... como si no supiera a dónde ir —continuó—, me tumbo en un lugar como este y finjo que todo está bien. Solo por un rato. Como si ahí arriba, en ese caos brillante, hubiera una respuesta para todo.

Sentí que algo se removía dentro de mí. Una ternura amarga. Porque Nevan, con toda su fachada de chico invencible, estaba confesando algo que solo los que han tenido que sobrevivir entienden: a veces, el mundo es demasiado grande para saber qué hacer con él.

—De niño, odiaba sentirme débil —añadió tras una pausa. Su voz era apenas un susurro que el viento se habría llevado de no haber estado yo tan cerca—. Mi padre era de esos hombres que creen que la fuerza se demuestra con gritos o con golpes. Pensaba que si me dolía, aprendería más rápido, que si no lloraba, me haría hombre.

Cada palabra era una piedra. Pesada. Dolorosa. De esas que no deberían tener lugar en la infancia de nadie.

—Así que aprendí a fingir que no me afectaba. Que me daba igual. Me convencí de que, si nadie me conocía del todo, nadie podría hacerme daño.

Quería abrazarlo, atravesar esa barrera de hielo y acero que se había construido y decirle que ya no estaba solo, que nadie volvería a lastimarlo. Pero sabía que eso no era lo que necesitaba. Nevan tenía que ser escuchado.

—Me prometí que nunca más volvería a sentirme así. Tan insignificante. Tan invisible —susurró.

Me giré, con el corazón apretado. Vi su rostro a contraluz. Sus ojos seguían fijos en el cielo, pero ya no lo veían, estaban atrapados en otro tiempo, en otra casa, en una versión más rota de sí mismo.

—Nevan… —susurré. Él giró el rostro hacia mí, con esos ojos azules brillando bajo la luz de las estrellas—. Nadie puede hacerte daño si no lo permites —dije, me sorprendió la firmeza de mi propia voz—. Pero tampoco pueden quererte si no los dejas acercarse.

Al fin me miró. Y en sus ojos había miedo, cansancio, una tristeza antigua. Pero también una chispa. Esperanza. Suspiró y volvió a alzar la vista al cielo.

—Hace muy poco que he oído esa frase —murmuró.

—¿De quién?

—Gus, un tipo de Windale. Lo conozco desde que era pequeño. Ha pasado por el infierno, Aria. Y aun así, sigue sonriendo, creyendo. El cabrón hasta se enamoró —dijo con una mezcla de incredulidad y respeto—. Y no entiendo cómo lo hace. Cómo se deja ver por alguien. Cómo permite que lo conozcan entero, con todo lo jodido que está por dentro.

Lo miré con el corazón latiendome en la garganta. No hablaba solo de Gus, si no de sí mismo. Y, de alguna forma, de nosotros. Estiré la mano con cuidado y la puse sobre la suya. No dijo nada, pero giró la mano y entrelazó nuestros dedos. Su pulgar comenzó a acariciar mi muñeca, como si ese contacto pudiera apaciguar la tormenta.

—A mí también me da miedo —confesé—. Porque si te ven, pueden romperte.

—¿Y tú? —susurró—. ¿Te sientes rota?

Tragué saliva y asentí. Solo una vez. Y fue suficiente. Él lo entendió. Lo sentí en la presión de su mano, en la forma en que me sostenía, como si fuera de cristal.

—¿Sabes qué me da más miedo de todo eso? —preguntó, conteniendo el aire.

Lo miré, esperando.

—Volver a perderte, Aria Morgan. No soportaría volver a perderte.

El corazón me dio un vuelco. No solo por sus palabras, si no por todo lo que implicaban. Yo tampoco quería perderlo. Nunca. Nevan era mi persona; lo sabía desde que éramos niños. Era quien encajaba conmigo aunque no tuviera sentido alguno. El que me veía incluso cuando intentaba desaparecer. Y, por primera vez en mi vida, deseé ser esa persona para él. No por imagen, ni por obligación, si no porque se lo merecía.

—Yo tampoco quiero perderte, Nevan Grayson —susurré.

Y cuando creía que eso era todo, él soltó la última pieza.

—Te busqué.

Me giré, atónita.

—¿Qué?

—El otro día me dijiste que en esos doce años no te había buscado; que no aparecí. No dije nada porque no sabía cómo explicarlo. Pero no es verdad.

Me quedé helada, sin saber muy bien qué decir, así que lo deje continuar.

—Sí que te busqué, Aria —su mirada se clavó en la mía, intensa—. Te encontré. Claro que lo hice. No fue difícil. Bailabas en todos lados. Portadas, entrevistas, anuncios… parecías feliz. Imparable —su voz se quebró al final, una pizca de resignación—. Pensé que lo habías logrando todo. Que estabas donde querías estar. Y yo… yo

solo era un chaval de Windale con más traumas que certezas. Nunca pensé que fuera a hacerte ilusión volver a verme. Pensé que solo sería un estorbo.

Mi garganta ardía. Nevan me había visto. Me había encontrado. Y se había alejado creyendo que era lo mejor para mí. Y yo, mientras tanto, creyendo que me había olvidado.

Me incorporé sin soltar su mano, y me giré para quedar de lado, frente a él.

—Te equivocabas —murmuré, firme—. Nunca hubieras sido un estorbo para mí. Nunca.

Él no dijo nada, pero su mandíbula se tensó. Continué, porque necesitaba que supiera la verdad.

—Durante años, te esperé —admití, sintiendo el escozor en los ojos —. Los primeros años fueron los peores. No entendía por qué no volvías a por mí. Y luego, intenté convencerme de que solo fue una historia de verano. Que lo había magnificado. Que habían sido cosas de críos.

Me encogí de hombros con una sonrisa rota.

—Pero nunca dejé de pensar en ti, Nevan. Aunque me dijera que ya no importaba. Aunque aprendiera a vivir sin ti… nunca dejé de pensar en ti.

Él cerró los ojos, como si mis palabras fueran un golpe y a la vez una caricia. Cuando los abrió, me miró como si acabara de romperlo y sanarlo al mismo tiempo. No hacían falta palabras, pero ambos sabíamos que nos debíamos la verdad, todo lo que habíamos callado.

Nevan Grayson nunca había sido un recuerdo pasajero. Había sido el eco constante en todo lo que había hecho desde que tenía doce años.

Capítulo 32

Aria

Apoyé las manos en la pared fría de la ducha y dejé que el agua, helada y cortante, me cayera con fuerza sobre la cabeza, intentando borrar lo imposible: la imagen de Nevan. Su cuerpo firme contra el mío, sus manos ancladas en mi cintura, su aliento caliente rozando mis labios. Y sus palabras, grabadas a fuego en mi memoria: *«Estoy hecho cenizas desde que volviste»*.

Nunca nadie me había dicho algo así. Y lo peor, lo que de verdad me aterraba, era que yo sentía lo mismo. Desde que Nevan había reaparecido, el suelo bajo mis pies había dejado de ser sólido.

Lo deseaba con una urgencia que me quemaba. Necesitaba que me tocara, que me recorriera con esas manos grandes y seguras, que me besara hasta dejarme sin aliento. Quería rendirme, quería olvidar todos mis miedos y dejar que me quitara la toalla con los dientes, sin preguntas. Pero la situación no era tan simple. No podía permitirme ser otra herida en su lista. Ni dejar que él lo fuera en la mía.

Tragué saliva, sintiendo el corazón pesado, una sensación casi dolorosa. El deseo chocaba contra la incertidumbre. No quería hacerle daño, y mucho menos salir de esto rota otra vez. Pero, ¿cómo se le dice que no a algo que el alma pide a gritos?

Suspiré, apagando el agua con un gesto brusco. Cerré los ojos, intentando recomponerme. Extendí una mano fuera de la ducha, palpando el aire con torpeza en busca de la toalla, pero solo encontré el vacío.

Abrí los ojos de golpe.

—No. No, no, no… —murmuré, entrando en pánico.

Miré alrededor. Nada. La toalla no estaba. Me la dejé olvidada en mi estúpida carrera por escapar de todo. Respiré hondo, tratando de bajar las pulsaciones.

—Vale, Aria, respira. No es el fin del mundo —me dije, tratando de convencerme.

Justo entonces, como si el universo tuviera un sentido del humor retorcido, su voz resonó al otro lado de la puerta, grave y burlona.

—¿Bombón? ¿Estás bien ahí dentro o te has ahogado?

Me tragué un grito de pura vergüenza y contesté lo más rápido que pude:

—¡Estoy bien!

—Hmm… no suenas bien —insistió, y pude imaginarme la sonrisa que torcía sus labios—. ¿Te has resbalado? ¿Te has quedado atrapada con la cortina? ¿Necesitas asistencia médica o solo emocional?

Apreté los ojos, mordiéndome el labio para no gritarle que dejara de ser tan… él. Esa voz, ese tono, esa facilidad para meter el dedo en la llaga.

—Me he dejado la toalla fuera —confesé al final, con un hilo de voz.

Hubo un silencio. Y luego, su risa; profunda, ronca, que en cualquier otro momento me habría hecho sonreír, pero que ahora solo encendía mis mejillas.

—¿Que te has dejado qué? —repitió, divertido, saboreando cada palabra.

—Nevan… pásamela y ya —gruñí, cruzando los brazos sobre el pecho, aunque no sirviera de nada.

—Ay, bombón —suspiró él, cargado de ironía—. Esto es mejor que una peli de domingo.

Me quería morir. No podía verlo, pero sabía que tenía esa sonrisita de cabrón dibujada en la cara.

—No me hagas suplicar, Nevan —advertí, ya sin paciencia.

—Mmm… no sé, me gusta esta situación —hizo una pausa, dándole tiempo a la imaginación—. Tú desnuda, atrapada en la ducha, dependiendo de mí… Es un gran día.

—Nevan —le corté con tono de advertencia.

—Vale, vale, no te pongas gruñona.

Lo escuché moverse, sus pasos resonaron en la madera, y después escuché un suave golpe en la puerta.

—Voy a entrar —anunció.

Mi corazón se paró en seco.

—¡No, no, no! —exclamé, entrando en pánico—. ¡Solo pásala por un lado de la puerta!

—¿Por qué? —preguntó él, con una falsa inocencia que me sacaba de quicio—. No voy a mirar.

Mis mejillas ardieron. Me crucé de brazos, moviendo los pies nerviosa.

—Nevan…

—Prometo que seré un caballero —aseguró, aunque no le creí ni una palabra—. O lo intentaré con todas mis fuerzas.

La puerta se abrió con cuidado. Lo vi entrar con una mano tapándose los ojos, el otro brazo estirado hacia mí, sosteniendo la toalla con dos dedos como si fuera un trofeo.

Ahí estaba. Nevan Grayson, medio desnudo, con los pantalones colgando bajos y la piel salpicada de tinta. Mi boca se secó al instante. Su torso era puro pecado y mis ojos, traicioneros, no

tuvieron piedad. Sus músculos estaban tensos, su piel húmeda por la noche, su mandíbula apretada.

Extendí la mano con rapidez, agarré la toalla y me envolví con ella como si fuera un salvavidas.

—Ya está —dije tratando de sonar distante—. Puedes irte.

Nevan bajó la mano. Me miró, y su sonrisa burlona se desvaneció al instante. Me vio de verdad, como si se le hubiera olvidado cómo fingir. Como si mi cuerpo envuelto en esa simple toalla fuera lo más hipnotizante del planeta. Sus pupilas se dilataron, su mandíbula se tensó aún más. Su lengua asomó un segundo para humedecer sus labios y, entonces, me quemó. No con palabras, sino con esa mirada: una cargada de intención, como si quisiera desnudarme centímetro a centímetro.

—Aria… —murmuró, su voz baja, quebrada, cargada de electricidad.

Me temblaron las piernas. Ese tono lo conocía: decía «te quiero encima de mí» sin necesidad de usar palabras. Mi centro palpitó. El aliento se me quedó atrapado en la garganta. Por un segundo, solo uno, pensé en soltar la toalla, en dar un paso, en besarle hasta borrar tanto miedo; hasta hacerle entender que, aunque me muriera de pánico, quería intentarlo.

Pero entonces, él cerró los ojos y dio un paso atrás, obligándose a romper el contacto.

—Joder —gruñó, una maldición que sonó a lucha interna.

Yo, envuelta en esa toalla, empapada y vulnerable, sentí que me partía un poco más por dentro. Lo deseaba tanto… Pero el miedo a que no hubiera vuelta atrás era una cadena demasiado pesada.

Su pecho subía y bajaba con fuerza, sus facciones endurecidas por la contención. Sin decir nada más, dio otro paso atrás, rápido, cortante, definitivo.

—Vístete, bombón —ordenó con voz ronca.

Antes de que pudiera responder, salió del baño y cerró la puerta tras él. Me quedé allí, inmóvil, sintiendo cómo mis piernas flaqueaban y mi corazón latía contra mis costillas, pidiendo a gritos que no se hubiera ido.

Joder. ¿Qué coño acababa de pasar?

Salí del baño, envuelta en la toalla, con el agua aún resbalando por mi piel, no podía aguantar aquello ni un segundo más. El aire en la habitación parecía haberse vuelto denso, cargado de estática. Cuando entré, mis ojos fueron directos a Nevan. Estaba sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cubriéndose el rostro, como si estuviera desesperado, luchando contra sus propios instintos.

Entonces, como si sintiera mi presencia, levantó la cabeza. Su mirada azul me atrapó al instante, recorriéndome de arriba abajo con una intensidad que casi me hizo tropezar. Se detuvo en mi cuello, en mis clavículas expuestas, bajando despacio hasta el nudo de la toalla, estudiando mi piel húmeda aún brillante por el agua. Su mandíbula se tensó hasta marcarse, sus ojos se oscurecieron y, por una milésima de segundo, vi un hambre cruda y primitiva reflejada en ellos. Pero, con un suspiro pesado, desvió la vista.

—Aria no juegues conmigo, cariño —dijo. Su voz salió profunda, tensa—. Estoy intentando ser un caballero pero soy humano, ¿vale?

Su confesión hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. No quería más autocontrol. No con él. Me acerqué un paso más, con la respiración contenida, mis ojos clavados en los suyos. La necesidad era casi tangible; un hilo invisible que nos unía y que tiraba con fuerza de nosotros. Necesitaba tocarlo, besarlo. Sentirlo.

—Sé que he huído, Nevan —murmuré, tragando saliva mientras mi corazón martilleaba en mi pecho—. Lo sé, y joder… lo siento.

Su expresión se suavizó un poco, pero su mirada seguía ardiendo con una intensidad que me desarmaba.

—La mayor parte del tiempo ni siquiera sé qué pasa por mi cabeza —admití sintiéndome vulnerable.

Me detuve justo frente a él. Nevan se levantó, lento, imponente; su mano voló a mi mejilla con una suavidad que contrastaba con la tensión del ambiente. Su pulgar acarició mi piel en una caricia distraída que hizo que el aliento se me atascara en la garganta.

—Es evidente que me atraes —dije, mis palabras salieron temblorosas, pero firmes—. Y es evidente que te pasa lo mismo.

Nevan esbozó una sonrisa de lado, ladeando la cabeza con esa chispa de burla que siempre me ponía en guardia.

—¿No me digas? —preguntó con suficiencia—. ¿Te atraigo, bombón?

Entrecerré los ojos, intentando parecer intimidante, aunque sabía que mi sonrisa me delataba.

—Nevan... —protesté, sintiendo cómo el calor me subía por las mejillas.

—Vale, vale, continúa tu discurso, cariño —contestó volviendo a ponerse serio.

Solté un suspiro pesado, intentando reunir el valor suficiente para decir lo que de verdad tenía que explicar. Mi corazón latía a mil por hora.

—Lo que iba a decir es... —hice una pausa, tragándome la duda, el miedo— que no tenemos que hacerlo complicado.

Nevan frunció el ceño, confundido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Inspiré profundamente.

—Joder, quiero besarte, Nevan —confesé, y sus ojos brillaron con algo peligroso—. Necesito besarte. Necesito más. Pero sin compromisos —seguí, sintiendo cómo mi pulso martilleaba en mis oídos—. Sin complicaciones.

Él no apartó la mirada, se mantuvo expectante, analizando cada una de mis palabras.

—Tengo demasiadas cosas en mi vida que no sé cómo arreglar para complicarla aún más —expliqué. Nevan me miró con mucha atención, como si buscara la verdad oculta—. Pero ya no puedo seguir fingiendo que no quiero tus labios sobre los míos, tus manos tocándome… —mi voz se volvió más suave, casi un susurro—. Así que por favor...

No llegué más lejos. En el segundo en el que las palabras escaparon de mi boca, los labios de Nevan aplastaron los míos. Fue un beso hambriento, voraz. Y yo respondí a ello como si mi vida dependiera de ese contacto.

Nevan me devoró; no había otra forma de describirlo. Su boca se apoderó de la mía con una intensidad que me dejó sin aliento, un beso profundo que hablaba de todo lo que habíamos estado reprimiendo. Su lengua se deslizó contra la mía con una desesperación contenida, como si quisiera memorizarme. Mis manos se aferraron a sus hombros, sintiendo la tensión de sus músculos, la dureza de su cuerpo contra el mío. Nevan gruñó contra mi boca y el sonido me recorrió la espina dorsal como un relámpago.

En un movimiento ágil, me inclinó hacia atrás sobre la cama y su peso me atrapó bajo él. Un jadeo se escapó de mis labios cuando, en el forcejeo, la toalla se deslizó hasta el suelo, dejándome completamente expuesta. El aire entre nosotros cambió, volviéndose denso, eléctrico. Su mirada recorrió mi cuerpo con una devoción que me hizo arder por dentro. Sus pupilas estaban dilatadas, fijas en cada curva, en cada centímetro de mi piel. Su mandíbula se tensó mientras contenía el aliento, controlándose para no lanzarse sobre mí sin freno.

—Preciosa… —susurró; su voz salió raspada, cargada de un deseo que me hizo estremecer.

Su boca volvió a la mía pero, esta vez, el beso fue pausado, profundo, con ese control tortuoso que solo él sabía manejar. Me

saboreaba como si tuviera todo el tiempo del mundo, mientras sus manos empezaban a recorrer mi piel con una lentitud calculada. Mis dedos se hundieron en su pelo, tirando un poco, arrancándole un gruñido grave que sentí vibrar contra mi pecho. Sus labios se desviaron por mi mandíbula, descendiendo por mi cuello; su lengua trazando pequeños círculos hasta encontrar mi clavícula. Allí, mordió con suavidad, justo antes de calmar el ardor con un beso.

Un gemido suave escapó de mi garganta y su cuerpo entero se tensó en respuesta.

—Dios, Aria… —gruñó presionandose contra mí.

Pude sentir su erección firme contra mi centro, separada solo por la fina tela de sus boxers. El contacto me arrancó un jadeo tembloroso, y mis caderas se arquearon, buscando por instinto más. Nevan apretó los dientes, luchando por mantener el control, y sus dedos encontraron mis pechos, acariciándolos con una mezcla de ternura y posesión.

—¿Sabes lo que me estás haciendo, bombón? —susurró contra mi piel, con un aliento cálido que me erizó cada poro.

No pude responder. No podía pensar. Todo mi mundo se redujo a su tacto, a su boca, a la necesidad apremiante que se arremolinaba en mi vientre como un fuego voraz. Sabía que esto era una locura, una imprudencia, pero no quería detenerme.

Nevan volvió a besarme, nuestras lenguas explorándose en un baile feroz. Su cuerpo se movía contra el mío, provocándome, tentándome, volviéndome loca con cada roce deliberado. Me estaba torturando despacio, jugando con mis sentidos, con un deseo creciente que ardía, imparable, como fuego líquido.

—Por favor… más… —mi voz salió como un suspiro roto, una súplica que no pude contener.

Nevan sonrió contra mis labios, una mueca lenta y canalla, cargada de una confianza arrolladora. Sus ojos, fijos en los míos, centelleaban con un calor oscuro y posesivo que me dejó sin aliento.

—No, cariño… todo a su tiempo —susurró con esa voz ronca, impregnada de un deseo que casi podía tocar—. Quiero saborearte, descubrir cada pequeño sonido que sale de esos preciosos labios tuyos, explorar cada centímetro de tu piel, pero despacio…

Sus palabras me atravesaron como una descarga eléctrica, arrancándome un gemido traicionero que apenas pude sofocar.

—Nevan… —logré articular, queriendo acortar la distancia.

—No seas avariciosa, bombón —murmuró con una provocación peligrosa mientras sus manos descendían por mi cintura con una posesión que me hizo sentir suya—. Primero quiero que estés muy, muy quieta. ¿Podrás hacerlo para mí?

Asentí de inmediato, incapaz de articular palabra alguna. La intensidad de su mirada, la gravedad de su tono, todo en él exigía una obediencia que mi cuerpo estaba más que dispuesto a entregar.

Nevan acarició mis muslos con una lentitud que rozaba la crueldad, su toque era tan suave que me arrancó un escalofrío involuntario.

—Abre esas preciosas piernas para mí, Morgan —ordenó, y su voz fue un mandato que me recorrió el alma.

Lo hice sin dudar. Mi piel ardía, mi respiración estaba desbocada y la anticipación me tenía al borde del abismo. Ver su expresión mientras me observaba allí, expuesta, con esa mirada devoradora, hizo que mi interior se tensara de puro deseo.

Su mano descendió por mi muslo con una parsimonia tortuosa, hasta llegar justo donde más lo necesitaba. Cuando sus dedos rozaron mi humedad, un estremecimiento sacudió mi cuerpo y me arqueé sin permiso.

—¿Qué te he dicho sobre moverte, bombón? —su tono era pura provocación, pura autoridad—. Quédate quieta.

Presionó su mano contra mi abdomen, inmovilizándome contra el colchón, dejándome del todo a su merced. Sus dedos comenzaron a explorarme con una precisión exasperante, alternando caricias lentas

con toques firmes, encendiendo cada fibra de mi ser. Mi respiración se volvió errática y solté un gemido entrecortado cuando deslizó un dedo dentro de mí, buscando ese punto exacto que me hizo temblar.

—Joder… estás tan mojada para mí… —susurró, inclinándose hacia abajo.

Lo vi acomodarse entre mis piernas, sus manos sujetando mis muslos para mantenerme abierta. Su mirada subió, encontrando la mía.

—No apartes esos ojos verdes de mí —ordenó con esa voz que me hacía temblar—. Quiero verte mientras te saboreo.

Su lengua me tocó y un gemido se escapó de mi garganta, incontrolable. Comenzó despacio, explorando cada rincón, succionando mi clítoris con una presión deliciosa antes de alternar con lamidas largas y profundas.

—Dios, Nevan… —jadeé, aferrándome a las sábanas como si fueran mi única ancla en medio de la tormenta.

—Eso es… —murmuró contra mí, su voz vibrando con un placer que me encendía aún más—. Déjame oírte.

Uno de sus dedos se deslizó en mi interior curvándose con maestría, mientras su boca seguía trabajando mi punto más sensible. Luego, introdujo un segundo dedo, marcando un ritmo firme y rápido que me hizo arquear la espalda sin remedio.

—Mírame —ordenó con esa autoridad que me desarmaba—. Quiero ver como te corres para mí.

Su lengua, sus dedos, su voz… todo me llevaba al límite. Sentí cómo la presión en mi vientre crecía, acumulándose hasta estallar. Un grito ahogado se escapó de mis labios mientras me corría con fuerza, con las piernas temblando y sus manos sujetándome para que no pudiera escapar del placer.

Se quedó un momento más, lamiendome con lentitud hasta que mi respiración empezó a calmarse. Luego ascendió, dejando un rastro

de besos por mi abdomen y pecho, hasta llegar a mis labios. Me besó despacio, dejándome saborear mi propio deseo en su boca.

—Perfecta… —murmuró, mirándome con esa mezcla de orgullo y deseo—. Joder, eres perfecta, Aria.

Se inclinó para dejar un último beso suave en mis labios antes de apartarse despacio. Rozó mi mejilla con el pulgar, con una ternura que me sacudió casi más que el propio orgasmo, y se puso en pie.

—Vuelvo en un segundo —susurró.

Lo vi caminar hacia el baño en penumbra, dejándome allí, deshecha, palpitante y sin aliento.

Me quedé ahí tumbada, con la respiración descontrolada y el cuerpo todavía temblando, como si cada célula de mi piel guardara el recuerdo vivo de su tacto. Sentía el pulso martillando en mis muñecas, en mi cuello, en cada rincón de mi ser. Todo mi cuerpo era un campo eléctrico que seguía vibrando con la energía que él había dejado a su paso.

No podía moverme. No quería hacerlo. Y, al mismo tiempo, una parte traicionera de mí reclamaba más. Quería ese calor, esa seguridad, esa forma suya tan intensa de tocarme como si yo fuera algo sagrado.

Escuché el agua del grifo correr durante unos segundos en el baño y cerré los ojos, intentando asimilarlo todo. Dios, ¿qué acabamos de hacer?

Mi pecho subía y bajaba con fuerza, como si acabara de correr una maratón. No podía dejar de pensar en su voz, en su boca sobre la mía, en cómo me había mirado justo antes de… No. No era solo deseo. No podía serlo. Había algo más en la forma en que me tocaba, en cómo se contenía, en cómo murmuraba mi nombre como si le doliera. Y eso era lo que más me asustaba.

No éramos solo dos cuerpos buscando alivio. Esto no era un desliz de una noche. No con Nevan. Porque si todo terminaba ahora, si

mañana él volvía a levantar su muro y fingía que nada había pasado, me rompería en mil pedazos. ¿Y si yo quería más y él no podía dármelo? ¿Y si solo había sido un escape? ¿Un capricho? Mi estómago se retorció con la sola idea. ¿Y si era la única que había sentido que esto era importante?

Escuché sus pasos de vuelta y el aire de la habitación volvió a cambiar.

Volvió con una toalla pequeña y húmeda en la mano. Se acomodó de nuevo en la cama, entre mis piernas, con una delicadeza infinita. Sin prisa, comenzó a limpiarme con trazos suaves, cuidándome con una veneración silenciosa que hizo que se me anudara la garganta. No había rastro de burla, de prisa, o de arrogancia. Solo una intensidad tranquila que me relajó por completo.

Desplazó la toalla a un lado y alzó la mirada para clavarla en los míos.

—¿Estás bien? —preguntó. Su voz sonó baja, grave, pero sin rastro de urgencia.

Asentí, incapaz de confiar en mi voz.

Nevan caminó hacia mí con calma, como si temiera asustarme. Cuando se sentó en el borde de la cama, dejó una distancia prudente entre nosotros. No por frialdad, sino por cuidado.

—No tienes que decir nada —murmuró, mirándome a los ojos—. Solo quería que supieras que… esto no ha sido solo un desahogo para mí. Y no pienso hacer como si no hubiera pasado.

Sentía el corazón latiendo con fuerza, como si acabara de cometer un acto prohibido. En cierto modo, lo había hecho. Me había entregado a él, y no solo había sido mi cuerpo; algo más se había colado en el proceso. Algo que me aterraba nombrar.

Me aparté un poco, lo justo para tomar aire y recomponerme. Me arropé mejor con la sábana, como si eso pudiera ocultar no solo mi

desnudez, sino todo lo que estaba sintiendo. Nevan me observó en silencio durante unos segundos, ladeando la cabeza con esa mezcla suya de ternura y descaro.

—No tienes por qué mirarme así —dijo bajando la voz aún más—. Como si hubieras hecho algo malo.

Fruncí el ceño, evitando su mirada. Estaba avergonzada, pero no por el acto en sí, sino por lo que había significado para mí. Porque no podía fingir que esto había sido solo físico. Cuando me tocó, cuando me miró, cuando dijo mi nombre… Para mí fue mucho más.

—No estoy… —intenté defenderme, pero él sonrió y negó con la cabeza, cortándome el paso.

—Aria, bombón… —su tono era paciente, casi divertido—. Nos deseamos. ¿Y qué? ¿Desde cuándo eso es algo de lo que avergonzarse? —Sus palabras se colaron dentro de mí, despacio, con ese ritmo suyo que siempre parecía saber cuándo apretar y cuándo soltar—. No tienes que explicarte, ni justificarte. No es ningún crimen dejarse llevar. No te estoy pidiendo promesas, ni etiquetas, ni nada que no quieras darme. Solo quiero que sepas que no me arrepiento. Ni un poco.

Mis dedos jugaron nerviosos con la tela de la sábana. Lo escuchaba, pesando cada palabra, cada pausa. Aun así, el dolor en mi pecho persistía. Me preguntaba si, para él, esto se quedaría solo en el deseo. Un momento intenso y listo. Y lo peor era que, si así fuera, no podía culparlo. Yo había puesto las reglas, fui la que dijo «sin complicaciones». Sin compromisos. Y Nevan solo estaba respetándolas. Pero dentro de mí, algo temblaba. Porque aunque hubiera jurado que esto era simple… no lo era. No para mí.

Pero no se lo dije. No le confesé que me había hecho sentir viva de una forma que creía perdida desde hacía años. Así que tragué saliva, levanté la mirada hacia sus ojos azules —tan tranquilos, tan seguros — y, con una voz que apenas reconocí como mía, solté:

—Me parece bien.

Una respuesta simple. Neutral. Cómoda. Por fuera. Por dentro, mi mundo entero estaba girando.

Nevan esbozó esa media sonrisa que siempre me volvía un poco idiota. Luego se tumbó a mi lado, sin tocarme, dejando el espacio suficiente para no agobiarme, pero lo bastante cerca para que pudiera sentir su presencia.

—Duerme, bombón —murmuró, cerrando los ojos como si fuera lo más natural del mundo estar ahí, desnudos, rotos y a medio construir—. Mañana hablamos… o no. Pero esta noche, solo quiero esto.

Asentí en silencio y me dejé caer junto a él. Sin tocarlo. Sin decir más. Mi cuerpo aún temblaba, mi mente no paraba, y mi pecho latía con una intensidad que no podía controlar. Y lo peor de todo era que, aunque lo intentara con todas mis fuerzas, sabía que no podía apagar lo que acababa de encenderse.

No con él.

Capítulo 33

Nevan

Recuerdo

El suelo de madera de la sala de baile crujía cada vez que Aria apoyaba el pie, pero ella ni se daba cuenta. Estaba metida en su burbuja. Tenía once años y llevaba el pelo recogido en un moño alto que ya se estaba desarmando de tanto moverse. Tenía la frente brillante por el sudor y las mejillas muy coloradas, concentrada al máximo en intentar hacer un paso raro, una especie de giro rápido con una parada en seco que su profesora le había mandado practicar.

Yo estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared del fondo, con las piernas estiradas y mi libreta vieja sobre las rodillas. Se suponía que estaba dibujando, pero la verdad es que llevaba un buen rato con el lápiz quieto, mirándola embobado. Me parecía increíble cómo era capaz de moverse así. Cuando bailaba, Aria no se parecía a ninguna de las niñas del colegio ni del campamento; parecía flotar, y tenía una fuerza en los ojos que me dejaba atontado. No podía apartar la vista de ella.

De repente, la puerta de la sala se abrió y asomó la cabeza Lucas, uno de mis amigos de la cabaña.

—¡Oye, Nevan! —me llamó en un susurro alto—. Vamos a las canchas a echar un partido de baloncesto, faltan dos para completar los equipos. Vente, anda.

Dejé el lápiz sobre el cuaderno y lo pensé un momento. Miré a Lucas y luego volví a mirar a Aria, que se había detenido en seco al

escuchar la voz y nos observaba desde el centro de la pista.

—Vete si quieres, Nevan —dijo ella, encogiéndose de hombros mientras se secaba el sudor de la frente con la manga—. No quiero aburrirte aquí dentro. Al final solo me estás viendo fallar el mismo paso una y otra vez.

Me giré hacia la puerta y miré a Lucas, teniéndolo muy claro.

—Id vosotros —dije, haciéndole un gesto con la mano—. Jugamos en otro momento, es que ahora mismo no me apetece mucho correr.

Lucas arrugó la nariz, de menos humor, pero asintió y cerró la puerta de golpe. Me quedé a solas con ella otra vez. Aria dio un par de pasos hacia mí, mirándome con una expresión extrañada, a medio camino entre la sorpresa y la confusión.

—¿Por qué no has ido con ellos? —preguntó, ladeando la cabeza—. Te encanta el baloncesto. Te vas a aburrir como una ostra aquí metido viendo cómo me peleo con la música.

—Que no, pesada —respondí, soltando una risa floja y cruzándome de brazos—. Ya te lo he dicho un montón de veces: yo nunca, jamás de los jamases, me aburro contigo. Eres mi mejor amiga, Aria. Prefiero mil veces quedarme aquí.

Al escucharme, Aria abrió un poco más los ojos y sus mejillas se tiñeron de un color rosa todavía más intenso que el del cansancio. Desvió la mirada hacia el suelo, tímida, y caminó a pasos rápidos hacia el radiocasete para volver a encender la música.

El piano volvió a sonar por los altavoces de la sala. Aria se colocó en posición, respiró hondo e intentó de nuevo el dichoso giro. Pero, al llegar al final, el tobillo se le volvió a doblar un poco y perdió el equilibrio, teniendo que dar un pisotón feo contra el suelo para no acabar de rodillas.

—¡Uf! ¡Es imposible! —bufó con una frustración tremenda, tapándose la cara con las manos.

Me dio mucha pena verla así, tan agobiada por algo que se suponía que debía hacerla disfrutar. Dejé la libreta en el suelo de golpe, me levanté y caminé decidido hacia ella.

—A ver, Morgan, para ya —dije, apartándole las manos de la cara con cuidado—. No te comas la cabeza, que se te va a derretir el cerebro. Seguro que te saldrá genial pero, ahora mismo, estás tan enfadada que no vas a conseguir nada. Déjalo un rato.

Me acerqué al equipo de música, saqué el CD de música clásica aburrida que tenía puesta y busqué entre los discos del campamento uno que tuviera canciones mucho más movidas, algo de pop con mucho ritmo que ponían en las fiestas nocturnas. Le di al play y la música empezó a retumbar con fuerza por toda la estancia.

Aria se dio la vuelta y me miró como si me hubiera vuelto loco, sin tener la más remota idea de qué narices estaba intentando hacer.

—¿Pero qué haces, Nevan? —preguntó, soltando una pequeña risa nerviosa.

—¡Enseñarte a bailar de verdad! —grité por encima de la música.

A mis doce años, tenía el ritmo justo para no caerme al caminar, pero me dio igual. Empecé a saltar de un lado a otro, moviendo los brazos como un robot averiado, sacudiendo la cabeza y haciendo los pasos más ridículos e inventados que se me ocurrieron. Aria se tapó la boca con las manos y soltó una carcajada enorme que llenó toda la sala.

—¡Venga, baila conmigo! —le pedí, dándole un tirón suave de las manos para meterla en mi bucle de locura—. ¡Desmelénate un poco, Morgan! ¡Olvídate del examen!

Aria dudó, solo un segundo, pero al final se rindió. Se soltó por completo el moño, dejando que su pelo rubio le cayera libre por los hombros, y empezó a imitar mis pasos tontos. Nos pusimos a saltar como locos por toda la pista de madera, dando vueltas sin sentido, empujándonos de broma y chocando los cinco en el aire, ahogados entre carcajadas salvajes.

Mientras saltaba a su lado, esquivando sus pasos y viéndola reír con los ojos brillantes de pura felicidad, sentí una certeza absoluta en mitad del pecho. Me encantaban esos momentos con ella. Todos ellos. Aria era la única chica en todo el planeta con la que jamás podría aburrirme, y la única a la que jamás, por muchos años que pasaran, podría cansarme de mirar haciendo cualquier cosa.

Capítulo 34

Nevan

El agua helada caía por mi cuerpo, recorriendo cada músculo en un intento desesperado por apagar el incendio que aún ardía en mi interior. Pero era inútil. Cada gota se deslizaba por mi piel incapaz de alcanzar el calor que llevaba dentro. Mi polla seguía erguida, latiendo con una fuerza que dolía, reclamando el alivio que le había negado en la cama. Mi respiración era pesada, descontrolada, y mi cabeza no hacía más que proyectar imágenes de anoche.

Cerré los dedos alrededor de ella y empecé a masturbarme con brusquedad, apretando con la fuerza de quien intenta sacarse una obsesión del cuerpo. Aria debajo de mí, con los labios entreabiertos, los ojos verdes nublados de placer, la respiración entrecortada. Sus gemidos rompiendo el silencio cada vez que mi lengua encontraba su punto exacto, cada vez que mis dedos la empujaban más alto. La forma en que se arqueaba contra mí, buscando más, suplicando sin decir palabra, como si el mundo entero se hubiera reducido a ese instante. La sentí llegar al clímax en mi boca, los muslos tensándose alrededor de mi cabeza, y todavía podía saborearla en mi lengua, dulce y adictiva, como un veneno.

Aceleré el ritmo de mi mano, friccionando mi piel con desesperación bajo el chorro de agua. Verla perder el control, sentir cómo se estremecía mientras la sujetaba para que no se moviera fue demasiado. No esperaba que saliera del baño con la toalla puesta, mirándome como si supiera con certeza el efecto que tenía sobre mí, y soltara esa bomba que me dejó sin palabras.

La deseaba de una forma desesperada. Cada célula de mi cuerpo parecía haberse alineado alrededor de ella, como si Aria Morgan fuese un imán y no tuviera más opción que caer de cabeza en su órbita una y otra vez.

La besé como si no hubiera un mañana, como si llevara años esperando poder hacerlo. Y cuando me pidió más, cuando me rogó por más, tuve que contenerme para no meterme dentro de ella y follármela en ese mismo instante. Pero no quería que con Aria fuera rápido, que fuera un polvo más. Necesitaba explorarlo todo. Cada rincón. Cada sonido que emitiera de su garganta. Hacerla temblar de mil maneras diferentes. Y eso, no se hace en una sola noche.

Apreté los dientes y cerré los ojos con fuerza, aumentando la velocidad de mis embates hasta que los nudillos me dolieron. Me imaginé empujando dentro de ella, sintiendo su estrechez abrazándome y su voz suplicando mi nombre. Un gruñido sordo se me escapó del pecho justo cuando el clímax me golpeó de lleno, tensando mi abdomen y haciéndome temblar entero mientras me corría con fuerza.

Apoyé la frente contra la pared de azulejos, respirando a bocanadas, dejando que el agua helada siguiera cayendo sobre mi espalda mientras mi pulso intentaba volver a su sitio. El agua seguía cayendo, pero la presión en mi pecho no terminaba de desaparecer. Porque algo en mí sabía que esto no iba a quedarse solo en lo físico, y esa idea me asustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando por fin cerré el grifo y salí, estaba algo más tranquilo o, al menos, lo suficiente como para no volverme loco cada vez que la mirara. Me pasé la toalla por el pelo, me puse una camiseta negra de tirantes que se pegaba a mi torso y unos pantalones de chándal grises. Sí, eran parte de mi uniforme oficial a estas alturas. Y no, no pensaba cambiarlos.

Salí del baño y la vi. Aria estaba sentada en la cama, con las piernas dobladas bajo su cuerpo, mirando por la ventana que daba al lago. La luz suave de la mañana acariciaba su perfil, resaltando la curva

delicada de su nariz, la forma suave de sus labios, la piel lisa de su cuello. Su melena rubia caía en ondas naturales y algo rebeldes por su espalda, sin planchar, sin moldear, sin toda esa perfección calculada con la que solía mostrarse. Un pequeño lazo rosa sujetaba una media coleta, dejando su rostro despejado y exponiendo esas malditas pecas que siempre me parecían un mapa secreto.

Era preciosa. De una manera que ni ella entendía. Aria Morgan había pasado toda su vida intentando encajar en un molde que no le pertenecía: siempre maquillada, impecable, vestida según las exigencias de su madre, de la prensa, de esa jodida sociedad que la había puesto en una vitrina.

Pero esta Aria, la que tenía delante, con la piel limpia y radiante, las constelaciones de pecas sobre su nariz y mejillas, el cabello suelto y salvaje; era perfecta. Y lo peor es que no se valoraba ni la mitad de lo que debería.

Y aún así no podía mirarla sin querer mucho más que contemplarla.

Me imaginé cruzando la habitación y tirándola con suavidad sobre el colchón, viendo su melena dorada desparramarse por las sábanas mientras me miraba con esos ojos verdes que podían arrancarme el alma. Imaginé sus labios, suaves y rosados, recorriéndome, soltando un gemido bajo cuando enredara los dedos en su pelo para marcarle el ritmo.

Quería sentirla así, arrodillada frente a mí, mirándome mientras me llevaba al borde. Quería apretar su melena entre mis manos y que no apartara esos malditos ojos verdes de mí mientras me devoraba entero.

La ternura y la lujuria me golpeaban al mismo tiempo, y era una combinación peligrosa. Porque no solo la quería en mi cama si no en cada rincón de mi vida, aunque eso fuera justo lo que me había prometido evitar.

—¿Vas a quedarte ahí babeando o vas a decir algo? —preguntó ella con una sonrisa divertida.

Su voz me sacó del trance. No me había dado cuenta de que se había girado hacia mí. Pero había algo más en su mirada. Algo más suave, más abierto.

Sonreí, apoyándome en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Solo estoy disfrutando de la vista, Morgan —respondí con tono juguetón.

Ella rodó los ojos, pero sus mejillas se tiñeron de un leve rosa.

Punto para mí.

—Cállate, Grayson

Me reí y avancé hasta la cama, sentándome a su lado. Su perfume me envolvió al instante, esa mezcla dulce y suave que siempre la acompañaba. Vainilla, flores… y algo que era solo de ella.

—¿En qué piensas? —pregunté, inclinando la cabeza para mirarla de cerca.

Ella suspiró y su expresión cambió. Bajó la mirada a sus manos, que jugaban con un hilo suelto de la colcha.

—No lo sé —admitió—. Creo que en todo. En nada.

—Vaya, qué respuesta más elocuente—ironicé, recibiendo un codazo en las costillas a cambio. No me quejé, solo sonreí—. ¿Pensando en lo bien que estuve anoche? Porque te veo muy en tu mundo, bombón.

Ella bufó, girándose para mirarme con una mueca divertida.

—¿Siempre tienes que ser tan creído? —preguntó arqueando una ceja.

—Cuando es verdad, es verdad —me encogí de hombros.

Ella negó con la cabeza, riendo. Y joder, eso hizo que algo se asentara en mi pecho. Como si todo estuviera bien por un segundo.

Volvió a mirar por la ventana, su expresión suavizándose de nuevo.

—Gracias, Nevan —dijo de repente, en voz baja.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿Por qué? —pregunté.

Sus ojos se encontraron con los míos, y por primera vez en mucho tiempo, parecía del todo tranquila.

—Por traerme aquí. Por hacerme recordar lo que se siente al ser yo —confesó.

Sentí un pequeño nudo en la garganta, pero lo disimulé.

—Esto solo acaba de empezar, Morgan —dije, sintiendo cómo me miraba con una curiosidad nueva, como si estuviera descubriendo quién era yo.

Desayunamos con calma, con el sonido del bosque y la luz de la mañana filtrándose por los grandes ventanales de la casa. Aria estaba pensativa mientras terminaba su café.

—Nevan —dijo al fin, mirándome con determinación y suavidad—, me apetece ir a la sala de baile. Sola. Necesito un momento conmigo misma, ¿sabes? Para despejar la cabeza.

Asentí, comprendiendo a la perfección lo que necesitaba.

—Claro —respondí, dedicándole una expresión tranquila—. Yo aprovecharé para dar una vuelta por los alrededores. Hace un día demasiado bueno para quedarse encerrado.

A lo largo de la mañana, mi teléfono sonó varias veces. Siempre el mismo nombre en la pantalla: *Mamá*. No contesté. No porque la odiara; no era eso. Era más bien esa mezcla de resignación amarga que uno aprende a cargar con los años. Porque cuando era un niño y la necesitaba, no estuvo. No me abrazó cuando me rompía, no me escuchó cuando gritaba sin voz, no me vio y, ahora de adulto, ya no quería saber nada de su mundo. Me había enseñado, a la fuerza, a vivir sin ella. Y lo estaba haciendo bien. No necesitaba cenas ni disculpas vacías. Solo quería paz.

Después de mi paseo, fui a buscar a Aria. La encontré en la sala de baile, con las ventanas abiertas y la brisa suave moviendo las cortinas. Llevaba un body rosa claro y unas mallas ajustadas que abrazaban cada curva, marcando la forma perfecta de su cuerpo. El moño alto, recogido deprisa, estaba sujeto con su habitual lazo rosa, y las mejillas sonrosadas por el esfuerzo hacían que sus pecas resaltas en todavía más sobre su piel algo húmeda.

Me acerqué sin que me oyera, despacio, hasta que, al girarse, la sujeté por la cintura y la atraje hacia mí. No dije nada. No lo pensé. Solo la besé.

Se tensó un segundo, sorprendida, pero se derritió casi al instante. El beso no fue suave; fue profundo, urgente. Mis manos bajaron por su espalda hasta su culo, apretando con fuerza mientras la atraía más contra mí.

Soltó un gemido ahogado contra mi boca, y ese sonido me hizo perder el poco control que me quedaba. La agarré con más firmeza, mis dedos marcando su piel por encima de la tela, y en un movimiento rápido la alcé del suelo. Sus piernas se enroscaron con naturalidad alrededor de mi cintura, y pude sentir el calor de su centro rozando contra mí, incluso a través de la ropa. Caminé hacia la mesa sin dejar de besarla, y la senté sobre ella de un empujón suave, pero decidido.

Mis manos viajaron por sus caderas, su cintura, subiendo a sus costados para rozar la curva de sus pechos por encima del body. Ella me tiraba del pelo, hundiendo la lengua en mi boca como si quisiera devorarme, y yo respondí con la misma hambre, sujetándola contra mí para que no se apartara ni un milímetro.

La presión de sus piernas apretadas alrededor de mi cintura, su respiración caliente en mi boca, sus manos recorriéndome… todo me pedía que la empujara sobre la mesa y la hiciera mía ahí mismo, sin remordimientos, sin pensar en nada más. Estuve a un suspiro de hacerlo. Pero me obligué a frenar.

Separé apenas mis labios de los suyos, nuestras frentes pegadas, los dos respirando como si hubiéramos corrido una maratón.

—Si seguimos, no voy a poder parar, bombón —susurré con la voz rota, la mirada fija en esos ojos que me estaban matando.

Ella sonrió mordiéndose el labio y aflojó la presión de sus piernas, aunque sus manos siguieron en mi cuello, como si no quisiera soltarme del todo. Me aparté un paso, sabiendo que no era el final, sino solo una pausa y, que la próxima vez, no iba a contenerme.

—Vaya… no me lo esperaba —dijo con una risita, todavía un poco agitada.

Sonreí, acercándome lo suficiente para rozar su nariz con la mía.

—Eres bastante irresistible, bombón —aseguré.

Soltó una carcajada y me dio un empujón suave en el pecho.

—Venga ya, estoy sudada y tengo el pelo hecho un desastre —protestó.

—Y aun así eres la mujer más guapa que he visto en mi vida —repliqué sin apartar la mirada.

Se sonrojó. Esa tonalidad rosa que subía por su cuello y encendía sus mejillas me hizo apretar los dientes para no volver a besarla al momento. No dije nada más, solo la miré, como si tenerla delante bastara para todo.

—Esta tarde no tenemos planeado nada —dije en voz baja, apartándole un mechón de pelo que se había escapado del moño—. Así que estaba pensando en secuestrarte un rato.

Sus ojos brillaron con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Y a dónde me vas a llevar, Grayson? —preguntó.

Me incliné un poco más, dejando mi voz casi en un susurro contra su oído.

—A un sitio donde nadie nos interrumpa y donde pueda seguir lo que acabamos de dejar a medias.

Ella me miró con esa sonrisa traviesa que me mataba.

—Suena tentador —admitió.

—Créeme, bombón… —murmuré, sintiendo cómo la anticipación me recorría el cuerpo— lo será.

Capítulo 35

Nevan

El motor del coche rugía suave bajo nuestros pies mientras el paisaje se abría a ambos lados como una acuarela viva: colinas verdes, árboles en pleno esplendor y un cielo abierto que parecía no tener fin. Las ventanas estaban bajadas y el aire fresco entraba con fuerza, despeinando todo a su paso. Por un momento, el resto del mundo dejó de existir.

Aria tenía los pies descalzos sobre el salpicadero, con las uñas pintadas de un rosa suave que combinaba bien con su body y el lazo que aún sujetaba su moño desordenado. Tenía el móvil en la mano, repasando playlists con el ceño fruncido. Estaba concentrada, pero mantenía esa media sonrisa traviesa que me tenía jodido.

—Estás tardando demasiado en elegir —dije, sin quitar los ojos del camino—. El mundo necesita tu sabiduría musical, Morgan.

Ella soltó una carcajada suave.

—Estoy buscando algo que nos defina. Una canción que sea nuestra.

—¿Nuestra? ¿Tenemos un himno ya? —pregunté, arqueando una ceja con ironía—. Joder, esto va más rápido de lo que creía.

—Cállate —soltó, sin poder ocultar la sonrisilla que le curvaba la boca. De repente, la música empezó a sonar.

Reconocí la melodía al instante. Era *Belong Together*, de Mark Ambor.

—Mark Ambor —asentí con aprobación—. No está nada mal, bombón. Me sorprendes.

—¿Te gusta? —preguntó, observándome con curiosidad.

—Tiene ritmo. Y letra. Lo tiene todo —contesté encogiéndome de hombros—. Un nueve de diez. Le falta un solo de guitarra eléctrica para ser perfecta.

Aria rodó los ojos.

—Siempre tan rockero.

Subió el volumen y empezó a cantar. No de forma espectacular, no buscando impresionarme, si no con esa voz natural, libre, un poco ronca por la risa, pero dulce. Cantaba como si no hubiera nadie más en el mundo, dejando que el viento se llevara las notas.

Me giré apenas un segundo para mirarla. El pelo alborotado por el viento, las mejillas sonrosadas, los labios moviéndose con la letra. Joder, era guapísima. Pero más que eso, se la veía feliz. Libre.

—¿Sabes qué? —dijo, interrumpiendo su canto para mirarme con los ojos llenos de chispa—. Esta canción nos pega bastante.

—¿Ah, sí? —lancé una mirada divertida, sin dejar de prestar atención a la carretera.

—Sí —insistió, como si fuera lo más obvio del mundo—. Porque es sencilla, pero lo dice todo. No hace falta complicarlo. Habla de estar bien con alguien aunque no tengas mucho. De que hay días grises, pero si estás con la persona adecuada, todo se siente bien igual. Como el té helado en verano. Como... nosotros.

Me giré a mirarla un segundo, sin poder evitarlo. Tenía la mirada fija en la carretera que se desplegaba frente a nosotros, pero una sonrisa suave le curvaba los labios. Y en ese instante, lo entendí. No era una declaración grandilocuente. Era algo simple. Honesto. Real.

—¿Así que ya tenemos canción oficial? —pregunté con una sonrisa.

—Lo decreté hace cinco segundos. No se admiten réplicas —sentenció levantando un dedo.

—¿Y qué pasa si quiero renegociar el contrato?

—Lo siento, Grayson, ya está decidido —sentenció arrastrando las palabras con tono burlón.

Solté una carcajada, sin poder evitarlo. Nos miramos apenas un segundo, pero fue suficiente. No hacía falta decir más. Subimos el volumen y empezamos a cantar juntos, desafinando, riendo, interrumpiéndonos y chocando las manos en el aire como si fuéramos adolescentes en plena *road trip* veraniega.

El coche traqueteaba un poco al meterse por el camino de tierra. Bajé la velocidad y busqué un sitio donde aparcar entre los árboles, al final de una pequeña curva rodeada de maleza. El aire olía a pino y tierra húmeda. Cuando el motor se apagó, solo quedó el canto de los pájaros y el sonido lejano del agua corriendo. Me giré hacia ella.

—A partir de aquí, hay que seguir a pie —avisé.

—¿A pie? —Aria me miró con una ceja alzada, aunque ya estaba quitándose el cinturón.

—Sí, pero te prometo que valdrá la pena.

Sonrió, se bajó del coche descalza —por supuesto, seguía sin zapatos— y abrió el maletero para sacar nuestras mochilas. Se la colgó al hombro y me lanzó una mirada llena de expectación.

—¿Esto es rollo excursión romántica o aventura en plan supervivencia? —preguntó divertida.

—Depende de si te caes al río —dije empezando a andar.

—Tranquilo, Tarzán. Si me caigo, te arrastro conmigo —respondió riendo.

Durante todo el camino fue canturreando *Belong Together*. A ratos la tarareaba bajito, otras veces improvisaba una coreografía ridícula entre los arbustos, y en un momento, subió a un tronco caído como

si estuviera en un escenario. Me reí en voz baja, negando con la cabeza. Qué bien se sentía verla así. Como si el mundo fuera fácil por un rato. Cada salto suyo, cada sonrisa que me lanzaba por encima del hombro, me removía algo muy dentro. Esta Aria era la que solo algunos conocían. La real.

—Deberías venir más seguido por aquí —dije en un momento mientras esquivamos un arbusto bajo.

—¿Por qué? ¿Para practicar el *parkour* forestal? —bromeó.

—No —sonreí—. Porque me encanta verte feliz.

Ella se giró apenas, y vi cómo sus mejillas se encendían. No dijo nada, pero el ritmo de su canto bajó, como si mis palabras se le hubieran quedado grabadas.

Después de unos minutos más, el camino se abrió entre los árboles. El sonido del agua se volvió más fuerte, más presente. Le hice una seña para que avanzara primero. Y cuando dio el último paso y se detuvo de golpe, supe que había acertado. Frente a nosotros, se alzaba una cascada imponente. El sol se colaba entre las hojas, haciendo que el agua brillara como si tuviera miles de cristales flotando.

—¡Pero qué…! —soltó un grito agudo de emoción, se llevó las manos a la cara y luego giró hacia mí—. ¡Nevan! ¡Esto es precioso!

Su cara, su expresión, su voz cargada de ilusión, todo en ella me enterneció.

—Te dije que valía la pena el paseo—dije cruzándome de brazos con una sonrisa satisfecha.

Aria no respondió de inmediato. Caminó unos pasos más, sin dejar de mirar la cascada. Luego se quitó la mochila y giró hacia mí..

—Vale, Grayson. Lo reconozco. Esto es mágico.

—Lo sé —le guiñé un ojo, dejando mi mochila en el suelo—. Como tú, bombón.

Ella rodó los ojos, pero no pudo evitar la sonrisa. Y ahí estábamos. Dos idiotas en mitad del bosque. Sin cobertura. Sin distracciones. Solo naturaleza, agua, cielo y nosotros. Y, joder, no necesitaba nada más.

Capítulo 36

Nevan

—¿Nos metemos? —pregunté, quitándome la camiseta de un tirón y lanzándola sobre una roca mojada.

Aria ya se había deshecho de las mallas y el body, quedando solo con su conjunto de encaje, dos piezas diminutas que se le pegaban a la piel como una segunda capa. No necesitaba provocar; solo existía y el deseo me golpeaba en el estómago como un puñetazo. Me miró con esa sonrisa socarrona, ese desafío silencioso, antes de zambullirse sin pensárselo dos veces. El grito que soltó al tocar el agua fría me hizo reír, un sonido que se perdió bajo el estruendo de la cascada.

—¡Está congelada! —chilló, salpicando agua hacia mí con energía.

Grité antes de lanzarme detrás de ella, sumergiéndome hasta el fondo.

El impacto del agua fue un choque brutal, un frío que me recorrió la columna y me reinició por dentro. Nadamos, bromeamos, y la vi relajarse, dejarse llevar por la corriente y por la complicidad que empezaba a arder entre nosotros. Me acerqué a ella, nadando hasta quedar a escasos centímetros, con el agua hasta el pecho y el pulso disparado.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo —dije, con la voz cargada de una intención que no intenté ocultar.

Me miró con esa mezcla de desconfianza divertida y curiosidad que tanto me gustaba.

—¿Y si me estás llevando a mi muerte?

—Entonces será una muerte bonita —le guiñé un ojo, ofreciéndole la mano, la única forma de anclarme a la realidad.

La tomó sin dudar. Nadamos hasta quedar justo debajo de la cortina de agua. El estruendo era ensordecedor, una barrera líquida que nos aislaba del resto del mundo. Apreté su mano y la guié al otro lado. Traspasar la cascada fue como atravesar una frontera.

La gruta se abría ante nosotros como un secreto guardado durante siglos. El agua en calma reflejaba los haces de luz dorada y azulada que atravesaban las grietas del techo, bañando la piedra húmeda y creando un ambiente casi sagrado. Pero lo único que para mí tenía valor en ese lugar era ella.

—Nevan… —susurró sin aliento, con los ojos bien abiertos contemplando el refugio.

Me quedé mirándola. Dios, era una visión perfecta. El agua helada resbalaba por su piel, empapando su ropa interior hasta volverla transparente, pegándose a cada una de sus curvas y marcando la línea firme de sus caderas, el contorno tenso de sus pezones endurecidos por el frío. Y yo no había olvidado ni una sola de las promesas que nos dejamos a medias.

Me acerqué despacio, cortando la distancia hasta que su aliento cálido chocó contra mi pecho. Mis manos, ardiendo de impaciencia, encontraron su cintura. Ella no retrocedió, dio un paso al frente, apretando su cuerpo contra el mío en una entrega silenciosa que me borró los esquemas.

—Aria… —murmuré, con la voz rota, la garganta seca—. No he dejado de pensar en tu boca, en tus gemidos, en cómo te deshiciste en mis manos. Y ahora que no hay nadie que pueda oírnos, voy a terminar lo que empezamos.

Se mordió el labio inferior, un gesto provocador que destruyó el último hilo de mi cordura.

—Entonces no me hagas esperar —susurró, mirándome directo a los ojos.

No necesité más. La atraje hacia mí con un tirón firme y aplasté mis labios contra los suyos. El beso no fue suave, fue una colisión de deseo retenido. Su respuesta fue inmediata, feroz, enredando las manos en mi pelo mojado para pegarme más a ella, abriendo la boca para dejarme entrar. El agua alrededor de nuestros cuerpos parecía hervir con el calor que desprendíamos.

La levanté en brazos sin romper el beso. Aria rodeó mi cintura con sus muslos y el roce directo de su entrepierna contra la mía, contenida apenas por la tela mojada de mis boxers, envió una descarga eléctrica directo a mi pelvis. La llevé hasta una roca plana y alta que sobresalía del agua y la senté con cuidado, aunque sin dejar de acosar sus labios, devorándola.

Deslicé los pulgares por el borde de su braga de encaje empapada. Sentí cómo su abdomen se contraía bajo mi tacto, cómo sus muslos se tensaban anticipando lo que venía. No fui delicado con la tela: la bajé con un movimiento firme y fluido, arrastrándola por sus piernas hasta dejarla caer al agua, dejándola expuesta ante mí.

Abrí sus piernas despacio, apoyando mis manos en la parte interna de sus rodillas para obligarla a hacerlo del todo. Estaba preciosa. Temblando, erizada por el contraste del aire fresco y el fuego que la consumía por dentro.

—Mírame —ordené en un gruñido bajo.

Aria obedeció, con los ojos nublados por el deseo. Deslicé la mano entre sus piernas, buscando su centro. Su humedad era líquida, abrasadora, una mezcla de agua y su propio deseo acumulado. Cuando mi pulgar rozó su clítoris, hinchado y sensible, un gemido agudo y ahogado rebotó contra las paredes de la cueva.

—Joder, Aria… estás ardiendo —murmuré, acariciándola con círculos lentos y precisos.

—Nevan, por favor… —suplicó, clavando las uñas en mis hombros, echando la cabeza hacia atrás mientras su espalda se arqueaba sobre la piedra.

No quise apresurarme. Necesitaba que lo sintiera todo, que cada segundo se le grabara en la memoria. Bajé la cabeza y atrapé uno de sus pezones entre mis labios, succionando a través de la tela mojada de su sujetador antes de apartarla con la boca para probar su piel desnuda. Mordisqueé la aureola con suavidad mientras mi mano abajo aumentaba la presión.

Introduje un solo dedo en su interior, despacio, sintiendo la estrechez deliciosa que me oprimía. Aria soltó un jadeo sordo y apretó sus muslos alrededor de mi mano.

—Eso es… —le dije contra su cuello, besando el punto donde su pulso martilleaba como un loco.

Empecé a mover ese dedo dentro de ella, entrando y saliendo con un ritmo constante, hondo, mientras mi pulgar no dejaba de presionar ese pequeño bulto que la hacía temblar. Sentía cómo su interior se contraía en oleadas alrededor de mi, reclamando más espacio, más fuerza.

Deslicé un segundo dedo, abriéndola un poco más. Aria soltó un grito que se perdió en el rugido constante de la cascada a nuestro lado. Sus caderas empezaron a buscar mi mano con desesperación, empujando hacia abajo, exigiendo una velocidad que estaba ansioso por darle.

—Más… no pares, Nevan, más…

Me aparté de su pecho y bajé por su cuerpo. Besé su vientre plano, lamiendo las gotas de agua que reposaban en su ombligo, sintiendo los espasmos involuntarios de sus músculos bajo mi boca. Me acomodé entre sus piernas abiertas y hundí el rostro en su entrepierna.

El olor a ella, mezclado con la humedad de la gruta, me volvió completamente loco.

Puse las manos en la parte posterior de sus muslos, sujetándola con firmeza para que no pudiera escapar, y pegué la lengua justo sobre su clítoris. Aria dio un brinco en la roca, un temblor que le recorrió desde los pies hasta la cabeza. Empecé a lamerla con pasadas largas y hambrientas, desde abajo hacia arriba, saboreando cada gota de su excitación.

Al mismo tiempo, mis dos dedos reanudaron su camino dentro de ella, buscando un ritmo frenético, curvándolos con delicadeza hacia arriba para llegar a ese punto interno que la hacía perder el juicio.

—¡Nevan! —gritó, con la voz rota, enredando los dedos en mi pelo no para alejarme, sino para aplastarme más contra ella.

Aumenté la velocidad. Mi lengua trabajaba sobre su punto más sensible con una precisión voraz, alternando succión fuerte con lametones rápidos, mientras mis dedos entraban y salían hondo, marcando un compás salvaje. Podía sentir el pulso de su sexo latir contra mi boca, la tensión acumulada en sus muslos que apretaban mi cabeza con una fuerza brutal. Estaba al límite, a punto de romperse en mil pedazos.

—Tan perfecta para mí —gruñí contra su piel húmeda, aumentando el ritmo de mi boca hasta volverlo implacable.

El cuerpo de Aria se tensó como una cuerda a punto de quebrarse. Sus gemidos ya no eran frases, eran jadeos cortados, llantos de placer. Se arqueó tanto sobre la roca que solo sus hombros y sus caderas tocaban la piedra.

Y entonces estalló.

Los músculos de su vagina se contrajeron alrededor de mis dedos, aprisionándolos con una serie de espasmos intensos y continuos. Un grito desgarrador, lleno de rendición y éxtasis, resonó por toda la gruta. Sus piernas me apretaron el cuello con una fuerza casi salvaje mientras las olas de su clímax la sacudían una y otra vez, derramando su calor en mi boca.

No me retiré. Me quedé allí, tragándome cada uno de sus espasmos, lamiendo despacio la zona sensible, mientras su orgasmo se iba apagando poco a poco y su respiración volvía a ser una serie de inhalaciones convulsivas.

Cuando sus muslos finalmente cedieron y cayeron relajados a los lados, saqué los dedos muy despacio y me erguí. Tenía el rostro húmedo, el pecho agitado y los ojos fijos en ella. Aria estaba tumbada sobre la roca, con los ojos entreabiertos y brillantes, los labios hinchados y el pecho subiendo y bajando como si hubiera corrido millas.

Subí despacio sobre ella, dejando besos suaves en la cara interna de sus rodillas, en la ingle, en las costillas, hasta llegar a su rostro. La tomé de las mejillas y la besé. Un beso lento, profundo, donde ella pudo saborearse a sí misma en mis labios. No había prisa en ese contacto, solo una intimidad abrumadora que nos envolvía mientras el agua de la cascada seguía cayendo a nuestro alrededor, ajena por completo al incendio que acabábamos de desatar.

Aria se apartó apenas unos milímetros. Sus ojos verdes, oscuros y encendidos como dos brasas en medio de la penumbra de la gruta, se clavaron en los míos con un destello de pura malicia. Tenía los labios hinchados, rojos por mis besos, y el pecho agitado.

—Ahora me toca a mí… —susurró. Su voz, grave y raspada por el placer que acababa de sentir, me atravesó la columna como una corriente eléctrica.

Mi pulso, que apenas empezaba a calmarse, volvió a dispararse. Sentí la polla latir con una fuerza bruta, presionando contra la tela húmeda de mis boxers hasta doler.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres, bombón —dije, intentando sonar bajo control, mientras mi orgullo y mi instinto protector peleaban salvajemente contra el deseo de sentir su boca —. No me debes nada.

Ella sostuvo mi mirada, seria, firme, sin un solo pestañeo.

—Quiero hacerlo, Nevan. Te deseo tanto que me quema.

Una sonrisa torcida se me dibujó en la cara.

—¿Sí? —murmuré, apretando la mandíbula—. Entonces ponte de rodillas.

Aria obedeció sin dudar un solo segundo. Se deslizó sobre la piedra húmeda y se arrodilló entre mis piernas. La imagen que me ofreció me noqueó todos los sentidos: sus pechos erguidos y al aire, su piel brillando con las salpicaduras de la cascada, su melena rubia y empapada pegándose a su cuello. Era una visión tan erótica que tuve que apretar los dientes para no agarrarla de la cabeza y metérsela entera de golpe.

Me incliné un poco, deslicé el pulgar por su labio inferior y presioné con suavidad hasta que su boca se entreabrió.

—Abre la boca, bombón… —ordené en un murmullo bajo, manteniendo un contacto visual inquebrantable.

Metí dos dedos en su cavidad cálida, sintiendo cómo su lengua blanda y húmeda los envolvía de inmediato, succionándolos con un ritmo lento y deliberado. La forma en que me miraba desde abajo, con esa devoción, entrega y hambre, destruyó lo poco que me quedaba de paciencia. Saqué los dedos despacio de su boca y me los llevé a los míos para lamer la humedad que había dejado en mi piel. Un rubor intenso le encendió las mejillas, pero no apartó los ojos de los míos.

—Manos atrás —ordené con la voz rota.

Llevé las manos a la goma de mis bóxers y los bajé de un tirón, liberando mi erección. Mi polla saltó libre, gruesa, erguida, latiendo a escasos centímetros de su rostro. Vi cómo los ojos de Aria se abrían de par en par. La pequeña sacudida de sorpresa al verme se transformó en cuestión de segundos en un deseo devorador. Tragó saliva y esa transición me echó un bidón entero de gasolina al fuego.

—Mírame —dije, sujetando su barbilla con firmeza—. No bajes esos ojos verdes de los míos ni un segundo.

Enredé una de mis manos en su pelo húmedo, sujetándole la nuca, atrayéndola despacio. Aria avanzó con cautela. Rozó el glande con la punta de la lengua, probando el sabor de mi piel y la gota de saliva de preseminal que asomaba por la hendidura. Un escalofrío brutal me recorrió la espalda y me arrancó un gemido sordo.

Entonces se abrió de verdad.

Aria me envolvió con sus labios húmedos y cálidos, engullendo la cabeza de mi polla sin miramientos. El choque del aire frío de la cueva con el calor abrasador de su boca fue un estallido de placer. Empezó a lamer la corona con un movimiento circular de su lengua, jugando con la zona más sensible, antes de deslizar la boca hacia abajo, tragándome poco a poco.

—Joder, Aria —gruñí, echando la cabeza un milímetro hacia atrás antes de obligarme a mantener los ojos fijos en ella.

Su técnica al principio era precavida, pero aprendió a una velocidad escalofriante. Empezó a succionar con fuerza, creando un vacío húmedo y apretado alrededor de mi tronco mientras su lengua trabajaba la parte inferior. El sonido de su succión, ahogado por el ruido constante de la cascada, resonaba en mis oídos como la música más sucia del mundo.

—Más… —exigí, empujando con suavidad mis caderas hacia adelante hasta golpear el fondo de su garganta.

Aria dio una pequeña arcada, pero no se echó atrás. Acomodó la garganta, abrió más la boca y me acogió hasta la base. Sentir sus labios apretándose contra mí y su garganta contrayéndose alrededor de mi cabeza me hizo soltar un jadeo entre dientes.

—Eso es… que buena chica… —alabé con un gruñido cavernoso, empezando a marcarle un ritmo lento pero firme con la mano que tenía metida en su melena.

Una de sus brazos salió de su espalda para agarrarme la polla desde la base, ayudando a masajear el tronco que no cabía del todo, mientras sus labios subían y bajaban. Entraba y salía de su boca con un chasquido húmedo y constante. Podía ver cómo sus mejillas se hundían con cada succión y cómo el brillo de su propia saliva embadurnaba toda mi piel, facilitando el movimiento. Sus ojos verdes seguían fijos en los míos, brillando con una luz desafiante, disfrutando de ver cómo me desarmaba ante ella.

—Te gusta tenerme así, ¿verdad? —pregunté, perdiendo la poca cordura que me quedaba, empezando a embestir contra su boca con una urgencia que ya no podía contener.

Ella asintió frenéticamente, soltando un gemido ahogado contra mi. La vibración de su voz retumbó, enviándome una descarga que me hizo temblar las rodillas.

El ritmo se volvió salvaje. Mis caderas empezaron a chocar contra su rostro en un vaivén rápido y profundo. La cabeza me daba vueltas. La imagen de Aria Morgan, la chica refinada, perfecta y distante, arrodillada en la piedra, con la cara llena de mi saliva, tragándose mi polla con devoción, me llevó directo al abismo.

El calor en mi vientre se convirtió en una bomba a punto de estallar. Mi pulso era un martillo neumático.

—Voy a correrme, bombón —advertí, apretando su pelo con la fuerza justa para fijarla de frente: avisando antes de perder el control del todo.

En lugar de apartarse o frenar, Aria apretó las mejillas, intensificó la succión y empezó a mover la lengua en frenéticos lametones contra mi frenillo. Y ese acto fue el tiro de gracia.

Un rugido salvaje brotó de lo más profundo de mi pecho, chocando contra las paredes de la gruta. El placer estalló en mi pelvis en una serie de espasmos violentos y dolorosos, y me derramé de golpe en su boca. Mi cuerpo se tensó como un arco mientras lanzaba chorro tras chorro espeso y caliente directo contra su garganta.

Aria no se apartó. No cerró los ojos. Mantuvo la mirada clavada en mí mientras yo convulsionaba; y la vi tragar. Una, dos, tres veces, encajando cada descarga de mi orgasmo, tragándose todo hasta no dejar ni una sola gota, antes de lamer con cuidado el glande para limpiar lo que quedaba.

Cuando me soltó, se retiró despacio. Tenía los labios hinchados, brillantes de saliva y semen, y la boca entreabierta para tomar aire. Una sonrisa de pura satisfacción y descaro se le dibujó en el rostro. Se pasó la lengua por el labio inferior, saboreándome.

—Mmm… no pensé que fuera a gustarme tanto —confesó, con una voz ronca que me puso los pelos de punta.

Nuestra mirada se cruzó y solté una risa baja, todavía jadeando, impresionado y rendido. La tomé de la barbilla con suavidad y la obligué a ponerse en pie.

—Bombón… eres jodidamente perfecta —murmuré contra su boca.

La atraje hacia mi pecho y la envolví entre mis brazos con una fuerza casi desesperada. La pegué a mí, sintiendo su cuerpo desnudo y húmedo temblar contra el mío. La besé. Un beso lento, profundo, donde saboreé mi propio sabor mezclado con la dulzura de su saliva. No había prisa, ni voracidad depredadora en ese contacto; era un beso cargado de una ternura tan brutal que me dejó desnudo por dentro.

Y ahí, con el agua de la cascada resonando a nuestro alrededor y su corazón latiendo a ras del mío, me golpeó la verdad.

Esto no era solo sexo. No era solo la adrenalina de la gruta, ni las ganas acumuladas, ni la lujuria salvaje de dos cuerpos buscando alivio. Había algo más. Un peso en el pecho, un nudo en la garganta, una necesidad enferma de protegerla y de no soltarla jamás. Algo que se sentía demasiado real y profundo.

Y ese algo me aterraba.

Porque no vine a este lugar para no sentir nada. Yo era un desastre, una tormenta que lo rompía todo. Y sin embargo, cada vez que la tenía así, entregada y vulnerable entre mis brazos, el resto del mundo dejaba de existir. No era la lujuria lo que me estaba atrapando, era ella. Aria. Me odié a mí mismo en ese instante, porque sabía que si me dejaba caer del todo en sus redes, si le entregaba el control, ya no habría vuelta atrás. Si ella me dejaba, me destruía.

Pero no la solté. No pude. Apreté el agarre alrededor de su cintura, hundiendo el rostro en su cuello mojado, jugando con fuego. Sabiendo con certeza que ya me estaba quemando vivo, pero siendo incapaz de huir.

Capítulo 37

Aria

Salimos de la cueva como quien regresa de otro mundo. El aire era más frío afuera, pero mi cuerpo seguía ardiendo, con la sangre todavía bombeando con urgencia. Por dentro, todo estaba en ebullición. No solo por lo que había pasado —aunque, joder, eso ya era suficiente para tenerme flotando—, sino por cómo me sentía con él.

Todavía tenía grabado en la piel, en la boca y en los músculos la forma en que me había hecho sentir en ese lugar. Nunca había disfrutado tanto dándole placer a alguien. Antes, el sexo oral siempre había sido algo mecánico, una tarea que quería quitarme de encima. Pero con Nevan fue diferente. Me dominó, sí; marcó el ritmo, me sujetó, me obligó a mirarlo… y, aún así, jamás me había sentido con tanto control sobre alguien. Saber que tenía a ese hombre temblando con mi boca, perdiendo el control era… adictivo. Y sí, lo repetiría sin pensarlo.

Volvimos al estanque a nadar como si nada más existiera. Él me hacía reír sin esfuerzo, con esa facilidad que me recordaba a cuando todo era más simple. Me subí a su espalda, le salpiqué la cara, intenté hundirlo y fallé miserablemente porque era más fuerte y más ágil. Pero, siendo honestas, yo solo quería una excusa para tocarlo.

Cada beso robado en el agua, cada mirada que se quedaba un segundo de más, era una promesa silenciosa. Me sentía viva. Luminosa. Como si, por fin, encajara en mi propia piel.

La tarde fue deslizándose poco a poco, el sol bajando en el cielo y tiñendo todo de dorado. El calor se volvió más suave y el agua se sentía como seda. Cuando salimos a recoger nuestras cosas, su mano buscó la mía. Y no la solté. No quería hacerlo.

En el coche, me acomodé en el asiento del copiloto, envuelta en su camiseta —que me llegaba a medio muslo y olía a él— y en mi toalla todavía húmeda. El aire que entraba por las ventanas despeinaba mi cabello, y sentía la piel tibia. El cuerpo me pesaba, el día entero me pesaba, pero de esa manera agradable que te deja el cansancio feliz.

No recuerdo en qué canción me dormí.

Solo sé que, cuando abrí los ojos, el cielo estaba oscuro y el coche ya se había detenido. Nevan estaba saliendo del asiento del conductor y, lo primero que sentí, fue tranquilidad. Ni sobresalto, ni alerta, ni tensión. Solo esa seguridad extraña que me provocaba estar cerca de él.

—¿Ya estamos? —murmuré, con la voz ronca por el sueño.

—Sí, dormilona —contestó él, con una sonrisa que no le cabía en la cara.

Me estiré como una gata perezosa y bajé del coche con pasos torpes. Mi estómago rugió como un animal.

—Estoy muerta de hambre —confesé.

—Eso lo puedo arreglar —dijo Nevan mientras cerraba la puerta—. Pero solo tengo dos opciones: pasta o pasta recalentada.

—Mmm… sorpresa —susurré con media sonrisa.

Mientras caminábamos hacia la cabaña, nuestras manos se rozaron. Y sin pensarlo, enredé mis dedos con los suyos. Fue tan natural que ni me detuve a cuestionarlo. Él la apretó con suavidad, como si ya estuviéramos acostumbrados a hacerlo. Como si fuera lo más lógico del mundo. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo ni

estaba anticipando el desastre; solo caminaba junto a él, bajo el cielo estrellado, con la piel húmeda y el corazón en calma.

Entramos dejando atrás la noche tibia, todavía con el eco del agua en la piel.

—Vale, chef —dije, dejando caer la mochila—. Ilústrame. ¿Cuál es el menú cinco estrellas de esta noche?

Nevan se giró hacia mí con los brazos cruzados, muy digno, como si estuviera a punto de revelarme una receta secreta de familia.

—Hoy, señorita Morgan, tendrá el privilegio de degustar la más excelsa pasta recalentada del universo.

—¿Eso incluye salsa o también me vas a dar los fideos secos?

—Eh, hay salsa —levantó un dedo, como si eso lo redimiera de inmediato—. De bote, pero con amor.

—Dios mío —me llevé una mano al pecho, fingiendo escándalo—. Y yo que pensaba que me habías traído aquí para seducirme con alta cocina

—No, te traje para seducirte con mi encanto natural —dijo mientras abría la nevera, todavía con esa sonrisa suya de sinvergüenza profesional.

Rodé los ojos y me subí al banco de la cocina, balanceando los pies.

—Pasta recalentada...

—Podría haberte hecho un sándwich, ¿eh? Pero no, he decidido subir la apuesta.

—¿Subirla hasta el microondas?

—Hasta el cielo, bombón —me guiñó un ojo mientras sacaba un *tupper* que claramente había visto mejores días—. Aunque… —me miró con falsa sospecha—, ¿por qué no cocinas tú?

—Porque quemé una ensalada una vez —admití, encogiéndome de hombros—. No preguntes cómo. Fue un día duro.

Nevan se rió, esa risa grave que le salía del pecho. Empezó a calentar la comida mientras me ocupaba de sacar dos platos, cubiertos y algo que más o menos parecía queso.

—¿Te ayudo a remover o prefieres disfrutar de mi brillante conversación?

—Prefiero lo segundo —dijo señalandome con la cuchara de madera —. Quédate ahí y mírame hacer magia.

—Si la pasta explota en el microondas, juro que no me voy a reír.

—Mentira —me apuntó con la cuchara de nuevo, salpicando un poco de salsa en el suelo.

—¡Nevan! ¡Estás dejando gotear la salsa!

—¿Qué? ¿Esto? —y, como buen desgraciado, me apuntó con ella.

—¡Ni se te ocurra!

Me bajé del banco, pero no fui lo suficientemente rápida. La cuchara con salsa voló y me cayó en el hombro.

—¡Estás muerto! —grité entre risas, agarrando un trapo para vengarme.

Nos enredamos como críos; él intentando mancharme con la cuchara y yo intentando golpearlo con el trapo, hasta que acabamos los dos jadeando de la risa, medio doblados y con el suelo hecho un campo de batalla gourmet.

—Esto ha sido una agresión con tomate —dije.

—Lo siento, bombón, la pasión me domina en la cocina.

—Estás enfermo.

—Pero irresistible, ¿no?

—Eso es lo peor —resoplé—. Que sí.

Cenamos sentados en la barra, compartiendo un vino que encontramos de milagro, sin abrir. Hablamos de cosas tontas —

unicornios frente a dragones, la probabilidad de que los mapaches formaran una banda organizada de ladrones— y me sorprendí a mí misma sonriendo como una idiota. Era pasta recalentada, había salsa en el suelo y probablemente ninguno de los dos sabía lo que hacíamos. Pero estábamos bien. Él me miraba como si me viera de verdad. Y yo me sentía, por fin, en casa.

Ya casi habíamos terminado pero Nevan, con una ceja levantada y esa sonrisa torcida que siempre me decía que se venía una tontería, agarró la botella de vino y sirvió un poco más.

—Ya que hemos abierto el vino… —empezó, alzando su copa—. Toca noche de película.

Levanté una ceja, recostandome contra la silla, escéptica.

—¿En serio? ¿*Netflix and chill*? —dije, ladeando la cabeza con sorna —. Todos sabemos que eso nunca es para ver la película, Grayson.

Él puso cara de escándalo absoluto y se llevó una mano al pecho como si acabara de acusarlo del peor crimen del planeta.

—¡Qué opinión más fea tienes de mí, bombón! —exclamó con fingido dolor.

Me reí llevándome el vaso a los labios para ocultar la carcajada. Era imposible tomárselo en serio cuando hacía esas cosas.

—Pues mira, para que veas lo civilizado que soy… —dijo desapareciendo por el pasillo con paso teatral.

Lo escuché abrir y cerrar cajones en el baño mientras recogía la cocina. Lo que fuera que estuviera planeando no podía ser normal. Era Nevan, después de todo.

Cuando volvió, me quedé congelada. Tenía en la mano dos mascarillas faciales: una verde chillón y otra morada con purpurina. Y una sonrisa de lo más satisfecha.

—Cambio de planes. Es noche de *skincare* —declaró con orgullo.

Me atraganté de la risa. Me doblé sobre la encimera sujetándome el estómago. Las lágrimas me salían de tanto reírme.

—No… no puedo con esto —logré decir—. ¿Nevan Grayson… usando mascarilla facial? ¡Dios mío!

—Oye —replicó, alzando una ceja como si se sintiera insultado—. Tener la piel hidratada no quita lo rudo, bombón. El autocuidado también es cosa de hombres.

Y eso, me encantó. No el chiste en sí, sino su falta total de complejos. Ese desparpajo con el que sostenía la purpurina como si fuera una medalla al mérito.

Lo miré con la sonrisa aún temblando en los labios.

—Vale, venga. Dame la morada —dije, estirando la mano.

—Sabía que no podrías resistirte —sonrió guiñandome un ojo.

Diez minutos después, estábamos sentados en la cama con las mascarillas puestas: él con la verde fosforescente y yo brillando como una bola de discoteca. Nos miramos y rompimos a reír otra vez. Estábamos ridículos pero felices.

Había algo liberador en esos momentos absurdos. En reírse hasta que doliera la barriga. En ver a alguien como Nevan, que por fuera parecía todo intimidante y caótico, estar tan cómodo en su propia piel. Y dejarme ser igual de libre.

Puede que no pusiéramos la película. O puede que la pusiéramos y ni la escucháramos. Pero esa noche, entre purpurina, vino y risas, no podía dejar de pensar que si esto era no complicarse, entonces quería más noches así. Muchísimas más.

Capítulo 38

Nevan

Caminé sin prisa por los senderos de tierra del campamento, sintiendo la brisa cálida de la mañana golpear mi piel. Aria había desaparecido temprano, se fue a la sala de baile mientras yo aún estaba despertando. Y, aunque me habría gustado despertar con ella enredada entre las sábanas, una parte de mí se alegraba. Me gustaba verla así: tomando las riendas, decidiendo por sí misma cuándo y cómo quería bailar, sin que nadie le dictara una coreografía o una obligación. Que ella eligiera su propio camino, aunque fuera solo dentro de esas cuatro paredes, era un paso más hacia la chica que yo quería redescubrir, la que no pedía permiso para brillar.

Era extraño estar aquí después de tanto tiempo. El lugar no había cambiado demasiado. Los caminos seguían rodeados de árboles frondosos, las cabañas de madera se dispersaban entre la vegetación y el aire seguía oliendo a esa libertad que, de niño, me supo a salvación. Porque cuando era un crío, este campamento fue lo único que se parecía un hogar. Aquí no tenía que caminar sobre cáscaras de huevo para no provocar un estallido de ira en mi padre, ni vigilar cada palabra para evitar que todo volara por los aires. Aquí no había olor a alcohol ni desesperación. Aquí, simplemente, no tenía miedo.

—¡Nevan Grayson!

Me giré al escuchar mi nombre y vi a un hombre acercarse con una sonrisa amplia. Me tomó un segundo encajar la pieza en mi memoria, pero cuando lo hice, solté una risa incrédula.

—¡Mierda, Tom!

Era uno de los monitores. Había envejecido, con canas en el pelo y arrugas que antes no estaban, pero seguía teniendo esa energía.

—Cuando vi tu nombre en el registro pensé que era una coincidencia —me dió una palmada fuerte en la espalda—. ¡El pequeño Nevan Grayson, de vuelta en casa!

Rodé los ojos.

—Sí, bueno… ya no soy tan pequeño, Tom.

—Ya lo veo. —Me escaneó con la mirada, cruzándose de brazos—. Joder, no puedo creerlo. ¿Sigues metiéndote en problemas?

Me reí con una mueca.

—Depende de a quién le preguntes.

—Siempre fuiste un caso, Grayson —dijo, negando con diversión—. Pero un caso con buen corazón. Me alegra verte de nuevo.

Ese comentario me dejó en silencio. No estaba acostumbrado a que nadie me dijera cosas así, y menos que alguien recordara al chaval que fui como alguien con «buen corazón».

—¿Sigues trabajando aquí? —pregunté, desviando la atención.

—Ahora soy el director. Alguien tiene que mantener este circo en pie.

—Joder, felicidades.

—Gracias, chico. ¿Qué te trae de vuelta? ¿Un respiro?

—Algo así —respondí. «Y Aria» pero me guardé el nombre para mí.

Tom asintió, como si pudiera ver a través de mis evasivas.

—¿Y qué tal estás, chaval?

Solté una risa seca, sin alegría.

—Igual de jodido que siempre.

Tom me lanzó una mirada extraña, cargada de una comprensión que preferiría no haber visto. Al final, solo dio una palmada en mi hombro.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estamos. No lo dudes.

Me alejé de él sintiéndome un poco más pesado. Sin darme cuenta, mis pies me llevaron al pequeño claro donde solía esconderme de niño. El césped seguía igual, salvaje y alto. Aquí pasé tardes enteras con una niña de ojos verdes y pecas que me hacía olvidar el infierno que me esperaba fuera. Fue aquí, entre el crujido de las ramas, donde entendí por primera vez que no estaba solo. Estaba de vuelta, con ella, y no tenía ni idea de qué demonios significaba eso.

Después de un rato, la necesidad de verla me empujó de nuevo hacia los edificios. Caminé por los pasillos hasta la sala de baile y, al asomarme por la puerta entreabierta, me quedé petrificado.

No estaba practicando una coreografía rígida. Estaba bailando con una libertad que me cortó la respiración. Sus piernas se elevaban con una elegancia que no parecía humana, pero era el conjunto lo que me tenía hipnotizado: el moño desordenado, los mechones escapando, la forma en que su cuerpo se fundía con la música. No estaba ejecutando pasos; estaba contando una historia.

Me quedé allí, como un idiota, sin poder apartar la vista. Esa era la Aria que recordaba, la que se escapaba conmigo a medianoche, la que no posaba para nadie. Y, entonces, como si el aire le avisara, sus ojos se encontraron con los míos. Se detuvo, su pecho subiendo y bajando del esfuerzo, y me dedicó una sonrisa suave.

—Menudo *déjà vu* —murmuró, intentando recuperar el aliento.

Me acerqué despacio, sintiendo un nudo en el estómago.

—Ha sido precioso, Aria —dije con la voz más grave de lo que pretendía.

Ella me miró con curiosidad, arqueando una ceja.

—¿Ah, sí?

—Hace unas semanas, cuando te vi bailar —hice una pausa, buscando las palabras—, eras impecable. Técnica pura. Pero muy fría. No había luz.

Sus labios se entreabrieron.

—¿Y ahora?

—Ahora sí estabas ahí —respondí sin dudar—. No he visto técnica. Te he visto a ti. Brillando.

Ella parpadeó, bajando la mirada un instante antes de volver a mis ojos, con un brillo intenso.

—No sé qué me pasa cuando bailo así, es como si todo desapareciera. Me había olvidado de lo que se sentía —suspiró, y una sombra de nostalgia cruzó su rostro—. Mi madre siempre quiso que cada movimiento fuera impecable, sin margen de error. El ballet es disciplina, perfección, nunca me enseñó que también podía ser libertad. Hoy… hoy me acordé de por qué me enamoré de esto. Lo necesitaba, Nevan.

No dije nada. Solo la miré, intentando que mis ojos le dijeran que no iba a dejar que se olvidara de esa sensación nunca más.

—Te entiendo —dije al final, acortando la distancia entre nosotros—. Cuando era crío, este campamento fue el único sitio donde podía respirar. En casa todo eran pasos medidos. Aquí podía equivocarme, reírme, ser yo.

Di un paso más, hasta que nuestras rodillas casi se rozaron.

—Por eso me jode tanto verte encerrada en lo que esperan de ti —continué, bajando la voz—. Sé lo que es vivir bajo un guión ajeno y sé lo que es salir de ahí. Lo que he visto ahora, Aria, esa forma en la que te movías, como si la música saliera de tu interior, es la versión de ti que quiero que el mundo vea siempre.

Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta y vi cómo sus hombros, de normal tensos, se relajaban.

—Entonces no me dejes volver atrás —pidió.

—No pienso hacerlo —respondí sin un ápice de duda.

El silencio que quedó entre nosotros no fue incómodo, fue una promesa silenciosa, un acuerdo tácito que sabíamos que iba a marcar un antes y un después.

Capítulo 39

Nevan

Me acomodé en la silla de madera de la terraza, estirando las piernas mientras observaba a Aria. Estaba sentada con las rodillas dobladas, una bolsa de patatas en el regazo, sacando una cada pocos segundos con gesto distraído. El sol del atardecer le daba de lleno en la cara, iluminando sus pecas y la suavidad de sus labios mientras masticaba.

Su melena dorada caía en ondas desordenadas por su espalda, y, joder, solo pensaba en cómo se vería ese pelo enredado en mis dedos, o desparramado sobre mi almohada mientras la obligaba a mirarme a los ojos. Tenía una necesidad física, casi dolorosa, de hundir las manos en sus mechones y besarle el cuello hasta arrancarle ese gemido que me volvía adicto.

Entonces me fijé en el libro que apoyaba contra sus muslos. Incliné la cabeza y, al ver la portada, sonreí como un cabrón. Era uno de esos libros cargados de escenas tan explícitas que harían sonrojar a cualquiera.

—Vaya… —dije estirandome hacia adelante, con el codo apoyado en la rodilla—. Así que de eso va tu cara tan concentrada.

Ella levantó la vista, frunciendo el ceño.

—¿De qué hablas?

—Del libro, bombón. —señalé la portada con la barbilla—. Tiene toda la pinta de tener más sexo que trama.

Se sonrojó al instante, cerrando un poco más las piernas como si eso pudiera ocultar su reacción.

—No es solo sexo, es romántico.

—Claro, romántico —contesté con una sonrisa socarrona—. Por eso llevas diez minutos mordiéndote el labio.

No me respondió, pero sus dedos se apretaron contra las páginas. Me incliné más, bajando la voz hasta que fue un ronquido.

—Si quieres practicar alguna de esas escenas solo tienes que decirlo. Prometo seguir las indicaciones al pie de la letra.

Rodó los ojos, pero no pudo evitar que sus labios se curvaran.

—Eres un idiota, Nevan.

—Sí, pero uno que sabe leer entre líneas —le lancé una mirada lenta de arriba abajo, rozando su piel con la vista antes de recostarme otra vez—. ¿Sabes qué pasa, bombón? Que cuando alguien lee esas cosas no puede evitar imaginarse cómo se sentirían de verdad.

—¿Y tú qué sabrás? —respondió, aunque su tono ya no era tan firme.

—Lo sé porque yo también lo haría —me incliné, apoyando el codo en el respaldo de su silla, invadiendo su espacio—. Pero en este caso no tendrías que usar la imaginación.

La vi tragar saliva. Sus pestañas bajaron un segundo, ocultando sus ojos verdes, antes de volver a clavarlos en mí con un desafío tembloroso.

—¿Y me vas a decir que lo harías mejor que lo que está escrito aquí?

—No. Voy a decirte que lo haría tan bien que no volverías a necesitar un libro para saber qué se siente.

Se quedó sin aire un instante.

—Estás demasiado seguro de ti mismo, Grayson.

—Solo soy consciente de mis capacidades. —Me recosté de nuevo, manteniéndole la mirada—. Y de lo fácil que sería hacerte cerrar ese libro y dejarlo caer al suelo ahora mismo.

Aria sonrió con picardía, alzando la barbilla en un intento desesperado por recuperar el control.

—Pues tendrás que esforzarte bastante más que diciendo un par de frases arrogantes.

—Oh, Morgan —mi voz bajó una octava, volviéndose oscura, rasposa —. No pienso gastar ni una sola palabra más. Voy a demostrártelo.

Me levanté despacio y rodeé la silla con la calma meditada de un depredador acorralando a su presa. Me incliné sobre ella desde atrás, encajandola entre mi cuerpo y el respaldo. Apoyé una mano en la madera y la otra, con una intención implacable, sobre su muslo desnudo. Sentí el salto brusco de su pulso bajo mi palma y cómo se le cortaba la respiración, pero no se apartó. No quería hacerlo.

—Sigue leyendo —susurré contra la curva de su oreja, dejando que mi aliento caliente le erizara la piel del cuello—. A ver cuánto tardas en perder el hilo.

Aria cerró los ojos un instante. Sus dedos pasaban la página con un temblor delator; estaba claro que no estaba enterándose de una sola palabra.

—¿Qué pasa? —murmuré, empezando a deslizar la palma hacia arriba, por la cara interna de su muslo, saboreando el calor ascendente de su piel—. ¿Se te ha olvidado por dónde ibas?

—No… —su voz apenas fue un susurro frágil.

Mis labios rozaron el espacio entre su cuello y su hombro, mordisqueando la piel justo donde el pulso le martilleaba desbocado.

—Pues sigue leyendo, en voz alta —insistí en un gruñido, mientras mis dedos alcanzaban el borde de su ropa interior.

Metí la mano por debajo de la tela de su ropa interior. Estaba empapada. El contraste entre el aire fresco de la tarde y el calor hirviente de su piel me confirmó que estaba exactamente donde quería.

Aria lanzó una mirada rápida hacia el libro, intentando aferrarse a la lectura como a un salvavidas. Inspiró hondo, con el pecho agitado.

—Él… él deslizó sus manos por mi… mi cintura… y me… empujó contra la pared… —leyó, y su voz se quebró en la última vocal cuando aparté la tela de su braga y hundí el pulgar en su centro, húmedo y resbaladizo.

—Sigue —ordené, manteniendo la presión.

—Su… su boca bajó por mi cuello… y sus labios… —hizo una pausa dolorosa, ahogando un gemido agudo cuando empecé a acariciar su clítoris hinchado con círculos lentos, firmes y deliberados—. Sus labios quemaban… mi… piel…

Deslicé un dedo hacia abajo, buscando la apertura de su sexo, y lo introduje despacio. Estaba tan mojada que mi dedo entró hasta el fondo sin la menor resistencia, apretado por la estrechez abrasadora de sus paredes. Aria soltó un jadeo sordo, un sonido puro de rendición que murió en el viento.

—No te he dicho que dejes de leer, Aria —le recordé al oído, empezando a mover la mano con autoridad, entrando y saliendo de ella con un ritmo denso, sintiendo cómo sus músculos se contraían a mi alrededor.

Ella intentó seguir, pero las palabras se le atascaban en la garganta.

—Sus dedos… encontraron mi centro… —la frase se cortó por un gemido largo y rasgado mientras añadía un segundo dedo, abriéndola más, y mi pulgar reanudaba el masaje frenético sobre su punto sensible—. Y-y… me hizo… ah… me hizo perder… el aliento…

Aumenté la presión y la profundidad. El chasquido húmedo de mis dedos trabajando en su interior resonaba con una nitidez obscena en

el silencio de la tarde. Con cada embestida de mi mano, su espalda se arqueaba contra mi pecho, buscando más fricción, más fondo. Ya no leía; solo balbuceaba sílabas entrecortadas mientras sus nudillos se volvían blancos apretando el papel.

—Me… me tomó… ah… tan fuerte… y… y yo…

—¿Y tú qué, bombón? —pregunté con voz ronca, pegando mi boca a su oído mientras apretaba el ritmo hasta volverlo implacable.

—Y yo… —intentó articular, pero los dedos le fallaron por completo.

El libro se le resbaló de las manos y cayó al suelo con un golpe sordo, quedando abierto e ignorado. No le di ni medio segundo para asimilarlo. Metí mis dedos más profundo, curvandolos hacia arriba para golpear ese punto interno que la hacía perder el juicio, mientras la mano que tenía sobre el respaldo bajaba para sujetarle la barbilla y obligarla a girar el rostro hacia mí.

—Mírame —le ordené, apartando un mechón de su melena para clavar mis ojos en los suyos, oscuros y dilatados por la lujuria—. Ya no tienes nada que leer. Solo mírame a mí.

Sus labios entreabiertos eran incapaces de formar una frase coherente; solo expulsaban gemidos graves, húmedos y desesperados. Se apoyó con fuerza sobre la silla, abriendo más las piernas, empujando sus caderas contra mi mano en una búsqueda salvaje de liberación.

—Eso es… ábrete bien para mí —murmuré, devorando la visión de su rostro desarmado mientras mi mano se convertía en un martillo dentro de ella—. Quiero que te corras aquí mismo. Mirándome a los ojos.

—Nevan… —jadeó, clavando las uñas en mi muñeca, no para apartarme, sino para aplastarme con más fuerza contra su centro—. ¡No puedo…

—Sí que puedes. Estás a punto de romperte. Hazlo para mí, Aria.

Aceleré la velocidad hasta un punto frenético. Mis dedos entraban y salían hondo, bañados por el líquido hirviente que brotaba de su interior, mientras mi pulgar aplastaba su clítoris en un movimiento frenético. El cuerpo de Aria se tensó como una cuerda a punto de quebrarse; sus muslos empezaron a temblar con violencia convulsiva y se aferró al borde de la madera con todas sus fuerzas.

—¡Nevan, joder!

El grito brotó de lo más profundo de su garganta, una liberación absoluta y, su sexo estalló en un orgasmo. Sus paredes se contrajeron en oleadas salvajes, aprisionando mis dedos con una fuerza increíble, mientras su cuerpo se sacudía en espasmos continuos. Solté un gruñido sordo contra su cuello, manteniendo la presión, sintiendo la marea de su placer inundarme la mano entera hasta que su resistencia cedió por completo.

Aria se desplomó hacia atrás contra mi pecho, deshecha, con el aire saliendo de sus pulmones en inhalaciones erráticas y el rostro bañado en un rubor encendido.

Saqué los dedos de su interior muy despacio, saboreando los últimos temblores de su cuerpo. Alcé la mano entre los dos, cubierta por el rastro espeso y brillante de su lubricación, y me llevé los dedos a la boca. La miré sin pestañear mientras me los limpiaba con la lengua, tragándome su sabor frente a sus ojos.

Aria me observaba con la mirada perdida, los labios hinchados y los pechos subiendo y bajando a un ritmo caótico.

—Eso ha sido bastante mejor que cualquier historia de ese libro, ¿verdad? —susurré, inclinándome para dejar un beso lento y húmedo en la curva de su cuello—. Te ves preciosa cuando te desarmas así para mí…

Ella soltó una risa suave, rota, todavía temblando de pies a cabeza. Enredé la mano en su pelo, dispuesto a inclinar su cabeza para besarla en la boca, para reclamarla de nuevo y llevarla directa a la

mesa, cuando el puto teléfono vibró sobre la madera con un zumbido insistente que cortó el aire como un cuchillo.

Me giré, maldiciendo, y vi el nombre en la pantalla.

Mamá.

Capítulo 40

Nevan

Bufé, dejando que la vibración se convirtiera en un zumbido sordo sobre la madera hasta que se apagó. Tiré el teléfono boca abajo, con un movimiento brusco, como si así pudiera borrar el rastro de mi madre de mi sistema.

Aria, que había seguido el movimiento con la mirada, arqueó una ceja.

—¿No vas a contestar?

Intenté relajar la mandíbula, pero sentí cómo se me tensaba hasta dolerme.

—No tengo nada que decirle.

—Pero es tu madre —replicó ella. Su voz tenía esa mezcla de curiosidad y suavidad que era capaz de desarmarme más rápido que cualquier provocación.

Y ahí estaba. La irritación subiendo, un calor sucio que me recorría el pecho. Pasar de tenerla jadeando entre mis manos, con la piel húmeda y el aliento corto, a hablar de mi madre era como un jarro de agua helada. Era irritante, joder, como si el pasado siempre esperara la oportunidad de colarse en mi presente para recordarme quién soy y de dónde vengo.

Me encogí de hombros, fingiendo una indiferencia que me costaba mantener.

—Eso no significa nada.

Ella no apartó la mirada. Podía sentir cómo analizaba cada gesto, cada reacción que intentaba esconder la verdad.

—Nevan…

—Déjalo, bombón —intenté zanjar, forzando una sonrisa torcida que no llegó a mis ojos—. No es nada importante.

Pero sabía que no iba a dejarlo estar tan fácil. Aria no era de las que soltaban una presa cuando intuía que había sangre debajo.

—Si no es importante, ¿por qué te has tensado así? —insistió.

Respiré hondo, contando hasta tres, como si eso pudiera aflojar el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—Porque es un tema del que no me apetece hablar, Morgan.

Inclinó la cabeza, apoyando la barbilla en la mano. Sus ojos verdes estaban clavados en mí, analíticos, como bisturís suaves que diseccionaban mis defensas. No era juicio, era atención pura.

—No tienes por qué contarme nada si no quieres —dijo bajando el tono—. Pero, Nevan… ¿Qué pasó con tu madre?

Cerré los ojos. La vibración fantasma del móvil todavía me retumbaba en las costillas. Odiaba esto, que viera más de lo que quería mostrar, sentir que el suelo, que hasta hace un momento era firme, empezaba a ceder bajo mis pies.

Me recoloqué en la silla, incómodo, tratando de encontrar una postura que no me hiciera sentir tan expuesto.

—No hay mucho que contar.

Aria no parpadeó. Solo esperó, paciente, tranquila. Resoplé, derrotado y me incliné hacia delante, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas hasta que los nudillos se me pusieron blancos. ¿Por qué coño tenía ese efecto en mí? ¿Por qué no podía soltar un chiste, una ironía, y desviar la atención como hacía con todo el mundo?

—Mira… —murmuré, mirando mis manos en lugar de enfrentarme a ella—. No es un tema bonito. No es como si ella hubiera sido la madre del año, ¿vale?

Silencio. Del tipo que no empuja, si no que solo está ahí, esperando.

—¿Te hizo daño? —preguntó con voz suave.

Mis ojos se encontraron con los suyos. Busqué lástima, pero no la encontré. Había algo más, algo más profundo. Negué con la cabeza casi de inmediato.

—No. Ella no.

Aria frunció el ceño, procesando mi respuesta. Vi el momento exacto en que ató los cabos sueltos, la revelación deslizándose por su mirada.

—Pero lo permitió —concluyó.

El pecho se me encogió. Aparté la mirada hacia las tablas de la terraza, hacia una astilla, hacia cualquier sombra que no fuera ella. Como si mirar algo concreto pudiera blindarme de la mierda abstracta que me ahogaba.

—No era tan sencillo.

—Lo era para ti cuando eras un niño, ¿verdad? —susurró.

Tragué saliva, sintiendo la presión en la garganta. No quería abrir esa puerta, esa puta caja de metal oxidado que llevaba años soldada. Pero Aria estaba ahí, mirándome con esos ojos que atravesaban mis muros, y por primera vez, no me sentí con el control.

Solté una risa seca, desprovista de cualquier atisbo de humor.

—¿Por qué coño quieres saber esto, Morgan?

—Porque quiero conocerte, Nevan —respondió con firmeza—. No la versión canalla y bromista que muestras al mundo. Quiero conocer al chico que fuiste. El que sigues siendo en el fondo.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo el nudo en mi pecho se apretaba más. El chico que fui. El niño que esperaba cada noche a que su madre lo sacara de aquel infierno. El que veía cómo ella se perdía en sus demonios mientras yo aprendía a hacerme invisible, a no hacer ruido, a tragarme la voz hasta que el silencio se volvió mi única armadura.

Apreté los puños, forzándome a respirar.

—No quiero hablar de eso.

El ambiente se cargó de una electricidad pesada. Yo seguía mirando a otro lado, incapaz de mirarla, porque sabía que si lo hacía, vería lástima. Y eso era lo único que no podía soportar.

Aria no insistió. No intentó colarse por la rendija. Se levantó. Sus pasos fueron suaves sobre la madera mientras se acercaba.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿Qué haces?

No respondió. Se acercó hasta estar justo frente a mí y, antes de que pudiera procesarlo, se subió a mi regazo. Mis manos volaron por instinto a su cintura para estabilizarla, pero ya estaba ahí, a horcajadas, encajando de manera perfecta contra mí.

—Aria…

Ella no respondió. Sus ojos estaban fijos en los míos, brillando con una intensidad que hizo que mi pecho se apretara. No había burla, ni juego. Solo estaba ella. Sus pupilas bajaron hasta mis labios y, sin previo aviso, me besó.

No fue un beso hambriento. Fue suave. Dulce. Una caricia que me decía sin palabras: «*estoy aquí*». Mis dedos se aferraron a su cintura, no para atraerla más, sino para anclarme a algo real, porque me sentía a la deriva. Esto era nuevo, no era físico; algo que me aterraba y me salvaba al mismo tiempo.

Se separó despacio, sus manos quedaron en mi cara, sus pulgares trazando círculos sobre mi piel.

—Tú tampoco tienes que huir de mí, Nevan Grayson.

El nudo en mi garganta se cerró. Desvié la mirada, sintiendo que me resquebrajaba, pero ella no se alejó. Se acurrucó en mi pecho, dejando que su cabeza descansara contra mi clavícula. Su olor a vainilla me envolvió, su respiración tranquila contra mi piel fue el único sonido en la terraza.

Me quedé inmóvil, con el corazón galopando contra mis costillas. Y entonces, por primera vez, el peso dejó de ser insoportable.

—Mi madre me enviaba al campamento todos los veranos —dije en voz baja, con una voz que no reconocí—. Siempre pensé que era porque le estorbaba. Pero ahora… creo que intentaba protegerme.

Aria se tensó un poco, pero no me interrumpió.

—Apenas había dinero para comer —continué con la mandíbula apretada—. Pero el día antes de mandarme aquí, siempre desaparecía. Volvía por la mañana con la mirada perdida… Y, al día siguiente, como por arte de magia, había dinero.

Mi pecho se tensó. El eco de lo que eso significaba golpeó el silencio.

—No me importaba —solté con una risa sin humor—. Porque este sitio era lo más parecido a un hogar. No había gritos. No había golpes. No había adultos drogados.

Mis propias palabras se sentían como golpes de nudillos contra el metal.

—Había días en los que ni siquiera hablaba con nadie. Solo me tumbaba en el césped, respiraba aire limpio y, por primera vez, no tenía miedo.

Silencio, uno espeso, cargado de verdades.

—No quiero tu compasión —dije cortante, antes de que pudiera decir nada.

Pero ella levantó la mirada. Sus ojos eran dos llamas encendidas.

—No iba a decir eso —respondió con una firmeza que me golpeó el alma—. Iba a decir, que no importa cómo empezó tu historia, ni cuántas veces intentaron joderte o hacerte sentir que no valías nada. No eres lo que ellos hicieron contigo, Nevan.

La voz se le quebró, y el aire se quedó atascado en mis pulmones.

—Eres lo que elegiste ser a pesar de ellos.

Sus palabras me atravesaron como una bala. Nadie. «*Nadie*» me había dicho algo así nunca. Ella no me miraba con lástima, ni intentaba arreglar mis partes rotas. Solo me veía. Y joder, eso significaba más de lo que jamás, en toda mi maldita vida, me atrevería a admitir.

Capítulo 41

Nevan

Recuerdo

Dentro de la caravana olía muy mal, a esa cerveza caliente que tomaba papá, a cosas oxidadas y a ese humo gris y espeso que me hacía toser un montón cuando jugaba en el suelo. Siempre estaba pegajoso. Cuando oí las ruedas de su camioneta grande frenar fuera en las piedras, la tripa se me puso muy dura y me costó respirar. Luego se oyeron sus botas pesadas subiendo los escalones de metal. Pum, pum, pum.

Yo ya sabía lo que tenía que hacer cuando sonaba eso: hacerme chiquitito. Me escondí corriendo en la esquina oscura que había entre la nevera vieja y el mueble donde mami guardaba los platos. Encogí las piernas y me crucé de brazos, como si fuera un ratón. Si papá no me veía, no se enfadaría conmigo. Si no hacía ningún ruido, a lo mejor pensaba que no había nadie en casa y se iba.

Pero hoy la puerta se abrió tan fuerte que chocó contra la pared, haciendo un ruido fuerte.

Papá entró gritando palabras prohibidas, de esas malas que mami no me dejaba decir. Estaba muy enfadado con su jefe del trabajo. Tenía los ojos muy grandes, rojos y feos, de esos que dan mucho miedo porque sabes que va a pasar algo malo. Tiró su chaqueta pesada, llena de barro, justo encima de donde yo estaba pintando. Mis lápices de colores rodaron por todas partes, debajo de la mesa. Cometí el error de estirar el brazo rápido para salvar el lápiz azul, que era mi favorito porque estaba ya muy cortito.

Y entonces me vió.

—¿Qué coño haces ahí escondido, estorbo? —rugió. Su voz era tan fuerte que me retumbó en el pecho.

No me dió un empujón flojo. Me agarró de la camiseta por detrás, levantándome del suelo como si fuera un muñeco de trapo, y me lanzó con todas sus fuerzas contra la esquina de la mesa de la cocina.

¡Pum! El golpe en la espalda me dejó sin aire y me entró mucha tos. Caí de rodillas al suelo, pero papá no había terminado. Me agarró del pelo, tirando hacia atrás para obligarme a mirarle, y me dió un bofetón enorme en la cara con la mano abierta. ¡Zas! Oí un pitido en mi oreja y me salió un agua roja y caliente de la boca que sabía a monedas.

—¡Levántate! —gritó, dándole una patada a una silla que chocó contra la pared—. ¡Mírame cuando te hablo!

Luego me dió dos patadas seguidas en las costillas con sus botas duras de trabajar. Fueron unos golpes fuertes, de los que se sienten muy dentro de los huesos. Me dolió tanto, tanto, que quería llorar a gritos y pedir socorro. Pero me mordí los labios muy fuerte para no hacer ningún ruido. Ya sabía las reglas de esta casa: si lloraba, papá se enfadaba más; si gritaba, me pegaba más fuerte. Así que me hice una bola perfecta en el suelo, tapandome la cabeza con los brazos y encogiendo las rodillas para que no me diera en la tripa. Cerré los ojos esperando a que sus botas se cansaran de mí.

En mitad de los golpes, cuando casi no podía ni respirar, giré un poco la cabeza por debajo del codo. Miré hacia el sofá; buscaba a mami.

—Mami... —dije muy bajito. Una súplica para que me salvara—. Mami, por favor, dile que pare. Dile que he sido bueno.

Pero mami estaba congelada. Estaba sentada en el borde del sofá, sosteniendo su taza de café llena de flores entre las manos. Tenía la mirada clavada en la pantalla de la televisión, pero estaba apagada,

negra. Ni siquiera parpadeaba. Tenía los dedos blancos de tanto apretar la taza, pero su cara era como la de una muñeca de plástico. No se movía. No lloraba. No decía nada.

Era como si su mente se hubiera ido a jugar a un sitio muy lejano, a un parque bonito donde no hubiera gritos, y dejado allí su cuerpo vacío, hecho de cartón, para que se quedara en el sofá. Estaba super cerca de mí. Si estiraba mi mano, podía llegar a tocarle el pie. Podía obligarla a volver. Pero ella no me miraba. Escuchaba cómo mi cabeza golpeaba contra el suelo, mis huesos crujir y mis quejidos. No movió ni un solo dedo.

Prefería no mirar, salvarse dentro de su cabeza y dejarme a mí solo aquí abajo, recibiendo toda la tormenta de papá.

El dolor de las patadas en las costillas me dolía, pero ver a mami mirándome sin hacer nada me dejó un frío horrible dentro del pecho. Tirado en el suelo pegajoso, aprendí que estoy solo en el mundo. Que mami no me quiere de verdad, porque si me quisiera, se levantaría a defenderme del monstruo. Sentí una rabia muy grande y muy caliente quemándome por dentro. Nunca, jamás en la vida se lo voy a perdonar. Cuando sea grande, me acordaré de este día y de su taza de flores.

Al final, papá soltó un gruñido feo, cogió otra cerveza de la nevera y salió de la caravana dando un portazo tan salvaje que una de las ventanas pequeñas del fondo se rompió con un ruido fuerte. ¡Clinc!

La caravana se quedó muy callada. Solo se oía el goteo del grifo y mis pucheritos ahogados.

Me costó un siglo moverme. Cada vez que intentaba arrastrarme por el suelo, un pinchazo espantoso me corría por el costado y me hacía llorar de rabia. Gateé como pude, despacito, arrastrando las piernas por el pasillo estrecho hasta llegar a mi rincón. Me metí en el hueco oscuro y lleno de pelusas que hay debajo de mi cama, porque ahí nadie puede verme.

Abracé mis rodillas, temblando de puro miedo y de frío, y cerré los ojos superfuerte, apretandolos tanto que veía luces de colores en la oscuridad. No quería estar en esta casa ni ver a mami congelada, ni a papá enfadado.

Así que me puse a pensar en Aria.

La veía en mi cabeza, apareciendo en mi escondite con su vestido de color rosa que parece una nube de azúcar y con todos esos lazos de colores que se le mueven en el pelo cuando salta. Me acordé de cuando se puso a dar vueltas en mitad de la sala de baile y me pilló mirándola por el agujero de la puerta trasera.

«¡Venga, Nevan, que es súper fácil!», me decía en mi mente, con esa voz suya que parece una musiquita alegre de juguete.

Recordé cuando me puse a su lado para imitarla, abrí los brazos para girar, me mareé un montón y me caí de culo contra el suelo de madera. Y de cómo ella, se tapó la boca con las manos y se rio un montón; pero una risa de las buenas, de las que no te hacen sentir tonto, de las que te dan ganas de reír a ti también. Nos lo pasamos tan bien aquella tarde que al final nos dolió la tripa, pero de felicidad, no por culpa de las botas de nadie. Pensé en sus ojos verdes tan grandes y en lo buena que era conmigo siempre, mirándome como si yo fuera alguien importante.

Pensando en Aria, mis manos dejaron de temblar. El dolor de las costillas se volvió un poco más flojo, como si estuviera más lejos. El olor feo a cerveza de la caravana desapareció y me quedé dormido allí abajo, en el suelo duro, abrazando mis piernas. Sabía que, mientras pudiera cerrar los ojos y pensar en ella, nadie en esta casa podría romperme de verdad.

Capítulo 42

Aria

Lo primero que hice al despertar fue girarme hacia el otro lado de la cama. Y ahí estaba Nevan. Dormido como un crío después de un día entero corriendo por el bosque, con una pierna colgando fuera del edredón, los mechones rubios revueltos, una mano apoyada sobre el estómago y la otra escondida bajo la almohada. Su respiración era lenta, profunda, ajena al caos que me seguía hirviendo por dentro.

Me incorporé con cuidado de no despertarle y caminé hacia la pequeña cocina de la cabaña, buscando algo caliente que me ayudara a ordenar el desorden que tenía en la cabeza. El silencio era cómodo, casi íntimo. Solo el susurro de los árboles mecía la mañana, y de vez en cuando, el crujir de la madera vieja al dilatarse con el calor. El sol ya se filtraba por la ventana, atravesando las cortinas claras y pintando sombras suaves sobre la encimera, como si nada en el mundo pudiera alterar esa paz.

Llené la cafetera con agua y puse dos cucharadas colmadas de café molido. Encendí el fuego y apoyé las manos sobre la encimera, dejando que mis pensamientos fluyeran, peligrosos e imparables.

Ayer Nevan me dejó ver una parte de sí mismo que muy pocas personas, si es que alguien más, han visto. Me dejó ver un poco de ese niño roto y solitario que creció entre gritos, golpes y abandono. A ese Nevan que encontró un pequeño respiro en un campamento de verano, el mismo en el que nos conocimos. Me apretó el pecho con solo recordarlo. Lo visualicé de pequeño, con esos ojos azules enormes, un poco más flaco, un poco más vulnerable, sin nadie a quien acudir, excepto ese tal Gus del que me habló.

¿Y su madre? ¿Qué clase de mujer puede mirar a su hijo y no verlo? ¿No protegerlo? Algo dentro de mí se removió con rabia y tristeza al pensar en ello. Porque Nevan no hablaba con rencor, hablaba con resignación. Como si lo tuviera tan asumido que ya no doliera. Pero dolía. Joder, dolía. Y más aún ver que ese dolor seguía guardado bajo todas esas capas de sarcasmo, sonrisas canallas y comentarios cargados de picardía.

El silbido de la cafetera me sacó de mis pensamientos. Apagué el fuego y preparé dos tazas, echando azúcar en la mía mientras removía despacio, viendo el líquido girar como si también pudiera arrastrar consigo mis emociones. Le preparé a él su café como sabía que le gustaba y lo dejé en la encimera para que lo tuviera listo al despertar.

Mientras tomaba el mío, me giré para echarle un vistazo desde donde estaba. Estaba precioso. Sí, precioso. Tenía el rostro relajado, las pestañas oscuras contrastando con su piel bronceada, esa barba de dos días que me volvía loca y, como no, su cuerpo.

Los pantalones grises caían bajos, dejando a la vista el elástico negro de sus boxers. No llevaba camiseta, así que podía admirar sin pudor todo su pecho tatuado. Era un caos de tinta y color, dibujos sin sentido aparente, entrelazados entre sí como si cada uno contara una historia distinta, una versión de sí mismo que había ido dejando por el camino. Cada trazo parecía tener un motivo, una emoción, aunque él dijera que se los hacía por capricho; sabía que era mentira. Nevan se construía a base de símbolos. Y joder, era una maldita obra de arte.

Llevé la taza a mis labios, pero ni siquiera saboreé el café porque me descubrí pensando en él de nuevo. En lo que acordamos: sin compromisos, sin complicaciones. ¿Y entonces por qué mi corazón se aceleraba cuando sonreía? ¿Por qué tenía la sensación de que si me besaba otra vez podría perder el control por completo? Cada vez que se me acercaba, que me rozaba sin querer, que me sonreía, mi cuerpo reaccionaba como si lo necesitara para seguir respirando.

No es como si tuviera una gran experiencia en esto. Antes de volver a ver a Nevan, solo había estado con unos pocos hombres y, siendo honesta, jamás lo disfruté. Todo era tan frío, tan mecánico, tan… apagado, que llegué a pensar que quizá el sexo no era para mí. Movimientos predecibles, manos sin prisa pero sin pasión, miradas vacías. Nunca me hicieron sentir nada que me erizara la piel.

Hasta que Nevan me miró con esa intensidad que parece atravesarte por dentro. Hasta que sus dedos recorrieron cada centímetro de mi cuerpo como si estuviera descubriendo un mapa hecho solo para él. Hasta que su boca me arrancó gemidos que ni sabía que podía emitir. Y joder, la forma en que me sostuvo la mirada cuando su lengua jugaba conmigo, mientras sus manos me mantenían en su sitio, me dejó desarmada.

No pude dejar de pensar en cómo sería ir más allá, sentirlo por completo. Pero no quería que fuera solo deseo, ni que se redujera a una simple descarga. Lo que más me asustaba era que, tal vez, para Nevan sí lo fuera. O peor, que él creyera que eso es lo que yo buscaba.

Bajé la mirada a mi taza, sintiendo el calor del café en mis dedos.

Quizá lo nuestro nunca pueda ser algo más. Quizá solo seamos dos personas rotas yendo por caminos opuestos que en algún punto se cruzan e intentan respirar por un rato. Pero si algo tenía claro era que, con él, respirar se sentía más fácil. Y aunque lo sabía desde hacía tiempo, ahora lo sentía con más fuerza que nunca. Estaba perdida por él.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta de la cabaña.

Fruncí el ceño, dejando mi taza a medio terminar en la encimera. No esperaba a nadie. Supuse que quizá sería alguien del personal, mantenimiento o alguna tontería así. Me limpié las manos en el pantalón corto de algodón que llevaba puesto y fui hacia la puerta, aún algo adormilada.

Al abrirla, me encontré con un hombre alto, de complexión fuerte, con una sonrisa amable y el cabello ya bastante canoso, aunque sus ojos irradiaban una energía joven. Me resultaba vagamente familiar, como si mi memoria intentara desempolvar una imagen de hace años, algo borrosa, en la que él también estaba. El hombre me miró con sorpresa y calidez, como si yo fuera alguien importante para él.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté, algo cautelosa, sujetando la puerta con una mano.

—¿Aria Morgan? ¿Eres tú, verdad?

Me tensé de inmediato. Ese tono... Lo conocía. Era ese que la gente usaba cuando creía saber más de tu vida que tú misma. ¿Un periodista? ¿Un admirador del ballet? ¿Alguien enviado por mi madre?

Pero su expresión no era de curiosidad morbosa. Era de genuina alegría.

—Soy yo, sí... —respondí, aún sin soltar la puerta del todo.

Entonces soltó una carcajada cálida, de esas que te contagian sin querer.

—¡Cómo has crecido! Claro que no me reconoces... Han pasado doce años. Soy Tom, fui uno de tus monitores en el campamento.

Su voz, su sonrisa, su energía, todo encajó de golpe. Como si una ficha acabara al fin el puzzle desordenado de mis recuerdos.

Abrí un poco más la puerta, sonriendo ya con verdadera calidez.

—¡Tom! Dios, claro… Perdona, no te había reconocido. Fue hace muchos años, pero fueron los mejores veranos de toda mi vida.

—Eso dicen muchos —respondió encogiéndose de hombros—. Algo debe tener este sitio. Aunque ahora, bueno, me tocó heredar el marrón. Soy el nuevo dueño.

Abrí los ojos sorprendida.

—¿En serio? Vaya, eso es genial.

—Sí, intento mantenerlo con el mismo espíritu de siempre. Y justo por eso estoy aquí. —Se inclinó, en tono de confidencia—. Mañana por la noche haremos una pequeña fiesta para los adultos. Primero una hoguera como las de antes, y después, abriremos el bar con música y barra libre. Todo muy informal. Venía a invitaros.

—¿A nosotros? —pregunté con una sonrisa creciente—. ¿A mí y a…?

—¿Me estoy perdiendo algo? —la voz de Nevan sonó justo detrás de mí, ronca por el sueño, y me giré para verle aparecer en la puerta, sin camiseta aún, con su pelo despeinado y una expresión curiosa. Se frotaba el ojo con una mano mientras la otra se apoyaba contra el marco de la puerta.

Tom soltó una carcajada.

—¡Nevan! —dio una palmada—. Qué bien verte otra vez.

—Tom, tío —Nevan sonrió y salió del todo, tendiéndole la mano que acababa de frotarse los ojos—. Pensaba que esta zona no te tocaba a ti.

—He hecho una excepción. —Tom nos miró con picardía—. Tenía que invitaros personalmente.

—¿He oído fiesta? —Nevan me miró con una ceja levantada, divertido.

—Sí. Mañana por la noche. Pero esta tarde vamos a empezar a preparar todo: decoraciones, música, cargar la leña para la hoguera… ya sabéis. Si os apetece echar una mano, cualquier ayuda es bienvenida.

—¿Qué opinas, bombón? —dijo Nevan con una sonrisa ladeada—. ¿Nos apuntamos?

—Por supuesto —respondí sin pensarlo demasiado. No sabía por qué, pero la idea de una noche de hoguera y música aquí, en este lugar que me estaba devolviendo parte de mi alma, me parecía perfecta.

—Contad con nosotros, Tom —confirmó Nevan mientras apoyaba un brazo sobre el marco de la puerta—. Estamos dentro.

—Perfecto. Entonces os espero esta tarde junto al edificio principal. No hace falta que traigáis nada, solo energía y ganas de cargar cosas.

—Genial —sonreí—. Allí estaremos.

—Me alegro de volver a veros, de verdad —añadió Tom antes de marcharse, despidiéndose con un gesto de la mano.

Nevan se giró hacia mí cuando cerré la puerta.

—Fiesta, hoguera, barra libre… ¿Crees que podrás soportarme toda una noche?

Le lancé una mirada afilada por encima del hombro mientras volvía a la cocina.

—Depende. ¿Prometes comportarte?

Nevan soltó una risa ronca mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina, echando mano de su café ya preparado.

—Bombón, comportarme no es mi especialidad. Pero puedo intentarlo.

Rodé los ojos y sonreí.

Capítulo 43

Nevan

Cargaba un par de cajas llenas de cables de luces y farolillos cuando mi espalda crujió como si tuviera ochenta años en lugar de veinticuatro. Llevábamos un rato ayudando con la organización de la fiesta para el día siguiente; Tom era un buen tipo y no nos importó echar una mano.

Aria estaba al otro lado de la zona común, junto a una chica llamada Mónica, organizando las botellas que acababan de llegar para la barra libre. Me apoyé un momento en una mesa mientras fingía estirarme, solo para poder observarla con disimulo. Llevaba una falda suelta que, joder, le hacía un culo perfecto. Redondo, firme, provocador. El top rosa pastel le ceñía el pecho con delicadeza, con detalles de encaje que no ayudaban en nada a mi autocontrol. Un lacito rosa le sujetaba la melena en una media coleta, dejando mechones sueltos que se mecían con la brisa. Parecía salida de un anuncio de verano. O de una de mis fantasías más oscuras.

Cuando se agachó para sacar algo de una de las cajas… mierda. Mi cuerpo reaccionó al instante, traicionero como él solo. Sentí la erección despertar contra la tela de mis pantalones y tuve que cerrar los ojos un segundo para recuperar el control.

No ayudaba nada que aún tuviera clavada en la cabeza la imagen de la otra noche. Su cuerpo debajo del mío, sus gemidos escapando entre sus labios hinchados, sus muslos temblando, su espalda arqueándose. Todo por mis manos. Solo mis manos. Y lo peor era que no dejaba de pensar en cómo sería si me daba permiso para algo más . Si pudiera tenerla de verdad. Toda. Pero no quería

presionarla. No con cómo estaba su vida, con todo lo que arrastraba. Aria era una mujer de normas, de compromisos, de intentar hacer siempre lo correcto aunque eso la destrozara por dentro.

«Sin compromiso», dijo ella. Pero, joder, ¿lo decía en serio o fue solo el impulso del momento? ¿Un escape? ¿Una ilusión temporal nacida del calor, del lugar, de mí?

Luego recordé cómo me besó en la terraza. No con hambre, ni como quien busca una descarga. Me besó con ternura. Como si dijera «estoy aquí, contigo». Me hizo sentir… jodido. Porque me gustó demasiado; me removió algo que llevo años enterrando. Y después le conté lo de mi madre. Un poco. Solo una grieta en el muro. Pero para mí, eso fue mucho. Demasiado. Y no salió corriendo ni me miró con lástima. Solo se quedó ahí. Conmigo.

Así que ahora la miraba, riéndose con Mónica mientras se recogía un mechón rebelde detrás de la oreja, y no sabía qué línea estábamos cruzando. O cuál no se podía cruzar. No sabía qué coño éramos. ¿Amigos?¿Algo más? ¿Algo menos? Algo peligroso. Pero sabía que no quería que esto se acabara.

Me ajusté la gorra hacia atrás, suspiré y me acerqué con una sonrisa ladeada y el corazón un poco más acelerado de lo que admitiría en voz alta.

—¿Todo listo por aquí o habéis decidido beberos las reservas? —pregunté, alzando una ceja.

—Lo estamos organizando todo muy bien, gracias —dijo Aria, con tono digno mientras me empujaba con la cadera para hacer sitio en la mesa.

—Y, de paso, estábamos probando un par de sabores nuevos —añadió Mónica con una risa suave—. Hay uno de maracuyá con ron que está de vicio… —me miró, mordiéndose apenas el labio inferior —. Si quieres luego te traigo un vasito. Para que lo pruebes tú también.

Noté la pausa. Ese «tú» tenía algo más detrás, algo dulce, insinuante. Mónica era guapa, no cabía duda. Morena, ojos castaños brillantes, piel dorada por el sol, un cuerpo bonito en ese short blanco y el top corto que dejaba al descubierto su abdomen plano. Pero yo solo asentí con una sonrisa educada.

—Suena bien —contesté sin más.

Mónica sonrió, coqueta, y pasó la mano por mi brazo de forma seductora antes de girarse y caminar hacia donde supongo estaría ese licor.

—«Oh, Nevan... ¿Te gustaría probar también este licor de maracuyá?» —Aria puso ojitos y batió muy deprisa las pestañas, imitando a Mónica mientras levantaba una botellita con dramatismo —. Acompañado de un abanico de frutas y con una sombrillita de colores, por supuesto.

—Wow —solté una carcajada, apoyándome contra la mesa—. ¿Eso ha sido tu imitación de coqueteo básico?

Aria giró hacia mí con una ceja alzada, su boca un poco curvada en una media sonrisa que intentaba ocultar la evidente ironía.

—¿No te ha parecido convincente? —preguntó con esa falsa inocencia que le salía demasiado bien—. Me he esforzado muchísimo, ¿sabes? Hasta le he puesto voz y todo.

—Estabas a un parpadeo lento de quitarte el sujetador y lanzármelo —me burlé bajando la voz solo para que ella me oyera.

Aria soltó una risa suave entre dientes y se mordió el labio. Joder. Esa maldita costumbre suya iba a llevarme a la tumba. Rodó los ojos y dio un paso hacia mí, dejando la botella sobre la mesa, pero con ese brillo en los ojos que delataba que estaba tramando algo.

—Solo estaba ayudando a crear ambiente —dijo alzando los hombros con falsa modestia—. No todos tenemos tus recursos naturales, Grayson.

—¿Recursos naturales? —solté otra carcajada, inclinándome un poco hacia ella—. ¿Te refieres a esta cara? —me señalé el rostro con una sonrisa de idiota—. Porque si es eso, deberías saber que es genética. No se entrena.

—Y egocentrismo nivel superior, por lo visto —murmuró, aunque la sonrisa seguía ahí, traicionándola.

Me acerqué un poco más, bajando la voz hasta que casi fue un susurro.

—¿Estás celosa, bombón?

Sus ojos verdes se clavaron en los míos, con ese destello que aparecía siempre que estaba a punto de soltar algo afilado.

—Yo no me pongo celosa —contestó muy digna.

—Ajá —asentí, fingiendo credulidad—. Claro. Por eso hiciste una imitación de voz de dibujo animado y me ofreciste un cóctel con «sombrillita».

Ella entrecerró los ojos con una expresión ofendida que no se creía ni ella.

—Quizá solo estoy tratando de evitar que una pobre chica inocente se enrede con un peligro como tú. Es servicio público, Grayson.

—¿Servicio público, eh? —reprimí una sonrisa mientras cruzaba los brazos—. No sabía que eras tan generosa.

—Bueno, alguien tiene que proteger a la humanidad —respondió con dramatismo,y luego volvió a mirar hacia donde Mónica se había ido, aunque el gesto no fue casual. Estaba chequeando. Verificando. Marcando territorio, aunque fuera con un gesto sutil.

Y joder, no podía gustarme más.

En ese momento, Mónica regresó con una pequeña botella en la mano y una sonrisa dulce, pero sus ojos se desviaron fugazmente hacia Aria, que ahora estaba más cerca de mí. Muy cerca. Lo suficiente como para que mi brazo rozara el suyo.

—Aquí tienes, Nevan. Pruébalo —dijo Mónica, extendiéndome la botellita.

Lo cogí con una sonrisa amable y, sin despegarme de Aria, me lo llevé a los labios y tomé un sorbo. Estaba dulce, fuerte e irrelevante comparado con la forma en que Aria me estaba mirando ahora, intentando aparentar total indiferencia mientras estaba pendiente de cada maldito detalle.

—¿Y? —preguntó Mónica.

—Está bueno —confirmé, con una sonrisa educada. Y después miré a Aria de reojo, ladeando la cabeza—. Pero tengo debilidad por otros sabores. Más intensos.

Aria bufó y negó con la cabeza, aunque su sonrisa era imposible de ocultar.

—Eres imbécil —susurró entre dientes.

Me incliné un poco más, con ese tono bajo que usaba solo para ella.

—Y tú estás celosa. Lo cual, por cierto, te sienta bien, bombón.

Me empujó con la cadera, justo como hizo al principio, pero esta vez con una risita traviesa escapando de sus labios.

—Sigue hablando y te echo encima una botella entera de ese licor.

—¿Promesa o amenaza?

—Sorpresa.

Mónica nos miró, alternando sus ojos de Aria a mí y de vuelta a Aria, aunque no pareció importarle mucho lo que vio.

—Mañana te veo, Nevan —se despidió Mónica cortando el aire entre Aria y yo como un cuchillo.

Su voz sonó forzada, incómoda, como si supiera a la perfección que estaba de más en esa batalla de dobles sentidos. Me giré hacia ella justo a tiempo para ver cómo se marchaba con prisa con la caja medio vacía en brazos.

—Si, de lejos… —murmuró Aria entre dientes, casi inaudible mientras cogía otra caja, la levantaba con esfuerzo y se metía en el pequeño almacén del bar.

Me pasé la lengua por los dientes, conteniendo una sonrisa. Joder, verla celosa era divertido. Esa chispa. Ese fuego que le nacía en la mirada. Esa forma tan suya de hacerse la dura cuando, en realidad, me quería para ella. Y ese pensamiento me encendió como gasolina.

Dejé la caja que tenía entre las manos y la seguí al almacén. Cerré la puerta con un clic que sonó como un cerrojo mental: aquí no iba a entrar nadie. Apoyé la espalda contra la madera un segundo, observándola mientras dejaba la caja en el suelo con cuidado, ajena —o no tanto— a que mis ojos la recorrían entera. Cuando se giró, me encontró ya demasiado cerca, bloqueando la salida.

Sus hombros se tensaron, sus pupilas se dilataron y su respiración se volvió un hilo corto y errático. En sus ojos no había ni rastro de enfado; lo que ardía allí era hambre pura, una expectación que me hizo tensar cada músculo de mi cuerpo.

—¿Qué haces…? —jadeó, pero mi mano ya estaba en su nuca, enredando mis dedos en su pelo para obligarla a inclinar la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello.

—No tienes que estar celosa de nadie, bombón —murmuré, rozando mis labios contra los suyos, provocándola con el calor de mi aliento —. Solo tengo ojos para ti.

No esperé a que procesara la respuesta. La besé, y esta vez no hubo sutilezas. Fue un choque salvaje, una declaración de intenciones. Mis labios se estrellaron contra los suyos con una urgencia brutal, mi lengua reclamando la suya con una fuerza que la hizo gemir contra mi boca. Sus manos volaron a mi camiseta, arrugándola, desesperadas por sentirme, mientras sus uñas se clavaban en mi espalda. La pegué a mi cuerpo con tal fuerza que sentí cómo sus pechos se aplastaron contra mi pecho, y la fricción de nuestros cuerpos encendió el aire entre nosotros.

Mis manos bajaron por su espalda, con una firmeza que rozaba el dolor, hasta dar con la curva de su culo. La agarré y la atraje hacia mi pelvis, dejándole claro, con la dureza de mi erección, lo que estaba provocando. El sonido que soltó, un gemido ronco y ahogado, fue el detonante que necesitaba para perder el control.

—Mmm… si… —susurró, con la voz rota.

La empujé hacia atrás, clavándola contra la estantería más cercana. Las botellas tintinearon, una caja cayó al suelo con un golpe seco, pero mi mundo se redujo en exclusiva a ella. Mis labios bajaron desde sus labios a su cuello, succionando su piel, marcándola con la presión exacta para que un estremecimiento violento le recorriera la columna. Mi mano derecha se coló bajo su camiseta, subiendo hasta encontrar su piel caliente, mis dedos trazando la curva de su pecho antes de apretar.

Ella arqueó la espalda buscando más, y aproveché ese movimiento para deslizar mi otra mano por la parte interna de su muslo, subiendo la tela de su falda hasta el límite. Mis dedos, impacientes, acariciaron la parte más sensible de su interior, sintiendo cómo estaba empapada, cómo se abría para mí.

—Joder, estás ardiendo… —gruñí contra su oído, sintiendo sus espasmos contra mis dedos.

Aria se aferró a mis hombros, su cuerpo un manojo de tensión y deseo. Abrió más las piernas, invitándome a buscar el punto exacto donde perdería la cabeza y estaba a un segundo de levantarla, de quitarle la falda y hundirme en ella contra ese metal frío, cuando…

Voces. Risas. Pasos acercándose al almacén.

Nos separamos de golpe. El aire se nos quedó atascado en la garganta. La adrenalina golpeó mis venas como un martillazo. Miré la puerta, maldiciendo en voz baja mientras me alejaba un paso para intentar recuperar la compostura. No entraron. Se alejaron por el pasillo.

Me giré hacia ella. Estaba hecha un desastre, y era la visión más excitante que había tenido en años. Tenía el pelo revuelto, los labios hinchados y húmedos, las mejillas encendidas y los ojos oscurecidos por el deseo no satisfecho. Su pecho subía y bajaba con una rapidez frenética.

Me incliné hasta su oreja, mi voz convertida en un gruñido ronco y cargado de frustración.

—Si no fuera porque pueden entrar en cualquier momento, te follaba aquí mismo, bombón. Contra esa estantería, hasta que no pudieras ni caminar.

Un estremecimiento brutal sacudió su cuerpo. Retrocedí un paso, dedicándole una sonrisa cargada de la tensión que nos quemaba vivos, y dije, intentando recuperar el tono normal:

—Pero supongo que te toca seguir organizando botellas.

Me sostuvo la mirada, sin moverse, respirando con dificultad. Entonces, una sonrisa dulce y envenenada curvó sus labios.

—Qué pena… —susurró con una picardía que me heló la sangre—. Hubiera sido un sitio interesante.

Me giré tan rápido que casi me tropiezo con una caja.

—¿Cómo dices? —pregunté con la voz más rota que nunca.

—Nada, nada. Solo pensaba en voz alta —se encogió de hombros, descarada, como si no acabara de lanzar una granada en medio de nuestra conversación—. Aunque, ya que me has dejado a medias, voy a necesitar que me compense, ¿no crees?

Me tomó un segundo procesar el reto, para que la sangre bajara de golpe y la urgencia me dominara por completo. Agarré su muñeca con firmeza, tirando de ella hacia mí.

—Nos vamos a la cabaña. Ahora.

No se resistió. Asintió con una sonrisa que fue la sentencia de muerte para mi autocontrol, y salimos de ese almacén como si

estuviéramos huyendo de un incendio que ya nos había quemado la piel.

Capítulo 44

Aria

No recuerdo qué excusa pusimos. Algo rápido, improvisado; ni siquiera sé si alguien nos creyó o si les importó. Lo único que sé es que, en cuanto salimos de ese almacén, mi corazón latía tan fuerte contra mis costillas que el aire me sabía a quemado. Mis piernas se movían por instinto, arrastrándome hacia la cabaña con una urgencia que no me dio tiempo ni a procesar.

Cruzamos el campamento como si nos persiguieran los demonios. El aire entre nosotros era pura electricidad. Nevan me agarró de la mano con posesión tirando de mí y, cada vez que nuestros cuerpos chocaban al caminar, el roce me dejaba una quemadura en la piel.

En cuanto cruzamos el umbral y el golpe de la puerta al cerrarse retumbó en la cabaña, el control saltó por los aires. Nevan me acorraló contra la madera sin darme tiempo ni a respirar. Su boca cayó sobre la mía con un hambre feroz, devorándome en un beso salvaje, un choque directo de lenguas y dientes que me aceleró el pulso a mil por hora.

Mis manos se clavaron en sus hombros con desesperación. Sin deshacer el beso, me agarró por los muslos con sus manos grandes y firmes y me alzó en vilo. Por instinto, le rodeé la cintura con las piernas, pegando mi zona más sensible a la suya mientras sentía la dureza de su erección marcándose a través de la tela de su pantalón. Nos movimos a trompicones, devorándonos a besos, hasta que me llevó a la gran mesa de madera rústica del salón y me sentó en el borde.

Allí rompió el beso apenas unos centímetros para mirarme. Tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos azules parecían dos pozos negros. Con manos temblorosas pero rápidas, me agarró la camiseta y me la tiró por la cabeza de un tirón. Acto seguido, desenganchó mi sujetador y lo lanzó lejos.

Se quedó inmóvil un segundo, deleitándose con las vistas. Su mirada recorrió mi piel desnuda con una mezcla de ansia desmedida y una devoción que me puso la piel de gallina.

—Eres una obra de arte, Morgan —murmuró con la voz rota.

Sus labios bajaron por mi mandíbula, dejando un reguero de besos húmedos y ardientes por mi cuello que provocaron un gemido agudo. Bajó hasta mis pechos, tomándolos con sus manos para alzarlos hacia él. Rodeó uno de mis pezones con la lengua, saboreándolo, dándole lametones lentos y circulares antes de succionarlo con fuerza. Me arqueé hacia atrás sobre la mesa, clavando los dedos en su pelo fuera de mí, mientras él pasaba al otro pecho, mordiéndome con una ternura salvaje que me hacía arder por dentro.

Bajó sus besos por mi abdomen hasta llegar al botón de mis pantalones. Los desabrochó con urgencia, tirando de ellos y de mi ropa interior hacia abajo hasta dejarlos a la altura de los tobillos. Me quedé desnuda ante él, expuesta, abierta y empapada de deseo.

Fue en ese instante cuando Nevan, al ir a desabrocharse su propio pantalón, se detuvo de golpe. Se tocó los bolsillos, miró a su alrededor y luego fijó sus ojos en la mesa vacía.

—Mierda… —soltó un gruñido bajo lleno de frustración, apretando la mandíbula—. No tengo condones aquí, Aria. No pensaba que terminaríamos así y jamás te pondría en riesgo.

Verlo luchar contra su propio instinto por cuidarme me derritió. Sonreí despacio, incorporándome un poco para tomar su rostro entre mis manos.

—Tranquilo… Tomo la píldora desde hace años, Nevan. Estoy más que protegida.

Nevan se quedó quieto, asimilando mis palabras mientras la tensión de sus hombros se relajaba.

—Estoy limpio, bombón —dijo con voz grave y sincera—. Siempre me cuido pero, si tú estás segura, no hay nada en este mundo que desee más que sentirte así. Piel con piel.

—Confío en ti —susurré devolviéndole la mirada con total certeza.

Eso rompió cualquier freno que le quedara. Nevan volvió a lanzarse sobre mi boca en un beso hambriento, desesperado. Se deshizo de sus pantalones de un manotazo, liberando su miembro rígido y palpitante.

Su mano bajó por mi vientre hasta colarse entre mis muslos abiertos. Sus dedos, húmedos por mi propio deseo, empezaron a acariciar mis labios, abriéndome con lentitud. Hundió un dedo dentro de mí, provocándome un gemido sordo contra su boca, mientras su pulgar encontraba mi clítoris hinchado y empezaba a masajearlo en círculos rápidos.

—Mira cómo estás… estás chorreando por mí —susurró contra mis labios, disfrutando del sonido húmedo de sus dedos moviéndose en mi interior.

No me quedé atrás. Necesitaba tocarlo también. Deslicé mi mano hacia abajo hasta envolver su erección con los dedos. Estaba hirviendo, duro como la piedra y cubierto por una gota de líquido preseminal en la punta. Empecé a masturbarlo de arriba a abajo con un ritmo lento y firme, sintiendo cómo se tensaba bajo mi tacto. Nevan echó la cabeza hacia atrás y soltó un taco entre dientes, perdiendo el aliento.

—Joder, Aria… vas a hacer que me vaya a la mierda antes de empezar —dijo agarrándome la muñeca para frenar mi mano.

—Pues follame ya —le provoqué rozando mi boca con la suya—. Deja de hablar.

Nevan sonrió con esa chispa canalla. No me dio tiempo a reaccionar. En lugar de tumbarme sobre la mesa, pasó sus brazos por debajo de mis nalgas, me enganchó con fuerza y me levantó en vilo de la madera, sacándome en brazos. Rodeé su cintura con las piernas, suspendida en el aire, aferrándome a sus hombros. Nevan me alineó de pie, colocó la cabeza de su miembro justo en mi entrada y, sosteniendo todo mi peso con sus brazos musculosos, empujó las caderas hacia delante. Me penetró de un solo golpe, hundiéndose hasta la base en el aire.

Grité al techo de la cabaña, sintiendo cómo su grosor me estiraba y me llenaba por completo mientras colgaba de él. Sin salir de mí ni un solo milímetro, Nevan caminó los dos pasos que nos separaban de la pared más cercana y me estampó con fuerza contenida contra la madera sólida. El golpe de mi espalda contra la pared fijó mi posición. Tenía mis piernas cruzadas con firmeza tras su espalda y sus manos me sujetaban con una fuerza abrumadora por debajo de los muslos, manteniéndome elevada a la altura perfecta para él.

Empezó a follarme ahí mismo, de pie contra la pared, con un ritmo desenfrenado y salvaje.

Cada embestida desde abajo era aplastante, profunda, directa a mi centro. El sonido de su pelvis chocando con la mía retumbaba por toda la estancia, mezclado con nuestros jadeos entrecortados. Mis paredes internas se amoldaban a él, apretándolo en cada embestida mientras el roce continuo de nuestras pieles sudorosas elevaba la temperatura a niveles insoportables.

—Mírame, Morgan —ordenó con la voz raspada, manteniendo sus acometidas firmes e implacables—. Mírame mientras te follo.

Le obedecí, clavando mis ojos en los suyos mientras sentía cómo me levantaba y me dejaba caer sobre su miembro una y otra vez. La sensación de estar atrapada entre su cuerpo y la pared, suspendida en el aire por su fuerza, me estaba llevando al límite.

—Soy tuyo, Aria… —gruñó, inclinándose para morder con ligereza la unión entre mi cuello y mi hombro, arrancándome un escalofrío eléctrico—. Y tú eres toda mía.

—Sí… Nevan… no pares… —supliqué sintiendo cómo un nudo de placer insoportable se apretaba en mi bajo vientre.

Nevan aceleró el ritmo, convirtiendo las embestidas en un martilleo rápido, brutal y certero. Apoyó mi espalda aún más fuerte contra la madera y desvió una de sus manos de mi muslo para presionar su pulgar contra mi clítoris mientras continuaba penetrándome sin piedad.

Ese doble estímulo fue el detonante definitivo. El orgasmo me golpeó como una descarga eléctrica. Mi vagina comenzó a contraerse en espasmos violentos, apretando su miembro mientras un grito de placer se me escapaba de la garganta. Clavé las uñas en su espalda, temblando entera mientras me deshacía en sus brazos.

Nevan sintió mis contracciones apretándolo por dentro y perdió el último resquicio de autocontrol.

—Joder, me voy… —siseó entre dientes.

Dio dos estocadas finales, brutales y profundas, hundiéndose hasta el fondo. Se pegó a mí con todo su peso, sepultando su cara en mi cuello mientras soltaba un rugido gutural. Sentí los latidos violentos de su erección dentro de mí mientras se derramaba en chorros densos y calientes, llenándome por completo mientras la tormenta llegaba a su fin.

Nos quedamos así durante un largo rato, pegados a la pared. Nevan no me soltaba, sosteniendo mi peso con los brazos mientras nuestras respiraciones desbocadas buscaban estabilizarse. Sentía el latido frenético de su corazón contra mi pecho y el calor de su semen dentro de mí.

Poco a poco, con una lentitud casi dolorosa, Nevan se deslizó fuera y me bajó despacio hasta que mis pies tocaron el suelo. Mis piernas

estaban tan temblorosas que casi colapsé, pero me rodeó la cintura con sus brazos para sostenerme.

Tenía el pelo revuelto, el pecho sudoroso subiendo y bajando y una sonrisa exhausta en los labios.

Sintiendo que mis piernas aún temblaban y que apenas me mantenía en pie, Nevan me pasó un brazo por la espalda y el otro por debajo de las rodillas, tomándome con una delicadeza infinita. Me alzó en brazos con cuidado, como si de pronto fuera de cristal, y me llevó despacio hacia la cama. Me depositó sobre el colchón con extrema suavidad y, sin perder el contacto ni un solo segundo, se acomodó encima de mí, cubriéndome con la calidez de su cuerpo desnudo.

Durante unos segundos, la habitación solo quedó poblada por nuestras respiraciones erráticas, un eco húmedo de lo que acababa de ocurrir y el calor pegajoso de nuestros cuerpos fundidos bajo el sudor. Nevan mantenía su frente apoyada en la mía, su peso todavía sobre mí, negándose a dejar ni un centímetro de espacio. Me miraba con esa intensidad oscura, una mezcla de posesión absoluta y algo más profundo que me provocaba un vértigo real al intentar descifrarlo.

—Mierda… —susurró su voz aún ronca, raspando contra mi piel antes de sellar sus labios con los míos en un beso que, a diferencia del anterior, era lento, hambriento y cargado de una ternura que me desarmó—. No tengo ni idea de cómo se supone que voy a dejarte ir después de esto.

La frase me arrancó una sonrisa débil. Lo atraje hacia mí, desesperada por mantener esa sensación de estar envuelta por él, de que el mundo exterior no existiera.

Nevan se separó con cuidado el aire frío colándose donde antes solo había calor. Su piel seguía ardiendo contra la mía, y el ritmo de su corazón, todavía acelerado, golpeaba con fuerza contra mi mejilla.

—Definitivamente… —susurró contra mi boca, dándome un beso suave, dulce y salado por el sudor—... esa pared es mi nuevo lugar favorito de la casa.

Me reí, aunque me faltaba el aliento, atrapada en esa estela de agotamiento y euforia que me hacía vibrar cada nervio de mi cuerpo.

—Preciosa. Eres perfecta, Aria —susurró contra mis labios, marcando cada palabra antes de volver a besarme, un beso profundo que me recordó que seguía siendo suya.

Era una sensación nueva, una desconexión total de la realidad. Me sentía flotando.

—Ha sido… —intenté recuperar el aliento, buscando las palabras, pero mi cerebro solo podía pensar en la intensidad del momento—. Joder, Nevan. Ha sido increíble.

Escuché su risa, grave y cargada de una satisfacción depredadora. Mis terminaciones nerviosas aún estaban a flor de piel; cuando sus dedos descendieron con una lentitud deliberada por mi cintura desnuda, dibujando caminos invisibles sobre mi sudor, un escalofrío me recorrió la espalda. Abrí los ojos, encontrándome con su sonrisa ladeada y ese brillo canalla en sus ojos azules. Me observaba como si hubiera ganado el trofeo más valioso del mundo.

—¿Increíble, eh? —repitió con fingida modestia, pasando una mano por su pelo revuelto y húmedo—. Lo sé, bombón.

Rodé los ojos, sintiendo el calor subirme a las mejillas, pero no pude contener la sonrisa.

—¿Siempre eres tan insoportable después del sexo?

—Oh, cariño, no digas eso —se inclinó, dejando un beso perezoso, casi una marca, en mi clavícula—. Solo estoy disfrutando del momento en el que al fin admites que soy el mejor polvo de tu vida.

Le di un empujón suave en el pecho, un intento inútil de apartarlo. Nevan se rió, un sonido que me vibró en el pecho, y me atrapó la muñeca con una facilidad insultante, arrastrándome de vuelta hacia

él. Su cuerpo, sólido y relajado, era un ancla que no tenía intención de soltar.

—Venga bombón, dilo otra vez. Me encanta cómo suena en tus labios.

—Eres un imbécil —murmuré, pero la risa se me escapó antes de poder evitarlo.

—Un imbécil «increíble» —corrigió con socarronería, mirándome como si fuera lo único importante en el mundo.

Me separé un poco buscando espacio, no porque quisiera irme, sino porque el miedo empezaba a filtrarse. ¿Qué venía ahora? ¿Tenía que vestirme? Me quedé allí, con las piernas dobladas, dudando. Nevan me miraba con esa paciencia inusual, con una calma que me descolocaba. Entonces, con un movimiento fluido y una sonrisa casi perezosa, abrió el brazo que tenía libre y murmuró:

—Ven aquí, bombón.

Dudé. Mi corazón dio un vuelco, golpeando mis costillas con una fuerza renovada.

—No tienes pinta de ser de los que se acurruca después —solté, intentando disfrazar el nerviosismo con un tono ligero.

Vi cómo su mandíbula se tensaba por una fracción de segundo. Una reacción mínima, casi imperceptible. Parpadeó, respiró hondo y, cuando me miró de nuevo, su voz había perdido todo rastro de arrogancia, volviéndose cruda y honesta.

—No lo soy —admitió, sin filtros—. Nunca me ha gustado. Después de hacerlo, siempre he preferido estar solo. Que la puerta se cierre tras ellas.

Me giré hacia él, con el ceño fruncido, intentando procesar la confesión.

—¿Entonces por qué…?

—Porque contigo no quiero eso, Aria. —Su voz fue firme, un golpe directo a mi pecho—. No quiero que te vayas ni quiero que me dejes solo. Me importa una mierda el espacio, el silencio o lo que haga de normal después. Quiero estar aquí, contigo.

Sus palabras me cortaron la respiración, abriendo una grieta en la coraza que no sabía que tenía. Entendí, sin necesidad de que explicara nada más, que aquello era territorio virgen para él. Que le costaba, que le quemaba admitirlo, pero lo estaba haciendo. Por mí.

Sin decir una palabra, me deslicé hasta él y me enterré en su pecho, buscando refugio en sus brazos. Su olor, su calor, el ritmo pausado de su corazón bajo mi oído… era demasiado abrumador y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde debía estar. Sentí que estaba en casa.

Capítulo 45

Aria

Me desperté en mitad de la madrugada sumergida en una calidez que me envolvía como una manta pesada. Estaba envuelta en calor, literalmente.

Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Nevan, sintiendo el ritmo pausado y profundo de su respiración vibrando bajo mi mejilla, un latido constante que me servía de ancla. Su mano, grande y pesada, descansaba con familiaridad sobre mi cintura, y nuestras piernas estaban entrelazadas, nudosas, como si nuestros cuerpos hubieran buscado por instinto el contacto durante la noche y se hubieran encontrado como si nada.

Pero no hubo sobresalto. No me aparté ni necesité fingir que dormía para escapar de la realidad del momento.

Me sentía… a gusto, tranquila, como si, en la inmensidad de esa habitación, hubiera encontrado un refugio que ni siquiera sabía que mi alma estaba reclamando. Cerré los ojos un instante, dejando que el calor de su piel se filtrara a través de la mía, rindiéndome por completo a a intensidad de la noche.

Mi mano, movida por un impulso silencioso, se deslizó despacio por su pecho. La yema de mis dedos recorrió uno de sus tatuajes, el que tenía un par de dados cayendo sobre un fondo de cartas en blanco y negro, justo sobre su costado. Nunca le había preguntado por la historia detrás de tanta tinta; siempre me parecieron narraciones visuales, algunas cargadas de rabia; otras, de una ironía oscura, intensas… como él.

Pero lo que me obligó a detener el movimiento no fue el diseño si no la textura. Un pequeño relieve que rompía la suavidad de la piel y no encajaba con la tinta.

Fruncí el ceño y acaricié la zona con una lentitud casi reverencial. Ahí, escondida bajo el arte, sentí lo que no había notado antes: una línea fina, irregular. Como si la piel hubiera sido abierta brutalmente tiempo atrás y sanara dejando una cicatriz que no quería ser vista.

Me incorporé con cautela, apoyándome sobre un codo para observar con atención. A simple vista era imposible distinguirlas. Los tatuajes estaban colocados allí con una intención clara: camuflar, ocultar, enterrar. Tragué saliva, con un nudo formándose en mi garganta. Ahora que mis dedos las habían encontrado, empezaba a verlas por todas partes. Debajo de la calavera sonriente de su hombro, al borde de la serpiente enredada en su puñal, cruzando su antebrazo. Cortes, pequeños círculos, líneas delgadas y pálidas. Algunas profundas, otras apenas un rastro. Si no fuera porque las estaba tocando, nunca habría sospechado que estaban ahí.

Mi pecho se encogió. *«Joder, Nevan… »*

No dije nada. No podía. Él seguía dormido con el rostro relajado, ajeno a mi escrutinio. Y de repente, sentí una presión en el pecho, una punzada de dolor puro. Porque este hombre que se pasaba el día bromeando, que me besaba con una intensidad que borraba mi mundo, que se cubría con esa máscara de tipo duro y despreocupado, cargaba con todo aquello bajo la piel.

No me lo contó ni tenía porqué hacerlo. Pero me dolía. Me dolía como si ese dolor suyo, viejo, oculto y silenciado, hubiera encontrado la forma de filtrarse dentro de mí.

Volví a recostarme con extrema delicadeza, sin hacer ni un ápice de ruido. Y esta vez, no me acurruqué por simple placer, lo hice porque quería protegerlo. De querer cuidar lo que alguien, en algún momento, fue incapaz de valorar. Apoyé la frente en su cuello, dejando que su respiración calmara el caos que empezaba a formarse en mi cabeza. Sin pensarlo, mis labios buscaron su

hombro, justo sobre la piel rugosa de la cicatriz. Lo besé. Un roce suave, tierno, una promesa silenciosa. Como si con ese pequeño gesto pudiera borrar una mínima parte de la crueldad que lo había marcado.

Mis dedos recorrieron su cuerpo, acariciando las marcas ocultas. Ya no podía dejar de verlas; eran parte de su historia, estaban en todas partes… y no me daban miedo. No me asustaban, me partían el alma. Pasé los dedos por su clavícula, por sus brazos, descubriendo más rastros. Algunas eran circulares, antiguas quemaduras que me hicieron estremecer. Cada caricia era un acto involuntario de aceptación, de cuidado.

—Aria… —Su voz, ronca y cargada de sueño, me sobresaltó.

Me quedé helada. Levanté la mirada con lentitud, encontrándome con sus ojos azules abiertos, fijos en los míos. No había sorpresa en ellos, solo una calma inquietante.

—¿Estás despierto desde hace mucho? —pregunté, con un hilo de voz.

Él asintió despacio, su pecho subiendo y bajando bajo mi mano.

—Desde que has empezado a acariciarme como si fuera de cristal —murmuró, con un leve atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios, pero sin rastro de burla.

—No eres de cristal —respondí, negando con la cabeza, mis ojos brillando por la emoción contenida—. Pero eres importante. Y esto, —volví a trazar una de las cicatrices con el pulgar,— esto no debería de estar ahí.

Nevan guardó silencio. Parecía estar librando una batalla interna, sus dedos apretando mi cintura con fuerza, como si necesitara anclarse a mi calor.

—Mi padre —dijo por fin, con una frialdad que me caló los huesos—. La mayoría… fueron por su culpa.

Me tensé, pero me obligué a quedarme quieta. Solo quería escuchar.

—Cuando era crío, cualquier excusa le bastaba para estallar. Un jarrón roto, una mirada que no le gustaba, un silencio... —Soltó una risa amarga, sin humor—. A veces ni siquiera necesitaba un motivo. Llegaba borracho, hecho una mierda, y se desquitaba con nosotros. Mi madre intentaba protegerme, interponerse, pero al final… —hizo una pausa, su mandíbula se tensó hasta marcarse—. La golpeaba a ella también. Hasta que empezó a escapar como podía, drogándose para no sentir nada. Y entonces… entonces ya no quedaba nadie entre él y yo.

Cada palabra era un golpe. Cada silencio entre frase y frase, una herida abierta.

—Los cortes más finos son de un cuchillo de cocina. Un día me lanzó contra la encimera porque no había cerrado bien la puerta del congelador —se encogió de hombros, con una indiferencia que me hizo querer llorar—. Las marcas redondas, son quemaduras. Cigarrillos. Velas.

—Nevan… —mi voz salió rota, ahogada.

—No lo cuento para que sientas pena por mí —me cortó, mirándome con una intensidad que me inmovilizó—. Solo que estás tocando partes que nadie más toca. Y no quería que te inventaras una historia heroica en tu cabeza. Prefiero que sepas la verdad.

Mis dedos temblaron contra su piel, pero no los aparté. Jamás lo haría.

Me incliné y besé otra marca, esta vez sobre su clavícula, sintiendo cómo se tensaba bajo mis labios. No se apartó. No dijo nada. Solo respiró hondo, como si ese gesto hubiera tocado algo enterrado demasiado profundo.

Me separé apenas unos centímetros, mi mano firme sobre su pecho.

—Sí me duele, Nevan —susurré. Mis ojos buscaron los suyos, asegurándome de que viera que no había ni una pizca de mentira en lo que decía—. Me duele en el alma saber que pasaste por eso. Me duele imaginar al niño que fuiste… tan solo. Con tanto miedo.

—Aria… —intentó frenarme, pero le apreté la mano, obligándolo a escucharme.

—Pero no te miro con lástima —negué con fuerza, decidida—. Te miro con orgullo. Porque sobreviviste. Porque estás aquí. Porque, joder, después de todo eso, podrías haberte convertido en cualquier monstruo… y sin embargo, aquí estás, siendo un buen hombre. —Tragué saliva, con la garganta apretada—. Sigues sonriendo, sigues sintiendo. No sé cómo lo haces, pero es increíble.

Nevan cerró los ojos, como si mis palabras fueran demasiado pesadas, como si le dolieran.

—No digas eso, Aria… —murmuró, su voz cargada de una aspereza que ocultaba algo más—. No soy un buen hombre.

Sus palabras me arañaron por dentro. Lo miré con fijeza, sin retirar la mano de su rostro.

—Eso es una puta mentira —mi voz salió firme, sin dejar espacio a la duda—. Sí que lo eres. Lo has sido conmigo desde el primer segundo. No ha habido ni un instante en que me haya sentido insegura a tu lado. Ni uno solo. —Él negó, pero siguió escuchando—. Me haces sentir segura, protegida, escuchada. Deseada… —me detuve un segundo, tragando saliva—. Me haces sentir viva, Nevan. Y eso no puede hacerlo un mal hombre.

Nevan tembló. No fue un movimiento leve; un estremecimiento recorrió cada músculo de su cuerpo, como si mis palabras hubieran perforado su armadura. Abrió los ojos y me miró como si me estuviera viendo de verdad por primera vez, desarmado.

—Eso… —su voz se quebró, pero se obligó a continuar—. Eso solo es contigo, Aria.

Mis labios se entreabrieron, aturdida por su confesión.

—Me he portado mal con muchas mujeres —admitió, con esfuerzo, como si cada palabra fuera un cristal roto—. Nunca las he lastimado, jamás sería capaz de ponerle una mano encima a una mujer, pero sí

las he usado. Las dejaba entrar solo hasta donde me convenía, y luego desaparecía. Nunca permití que nadie viera más allá. Nadie.

Hizo una pausa, buscándome en la oscuridad de la habitación.

—No sé cómo abrirme. No sé cómo se hace eso de dejarse ver, de verdad. Así que, por defecto, levanto muros. Me protejo. Y termino alejando a todos. Pero contigo, no sé qué coño tienes —dijo con una risa amarga, cargada de frustración—, pero cada día me cuesta más mantener esas putas murallas en pie.

Sentí el pecho tan lleno que apenas pude respirar. Me acerqué cerrando el espacio que quedaba entre nosotros. Mis dedos acariciaban su rostro, mis piernas entrelazadas con las suyas.

—No tienes que saber cómo hacerlo, Nevan —susurré—. Solo tienes que dejarme estar aquí.

Él cerró los ojos, aferrándose a mi cintura, y soltó un suspiro largo. Sus pestañas temblaban, expuesto como nunca antes. Y, a pesar de todo, no se alejó. No me soltó. No huyó.

Apoyé la frente contra la suya y susurré, con el corazón en un puño:

—Te veo, Nevan Grayson. —Mis labios rozaron los suyos, apenas—. Y todo lo que veo… me gusta.

Sus ojos se abrieron de golpe. Azules, límpidos, cargados de una mezcla devastadora de asombro, deseo y ese miedo atroz a sentirse visto. No le di tiempo a responder. Fui yo quien lo besó primero. Despacio, con una ternura que dolía. Mis labios sobre los suyos, suaves, temblorosos. Fue un beso íntimo, como si estuviera poniendo un vendaje invisible sobre cada una de sus grietas.

Pero luego, él respondió. Y no fue una respuesta vacía, sino una entrega total. Nevan deslizó sus manos por mi espalda, no para atraparme, sino para sostenerme, para anclarme a él como si temiera que, al soltarme, pudiera desvanecerme. Su boca se encontró con la mía, un beso que ya no buscaba urgencia, sino

reconocimiento. Era un beso que decía: *«aquí estoy, finalmente te dejo entrar».*

Me aferré a sus hombros, sintiendo su calor, el ritmo pausado de su corazón bajo mi pecho, y la vibración de una paz que ninguno de los dos se había permitido sentir hasta ahora. No había prisa. Solo la necesidad de fundirnos, de borrar las distancias, de decirnos todo sin pronunciar una sola palabra.

Me acomodé poco a poco sobre él, buscando su mirada. Cuando nuestras piernas se entrelazaron y sentí su cercanía, no fue una sensación de posesión, sino de hogar. Sus manos viajaron por mis costados, trazando mi silueta con una reverencia que me hizo cerrar los ojos. Era un toque que pedía permiso, un toque que me hacía sentir cuidada.

Apoyé mis manos en su pecho, sintiendo la tensión que aún persistía, como si hubiera una parte de él que todavía esperara el golpe, el rechazo. Y entonces, con una lentitud cargada de significado, mis dedos se deslizaron sobre sus tatuajes y las cicatrices que los ocultaban. No eran marcas de dolor para mí en ese momento; eran su historia, su mapa, la prueba de todo lo que había superado para llegar hasta aquí, hasta mis brazos.

Nevan contuvo el aliento. Sus ojos, fijos en los míos, se oscurecieron con una vulnerabilidad que no intentó ocultar.

—No tienes que esconderte de mí —susurré, con la voz suave, mientras mi pulgar acariciaba una de las cicatrices cerca de su clavícula—. Ni esto, ni tu pasado, ni lo que te duele. Todo en ti es parte de quien eres, y todo en ti me parece digno de ser amado.

Me incliné y besé la piel donde la cicatriz se unía a la tinta, un beso que fue una promesa. *«Estoy aquí. Estás a salvo».*

Nevan no respondió con palabras, pero su reacción fue un temblor que le recorrió el cuerpo entero. Me atrajo hacia él con una suavidad extrema, como si fuera de cristal, como si temiera romper lo único puro que le quedaba. Cuando me moví sobre él, fue con una

intención distinta, un ritmo compartido, un baile de dos almas que por fin se encontraban. Cada movimiento era una conversación, una forma de decirse que, después de tanta oscuridad, por fin estábamos viendo la luz.

—No sé cómo haces esto —susurró contra mi cuello, su voz quebrada por la emoción, no solo por el deseo—. No sé cómo me haces sentir… así.

—Solo déjate llevar —le pedí, entrelazando mis dedos con los suyos —. Solo mírame.

Y lo hizo. Me miró como si fuera el centro de su universo. Nuestros cuerpos se movieron en una sincronía perfecta, piel contra piel, suspiros que se mezclaban en el aire como si estuviéramos creando nuestro propio refugio. Ya no había máscaras, ni muros, ni dudas. Solo dos personas, desnudas y honestas, encontrando en el otro la redención que no sabían que buscaban.

Cada roce, cada caricia, era una afirmación. *«Eres tú. Siempre fuiste tú»*, pensé.

El placer no llegó como una tormenta violenta, sino como una marea cálida que nos envolvió a ambos, llevándonos a un lugar donde el tiempo no existía. Cuando al fin nos dejamos caer, rendidos, entrelazados, y su corazón latía con fuerza contra mis dedos, supe que algo había cambiado para siempre.

Nos quedamos allí, en silencio, respirando el mismo aire, dejando que el mundo exterior se desvaneciera. Nevan me envolvió en sus brazos, apretándome contra él con una intensidad que ya no necesitaba palabras. Sus tatuajes, sus cicatrices, su piel, todo bajo mis manos se sentía familiar.

Por fin, estábamos completos. Por fin, estábamos en casa.

Capítulo 46

Aria

Sienna 💅 : ¿Sigue viva nuestra princesa de porcelana? ¿O Nevan ya ha terminado de convertirte en una chica mala? 👀

Elara 🌸 : Por favor, danos una señal de vida. Si no contestas en cinco minutos, voy a asumir que te ha secuestrado y ahora vivís en una cabaña sin wifi. 😮‍💨

Sienna 💅 : O que estáis en Las Vegas casándoos por lo civil. Confiesa.

Aria: Calma, chicas. Estoy viva. Y muy, muy bien. No hay secuestros, ni bodas improvisadas. De momento. 😔

Elara 🌸 : ¿Y cómo va esa "escapada inofensiva"?

Aria: Va bien. Diferente. Creo que necesitaba esta calma más de lo que estaba dispuesta a admitir. Es... real.

Sienna 💅 : "Real". Vale, esa palabra suena a algo mucho más grande que un viaje turístico. A ver, necesito un informe de daños: ¿Esa tensión sexual está resuelta o sigue en fase de combustión espontánea? Solo una palabra, Aria. No me hagas esto.

Aria: Sienna… Está más que resuelta. 🫠

Sienna 💅 : ¡LO SABÍAAAAA! ¡Págame la botella de vino, Elara! Te dije que esa escapada no iba a ser solo para ver paisajes. 🍾

Elara 🌸 : ¡No he apostado nada! Pero me alegro tanto por ti, de verdad. 🥹

Aria: Por favor, no montéis una película. Las cosas están fluyendo... de una manera que ni yo misma esperaba. Sin etiquetas, sin presión, pero está siendo... diferente a todo.

Sienna 💅 : Sí, claro. "Fluyendo". Como las mariposas en tu estómago, ¿no?

Elara 🌸 : O como tus ojitos cuando hablas de él. Sí, Aria, aunque estés escribiendo, te hemos visto. 💗

Aria: Sois insoportables. Os quiero. Pero sois lo peor.

Sienna 💅 : Y tú estás más feliz que nunca, me encanta. Disfruta. De todo. De él. De ti. Y si necesitas un rescate (o una botella de vino para celebrar), manda ubicación.

Aria: Gracias. Por todo. De verdad.

Dejé el móvil sobre la encimera justo cuando la cafetera soltaba su último bufido de vapor. Miré por la ventana; el sol se colaba entre los árboles, pintando rayas de luz en el suelo, y por primera vez en mucho tiempo, todo a mi alrededor —y dentro de mí— se sentía en absoluta calma.

Anoche, después de vaciarnos y llenarnos el uno al otro, nos quedamos dormidos abrazados, piel con piel. Encajábamos. Su cuerpo envolvía el mío con una naturalidad pasmosa, como si lo hubiera hecho mil veces antes, como si estuviéramos diseñados para ese encastre perfecto. Resultaba increíble que aquel niño que conocí con siete años, ahora convertido en este hombre complejo, fuera el único capaz de hacerme sentir, por fin, en casa.

Sin embargo, el corazón me dio un vuelco al recordar la textura de sus cicatrices bajo mis dedos. Esas marcas de guerra ocultas bajo armaduras de tinta. Me dolía su soledad pasada, su sufrimiento silencioso, pero me inundaba una gratitud profunda porque decidiera abrir esa grieta para mí. Me había dejado ver las sombras que guardaba con tanto recelo, y eso significaba más que cualquier promesa.

Era surrealista estar aquí, doce años después, en el mismo campamento que nos vio encontrarnos por primera vez. Como si el tiempo trazase una elipse perfecta solo para devolverme a él. Seguía sin tener idea de qué éramos con exactitud. No había etiquetas, ni compromisos, ni presiones, y yo no quería romper ese equilibrio. Lo que teníamos ahora funcionaba: nos cuidábamos, nos reíamos y, sobre todo, nos respetábamos.

Doce años preguntándome por el paradero de aquel niño de ojos azules, y ahora estaba aquí, hecho un hombre que me permitía bajar los hombros. Con él no tenía que estar a la altura de nada ni que ser la *prima ballerina* impecable. Con Nevan, soy solo Aria, con todas mis luces y mis sombras. Tenía razón Sienna; él hacía salir a mi niña interior, esa que tenía ganas de reírse a carcajadas, de correr descalza y de proponer locuras, sabiendo que no me juzgaría; sino que, se sumaría a la locura.

Respiré hondo, apoyada en el marco de la puerta de la terraza. Llevaba puesta una camiseta enorme que le había robado, me llegaba a mitad del muslo y olía con intensidad a él: café, madera y ese aroma personal que ya empezaba a sopesar como mío. Nevan se había levantado poco antes, murmurando algo sobre «hacer unas cosas», dejándome sola con el sonido suave del lago y el sol perezoso de la mañana.

Sonreí. Quizá estábamos un poco rotos y algo perdidos, pero estábamos juntos. Y por ahora, eso era más que suficiente.

Estaba tan perdida en mi propia burbuja que el roce de la puerta al abrirse me hizo girar la cabeza de golpe. Y ahí estaba él. *«Joder»*. Llevaba el pelo rubio revuelto, como si acabara de pasarse la mano distraídamente un par de veces, y esos ojos azules brillaban con una intensidad descarada bajo la luz de la mañana. Tenía dibujada esa sonrisa ladina, la que siempre parecía a un milímetro de meterse en un lío o de arrastrarme a mí con él. Llevaba puesta una camiseta gris desgastada que se ajustaba a la perfección a la anchura de sus hombros y dejaba a la vista el caos oscuro de sus tatuajes.

Y, en una de sus manos, sostenía un pequeño ramo de lirios blancos. Mis favoritos.

Me quedé mirándolo, sintiendo cómo la sorpresa daba paso a una sonrisa que no pude ni quise contener.

—Buenos días, bombón —dijo, acercándose con ese paso tranquilo y seguro tan suyo. Me tendió el ramo con un gesto que pretendía ser despreocupado, pero sus ojos no me soltaban—. Para ti.

Lo tomé entre mis manos, sintiendo cómo el corazón me daba un vuelco traicionero contra las costillas. El aroma limpio y dulce de los lirios me golpeó de inmediato.

—Te… te acordabas… —susurré, con un repentino nudo formándose en mi garganta.

Nevan ladeó la cabeza, su sonrisa perdiendo todo rastro de arrogancia para volverse suave, y se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa. Pero lo era.

—Siempre me he acordado de cada cosa que dijiste que te gustaba, Aria —su voz bajó un tono, volviéndose grave, íntima—. No he olvidado ni una sola.

Me quedé mirándolo en silencio, abrazando los lirios contra el pecho. Tuve la certeza absoluta de que esas flores no eran lo único que me estaba entregando en ese instante; me estaba regalando una parte de sí mismo que rara vez dejaba expuesta. Era algo inmenso, un peso emocional que no sabía muy bien cómo atrapar con palabras.

Así que dejé de intentarlo. No lo dudé. Apoyé el ramo sobre la mesa con cuidado, acorté la distancia que nos separaba y me senté en su regazo con la mayor naturalidad del mundo. Rodeé su cuello con los brazos mientras él, por puro instinto, acomodaba sus manos grandes y cálidas en mi cintura, aferrándome como si también hubiera estado esperando ese contacto desde que abrió los ojos.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuró, apoyando su frente contra la mía.

«*Yo también*». Pero no lo dije en voz alta. Me limité a cerrar los ojos un segundo, respirando el olor de su piel, absorbiendo su calor, dejando que el mundo exterior se detuviera y guardara silencio.

O al menos, hasta que la vibración mecánica e insistente de mi móvil sobre la encimera destrozó el momento.

Abrí un ojo, molesta, y vi la pantalla encendiéndose una y otra vez. No había mirado el móvil en días; casi no había cobertura aquí y esa desconexión había sido mi salvación, pero ahora, al parecer, el mundo real reclamaba su espacio. Lo cogí con desgana, pero en cuanto vi las notificaciones, un peso gélido se me instaló en el pecho.

Varias llamadas perdidas de mi madre. Mensajes de la agencia. Y una avalancha de alertas de revistas digitales y redes sociales.

—¿Pasa algo? —preguntó Nevan, su voz captando al instante el cambio en mi atmósfera.

No respondí. Desbloqueé la pantalla y la primera imagen me golpeó como un mazazo. Era una foto tomada a distancia, con teleobjetivo. Aparecíamos Nevan y yo caminando por el pueblo cercano al campamento, hace un par de días, en un momento en que estábamos demasiado cerca, casi rozándonos, con nuestras cabezas inclinadas como si estuviéramos a punto de besarnos. Alguien nos había seguido. Alguien nos había cazado.

El titular, en letras llamativas, no dejaba lugar a dudas: «*Aria Morgan, la estrella de la danza, ¿pillada con un chico misterioso? La supuesta relación con Ryan Lancaster en el aire*».

Sentí cómo el corazón me martilleaba contra las costillas. Los comentarios desfilaban a una velocidad vertiginosa. Algunos me señalaban como si fuera una traidora por haber sido vista con alguien que no fuera Ryan, el chico «perfecto» que mi madre me obligaba a pasear en las galas para mantener las apariencias. Otros solo babeaban por Nevan, llamándolo «el chico misterioso más sexy que han visto en años».

El primer mensaje, de Ryan, era frío, casi corporativo:

Ryan: "Aria, han publicado unas fotos. No sé quién te ha seguido, pero esto complica la narrativa que tu madre y la mía pactaron para la campaña. No te preocupes por mí, esto es solo un problema de imagen, pero mantente al margen de los medios hasta que hablemos."

Leí las líneas varias veces. No había ni rastro de preocupación personal, solo una urgencia calculada por la «imagen» que debíamos proyectar.

—Aria… —La voz grave de Nevan me arrancó de la pantalla. Estaba ahí, mirándome, esa intensidad azul ya no tenía rastro de la ternura de hace un momento. Ya no sonreía.

—Nos han fotografiado —susurré, con el pecho apretado—. Alguien nos ha seguido estos días.

Nevan lo miró. Su expresión cambió, esa calma se convirtió en una tormenta contenida. Su mandíbula se endureció.

—Hijos de puta… —murmuró, con los dientes apretados.

El móvil vibró de nuevo sobre la mesa. *Mamá.*

Un espasmo recorrió mi estómago. Nevan hizo ademán de decir algo, pero le puse una mano en el pecho, pidiéndole silencio. Deslicé el dedo y me llevé el teléfono al oído.

—Hola…

—¡Aria Morgan! —la voz de mi madre explotó al otro lado, afilada como un cuchillo—. ¿Tienes idea del desastre que acabas de provocar?

—Yo…

—¡Ni se te ocurra excusarte! —me cortó—. Llevamos semanas cultivando esa imagen junto a Ryan para consolidar tu posición en la alta sociedad, para que los inversores de la academia vieran una

unión estable y perfecta. ¡Y te dejas ver en público con ese… ese don nadie!

—No es mi novio, mamá, Ryan es solo un contacto que tú impusiste para una foto.

—¡Es tu imagen, Aria! —su voz subió de tono—. Ryan es tu pasaporte al éxito, la pieza clave del tablero. Y ahora, gracias a esas fotos, los directores de la academia están furiosos. Dicen que el escándalo es una mancha que no pueden permitir. Te han expulsado del elenco principal de la apertura. Ya tienen a otra bailarina ocupando tu lugar.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies, pero extrañamente, la rabia empezó a ganar terreno a la culpa.

—¿Para qué tanto sacrificio? —siguió ella—. ¿Para que lo tires todo por la borda por un capricho? Me has decepcionado.

—Basta, mamá.

El silencio al otro lado fue total.

—No voy a seguir soportando esto. Me da igual la academia, me da igual Ryan y me da igual lo que digan las redes.

—¡Era tu sueño, Aria! —gritó, intentando recuperar el control—. Has trabajado para esto desde niña, no puedes dejarlo todo por un hombre.

Cerré los ojos, sintiendo que la valentía, por fin, se apoderaba de mí.

—No, mamá. No es mi sueño. Es el tuyo. Llevas veintitrés años viviendo a través de mí, moldeándome para ser la pieza perfecta de tu tablero. Estoy agotada. Y no pienso seguir viviendo así.

—¿Y qué vas a hacer? —su voz sonó más baja, cargada de una amenaza que ya no me asustaba—. ¿Vas a elegir a ese chico antes que a tu carrera?

—Voy a elegirme a mí misma. Adiós, mamá.

Colgué. El silencio en la cabaña fue absoluto. Nevan estaba de pie frente a mí, con las manos cálidas sosteniendo mis mejillas, sus ojos azules escaneándome como si buscara las grietas que esperaba encontrar tras una llamada así.

—Bombón… —su voz era baja, cargada de una mezcla de orgullo y ternura que me desarmó—. Nunca te he visto así.

—¿Así cómo? —pregunté, con la respiración entrecortada.

—Dueña de ti misma. Intocable —su pulgar acarició mi pómulo, un gesto que se sentía como una caricia al alma—. Has peleado toda tu vida contra una corriente que no te dejaba respirar y acabas de romper el dique.

Sentí un nudo en la garganta, pero era de alivio.

—Tenía que hacerlo.

—No, Aria —negó con la cabeza, acercándose más hasta que nuestras frentes se tocaron—. Lo has hecho porque por fin has entendido que mereces algo mejor. Y déjame decirte… —su sonrisa se volvió ladina, pero sus ojos seguían cargados de cariño— …eso te hace más sexy que cualquier cosa que hayas hecho antes.

Reí un poco temblorosa, y él aprovechó para besarme. No fue un beso urgente ni salvaje, sino lento, firme, como si me estuviera anclando a él, recordándome que no estaba sola.

—Estoy orgulloso de ti —susurró contra mis labios—. Mucho más de lo que te imaginas.

Me quedé un momento con los ojos cerrados, sintiendo cómo sus brazos me rodeaban, protegiéndome. Por primera vez en mucho tiempo, no me importaba lo que viniera después.

Capítulo 47

Nevan

Aria llevaba con el teléfono pegado a la oreja un buen rato.

Primero habló con Elara y Sienna, intentando tranquilizarlas. Las escuché reírse en algún momento, pero en su voz también había ese tono agotado que se le escapaba cuando bajaba la guardia. Les contó lo de su madre, lo de la Academia… y ellas, por lo que pude oír, le soltaron un par de cosas que me dieron ganas de invitarlas a unas cervezas. Luego colgó y empezó con otras llamadas. Gente que supongo serían agentes, managers… no lo sé, pero su tono cambió. Más serio. Más medido. Más… profesional.

Y ahora estaba llamando a Ryan.

Ver su nombre en la pantalla me revolvió las tripas. No porque creyera que ella sentía algo por él —sabía de sobra que para Aria no era más que ese producto publicitario que su madre le había impuesto—, sino porque Ryan representaba todo lo que yo no era. Él era la estabilidad, el mundo ordenado, la «apuesta segura» que su madre quería para ella. Ese tipo de vida que jamás podría darle.

Joder. Si ella quisiera seguir el juego de su madre, si decidiera que arreglar las cosas con Ryan era la única forma de salvar su carrera… ¿qué pintaba yo aquí? Si no hubiera estado ahí ese día, no existiría esa jodida foto. Si no la hubiera arrastrado hasta aquí, ahora no estaría perdiendo todo por lo que hatrabajado.

Sabía que iba a arruinarle la vida. Lo supe desde el principio y, aun así, fui un puto egoísta. Sí, la hacía feliz pero, ¿cuánto duraría?

¿Hasta que se diera cuenta de que conmigo solo tiene caos, mientras que con él puede volver a ser la chica perfecta?

No podía escuchar lo que Ryan decía al otro lado, pero sí escuchaba a Aria. Y eso era suficiente para que algo se me retorciera en el estómago.

—No, Ryan escucha, no vamos a alimentar esto con más declaraciones —dijo ella. Su voz era firme, pero había suavidad en su tono, una forma de diplomacia que me mataba—. Tenemos que ser inteligentes. No podemos dejar que esto escale más.

¿Qué estaba planeando él? ¿La estaba presionando para salir a dar una explicación juntos? ¿Para limpiar sus imagenes?

—No, no me voy a exponer más ahora mismo —continuó ella, bajando el tono—. Confía en mí, lo manejaremos a puerta cerrada cuando todo se calme. Mantén la calma, ¿vale?

«*Mantén la calma*». La escuché soltar un suspiro largo, cargado de esa paciencia que solo usas cuando estás tratando con alguien que no quieres decepcionar del todo, alguien a quien te sientes obligado a cuidar.

Mi garganta se cerró. La idea me golpeó sin pedir permiso: para el mundo y especialmente para su madre, Ryan era el futuro. Yo solo era el desastre. Y ella, al hablarle así, al intentar manejarlo con esa calma, demostraba que aún tenía un pie en ese mundo. Un mundo donde yo no encajaba.

—Claro que me importa lo que pase con la campaña, pero primero es mi salud mental —dijo, y me pareció notar un atisbo de cansancio en su voz—. No te preocupes Ryan, sé que tienes a los inversores encima. Lo arreglaremos.

«*Lo arreglaremos*». Juntos. Esa palabra me arañó por dentro. No porque creyera que había amor entre ellos, sino porque me recordaba que hiciera lo que hiciera, estaban unidos por un contrato, por una expectativa social, por una vida que yo no podía ofrecerle.

No podía «arreglar» nada para ella. Solo podía ofrecerme a mí, con todas mis cicatrices y mi pasado de mierda.

Cuando por fin colgó, se quedó mirando el teléfono unos segundos más, con la frente arrugada. Yo intentaba mantener la expresión neutral, aunque por dentro me estaba consumiendo.

—¿Todo bien? —pregunté, con ese tono forzado, seco, intentando ocultar que el ácido me subía por la garganta.

—Sí… —me sonrió, pero no era la sonrisa amplia y luminosa que me dedicaba a mí cuando nos olvidábamos del mundo. Era una cansada —. Solo estaba intentando que Ryan entendiera que no voy a bailar al son que marquen los medios. Está preocupado por la presión de los inversores, ya sabes… la fachada que mi madre y los suyos montaron.

«*Fachada*». Esa palabra debería haberme calmado, pero no lo hizo. Me recordó que, aunque fuera todo un montaje, seguía atada a ello.

—Parecías… —empecé, pero me callé. No quería sonar como un celoso de manual, aunque lo fuera—. Parecías muy paciente con él.

Ella me miró, extrañada por mi tono.

—Es un imbécil Nevan, pero forma parte del entramado que ha montado mi madre. Si corto por lo sano sin estrategia, solo empeorará las cosas. Solo estaba intentando que deje de presionarme.

Asentí, mirando hacia la ventana como si el lago pudiera responder todas mis preguntas. Pero lo único que sentía era ese maldito vacío. Quizá Ryan sea su hogar corporativo, su deber, su camino marcado… y yo… yo solo era el paréntesis que ella se había permitido abrir.

Aria dejó el móvil sobre la mesa y se acercó para acariciarme la nuca con la mano, como si no notara el huracán que me atravesaba. Sonreí de lado, fingiendo que todo estaba bien, que no me estaba rompiendo un poco más.

—¿Todo bien? —preguntó con esa voz suave, como si temiera que la respuesta fuera a quebrarla a ella también.

—Sí, bombón —mentí, apartando la mirada hacia cualquier sitio que no fueran esos ojos verdes—. Solo que… es una situación de mierda. Nada más.

Me estudió en silencio unos segundos, intentando decidir si creer en mi respuesta o arrancarme la verdad a la fuerza. Pero al final, suspiró y no insistió. Me dolió aún más que no insistiera porque sentí que, en el fondo, sabía por qué estaba callado.

—Vale… —dijo y, en ese instante, el tono de su voz dio un giro de ciento ochenta grados, como si decidiera cerrar la puerta a todo lo que acababa de ocurrir—. Por cierto, esta noche es la fiesta del campamento. Creo que me voy a poner el vestido blanco, ¿o será mejor el azul? No sé… el blanco es más sencillo, pero el azul… bueno, creo que me queda mejor para una noche de verano. Y además, tengo unos zapatos que…

Siguió parloteando con una ilusión que no le había escuchado en todo el día. Mientras la oía, mi corazón se encogía. Era jodido. Muy jodido. Porque la veía ahí, frente a mí; viva, luminosa, intentando reconstruirse con la sola idea de una fiesta, como si el mundo de afuera —ese mundo de exigencias, de contratos, de Ryan y de su madre— no estuviera intentando aplastarla. Y sabía la verdad: yo era un espejismo. En unos días, cuando este campamento terminara y la realidad la reclamara, volvería a su vida, a lo seguro, a lo que se esperaba de ella.

Pero no iba a desaprovechar ni un solo segundo de lo que nos quedaba. Me dediqué a observarla, grabando cada detalle en mi memoria como si fueran tatuajes invisibles que nadie más pudiera ver: el brillo en sus ojos, la forma en que sus manos gesticulaban al describir los zapatos, la curva exacta de sus labios cuando se permitía sonreír. Cuando se fuera, eso sería lo único que me quedaría: el eco de su voz y esta sensación de haber tenido algo real, aunque fuera por un tiempo prestado.

«*No te hundas ahora, Nevan*», pensé.

No podía dejar que mi propia inseguridad me devorara. No cuando ella estaba ahí, intentando buscar una brizna de aire puro en medio de toda esa mierda. Si me dejaba llevar por mis demonios, por el miedo a que ella se diera cuenta de que Ryan y su mundo ordenado eran lo que de verdad le convenía, arruinaría lo único bueno que tenía entre las manos.

Así que, con un esfuerzo consciente, me puse la máscara. Esa que me salvaba tantas veces: el tipo despreocupado, el canalla con un punto de humor, el que nunca se toma nada demasiado en serio. Forcé una sonrisa ladina, me acomodé en la silla y le solté, con un brillo divertido en los ojos:

—El blanco es precioso, Aria, pero es un riesgo. Si alguien te derrama una copa de vino encima —dije arqueando una ceja—, la noche acaba. Aunque, pensándolo bien, si yo decido secuestrarte de la pista antes de que eso pase, igual el color no importa tanto.

Ella rodó los ojos, soltó una carcajada y me empujó con suavidad en el hombro. Ese sonido, su risa, fue el detonante definitivo. En ese instante decidí que esta noche iba a ser nuestra. Aria se iba a olvidar de las fotos, de la academia, de su madre y de toda la presión que cargaba sobre sus hombros. Yo no iba a ser quien le jodiera la velada.

Si esta era nuestra última fiesta antes de que el mundo volviera a reclamarla… joder, iba a hacer que fuera inolvidable.

Capítulo 48

Aria

Al final elegí un vestido rosa que nunca me atrevería a llevar fuera de este lugar. Era sencillo, con un escote en V que dejaba ver lo justo y una falda ligera que se ajustaba a mi cintura antes de soltarse en un movimiento suave. No era el tutú de la academia ni la ropa impecable que mi madre elegía para las galas, si no algo que me hacía sentir libre.

Al salir de la cabaña, el aire fresco de la noche me golpeó la cara. Nevan estaba allí, apoyado contra un árbol, con un cigarrillo entre los dedos y esa presencia que parecía ocupar todo el espacio a su alrededor. Llevaba unos tejanos negros desgastados y una camiseta blanca que se ceñía a su cuerpo, resaltando la definición de sus brazos y la tinta oscura de sus tatuajes. Tenía el pelo revuelto, como si la noche ya le hubiera despeinado, y el humo se elevaba frente a él.

Parecía sacado de una fantasía.

Sus ojos azules, fríos hasta ese momento, se fijaron en mí y recorrieron mi figura con una intensidad que casi pude sentir físicamente. El cigarro quedó olvidado en su mano; su mandíbula se tensó. Durante unos segundos, el único sonido fue el del bosque.

—Joder… —su voz sonó ronca, casi un susurro—. Estás… preciosa.

No fue un cumplido vacío. Lo dijo como si me viera por primera vez, como si el resto del mundo se desvaneciera. Sentí el calor subirme a las mejillas y tuve que desviar la mirada para no perderme en la suya. Él apagó el cigarro contra la corteza del árbol con un

movimiento decidido y se acercó con esa calma que siempre me aceleraba el pulso.

Cuando estuvo frente a mí, su mano rozó mi cintura en un gesto fugaz, un toque eléctrico que me recorrió la espalda.

—Ese vestido… —murmuró, inclinándose hacia mi oído—. No sé si voy a dejar que lleguemos a la fiesta.

Solté una risa nerviosa, intentando mantener la compostura mientras mi corazón latía desbocado.

—Pues si me has sacado de la cabaña para secuestrarme, avísame… al menos me quito los tacones.

Él sonrió, esa sonrisa ladina que me desarmaba por completo, y me ofreció la mano. Dudé un instante, solo un segundo, antes de entrelazar mis dedos con los suyos. El calor de su piel era el ancla que necesitaba.

—Vamos —dijo guiándome—. Esta noche nos toca divertirnos.

A medida que nos acercábamos al claro principal, la música veraniega y alegre fue envolviéndonos. Al girar la curva, el escenario era casi mágico: farolillos de colores colgaban como estrellas sobre el área del bar, creando un techo luminoso que bailaba con el viento. En el centro, una hoguera rugía, rodeada de gente que reía, charlaba y disfrutaba sin preocuparse por el mañana.

—Wow… —susurré, hipnotizada por la escena.

—No está mal, ¿eh? —comentó, rodeando mi cintura con el brazo; un gesto posesivo que no me hizo sentir atrapada, sino protegida.

Tom apareció de la nada, con una camisa de palmeras abierta y una cerveza en la mano. Nos dedicó una sonrisa cómplice.

—¡Hey, pareja! —saludó, acercándose con paso relajado—. Qué bueno veros. La barra está abierta y en nada empieza el karaoke. Hay premios: desde cestas locales hasta peluches.

Nevan se giró hacia mí, fingiendo una seriedad absoluta.

—¿Peluches? Bombón, me veo ganando un oso de peluche para ti. Sería un detalle precioso. Hasta le podemos poner nombre.

Le di un codazo suave, riendo, mientras Tom sacudía la cabeza, divirtiéndose con nuestra dinámica.

—Sois un espectáculo —dijo Tom, guiñándonos un ojo—. Disfrutad. Buena música, buena gente y, probablemente, alguien desafinando en un rato. ¿Qué más se puede pedir?

—Una copa bien servida y un micro —respondió Nevan, devolviéndole el gesto—. Lo demás viene solo.

Cuando Tom se alejó, Nevan arqueó una ceja, mirándome con picardía.

—¿Pareja, eh?

—No te emociones, Nevan —le advertí, aunque mi sonrisa me delataba.

—Demasiado tarde —respondió, atrayéndome más hacia él mientras caminábamos hacia la barra—. Ahora ven, tenemos bebidas que pedir y un peluche que ganar.

—Lo del peluche no va a pasar.

—Tú déjamelo a mí.

Nos moviamos entre la gente, rodeados por el olor a madera quemada, azúcar tostado y esa mezcla embriagadora de libertad. Nevan pidió una cerveza y yo un cóctel, sonriendo al ver que el voluntario detrás de la barra se había excedido con el ron.

—Como sigamos así, nos van a emborrachar antes de que empiece el concurso —comenté con una sonrisa, girándome hacia él.

Fue en ese momento cuando la vi aparecer. Monica. Llevaba un vestido de flores corto, con un escote profundo que dejaba poco a la imaginación y el maquillaje un poco corrido, como si ya llevara un par de copas de más. Caminaba con una determinación que me hizo

enderezar la espalda al instante. Se acercó a Nevan, ignorando mi existencia con una habilidad pasmosa.

—Nevan —dijo su nombre en un tono que pretendía sonar como un secreto—. Estás increíble esta noche.

Nevan esbozó una sonrisa cortés y asintió. Yo, sintiendo un pinchazo de irritación, me dediqué a remover el hielo de mi coctel con la pajita, observándola con una mirada gélida.

—Gracias, Monica —respondió él cortante, sin darle la más mínima oportunidad de seguir la conversación.

Pero ella no parecía tener intención de retirarse. Dio un paso más, apoyando los codos en la barra, y dejó que su brazo rozara «accidentalmente» el de Nevan.

—Estaba pensando en apuntarme al karaoke —preguntó, ladeando la cabeza mientras fijaba sus ojos en él—. ¿Qué vas a cantar tú?

Antes de que él pudiera articular palabra mi voz salió, sorprendiéndome incluso a mí, con una firmeza que no sabía que tenía:

—Nevan y yo vamos a hacer un dúo —solté, girándome hacia él y dándole un pequeño codazo, fingiendo un entusiasmo que probablemente me delataba—. ¿Verdad?

Nevan parpadeó, sorprendido por un segundo, pero enseguida captó el juego. Su rostro se iluminó con esa media sonrisa ladina que me volvía loca.

—Exacto —confirmó, mirándome con una complicidad que me revolvió el estómago—. De hecho, lo hemos estado ensayando todo el día. Vas a flipar, Monica.

La expresión de ella se tensó. Su sonrisa se volvió rígida, casi mecánica. Recogió su copa de vino blanco, molesta al ver que no había brecha por donde entrar.

—Vaya… qué compenetrados estáis —murmuró, forzando un tono despreocupado antes de girarse—. Bueno, os veo por ahí. Suerte con el dúo.

En cuanto se alejó, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Nevan me miró, con una ceja arqueada y una chispa de diversión bailando en sus ojos azules.

—¿Dúo, eh? —se burló en voz baja.

—No quería que la pobre se sintiera rechazada… —respondí, mirando hacia el frente mientras le daba un sorbo largo a mi mojito, intentando recuperar la dignidad.

Él se echó a reír, un sonido grave y cálido que vibró en mi pecho.

—Claro, bombón. Muy generosa por tu parte.

No le contesté, pero no hizo falta. Su mano se deslizó por encima de la barra hasta encontrar la mía, entrelazando nuestros dedos con una firmeza que me calmó al instante. Nos quedamos así, en silencio, mirando hacia la hoguera mientras la música seguía sonando a nuestro alrededor. En aquel contacto, en ese gesto silencioso, supe que no necesitaba marcar territorio ni inventar dúos inexistentes.

Él ya era mío. Aunque ninguno de los dos se atreviera a gritarlo todavía.

***

Unos cuantos mojitos después, perdí la noción de si el suelo temblaba por culpa de la música, del alcohol o de la risa que me subía por la garganta sin control. Seguro que era una mezcla explosiva de todo. El aire dentro del bar improvisado del campamento estaba viciado, cargado de calor, voces y esa energía eléctrica que te envolvía y te prohibía quedarte quieta.

Nevan estaba allí, en medio de la improvisada pista, dándolo todo mientras *Shut Up and Dance* retumbaba a un volumen que hacía vibrar el pecho. Y yo, que hasta hace dos días me preocupaba por mantener la compostura, me dejé arrastrar por su ritmo.

—¡Vamos, Aria! ¡No me digas que no sabes esta! —me gritó por encima de la música, levantando una ceja con esa sonrisa depredadora que me hacía perder el norte.

—¡Obvio que sí! ¡No me han criado los lobos! —respondí entre carcajadas, intentando imitar esos pasos ridículos que recordaba del videoclip.

Nevan levantó los brazos, giró sobre sí mismo y, sin previo aviso, me rodeó la cintura y me levantó en el aire, girándome como si estuviéramos en medio de un musical de Broadway.

—¡WOAH! —grité, aferrándome a sus hombros mientras el mundo daba vueltas—. ¡Estás loco!

—¡Solo por ti! —replicó, con el pelo rubio revuelto y los ojos brillando de pura diversión, esa que solo aparecía cuando decidía soltar sus propias cadenas.

Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, se agachó un poco, con esa mirada traviesa que siempre anunciaba una locura.

—Aria… súbete.

—¿Perdón? ¿Subirme dónde? Ni de coña.

—¡Confía en mí!

No esperó a que le diera permiso. Sus manos se cerraron con firmeza en mis caderas y, en un movimiento fluido, me levantó como si no pesara nada.

—¡DIOS MÍO! —exclamé, entre el vértigo y la risa, mientras me giraba en el aire. La gente alrededor empezó a palmear, convirtiendo nuestro pequeño caos en un espectáculo improvisado.

Cuando me bajó, mis piernas temblaban, no solo por el alcohol sino por la adrenalina. Me incliné hacia él para recuperar el aliento y me encontré con esa sonrisa de niño malo que siempre me desarmaba.

—Estás fatal —dije con la voz entrecortada.

—Pero te estás divirtiendo —contestó con un descaro absoluto.

—Como una cría —admití, pasando los brazos por su cuello y acercándome a él sin pensar.

La siguiente canción fue un cambio drástico: un tema lento, suave, que apenas se abría paso entre el bullicio. Él mantuvo sus manos en mi cintura y me dejé llevar, balanceándome en un vaivén lento, con nuestros cuerpos tan pegados que podía sentir el latido acelerado de su corazón contra el mío.

—Eres peligroso —murmuré, sintiendo el calor de la risa aún en mis mejillas.

—Tú más —replicó, acercando su frente a la mía. Su mirada era intensa, pesada, como si en ese momento no hubiera nadie más en el mundo.

Y entonces, el caos volvió:

—¡El karaoke está abierto! —anunció la voz de Tom por el micrófono —. ¡Así que vayan eligiendo su canción porque esto no ha hecho más que empezar!

Una ovación general estalló. Nevan me miró con esa expresión de «ni se te ocurra decir que no».

—No —dije automáticamente.

—Sí —respondió divertido.

Y así, terminamos en la fila del escenario. La lista de canciones era un viaje al pasado. Sin discusión alguna, nos lanzamos a por *Wannabe* de las Spice Girls. Nevan empezó a bailar como si hubiera nacido para eso, y yo, llorando de risa, le seguí el juego.

Pero la cosa cambió cuando sonó *03' Bonnie & Clyde*. Nevan me miró y supe que estaba tramando algo. Se puso hombro con hombro conmigo y empezó a rapear la parte de Jay-Z con una seguridad que me dejó sin palabras. Yo, sintiendo el ritmo, entré en la parte de Beyoncé, siguiéndole el juego como si estuviéramos actuando en un estadio. Nos movíamos al compás, acercándonos y alejándonos; él marcaba el ritmo con un gesto de la mano y yo me perdía en su juego, imitando a una diva. En el estribillo, me tomó de la mano, me hizo girar y, al quedar frente a frente, me mantuvo cerca, mirándome con una intensidad que me erizó la piel.

Entre canción y canción, la adrenalina nos mantenía a flote. Pero nada superó el momento en que sonaron los primeros acordes de *Riptide*.

Nevan me miró de reojo, entornando los ojos.

—Esta va a ser la nuestra —dijo con voz grave, casi como una promesa—. ¿Lista para el show?

Le respondí con una reverencia exagerada. Cantamos a dúo, turnándonos estrofa a estrofa, él con ese toque grave y rasgado que me fascinaba, yo intentando afinar mientras me perdía en sus ojos. Se movía por el escenario como si fuera suyo, a veces frente al público, otras detrás de mí, cantando cerca de mi oído y poniéndome la piel de gallina.

Le seguí la corriente, acercándome hasta que nuestras caras quedaban a centímetros cuando cantábamos al unísono. Improvisé una coreografía absurda y él la imitó con un sufrimiento dramático exagerado que hizo que toda la sala estallara en carcajadas.

En el estribillo final, Nevan dio un paso hacia mí, inclinó la cabeza y, sin dejar de cantar, me señaló con el dedo como si la canción entera fuera una declaración. Me reí tanto que casi pierdo el ritmo, pero terminamos la última nota con las voces un poco rotas y la respiración entrecortada.

El público aplaudió y silbó, pero apenas los escuchaba. Nos miramos, jadeando, con las mejillas encendidas. No importaba si habíamos desafinado o si habíamos hecho el ridículo. Estábamos vivos. Muy vivos. Y, por un segundo, tuve la certeza de que esa conexión, ese «tú me sigues y yo te sigo», era lo único real en mi mundo.

—¡Y ahora, lo que muchos estaban esperando! —gritó el presentador, con esa voz estridente que solo tienen los animadores que disfrutan viendo el caos—. ¡Empieza el concurso de baile! El premio, como ya saben, lo elige la pareja ganadora… y créanme, esta noche vale la pena.

La pista estalló en un rugido de silbidos, gritos y una energía sucia y excitante. Algunos se lanzaron al centro con una urgencia patética, intentando impresionar como si les fuera la vida en ello; mientras otros, ya lo suficientemente ebrios, se movían con una falta de ritmo que solo provocaba carcajadas.

Nevan me miró, ladeando la cabeza. Ese brillo en sus ojos no era simple diversión; era una promesa oscura, algo que me hizo tensar el abdomen.

—¿Preparada para dejarles claro quién manda aquí?

—¿Tú crees que están listos para nosotros? —le reté, sintiendo un calor denso en la boca del estómago.

Varias parejas pasaron antes que nosotros. Fue un desfile de mediocridad: intentos fallidos de acrobacias, roces torpes y mucha desesperación. Nevan y yo observábamos desde la sombra de la barra, con la tensión entre nosotros acumulándose como electricidad estática.

—Si alguien más intenta levantar a su novia a lo *Dirty Dancing*, voy a llorar de la vergüenza —murmuré, viendo cómo un tipo casi se parte la espalda intentando un giro.

—¡Siguiente pareja! ¡Nevan y Aria, al escenario!

Nos abrimos paso entre la multitud, sintiendo cómo las miradas se clavaban en nosotros. El presentador, con una sonrisa maliciosa, nos soltó el reto:

—Su reto… —la pausa fue agonizante—. ¡Un baile sensual para su pareja!

El público aulló. Nevan no esperó. En un solo movimiento fluido y arrogante, se llevó las manos al dobladillo de su camiseta blanca y, con un tirón, la arrancó por encima de su cabeza, dejándola caer al suelo. Su torso quedó expuesto: piel bronceada, músculos que se tensaban con cada respiración, y los tatuajes de sus brazos y su torso bajando hacia unas caderas que prometían problemas. Un suspiro colectivo, pesado y lleno de deseo, barrió la sala.

Pero él solo me miraba a mí.

—Siéntate —ordenó. No era una sugerencia.

Me dejé caer en la silla que arrastró al centro de la pista. Cuando sonó la primera nota de *Pony*, el bajo no solo vibró en el suelo; vibró en mis huesos. Nevan comenzó a moverse. No era baile si no una cacería. Sus pasos fueron felinos, lentos, cargados de una intención que me hacía sentir desnuda bajo su mirada.

Se acercó, su torso a milímetros de mi cara, el aroma a tabaco y deseo puro envolviéndome. Se dejó caer sobre una rodilla, y su mano, grande y firme, se deslizó por el aire siguiendo el contorno de mi pierna sin tocarme, un juego cruel que me hizo apretar los muslos.

Se incorporó, colocándose a horcajadas sobre la silla, aprisionándome entre sus piernas. Sus caderas empezaron a moverse con una precisión rítmica, un control sobre su propio cuerpo que me hizo jadear. Se inclinó hacia mí, bajando la cabeza hasta que sus labios rozaron mi oreja.

Se apartó de golpe, giró sobre sí mismo y se inclinó hacia atrás, enseñándome la V de sus abdominales, moviéndose con una lascivia que me hizo perder el aliento. La gente gritaba, pero yo estaba

sorda a todo lo que no fuera el sonido de su respiración agitada y el roce de su piel.

Al terminar, me obligó a levantarme, pegó su cuerpo al mío y movió su cadera contra mi pelvis, un roce directo y obsceno que dejó claro lo que estaba sintiendo. Me hizo una reverencia teatral y me besó la mano, pero sus ojos me decían que el premio real no era el concurso.

—Lo que sea que haya que ganar esta noche… ya lo tengo delante.

Bajamos de la pista en un estado de trance. Nevan me rodeó con un brazo, posesivo, como si quisiera marcarme.

—Creo que voy a abrir un club de striptease en Las Vegas —soltó, con esa arrogancia que tanto me excitaba.

—Solo si yo soy la dueña y me quedo con todo —le piqué, empujándolo.

Entonces, Mónica apareció. Se deslizó hacia nosotros como una víbora, con su vestido ceñido y esa actitud de quien cree que puede robar lo que no es suyo.

—Nevan… —su voz era melosa, ofensiva—. Después de ese numerito… ¿seguro que no tienes una canción para mí?

Nevan arqueó una ceja, mirándola como si fuera un insecto molesto.

—¿Una canción para ti?

Mónica le puso una mano en el pecho, arrastrando las uñas por su piel caliente.

—Bailemos. —Me miró con una suficiencia que me hizo hervir la sangre—. No te importa, ¿verdad, Aria? Sois solo amigos por lo que tengo entendido.

La astilla se me clavó bien hondo. La rabia, el alcohol y el deseo acumulado explotaron. Me interpuse entre ellos, cortando el contacto de Mónica con su piel, y miré a Nevan.

—Sí, claro —dije con una dulzura peligrosa—. Si los amigos hacen esto…

Lo agarré por la nuca y estrellé sus labios contra los míos. El beso no tuvo nada de comedido. Fue una colisión, una batalla, un reclamo absoluto. Mis dientes rozaron su labio inferior mientras mi lengua se adentraba en su boca con una urgencia salvaje. Él gruñó contra mis labios, sus manos se cerraron en mi cintura, apretándome contra él hasta que no quedó ni un milímetro de aire entre nosotros. Nos devoramos allí, frente a todos, dejando claro quién le pertenecía a quién.

Cuando nos separamos jadeando, con los labios hinchados y el sabor de su deseo en mi boca, Nevan giró la cabeza hacia Mónica. Su voz era fría, cortante, un latigazo.

—Lo siento, Mónica. Estoy pillado.

La cara de ella se descompuso.

—Supongo que me equivoqué con lo de que solo erais amigos —contestó, intentando mantener la dignidad mientras su orgullo se hacía trizas.

—Suele pasar —respondí sin apartar la vista, apoyándome contra el pecho de Nevan como si fuera el dueño del lugar.

Mónica se esfumó. Nevan no esperó ni un segundo para bajar la cabeza, acercando su boca a mi oído. Su voz era un susurro denso, cargado de una lujuria oscura que me hizo vibrar.

—¿Sabes lo que acabas de hacerme, Aria?

—¿Salvarte?

—No —su mano bajó hasta mi cadera, hundiendo los dedos en mi carne, apretando—. Acabas de ponerme tan cachondo que me cuesta no tumbarte ahora mismo en cualquier rincón y hacerte gritar hasta que pierdas la voz.

El calor me golpeó en el bajo vientre con una fuerza brutal. Mis rodillas flaquearon.

—¿Ah, sí?

—Esa manera en la que me has marcado… —sus dedos tiraron del tejido de mi vestido, bajándolo apenas un milímetro—, me hace querer hundirme en ti, tan despacio y tan profundo, que no podrás hacer otra cosa que rogarme que no pare. Te quiero contra la pared, con las piernas abiertas y mis manos agarrándote hasta que no puedas ni recordar tu nombre.

El aire me faltaba. La imagen era tan vívida, tan cruda, que me obligó a morder mi labio inferior para no soltar un gemido allí mismo. Nevan estaba jugando conmigo, y yo estaba encantada de caer en la trampa.

—Entonces… será mejor que ganemos ese premio —respondí, con una voz que apenas reconocí de lo oscura que sonaba—. Porque cuando estemos a solas, pienso obligarte a cumplir cada una de esas promesas y te aseguro que no voy a ser nada amable contigo.

Nevan sonrió, una sonrisa predadora, hambrienta. El mundo entero se disolvió. Solo quedaba el deseo, latiendo entre nosotros como un animal salvaje.

Capítulo 49

Nevan

Ganamos el concurso de baile, por supuesto. ¿Cómo no íbamos a hacerlo? El premio: un oso de peluche rosa gigante, tan grande que apenas cabía en los brazos de Aria; pero ella lo abrazaba contra su pecho como si fuera un trofeo de guerra, con un orgullo que me hacía sonreír como un idiota cada vez que la miraba.

Ahora estábamos sentados en uno de los troncos que rodeaban la hoguera, con el peluche reposando junto a ella como si fuera su escolta personal. La llama ardía alta, escupiendo chispas que subían hacia el cielo negro, salpicado de estrellas. El calor del fuego nos golpeaba la piel, mezclándose con el olor a madera quemada y el sonido constante de risas y conversaciones que se filtraban por el campamento.

Los monitores más adultos se habían retirado hacía media hora, dejándonos a los jóvenes el control de la noche. El ambiente estaba relajado, pero cargado de esa electricidad que solo tienen las noches de verano cuando sabes que no hay que rendir cuentas a nadie. Un grupo cantaba un tema de rock noventero a pleno pulmón, otros reían contando anécdotas exageradas, y más allá, dos se peleaban por quién tenía que ir a por más cerveza.

Yo tenía mi botella en la mano, fría y medio vacía. Aria, en cambio, sostenía un vaso con una mezcla dulce que no había querido identificar, pero que olía sospechosamente a ron barato y azúcar. La luz de la hoguera le pintaba la piel en tonos dorados, suavizando sus facciones y haciendo que el pelo, un poco revuelto tras el baile, le cayera sobre un hombro mientras sonreía de oreja a oreja.

—No, no, no… —se reía Santi, el monitor de escalada, doblado hacia adelante mientras gesticulaba—. Eso no pasó así, Nevan, cuéntalo bien, dile la verdad.

Le di un trago a mi cerveza y sonreí mirando a Aria, que esperaba mi veredicto con los ojos brillantes.

—Lo siento, tío, pero Aria tiene razón. Fue justo como ella dice.

—¡Ja! —Aria alzó su vaso como si fuera una copa de champán en una gala—. Lo sabía. No puedes engañarme, Santi, tengo un radar infalible para las mentiras.

—Sí, claro… —murmuré sin apartar la vista de ella—, radar para las mentiras activado por el ron con coca-cola, supongo.

Me miró con los ojos entrecerrados, pero la sonrisa la delataba. Estaba en su mundo, un lugar al que pocas veces le permitían entrar.

—¿Estás insinuando que estoy borracha?

—No. —Me encogí de hombros, divertido—. Estoy afirmando que si sigues bebiendo a ese ritmo, acabarás cantando *Let It Go* subida encima de ese tronco de ahí.

Las carcajadas estallaron alrededor, y ella negó con la cabeza, riéndose de una forma que me encendió algo en el pecho.

—No voy a hacer eso.

—No por falta de ganas —contesté guiñandole un ojo.

Aria estaba radiante. No era solo el alcohol si no la forma en la que se inclinaba hacia adelante para escuchar a los demás, en la risa que le sacudía los hombros, en cómo abrazaba el peluche gigante con un cariño absurdo. Sí, ya había pasado su límite, pero no hacía el ridículo. Solo estaba más libre. Más… ella. Y yo, sentado a su lado, mirando como el fuego se reflejaba en sus pupilas, no podía dejar de pensar en lo adictivo que era verla así, sin máscara.

—Nevan, lo he decidido —dijo de repente, girándose hacia mí con la seriedad absoluta de alguien que está a punto de dictar una ley universal—. Cuando vuelva a la ciudad, voy a abrir… una tienda de peluches gigantes.

Parpadeé, procesando la información mientras me miraba con una intensidad que me hizo soltar una risa seca.

—¿De peluches?

—Gigantes —repitió, alzando el dedo para enfatizar—. Y que sean sólo rosas. Nada de osos marrones aburridos. Rosas. Como este —abrazó al pobre oso con tanta fuerza que parecía que le iba a saltar un ojo.

Dio un sorbo más a su vaso, ajena al mundo.

—Además, como ya no estoy en la academia, voy a tener que buscar un hobby… y he decidido que va a ser ese.

—¿Esa es tu mejor idea?

—Sí. Y yo voy a ser la jefa. —Se inclinó hacia mí, invadiendo mi espacio personal con esa sonrisa traviesa y un poco torpe que solo salía cuando las defensas bajaban—. Y tú… tú vas a ser mi socio.

—¿Ah, sí? ¿Y qué haría yo en este negocio revolucionario, jefa?

—Fácil —dijo como si estuviera exponiendo la teoría de la relatividad —. Tú dibujas los bocetos de los próximos peluches. Con tus manos mágicas.

—¿Manos mágicas? —me reí, mirándola de reojo, sintiendo que me derretía—. ¿Es un piropo encubierto o te has tomado una copa de más?

—Es la verdad.

Me quedé viéndola, abrazada a su oso rosa, los ojos brillando por la luz del fuego y el efecto de las copas, hablando con una seguridad pasmosa de un negocio absurdo y, aun así, parecía tan segura, tan

feliz, que no pude hacer otra cosa que asentir, rendido ante el absurdo momento.

—Vale, bombón. Yo hago los bocetos y tú vendes la felicidad.

—Exacto —sonrió satisfecha, acomodándose en mi brazo—. Seremos imparables.

Ahí estaba yo, con una cerveza a medio terminar en la mano, el calor de la hoguera lamiéndome la piel y una mujer borracha, preciosa y decidida a conquistar el mundo con una tienda de peluches rosas. Y, maldita sea, no podía imaginarme en ningún otro lugar.

—Vale, bombón… se acabó.

Le arrebaté el vaso con suavidad, evitando que le diera otro trago.

—¿Qué haces? —me miró indignada, como si le hubiera negado el aire—. Pero si estoy perfecta.

—Perfecta estás siempre —le contesté, esbozando una sonrisa de lado que apenas podía sostener—. Pero en cuanto a equilibrio… digamos que el alcohol no está siendo tu mejor amigo. Vámonos a la cabaña antes de que decidas que este oso necesita un hermano.

Se levantó del tronco intentando mantener la dignidad. Fue un esfuerzo loable, pero al dar el primer paso, sus pies se cruzaron y se fue de cabeza hacia la arena. Reaccioné por puro instinto, atrapándola por la cintura justo antes de que impactara. Se quedó pegada a mí, y al sentir mis manos, estalló en esa risa limpia y contagiosa que me desarmaba las defensas.

—Te lo dije —susurré negando con la cabeza.

—Shhh… estoy bien… —soltó entre risas, sin hacer el menor esfuerzo por despegarse.

—Claro que sí, campeona.

Me agaché y, antes de que pudiera protestar, la levanté en brazos. Su cuerpo contra el mío fue un golpe directo a mi autocontrol. Me

rodeó el cuello con los brazos al instante, acercándose tanto que su aliento, impregnado de ese combinado dulce, me rozó la mandíbula.

—¡Nevan! —exclamó con una sonrisa tonta—. Mmm… hueles de maravilla.

—Y tú hueles a problemas. Mojito y problemas.

—Problemas de los buenos… —murmuró, bajando el tono hasta convertirlo en un ronroneo meloso—. Y tú… tú estás tan… bueno.

—Bombón… —advertí, apretando el agarre—. No empieces.

—¿Por qué no? —sus labios rozaron la curva de mi cuello, un roce torpe, involuntario, pero cargado de una intención eléctrica—. Me encantas… ¿lo sabes? Y esos brazos… —apretó los hombros, tensando mis músculos—. Podría quedarme mirándolos toda la noche.

—Eso suena a obsesión, ¿eh? —la provoqué mientras caminábamos hacia la oscuridad, alejándonos del ruido de la fiesta.

—Me da igual… —susurró contra mi piel—. Además, no es culpa mía que seas… —hizo una pausa, buscando la palabra con esa lentitud típica de quien lleva un par de copas de más— …irresistible.

Reí bajo, aunque sentía que me quemaba por dentro. El calor de su cuerpo, su olor, la forma en que se pegaba a mí… todo me estaba llevando hasta el límite. Pero no. No iba a ser así. No con ella en ese estado, no siendo yo quien se aprovechara de su vulnerabilidad.

Llegamos a la cabaña y empujé la puerta con el pie, cerrándola tras nosotros. Caminé directo al dormitorio y la dejé sentada en el borde de la cama, inclinándome para asegurarme de que no se tambaleara.

—Venga, bombón. Hora de dormir. Ponte algo cómodo.

Pero ella no se movió. En lugar de eso, sus dedos buscaron el dobladillo de su vestido rosa. Lo subió despacio, con esa sonrisa depredadora que, borracha o no, sabía muy bienlo que provocaba.

—¿Qué haces? —pregunté, sintiendo cómo el calor me subía por la espalda, directo a la cabeza.

—¿Qué te parece? —susurró. Cada movimiento fue una tortura deliberada; un *videoclip* lento diseñado para volverme loco.

Me pasé una mano por la cara, respirando hondo.

—Aria… para. Estás borracha.

Ella ignoró mi advertencia. El vestido cayó sobre la cama y se quedó allí, en lencería. Y no era cualquier lencería; era una pieza que parecía diseñada para torturarme. Se puso de rodillas sobre el colchón, inclinándose hacia mí con una fluidez que me cortó la respiración.

—Nevan… —arrastró mi nombre, un suspiro que me golpeó el pecho —. Te deseo.

—No, Aria. —Di un paso atrás, obligándome a mantener la distancia —. No así.

Su expresión cambió. La embriaguez seguía ahí, pero detrás de sus ojos algo se volvió más serio, más crudo.

—Lo quiero sobria también —dijo con una firmeza que me heló la sangre—. Siempre.

Me quedé helado. Tragué saliva con la garganta seca como el desierto. No mentía, lo veía en la profundidad de su mirada. Ese deseo no era efecto del ron, era real.

—Y mañana… —continuó con la voz más suave, un hilo que me atravesó— te lo diré igualmente.

Respiré hondo, forzándome a ignorar lo preciosa que estaba: el pelo revuelto, las mejillas encendidas por el alcohol y esa mirada, esa tan cargada de honestidad que me quemaba.

—Pues… me lo dirás mañana, bombón —contesté, con la voz más firme que pude articular—. Cuando el ron no esté hablando por ti.

Ella puso los ojos en blanco, como si mi autocontrol le pareciera la mayor estupidez del mundo, y se dejó caer de espaldas sobre la cama, soltando un suspiro exagerado.

—Aburrido… —murmuró, aunque esa sonrisita traviesa no abandonó sus labios.

Negué con la cabeza buscando un respiro y me acerqué al pie de la cama para coger la manta. La cubrí con suavidad, ajustando el tejido y apartando un mechón rebelde que le caía sobre la cara. Aria me siguió con la mirada; sus párpados pesaban, pero la chispa en sus ojos seguía ahí, incombustible.

—Porque… —bostezó, luchando contra el sueño— …me gustas demasiado.

El golpe me impactó de lleno. Fue directo al pecho, derritiendo algo que creía congelado desde hacía años. Me senté al borde de la cama, apoyando los codos en las rodillas, atrapado por su mirada mientras se acomodaba como si yo fuera parte de su mundo.

—Duerme, Aria —logré decir, mi voz sonando suave—. Mañana… ya veremos qué pasa mañana.

Cerró los ojos, pero antes de rendirse por completo, murmuró algo tan bajo que casi se pierde en la penumbra.

—No es solo que me gustes, Nevan… es que… —se tocó el pecho con torpeza, con esa sonrisa boba que me desarmaba—. Aquí… siento muchas cosas.

Se me quedó mirando, con las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos, sin ser consciente del terremoto que acababa de provocar en mí. Me golpeó como una bala en el centro del pecho.

—Ven aquí, bombón… —murmuré intentando que mi voz sonara ligera, aunque me costaba respirar.

Fui hasta la mochila y saqué un par de toallitas. Me senté junto a ella, que seguía recostada boca arriba con su melena dorada esparcida sobre la almohada como un halo. Se mordía el labio medio

sonriendo, con esa expresión brillante y pesada. Me incliné despacio, acercándome e invadiendo ese espacio privado que tanto me tentaba.

—Mírame —le pedí.

En cuanto levantó la barbilla, empecé a desmaquillarla. Movimientos lentos, precisos. La tela suave recorrió sus mejillas, sus párpados, el contorno de sus labios… Ella no apartó la vista ni un milisegundo; me observaba como si fuera lo único que existía en el universo.

—Eres muy guapo… —susurró como si estuviera revelando un secreto prohibido.

—Tú eres preciosa —respondí sin dejar de limpiar los últimos restos de sombra y delineador.

La toallita se tiñó de negro y dorado, eliminando las capas de la noche, pero yo solo veía cómo que su rostro se limpiaba, volviéndose más auténtico, más real. Más ella. Cuando terminé, dejé la toallita a un lado y acaricié su mejilla con el pulgar, sintiendo la suavidad de su piel bajo mi yema.

—Lista para dormir —murmuré obligándome a no quedarme ahí, atrapado en su calor, sintiéndome más tentado de lo que jamás había estado en toda mi puta vida.

Aria sonrió, un gesto pequeño y privado, y se inclinó hasta que su frente descansó en la mía. Su piel estaba caliente, viva, un ancla en medio de la embriaguez que nos rodeaba.

—Me gusta cuando me cuidas —susurró rompiendo el aire—. Nadie lo ha hecho antes.

Sus palabras me golpearon con una fuerza física, un impacto sordo en el centro del pecho. No había drama en su tono, ni rastro de lástima hacia sí misma; era una verdad cruda, guardada bajo llave durante demasiado tiempo, que ahora dejaba escapar con la guardia baja.

—Pues acostúmbrate —respondí, sin pensarlo siquiera. Mi voz sonó baja, áspera, cargada con una firmeza que no me dio tiempo a cuestionar—. Porque voy a seguir haciéndolo.

Sus ojos se entreabrieron apenas, lo justo para que pudiera ver ese brillo húmedo que no tenía nada que ver con el alcohol. Era algo más crudo, más profundo. Tragué saliva, sintiendo un nudo que se me clavaba en la garganta, impidiéndome respirar con normalidad.

—Aunque no me lo pidas —añadí, apartándole con el pulgar un mechón de pelo de la frente—. Aunque te empeñes en hacerte la dura y me empujes lejos.

La acomodé sobre la almohada con una delicadeza que no reconocí como mía, asegurándome de que la manta la protegiera hasta los hombros. Ella sonrió con los ojos casi cerrados, esa mueca floja y vulnerable que se le escapaba cuando el cansancio —o la borrachera — le desarmaba las defensas. Me quedé allí observándola un momento, grabando cada detalle a fuego en mi memoria: la curva suave de sus labios, el compás lento de su respiración, la serenidad que, por un segundo, parecía haberse instalado en su rostro.

Me quité la camiseta y apagué la luz, dejando que la penumbra cálida de la mesilla envolviera la habitación. No iba a dejarla sola, no después de lo que acababa de confesarme. Me tumbé a su lado de costado, apoyando la cabeza en la mano para verla caer en un sueño profundo.

—Tu también me haces sentir muchas cosas, bombón —susurré sabiendo que ya no podía oírme.

Me quedé mirándola en silencio, escuchando cómo el calor de su cuerpo se filtraba bajo las mantas. Poseía una paz que yo nunca supe conservar, una calma que me era ajena. Ahí estaba, acostada a mi lado como si nada de lo que yo había hecho, de lo que era, tuviera importancia.

Pero sí la tenía porque sabía quién era yo. Sabía lo que arrastraba conmigo. Y, por más que mi cabeza quisiera convencerse de que

esta vez podía ser diferente, ser el hombre que la protegiera y la hiciera feliz, la vida se encargaba de recordarme la misma lección de siempre: las personas como yo no son más que tormentas temporales. La gente no se queda. Nunca se quedan.

Ella merecía algo limpio, estable, una base sólida. Algo que yo, por definición, no podía ofrecerle. Y aunque cada día aquí, a su lado, me hacía olvidar ese detalle, cada vez que la miraba así, tan de cerca, me dolía en el alma recordar que este momento tenía fecha de caducidad.

Apreté la mandíbula y forcé una sonrisa en la oscuridad, una mentira piadosa que solo me servía a mí. No iba a dejar que viera lo que se gestaba en mi cabeza. Ni que sospechara lo jodido que estaba por dentro. Esta noche, la última que nos quedaba, iba a ser nuestra. Iba a verla reír, a asegurarme de que se sintiera a salvo, de que creyera que, conmigo, podía permitirse respirar tranquila.

Porque si había una sola cosa que podría hacer bien en esta vida, aunque fuera la última, era asegurarme de que, cuando llegara el día de irse, recordara que aquí, en este campamento, en esta cabaña, al menos una vez, fue feliz.

Capítulo 50

Aria

El pitido de la alarma me taladró el cráneo como si tuviera un martillo neumático instalado en la sien.

—Joder… —gruñí enterrando la cara en la almohada, intentando con desespero que la oscuridad me engullera y acabara con aquella resaca que me estaba matando.

Me quedé inmóvil, intentando reconstruir las piezas de la noche anterior. ¿En qué jodido momento pasé de gritar a los cuatro vientos que era la reina del karaoke a ser este despojo humano? Lo curioso es que la memoria no me fallaba: recordaba el baile, el oso rosa gigante, el momento en que me puse en plan celosa con Mónica… Pero había lagunas. Lagunas importantes. Como, por ejemplo, ¿cómo cojones había acabado en la cama, limpia, desmaquillada y en ropa interior? Eso era un misterio que me ponía los pelos de punta.

Me giré buscando calor, pero solo encontré el hueco vacío. Nevan no estaba.

Iba a entrar en pánico, pero entonces el olor a café recién hecho se coló por mis fosas nasales, directo al alma. Mis células gritaron «¡busca el origen!». Me incorporé con la lentitud de una tortuga herida y me encontré con la segunda pregunta del día: ¿por qué narices estaba solo en ropa interior? Ni idea. Pero antes de ponerme a analizar el drama, mis ojos se posaron en unos pantalones cortos y una de sus camisetas negras. Me la puse; me quedaba como un vestido; me llegaba a medio muslo y, lo más importante, olía a él.

Seguí el rastro del café como si fuera un dibujo animado hipnotizado por el aroma. Y ahí estaba. En la cocina.

La imagen me detuvo en seco. Pelo rubio revuelto, la camiseta negra tensando los hombros, los brazos tatuados que se movían con una precisión irritante mientras servía el café. Llevaba unos pantalones grises caídos, bajos en la cadera, como si la gravedad no fuera con él. Se movía con esa parsimonia letal, una mano en la cafetera, la otra en la taza… y yo, ahí, con el pelo hecho un nido de pájaro y el corazón a mil, mirándolo como si fuera la última gota de agua en un desierto.

No sé si es normal que alguien te parezca más guapo de lo que recordabas —y mira que anoche estaba para comérselo—, pero era un insulto. Era sexy, carismático y tenía esa forma de llenar el espacio que me dejaba sin aire. Lo peor, o quizás lo mejor, es que ya estaba perdida. Enamorada hasta las trancas, aunque mi cerebro me gritaba que era una locura.

Mientras lo observaba, con el pulso martillando en mis sienes por razones que no tenían nada que ver con la cafeína, fui consciente de mi realidad: estaba jodida.

—Buenos días, dormilona —dijo Nevan sin darse la vuelta, como si tuviera un radar. Seguía sirviendo el café con una calma que me ponía de los nervios.

—Buenos días… —logré articular, acercándome con pasos torpes porque mi cuerpo todavía no se había puesto de acuerdo con mi cerebro.

Me tendió una taza. Sus dedos rozaron los míos un milisegundo y sentí una descarga que me recorrió el espinazo.

—Toma. A ver si con esto resucitas —dijo dejándome espacio.

La cogí con ambas manos, aferrándome a la cerámica caliente como si fuera la única forma de mantenerme en pie.

—Gracias.

—Anoche llevabas la cuenta de tus copas al ritmo de «una más y me voy»... —rió, esa risa grave que me hacía vibrar las tripas—. Curiosamente, ese momento nunca llegó.

Me llevé la taza a los labios, escondiéndome tras el borde para ocultar la sonrisa que se me escapaba.

—No estuve tan mal.

—No, claro —asintió él, con ese tono de «voy a dejar que te creas tu propia mentira» que tanto me gustaba—. Solo intentaste convencerme de que montáramos un imperio empresarial de peluches y de que yo fuera tu diseñador jefe.

—Pues es una visión de negocio impecable —repliqué dándole un sorbo al café y encogiéndome de hombros—. Los peluches nunca decepcionan. A diferencia de algunas personas.

Él soltó una carcajada, directa al pecho, y esa maldita sonrisa fue suficiente para terminar de aflojarme las rodillas.

Terminé mi café bajo la atenta mirada de Nevan. Había una calidez en sus ojos que me hacía querer quedarme ahí, atrapada en esa cocina para siempre, pero algo en mi interior necesitaba un cierre antes de irnos.

—Voy a dar una vuelta —dije, dejando la taza vacía sobre la encimera—. Necesito... ya sabes, despedirme del lugar.

Él asintió, entendiendo sin necesidad de explicaciones. Me dio un beso rápido en la sien, un contacto que se quedó vibrando en mi piel mientras salía de la cabaña.

Caminé hacia el viejo salón de baile. Era un edificio de madera, aislado y tranquilo, con ventanales altos que dejaban pasar la luz del día, creando un baile propio de partículas de polvo en el aire. Entré, cerré la puerta y me quedé sola. El suelo de madera crujió bajo mis pies, un sonido familiar que me devolvió miles de recuerdos.

Me quité las zapatillas, dejando que mis pies descalzos contactaran con la madera fresca. Puse música en mi móvil, algo que no fuera la

estricta melodía clásica de las competiciones, algo que tuviera un alma más libre, más profunda.

Empecé a moverme. Al principio, fueron pasos vacilantes, como si estuviera recordando cómo ser yo misma sin una audiencia. Pero pronto, el ritmo se apoderó de mis vértebras. Me lancé a bailar. No busqué la perfección de mis extensiones, ni me preocupé por la altura de mi *arabesque*. Me olvidé de los espejos, de mi madre, de sus correcciones constantes, de la frialdad de los escenarios donde solo eras un instrumento…

Sentí el ballet como nunca antes lo había sentido. Fue una liberación. Cada giro era un grito silencioso; cada salto,una forma de deshacerme del peso que cargaba desde hacía años. Bailaba para Aria, para esa niña que soñaba con volar, no para la bailarina que tenía que cumplir expectativas. Me sentí ligera, libre, como si el baile volviera a ser, por fin, mi lenguaje y no mi cadena.

Estaba inmersa en un movimiento de brazos, con los ojos cerrados y el alma fuera de mi cuerpo, cuando el crujido de la puerta me sacó del trance.

—¿Es ella?

La voz era pequeña, llena de una mezcla de incredulidad y asombro. Abrí los ojos y me detuve, respirando agitada. En el umbral de la puerta había un grupo de cinco niñas, de unos ocho o nueve años, vestidas con sus maillots de ballet, sus moños algo despeinados y sus mochilas a la espalda. Estaban paralizadas con los ojos como platos, mirándome como si fuera una aparición.

—¡Es Aria Morgan! —susurró una de ellas, tapándose la boca con las manos mientras sus compañeras daban un pequeño saltito de emoción—. ¡Es la de la tele!

Me quedé allí, de pie en medio de la sala, sintiendo una vulnerabilidad extraña. Pero al mirar sus rostros, no vi el escrutinio técnico ni la envidia profesional si no pura, cristalina y contagiosa

ilusión. Estaban embobadas, mirándome como si fuera un hada que acababa de materializarse.

—Hola —dije suavizando mi postura y acercándome con una sonrisa tímida.

—¿Eres tú de verdad? —preguntó la niña más pequeña, dando un paso al frente mientras se agarraba a la mano de su amiga.

—Soy yo —respondí agachándome para quedar a su altura—. ¿Vosotras también bailáis?

—Estamos aprendiendo —confirmó una con una coleta alta—. Pero nuestra profesora es muy seria. Dice que si no tenemos el pie en punta perfecto, no servimos.

Aquella frase, tan simple y tan llena de la misma crueldad que yo había vivido, me encogió el corazón. Me vi a mí misma en ellas.

—¿Sabéis una cosa? —dije, sentándome en el suelo para estar al mismo nivel—. Lo más importante no es la punta perfecta si no que cuando bailéis, vuestro corazón se sienta feliz. Si el corazón está feliz, el baile siempre será bonito.

Las niñas me miraban atentas, absorbiendo cada palabra. Fue entonces cuando me nació esa chispa, esa idea que se sentía tan correcta que me asustó.

—¿Queréis que bailemos juntas? —propuse.

El salón estalló en pequeños gritos de alegría. Durante los siguientes cuarenta minutos, no era Aria Morgan, la bailarina estrella. Fui solo una chica que amaba el ballet, enseñando a otras pequeñas lo que significaba la libertad. Les enseñé a dejar caer los brazos, a reírse cuando perdían el equilibrio, a usar la música para contar una historia propia…

Mientras las veía girar, tropezar y reírse con una inocencia que me resultaba curativa, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo: un propósito. Una academia. No una jaula de oro donde pulir diamantes hasta que se rompieran, sino un refugio. Un lugar

donde niñas como ellas pudieran crecer amando el baile, sin perderse a sí mismas en el proceso.

Me levanté y limpié una lágrima de emoción a una de ellas que se había sentido «mal» por no hacer un paso bien, y la abracé.

—Lo habéis hecho de maravilla — aseguré.

Me miraron con tal adoración que me hizo sentir más fuerte que cualquier aplauso que hubiera recibido en un teatro. En ese momento, mientras el sol del mediodia se colaba por las ventanas, supe que mi futuro no estaba en los escenarios fríos de mi madre. Estaba ahí, en la posibilidad de enseñar, de proteger esa chispita que ellas tenían y que yo casi pierdo.

Quizás, después de todo, el ballet era mi destino. Solo tenía que cambiar las reglas del juego.

Capítulo 51

Nevan

Aria salió de la cabaña hacía apenas veinte minutos y el silencio que dejó atrás pesaba más de lo que debería. Empecé a recoger nuestras cosas, o más bien las mías, porque las suyas parecen todavía imbuidas de su esencia y, moverlas me duele como si estuviera arrancando un pedazo de mi piel.

La realidad tiene fecha y hora: esa tarde teníamos que entregar las llaves. Era el fin de la escapada, el fin de la burbuja. Fuera de estas cuatro paredes, el mundo real estaba esperando, agazapado como una fiera, listo para engullirnos en cuanto cruzaramos el umbral.

Doblé una de sus camisetas, la que se dejó olvidada en una silla y me quedé con ella entre las manos. Olí el algodón; olía a ella, a ese aroma suave que siempre me calmaba, pero ese día solo me provocaba un nudo en la garganta. Tenía miedo. Un miedo que no se parecía a nada que hubiera sentido antes. No era miedo a que me hicieran daño si no miedo a una pelea o a una situación difícil. Era miedo a perderla.

La miraba y veía un pájaro que acaba de aprender que tenía alas, y me invadía un terror absoluto a que, en cuanto volviéramos a la ciudad, el peso de su vida, de las expectativas de su madre, de todo lo que la rodea, le cortara las plumas. ¿Y yo? ¿Qué iba a ser yo para ella ahí fuera?

Me daba pánico pensar que, en mi afán por protegerla, pudiera convertirme en lo mismo que ella intentaba dejar atrás. No quería ser otra carga ni ser una persona más que le dijera qué debía hacer.

Otra asfixiante cadena. Ya había tenido suficiente de eso. Si ella necesitaba espacio, se lo daría. Si quería huir, la dejaría ir. Pero la idea de no tenerla, de despertar un día y que todo esto hubiera sido sólo un paréntesis, un momento idílico en un campamento de verano mientras ella volvía a hundirse en el pozo de su madre... eso me dejaría vacío antes incluso de ocurrir.

Aquí dentro, con ella, las cosas eran simples, solo éramos Nevan y Aria. Pero ahí fuera había mucho ruido. Estaban los agentes, las coreografías, las exigencias, la vida que le habían diseñado a su medida. Me sentía como un intruso intentando robarle tiempo a una vida que no le pertenece.

Recogí su cepillo del baño, los trastos que había ido dejando por ahí, y los guardé con una delicadeza casi reverencial. Si ella se iba, si esto explotaba, no sabía qué quedaría de mí. Me había acostumbrado a estar solo, a no necesitar a nadie, a que nadie me importara lo suficiente como para quitarme el sueño. Y ahora ella me tenía aquí, temblando por un futuro que ni siquiera me pertenecía.

«*No la presiones, Nevan. No le exijas nada.*» Pensé.

Repetí la lección como un mantra, pero el pecho me ardía. La quería demasiado como para dejarla ir, pero a la vez tanto, que dejarla ir podría ser la única forma de demostrarle que, por primera vez en su vida, alguien la amaba sin querer poseerla.

Suspiré, dejando la maleta a medio cerrar sobre la cama. La cabaña, que hacía un rato era nuestro refugio, ahora parecía una cárcel.

El chirrido de la puerta al abrirse me sobresaltó, cortando de raíz mis pensamientos oscuros. Me giré, con el corazón todavía acelerado por la angustia. Al verla, el aire se me quedó atascado en la garganta.

Aria entró en la cabaña y, por un segundo, me olvidé de cómo respirar. No era la chica que se había ido hace poco más de una hora. Estaba radiante, con una luz diferente brillando en sus ojos, una intensidad que no había visto ni siquiera en nuestros mejores

momentos aquí. Su piel, bañada por el sol de la mañana, parecía vibrar.

—Nevan... —dijo cerrando la puerta tras ella y apoyándose contra la madera, con una sonrisa que no podía ocultar—. No vas a creer lo que me ha pasado.

Dejé la maleta sobre la cama y me acerqué a ella, contagiado sin remedio por su energía.

—¿Qué pasa? —pregunté, con la voz algo ronca.

—He ido al salón de baile —empezó a explicar, gesticulando con una emoción que le desbordaba—. Me he puesto a bailar, de verdad, sin pensar en nada. Y de repente... han aparecido unas niñas. Unas niñas pequeñas, Nevan.

La escuché, cautivado, mientras narraba el encuentro. Sus ojos, cuando describió la ilusión de aquellas pequeñas, brillaban con una claridad que me heló el pecho. Era puro entusiasmo, una chispita de vida que creía haber visto extinguirse en ella semanas atrás.

—Hemos bailado juntas. Y ha sido... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada, con la mano puesta sobre su pecho—. Ha sido como volver a casa. Como si, por primera vez, el baile no me pesara. Me he dado cuenta de algo, Nevan. De algo muy importante.

Se acercó a mí, agarrándome como si mi camiseta tuviera solapas, con una determinación que nunca antes le vi.

—Cuando todo esto pase, cuando consiga solucionar lo de la foto, lo de la prensa y deje atrás toda esa mierda de la academia y de mi madre, voy a montar mi propia escuela. Una academia de ballet para niñas. Pero no de esas donde las exprimen hasta que se rompen. Una escuela donde puedan aprender a amar el baile, donde la felicidad sea lo primero.

La miré y, por un momento, el miedo que me carcomía hacía diez minutos se disolvió, dejando paso a algo mucho más grande: un orgullo que me golpeó como un mazazo.

—Aria... —susurré acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos.

—Es mi sueño, Nevan. Y me acabo de dar cuenta de que es el único que quiero perseguir.

La miré con fijeza, viéndola tan segura, tan dueña de su destino. Sentí un pinchazo en el pecho, un dolor dulce y agónico a la vez. Ella tenía un futuro ahí, un propósito que le devolvía la vida. Y en ese futuro, yo era un completo desconocido, una variable en una ecuación que ella estaba empezando a resolver sola.

«*Te lo mereces*», pensé, y supe que era verdad con cada fibra de mi ser. Se merecía cada gramo de esa felicidad, conquistar cada sueño, que nadie volviera a apagar esa luz que ahora le iluminaba la cara. Aunque para conseguirlo tuviera que dejarme atrás. Aunque yo no formara parte de esa academia, de esa vida limpia y estable que tanto anhelaba.

—Lo harás —dije con una firmeza que intenté que no sonara a despedida—. Vas a ser la mejor, Aria. Porque tienes algo que ninguna de esas academias de élite podrá comprar: tienes corazón.

Ella me miró y, por un instante, su sonrisa se suavizó, volviéndose algo más íntimo, más frágil.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido —respondí dándole un beso suave en la frente —. Estás lista para esto. Estás lista para todo.

La atraje hacia mí, abrazándola con fuerza, tratando de memorizar el tacto de su cuerpo contra el mío, el olor de su pelo. Por fuera, seguía siendo su apoyo, su roca. Por dentro, sin embargo, estaba empezando a aceptar la realidad: ella estaba despegando, y yo, por mucho que me doliera, solo podía desearle buenos vientos.

Aria no respondió con palabras. Solo apoyó la frente en el hueco de mi cuello y me abrazó con más fuerza, como si mi cuerpo fuera la única estructura capaz de sostenerla en ese momento. Me aferré a

ella, consciente de que ese abrazo tenía un peso diferente; era el silencio de quien entiende sin preguntar.

El sol seguía filtrándose por la ventana, bañando la cabaña con una luz dorada y tranquila. Ella estaba en mi regazo, con la cabeza reposando en mi hombro y mis brazos envolviéndola con una naturalidad que dolía.

Entonces, el puto móvil vibró sobre la mesa.

El sonido fue como un latigazo en medio del silencio. Bajé la vista con desgana, sin querer romper la burbuja, pero la pantalla iluminada con un nombre que llevaba días acosándome me obligó a soltar un suspiro cargado de veneno.

«*Mamá*»

Llevaba una semana insistiendo: llamadas, mensajes, notificaciones que se amontonaban como basura. No había querido contestar, no podía hacerlo, pero el teléfono seguía insistiendo como si tuviera vida propia. La llamada se cortó por sí sola, dejándonos en un silencio tenso.

Aria levantó la cabeza. Sus ojos verdes escanearon la pantalla y luego se clavaron en los míos. No hubo ni rastro de miedo o inseguridad; solo una tristeza empática que, joder, era lo que más me jodía de ella. Su capacidad para leer mi dolor sin invadir mi espacio.

Pero antes de que pudiera volver a relajarme, el móvil volvió a vibrar. Esta vez era John y mis nudillos se pusieron blancos de la tensión.

—¿Qué coño quieren estos dos ahora…? —masculle entre dientes, con el ceño fruncido.

No me molesté en contestar. Dejé el teléfono sobre la madera, pero la insistencia fue más rápida. Entraron tres mensajes seguidos, uno tras otro, como disparos.

Nevan, cariño. Necesito hablar contigo.

Sé que estás ocupado, pero por favor responde a la llamada, o ven a casa.

Es importante, cielo.

«*Cielo*». La palabra me quemó los ojos. ¿Cómo se atrevía? ¿Después de años de frialdad, de culpa, de una negligencia que me obligó a aprender a vivir solo? ¿Ahora era importante? ¿Ahora que tenía una vida «perfecta» que ocultar bajo la alfombra? La incomodidad me subió por la espalda, convirtiéndose en una rabia sorda.

Sentí cómo Aria se removía sobre mi regazo, alerta. Su voz llegó suave, casi como un susurro, tanteando un terreno que sabía minado.

—¿Estás bien?

—No es nada —solté seco, con un tono que no pude evitar que sonara más agresivo de lo que pretendía.

Ella asintió despacio, sin apartar la mirada. No se ofendió.

—Quizá… —comenzó con una delicadeza que me desarmó— quizá deberías contestar. Solo para saber qué es eso tan importante.

La miré de reojo. No con enfado, sino con esa resistencia visceral que surge cuando alguien intenta tocar una herida que has intentando cicatrizar a base de ignorarla.

—No necesito saber nada, Aria.

—No lo digo por ella, Nevan —insistió bajando la mirada para elegir con cuidado sus palabras—. Lo digo por ti. A veces, cerrar la puerta por completo duele más que dejarla entornada. Solo… —me acarició el brazo, un roce ligero que intentaba calmar la tormenta que se estaba gestando dentro de mí—, solo para asegurarte de que no hay nada ahí dentro que aún te esté quemando.

Me tensé. La rabia, antes dirigida a mi madre, empezó a volverse hacia el recuerdo de lo que significaba estar en aquella casa.

—¿Y si sí quema? —le pregunté, con la voz rota—. ¿Y si me acerco y vuelve a doler como antes? ¿Y si tengo que sentarme en ese salón de mierda, rodeado de sus cuadros nuevos, con su vajilla blanca y su marido perfecto, y tengo que tragarme que ella ahora sí sabe ser madre porque alguien se lo ha ordenado?

No era justo soltarle esto a ella, pero las palabras salieron como un vómito. Aria no se encogió. No puso distancia. Solo respiró hondo, como si estuviera absorbiendo mi carga para hacérmela más ligera.

—Puedo ir contigo —susurró, y aquella oferta me golpeó con más fuerza que cualquier llamada—. Si eso hace que sea más fácil, si te hace sentir menos solo.

Me quedé en silencio mirando hacia la nada, con el interior de la mejilla sangrando por la fuerza con la que la estaba mordiendo. No pude contestar. No encontré las palabras. Y Aria, bendita sea, no insistió. No necesitó una respuesta. Solo dejó su mano sobre la mía, firme y presente. Y joder, en medio de todo ese caos, eso fue más que suficiente.

La mañana siguió su curso, o al menos eso intentó, pero me quedé clavado en aquel instante. Aria volvió a sumergirse en su libro, cambiando de postura, moviéndose por la cabaña, poniendo música suave con la esperanza de no agitar mi cabeza pero, para mí, el silencio se volvió sólido, insoportable, machacándome las sienes.

Me levanté, caminé por la cabaña como un animal enjaulado, encendí un cigarro y lo aplasté a medio consumir, con el sabor amargo aún en la boca. Me senté, me volví a levantar. El teléfono, guardado en el bolsillo de mi pantalón, pesaba como si fuera plomo fundido. Cada mensaje sin leer, cada notificación de mi madre, era una piedra más que me ataba los tobillos, arrastrándome hacia un fondo que me había costado años esquivar.

¿Por qué ahora? ¿Por qué esa insistencia desesperada después de tanto tiempo de silencio? ¿Qué demonios podía ser tan «importante»? John, que siempre mantenía una distancia prudente, también se había sumado al acoso telefónico. Y lo peor de todo no

era la curiosidad, era el miedo. El miedo a que todo lo que había construido, el hombre que había intentado ser, se desmoronara con una sola frase de ella.

Me senté en los escalones de madera frente a la cabaña, con las manos entrelazadas y la vista perdida en la espesura de los árboles. Tenía ese nudo en el estómago, el que solo aparece cuando te ves obligado a afrontar lo que te empeñas en enterrar. Le conté a Aria las líneas generales: cuando detuvieron a mi padre cuando yo tenía dieciséis, el abismo de alcohol en el que se perdió mi madre. Pero nunca le había hablado de mis demonios, los que se despertaban conmigo cada madrugada y me susurraban al oído que, por mucho que intentara limpiarme la piel, la suciedad seguía ahí, impregnada en los cimientos.

¿Cómo iba a meterla en esto? Ella no se merecía cargar con mi oscuridad. Tenía luz, tenía futuro, y yo solo era una sombra que se negaba a desaparecer.

La puerta crujió y Aria salió al porche con una taza en la mano. Se quedó allí, mirándome desde arriba, con esa capacidad suya de leer mi silencio sin decir ni una palabra.

—¿Puedo sentarme?

Asentí, y se acomodó a mi lado, dándome el espacio necesario para dejar salir el veneno.

—Llevo toda la mañana dándole vueltas —admití al fin, sin mirarla—. No sé si quiero saber. No sé si estoy preparado para esto.

No me interrumpió. Solo esperó, dándome el oxígeno que necesitaba para continuar.

—He aprendido a vivir con este peso —dije sintiendo cómo la voz me fallaba—. No lo he superado. Solo... lo he domesticado. Es una sombra que me acompaña a todas partes. Cada vez que veo algo que me recuerda a ella, a todo lo que pasó, el dolor vuelve a golpearme sin avisar. Y si voy a esa casa, si la miro a los ojos... tengo miedo de que esa sombra se vuelva gigante. De que me

arrastre otra vez al agujero. Y tú... —Me giré hacia ella, encontrando sus ojos, los únicos que no me juzgaban.— Tú no tienes por qué ver eso. No tienes que ser testigo de cómo me rompo.

Aria frunció el ceño con una suavidad que me desarmó, como si le doliera que pudiera pensar algo así.

—Nevan… ya lo veo. Quizá no todo, no cada recoveco de tu dolor, pero sí lo suficiente como para saber que no me asusta. Lo que me asustaría sería que no confiaras en mí, que no me dejaras estar ahí cuando más lo necesitas.

Bajé la mirada, sintiendo una punzada de vergüenza. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía simplificar el caos en el que siempre estaba inmerso?

—Y además —añadió con una sonrisa pequeña y astuta—, así aprovecho para ver a Elara. Me dijo anoche que ya había vuelto a Windale con Eiden. Quiero despedirme antes de que volvamos a Los Ángeles.

La miré, sorprendido por su facilidad para normalizar lo que para mí era un campo de minas.

—¿Lo harías? —pregunté incapaz de ocultar mi asombro—. ¿Venir conmigo?

—Claro que sí. —Lo dijo con una sencillez absoluta, como si acompañarme al lugar donde mis fantasmas seguían vivos fuera tan natural como tomar café—. Pero solo si tú quieres.

Tragué saliva. No tenía claro si era una buena idea, no sabía si mis fuerzas aguantarían el escenario, pero sí tenía clara una cosa: si había alguien capaz de estar ahí sin que terminara de derrumbarme, era ella.

—Vale —dije al fin, dejando que el aire llenara mis pulmones—. Vamos.

Y, por primera vez en todo el día, respiré.

Capítulo 52

Aria

Llegamos a Windale en poco más de dos horas. Después de cerrar la cabaña, de despedirnos de Tom y dejar atrás ese rincón que había sido nuestro pequeño paraíso durante la última semana; el viaje transcurrió en un silencio denso. Para mí fue un silencio reflexivo, pero para Nevan parecía un muro. Mantenía las manos férreas sobre el volante y la mirada clavada en la carretera, lejos, muy lejos. Estaba tenso, cerrado, como si el simple hecho de volver a este pueblo fuera suficiente para resquebrajar la armadura que tanto le había costado construir.

Windale era precioso, un lugar de cuento de hadas;entendía por qué Elara lo eligió para empezar de cero. Pero cuando el coche se detuvo frente a la casa de su madre, me quedé sin palabras. Era una construcción de revista: blanca, con ventanales inmensos, un jardín impoluto y una estructura imponente que gritaba estabilidad y éxito.

Nevan me contó que esta mansión era el resultado de la llegada de John, aquel hombre de negocios amable que se enamoró de su madre un año después de que detuvieran a su padre, cuando Nevan tenía dieciséis años. John la rescató del pozo del alcoholismo y compró esta casa, intentando construir un nuevo comienzo. Su madre, en un intento desesperado por enmendar sus errores, quiso darle a Nevan «lo mejor», pero él nunca percibió que ese lugar fuera un hogar. Se sintió solo y vacío entre tanto lujo, rodeado de una vida que le era ajena.

Miré a Nevan de reojo. Él no miraba la casa con nostalgia, si no con una frialdad que me estremeció. Sabía que sus verdaderos

fantasmas no vivían entre estas paredes de diseño. Sus peores recuerdos estaban guardados a fuego en la caravana donde pasó su terrible infancia, el lugar al que regresó a los dieciocho años huyendo de esta mansión. Una caravana llena de dolor, pero donde también estaba Gus. Aquel hombre que sospechaba que había sido su verdadero salvavidas, la figura paterna que su padre biológico nunca supo ser cuando él más lo necesitaba.

Sentí la tensión en su brazo incluso antes de cogerle la mano, así que lo hice con suavidad. Quería ser su ancla. Nevan apretó mis dedos un poco más fuerte, un gesto mudo que me confirmó que, entre todos esos recuerdos que le atormentaban, yo era en ese momento su única certeza.

Avanzamos hasta el porche impoluto. Nevan levantó la mano y llamó a la puerta con dos golpes firmes. Su respiración se volvió pesada, cargada de una historia que yo solo alcanzaba a vislumbrar.

No tardaron mucho en abrir.

Y entonces la vi. Era como mirar a Nevan. Tenía el mismo tono de piel, el mismo cabello rubio ceniza, los mismos ojos azul claro que en él eran hielo y en ella mar. Iba vestida con una elegancia discreta, como alguien que había aprendido a esconder lo roto bajo telas caras y modales pulidos. Era guapa, casi etérea. Pero sus ojos contaban una historia de naufragio. Había un eco en ellos, una herida que nunca terminó de cerrarse del todo.

Cuando vio a Nevan, sus ojos se abrieron con una sorpresa genuina, como si la imagen de su hijo en esa puerta fuera una rareza que apenas ocurría. Después, pasaron de él a mí. Su expresión cambió, la sorpresa se transformó en confusión, hasta que su mirada bajó y vio nuestras manos entrelazadas.

Y entonces se enterneció. Apenas un gesto. Un destello de algo parecido a la esperanza o al alivio.

—Nevan… —su voz fue un susurro quebradizo, como si tuviera miedo de que, al pronunciar su nombre, el aire que nos separaba se

rompiera—. Has venido.

Nevan no contestó. Sus dedos seguían entrelazados con los míos con una fuerza casi dolorosa y, su cuerpo estaba tan rígido que parecía tallado en piedra. Si no mantenía esa postura firme, temí que se desplomara allí mismo. Ella, al notar mi presencia, alzó la vista hacia mí; su sonrisa era tímida, casi una súplica de aceptación.

—Hola —dijo, intentando recuperar la compostura—. Soy Maeve. La madre de Nevan.

—Aria —respondí, ofreciendo mi otra mano en un gesto automático, un escudo de cortesía para protegernos a ambos—. Encantada.

Maeve me la estrechó con delicadeza, analizando en mis ojos qué significaba yo para él, qué lugar ocupaba en ese rompecabezas de años de silencio.

—Igualmente —contestó, antes de apartarse—. ¿Queréis pasar?

Miró a su hijo con la cautela de quien espera un rechazo. Pero Nevan solo asintió en silencio. Al cruzar el umbral, la atmósfera cambió de manera drástica. El aire dentro olía a perfume caro, a madera encerada y a una limpieza estéril. Era el aroma de una vida construida para borrar los rastros de la anterior.

Nevan no me soltó, y yo me aferré a su mano como si fuera mi única brújula.

Nos condujo hasta el salón, un espacio diáfano, moderno y luminoso. Sofás de tonos neutros, alfombras que no conocían el polvo y ventanales que dejaban entrar una luz tan perfecta que parecía artificial. Nevan escaneaba la habitación con una mirada sombría, como si cada objeto de diseño, cada detalle costoso, fuera una ofensa directa a la miseria de aquella caravana donde pasó su infancia. Él era un intruso en la mansión que John compró para limpiar el pasado de su madre.

Nos sentamos. Yo me pegué a él en el sofá, buscando ser su punto de apoyo. Maeve se quedó frente a nosotros, de pie, con las manos

entrelazadas sobre su regazo de forma ansiosa.

—¿Os apetece algo? ¿Un café? ¿Té? —preguntó. Su tono era demasiado suave, casi temeroso.

—No —cortó Nevan, su voz sonando como un latigazo—. No vamos a quedarnos. Solo dinos qué es eso tan importante.

Maeve se tensó, bajando la cabeza como si hubiera recibido una bofetada. No parecía molesta; estaba acostumbrada a ese muro de Nevan.

Justo entonces, la puerta de la cocina se abrió y apareció John. Caminaba con la parsimonia de quien es dueño de todo lo que pisa, con la camisa blanca remangada y una taza en la mano.

Al vernos, esbozó una sonrisa cordial. No era fingida si no la sonrisa de un hombre que, a su manera, intentaba salvar a una familia que ya estaba rota cuando él llegó.

—Vaya —dijo con calma—. Mira quién ha venido. —Sus ojos se posaron en mí, amables y abiertos—. ¿Y tú quién eres, querida?

Nevan no se dignó ni a mirarlo. Yo forcé una sonrisa, tensa pero educada.

—Hola. Soy Aria.

Él asintió y volvió a centrarse en su hijastro, con esa actitud de padre que nunca terminó de cuajar.

—¿Todo bien?

—Depende —respondió, clavando por fin los ojos en su madre—. ¿Vas a hablar o vamos a seguir jugando a las adivinanzas?

Maeve respiró hondo, un suspiro largo que pareció desinflarla. Miró a John buscando una fortaleza que ella no encontraba en sí misma, y él le dedicó un asentimiento cómplice.

—Nevan… —empezó ella, con la voz apenas como un hilo—. Lo que quería contarte es que… —titubeó, cerrando los ojos un instante antes de soltar la noticia— estoy embarazada.

El silencio cayó en la sala como una losa. Sentí cómo el cuerpo de Nevan se endurecía contra el mío; cada músculo, cada fibra se tensó, como si el aire se hubiera evaporado y él estuviera luchando por no asfixiarse. No dijo nada. La miró, y en sus ojos vi una incredulidad que se transformaba a una velocidad aterradora en algo más oscuro: rabia.

—¿Qué? —susurró. Fue una sola palabra, baja, sorda, cargada de una desolación que me caló hasta los huesos.

Maeve asintió con una lentitud que le pesaba. Forzó una sonrisa, pero esta le tembló en los labios, negándose a cobrar forma.

—Estoy embarazada. De dos meses.

El impacto duró apenas un par de segundos antes de que se convirtiera en otra cosa. La rabia.

—Joder —masculló Nevan. Apartó la vista de ella y se llevó una mano a la boca, arrastrándola por su rostro con una furia silenciosa y destructiva—. Claro. Por supuesto que sí.

—Nevan, sé que es mucho que asimilar. Y quizás inesperado, pero...

—¿Pero qué? —la interrumpió. Su voz bajó una octava, volviéndose cruda—. ¿Que ahora sí sabes cómo cuidar de alguien? ¿Ahora sí estás lista para ser madre?

Maeve parpadeó, herida por la daga, pero no fue capaz de negarlo.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué no? —se levantó del sofá de un salto, como si estar sentado allí, rodeado de esa pulcritud artificial, le quemara la piel—. ¿Porque te duele la verdad? ¿Porque ahora tienes esta casa de revista, un marido perfecto, estabilidad, cariño, y puedes permitirte el lujo de hacer las cosas bien?

Su respiración era un fuelle pesado. Yo también me puse en pie, sin soltar su mano, aunque su adrenalina era tan alta que apenas parecía registrar mi presencia.

—Y yo, ¿qué fui? —continuó, mirando al vacío, a cualquier punto que no fuera ella—. ¿El error? ¿El intento fallido? ¿El borrador mal hecho que ahora puedes reemplazar con una puta vida nueva y perfecta?

—¡No es eso! —Maeve se levantó también, su rostro había perdido todo el color, volviéndose pálido como las paredes—. No es eso, Nevan…

—¿Ah, no? —se giró hacia ella, desafiante—. Pues es exactamente como se siente.

John dio un paso al frente, instintivo, pero se frenó. Sabía que no era el momento de intervenir. Nevan negaba con la cabeza, con el pecho subiendo y bajando, intentando contener un grito que amenazaba con destruirlo todo.

—Vas a cuidar de ese bebé —dijo señalando a Maeve sin ni siquiera mirarla—. Lo vas a proteger. Le vas a dar todo lo que a mí me negaste. Y lo vas a hacer porque ahora puedes. Porque ahora tienes los medios, el escenario y el reparto perfecto. Porque ahora sí sabes hacerlo.

Maeve temblaba. De forma incontrolable, visible. Pero no apartó la mirada.

—Lo siento… —murmuró, apenas un susurro, con los ojos anegados —. Cada día. Lo siento.

Nevan seguía allí, erguido, con mi mano apretada a la suya como si fuera lo único que lo mantenía anclado a este mundo, evitando que saliera volando en pedazos.

—No me sirve, mamá —sentenció con una voz baja, firme, cargada de una tristeza que no podía disimular—. No me sirve que lo sientas ahora. No me sirve tu pena. Cuando más lo necesitaba, tú no estabas.

Maeve abrió la boca, pero solo salió un sonido ahogado. Tenía el rostro desencajado, como si cada palabra de su hijo fuera un corte físico.

—No sabes lo que fue —continuó, ganando intensidad sin necesidad de gritar—. Dormir con la puerta cerrada con pestillo, con los cascos puestos, esperando a que él no viniera. No sabes lo que fue estar ahí sabiendo que tú no ibas a venir. Que no me ibas a sacar de esa caravana.

Ella dio un paso hacia él, un movimiento instintivo, pero se detuvo ante su rigidez. Nevan no cedió ni un milímetro. Apretó mi mano.

—Siempre te he querido, Nevan —dijo ella con la voz quebrada, rota —. Nunca quise hacerte daño.

Nevan soltó una carcajada hueca, una que no tenía nada de divertido y todo de dolor.

—¿En serio? —la miró a los ojos, obligándola a sostener su mirada —. ¿Sabes lo que es tener que aprender a cocinar a los once años porque si no nadie te va a dar de comer? ¿Sabes lo que es salir a la calle con miedo de volver a casa? ¿Lo que fue mirar a tu madre en el sofá, ida, perdida, como un puto fantasma y aún así pensar: «quizá mañana sí me mire, quizá mañana se dé cuenta de que sigo aquí»?

Maeve rompió a llorar. John quiso acercarse otra vez, pero ella lo detuvo con un gesto, sin apartar los ojos de su hijo.

—Yo… estaba rota, Nevan. No podía…

—¿Y yo qué? —la interrumpió, con un gesto desesperado—. ¿Qué crees que me pasó a mí mientras tú te rompías? ¿Crees que yo no me rompí también? ¿Crees que crecer entre gritos, golpes y silencios no me destrozó?

Nevan respiraba entrecortado. Sentí cómo sus dedos se clavaban en los míos, buscando refugio, buscando entereza. Le devolví el apretón, recordándole que no estaba solo. Que estaba ahí, a su lado.

—Tenías que haberme protegido —sentenció, y su voz se quebró por primera vez—. Aunque fuera una puta vez. Tenías que haberme

sacado de allí. Pero no lo hiciste. Me dejaste solo. Como si no importara. Como si mi dolor fuera inevitable. Asumible. Colateral.

Maeve se derrumbó sobre el sofá, sollozando, y por primera vez, no hubo barreras, ni excusas, ni muebles modernos que pudieran ocultar la verdad de lo que había sido su vida.

—No sabes cuántas veces he querido retroceder el tiempo —dijo con la voz rota por los sollozos—. Cuántas veces deseé ser diferente. Más fuerte. Capaz de ser la madre que necesitabas y no la que te tocó.

Nevan bajó la mirada, derrotado. Todo su cuerpo se veía al límite, como si el simple acto de mantenerse en pie requiriera una energía que ya no tenía. Las palabras le pesaban, el pecho le vibraba con cada respiración.

—Yo no quiero odiarte, mamá. Créeme que no. No vine aquí a gritarte ni a pasarte la factura de cada día de mierda que viví —admitió, con voz fracturada—. Vine porque pensé… pensé que podría soportarlo. Pero me duele. Dios, me sigue doliendo como si volviera a tener diez años y estuviera esperando en la oscuridad a que alguien se diera cuenta de que yo también estaba sufriendo.

En ese momento, giró el rostro hacia mí. Sus ojos estaban rojos, inyectados en una rabia que no era destructiva, sino dolorosa. No lloraba, pero estaba al borde. Un poco más y el dique se rompería.

—Y ahora vas a tener un hijo —susurró, y esa frase dolió más que cualquier grito—. Y no puedo evitar pensar que a él sí lo vas a querer bien, que sí lo vas a proteger. Y me siento como si hubiera sido un borrador. Un ensayo. Algo que se puede tirar a la basura para empezar la verdadera obra maestra.

Maeve estaba deshecha frente a él. Las manos le temblaban tanto que tuvo que esconderlas en los pliegues de su falda. El rostro empapado, sin rastro de esa elegancia que intentaba proyectar. Y aun así, lo miraba con un amor tan torpe, tan lleno de culpa, que me dio náuseas.

—No eres un ensayo —susurró, con el alma en la voz—. Eres mi hijo. Siempre lo has sido. Te quise incluso cuando no sabía cómo demostrarlo. Incluso cuando mi propia miseria me impedía ser quien necesitabas. Y te querré siempre, Nevan. Eso nunca cambiará.

Nevan cerró los ojos con una fuerza que le tensó la mandíbula. En ese segundo lo supe: no iba a perdonarla hoy. Quizá nunca del todo. El perdón no es un interruptor que se enciende porque alguien pida disculpas. Pero algo dentro de él, algún mecanismo atascado durante años, empezaba a moverse.

Se hizo un silencio espeso, cargado de todo lo que ya no hacía falta decir. Nevan abrió los ojos, me miró, y en esa mirada encontré el peso de años de orfandad emocional y, al mismo tiempo, el inicio de algo nuevo, algo que él tendría que construir por su cuenta.

Bajó la cabeza un segundo más, como si estuviera despidiéndose de ese niño pequeño que nunca dejó de esperar.

—No tengo nada más que decir —dijo al fin. Su voz era áspera, vacía, como si acabara de vaciarse por completo—. Nos vamos.

Soltó mi mano. Lo hizo con un cuidado reverente, como si temiera que el contacto pudiera dolerme, pero el efecto fue el contrario: el vacío fue inmediato. En cuanto me soltó, se giró y se alejó. No caminó; escapó. Iba hacia la puerta como si el aire dentro de esa casa fuera tóxico, como si necesitara salir antes de terminar de asfixiarse en el recuerdo de lo que nunca tuvo.

Yo me quedé allí, plantada en medio del salón, con el corazón encogido.

Maeve seguía de pie, una sombra de mujer sobre el suelo impoluto. John se acercó a ella y la rodeó con los brazos, abrazándola con una ternura infinita, conteniendo los pedazos de alguien que acababa de ver cómo su hijo terminaba de cerrarle la puerta en la cara.

Los miré un segundo. Uno que pareció una eternidad. Asentí, un gesto vacío, porque ya no quedaba nada que decir.

—Nos vamos —dije, mi voz apenas un suspiro—. Gracias por la amabilidad.

Di un paso hacia la salida. Mis pies se movían por inercia, porque mi cabeza estaba con Nevan. Pero justo cuando iba a cruzar el umbral, la escuché.

—Aria…

Me detuve y me giré despacio. Ella seguía allí, sostenida por John, con los ojos inyectados en sangre y el rostro desencajado. Pero había una claridad aterradora en su expresión. Estaba rota, sí, pero por primera vez, estaba siendo sincera.

—Lo siento —susurró con los labios temblando—. Sé que no fuí la madre que él merecía. Sé todo lo que sufrió por mi culpa. Todo lo que no supe darle.

Tragó saliva, un sonido que resonó en el silencio del salón. Sus ojos, los mismos de Nevan, se clavaron en los míos con una súplica silenciosa.

—Por favor… —su voz tembló, pero fue directa—. Cuídalo. Ámalo como se merece. Es un buen chico.

No supe qué decir. No había palabras en el diccionario que pudieran cubrir el hueco de lo que acababa de pasar. Solo pude mirarla, con el pecho apretado, y asentí una sola vez. Firme. Prometiendo sin decir una palabra.

Y entonces salí corriendo. Atravesé la puerta de madera oscura para alcanzarlo. Porque ahora, más que nunca, él me necesitaba.

Capítulo 53

Nevan

El aire, al salir al exterior, me pareció denso. Pesado. No era el calor, ni el humo del cigarro que encendí con manos temblorosas lo que me asfixiaba; era el pecho, que se me contrajo hasta dejar apenas espacio para respirar. Me apoyé contra la carrocería del coche, sintiendo cómo el metal frío contrastaba con el incendio que sentía ardiendo bajo mi piel. Mis manos, cerradas en puños, no dejaban de vibrar.

Me invadió una mezcla sucia de rabia y vacío. Un dolor que no se limpia con lágrimas, sino que se enquista. Era antiguo, un veneno que llevaba años acumulándose en mis venas y que, por fin, había reventado. «*Embarazada*» pensé. Esa palabra me había atravesado como una bala de plata en mitad del pecho.

¿Cómo podía decirlo con tanta calma? ¿Cómo podía soltar esa bomba con esa voz suave, como si estuviera anunciando el buen tiempo, como si no tuviera ni idea de lo que esa noticia significaba para mí? En el momento en que sus labios formaron esa palabra, mi mundo entero —ese que tanto me costó mantener estable— se desmoronó.

Porque ahora, claro, ahora sí. Ahora todo encajaba. Iba a tener un hijo al que iba a querer desde el primer suspiro. Un bebé al que protegería, mimaría y escucharía. Todo eso que conmigo fue incapaz de hacer. Todo eso que me negó de manera sistemática. Yo no fui un hijo, fui un error. Un accidente que ocurrió demasiado pronto. El borrador. El fallo del sistema. Y ahora, por fin, iba a hacerlo bien. Con otro.

Me llevé la mano a la nuca, apretando los dedos contra la piel hasta hacerme daño. El corazón me latía con tanta violencia que me golpeaba las costillas, como si necesitara escapar. No sabía si quería gritar hasta romperme la garganta, correr hasta que los pulmones me ardieran o solo desaparecer de la faz de la tierra.

Entonces, la puerta se cerró.

El sonido me devolvió al presente. Sus pasos. Su respiración. Me giré y allí estaba Aria. Preciosa, incluso en medio de este desastre, con los ojos vidriosos y una preocupación que me partió el alma. Me miraba desde la distancia, dudando, como si temiera que mi rabia la salpicara o como si no supiera cómo acercarse a un hombre que se estaba rompiendo en pedazos frente a ella.

No quería que me viera así. No tan roto. No perdiendo el control. Pero ya era tarde; ya me había visto. Y, contra todo pronóstico, no dio media vuelta. No me juzgó. Tan solo se acercó, cruzó el espacio que nos separaba y me envolvió en un abrazo. No pidió permiso. No dijo nada que intentara arreglar lo irreparable. Solo me sostuvo, como si supiera que yo era incapaz de mantenerme en pie.

Y joder, la abracé de vuelta. Con desesperación. Con los ojos cerrados, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello, aferrándome a ella como si fuera lo único sólido en un universo que se deshacía. No dije nada; no podía. Las palabras eran inútiles. Solo me apoyé en ella, en su calor, en su existencia.

Aria era eso. Mi ancla. Mi refugio en mitad de la tormenta.

Fue lo único que evitó que me convirtiera en ese niño de mierda, solo, abandonado y olvidado en la parte trasera de una caravana. Mis dedos se clavaron en su camiseta mientras respiraba su olor, intentando absorber su calma. Porque si había alguien, una sola persona en este mundo capaz de mantenerme entero, era ella.

***

El motor se apagó y el silencio invadió el coche, solo interrumpido por el leve crujido de la grava al enfriarse bajo los neumáticos. El mirador se abría frente a nosotros como una herida abierta; el pueblo de Windale se extendía abajo, una postal de cuento que ahora me resultaba insultantemente bonita para la mierda que llevaba dentro. Había venido aquí muchas veces, ya fuera solo o con Eiden, buscando aire cuando el peso de mis propios fantasmas se volvía insoportable.

Apoyé los antebrazos sobre el volante y dejé caer la frente, buscando un soporte que no fuera mi propia cabeza. Me sentía vacío, como si alguien me hubiera abierto el pecho en canal y dejado todas mis miserias expuestas al frío del exterior. Noté un movimiento suave; Aria no dijo nada, tan solo se desabrochó el cinturón, giró el cuerpo hacia mí, posando una mano en mi nuca. Ese contacto, tan sencillo, me desarmó por completo. No lloré, no todavía, pero la presión en mi pecho era tan asfixiante que me cortaba la respiración.

—¿Quieres hablar? —preguntó. Su voz era tan baja, tan tranquila, que funcionó como una manta térmica en medio de la nieve.

Asentí. No por cortesía, sino porque me estaba ahogando.

—Cuando ha dicho que está embarazada… He sentido que el suelo se abría y me tragaba —confesé, con la voz rota.

Aria no interrumpió. Solo bajó la mano por mi brazo, acariciando con el pulgar, esperando.

—No ha sido solo la sorpresa —continué—. Fue ver cómo todo lo que me esforcé en enterrar volvía de golpe. Y lo peor es saber que ahora, con este niño, sí lo va a hacer bien. —Tragué saliva, sintiendo el escozor del ardor en la garganta—. Ese crío va a tenerlo todo: amor, protección, una familia que funciona. Y yo… yo crecí deseando que mi madre me dedicara una mirada. Que me hablara. Que me cogiera la mano cuando el miedo me paralizaba.

Mis dedos se aferraron al volante, tensos, blancos, como si pudiera arrancar el pasado de cuajo.

—Durante años, cargué con la culpa. Pensé que si no me abrazaba, si no me cuidaba, si no me sacaba de ese infierno… era porque no era suficiente. Porque no valía la pena. Y ahora, viéndola allí… veo que no era que no pudiera. Es que conmigo no supo. Conmigo no quiso aprender a tiempo.

Aria se inclinó hacia mí sin decir una palabra. Me acarició el rostro con la yema de los dedos, un gesto tan suave que hablaba desde la piel, sin necesidad de verbos.

—Tú valías la pena entonces —dijo bajito—. La valías desde el primer aliento. Lo que pasó no fue tu culpa, Nevan. Nunca lo fue.

Cerré los ojos, sintiendo cómo me ardían.

—A veces… aún oigo su voz —murmuré, con la garganta cerrándose —. La de él. Sueño que me grita. Que te grita a ti. Me despierto empapado en sudor, con los dientes apretados y el corazón a mil. Y ni siquiera está. Se fue hace años, pero sigue aquí. —Me señalé el centro del pecho—. Sigue aquí, incrustado como una maldita sombra.

Aria se movió con parsimonia, deslizándose hasta sentarse de lado sobre mi regazo. Sus piernas se acomodaron entre el asiento y mi torso, y me envolvió con sus brazos, hundiendo la cara en mi cuello.

—Estoy aquí —susurró—. No me voy a ninguna parte.

Sentí cómo las barreras, esas que llevaba horas manteniendo en pie con un esfuerzo titánico, empezaban a ceder. Me apreté contra ella, buscando refugio en su pelo, en su calor.

—Tengo miedo —confesé, por fin, dejando que la voz se quebrara—. Miedo de no saber querer. De no saber tener una vida distinta a la miseria en la que crecí. Miedo de joderlo contigo. De romper algo bueno que nunca pensé que llegaría a tener.

Aria se separó apenas lo necesario para mirarme. Sus ojos brillaban tanto como los míos.

—¿Sabes qué veo cuando te miro? —preguntó, con la voz temblorosa—. Veo a alguien que ha sobrevivido. Que ha luchado. Que ama con todo, aunque todavía esté aprendiendo a ponerlo en palabras. Que me hace sentir segura solo con estar cerca. Que me ha hecho reír cuando había olvidado cómo hacerlo. Sí… estás roto en partes, Nevan. Pero no estás perdido. Ni estás solo. —Tocó mi pecho, justo ahí donde el dolor era más profundo—. No necesito que seas perfecto. Solo necesito que estés. Y estás.

Y entonces, me rendí. Dejé que las lágrimas cayeran, sin esconderlas, sin contenerlas. Dejé que me viera así: roto, abierto, humano. Ella me sostuvo como nadie lo hizo jamás, soportando el peso de mi derrumbe sin tambalearse. El viento soplaba suave, y su presencia, sus dedos dibujando líneas invisibles en mi nuca, empezaron a salvarme un poco.

Estuvimos así un rato, en silencio, escuchando su respiración fundirse con la mía. Nunca había permitido que nadie me viera de esta forma, pero con ella… no podía, ni quería evitarlo.

—¿Me enseñas dónde vives? —preguntó de pronto, suave, como si el momento lo exigiera.

Me separé apenas para mirarla, confundido. Ella me sostuvo la mirada con esa calma inquebrantable.

—Tu caravana. Quiero verla. Quiero conocer esa parte de ti. Preséntame a Gus, si quieres.

—No. —Mi respuesta salió disparada, instintiva.

—¿No?

—No es un sitio para ti, Aria.

—Nevan… —frunció el ceño, no con reproche, sino con una curiosidad honesta—. No te pido ir al Ritz. Solo quiero conocerte mejor. Todo lo que eres. No solo la parte que brilla bajo el sol.

—No lo entiendes —me pasé una mano por el pelo, tenso—. Es un sitio de mierda. Viejo, húmedo, gris. No tiene nada de bonito, ni de presentable.

—No necesito que sea bonito para que me importe.

—Tú vienes de otra vida —la miré sintiendo el pecho contraerse—. Lujo, luces, escenarios, hoteles de cinco estrellas. Y yo… crecí con las paredes manchadas y el techo goteando.

—¿Y?

—¿Y? —solté una risa amarga—. ¿Qué vas a pensar cuando veas dónde crecí? Cuando te sientes en ese sofá de patas cojas y huelas el moho que nunca se fue. ¿Qué vas a pensar al ver al crío que fui metido en esa basura?

—Voy a pensar que ese crío sobrevivió —dijo ella firme, sin dudar un segundo.

—Joder… —murmuré, bajando la mirada—. No quiero que me mires con lástima. Ni con esa ternura triste que la gente usa para las cosas rotas.

—Nunca te he mirado así —me cogió la cara con ambas manos, obligándome a sostener su mirada—. Y no voy a empezar ahora.

—No es solo por ti —tragué saliva—. Hay partes de mí que prefiero mantener lejos. Porque siento que, si las enseño… te vas a ir. O vas a dejar de mirarme así.

—No me voy a ir, Nevan.

—Eso creía de todo el mundo. Y mírame.

—No soy todo el mundo —susurró, con una sonrisa pequeña pero invencible.

—Aria… —negué con la cabeza—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí que lo sé —respondió al instante—. Estoy pidiendo que me dejes estar contigo. En lo bueno, en lo malo, en lo que sea. Estoy

pidiendo que confíes en mí. Que me dejes entrar no solo en tu cama, sino también en esos rincones que te dan vergüenza.

—No es vergüenza —murmuré, incapaz de mirarla—. Es miedo.

—Pues yo no tengo miedo —dijo acercándose más, sus manos firmes sobre mi pecho—. No de ti. No de tu historia. Solo me asusta que no me dejes ayudarte a cargar con ese peso.

Me quedé en silencio, sintiendo el pecho abierto de nuevo. Cada palabra suya era una caricia sobre una herida que aún supuraba.

—No voy a juzgarte —continuó, su voz temblando por la emoción—. Jamás. ¿Sabes por qué? Porque tú me has visto en mis peores momentos, Nevan. Y no me soltaste. Me abrazaste. Me hiciste reír. Me devolviste piezas que no recordaba haber perdido. Déjame estar ahí para ti. No me empujes fuera justo ahora.

Tragué saliva, sintiendo que estaba tomando una decisión que cambiaría el mapa de mi vida.

—Vale —dije al final. Bajito, desarmado, pero honesto—. Te lo enseñaré.

Ella sonrió. Fue una sonrisa rota, emocionada, de esas que te desmontan las defensas por completo. Y yo, aunque todavía no comprendía el alcance de lo que estaba haciendo, sentí que acababa de dar un paso sin retorno.

Capítulo 54

Aria

Nevan condujo el resto del camino sumido en un silencio denso. No había música, ni palabras, solo el ronroneo constante del motor, el viento colándose por la ventanilla entreabierta y el perfil de su rostro, iluminado a medias por la luz mortecina de un atardecer que se desvanecía.

Sabía lo que le costaba cada kilómetro. Cada giro del volante era un paso más hacia un territorio que nunca había dejado que nadie viera. Su casa. Su mundo. Sus ruinas y, al mismo tiempo, su único refugio. Nevan estaba convencido de que al verme cruzar ese umbral, me quebraría; que, al conocer la parte que escondía con tanto recelo, saldría corriendo como todos los demás, abandonándolo a su suerte en cuanto cayera el telón del chico canalla, divertido y seguro de sí mismo.

Pero estaba tan lejos de la verdad…

Porque me estaba enamorando de él. Y no de una parte, sino de la totalidad de su caos. Aunque me diera miedo admitirlo, aunque el vértigo me recorriera la columna cada vez que pensaba en ello, no podía negármelo. No después de verle esa tarde: abierto, vulnerable, humano.

Para mí, Nevan era perfecto, en su desorden, en su dolor, en su lucha encarnizada por no ser devorado por sus fantasmas. Era perfecto porque, a pesar de todo lo que había sufrido, se convirtió en un hombre bueno. Fuerte. Leal. Con una luz propia que él mismo se negaba a reconocer.

Su miedo a no ser suficiente era una soga que le apretaba el cuello. Ese terror a parecerse a su padre, a repetir los errores, a dañar a quien tocara, le perseguía como una sombra. Pero yo lo veía. Lo veía de verdad, al hombre que se había hecho a sí mismo desde cero, con las manos rotas y la voluntad de hierro. El que protegía a los suyos con uñas y dientes, sin saber siquiera que él mismo merecía el mundo entero. Y yo quería dárselo. Con todas sus grietas, con su historia, con sus noches de insomnio y su presente marcado por el miedo.

Quería abrazarlo con tal fuerza que nada pudiera volver a romperlo. Porque Nevan se merecía un amor que no le exigiera cambiar, que no lo mirara con pena, ni con condiciones, ni con juicios. Un amor puro, inmenso, incondicional. Y para mí, en ese instante, ya no había otra opción.

No quería volver a Los Ángeles, ni los focos, ni las cámaras, ni las coreografías impuestas por otros. Esa vida era un disfraz que ya no me quedaba bien. La vida que me hacía feliz estaba aquí: reír con él, dormir sobre su pecho, escucharle hablar de sus sueños rotos, besarlo hasta quedarme sin aire y descubrir cada rincón de su alma que aún no había mostrado a nadie.

Quería que supiera que ya no tenía que luchar solo. Que si se caía, estaría allí para sostenerlo. Que podía descansar, apoyarse, respirar. Porque Nevan no solo era mi ancla; era mi hogar. Y lo supe desde hacía muchos años, cuando lo conocí en aquel campamento y su sonrisa descarada me atravesó sin previo aviso. Aunque pasamos más de una década caminando por caminos opuestos, algo dentro de mí siempre supo que me faltaba él.

El camino cambió apenas dejamos atrás el centro del pueblo. La carretera se llenó de baches y la vegetación se volvió salvaje, indómita. No era un lugar hermoso en el sentido tradicional, pero sí uno que hablaba con una honestidad brutal: humildad, supervivencia, realidad. Las señales de entrada al parque de caravanas eran escasas, oxidadas por el paso del tiempo, y el polvo suspendido en el aire bailaba con cada neumático que pasaba. Al

cruzar la entrada, sentí que estábamos cruzando un umbral hacia otro mundo.

Las caravanas estaban dispuestas en filas torcidas, sin orden aparente, como si hubieran sido instaladas con prisa o con resignación. Algunas tenían las antenas dobladas, otras lucían cortinas de colores chillones que parecían gritar «aquí todavía vive alguien», en un intento casi tierno de maquillar la pobreza del metal gris. Había ropa tendida entre los árboles, juguetes de plástico descoloridos olvidados en alguna esquina, y algún perro callejero que nos observaba con desgana desde la sombra. Todo tenía un aire roto, sí, pero vivo. Como si nadie esperara que las cosas fueran perfectas, pero aun así se esforzaran en imprimirles un poco de alma.

Nevan no dijo una palabra. Mantenía la mirada fija en el camino, con los nudillos tan blancos que contrastaban con el volante oscuro. Yo, en cambio, no podía apartar la vista de lo que nos rodeaba. No lo hacía con juicio, ni con lástima. Lo hacía con un respeto profundo, con la sensación de estar, por fin, entrando en las páginas de su historia.

—Es aquí —murmuró aparcando junto a una caravana que, comparada con el resto del parque, parecía un poco menos castigada, aunque no por mucho.

La caravana de Nevan era de un blanco sucio, con la chapa desconchada, varias abolladuras que contaban historias de golpes olvidados y un escalón de metal oxidado como única entrada. Las ventanas estaban cubiertas por cortinas viejas, sencillas y sin adornos. El porche improvisado consistía en una tabla de madera asentada sobre bloques de cemento, con una silla plegable a un costado, como si a veces saliera a sentarse allí, solo, a mirar la nada.

Justo al lado, otra caravana rompía la monotonía con una nota de color. Cortinas de cuadros naranjas colgaban tras sus ventanitas pequeñas, y una silla verde chillona ocupaba el centro de un porche aún más precario que el de Nevan. En el parachoques de un coche

viejo aparcado delante, una pegatina descolorida rezaba: «*La vida es una carretera*». Sonreí; tenía que ser la caravana de Gus.

Nevan bajó del coche en silencio y dio la vuelta para abrirme la puerta. Su expresión era una máscara dura, cerrada, como si se preparara para el momento en que dijera algo que no quería escuchar. Pero no lo hice. Solo lo miré y sonreí. Porque entendía. Porque veía. Y porque no pensaba moverme de allí.

Me sostuvo la mirada un segundo, como si todavía no pudiera creer que siguiera en pie a su lado, como si aún temiera que, al ver todo aquello, saliera corriendo.

—¿Estás segura? —preguntó, sin adornos ni filtros. Era él, crudo y directo.

—Por completo —respondí, y lo dije con una sonrisa pequeña, pero real.

Él asintió apenas, con una duda que me partió el corazón, y me tendió la mano. La estreché. Subimos juntos los pocos escalones metálicos y Nevan abrió la puerta de su caravana como quien libera algo que ha estado encerrado bajo llave durante años.

El interior era un espacio reducido, estrecho, impregnado de un olor a madera vieja y café de filtro seco. Había una cama deshecha al fondo, un rincón de cocina con una cafetera de otra época y una mesa con una única silla. Todo era sencillo, desgastado por el tiempo. El suelo crujía bajo mis pies, un sonido que delataba la soledad de tantas noches allí.

Nevan se quedó inmóvil, con la mano aún apoyada en el pomo y la espalda tensa, dividido entre el deseo de dejarme pasar y el impulso de pedirme que saliera huyendo. No dije nada. Me acerqué despacio y, sin pensarlo demasiado, me puse de puntillas y le besé. Fue un beso suave, sin urgencias. Un lenguaje propio que solo significaba una cosa: *gracias*.

—Gracias por dejarme entrar —susurré contra sus labios.

Nevan exhaló el aire que contenía en un suspiro largo. No respondió con palabras, pero apoyó su frente contra la mía con delicadeza. Y en ese gesto, lo supe: me lo estaba permitiendo. Aunque le costara. A pesar de su dolor.

Justo entonces, alguien aporreó la puerta con los nudillos, un golpe firme y rápido. Nevan frunció el ceño, giró el pomo con resignación y abrió.

—¡Coño! —rugió una voz grave al otro lado—. ¡El hijo pródigo ha vuelto y no se ha dignado a avisar!

Gus. Era tal cual Nevan me lo describió, pero con una presencia que lo llenaba todo: calvo, de barriga generosa, barba rala y una camiseta que rezaba: «*Cuidado, puedo decir lo que pienso en voz alta*». En una mano sostenía una lata de cerveza y en la otra, una caja de cartón de esas que nadie querría abrir. Nos escaneó de arriba abajo: primero a Nevan, luego a mí, y después, bajó la vista a nuestras manos entrelazadas, con una ceja arqueada y una sonrisa de zorro viejo que lo decía todo.

—Pues mira tú… —dijo Gus, girándose hacia nosotros como si estuviera comentando el tiempo, aunque sus ojos no perdían detalle —. Y yo aquí pensando que te habían secuestrado para vender tus órganos, y resulta que estabas ocupado encontrando a la única mujer con la paciencia suficiente para aguantar tu humor.

—Hola —dije aguantando la sonrisa mientras estiraba la mano—. Soy Aria.

Gus me escaneó de arriba abajo con un brillo travieso, casi divertido.

—¿Tú? —me miró con una ceja alzada—. ¿Eres *esa* Aria?

—¿Hay otra? —repliqué con una sonrisa pícara, siguiéndole el juego.

—¡Espero que no! —soltó una carcajada grave que retumbó en el pequeño porche—. Este idiota ya tiene bastante con una sola mujer que le mire como tú lo haces; si vienen dos, lo matamos de un infarto.

—Gus… —bufó Nevan, llevándose una mano a la cara mientras negaba—. ¿Tienes que ser así siempre?

—Siempre que respiro, hijo —replicó él, y me guiñó un ojo antes de darle un pequeño golpe con el codo a Nevan en el brazo—. Me tenías preocupado, chaval. Te fuiste sin decir ni mú. Llamé a Eiden, pero ese cabrón no me contestó.

—Estuve en Los Ángeles, necesitaba desconectar un poco —respondió Nevan, bajando la mirada un segundo—. Lo siento.

—Bah. —Gus agitó la mano, restándole importancia, como si espantara una mosca—. Pensé que te habías metido en alguna mierda otra vez. No sería la primera. Pero veo que estabas ocupado…

Nevan resopló, incómodo. Yo, sin embargo, no pude evitar sonreír con más fuerza. Ver a Gus provocarle ese tipo de incomodidad me hacía gracia; era como observar a Nevan enfrentarse a un espejo, a una versión suya de cuarenta años más.

—Me alegro de verte bien. De verdad —continuó Gus suavizando el tono, aunque sin perder del todo la ironía—. Aunque me parece injusto. Me has presentado a todas las locas con las que te has acostado y a esta la escondes como si fuera un secreto de Estado.

—Porque no es como las otras —murmuró Nevan, casi sin pensarlo.

Gus se quedó callado un segundo. Me miró de nuevo, esta vez con más atención, y asintió para sí mismo, como si descifrara un código.

—Ya. Lo noté en tu cara desde que abriste la puerta.

Luego me miró con una sonrisa ladeada.

—¿Sabes que este idiota no dejaba que nadie se le acercara a más de dos metros durante más de dos días seguidos? —me preguntó.

—Me siento honrada —respondí con sinceridad, sin soltar la mano de Nevan.

—Más te vale —dijo Gus, aunque esta vez su sonrisa tenía una calidez genuina—. Porque este chaval… tiene mucha mierda encima, sí. Pero también vale oro. Solo hay que saber escarbar.

—Lo sé —respondí.

Gus se quedó en silencio un momento, luego suspiró y levantó la lata de cerveza en un gesto de despedida.

—Bueno, me largo a mi silla antes de que os pongáis sentimentales y me entren ganas de vomitar. Si oigo la caravana temblar esta noche, pondré la radio bien alta.

—Gus —gruñó Nevan.

—¡Estoy bromeando! —dijo entre carcajadas mientras se alejaba—. Bueno… un poco.

La puerta se cerró con un chirrido metálico cuando Gus se fue, y la risa que me había provocado su entrada aún me temblaba en el pecho, aligerando el ambiente.

—Me cae bien Gus —concluí girándome hacia Nevan.

Él resopló, cruzándose de brazos con una mueca que intentaba parecer resignada, pero no le salía del todo.

—Sabía que os llevaríais bien —murmuró con esa media sonrisa que solo aparecía cuando se sentía, por fin, en casa.

—¿«Esa Aria»? —repetí, alzando una ceja mientras me sentaba en el borde de la cama estrecha—. Lo ha dicho como si hablaras de mí... mucho.

Nevan se frotó la nuca, como si le picara algo invisible, y se quedó callado un instante.

—¿Lo has hecho? —pregunté con un tono juguetón, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Has hablado de mí con Gus?

—Pfff… —bufó, dándose media vuelta como si quisiera evitar el tema —. Igual, un poco.

—Nevan —le llamé con voz cantarina, divertida.

Se giró de nuevo hacia mí, apuntándome con el dedo.

—Vale. Que no se te suba a la cabeza, ¿eh?

—Demasiado tarde —reí estirándome para quitarle el dedo de encima con suavidad—. ¿Qué le has contado?

—Lo justo —dijo encogiéndose de hombros, aunque sus mejillas se tiñeron de un rojo sutil—. Que nos conocimos en el campamento. Que éramos críos. Que un verano me jodiste la vida.

—¿Jodí tu vida? —fingí indignación, abriendo los ojos como platos.

—Sí, la jodiste —respondió, ahora sonriendo de verdad—. Me enseñaste que existía algo más que esta mierda. Y luego te fuiste.

El tono había cambiado. No dolía, pero tampoco era broma. No del todo.

—¿Y desde entonces me has estado idealizando como un lunático? —bromeé intentando suavizar de nuevo el ambiente.

Nevan rió bajo la nariz, negando con la cabeza.

—No. —Me miró—. No fue eso.

—¿Entonces?

Se sentó a mi lado, despacio, sin mirarme al principio. Sus dedos jugaron un momento con el borde de la manta desordenada. Luego, alzó la vista y su mirada se encontró con la mía, directa y sin defensas.

—Es solo que nunca dejé de pensar en ti.

No lo dijo con dramatismo. No buscaba impresionarme si no como se dicen las cosas cuando son verdades absolutas, sin adornos.

—¿Nunca?

—Nunca.

Sentí cómo se me apretaba el pecho. No por pena, sino por la belleza de lo simple. Por esa confesión que llevaba años silenciada en el fondo de su garganta. Porque él había seguido pensando en mí durante todo ese tiempo, a pesar de todo.

—Yo tampoco —confesé, sin poder evitarlo.

Nevan sonrió. Una sonrisa pequeña, cargada de algo que, al principio, no supo cómo sostener.

—¿Y ahora qué? —susurró—. ¿Nos damos por jodidos los dos?

—Ya lo estábamos —respondí, acercándome más a él—. Solo que ahora lo estamos juntos.

Y entonces lo besé. No por impulso, ni por costumbre. Lo besé con la certeza absoluta de que aquel sitio, su caravana, su mundo... era donde quería estar.

Capítulo 55

Nevan

Dejamos las mochilas tiradas en un rincón de la caravana y salimos, casi huyendo. El aire se volvió denso, cargado de una electricidad que me ponía los nervios de punta, y no podía quedarme allí dentro ni un minuto más. No mientras mi cabeza seguía dando vueltas, como un bucle infinito de imágenes y palabras que me quemaban.

Aria sugirió pasar a ver a Elara y Eiden y accedí sin darle muchas vueltas. No porque tuviera ganas de socializar, Dios sabe que lo último que quería era fingir normalidad, pero Aria lo necesitaba. Y por alguna razón, si algo me salía natural era hacer lo que ella necesitaba.

El sol caía con lentitud cuando llegamos a su casa. Windale se sentía tranquilo, acogedor, una burbuja de paz que contrastaba con el desorden emocional que llevaba incrustado en el pecho.

Elara nos recibió en la puerta con esa sonrisa cálida que parece desarmar a cualquiera. Detrás apareció Eiden, con su habitual camiseta gris arrugada y el pelo como si acabara de salir de una pelea con la almohada. Parecía recién levantado o como si llevara días sin dormir.

—Mira quién ha vuelto de entre los muertos —soltó, con esa voz grave cargada de una ironía que disimulaba bien el alivio.

—Hola, cabrón —respondí. Nos dimos ese abrazo rápido, un choque de hombros y un apretón, nuestro saludo de siempre.

Pero al separarme, lo vi. Me estaba mirando de verdad. No era el saludo automático de un amigo; tenía el ceño fruncido, analizando cada fisura de mi expresión. Eiden me conocía demasiado bien. Aria me dio un beso en la mejilla y él arqueó las cejas al instante, dedicándome una sonrisa cargada de preguntas que preferí ignorar.

—Voy a acompañar a Elara a que me enseñe sus cuadros —anunció Aria, rozándome el brazo con los dedos antes de alejarse.

En cuanto las chicas desaparecieron dentro de la casa, Eiden me lanzó esa mirada que lo decía todo sin necesidad de abrir la boca.

—¿Un cigarro?

Asentí. Fuimos al jardín en silencio. El césped estaba recién regado, soltando ese olor a tierra mojada que, por un segundo, me trajo una calma rara. Eiden sacó la cajetilla, me tendió uno y el encendedor pasó de su mano a la mía sin ceremonia.

Fumé en silencio, dejando que el humo se deslizara entre los dientes, buscando algún tipo de ancla.

—¿Y bien? —soltó por fin Eiden, mirando al frente—. ¿Me vas a contar qué coño ha pasado o tengo que empezar a adivinar?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé —se encogió de hombros con exageración—. Que la chica con la que llevabas años obsesionado en silencio está ahora cogida de tu mano y dándote besos en la mejilla. Que alguien me explique cómo ha ocurrido este milagro sin que sufra un infarto.

—Fue Elara y su cumpleaños. Ya lo sabes.

—Sí, pero no sabía que te iba a salir tan bien la jugada —me miró de reojo, entornando los ojos—. ¿O sí?

No respondí. La verdad es que ni yo me lo esperaba. Ni de lejos.

—¿Va en serio? —preguntó, bajando el tono.

—Joder, Eiden… —solté el aire por la nariz, largo, como si me pesara —. No lo sé.

—¿Cómo que no?

—Sí —me corregí rápido, frotándome la cara con frustración—. Sí, va en serio. Y es eso lo que me jode.

Él se quedó callado, dándome el espacio que necesitaba.

—Estoy acojonado, tío. De verdad. No… no sé cómo se hace esto. Estar con alguien. Dejar que te vean de verdad. Y encima ella… ¡Es Aria!.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no es cualquiera. No es una tía de una noche a la que le da igual si mañana me largo. Es Aria. La jodida Aria. Desde que tengo ocho años está grabada aquí —me golpeé el pecho con dos dedos—. Como una deuda pendiente. Y ahora que está, ahora que la tengo, no sé si voy a saber hacerlo bien.

—¿Y qué demonios significa «hacerlo bien»?

—No romperla —tragué saliva, mirando al suelo—. No decepcionarla. No convertirme en otro puto peso muerto que arrastrar.

—Nevan…

—Tengo miedo de parecerme a mi padre, Eiden. De llevar esta mierda dentro y no darme cuenta hasta que ya sea tarde. De joderlo todo con mis traumas, con mis silencios, con mi puta tendencia a cerrarme en banda.

Eiden suspiró y apagó el cigarro en una maceta seca.

—Tienes miedo porque te importa —dijo cortante—. Y porque estás haciendo algo que jamás has hecho antes: dejar que alguien entre de verdad. Pero escúchame bien: tú no eres tu padre. No lo has sido nunca. ¿Sabes por qué?

—Ilumíname.

—Porque a ti te duele. Porque te cuestionas si estás haciendo daño. Él ni siquiera se lo planteaba. Él no sentía nada —se inclinó hacia

adelante—. Tú miras a Aria como si fuera lo más valioso que tienes en tu vida. Y eso, colega, ya te pone en otro lugar.

No dije nada. El nudo en la garganta empezaba a apretar.

—¿Te da miedo amar? —preguntó, sin rodeos.

—Claro que me da miedo. Me da pánico.

—Entonces vas por buen camino. Amar sin miedo sería señal de que no te importa una mierda.

Y por alguna razón, esas palabras tan simples me golpearon con la fuerza de un tren. Porque me entendió. Como siempre. Pero esta vez, no me juzgó; solo me sostuvo.

—Estás enamorado de ella —concluyó.

No respondí. Pero mi silencio… mi silencio lo gritaba a los cuatro vientos. Y yo, joder, yo lo sentía hasta en los huesos. Me llevé el cigarro a los labios de nuevo, pero estaba apagado. Lo aplasté junto a la maceta, como queriendo enterrar con él todo lo que me removía por dentro.

—¿Y tú? —pregunté, con la voz más baja—. ¿Estás bien?

Eiden me miró con la ceja arqueada, pillando el cambio de tema al vuelo.

—Suéltalo Nevan, sé que hay algo más. ¿Qué me estás ocultando?

Tragué saliva, pasándome la mano por la nuca.

—Fui a verla. A mi madre —solté sin más.

Su cara cambió al instante. La relajación se esfumó, reemplazada por una tensión cargada de preocupación.

—¿Y? —preguntó con cautela.

—Fue una puta mierda —me eché hacia atrás, dejando caer la cabeza sobre el respaldo—. John también estaba. Entré… y entonces me lo soltó.

—¿Qué? —dijo anticipándose a cualquier desgracia.

Lo miré, sin filtros.

—Está embarazada.

Eiden se quedó helado. Parpadeó una vez. Luego dos.

—Hostia puta…

—Sí —asentí—. Hostia puta, justo eso.

—¿Y tú…?

—Me rompió —no adorné nada—. No fue la noticia en sí. Fue el cómo. El cuándo. El que ahora sí. Ahora, con otro, sí va a tener una familia perfecta. Un hijo al que va a cuidar, al que va a querer. Y yo… —me encogí de hombros con una sonrisa vacía— yo solo fui el borrador con el que se equivocó.

—Tú no fuiste ningún borrador, Nevan —su voz sonó firme, innegociable.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque mírate, joder. Has salido de ese infierno y aun así sabes querer. Aunque te cueste, aunque te tiemblen las manos. No te has rendido. Y eso… eso no es algo que haga alguien descartable.

Cerré los ojos, dejando que sus palabras se asentaran. Me dolían, no porque fueran mentira, sino porque eran demasiado ciertas y todavía no sabía cómo sostener esa verdad.

—No sé si puedo perdonarla —confesé.

—No tienes que hacerlo ahora. Ni por ella, ni por nadie —hizo una pausa, dándome tiempo—. Pero sí necesitas perdonarte a ti mismo por seguir cargando con todo eso como si todavía fueras ese niño al que nadie salvó.

Me quedé callado. Las palabras se me atascaron en la garganta. Eiden no dijo más, no hacía falta. El silencio entre nosotros se estiró,

pero esta vez no pesaba. Él sabía cuándo hablar y cuándo dejar que el silencio hiciera el trabajo sucio.

Me incliné hacia adelante, con los codos en las rodillas, y le di un leve empujón con el hombro.

—Gracias —murmuré—. Por estar ahí. Por no irte nunca. Por ser como un hermano, incluso cuando era un imbécil.

Eiden me miró de reojo, con esa sonrisa de lado que apenas se levantaba.

—Siempre vas a ser un imbécil —dio una calada lenta—. Pero eres *mi* imbécil. Así que, lo que necesites… aquí estaré. Siempre.

Tragué saliva. No dije nada más, sería estropearlo.

Justo entonces, una risa suave llegó desde la entrada de la casa. Levantamos la vista. Aria y Elara aparecieron caminando juntas, descalzas, con restos de pintura en los dedos, riendo como si el mundo fuera un lugar sencillo. Elara tenía un pincel en la oreja y Aria me buscó con la mirada, regalándome esa sonrisa pequeña que siempre lograba desarmarme.

—¿Estáis arreglando el mundo sin nosotras? —preguntó Elara fingiendo indignación.

—No, solo compartiendo traumas y cigarros —respondió Eiden sin inmutarse.

Aria se acercó a mí y me tocó la mano al pasar, un gesto fugaz pero eléctrico. Y yo… respiré. Solo eso. Porque verla después de todo era como volver a sentir el suelo bajo mis pies. Como volver a casa.

Capítulo 56

Aria

La noche cayó con suavidad sobre el parque de caravanas y, aunque el aire empezaba a refrescar, la terraza improvisada de Nevan se sentía como el sitio más cálido y protegido del mundo. Las luces tenues de los faroles viejos bañaban todo con un tono dorado, iluminando las latas de cerveza abiertas, los restos de hamburguesas y las risas que llevábamos soltando desde hacía horas.

Gus y Martha nos acompañaban, rompiendo cualquier rastro de soledad. Habíamos pasado a recoger comida después de salir de casa de Elara y Eiden, y Gus, al vernos aparecer, no tardó en sentenciar que no pensaba dejar que cenaramos solos si podía evitarlo, aunque fuera solo para arruinar nuestra paz. Martha salió poco después con una sonrisa encantadora, descalza, luciendo un moño deshecho que le daba un aire de eterna juventud y portando un cuenco rebosante de patatas fritas. Era la típica persona que te abrazaría con fuerza incluso antes de conocer tu nombre.

Nos sentamos los cuatro allí, sin prisas, con el manto de estrellas sobre nosotros y el suelo vibrando a ratos bajo el peso de nuestras carcajadas.

Gus se convirtió en el narrador oficial de la adolescencia de Nevan, y yo no podía parar de reír mientras desgranaba anécdotas de «cuando el chaval era más hueso que mala leche» y se intentaba colar en fiestas con una identidad falsa impresa en una caja de cereales.

—El muy idiota llevaba la fecha de nacimiento mal escrita —soltó Gus entre carcajadas que le hacían tambalear la barriga—. Decía que tenía veintiuno y la fecha ponía que había nacido en 2007. ¡¡Dos mil siete, por Dios!!

Nevan solo negaba con la cabeza, derrotado, con una media sonrisa mientras todos nos reíamos como si aquello fuera la tragedia más cómica de la historia. Pero yo veía algo más en su mirada: un brillo especial. Estaba tranquilo. Estaba feliz. Rodeado de cariño genuino, de gente que lo quería sin necesidad de ponerle etiquetas o palabras rimbombantes.

Gus y Martha eran como esos padres adoptivos que no firman papeles, pero que te cuidan el alma a escondidas. Se notaba que, aunque nunca lo dijeran en voz alta, querían a Nevan como si fuera suyo durante todos estos años. Y verlo ahí, rodeado de ese afecto silencioso y constante, me rompía un poquito por dentro, de la manera más dulce posible. Porque él no lo sabía o quizás no quería verlo, pero ya tenía una familia.

Después de muchas bromas, de muchas patatas robadas de platos ajenos y de una promesa forzada por parte de Gus de «no molestar al día siguiente antes del mediodía» —dicho con una mirada maliciosa que me hizo sonrojar sin motivo—, entramos en la caravana. Entramos con los zapatos en la mano y la risa todavía temblando en los labios, dejando atrás el ruido del mundo.

El silencio dentro del vehículo contrastaba con la algarabía de fuera, pero era un silencio cómodo, de hogar. Nos fuimos quitando la ropa con parsimonia, sin decir mucho más, disfrutando de la calma. La camiseta cayó primero, seguida de los vaqueros. Nevan abrió el cajón de la cómoda para sacar una prenda suya, una camiseta de algodón grande y desgastada, de esas que me encantaba robarle, y me la tendió sin mirarme, con una delicadeza que me apretó el pecho.

La cogí y sonreí. No por el gesto en sí, sino por todo lo que contenía. Nos íbamos a dormir. Juntos. En su mundo. En su cama. Y yo,

mientras la tela rozaba mi piel, supe con certeza que estaba justo donde quería estar.

La camiseta de algodón de Nevan me quedaba grande, rozando mis muslos con una suavidad que contrastaba con la tensión que flotaba en el aire. Me quedé allí, plantada en el pasillo estrecho, sintiendo cómo el pulso me retumbaba en los oídos. Nevan me observaba desde el borde de la cama, inmóvil, con la mirada clavada en mí; no era una mirada tierna, era una de hambre, la de un hombre que ha aguantado demasiado tiempo y al que se le están acabando las reservas de autocontrol.

Caminé hacia él. Cada crujido de la madera vieja bajo mis pies descalzos sonaba como una cuenta atrás. Me detuve justo entre sus rodillas abiertas, obligándole a inclinar la cabeza hacia atrás para no perderme de vista. Sus manos, grandes y ásperas, subieron poco a poco, aferrándose a mi cintura con una presión que me hizo soltar un jadeo ahogado.

No pedí permiso. Me incliné y aplasté mis labios contra los suyos en un beso sucio, cargado de urgencia, con sabor a tabaco y deseo puro. Sus manos se tensaron en mis caderas, apretando con una desesperación que me incitó a más; mis dedos se hundieron en su pelo, tirando de él, guiándolo hasta que no hubo distancia entre nosotros.

Nevan soltó un gruñido gutural, un sonido que vibró en mi propio pecho, y me arrastró hacia él con un tirón brusco. Me monté a horcajadas sobre su regazo, sintiendo la dureza de su cuerpo bajo la fina tela de mi ropa. La madera de la cama protestó, gimiendo bajo nuestro peso, pero el sonido quedó sepultado por el choque de nuestra piel.

—Aria… —jadeó, rompiendo el beso para buscar el hueco de mi cuello, sus dientes rozando mi piel, enviando descargas eléctricas por toda mi columna—. Joder, no sabes las ganas que te tengo.

—Demuéstralo —le reté, sintiendo cómo su urgencia me contagiaba.

Nevan no esperó. Me despojó de la camiseta con una brusquedad que dejó mis pechos expuestos al aire fresco de la caravana, y sus ojos oscurecieron hasta volverse casi negros cuando vio cómo mi cuerpo reaccionaba a su mirada. Me tumbó sobre el colchón de un solo movimiento, dominando el espacio, obligándome a mirar hacia el techo mientras él se colocaba entre mis piernas, abriéndolas con las rodillas.

Se adentró en mí de un solo golpe, firme y profundo. Un gemido me desgarró la garganta al sentir cómo me llenaba por completo, estirándome, reclamándome. Entonces, agarró mis caderas con fuerza bruta, sus pulgares hundiéndose en mis huesos mientras comenzaba a empujar.

No hubo delicadeza, solo una fricción constante y húmeda. Cada vez que me penetraba, el choque de su pelvis contra la mía resonaba en la caravana como un tambor seco, un sonido visceral que se mezclaba con nuestra respiración agitada y el crujido de la madera vieja. Podía sentir la dureza de su miembro rozando cada fibra sensible de mi interior, una presión eléctrica que me hacía convulsionar. Nevan no se detuvo; sus ojos, fijos en los míos, seguían cada expresión de mi cara, disfrutando de cómo le pedía más a gritos. Me golpeaba con una cadencia rítmica, imparable, estocada tras estocada, hasta que mi clítoris se volvió un punto de puro fuego bajo el roce constante de su cuerpo y el sudor que empezaba a resbalar por nuestros cuerpos.

—Mírame —ordenó, su voz bajando una octava, ronca y cargada de una autoridad que me hizo soltar el aire de golpe—. No quiero que mires a otro lado. Solo a mí.

No era delicado, pero sí muy preciso. Nevan estaba reclamando cada centímetro de mi piel, cada jadeo, cada espasmo. Era una danza de posesión; marcaba el ritmo, profundo, golpeando contra mí con una necesidad que nos dejó a ambos sin aire.

Cada estocada era un golpe contra el silencio de la caravana. El roce, el sudor mezclándose, el sonido de nuestros cuerpos

colisionando en el espacio reducido; era una sinfonía de placer crudo. Él no dejaba de mirarme, observando cómo mi rostro se transformaba, cómo mi control se desmoronaba bajo su ritmo implacable.

—Dime de quién eres —gruñó golpeando más fuerte, más profundo, obligándome a sentir cada ángulo de él, cada centímetro de su cuerpo ocupando el mío.

—Tuya —gemí mis palabras se perdieron entre jadeos, la cabeza echada hacia atrás mientras mis uñas se clavaban en sus hombros —. Soy tuya, Nevan.

—Dilo más fuerte —demandó, sus manos subiendo a mi garganta, acariciándola antes de volver a bajar con urgencia, acelerando el paso—. Que se entere todo el maldito parque de caravanas.

—¡Soy tuya! —grité, ahogando el resto del sonido contra el colchón, justo cuando el clímax me golpeó como un rayo, una ola de placer tan intensa que me dejó sin sentido.

—Y yo soy todo tuyo, bombón —susurró contra mis labios, mientras me daba un beso lento, casi saboreando el momento, como si necesitara dejar su marca en mí una vez más.

Me sujetó por las caderas, marcando el ritmo con fiera desesperación, hasta que un rugido ahogado escapó de su garganta y su cuerpo se tensó contra el mío, liberándose por fin . Nos dejamos caer, enredados, jadeando en la penumbra.

El silencio volvió, denso y cargado. Nevan se dejó caer sobre mí, con el corazón martillando en su pecho contra el mío. Se apartó lo justo para ver mi cara, su pelo revuelto, su expresión una mezcla de agotamiento y adoración feroz. Me apartó un mechón empapado en sudor de la cara con el pulgar y, en ese momento, el aura de dominación se suavizó, dejando ver a un hombre que acababa de encontrar su paz.

—No vuelvas a dudarlo nunca —susurró besándome la frente con una ternura que contrastaba con lo que acababamos de hacer—.

Todo lo que soy es tuyo. Y tú… tú me has salvado.

Me abracé a él, sintiendo su calor, la madera vieja bajo nosotros, y supe que este lugar, este refugio lleno de sombras y recuerdos, se había convertido en nuestra primera página, una que nunca iba a olvidar.

***

La luz de la mañana se filtraba perezosa a través de la pequeña ventana, dibujando motas de polvo en suspensión que bailaban sobre las sábanas revueltas. Me desperté antes que él, pero no me moví. No quería romper el hechizo. El peso del brazo de Nevan sobre mi cintura, su pecho subiendo y bajando contra mi espalda y el calor que desprendía su piel eran el refugio más seguro en el que había estado nunca.

Sentí cómo se removía, soltando un gruñido bajo y profundo, de esos que te hacen vibrar los huesos. Sus dedos se cerraron sobre mi cadera, atrayéndome un poco más hacia él hasta que no quedó ni un milímetro de aire entre nuestros cuerpos.

—¿Estás despierta? —murmuró con la voz tan ronca que me puso la piel de gallina.

Me giré poco a poco, encontrándome con sus ojos claros, medio cerrados por el sueño. Me dedicó una sonrisa pequeña, algo torpe, que me hizo sentir que el corazón se me derretía.

—Buenos días —respondí pasando la mano por su pelo revuelto.

—Buenos días —repitió trazando la línea de mi mandíbula con la punta de los dedos antes de besarme con cuidado la nariz—. Podría acostumbrarme a esto. A despertarme así.

Le acaricié la mejilla, donde empezaba a asomar la barba de un par de días, disfrutando de la calma que nos rodeaba. Era un contraste absoluto con la intensidad de la noche anterior, una paz que no sabía que necesitábamos.

—Yo también —admití sintiendo cómo se me llenaban los ojos de una emoción que preferí no analizar demasiado—. Pero tenemos que volver a la superficie, Nevan.

Él suspiró, cerrando los ojos un segundo antes de dejar caer la cabeza sobre la almohada, sin soltarme.

—Lo sé. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Voy a ir a casa de Elara —dije, apoyando la mano en su pecho, sintiendo el latido firme de su corazón—. He estado pensando en todo el tema de la prensa. No puedo dejar que esto siga así, van a terminar sacando cualquier cosa por vender un titular y no quiero que esto nos explote en la cara. Elara ya ha lidiado con esto mil veces, sabe muy bien cómo cerrarles la boca y cómo gestionar a esos buitres. Si alguien puede enseñarme a zanjar el asunto, es ella.

Nevan se quedó callado un momento, procesando la información. Su mano subió para apartarme un mechón de pelo de la frente, y su expresión se tornó protectora.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, prefiero ir sola y hablarlo con ella con tranquilidad. Además... —le miré con picardía—, me dijiste que tenías que ayudar a Gus hoy, ¿no?

Él soltó una carcajada sorda.

—Me has pillado. Sí, Gus se pasó todo el día con la chapa de que tiene que organizar unos materiales en la parte trasera y, si no le ayudo, no dejará de darme la turra en todo el mes.

Se incorporó un poco, apoyándose en el codo, y extendió la mano hacia la mesa para agarrar las llaves de su coche, dejándolas caer sobre la cama entre los dos.

—Coge mi coche —dijo con voz seria pero suave—. No quiero que vayas en transporte público ni caminando por ahí sola. Te sentirás más segura.

Lo miré, conmovida por el gesto, y le di un beso lento cargado de gratitud.

—Gracias, Nevan.

—No me des las gracias —respondió dándome un último apretón antes de soltarme—. Solo ten cuidado, ¿vale? Avísame en cuanto termines con Elara.

Me levanté, sintiendo la mirada de Nevan sobre mí mientras buscaba mi ropa. La atmósfera seguía cargada de esa intimidad única de la mañana. Me vestí despacio, consciente de que cada movimiento era observado, y cuando estuve lista, volví a la cama para darle un último beso antes de irme.

Se acercó a mí, rodeándome el cuello con las manos, y unió nuestras frentes.

—Hasta luego, Aria —susurró con un deje de impaciencia por volver a verme.

—Hasta luego, Nevan —respondí sonriendo antes de separarme.

Salí de la caravana con el aire fresco de la mañana golpeándome la cara. Puse el motor en marcha y el rugido familiar llenó el ambiente, dándome un impulso de seguridad. Mientras me alejaba por la carretera, vi por el retrovisor cómo la caravana se quedaba atrás, pero sabía que en cuanto terminara con este lío, mi camino me llevaría de vuelta a ese refugio. Y a él.

Capítulo 57

Nevan

El metal pesaba, pero mi cabeza pesaba mucho más. Había pasado la mañana moviendo vigas y organizando trastos con Gus en la parte trasera del terreno, intentando que el esfuerzo físico silenciara el ruido que tenía dentro. Pero no funcionaba. Cada vez que levantaba una caja, mi mente se iba al mismo momento: la noche anterior, a la piel de Aria, a su risa, y a esa maldita noticia sobre mi madre que todavía me escocía como una quemadura mal curada.

Pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en Aria.

Sentía unas ganas violentas de decirle que la quería. Así, sin más, sin rodeos. Me quemaba la lengua, un secreto a gritos que me pedía salir. Pero luego me frenaba. Me daba pánico. ¿Y si se lo decía y la asustaba? ¿Y si ella se sentía atada, obligada a quedarse en este agujero conmigo solo porque le he soltado un «te quiero» que pesa demasiado? No quería ser eso ni ser un lastre que la encadenara. La amaba tanto que, incluso si ella decidía que su vida no estaba aquí, la dejaría ir sin una queja. Ese pensamiento me dolía, pero era la verdad. Así que guardé el sentimiento en el lugar de siempre: bajo llave, en algún rincón oscuro de mi pecho.

Al mediodía, el sonido de un motor conocido me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista y vi mi coche entrando en el parque de caravanas. Se detuvo frente a la puerta, levantando una nube de polvo que el sol de mediodía iluminó como si fuera oro.

Cuando ella bajó, olvidé cómo respirar.

Llevaba una falda de vuelo blanca que le bailaba alrededor de las piernas y una camiseta de tirantes amarilla, ajustada, que le quedaba como si se la hubieran pintado sobre la piel. El viento le enmarañaba el pelo dorado dejándolo salvaje y, cuando sus ojos verdes me encontraron, su sonrisa se ensanchó hasta iluminar todo el puto parque. Me quedé ahí, de pie, con la frente sudada y las manos sucias de grasa, embobado, incapaz de apartar la vista de esa mujer radiante que solo me miraba a mí.

No esperó a que fuera a su encuentro. Eché a correr en cuanto vi que ella lo hacía, y cuando nos encontramos, no hubo espacio para las dudas. La atrapé en el aire, rodeándola por la cintura y levantándola del suelo en un giro. Ella soltó una carcajada limpia, como una niña pequeña, aferrándose a mis hombros mientras sus piernas se enredaban en mi cintura.

La dejé en el suelo, pero no la solté. Me quedé mirándola, recuperando el aire, intentando grabarme esa imagen en la memoria.

—Te he echado de menos —gruñí contra su cuello, aspirando su olor.

—Yo también —dijo separándose apenas para mirarme con esa intensidad suya—. Pero he hecho lo que tenía que hacer.

—¿La prensa? —pregunté frunciendo el ceño—. ¿Has podido zanjarlo?

Ella asintió, su expresión se volvió un poco más seria, aunque orgullosa.

—Elara ha sido una genia. No se puede negar que sabe cómo funciona este juego. Ha llamado a su agente y hemos redactado un comunicado corto, directo y sin dar lugar a interpretaciones. Hemos dejado claro que cualquier intento de seguir acosándonos será tratado a través de abogados. Elara ha movido un par de hilos con algunos periodistas de confianza para que difundan el comunicado y entierren cualquier rumor falso antes de que empiece.

—¿Y ha colado? —pregunté incrédulo.

—Ha colado —sonrió dándome un beso rápido en la barbilla—. Les hemos dado la información justa para que dejen de buscar donde no hay nada. Elara ha sido tajante: «Aria no es un personaje público en este momento, dejadla en paz». Y parece que, por una vez, decidieron escuchar. Ya no habrá más cámaras escondidas en cada esquina.

Solté un suspiro de alivio tan largo que sentí cómo se me vaciaban los pulmones. Aria me miraba con una seguridad que me hacía sentir pequeño, pero a la vez, el hombre más afortunado del mundo.

La tarde se convirtió en un borrón de piel, jadeos y una intensidad que no sabía que éramos capaces de sostener. La caravana, ese lugar que antes me parecía pequeño y asfixiante, se convirtió en nuestro mundo. No nos importó la luz que entraba por las ventanas, ni el paso de las horas. Celebramos su libertad de la forma más visceral que supimos: devorándonos.

Apenas entramos el hambre no fue de comida, sino el uno del otro. La puse sobre la mesa de madera, con una urgencia que no me dio tiempo ni de pensar. La lamí de arriba a abajo, sintiendo cómo se arqueaba y gritaba mi nombre contra el techo de la caravana, reclamándome con una fuerza que me encendía la sangre. Luego, ella se encargó de destruirme. Se arrodilló entre mis piernas y me miró con esos ojos verdes, fijos en los míos mientras me tomaba con una habilidad que me hizo perder el juicio. Con ella arrodillada, mirándome así y sintiendo su boca, no hubo fuerza en la tierra que me hiciera aguantar. Me corrí casi al instante, con un gruñido que salió de lo más profundo de mi pecho.

Pero no terminó ahí. Aria se había transformado. Había descubierto que el sexo no era solo algo que hacíamos sin más, sino algo que podíamos *explorar*, y era una fiera imparable. Nos movimos por cada rincón: en la encimera de la cocina, con la espalda apoyada en los armarios, bajo el chorro de agua fría de la ducha que apenas nos servía para bajar la temperatura de nuestros cuerpos y, luego, de nuevo en el pequeño sofá, donde ella tomó el control. Me encantaba verla así, soltándose el pelo, quitándose las inseguridades con la

misma facilidad con la que se quitaba la ropa. Cada vez que le enseñaba un ángulo nuevo, o le demostraba que no había límites, ella respondía con una entrega que me dejaba fuera de juego.

Cuando el sol empezó a descender y las sombras se alargaron por el suelo de la caravana, estábamos agotados, sudorosos y enredados en las sábanas, con la piel marcada por nuestras caricias. Estábamos en ese estado de calma eléctrica que queda después de un día de excesos.

Entonces, el teléfono de Aria vibró sobre la mesa.

Lo cogió, con el pelo hecho un desastre y la sonrisa más tranquila que le había visto nunca. Era Elara. La escuché reír al otro lado, y por la forma en que Aria se iluminó, supe que el plan era bueno.

—Es Elara —dijo dejándose caer de nuevo sobre mi pecho—. Dice que esta noche hay sesión doble en el autocine. Que van todos.

—¿Todos? —pregunté acariciándole la espalda desnuda, disfrutando de la paz del momento.

—Sí, Elara, Eiden… e Ivelle y Jack también.

Me tensé un segundo al oír el nombre de Jack. Hacía meses que no sabía nada de él; se metió de lleno en la finca de sus padres a las afueras, intentando sacar adelante el negocio familiar, y apenas habíamos hablado. Y sobre Ivelle… bueno, Ivelle era un terremoto con piernas. Si ella estaba en el grupo, la noche prometía ser cualquier cosa menos tranquila.

—¿Jack va a salir de su cueva? —bromeé, aunque por dentro me alegraba. Echaba de menos a ese cabrón.

—Eso parece. Dicen que necesita aire fresco después de tanto tractor y tanto campo —Aria me miró, con los ojos brillando—. ¿Vamos? Creo que nos vendría bien salir un poco, ¿no? Después de todo el día… encerrados.

La miré, viendo cómo se le erizaba el vello con solo recordarlo. Me reí bajo, atrayéndola para darle un beso corto, cargado de todo lo

que habíamos vivido en esas paredes apenas unas horas antes.

—Vamos —dije sintiendo que por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de ver a mis amigos, de enseñarles, aunque fuera sin palabras, que ella era mía y yo, joder, yo era suyo—. Pero como Ivelle empiece con sus historias raras, no me hago responsable.

Aria rió, una risa que sonó a victoria, y se levantó para empezar a buscar ropa. Mientras me quedé un segundo más en la cama, pensando en lo irreal que era que, hace apenas veinticuatro horas, mi mayor problema fuera que ella se alejara y, ahora nos preparábamos para ir a ver una película como si fuéramos una pareja normal. Una pareja que, por fin, tenía toda la noche por delante.

***

El autocine de Windale tenía ese encanto nostálgico, con la pantalla gigante alzándose bajo el cielo nocturno de junio. Cuando aparqué el coche, vi que los demás ya estaban allí, desplegados como una tribu alrededor del vehículo de Eiden.

Apenas bajamos, Ivelle fue la primera en saltar hacia nosotros. Esa chica tenía más energía que una central eléctrica.

—¡Por fin llegáis! —exclamó sin dar tiempo a que cerráramos las puertas. Me dio un empujón en el hombro al estilo hermano y luego le lanzó una sonrisa radiante a Aria—. Aria, bienvenida al club de los marginados. Estábamos a punto de apostar cuánto tardaríais en… bueno, ya sabes.

—Ivelle, ni una palabra —dije riendo mientras negaba con la cabeza.

Aria, que había recuperado esa sonrisa dulce y natural, saludó a Elara con un abrazo largo. Eiden me dio un choque de manos, intercambiando una mirada cómplice, y luego me acerqué a Jack.

Estaba un poco apartado, apoyado contra el capó, con las manos en los bolsillos. Era el tipo de hombre que no necesitaba hablar para

marcar territorio. Nos dimos un apretón de manos firme, un gesto sencillo que decía más que mil palabras.

—Me alegra verte, hermano —dije.

—Igualmente, tio. Se os ve bien —respondió, con su voz grave y escueta.

A mi lado, Aria saludó a Ivelle con educación, aunque era evidente que la energía de la pelirroja la dejaba un poco descolocada. Mientras el grupo charlaba, me fijé en un detalle que, de ser otro momento, quizá se me habría escapado. Ivelle, que no paraba de moverse, se quedó quieta al lado de Jack. Le estaba contando algo con mucha intensidad y él la escuchaba con la mirada fija en sus labios, no en sus ojos. Ivelle le tocó el brazo, un roce casual que duró apenas un segundo de más, y Jack reaccionó inclinando la cabeza, en una postura de protección que no aplicaba con nadie más. Fue apenas un segundo, un intercambio de miradas que me hizo fruncir el ceño, pero antes de que pudiera darle vueltas, Elara gritó que era hora de ir a por comida.

El camino al puesto de snacks fue un caos organizado. Entre risas, palomitas que se caían y el constante parloteo de Ivelle, que parecía estar en tres conversaciones a la vez, llegamos a la zona de comida.

Allí, el grupo se dispersó un poco de forma natural. Aria se quedó con Elara hablando de «cosas de chicas», Eiden intentaba convencer a Jack de que probara un tipo de refresco raro, e Ivelle… bueno, Ivelle estaba cerca de Jack otra vez, riéndose de algo que él le había susurrado al oído, demasiado bajo para que pudiera escucharlo. Vi cómo Jack se separaba un poco de la masa, buscando un segundo de calma, e Ivelle lo siguió sin dudar, como un imán.

—¿Vamos? —me susurró Aria, tocándome la mano—. Empieza la peli.

Asentí, disfrutando de la sensación de su piel contra la mía. El grupo se empezó a disolver hacia los vehículos.

—Nos vemos al salir —lanzó Ivelle, dándole un último toque juguetón en el hombro a Jack antes de subir al coche de este.

Eiden y Elara se metieron en el suyo, dejando que el resto del grupo se alejara. Yo rodeé el coche y abrí la puerta para Aria, que subió con una sonrisa radiante. Cuando cerré mi puerta y nos quedamos solos en el habitáculo, con el sonido ambiente del autocine rodeándonos, sentí que por fin podíamos respirar.

—Tus amigos son… intensos —dijo, soltando una pequeña risita mientras se acomodaba el asiento.

—Ya te acostumbrarás —respondí, encendiendo el motor para poner el aire acondicionado—. Sobre todo con Ivelle. Aunque… —miré hacia el coche de Jack, que estaba a un par de filas, viendo cómo Ivelle gesticulaba animadamente mientras él la escuchaba—. ¿No te ha parecido raro lo de Jack e Ivelle?

Aria me miró, con los ojos verdes muy abiertos.

—¿Raro? ¿Por qué?

—No sé… Jack es como un muro de hormigón. Y ella es un huracán. Es… complicado.

Aria sonrió restándole importancia, pero vi cómo se volvía a mirar en esa dirección.

—Quizá lo complicado es justo lo que les gusta —respondió, encogiéndose de hombros.

No dije nada más. Puse la radio en la frecuencia del autocine y, mientras la pantalla grande empezaba a cobrar vida, me acomodé en el asiento con la mano de Aria buscando la mía enseguida. El resto del mundo, Jack, Ivelle y sus secretos, se quedó fuera, tras los cristales, mientras nosotros empezábamos nuestra propia película.

Capítulo 58

Aria

Han pasado unos días desde la noche en el autocine, y si me hubieran dicho hace un mes que mi vida se reduciría a este pueblo y a este hombre, lo más probable es que me hubiera reído. Pero ahora, me cuesta imaginar cualquier otra realidad. Windale se convirtió en mi refugio. Estos días habían sido un torbellino de risas con el grupo y de una intimidad con Nevan que me hacía sentir que vivía en una película. Recorrimos cada rincón escondido de este pueblo, buscando lugares donde estar solos, y creerme, los hemos aprovechado todos.

Ivelle era un terremoto, pero uno de los que te contagian su alegría. Fue imposible no quererla. A veces, viendo cómo se movía y cómo hablaba, no podía evitar pensar en Sienna; serían mejores amigas al instante si se conocieran más, una explosión de energía constante.

Con Nevan todo era tan natural que me asustaba. En muchas ocasiones, la palabra «te quiero» me subía por la garganta reclamando salir, pero me tragaba el impulso. El miedo a agobiarlo, a que sintiera que intentaba ponerle etiquetas a lo que teníamos o que, sin darme cuenta, buscaba atarle, me paralizaba. Lo que teníamos es lo más valioso que había tenido nunca, y prefería vivir en este presente sin nombre antes que arriesgarme a que él saliera corriendo.

Sin embargo, el futuro empezaba a asomar la cabeza. Sabía que en algún momento tendría que volver a Los Ángeles, pero la idea me generaba ansiedad. Fantaseaba con quedarme aquí, con abrir una academia de ballet, una vida tranquila, lejos del ruido. Mi madre no

me volvió a llamar desde que le dejé las cosas claras, y aunque dolía, también era liberador.

Y luego estaba el casting. Esa maldita audición que mi madre consideraba el evento del año. Lila se había dejado la piel en esto. Ví cómo se esforzaba, cómo cada movimiento de su cuerpo era una declaración de intenciones. Ella ama la danza con una pureza que yo había perdido. Para mí, esto solo era una obligación, una casilla que marcar en el plan de mi madre. Decidido: pronto llamaría a Lila, le desearé suerte y me retiraré. Era lo correcto.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando vi una figura acercarse a lo lejos. Era Nevan. Volvía de la parte trasera de la finca de Gus, con la camiseta sudada y el pelo hecho un desastre por el esfuerzo de la mañana. Me quedé observándolo unos segundos antes de que me viera, admirando su forma de moverse, esa mezcla de rudeza y vulnerabilidad que solo muestra cuando estamos a solas.

En cuanto levantó la vista y sus ojos se clavaron en los míos, mi corazón dió un vuelco. Se acercó a mí, y yo caminé a su encuentro sin esperar ni un segundo. Cuando llegué a él, le pasé los brazos por el cuello y me colgué de su espalda en un abrazo que sabía a hogar. Me atrapó por la cintura y me levantó, pegándome contra su pecho. Le di un beso largo, agradecida de que estuviera aquí, de que fuera real.

—Te he echado de menos toda la mañana —susurré contra sus labios, sintiendo el calor de su piel.

Él sonrió, cansado pero feliz, y me dejó en el suelo, aunque no me soltó del todo.

—Gus ha decidido que hoy era el día de mover hasta las piedras, creo que quiere dejar la finca impecable para el invierno —aclaró riendo—. ¿Qué tal tu mañana?

—Tranquilo —respondí intentando no revelar el peso de mis pensamientos sobre el futuro—. Oye, Elara me ha escrito hace un

rato. Me ha invitado a merendar esta tarde con Ivelle. Me preguntaba si te importaba que fuera.

Él soltó un suspiro de alivio, como si la idea de no tener que moverse más hoy le diera la vida.

—Ve, ve tranquila. Creo que voy a aprovechar para echarme una siesta monumental, mis músculos van a pedirme clemencia en cuanto me siente.

Me acerqué a él y, con los dedos, empecé a quitarle el polvo de la camiseta, un gesto doméstico, rutinario, que me pareció una muestra de amor tan pura que me asustó. Nevan se quedó quieto, dejándose hacer, con los ojos entornados y esa media sonrisa ladeada que reservaba solo para mí. Se veía tan vulnerable, tan humano, tan... mío.

Fue en ese momento. Lo vi claro. El sol de la tarde le iluminaba el perfil, suavizando las líneas duras de su mandíbula. Sentí el impulso, una necesidad física casi dolorosa, de decirle las palabras que me quemaban el pecho desde hacía días. «*Te amo. Estoy perdidamente enamorada de ti*», pensé*.*

Abrí la boca. Pero el miedo volvió a amenazarme. ¿Y si era demasiado? Nevan había tenido una vida de muros altos, de silencios y de huidas. ¿Quién era yo para forzarlo a declarar algo que quizás le aterraba? Me callé. Me tragué el «te quiero» y lo cambié por un beso.

Fue un beso lento, pausado, uno que se sintió como una despedida mucho más larga de lo que era. Sabía a tabaco, a sudor y a esa confianza ciega que habíamos construido en tan poco tiempo. Nos separamos muy despacio, con las frentes aún rozándose.

—Descansa —murmuré acariciándole la nuca.

—Pasalo bien, bombón —respondió con la voz más ronca de lo habitual, mientras me daba un último toque con la nariz.

Caminé hacia el coche y, antes de subirme, me giré. Lo vi allí, de pie frente a la puerta de la caravana, viéndome marchar con esa expresión de paz que tanto me gustaba. Le sonreí, una sonrisa que intentaba ocultar la tormenta de sentimientos que llevaba dentro. Me subí al coche y puse en marcha el motor.

Mientras me alejaba, tuve una sensación extraña, un pinchazo en el pecho que no supe identificar. Miré por el retrovisor una última vez. Nevan seguía allí, una silueta recortada por la luz de la tarde. En ese instante, una voz en mi interior me gritó que volviera, que me bajara del coche y se lo dijera, que no dejara pasar ese momento. Pero no lo hice. Pisé el acelerador y me obligué a mirar hacia delante.

El trayecto hasta casa de Elara fue silencioso. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a ese «casi» que quedó suspendido en el aire. «*¿Por qué no se lo he dicho?*», pensé.

Al llegar, la energía de Ivelle me golpeó nada más bajar del coche.

—¡Aria! ¡Por fin! —Ivelle apareció de la nada, con un vestido de flores y esa energía inagotable que parecía que nunca se apagaba—. Estábamos a punto de pedir la cuenta sin ti, ¡la tarta de chocolate que han traído es un pecado mortal!

Elara estaba sentada en la mesa de la terraza, riéndose de algo que Ivelle había dicho. Era un escenario idílico. El sol empezaba a caer, pintando el cielo de tonos naranjas y rosas. Me senté con ellas, intentando entrar en la dinámica, riéndome de los chistes de Ivelle y siguiendo la conversación.

Pero mi mente seguía en la caravana. Cada vez que Ivelle mencionaba algo sobre «el futuro» o «los planes», me ausentaba. Miré mi teléfono, esperando un mensaje de Nevan, una señal. Pero solo había silencio.

—¿Te pasa algo? —preguntó Elara, bajando la voz y mirándome con esa perspicacia que siempre tenía—. Estás muy callada, Aria. ¿Es por Nevan?

—No, es solo... —suspiré mirando el trozo de pastel en mi plato sin ganas de probarlo—. Nada. Solo estaba pensando en que a veces dejamos pasar momentos importantes por miedo.

Ivelle soltó una carcajada, aunque luego se puso seria, mirando hacia la entrada de la finca donde Jack acababa de aparcar su coche.

—El miedo es una mala brújula, Aria. A veces, si no saltas, te quedas esperando en el borde toda la vida.

Miré a Ivelle, sorprendida por la profundidad de sus palabras.

Me había guardado mis palabras. «*Te quiero*». Me repetí la frase en mi cabeza, deseando haber tenido el valor de soltarla. Sentí una amargura sutil en la boca, como si hubiera saboreado algo que se estaba echando a perder.

«*Luego*», me prometí. «*Más tarde, en cuanto llegue, se lo diré. No dejaré pasar ni un día más*».

Pero, mientras el sol desaparecía por completo y las luces del jardín se encendían, no pude evitar sentir que el tiempo, ese que Nevan y yo estábamos ganando, se estaba agotando sin que pudiera hacer nada para detenerlo.

Capítulo 59

Nevan

Habían pasado unos diez minutos desde que ella se fue, y el aire dentro de este lugar todavía conservaba su perfume. Me quedé un momento de pie, mirando la puerta, con esa sensación de vacío que siempre me deja cuando no está.

Fui hasta la nevera, el frío del metal al abrirla me devolvió un poco a la realidad. Saqué una cerveza, el choque de la chapa fue el único sonido que se atrevió a romper la calma. Me dejé caer en el sofá, hundiendo el cuerpo en la espuma vieja, buscando ese descanso que mis músculos pedían a gritos después de la paliza con Gus.

Le di un trago largo a la cerveza, dejando que el líquido amargo bajara por mi garganta. Intenté relajarme, cerrar los ojos y dejar que la paz de la tarde me invadiera, pero había algo que no encajaba.

Desde hacía unos días, mi piel me estaba advirtiendo de algo. Esa punzada en la nuca, esa sensación de que, cada vez que salía o entraba, alguien tenía los ojos clavados en mi nuca. «*Paranoia*», me repetía a mí mismo. Lo más probable era que fueran restos de la tensión con la prensa. Elara y Aria habían hecho un trabajo impecable cortando el grifo a los buitres, por ley, estábamos limpios. Así que, ¿qué coño pasaba?

Suspiré, reclinando la cabeza contra el respaldo. Quizás fuera el cansancio, o que la vida me estaba dando tantas cosas buenas en estos últimos meses que mi cerebro, acostumbrado a vivir en la trinchera, estaba buscando peligros donde no los había.

Cerré los ojos, intentando visualizar la sonrisa de Aria antes de irse. Había estado a punto de decirme algo, lo vi en sus ojos, en esa forma en la que me miró antes de besarme. Se arrepintió en el último segundo. Me quedé con esa duda rondando, pero una parte de mí, la parte que todavía no terminaba de creerse que esto fuera real, prefería no presionar. Lo que teníamos era frágil, hermoso, y no quería romperlo con preguntas.

Bebí otro trago. La caravana crujió bajo el peso del viento. Todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Me obligué a soltar los hombros, a dejar de analizar cada ruido exterior. «*Solo es el viento, Nevan. Solo es el puto viento*» pensé*.*

El silencio de la caravana se quebró con una voz que me heló la sangre.

—Vaya... Sigues metido en la misma lata de conservas, chaval.

La lata de cerveza se me escurrió de los dedos, golpeando la mesa de madera antes de rodar por el suelo. El sonido metálico pareció flotar en un silencio repentino y asfixiante. Toda la fuerza de mis veinticuatro años, mis músculos, mi estatura... todo se evaporó en un segundo. Me quedé inmóvil, sintiendo cómo las vértebras se me convertían en hielo.

Me giré despacio. Ojalá hubiera sido una alucinación, una de esas jugarretas que me gastaba la cabeza cuando dormía mal. Pero no. Ahí estaba él, recostado contra el marco de la puerta.

Mi padre.

—No me jodas —susurré con el corazón desplomándose en mis costillas.

Siete años de cárcel no lo habían ablandado; estaba más curtido, más gris, con la piel pegada a los pómulos como el cuero viejo. Pero sus ojos seguían siendo los mismos: dos rendijas oscuras, cargadas de una fijeza pesada y peligrosa, la mirada de un depredador que regresa a un territorio conocido.

—¿Qué pasa? —dio un paso hacia el interior, haciendo que el suelo de la caravana crujiera bajo sus botas—. ¿No hay un abrazo para tu viejo? Siete años son muchos días, campeón.

—¿Qué haces aquí? —La voz me salió extraña, despojada de toda la autoridad que creía tener. Di un paso atrás por puro instinto, chocando con el borde del fregadero—. Tu condena no termina hasta dentro de cinco años.

Él soltó una risa seca, un chasquido rancio en el fondo de la garganta que me revolvió el estómago.

—Buen comportamiento, masificación... Ya sabes cómo funciona la justicia con los hombres honrados —dijo, arrastrando las palabras mientras escaneaba el lugar con un desprecio absoluto—. Salí hace dos semanas. No tengo un duro, la espalda destrozada y ningun puto sitio al que ir. Y resulta que me entero de que mi chico sigue viviendo en la misma cloaca donde lo dejé. Pensé que tu madrecita te habría comprado algo mejor con los cuartos de su nuevo marido. Pero ya veo que para ella también eres un estorbo.

—Lárgate —solté apretando los puños a los costados. Sentía el corazón desbocado, golpeándome las costillas con tanta violencia que me costaba enfocar la vista—. Vete de aquí. Ahora mismo.

—¿Me estás echando? —Su tono cambió, bajando una octava, volviéndose denso. Dio otro paso, acortando la distancia. Era más bajo que yo, pero su presencia seguía ocupando todo el maldito espacio—. Te recuerdo que esta caravana la pagué yo con mi curro. Me jodiste la vida, Nevan. Me lo debes todo, niñato.

Intenté reaccionar, quise cruzarle la cara, hacer valer los años de rabia acumulada, pero el cuerpo no me respondió. El cerebro me traicionó por completo: el hombre de veinticuatro años desapareció y me quedé atrapado dentro del crío de diez que temblaba en un rincón esperando el golpe. El trauma me encadenó las articulaciones.

Antes de que pudiera levantar los brazos, su mano me agarró de la solapa de la cazadora y me empujó hacia atrás con una brutalidad animal. Mi espalda impactó contra la pared de metal; el golpe fue seco, y me sacó todo el aire de los pulmones. Los cuadros pequeños que tenía colgados vibraron y cayeron al suelo.

—Sigues siendo el mismo cobarde —escupió. Su aliento a tabaco y alcohol me invadió por completo, mareandome—. Un puto error. Desde el día que naciste solo fuiste una carga. Pasta en pañales, en comida, aguantar tus lloriqueos... Me jodiste la juventud, la vida, y coronaste la jugada llamando a la pasma.

—Tú nos estabas matando —conseguí articular, intentando apartar sus manos de mi pecho, arañando sus muñecas curtidas y llenas de cicatrices.

—¡Te di un techo! ¡Puto niñato desagradecido! —gritó, y la vena de su cuello pareció a punto de estallar.

No hubo más advertencias. El primer puñetazo me dio de lleno en la boca del estómago, fue un impacto sordo, pesado, que me dobló las rodillas al instante. El dolor me quemó las entrañas y me quedé sin respiración, suspendido solo porque él me sujetaba de la ropa.

Cuando me soltó, caí de rodillas sobre la madera, jadeando como un pez fuera del agua. Tenía la vista nublada por las lágrimas.

—Mírate —dijo desde arriba, y escuché el cuero de su bota crujir—. Das asco. ¿Esto es lo que eres? Eres un despojo, Nevan. Igual de débil que siempre.

Intenté levantarme, apoyé las manos en el suelo, pero su bota me golpeó el costado derecho con la fuerza de un mazo. Sentí y escuché el crujido limpio de una de mis costillas al ceder. Un grito ahogado se me quedó atascado en la garganta y me fui de bruces contra el suelo, mordiendo el polvo de la alfombra. El sabor amargo y metálico de la sangre me inundó la boca con rapidez, desparramándose por mis labios.

El dolor físico era insoportable, pero lo que de verdad me estaba matando era la humillación. El darme cuenta de que daba igual cuánto hubiera crecido, hubiera entrenado o cuanta rabia acumulada guardara; ante él, siempre sería el maldito saco de boxeo de la caravana.

—¡Levántate, joder! —gritó dándole una patada a la mesa de centro, que volcó esparciendo mis folios y lápices por el suelo manchado—. ¡Demuestra que sirves para algo más que para estorbar!

Otro impacto me alcanzó en el abdomen, haciéndome arquear el cuerpo en un espasmo agónico. Ya no sentía los golpes individuales; era solo una masa de dolor abrasador, un pitido ensordecedor que me llenaba los oídos mientras el techo de la caravana giraba a toda velocidad.

Me quedé quieto, con la mejilla apoyada en la madera fría, viendo cómo un hilo de sangre avanzaba entre los papeles de dibujo. Sabía que si me movía, volvería a golpearme hasta romperme del todo. Así que hice lo único que sabía hacer cuando el mundo se volvía demasiado violento. Cerré los ojos y me evadí.

Me arrastré lejos de ese suelo mugriento. Busqué el olor a pinos, el agua mansa del lago, la luz del sol colándose entre las hojas de un roble. Busqué sus ojos verdes. «Aria». Recordé su risa de la otra noche, su voz, la forma tan delicada en que se apartaba el pelo detrás de la oreja. Me aferré a ella como un hombre que se ahoga en mitad del océano.

«*Te amo*», pensé con el último rastro de consciencia que me quedaba en el cerebro, un susurro en mitad de toda la suciedad que me rodeaba. «*Te amo, bombón. Pero por lo que más quieras en este mundo... no vengas. No vuelvas hoy. No quiero que me veas así. No quiero que veas en lo que me convierto cuando él está delante*».

Otra patada me alcanzó en la espalda, un dolor ciego que me empujó directo hacia una oscuridad densa, un abismo negro donde el pitido de mis oídos empezó a apagarse, anunciando que el cuerpo por fin se rendía.

Y entonces, justo en el borde de perder el conocimiento, el aire viciado de la caravana se rasgó.

No fue el viento, ni el motor de mi coche. Fue un grito, uno agudo, desgarrador, cargado de un pánico tan puro y real que me devolvió la consciencia de golpe, como un jarro de agua helada.

Aria.

Había vuelto. Y lo estaba viendo todo.

Capítulo 60

Aria

Pasé la última hora en casa de Elara, sentada en su sofá con una manta sobre las piernas y el pecho a punto de explotar por la presión de todo lo que llevaba guardado. Le conté todo: el miedo, la intensidad, la forma en la que Nevan me miraba y cómo, a veces, sentía que me ahogaba en sus ojos. Le confesé lo que me quemaba por dentro, el miedo a decir esas palabras y romperlo todo. Elara solo me escuchó, sin interrumpir, sin juzgar. Como solo ella sabía hacer.

—Estáis enamorados los dos —dijo cuando terminé, con una certeza que me hizo temblar—. Solo que a veces no sabéis verlo cuando el pasado y el miedo os nublan la vista.

Asentí, sintiendo que las lágrimas se me acumulaban en la garganta. Nevan me daba miedo, sí. No él, sino lo que me hacía sentir. Esa entrega absoluta, irreversible. Pero también me daba vida. Me hacía sentir completa de una manera que ni yo misma entendía. Y ya no pensaba dejar que el miedo a rompernos nos alejara. Había tomado una decisión. Se lo iba a decir. Todo. Que lo amaba, que no me iba a ir y q pensaba rendirme.

Salí de casa de Elara con la determinación ardiendo bajo la piel, con el corazón latiendo desbocado, como si supiera que estaba a punto de dar un paso que cambiaría el resto de mi vida. Pero cuando aparqué frente a la caravana, el silencio que la envolvía me dio un vuelco al estómago. La puerta estaba entreabierta. Una sombra alargada se proyectaba desde el interior, rompiendo la calma de la noche.

Eché a correr, olvidando cualquier rastro de duda.

—¿Nevan? —grité, y mi voz sonó como un quejido en el aire frío.

No hubo respuesta. Solo un ruido sordo, como algo pesado cayendo contra madera, y un gruñido ahogado. Empujé la puerta y el mundo se paró. El tiempo se fracturó en mil pedazos.

Nevan estaba en el suelo, sangrando e inmóvil. Encima de él, un hombre enorme, de rostro ajado y ojos vacíos, le estaba pateando con una brutalidad que me cortó la respiración. Cada impacto resonaba con un sonido húmedo, asqueroso, como si estuviera golpeando un saco de carne rota.

Grité. Chillé sin pensar, sin contenerme, un sonido agudo, salvaje, arrancado de las entrañas.

El hombre se giró. Sus ojos eran dos pozos negros, desprovistos de cualquier rastro de humanidad. Tenía una sonrisa torcida, manchada de saliva y maldad, que se me quedó grabada a fuego. Nevan alzó un poco la cabeza. Tenía el rostro irreconocible, una máscara de sangre, los labios partidos y la respiración rota. Sus ojos, esos luceros azules que hace unas horas me miraban como si fuera su mundo, estaban apagados. Desenfocados. Perdidos en una bruma de dolor agónico.

—A… Aria… —susurró con una voz que era solo un hilo de aire—. Vete… Joder, corre.

—No… —negué con la cabeza, mientras el mundo se me nublaba por las lágrimas—. No voy a dejarte. ¡Suéltalo!

El hombre soltó una carcajada ronca, un sonido que me revolvió el estómago.

—¿Así que tú eres la princesita? —Dio un paso hacia mí, lento, arrastrando los pies como un depredador que se toma su tiempo para jugar con la presa—. Joder… —Me recorrió con la mirada, una inspección viscosa que me hizo sentir sucia—. Ahora entiendo por qué este capullo no podía olvidarte. Mírate, estás de escándalo.

Sentí el estómago revolverse, un asco puro y físico.

—Das asco —escupí sintiendo una furia que luchaba contra el terror.

—¿Eso te parece? —Se rió, mostrando unos dientes amarillentos y desgastados—. Al menos yo aguanto los golpes como un hombre, no como esta nenaza. —Sin dejar de mirarme, lanzó una patada lateral directa al estómago de Nevan.

—Déjala... hijo de puta —Nevan consiguió arrastrar las palabras desde el suelo, con una rabia sorda y agónica, intentando apoyar las manos para levantarse—. Te lo juro... como la toques, te mato...

El hombre arrugó la frente, molesto por la insistencia de su hijo. Se giró del todo y, con una frialdad que me paralizó el corazón, descargó la bota con toda su fuerza justo en la cabeza de Nevan que soltó un quejido ahogado, sus ojos se pusieron en blanco y su cuerpo se fue de bruces contra el suelo, quedando inmóvil.

El silencio que se instaló en la caravana fue lo más terrorífico que he vivido jamás. No se movía. Ni un músculo. Ni un espasmo. Nada.

—¡Nevan! —grité perdiendo la cabeza.

Me lancé hacia él, dispuesta a cubrirlo con mi cuerpo, pero no llegué a dar dos pasos. Una mano enorme y áspera me agarró del pelo por la espalda con una violencia brutal, tirando de mí hacia atrás. El tirón fue tan salvaje que vi destellos blancos y solté un chillido de dolor que rasgó la noche.

—No tan rápido, preciosa —su aliento rancio a tabaco y alcohol me golpeó la cara mientras me estampaba de espaldas contra la pared de aluminio de la caravana, que vibró por el impacto.

Tenía el corazón desbocado, golpeándome las costillas como si quisiera salirseme del pecho. Nevan seguía en el suelo, inconsciente, con sangre avanzando por la madera, y yo estaba atrapada por ese maldito monstruo. Intenté zafarme, le clavé las uñas en los brazos, le arañé las muñecas, pero era como intentar mover una roca. Me acorraló contra la pared, usando su peso para aplastarme.

—Qué suerte ha tenido el gilipollas de mi hijo... —murmuró con un tono viscoso, acercando su cara demasiado a la mía—. Pero al chaval se le acabó el chollo. Ahora vas a jugar conmigo.

Me revolví con todas las fuerzas que me quedaban, dando rodillazos, intentando alcanzarle en la cara, desesperada.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, hijo de puta! —grité llorando de impotencia.

Su mano libre subió por mi cuello, apretando mi garganta lo justo para cortarme el aire y recordarme quién mandaba allí.

—Qué boca tan sucia tienes... —susurró pegando sus labios secos a mi oreja—. Vamos a ver qué más sabes hacer con ella.

El asco me desbordó. Sin pensarlo, reuní saliva y le escupí en la cara.

El hombre se congeló un segundo. Limpió la saliva de su mejilla despacio y la expresión de sus ojos se volvió asesina. Lo siguiente que sentí fue un impacto brutal en la mejilla. La bofetada me giró la cabeza por completo y me estampó la sien contra la pared. El sabor metálico y caliente de mi propio labio roto me inundó la boca al instante. Caí al suelo de rodillas, mareada, con el oído zumbando y las lágrimas resbalando sin control.

—¡Nevan! —grité con el último hilo de voz que me quedaba, mirando su cuerpo inerte—. ¡Nevan, por favor, abre los ojos!

El hombre se agachó, agarrándome de la cintura con una fuerza increíble, pegando su cuerpo al mío mientras intentaba arrastrarme por el suelo en dirección a Nevan. Yo pataleaba, arañaba el suelo, gritando con todas mis fuerzas en un intento desesperado por no rendirme al vacío que me amenazaba la mente.

—Tranquila, si al final te va a gustar... —jadeó en mi oído.

Yo gritaba, me resistía, pero era como pelear contra el destino. Estaba sola.

—¡Suéltala ahora mismo!

La voz retumbó en todo el espacio de la caravana, pesada, cargada de una autoridad y una furia destructiva que lo congeló todo.

El padre de Nevan se detuvo en seco, con la sorpresa dibujada en su rostro, y soltó el agarre. Giré la cabeza hacia la entrada, con la respiración entrecortada y la vista borrosa.

Ahí estaba Gus, parado bajo el marco de la puerta, con los ojos inyectados en sangre y una pistola apuntando directo a la cabeza del hombre. Su mirada bajó un segundo hacia mí, hacia mi labio roto y luego al cuerpo inmóvil de Nevan en el suelo, la furia de sus ojos se transformó, por un instante, en horror.

El cañón del arma de Gus no tembló ni un milímetro. La sola presencia de ese hombre, imponente y ciego de rabia en el umbral, cambió la presión del aire dentro de la caravana. El monstruo que me aplastaba contra el suelo dio un paso atrás despacio, abriendo las manos y soltándome por completo. Toda la chulería asquerosa de antes se le evaporó del rostro en un parpadeo, sustituida por una cobardía rancia al verse encañonado.

Caí de rodillas sobre el suelo cubierto de cristales y papeles rotos, pero el dolor de mi labio o el impacto de la bofetada desaparecieron de mi mente al instante. Mi cerebro eliminó todo el ruido, a Gus y al hombre que empezaba a suplicar. Ya no existía nada más.

Aproveché para gatear hasta Nevan.

—Nevan —susurré temblando tanto que apenas podía articular palabra—. Por favor…

Seguía sin moverse. Frío. Hundido. Roto.

Levanté la cabeza, con lágrimas corriéndome por las mejillas, para mirar a Gus. Vi cómo apretaba los dientes, con el arma firme, apuntando al hombre que casi acaba conmigo, al hombre que estaba destrozando la vida de su protegido.

—No te muevas —ordenó sin un solo temblor en la voz—. Ni un puto centímetro o te juro por Dios que te vuelo la cabeza ahora mismo.

Nevan estaba gélido bajo mis manos. Tenía la cabeza ladeada en un ángulo que me dolía ver, el labio abierto, la ceja reventada, un hilo de sangre espesa bajándole por la sien, perdiéndose en el pelo. El pecho subía y bajaba apenas, como si cada respiración le costara una batalla contra la muerte.

—Nevan —susurré con la voz rota, arrastrando su cuerpo con cuidado, colocándolo sobre mis piernas—. Eh… mírame. Vamos, mírame, por favor.

Le aparté con los dedos manchados de sangre un mechón del pelo que se le había pegado a la frente. Su piel estaba cenicienta. Y su cuerpo pesaba como si ya no quedara nada dentro de él, como si su alma hubiera decidido abandonar el refugio de sus huesos.

—No… no hagas esto. No ahora, por favor. —Mis lágrimas le caían en el cuello, entre los moretones, los cortes, la sangre que ya empezaba a coagularse—. Joder, Nevan, despierta, háblame, dime cualquier cosa. Dime que soy pesada, que grito mucho, que llevo demasiados lazos… dime lo que quieras, pero dime algo.

Nada. Ni un suspiro.

—¡Gus! —grité con la garganta hecha polvo, mirando hacia él—. ¡No se mueve! ¡No se mueve, hay demasiada sangre! ¡No respira bien!

El pánico se apoderó de mí, frío y asfixiante. Miré a Nevan, su rostro destrozado, y me arrepentí de no haberle dicho nada. De haberme guardado ese «te amo». ¿Y si ese era el final? ¿Y si el último recuerdo que tenía de mí era mi silencio?

—¡Nevan! —desgarré el aire abrazándolo contra mí, sintiendo su frío contra mi calor, mientras el mundo se desmoronaba en el silencio más absoluto de la caravana.

Gus seguía allí, una estatua de furia contenida, apuntando al hombre que seguía en el suelo, sollozando y farfullando amenazas vacías entre estertores de cobardía. Pero mi mundo se redujo a Nevan, a ese cuerpo roto que yo intentaba retener en este plano de existencia.

—¡Una ambulancia no llegará a tiempo! —solté con la voz rasgada, el corazón golpeándome contra las costillas como un pájaro enjaulado—. ¡El camino del parque está destrozado, los baches… tardarán una eternidad en llegar hasta aquí!

Miré a Nevan de nuevo. Su piel era de un blanco cerúleo, y cada segundo que pasaba sin que reaccionara era una sentencia que me negaba a firmar.

—Se está yendo —susurré acunando su rostro lleno de sangre entre mis manos, evitando presionar las heridas—. No me dejes… Por favor, Nevan, mírame. Tienes que quedarte. Tengo algo que decirte… algo que no puede quedarse aquí, en este puto suelo frío. Tienes que despertar para oírlo.

—¡Aria!

La voz de Martha, quebrada y urgente, cortó el aire estancado de la caravana. Entró como una ráfaga, descalza y con el pijama manchado, frenando en seco al ver la masacre. Sus manos volaron a su boca en un intento de sofocar un grito que ya había soltado.

—Tenemos que llevarlo al hospital —espeté levantándome con las piernas temblando—. ¡Ahora, Martha! ¡Va a morir si esperamos!

Ella no necesitó más. La veterana que había en ella tomó el control.

—¡Vamos! ¡Vamos, nena, coge las piernas! Yo cojo los hombros. ¡A la cuenta de tres, despacio pero firme!

Pasé mis brazos por debajo de sus rodillas, sintiendo la pesadez antinatural de un cuerpo que ya no tenía fuerza propia. Valiéndome de la adrenalina para sacar la fuerza del pánico, la suficiente para no dejarlo caer. Su cabeza colgaba hacia atrás, inerte. Nunca había sentido un terror tan visceral, tan paralizante. Gus nos abrió paso, sin dejar de apuntar a la alimaña que tenía arrinconada.

—¡Coche abierto! ¡Llevadlo! —bramó con la voz cargada de un odio que solo un padre siente cuando le tocan a lo que más quiere—. ¡Yo me encargo de este cabrón!

Bajamos las escaleras de la caravana como pudimos, tropezando, jadeando, con los zapatos resbalando en la gravilla. El cuerpo de Nevan se balanceaba entre nosotras, un peso muerto que sentía que se me escapaba de los dedos con cada segundo. Mi única prioridad era mantener su cabeza estable, evitar que el dolor lo desgarrara más.

—No me hagas esto, aguanta. Por favor, aguanta, Nevan, estoy contigo —susurraba con lágrimas que me quemaban la cara—. No te atrevas a irte ahora.

Martha arrancó el coche y la salida del parque fue una carrera de obstáculos. Cada bache era una tortura. El motor rugía pero para mí era un ruido lejano, ahogado por el sonido del siseo de la respiración de Nevan, cada vez más superficial.

Estaba tumbado sobre mi regazo en el asiento trasero. Mis brazos lo rodeaban con una fuerza desesperada, presionando una toalla contra su costado; la tela ya estaba empapada, un rojo oscuro que se extendía sin piedad. Su cabeza apoyada en mi pecho subía y bajaba con un ritmo errático.

—Vamos, cariño, sigue conmigo, ¿vale? Martha está conduciendo como una loca. Estamos cerca. Muy cerca. Solo tienes que aguantar un poco más.

Mi voz era un hilo, un lamento que luchaba contra el rugido del coche. Le acariciaba el pelo, esquivando los cortes y los coágulos de sangre, necesitando sentir su calor, aunque fuera a través de la fiebre que empezaba a subirle.

—Tengo que decirte algo —murmuré pegando mis labios a su sien, sintiendo el frío de su piel—. Iba a decírtelo hoy, al volver. A mirarte a los ojos, sin muros, sin el maldito miedo a rompernos… Iba a decirte que te amo. Que estoy enamorada de ti.

Mis lágrimas se deslizaron por sus pómulos, limpiando un poco el rastro de la paliza. Era patético. Decírselo ahora, cuando quizás ya no podía oírme.

—Y ahora estás aquí, rompiéndote en mis brazos, y no puedo hacer nada. Me estoy muriendo de miedo, Nevan. Estoy aterrorizada.

Apoyé mi frente en la suya. El coche botaba, golpeando mis huesos, pero solo sentía la fragilidad de su vida bajo mis dedos.

—Tienes que quedarte. ¿Me oyes? No puedes hacerme esto. No te puedes ir así, dejándome con estas palabras atragantadas. Eres mi hogar, joder. Mi único hogar.

De repente, un suspiro. Un movimiento mínimo en sus labios. Respiró. Apenas un hilo de aire, pero lo hizo.

—Eso es —susurré, con el corazón dándome un vuelco de esperanza dolorosa—. Así me gusta. Aguanta. Eres fuerte, eres la persona más fuerte que conozco. No me dejes sola en esto, Nevan. No te mueras… por favor, no te mueras.

El coche siguió avanzando hacia la carretera, de camino a un hospital que parecía estar a años luz, mientras me aferraba a su cuerpo roto, rezándole a un Dios en el que nunca creí para que, por favor, no me dejara sola con este «te quiero» quemándome la garganta.

Capítulo 61

Nevan

Todo era negrura. Un vacío espeso, viscoso, que me envolvía como plomo. Silencioso. Frío. No sabía si esto era el final, o tan solo un limbo en el que me había quedado atrapado después de tanto tiempo peleando contra las sombras.

El dolor físico se convirtió en un eco lejano, casi imperceptible. Lo que de verdad me estaba aplastando no eran los golpes de mi padre; era el cansancio. Uno que me venía de los huesos, de los años, de haber vivido siempre con la guardia alta. Me dolía recordar. Dolía existir. Y, por primera vez en toda mi vida, la idea de no despertar sonaba tentadora. Dejar que la oscuridad me engullera. Apagar el ruido. Descansar de ser yo.

Y entonces… una voz.

—Nevan…

Aria. Su voz no llegó como un susurro, sino como un estallido de luz que desgarró la negrura. Suave. Temblorosa. Cargada de un miedo que me partía el alma. Pero, sobre todo, real.

—Tienes que quedarte…

Me aferré a ese sonido como un náufrago se agarra al último trozo de madera en mitad de una tormenta: con uñas, con cada gramo de energía que me quedaba en los músculos destrozados. No podía moverme, ni siquiera intentar abrir los ojos, pero estaba ahí. Porque ella estaba ahí.

Su voz era el único sonido entre el caos de mis pensamientos. Una melodía que me rozaba el pecho, que acariciaba las grietas que nunca dejé que nadie tocara.

Decía mi nombre y sentía que no podía soltarme. Que no debía. Quería dejarme ir. Lo juro. Quería rendirme, apagarme, dejar de sentir el peso de este mundo de mierda. Pero cada vez que escuchaba su voz rota, su llanto desesperado, algo dentro de mí se resistía a rendirse. Ella estaba allí, viendo los pedazos que intentaba ocultar, viendo la basura que soy y, aun así, me pedía que me quedara.

Porque ella era hogar. No un lugar, no cuatro paredes, sino Aria. Porque me vió completo cuando solo me miraba como un error, como un fallo de fábrica.

Me estaba esperando. Y no podía fallarle. No esta vez.

Tenía que volver, arrastrarme fuera de este pozo, que volver a casa. Necesitaba volver con ella.

Capítulo 62

Aria

—¡Tenemos pulso débil, pero lo tenemos! ¡A quirófano, ya! ¡Preparen el protocolo de trauma!

La puerta de urgencias se abrió de golpe. La luz blanca me golpeó fracturando la realidad. De pronto, todo fue una coreografía frenética de batas, gritos y camillas metálicas que rechinaban contra el suelo. En cuestión de segundos, me arrancaron a Nevan de los brazos, separándolo de mi cuerpo como si nos estuvieran diseccionando a ambos.

—¡Cuidado con el costado! ¡Está perdiendo mucha sangre, preparad vía central! —Se escuchó a un médico, y cada palabra, fue un disparo.

Corrí tras ellos, ciega, agarrada al borde de la camilla con tanta fuerza que mis nudillos estaban blancos. Mi vida se terminaba ahí, en ese trozo de metal y sábanas.

—¡Voy con él! —grité con la voz desgarrada—. ¡Por favor, no me apartéis!

—Señorita, tiene que esperar fuera. —dijo una enfermera, bloqueando mi paso con una mano firme.

—¡No! ¡Se está muriendo! —Lloraba, no, gritaba, un alarido que subía desde mis entrañas.

Me lancé casi encima de él, rozando su piel. Estaba tan pálido que parecía hecho de cera, con los labios amoratados y una mirada vidriosa, perdida en un parpadeo que apenas tenía fuerza.

—¡Nevan! —le acaricié la mejilla, sintiendo el calor residual de su sangre—. Mírame, joder… quédate conmigo.

Los médicos me empujaron hacia atrás y las puertas dobles de quirófano se interpusieron entre nosotros. El sonido del cierre fue definitivo, una guillotina de metal.

Martha me rodeaba con sus brazos, sujetándome con una firmeza que era lo único que me impedía colapsar contra el suelo. Me dejé sostener, aferrándome a ella en un intento desesperado por no desmoronarme del todo, hasta que su teléfono vibró y rompió el silencio. Era Gus. Escuché su voz al otro lado de la línea, urgente, avisando de que la policía acababa de llegar y necesitaban que Martha bajara a declarar de inmediato como testigo. Me miró con una mezcla de impotencia y culpa, apretándo mis manos un último segundo antes de soltarme y alejarse a prisa por el corredor.

Y entonces me quedé sola. De pie, en medio de ese pasillo inmenso, helada. Devastada. Acababa de decirle a Nevan la verdad, de entregarle la última parte de mi alma y no sabía si alguna vez iba a poder repetirlo o si solo se lo había dicho a un cuerpo vacío.

El tiempo se volvió abstracto. No sé si pasaron minutos u horas. Solo recuerdo el frío, uno que se me metía por los poros y se instalaba en mis huesos. El silencio después del caos era una losa pesada, insoportable.

Poco después, Elara y Eiden aparecieron al fondo del pasillo. Ella me vio primero. No dijo nada, solo corrió hacía mí. Sus brazos me rodearon con una fuerza que me mantuvo en pie. Ahí me rompí por completo. Lloré contra su cuello, perdiendo el control, dejando que todo el horror saliera. Me susurraba cosas, intentando anclarme, pero yo no escuchaba nada.

—No puedo perderlo, Elara… no puedo —gemí—. Lo amo.

Eiden se quedó a unos pasos, como un animal herido. Tenía los ojos inyectados en sangre y se pasaba las manos por el pelo, superado por la rabia y el miedo. No dijo nada, no hacía falta, su mirada era la

de quien quiere destrozar algo para aliviar el dolor que le oprime el pecho.

Más tarde aparecieron Jack e Ivelle. Todo era un borrón, una sucesión de sombras y voces apagadas. Gente moviéndose como fantasmas. Recordé ver a Gus y a Martha en algún momento, pero yo solo tenía ojos para esa maldita puerta. ¿Me hablaron? No lo sé. Recuerdo las manos de Elara temblando sobre las mías, la tensión de Eiden discutiendo con una enfermera porque no nos daban información, Ivelle sentada a mi lado en silencio, ofreciéndome una presencia que apenas podía registrar.

Las horas se estiraban como un chicle. Estaba atrapada en una pecera. Elara intentó darme agua, luego un café, una galleta… pero si tragaba algo, sentía que mi cuerpo lo rechazaría al instante. Tenía un nudo en el estómago que me estrangulaba. Un dolor sordo, punzante.

—Quiero verlo —dije por fin, con la voz rota, como si el aire me faltara—. Por favor… necesito saber que sigue aquí.

Nadie me contestó. Estábamos todos condenados a la espera. Mis piernas estaban entumecidas, los dedos blancos de tanto apretar. La cabeza apoyada contra la pared fría, los ojos tan secos de llorar que me escocían.

Entonces, al final del pasillo, apareció un médico con bata blanca, gorro quirúrgico y la mascarilla colgando del cuello. Caminaba lento, medido, todos nos pusimos de pie al unísono, como si un resorte nos hubiera disparado hacía él.

Di dos pasos en su dirección, con el corazón en la garganta.

—¿Nevan? —pregunté, apenas un susurro rasgado—. ¿Cómo está?

El médico se detuvo. Tenía ojeras profundas, una marca de fatiga que me dio un vuelco al corazón. Miró a nuestro grupo, eligiendo las palabras con la precisión de un verdugo.

—La cirugía ha sido larga y complicada… —empezó.

Sentí que el suelo se abría, un abismo negro bajo mis pies.

—No… —susurré, dejando que las lágrimas volvieran a brotar—. Por favor, no.

—Pero ha salido del quirófano con vida —continuó firme, clavando sus ojos en los míos para que no perdiera el hilo—. Ahora está en la UCI, su cuerpo ha entrado en coma.

Las piernas me fallaron, pero Elara me sostuvo al instante.

—Su cuerpo ha sufrido un trauma severo —explicó—. Varias costillas rotas, hemorragia interna contenida y una contusión cerebral importante. Pero está vivo, ha resistido. Ahora el proceso será lento. Depende de él.

Mi mano voló hasta cubrir mi boca, intentando sofocar un sollozo que me desgarraba por dentro. Tenía una mezcla de miedo, de un alivio tan intenso que dolía y de una devastación absoluta.

—¿Puedo verlo? —pregunté con la voz rota, sin importarme si sonaba patética o desesperada. Solo necesitaba verlo.

El médico me escaneó un segundo más con ese gesto profesional, aséptico, que ocultaba cualquier pizca de empatía detrás de una norma inamovible.

—¿Eres familiar directo?

Sentí que el corazón se me paraba en seco. Fue como si me dieran un golpe en el estómago.

—No —negué con la cabeza, sintiendo cómo esa respuesta, tan simple y tan cruel, me apuñalaba el pecho—. No soy nadie legalmente. Pero por favor, déjeme pasar. Es todo lo que le pido.

—Lo siento, son las normas. Solo permitimos la entrada a familiares —concluyó, sin rastro de dureza, pero con la firmeza de quien ha repetido esa frase mil veces y no tiene intención de ceder.

—Solo un minuto —supliqué con la voz ahogada por las lágrimas—. Solo necesito verlo. No tiene a nadie más. Su madre no está aquí,

Nevan está solo, ¡por favor!

Estaba a punto de volver a rogarle, de arrodillarme si hacía falta, cuando una voz suave pero cargada de una pesadez inmensa, cortó el aire del pasillo.

—Estoy aquí. Yo soy su madre.

Todos nos giramos como si nos dispararan . Allí estaba Maeve. De pie, al final del pasillo, con el rostro desencajado por el miedo y una culpa que le pesaba en cada facción. Llevaba una chaqueta arrugada, como si se la hubiera puesto a toda prisa, el pelo recogido de cualquier manera y los ojos, rojos, inyectados en sangre, clavados en mí.

Caminó hacia nosotros, con una fragilidad que no esperaba ver. No me miró con desprecio, ni con celos, lo hizo como quien reconoce una derrota.

—Por favor, doctor —su voz era un susurro quebrado—. Déjela pasar. Mi hijo la necesita más que a nadie. Más que a mí.

Se hizo un silencio tenso, absoluto. El aire se volvió irrespirable.

—Aria es su hogar —añadió mirándome, y vi en sus ojos una verdad que me hizo temblar—. Ella es la única que puede traerlo de vuelta. Yo… —hizo una pausa y su voz se quebró del todo—, nunca fui suficiente para salvarlo.

El médico miró a la mujer, luego a mí. Pareció dudar, pesando la norma contra la desesperación. Al fin, soltó un suspiro y asintió.

—Ve. Pero solo tú. Pasillo recto a la izquierda…

No esperé. No di las gracias, no miré atrás. Corrí por el pasillo esquivando camillas que me parecían jaulas, enfermeros que eran sombras, paredes que se cerraban sobre mí. Mis pulmones ardían, pero no me importaba.

Cuando llegué frente a esa puerta, con el cristal opaco que ocultaba mi mundo, me detuve. Mi pecho subía y bajaba con rapidez. Respiré

hondo, intentando controlar el temblor de mis manos.

Empujé la puerta. Entré.

La puerta se cerró tras de mí con un clic seco, casi imperceptible, y el mundo exterior se evaporó. Aquí dentro, la realidad era otra. Más artificial.

La habitación estaba sumida en una penumbra azulada, solo interrumpida por el foco quirúrgico sobre la cama, que bañaba a Nevan en una luz clínica. El aire era pesado, cargado con el olor metálico del desinfectante y el zumbido eléctrico de los equipos. Y luego, el sonido. Ese maldito sonido.

Pip… pip… pip…

Un pitido monótono, lento, constante. Un metrónomo cruel que marcaba los segundos de una vida que pendía de un hilo.

Mis pies avanzaron por instinto, arrastrándome hacia el centro de aquella pecera de cristal. Y ahí estaba Nevan, inmóvil, con la piel tan pálida que parecía de mármol, contrastando con las manchas amoratadas que le florecían por el rostro. Tenía el torso vendado, cables serpenteando sobre su pecho desnudo, una vía en el brazo y un tubo en la nariz. Estaba destrozado, hecho pedazos.

El pecho se me cerró. Las lágrimas empezaron a caer, calientes, sin permiso. Me acerqué con una cautela reverencial, como si temiera que mi propia respiración fuera a desmoronarlo aún más. El pitido seguía ahí, marcando el ritmo.

Pip… pip… pip…

Me hundí en la pequeña silla metálica junto a la cama. Tiritaba, un frío que me nacía en el estómago. Le busqué la mano, estaba helada, tan distinta a la calidez de su piel cuando me rodeaba el muslo en medio de una risa o cuando me acariciaba la espalda en la oscuridad de nuestra habitación. Apreté sus dedos entre los míos, bajando la cabeza para ocultar mi rostro. Lloré en silencio, dejando

que las lágrimas empaparan mis mejillas, el cuello, sus dedos inmóviles.

—Hola, Nevan —susurré con la voz rota, intentando invocar la normalidad en medio de este infierno—. Estoy aquí. He venido por ti. Y no pienso moverme de este lado de la cama.

No hubo respuesta. Solo el pitido.

Pip… pip… pip…

—Me he pasado horas ahí fuera —continué acariciando con la yema de los dedos el dorso de su mano, memorizando cada pequeña cicatriz que ya estaba ahí antes de esta tragedia—, sin saber si saldrías de quirófano, si volvería a ver tus ojos. Y ahora aquí estás. Pero tan lejos. Tan quieto.

Solté una risa quebrada.

—Tú, que no sabes estarte quieto ni dos minutos. Que siempre estás buscándome, molestándome, burlándote de todo… Y ahora te da por guardar silencio. Qué cabrón estás hecho, Nevan.

Me incliné sobre él, apoyando la frente en el borde del colchón, sin soltar su mano. Si lo hiciera, sentiría que se desvanecería.

—No tienes idea del miedo que he pasado. Lo que sentí al abrir esa puerta y verte ahí, roto.

Lo observé con detenimiento. Sus pestañas no se movían. Su respiración asistida, subía y bajaba con una lentitud desesperante. Su rostro era un mapa de nuevas heridas sobre las cicatrices de una vida entera de guerra.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunté con la voz ahogada—. Que lo supe desde el principio. Desde que volví a verte en el cumpleaños de Elara, supe que si dejaba que te acercaras, si te permitía entrar en mi vida otra vez, me ibas a romper en mil pedazos. Y aun así lo hice.

Apreté su mano con más fuerza, buscando con desesperación una señal de que estaba aquí, conmigo.

—Porque no podía evitarlo. Porque siempre, desde hace más de doce años, has sido tú. Aunque lo negara, aunque huyera, aunque intentara convencerme de que podía ser otra persona… siempre fuiste tú.

Una lágrima solitaria cayó sobre su muñeca vendada, perdiéndose en el tejido blanco.

—Te quiero. Te lo dije antes en el pasillo, entre los gritos de los médicos, pero no era así como quería que lo escucharas. No de esa manera. —Le acaricié la frente con una ternura infinita, apartando un mechón de pelo rebelde que se le pegaba a la piel cenicienta—. Así que te lo repito. Despierto o no. Te quiero, Nevan Grayson. Y no me voy a ir a ninguna parte. Pienso quedarme aquí, agarrada a tu mano, hasta que decidas volver conmigo.

Pip… pip… pip…

Y su mano, aunque gélida e inmóvil, permaneció entrelazada con la mía como si, en lo más profundo de su inconsciencia, supiera que no estaba solo.

***

Después de lo que parecieron siglos de espera, trasladaron a Nevan a una habitación de planta. Un entorno más silencioso, aunque bajo vigilancia constante. Los enfermeros intentaron convencerme, una y otra vez, de que saliera, de que me fuera a casa, de que necesitaba una ducha, una cama de verdad, dormir aunque fuera un par de horas. Me miraban con esa mezcla de compasión y cansancio profesional, como si supieran que no lograrían nada.

Yo solo los miré, sin moverme ni un milímetro de la silla junto a su cama.

—Le prometí que no iba a soltarle la mano —dije con una voz que, por primera vez en horas, no tembló—. Y no pienso romper esa promesa.

Al final, se rindieron. Colocaron una silla más cómoda, me trajeron una manta y hasta un té que se enfrió antes de que pudiera darle un sorbo.

Poco después, mi teléfono vibró sobre la mesa. Era Gus. Me dijo que la policía estaba presionando y que necesitaban que fuera a declarar, pero me negué en rotundo a abandonar la habitación. No había ni una sola cosa en este mundo que fuera a separarme de su lado.

Al ver que no pensaba ceder, la policía no tuvo más remedio que adaptarse. A los pocos minutos, dos agentes aparecieron por el hospital y entraron en la habitación. Intentaron pedirme que saliéramos al pasillo para hablar con un poco de privacidad, pero volví a negarme; me aferré a la mano de Nevan con más fuerza y les dejé claro que, si querían mi testimonio, tendría que ser allí.

Así que me tomaron declaración mientras sostenía la mano de mi chico, al lado de la cama.

Les conté todo. Sin rodeos, sin ahorrarme un solo detalle de lo que había visto y de la pesadilla que había vivido. Les relaté lo que ese cabrón me hizo y cómo intentó violarme, sintiendo cómo se me anudaba la garganta pero sin apartar los ojos de los agentes ni soltar a Nevan ni un solo segundo. Cuando terminé de vomitar toda la verdad y anotaron todo en sus carpetas, se despidieron con un gesto sobrio y se fueron, dejándonos de nuevo en silencio.

Volví a acomodarme en la silla, envolviéndome en la manta. Me dio igual la policía, me dio igual el té frío. Solo me importaba Nevan. Seguía inconsciente, sumido en ese abismo que le impedía regresar, pero su piel ya no estaba tan gélida y su respiración, aunque acompasada por la máquina, se sentía un poco más firme. Eso era todo lo que necesitaba para seguir aguantando.

La puerta se abrió con un leve chirrido y entraron uno a uno. Elara, Eiden, Ivelle, Jack. Al principio se quedaron en silencio, moviéndose con esa cautela reverencial que se reserva para los lugares sagrados o para las habitaciones donde la vida cuelga de un hilo.

Elara fue la primera en acercarse al lado de la cama, justo enfrente de mí. Me miró y en sus ojos vi el reflejo de mi propio miedo, aunque lo cubrió con una sonrisa triste. Con una delicadeza infinita, le acarició el cabello a Nevan.

—Ya es hora de que dejes de hacer las cosas de forma tan dramática, Nevan —susurró, con un deje de humor forzado—. Siempre te ha gustado ser el centro de atención, ¿eh?

Ivelle se sentó a los pies de la cama, suspirando con un cansancio que iba más allá de lo físico.

—La próxima vez que quieras reunirnos a todos, podrías mandarnos un mensaje —dijo, intentando quitar hierro al asunto—. Esto ha sido un poco excesivo, ¿no crees?

Eiden, que permanecía de pie con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, bajó la vista hacia el cuerpo inerte de su amigo. Su gesto era más serio, más oscuro que de costumbre.

—Tienes que despertar, tío —murmuró, y luego desvió la mirada hacia mí, con una chispa de respeto—. Por ella. Mírala, no se ha movido en horas.

—Ni un centímetro —añadió Elara, mirándome con una complicidad que me hizo sentir un poco menos sola.

Jack se acercó por el otro lado de la cama. Tenía esa expresión que rara vez dejaba ver, esa máscara de dureza que se le caía cuando la vida golpeaba a los suyos. Apoyó una mano sobre la sábana, cerca del brazo de Nevan, con un gesto casi posesivo de protección.

—Despierta, capullo —murmuró Jack, con un deje triste en su voz—. Tenemos cosas pendientes que hacer en esta vida.

Yo no solté su mano. No podía hacerlo. La apreté, sintiendo el contacto de su piel contra la mía y le hablé, ignorando al resto del mundo.

—Están todos aquí —susurré solo para él—. Los que te quieren. Los que te esperan. Y yo... yo te estoy esperando más que nadie. Vuelve

conmigo, Nevan Grayson. Por favor.

Poco a poco, fueron marchándose. Elara me dio un abrazo que me sostuvo cuando sentí que me derrumbaba; Eiden me puso una mano en el hombro con un asentimiento mudo; Ivelle me besó la frente y Jack me lanzó un susurro: «*sigue peleando por él*», antes de desaparecer por la puerta.

Se fueron, pero yo no me moví. Me quedé allí, sentada al borde del abismo, con la cabeza apoyada en sus dedos, las piernas recogidas y la espalda tensa. No me importaba el cansancio, ni el hambre, ni la garganta seca. Si me separaba de él, si me iba, sentiría que en el momento de volver, él ya no estaría. Y eso, bajo ninguna circunstancia, iba a permitirlo.

Mis ojos pesaban, una lucha perdida contra el agotamiento, cuando la puerta se abrió con una suavidad casi irreal. Levanté la vista, apenas podía enfocar. La madre de Nevan entró con pasos cautelosos, casi temblorosos, como si el suelo bajo sus pies pudiera romperse en cualquier momento. John permaneció en el marco de la puerta, un guardián silencioso, y le puso una mano firme pero delicada en la espalda antes de quedarse fuera, dándole su espacio.

—Tómate tu tiempo. Te espero aquí —susurró él.

Ella asintió, sin apartar la mirada de la cama y se acercó. Me quedé inmóvil, observándola. Se detuvo ante él y, por un segundo, vi el reflejo de Nevan en sus facciones. Sus ojos eran idénticos. Ese azul intenso, aunque ahora estaba empañado por lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Mi niño… —la voz se le quebró, un hilo de sonido que apenas alcanzó para llenar el silencio de la estancia—. Mi pobre niño…

Le pasó los dedos por la frente con un cuidado reverencial, una caricia que destilaba un arrepentimiento infinito. Era una mezcla de ternura, de culpa y de un amor que llegó tarde, o quizás, que nunca supo cómo expresar.

No me moví. No quería romper aquel instante ni arrebatarle un solo gramo de su duelo. Pero ella, al notar mi presencia, se giró hacia mí. Sus ojos suplicaban una tregua.

—¿Puedo sentarme un momento? —preguntó con la voz baja.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta. Asentí y le hice un hueco en la silla junto a la mía, un espacio compartido en medio de aquella vigilia interminable.

Se sentó con las manos entrelazadas sobre el regazo, rígidas, mirando a Nevan como si intentara descifrar cómo había llegado a terminar así: herido, entubado, silenciado por un daño que, de alguna manera, sentía que ella había permitido.

—Siempre pensé que tendría tiempo para arreglar las cosas —dijo de pronto, sin dirigirse a nadie en particular, como si estuviera confesándose ante el aire—. Que un día él volvería, que querría hablar, que podríamos poner parches a todo. Pero no me di cuenta de que algunas heridas no se arreglan con el tiempo. Se infectan. Crecen. Se vuelven veneno.

La escuché en silencio. No como una juez, sino como alguien que conocía demasiado bien el sabor de la culpa.

—Sé que está roto —continuó y una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla pálida—. Y sé que, en gran parte, lo rompí yo. No supe protegerlo. No supe ser la madre que él necesitaba cuando todo se derrumbaba. Y ahora no sé si existe perdón para eso.

—No fue tu culpa —respondí con una firmeza que me sorprendió incluso a mí.

Ella me miró, sorprendida, como si mis palabras fueran un refugio inesperado.

—Lo es. Al menos, en parte.

—Está dolido, lleno de cicatrices, sí, más por dentro que por fuera —dije mirándola a los ojos—. Pero no te odia.

Ella me sostuvo la mirada, buscando una mentira, pero no la encontró.

—Te lo juro —continué—. Puede que no lo diga, que ni siquiera él mismo se permita creerlo, pero te quiere.

El silencio volvió a instalarse entre nosotras, pero ya no era gélido, era denso.

—Solo necesita sanar primero —añadí acariciando con suavidad la mano de Nevan, sintiendo la tibieza que, poco a poco, regresaba a su piel—. Tiene que reconstruirse desde cero. Y para eso necesita tiempo, amor y saber que vas a estar aquí, esperando, sin pedirle nada a cambio. Solo estando.

Ella asintió, dejando que el llanto fluyera sin intentar ocultarlo. Sus hombros, antes tensos, parecían hundirse un poco, como si una carga invisible se hubiera aligerado. Parecía más serena, como si por primera vez, alguien le devolviera una parte de su propia esperanza.

—Gracias —susurró, y en su tono había una gratitud que me llegó al alma.

—Gracias a ti —respondí—. Por estar aquí. Por permitir que yo también esté.

Nos quedamos en silencio, dos mujeres unidas por el mismo hombre. Una atada a lo que fue, a los recuerdos de un hijo; la otra, aferrada a lo que teme perder. Pero en aquel instante, en la penumbra de la habitación, el dolor se sintió un poco menos solitario.

Capítulo 63

Nevan

No existía el tiempo aquí. No había arriba ni abajo, ni coordenadas. Solo un vacío inmenso, denso como si estuviera sumergido en mercurio, y era esa tranquilidad la que me resultaba tan ajena.

Mi cuerpo había dejado de ser mío. No pesaba, no flotaba, solo había dejado de existir. Ya no era Nevan. Ya no había carne, ni huesos, ni rabia quemándome el pecho. Solo era un pulso de conciencia suspendido en la nada. Un pensamiento flotando a la deriva.

Durante siglos —o quizás fueron solo segundos, es imposible saberlo — me dejé llevar. Me pareció bien. Por fin, el ruido se había apagado. Por fin, el dolor no ardía, la rabia no me consumía, la culpa no me devoraba por dentro. No tenía que fingir que era fuerte, ni que estaba cuerdo, ni que era capaz de seguir un día más en ese mundo que siempre me exigía demasiado. Solo era silencio. Paz.

Y entonces…

—Hola, Nevan…

La voz se oía lejana, como si viajara a través de años luz para encontrarme. Dulce. Rota. Pero la reconocí al instante. Era ella. Mi Aria. Esa voz era el único refugio que había conocido en toda mi maldita existencia. Una cuerda que alguien lanzó desde el borde del abismo en el que me estaba ahogando.

Me hablaba. Me contaba cosas pequeñas, cotidianas, como si estuviera sentada a mi lado, y con cada una de sus palabras, el vacío

se volvía insoportable. La paz se quebraba como cristal bajo mis pies. Empecé a sentir: una presión dolorosa en el pecho, un ardor que me recorría el cráneo, un peso muerto en mi mano derecha. Como si el universo entero me gritara: «Estás aquí. No te has ido todavía. Tienes la oportunidad de volver».

Pero qué difícil era. Dios, fue una agonía. Porque una parte de mí, la que estaba agotada de tanto pelear, quería quedarse aquí, en la sombra. Porque allá fuera, la vida dolía. El mundo tenía dientes, estaba lleno de esquinas afiladas, y yo… yo estaba demasiado cansado de devolver el mordisco.

Hasta que la escuché otra vez.

—Te quiero, Nevan. Vuelve conmigo.

Y ahí, en esa oscuridad absoluta, lo entendí todo. No tenía que volver por el mundo ni que volver por la gente. Solo tenía que volver por ella.

A sus ojos verdes, a ese lugar donde por fin dejaba de ser un desastre. A su risa ronca, a sus manos pequeñas que me mantenían atado a la tierra, a la forma en la que me miraba como si no tuviera cicatrices, como si no estuviera roto.

Ella era mi hogar. No había otro.

Así que empecé a moverme. A caminar, a arrastrarme, a nadar contra esta corriente de negrura. No sabía cómo lo hacía, ni qué era lo que me impulsaba , pero avanzaba. Aunque el camino quemara, a pesar de que me costara cada gramo de voluntad que me quedaba en el alma.

La luz al final de este pozo tenía su voz. Y no pensaba dejar que se apagara.

Capítulo 64

Aria

Llevábamos una semana en esta burbuja. Siete días sentada junto a la cama, hablando hasta que la garganta me ardía, contándole desde las estupideces más grandes hasta los recuerdos que guardaba bajo llave. Bromas privadas, promesas susurradas al aire, momentos del campamento… Todo. Le hablaba como si estuviera despierto, como si pudiera oírme, porque era la única forma que tenía de aferrarme a la esperanza.

Gus y Martha vinieron a la mañana siguiente de que lo ingresaran. La puerta se abrió despacio y allí estaban, con el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre.

Gus, con la voz rota, me explicó el motivo de su silencio cuando por fin nos quedamos a solas.

—En cuanto os llevasteis a Nevan llamé a la policía —explicó con una rabia contenida que le temblaba en la voz—. Nos retuvieron allí toda la noche. Tuvimos que declarar, darles toda la información que teníamos. Pero ha merecido la pena: lo han detenido. Su padre no va a volver a hacerle daño a nadie.

Al ver a Nevan en la cama, rodeado de máquinas, ambos se rompieron. Fue un llanto silencioso, cargado de años de miedo y culpa. Martha se acercó y le acarició la cara con una delicadeza infinita, mientras Gus se quedaba de pie apoyado en la pared, conteniendo un sollozo que le desgarraba el pecho.

Se quedaron conmigo casi todo el día. Me obligaron a comer algo, me dieron espacio, pero sobre todo, estuvieron presentes. Fue como

si, al estar allí, el peso de toda esa situación fuera un poco más llevadero. Cuando se marcharon al atardecer para ir a descansar, me quedé sola con él de nuevo.

Para los médicos, Nevan era solo un caso clínico, un paciente estable en coma inducido. Para mí él era mi vida entera suspendida de un hilo invisible. Estaba devastada, con el cuerpo pesado y el corazón hecho trizas, pero no me movía de allí.

Mi madre no dejó de llamar. Mensajes, llamadas perdidas, notificaciones que me irritaban como picaduras de avispa. Contesté una vez, solo una.

—Estoy en el hospital. Nevan está en coma. No voy a volver —dije cortante.

—Aria, tienes compromisos, el ballet te necesita, los periodistas están preguntando...

—No me importa —interrumpí con el tono frío como el hielo—. Ni el ballet, ni los periodistas, ni tus expectativas. Solo me importa él. Y no pienso moverme de aquí.

Colgué antes de que pudiera decir una palabra más.

Elara era mi ancla, aparecía cada día con ropa limpia, comida y café que yo apenas tocaba. Ella y Eiden se turnaban para vigilar la habitación mientras me escapaba diez minutos para ducharme. Tiempo donde ni siquiera me secaba el pelo, porque mi única urgencia era volver a su lado. A su mano, a su rostro dormido, y a seguir hablándole, contándole lo que pasaba en el mundo exterior, manteniendo viva la conexión.

—Hoy Jack e Ivelle tuvieron otra de sus discusiones filosóficas sobre si el queso fundido debería ser una religión —le conté sonriendo con los ojos empañados—. No sabes lo que daría por ver tu cara burlona, por escuchar alguna de tus salidas de tono... o por oír tu risa. Vamos, cariño… Sé que estás ahí.

Y entonces, sucedió. Un movimiento. Mínimo. Casi imperceptible. Su mano presionó, un roce, la fuerza más pequeña del universo apretando mis dedos.

El corazón se me paró en seco. La respiración se me quedó atrapada en la garganta y las lágrimas empezaron a caer, imparables.

—¿Nevan? —susurré sin atreverme siquiera a parpadear—. ¿Cariño… me oyes?

Volvió a apretar, fue casi imperceptible, pero fue real. Era todo lo que necesitaba.

—¡Joder…! —sollocé, apoyando la frente en su pecho vendado—. Eso es, mi vida… vuelve a mí. Estoy aquí.

Presioné el timbre y vinieron corriendo. Les dije que había movido la mano, que me la había apretado. Los médicos llegaron deprisa, le revisaron con esa calma técnica y vacía que yo tanto odiaba.

—Podría haber sido un espasmo involuntario —dijeron.

Pero yo negué. No me dieron esperanzas, pero tampoco me las quitaron. Fueron pragmáticos, distantes. Pero a mí no me importaba lo que pensaran los monitores. Yo sabía lo que había visto.

Elara se quedó conmigo un rato más; Eiden me trajo otro jersey suyo, sabía que me tranquilizaba dormir con el olor de Nevan cerca. Se turnaban para acompañarme, para obligarme a descansar un poco, pero yo no dormía. Solo hablaba. Y esperaba. Porque si Nevan estaba peleando su propia batalla en la oscuridad, yo no iba a bajar los brazos. Iba a seguir allí, hablándole hasta que abriera los ojos, hasta que dijera alguna estupidez y, por fin, me devolviera la vida.

Capítulo 65

Nevan

Todo era una oscuridad absoluta, una masa compacta que me envolvía. Pero ya no era ese vacío gélido y silencioso de antes; ahora había algo más. Una vibración. Un murmullo. Una caricia persistente que se filtraba a través de la negrura como una señal de radio en medio de una tormenta.

Era como si el mundo estuviera llamando a la puerta, esperando con una paciencia infinita. Y entonces, sentí el peso de algo cálido, familiar. Su mano.

La reconocí antes de que mi mente pudiera siquiera procesar dónde estaba. Mi cuerpo sabía lo que la razón aún no alcanzaba a comprender: ese tacto, esa forma única de entrelazarse con la mía, como si hubiera sido diseñada para encajar conmigo… Aria.

Luché por salir, me obligué a atravesar la bruma espesa. Los párpados me pesaban toneladas, como si estuvieran sellados con plomo, la garganta me ardía, seca como una lija, y cada pensamiento era un eco doloroso en mi cabeza. Pero, poco a poco, los sentidos empezaron a despertarse. La luz blanca y cegadora. El olor a antiséptico. Y ese pitido constante, rítmico y monótono que marcaba el pulso de la habitación.

Pip… Pip… Pip…

Y entonces, la vi.

Frente a mí pegada a la cama, estaba ella. Tenía la mirada fija en nuestras manos unidas. Su pulgar trazaba círculos lentos casi

hipnóticos, sobre mi piel, como si estuviera invocando mi alma de vuelta. Se veía tan frágil… Con ojeras profundas, el pelo revuelto como si no hubiera pasado por un peine en días, los labios agrietados y el rastro de lágrimas secas surcando sus mejillas. Y, aun así, me pareció la mujer más hermosa que jamás había tenido delante.

Hice un esfuerzo titánico. La garganta se me cerró, pero forcé las cuerdas vocales, buscando la única palabra que tenía sentido en aquel momento.

—Bombón… —mi voz salió como un hilo de grava, rota y rasgada.

Fue apenas un susurro, pero el efecto fue instantáneo. Ella alzó la cabeza de golpe. Sus ojos verdes y brillantes, se clavaron en los míos. Y entonces, se quebró.

—¡Nevan! —exclamó, y su voz estalló en un llanto que era pura liberación—. ¡Estás despierto!

Se inclinó sobre mí, cubriéndose la boca con una mano, mientras las lágrimas empezaban a caer sin control. Sus dedos no soltaban los míos; temblaban, se hundían en mi piel, pero no se soltaban. Quería decirle mil cosas, que lo había oído todo, que cada una de sus palabras fue el faro que me impidió perderme en la oscuridad. Pero estaba agotado, la garganta me abrasaba como si hubiera tragado arena y apenas me salía la voz, así que me limité a mirarla y a forzar una pequeña sonrisa.

—Estás aquí… —susurró acercándose tanto que su frente terminó descansando contra la mía.

Cerré los ojos un segundo, saboreando el contacto. Sí, estaba aquí. Con ella. Y el resto del universo podía desaparecer.

Los médicos llegaron poco después de que Aria llamara, irrumpiendo en nuestra burbuja. Me revisaron con eficiencia clínica: pupilas, tensión, reflejos. Uno de ellos me preguntó si sabía en qué día estábamos. Solté un hilo de voz incomprensible; no tenía ni la menor idea de la fecha, y Aria dejó escapar una carcajada entrecortada,

con los ojos aún húmedos, diciendo: «Mientras sepa su nombre, vamos bien».

El médico, un hombre mayor con cara de haber visto demasiado, me dio un par de palmadas en el hombro al terminar.

—Enhorabuena, chico. Tienes a una luchadora a tu lado. Créeme, es ella quien te ha traído de vuelta.

Se fueron y nos dejaron solos. Pero mi cuerpo no dio para más. El esfuerzo de mantenerme despierto y la garganta destrozada tras tantos días entubme pasaron factura. Las fuerzas me abandonaron de golpe y me hundí de nuevo en un letargo profundo mientras la medicación hacía su trabajo.

Pasaron horas. Horas de sueño pesado, de enfermeros entrando a medir constantes en penumbra y de un descanso que mi mente necesitaba con desesperación para salir del todo de la niebla.

Cuando volví a abrir los ojos, la luz de la ventana cambió por completo; la noche cubría el hospital y el ardor de mi garganta por fin se había aplacado lo suficiente.

Aria seguía ahí, velando mi descanso. Estaba sentada en la silla, con el desorden de su pelo y su camiseta arrugada, y me pareció la visión más perfecta del mundo. Notó que me movía y volvió a coger mi mano. Esa electricidad, la misma que siempre me había conectado a la vida, recorrió mis terminaciones nerviosas.

—Has vuelto —dijo, con una voz ronca, cargada de alivio que me hizo tragar saliva—. Has vuelto conmigo…

Le sonreí, esta vez con un poco más de fuerza.

—Jamás te dejaría sola, Aria Morgan. Nunca me fui del todo. Siempre estuve aquí.

Sus ojos verdes se congelaron en los míos, brillaban con una intensidad que no supe descifrar.

—¿Has… has escuchado todo?

Asentí muy despacio.

—Cada palabra, Aria. —Hizo una mueca, como si se sintiera expuesta, y aproveché para soltar la puntilla—. Por cierto, me parece una traición imperdonable que te comieras mis galletas en el campamento.

Hubo un segundo de pausa, un silencio cargado de tensión, y entonces se echó a reír. Fue una risa histérica mezclada con el llanto y con el alivio de saber que, contra todo pronóstico, estábamos vivos.

—Eres un idiota —dijo entre risas, tapándose la cara con la mano.

Joder, cómo la había echado de menos.

—Yo también te amo, Aria —susurré mirándola como si pudiera grabarla en mi retina para siempre—. Desde que tenía ocho años. Siempre has sido tú, para mí también.

Me miró y, aunque las lágrimas volvieron a brotar, esta vez no tenían nada que ver con el miedo. Era amor. Y en ese instante, con el corazón aún débil y la cabeza ardiendo, supe que nunca estuve tan vivo como ahora.

No dijimos nada más, no hacía falta. Nos quedamos en ese silencio cómodo, del que solo compartes con quien ya conoce todas tus grietas. Ella en su silla, yo en mi cama, y nuestras manos entrelazadas, cerrando el círculo. Por fin estábamos a salvo.

La puerta se abrió con una calma inusual. Jack entró primero, echando un vistazo rápido a la habitación antes de relajarse del todo al verme con los ojos abiertos. Eiden venía justo detrás, y al cruzar el umbral el aire pareció cambiar; sus hombros, que parecía que habían estado tensos durante días, se desplomaron en un suspiro de alivio tan profundo que casi fue un sollozo.

Jack se acercó con paso pausado, observando el monitor con una media sonrisa seca, de esas que solo le salían cuando intentaba ocultar cuánto le importaba algo.

—Vaya, parece que alguien ha decidido volver al mundo de los vivos antes de gastar toda mi paciencia —dijo Jack con un tono tranquilo mientras se colocaba al pie de la cama—. Tenía mis dudas de si ibas a seguir durmiendo hasta el año que viene, Grayson.

Ivelle, que venía con él, se acercó al otro lado y me acarició el brazo con suavidad, con los ojos brillando.

—Nos has dado un susto de muerte, idiota. Pero me alegra verte.

Elara se detuvo a un par de pasos, llevándose una mano al pecho, y Eiden se acercó a la cabecera de la cama casi sin hacer ruido. No dijo nada al principio. Solo me miró, escaneandome, buscando confirmar que era yo, que estaba allí. Sus ojos estaban rojos, llenos de esa intensidad que solo compartes con alguien que es, a todos los efectos, tu hermano.

—Joder, Nevan… —susurró con la voz quebrada. Se pasó una mano por la cara, superado, y luego la apoyó con firmeza en mi hombro, apretando como si necesitara asegurarse de que no me iba a evaporar—. Pensé que te perdía… no sabes lo que ha sido esto.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, Eiden —dije intentando que mi voz sonara firme, aunque el cansancio me pesaba—. Me debías una cerveza.

Eiden soltó una carcajada corta, entrecortada por la emoción, y me dio un golpe suave en el brazo.

—Eres un gilipollas —murmuró, pero con una sonrisa llena de puro alivio.

—Siempre tan cariñoso —repliqué, sonriendo con debilidad.

Aria se movió un poco para dejarles más espacio, pero mantuvo mi mano enredada con la suya.

Jack se dejó caer en la butaca con parsimonia, cruzando las piernas.

—Bueno, dejando de lado los momentos tiernos… Nevan, cuando salgas de aquí, vas a tener que explicarnos muchas cosas. Sobre

todo por qué siempre te gusta llevar las cosas al límite.

—No sé de qué hablas —dije arqueando una ceja—. Solo soy un imán para el drama.

—Lo eres —concedió Jack con una sonrisa tranquila—. Pero esta vez casi lo consigues, tío. Casi nos dejas solos.

Elara se acercó y me dio un beso rápido en la frente, con los ojos húmedos.

—No vuelvas a hacernos esto. Nunca.

—Prometido —dije mirando a cada uno de ellos.

A Eiden le devolví la mirada y, en ese silencio, sin decir una palabra más, entendí todo lo que no necesitábamos expresar. El miedo, la lealtad, los años de historia que casi se borran.

Estábamos todos aquí. El desorden de los amigos, el olor a hospital, la luz de la tarde filtrándose por la ventana y, sobre todo, el agarre firme de Aria a mi lado. Por primera vez desde que desperté en aquella negrura, el mundo volvió a encajar.

Ya no estaba solo. Estaba en casa.

Capítulo 66

Nevan

La habitación estaba sumida en un silencio denso. Después de todo el caos, de las visitas que se sucedían como un desfile de sombras, de las risas nerviosas y las lágrimas contenidas, por fin solo quedamos ella y yo.

La chica que me salvó. La mujer que no se movió ni un milímetro de mi lado, ni cuando estaba perdido en el fondo del pozo, ni cuando nadie sabía si volvería a despertar.

La miré desde mi cama, con el cuerpo envuelto en una maraña de vendas y un dolor sordo que me recordaba que seguía vivo pero, por primera vez en mi vida, con el alma en paz. Aria dormía en la silla junto a mí. Tenía la cabeza ladeada, el pelo rubio cayendo en una cascada desordenada sobre su cara, las piernas recogidas y los brazos cruzados sobre su abdomen. Sus labios estaban entreabiertos en un suspiro suave. Se rindió al agotamiento.

Estaba preciosa, incluso en su derrota frente al cansancio.

Me incorporé poco a poco, ignorando el tirón punzante en mis costillas, alargué la mano y aparté un mechón que le ocultaba el rostro, pasándolo con suavidad detrás de su oreja. Sus pestañas eran largas, sus mejillas estaban sonrosadas por el esfuerzo de estos días. Era la imagen más perfecta que había visto nunca. ¿Cómo era posible que, después de todo lo rotos que estábamos, ella siguiera aquí? Sin dudar. Sin huir.

Un leve crujido en la puerta interrumpió mis pensamientos. Giré la cabeza con lentitud. Gus entró despacio, cerrando tras de sí con el

cuidado de quien entra en un terreno sagrado. Llevaba su camisa vaquera de siempre, arrugada, y la gorra mal colocada pero, sus ojos cansados, al posarse en mí, perdieron ese rastro de sarcasmo eterno que solía llevar.

—Joder… —susurró dejando escapar el aire que retenía—. Pensé que esta vez te perdíamos, chaval.

Tragué saliva, sintiendo que la garganta aún me ardía.

—No os ibais a deshacer de mí tan fácilmente, Gus —murmuré con la voz rota, forzando una sonrisa leve.

Él soltó una carcajada, negando con la cabeza mientras se acercaba al borde de la cama.

—Muchacho… haces mucha falta por aquí, aunque no te lo creas.

Se quedó callado un segundo, observando a Aria con una mezcla de respeto y ternura, antes de volver a mirarme. Su expresión se tornó más seria, más oscura.

—No se movió ni un puto segundo de tu lado, ¿sabes? —dijo bajando la voz—. Estuvo todo el tiempo sujetándote la mano, hablándote, llorando cuando creía que nadie la veía. Se peleó con las enfermeras para no salir de aquí. No quería irse.

Sentí que algo dentro de mí se encogía. Fuerte y doloroso. Una punzada en el corazón que me dejó sin aire. Sabía que estaba ahí, la sentía en la oscuridad, pero imaginarla así, rota, luchando contra el mundo entero solo por estar conmigo… Joder. La amaba, de una forma que me quemaba el pecho, que me desbordaba. No iba a dejarla ir. Nunca.

—Esa chica te quiere, Nevan —continuó Gus con tono grave—. No sé qué pasó entre vosotros antes de, bueno… antes de que apareciera ese hijo de puta.

Y entonces, todo volvió de golpe. Como un tren de mercancías arrollandome desde dentro. La imagen de mi padre, su voz

arrastrada, el hedor a alcohol rancio, el miedo absoluto, eEl asco, el dolor…

Y Aria frente a él, gritando, luchando contra aquel monstruo. Y yo destrozado, sin poder moverme, viendo cómo estaba en peligro. Se me heló la sangre y la mandíbula se tensó hasta dolerme.

—Le puso la mano encima —susurré con los dientes apretados, la rabia empezando a hervir bajo mis vendajes—. Si no hubieras llegado… —tragué saliva, sintiendo un sudor frío recorriéndome la espalda—. Joder, Gus… Si no hubieras llegado a tiempo…

No pude acabar. La oscuridad de lo que podría haber pasado era demasiado insoportable. En ese momento lo supe con una certeza absoluta: no dejaría que nada le hiciera daño nunca más. Aria y yo estábamos destinados.

—No pienses en eso, chaval —contestó—. Lo importante es que estáis aquí. Que estás vivo.

Asentí, aunque el nudo en mi garganta seguía allí, bloqueando cualquier otra palabra.

—Escuché el jaleo —continuó recordando—. Me pareció raro, así que salí. Y cuando vi lo que ese cabronazo estaba haciendo… No lo dudé.

Se pasó la mano por la cara, afectado por el recuerdo.

—¿Y qué ha sido de él? —pregunté en voz baja.

No estaba seguro de querer oír la respuesta. Pero necesitaba saber que ese infierno había terminado de verdad.

Gus soltó un bufido cargado de veneno y se pasó la mano por la cara de nuevo, como si quisiera borrar el recuerdo.

—Ese cabrón… lo soltaron. «Buen comportamiento», decían. El sistema es una broma de mal gusto, Nevan. Dos semanas fuera y ya estaba buscando problemas.

Se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados y una expresión de acero.

—Cuando Martha y Aria te metieron en el coche para traerte aquí, me quedé. No iba a dejar que ese desgraciado se largara de rositas ni un minuto más —continuó, bajando la voz—. Lo tuve encañonado todo el tiempo. No se movió. No dijo ni una palabra. Solo me miraba, esperando que bajara la guardia pero, te juro que si hubiera hecho el más mínimo amago de huir, le habría volado la cabeza allí mismo.

Sentí un escalofrío, pero no de miedo, sino de alivio al saber que Gus estuvo allí para proteger lo que yo no pude.

—Cuando llegaron las sirenas, el aire se le salió del cuerpo —siguió Gus—. Los agentes llegaron, lo tiraron al suelo y se lo llevaron detenido. Esa misma noche nos tomaron declaración: a mí, a Marta, a Aria, a los vecinos… todo quedó registrado. Recabaron pruebas suficientes, Nevan. Esta vez no creo que lo dejen escapar.

Gus se acercó un poco más, apoyando una mano firme sobre la barandilla de mi cama.

—El juicio es dentro de unos meses. No creo que vaya a salir de esta. Vamos a asegurarnos de que todo lo que ha hecho quede reflejado en el acta. Estará donde pertenece y va a ser por mucho, mucho tiempo.

Cerré los ojos, sintiendo cómo el peso del mundo se aligeraba por primera vez en mi vida. El ciclo se cerraba. La amenaza que había planeado sobre mí durante años se desmantelaba, ladrillo a ladrillo, en una sala de justicia.

—Gracias, Gus —repetí más firme esta vez—. Por no dejar que se fuera. Por salvarla.

Me dedicó una media sonrisa, casi paternal.

—No tienes que agradecerme nada, chaval. Lo volvería a hacer mil veces. Ahora, lo único que tienes que hacer es curarte. Déjanos el resto a nosotros.

Asentí, exhausto. La adrenalina de la conversación empezaba a desvanecerse, dejando paso al peso de los analgésicos y al cansancio acumulado. Miré a Aria, que seguía dormida, ajena a que el monstruo que nos había perseguido ya no tenía poder alguno sobre nuestro futuro.

—Vete a descansar, Gus —le pedí cerrando los ojos—. De verdad.

—Eso voy a hacer —dijo dándome un último toque en el hombro antes de alejarse hacia la puerta—. Mañana vuelvo a verte.

Escuché sus pasos alejarse y el suave *clic* de la puerta al cerrarse. Me quedé allí, en la penumbra de la habitación, con la mano de Aria aún entre las mías. El miedo, esa sombra constante, empezaba a disiparse dejando espacio para algo que casi no me atrevía a nombrar todavía: la posibilidad de un mañana donde no tuviéramos que mirar por encima del hombro.

***

La mañana siguiente llegó con una luz blanca que me resultó insoportable al abrir los ojos. La noche fue un borrón de analgésicos y sueños interrumpidos, pero la realidad se instaló en cuanto vi a Aria dormida en la butaca.

Estaba destrozada y agotada. Costó lo suyo convencerla, tuve que prometerle por lo más sagrado que no pasaría nada, que el médico había dicho que estaba estable y, que si no se iba a ducharse y a dormir en una cama de verdad, yo mismo me desconectaba todo y me largaría de allí. Fueron casi tres horas de negociación hasta que, al fin, accedió. Se marchó con la promesa de volver en un par de horas, dejando la habitación en un silencio que se me clavaba en los huesos.

Los médicos habían pasado a primera hora. «Evolución favorable», «hay que vigilar la inflamación», «todo parece estar bajo control».

Palabras técnicas que no me decían nada. Yo solo quería sentirme entero otra vez.

Estaba contemplando el gotero sumido en mis pensamientos, cuando un par de golpecitos suaves en la puerta me sacaron de mi letargo. No era el ritmo apresurado de una enfermera, ni el paso firme de Eiden. Era un toque dubitativo.

—Pasa —dije con la voz todavía un poco ronca.

La puerta se abrió con una lentitud casi temerosa. Esperaba ver a Aria o a Gus arrastrando las botas y trayendo ese eterno olor a grasa de motor y tabaco, pero era ella.

Mi madre cruzó el umbral y se detuvo a los pocos pasos. No tenía el aspecto impecable ni la postura rígida de siempre; no había joyas ostentosas ni ropa de diseño elegida por John. Vestía unos vaqueros gastados y un jersey de punto que le quedaba grande, haciéndola ver pequeña. Tenía unas ojeras profundas que le surcaban el rostro y los ojos hinchados. Al verme despierto y con la mirada fija en ella, se le escapó un sollozo ahogado que intentó contener tapándose la boca con la mano.

Cerró la puerta detrás de sí con un cuidado infinito, como si temiera romper el silencio de la habitación, o romperme a mí.

—Hola, Nevan… —susurró dando un paso vacilante hacia la camilla.

No aparté los ojos, por primera vez en muchísimos años, no sentí el impulso inmediato de levantar el muro, de escupir un comentario sarcástico o de atacar antes de que pudiera hacerme daño. Supongo que ver la muerte tan de cerca, sentir el cuerpo destrozado por los mismos golpes que me atormentaron en la infancia, cambió mis prioridades. O quizás solo estaba demasiado cansado para seguir cargando con el peso del odio.

—Ayer no me atreví a hablarte cuando abriste los ojos —continuó, acercándose un poco más, con las manos temblorosas entrelazadas con fuerza contra su pecho—. No sabía si querrías verme y tenías todo el derecho a no hacerlo.

Se sentó en la esquina de la butaca que Aria había dejado libre antes. Se inclinó hacia mí, abriéndose en canal de una manera que nunca antes había hecho.

—No vengo a pedirte que te olvides de nada, Nevan. Ni a poner excusas —su voz se quebró, dejando caer las primeras lágrimas—. Sé lo que hice. Sabía que cuando tu padre te levantaba la mano, no te estaba protegiendo. Estaba sumida en mi propio infierno, ahogada en el alcohol, en la depresión y en mi propia cobardía. Te dejé solo cuando más me necesitabas y ese es un peso con el que voy a cargar el resto de mi vida. Fui una cobarde.

La escuché en silencio, asimilando cada palabra. El monitor cardíaco seguía con su ritmo constante, pero en mi pecho algo empezó a aflojarse.

—Y cuando John me ayudó a salir de la miseria y quise compensarte, lo hice todo mal —continuó limpiándose las mejillas con impaciencia—. Pensé que una casa grande, el dinero o las cosas materiales taparían las grietas de lo que te hice pasar. Fui egoísta por querer comprar tu perdón en lugar de sentarme a escucharte y pedirte disculpas de verdad. Preferiste volverte a una caravana con Gus antes que aceptar una comodidad que te sabía a mentira y te entendí, de verdad que lo hice.

Estiró la mano con timidez, deteniéndose a milímetros de la mía sobre la sábana, esperando mi rechazo.

—Sé que no vas a perdonarme de la noche a la mañana y no te lo pido. Pero necesito que sepas, Nevan, que pase lo que pase, siempre voy a ser tu madre. Siempre voy a estar aquí, esperándote, el tiempo que te haga falta para sanar. No me voy a volver a marchar.

Miré su mano temblorosa y luego su rostro desarmado. Por primera vez, no vi a la madre ausente que se refugió en una vida perfecta para olvidar el pasado; vi a una mujer rota por la culpa que casi pierde a su hijo a manos del mismo monstruo que la destrozó a ella.

Aria tenía razón: odiarla me estaba consumiendo a mí, no a ella. El juicio de mi padre estaba cerca, él volvería a la cárcel y el ciclo de terror se terminaría. Era hora de dejar ir el rencor.

Inhalé hondo, aguantando el pinchazo de dolor en las costillas y desvié la mirada hacia el techo para tragarme el nudo de la garganta. Decidí dar el brazo a torcer, rompiendo el hielo de la única forma que sabía.

—¿Y cómo está… el inquilino? —pregunté con la voz baja, haciendo una sutil referencia a su vientre.

Maeve se quedó congelada por un segundo, parpadeando con sorpresa. Luego, una sonrisa inmensa, llena de alivio y lágrimas frescas, iluminó su rostro cansado.

—Está bien, Nevan. Todo está bien.

—Más vale que le enseñes a defenderse mejor que a mí —añadí forzando una pequeña e imperfecta sonrisa de lado.

Ella soltó una risa ahogada entre los sollozos y acortó la distancia para tomar mi mano entre las suyas. Esta vez, no la aparté. La apreté de vuelta sintiendo que, después de tantos años a la deriva, el primer eslabón de la cadena volvía a encajar en su sitio.

Capítulo 67

Aria

Las semanas pasaron volando, trayendo consigo un alivio que todavía me costaba asimilar. Nevan se estaba recuperando bien. Verlo ganar color, quejarse con su habitual burla de la comida del hospital y moverse cada vez con más soltura era el mejor bálsamo para mis nervios. En pocos días le darían el alta y el ambiente de la habitación se sentía más ligero.

Sin embargo, la sombra del juicio contra su padre seguía planeando sobre nosotros. Se celebraría dentro de poco. Deseaba con todas mis fuerzas que la justicia hiciera su trabajo y le cayera una condena lo suficientemente larga como para que ese hijo de puta jamás volviera a pisar la calle. Nevan merecía cerrar ese capítulo de terror para siempre y yo, también.

Durante todo este último mes, mi vida se redujo a esas cuatro paredes blancas. Iba al hospital a diario; después de estar a punto de perderlo, me resultaba doloroso separarme de él. Cada vez que cruzaba la puerta del hospital para volver a casa, sentía un nudo en el estómago. Pero sabía que no podía estancarme. Nevan estaba sanando su pasado, y yo necesitaba empezar a arreglar los asuntos de mi propia vida para poder avanzar a su lado.

Y hoy era el día idóneo para empezar.

Me miré en el espejo. Llevaba unos vaqueros y una camiseta cómoda, nada que ver con el maillot negro y el moño tirante que se suponía que debía llevar a estas horas. Hoy era el día del casting para el *American Contemporary Ballet*. La fecha que mi madre había

marcado en rojo en el calendario, el objetivo por el que me había dejado la piel, la salud y las lágrimas durante años.

Pero no iba a ir y, por primera vez en mi vida, no sentía miedo si no paz.

Saqué el móvil del bolsillo. Mis dedos flaquearon un segundo sobre la pantalla, pero respiré hondo y busqué el contacto. Marqué el número de Lila.
Ella era mi competencia directa en la academia. Alguien que se había dejado el alma en cada ensayo y que no me soportaba. Para ella, yo solo era una niña mimada con un apellido influyente y una madre que le pavimentó el camino. Nunca vio las cadenas que venían con ese privilegio.

El tono sonó tres veces antes de que se escuchara una voz jadeante y tensa al otro lado de la línea.

—¿Aria? —respondió desconcertada—. ¿Qué pasa? El registro para el casting empieza en cuarenta minutos. ¿Dónde estás?

—Hola, Lila —respondí manteniendo la voz lo más serena posible—. Sé qué hora es. No te preocupes, no voy de camino. Solo te llamaba para desearte muchísima suerte hoy.

Se hizo un silencio absoluto al otro lado del teléfono. Me pareció escuchar de fondo el eco de la música de piano de la academia y el murmullo de otras bailarinas estirando en los pasillos.

—¿Suerte? —replicó desconfiada, como si buscara la trampa—. ¿De qué vas, Aria? ¿Es algún tipo de juego psicológico para desconcentrarme antes de salir al escenario?

—No, no lo es —solté una pequeña risa, sin pizca de ironía—. Te lo digo de verdad. Estoy segura de que lo vas a bordar hoy. Eres una bailarina extraordinaria, Lila.

—No entiendo nada —su voz bajó, perdiendo la agresividad defensiva y mostrando un shock genuino—. ¿Cómo que no vienes?

Tu madre ha movido cielo y tierra para esta plaza. Todo el mundo asume que el puesto es tuyo.

—Pues todo el mundo se equivoca. Me retiro de ese mundo, Lila —declaré y pronunciar esas palabras en voz alta hizo que sintiera cómo una losa de cemento se desprendía de mi pecho—. Ese tren ya no es el mío. Pasé tiempo bailando para cumplir las expectativas de otra persona y necesito averiguar quién soy fuera de un escenario.

Lila no respondió de inmediato. Podía imaginarla con la mano en la cintura, procesando la información con los ojos abiertos de par en par.

—Tú… ¿te retiras? ¿Así de fácil? —preguntó con un hilo de voz.

—No ha sido fácil, pero es lo correcto —aseguré—. Y quiero que sepas que nadie se merece esa plaza más que tú. Sé cuánto has trabajado, el talento que tienes y lo mucho que has luchado por estar ahí, sin que nadie te regalara nada. Ve ahí dentro y quédate con ese maldito puesto. Es tuyo.

Escuché una respiración honda al otro lado de la línea. El muro de hostilidad que Lila levantó contra mí durante meses pareció desmoronarse en un segundo, sustituido por un respeto mutuo que nunca creí que llegaríamos a tener.

—Gracias, Aria —susurró, y esta vez su tono fue sincero—. No sé qué decir. De verdad.

—No digas nada. Calienta bien y déjalos a todos con la boca abierta. Nos vemos.

—Nos vemos, Aria. Suerte con lo tuyo.

Colgué. Me quedé mirando la pantalla parpadeante unos instantes antes de guardarla en el bolsillo. Caminé hacia la ventana y contemplé el cielo de Windale. El aire entraba de forma diferente en mis pulmones. Había cerrado la primera puerta. Eralibre.

El alta médica llegó, por fin, unos días después. Ver a Nevan cruzar las puertas del hospital por su propio pie, aunque todavía arrastrara

un caminar algo pesado, fue como volver a respirar aire puro después de una eternidad bajo el agua. «Fuera de peligro», era la frase que mi mente repetía en bucle. Al mirarlo de cerca, todavía se le podían ver algunos atisbos de moratones desvaneciéndose en su piel y nuevas cicatrices que ahora se sumaban a las antiguas, como marcas de una batalla que, esta vez, ganaba para siempre.

Lo más asombroso de esas semanas no fue solo su recuperación física, si no la emocional. La relación de Nevan con su madre iba cada vez mejor. Maeve venía muchas tardes a visitarlo, se sentaba a su lado en silencio al principio. Pero después empezaban a hablar, a contarse cosas, a intentar reconstruir los puentes que el pasado dinamitó. Nevan, después de muchísimos años de guardar un rencor y un dolor que le reconcomía el pecho, la estaba dejando entrar. A su manera, por supuesto, despacio y con reservas, pero el progreso era innegable.

Tanto era así que, cuando llegó el momento de decidir dónde pasaría el reposo que aún tenía por delante, Nevan nos sorprendió a todos. En lugar de quedarse en la casa de Elara y Eiden, decidió mudarse un tiempo con su madre y con John. Entrar de nuevo en esa mansión, el lugar donde nunca sintió encajar y que tanto rechazó, significaba un cambio enorme. Pero ahora, al verlo caminar por esos pasillos, se notaba que empezaba a vislumbrar un futuro real.

Yo no podía estar más orgullosa de él. Se merecía ser feliz como ninguna otra persona en este mundo y, mi mayor deseo, era poder estar a su lado para verlo reconstruirse desde los cimientos.

Ahora que Nevan estaba a salvo y cuidado por su madre, había llegado el momento de mover mis propias fichas. Él no lo sabía aún, pero planeaba mudarme a Windale más pronto que tarde. Mi lugar ya no estaba en los escenarios de Los Ángeles si no aquí, con él. Pero antes de dar el salto definitivo, tenía que regresar a la ciudad para arreglar toda una vida, cerrar el contrato de mi piso, empaquetar mis cosas y despedirme de esa vieja etapa.

Entré en su habitación con el corazón flotandome en el pecho. Nevan estaba recostado entre almohadas, haciendo el reposo obligatorio que el médico le había exigido. Al verme entrar, sus ojos azules se iluminaron de inmediato con esa intensidad que siempre conseguía ablandarme.

Me acerqué a la cama con una sonrisa suave y me senté justo al borde del colchón, hundiendome un poco hacia él. Le tomé la mano, entrelazando mis dedos con los suyos.

—Tengo que decirte algo —empecé, acariciando el dorso de su mano con el pulgar—. Voy a ir a Los Ángeles un par de días. Necesito resolver un par de cosas pendientes de mi vida allí.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, sentí cómo sus dedos se tensaron. Su mirada, siempre tan firme y cargada de ese sarcasmo defensivo, flaqueó por un segundo. Vi una sombra de inseguridad cruzar sus ojos, una vulnerabilidad tan cruda que me encogió el estómago. Era el miedo reflejado de un niño que estaba demasiado acostumbrado a que la gente que amaba se marchara para no volver.

—¿A Los Ángeles? —preguntó intentando que su voz sonara casual, aunque falló en el intento—. Pensé que... Bueno, supongo que tu vida está allí. El ballet, la academia... todo eso.

—Ey, mírame —pedí con ternura. Ladeé el rostro y alcé mi otra mano para acunar su mejilla, rozando con suavidad una de las pequeñas cicatrices que le quedaban cerca del pómulo—. Mírame, Nevan.

Él tragó saliva y clavó sus ojos en los míos, conteniendo la respiración.

—No me voy para siempre —aseguré, bajando la voz a un susurro—. Voy a solucionar unos asuntos pendientes, pero voy a volver contigo. No te vas a librar de mí tan rápido.

Nevan soltó una exhalación lenta y una pequeña sonrisa, algo tímida pero aliviada, empezó a dibujarse en la comisura de sus labios.

—Es que aún no se me da muy bien eso de confiar en que la gente se quede —admitió en un susurro, relajando por fin los hombros contra el respaldo.

—No vas a tener que esperar mucho —prometí, inclinándome hacia él hasta que nuestras frentes se rozaron—. Da igual las vueltas que dé el mundo, lo lejos que parezca que nos lleve la corriente. Siempre encontramos el camino de vuelta el uno al otro, Nevan. Siempre.

Corté la distancia que nos separaba y lo besé. Fue un beso lento con sabor a un futuro que ya no parecía tan lejano. Cuando me separé, no me soltó la mano, la apretó un poco más, asimilando mis palabras como el ancla que tanto había necesitado toda su vida.

Capítulo 68

Aria

Meter la llave en la cerradura de mi apartamento de Los Ángeles me produjo una sensación extraña. Después de tantas semanas fuera, el olor de mi propia casa me resultó extraño. Nada más abrir la puerta, el eco de unos pasos apresurados resonó en el pasillo.

—¡Aria! —el grito de Sienna precedió a su propio cuerpo, que impactó contra el mío a toda velocidad.

Me rodeó con los brazos con una fuerza que me sacó el aire de los pulmones, hundiéndose en mi cuello. Nos fundimos en un abrazo profundo, de esos que curan un poquito por dentro.

Sienna había sido mi cable a tierra durante todo este último mes. No dejó de llamarme ni un solo día desde que Nevan recibió aquella brutal paliza, dispuesta a escuchar mis llantos, mis miedos y mi desesperación a cualquier hora de la madrugada. Le habría encantado dejarlo todo y viajar a Windale para estar a mi lado, pero su realidad no se lo permitía. Sienna era una chica trabajadora que nunca tuvo las cosas fáciles en la vida, y sus turnos interminables en el bar eran lo único que la mantenía a flote. Saber que estaba al otro lado del teléfono había sido mi mayor apoyo.

Al separarse un poco, me tomó por los hombros y me miró de arriba abajo con los ojos muy abiertos, analizandome.

—Por favor, dime cómo estás. ¿Cómo está Nevan? ¿Sigue todo bien por allí? —preguntó atropellando las palabras con preocupación.

—Todo está yendo genial, de verdad —aseguré, sonriendo con una calma que pareció tranquilizarla al instante—. Nevan ya está fuera

de peligro, se está recuperando muy bien y se ha mudado con su madre. Las cosas por fin se están asentando. He venido porque necesito hablar contigo. Vengo a despedirme, Sienna.

Sienna parpadeó, asimilando mis palabras en silencio. Antes de que pudiera protestar o abrumarme a preguntas, abrí mi bolso y saqué un sobre de papel, entregandole el documento que llevaba guardado todo el viaje.

—¿Qué es esto? —preguntó frunciendo el ceño mientras lo tomaba.

—El contrato del piso. He arreglado todo el papeleo. Ahora está a tu nombre. Es tuyo, Sienna. Te lo regalo.

Se quedó de piedra, mirando los papeles y luego a mí, con la boca entreabierta y los ojos llenos de lágrimas.

—Aria no, estás loca, no puedo aceptar algo así...

—Claro que puedes —la interrumpí tomándole las manos con firmeza—. Me voy de Los Ángeles. Windale es un pueblo tranquilo, alejado de todo el ruido y de la presión que casi me destruye y es allí donde quiero empezar de cero. Sé que es un cambio drástico y, por supuesto, me encantaría que te vinieras conmigo. Hay espacio de sobra para las dos.

Sienna soltó una pequeña risa ahogada entre las lágrimas que ya le resbalaban por las mejillas, negando con la cabeza con esa madurez que siempre la caracterizaba.

—Cariño, me parece el plan más increíble del mundo, pero no puedo —dijo, apretando mis dedos—. Windale es tu lugar, tu nuevo comienzo. Pero todavía tengo demasiados sueños salvajes que cumplir aquí, en esta maldita y ruidosa ciudad. Tengo que quemar mis propias etapas pero sabes que siempre, siempre vamos a estar en contacto.

—Lo sé —susurré sintiendo que el nudo en mi garganta también empezaba a apretar—. Pero me va a costar muchísimo estar sin ti a diario.

—¡Oye, ni se te ocurra ponerte dramática! —bromeó ella, limpiándose las lágrimas con un gesto rápido y recuperando su chispa habitual—. Piensa en el lado positivo: voy a ir a visitarte a Windale cada dos por tres. Además, he oído que en esos pueblos pequeños hay granjeros y vaqueros buenorros. A lo mejor encuentro a uno que valga la pena y me fugo con él a caballo.

No pude evitar soltar una carcajada limpia contagiada por su locura. Nos volvimos a abrazar, pero esta vez fue uno diferente, de despedida, cargado de nostalgia pero también de una gratitud infinita por todos los momentos compartidos en este salón.

—Estoy tan orgullosa de ti, Aria —me susurró al oído, apretandome con fuerza—. Has roto con todo lo que te hacía daño. Te mereces que todo te vaya de maravilla de ahora en adelante. Ve allí y sé feliz. Y dile a Nevan que más le vale hacerte la mujer más feliz del mundo, porque si te hace sufrir, me planto en Windale con un bate de béisbol.

—Se lo diré, te lo prometo —respondí riendo y llorando a la vez.

Al separarnos, supe que las distancias no significarían nada para nosotras. Los Ángeles se quedaba atrás, pero mi mejor amiga se quedaba custodiando el lugar donde empecé a ser dueña de mi propio destino.

***

El coche se detuvo frente a la verja de hierro forjado. Cruzar el control de seguridad del barrio privado de Los Ángeles siempre me hizo sentir como si entrara en una fortaleza fortificada, un mundo aparte donde las apariencias lo eran todo. Al avanzar por el camino empedrado, la enorme casa de mis padres se alzó ante mí, imponente y blanca, rodeada de un césped perfecto que parecía cortado con tiralíneas.

Antes de bajar, respiré hondo y me aferré al volante. Había llegado el momento de afrontar la batalla final de mi antigua vida.

Nada más cruzar la puerta principal, el eco de unos pasos apresurados rompió la rigidez del vestíbulo. Para mi sorpresa, no era un empleado si no mi padre. Su presencia en casa a mitad de semana era una rareza absoluta; como abogado de renombre, su vida transcurría entre tribunales, bufetes de enotra punta del país y salas de espera de aeropuertos.

—¡Aria! ¡Mi princesita! —su voz resonó con una calidez que me inundó el pecho.

No me dio tiempo ni a dejar el bolso. Me rodeó con sus brazos fuertes, me levantó del suelo y me dio una vuelta en el aire, igual que hacía cuando era una niña pequeña. Con él, daban igual los años que pasaran o lo mucho que hubiera crecido; siempre sería su ojito derecho.

—Mírate, qué alegría tenerte aquí —dijo al dejarme en el suelo, tomándome de la cara con ambas manos para examinarme con los ojos llenos de una adoración genuina—. ¿Cómo estás, cariño? ¿Cómo ha ido todo? Te he echado muchísimo de menos.

—Yo también a ti, papá. Estoy bien, de verdad, mucho mejor —sonreí, sintiendo un alivio inmenso por tenerlo allí—. ¿Y tú? Qué milagro verte en Los Ángeles.

—He cancelado un par de reuniones en Chicago. Tenía el presentimiento de que mi niña necesitaba un abrazo de su viejo —guiñó un ojo, rodeándome los hombros con el brazo. Luego, bajó la voz para que solo yo lo escuchara—. Tu madre no lo va a admitir, Aria, pero lleva tres semanas sin pegar ojo. Le ha faltado el aire desde que te fuiste.

Al entrar en el gran salón de techos altos, la atmósfera cambió de manera drástica, volviéndose densa y fría. Mi madre estaba sentada en una de las butacas individuales, sosteniendo una taza de té. Al verme, no se levantó. Me recorrió con una mirada crítica, juzgando mi ropa informal, mi pelo un poco más libre y la evidente ausencia del moño tirante de bailarina. Su expresión derrochaba una amargura y un desdén que, en otro momento, me encogerían el

corazón por completo. Sin embargo, al dar un paso más, noté las ojeras sutiles que el corrector no lograba tapar y cómo el té tintineaba contra la porcelana por el temblor de sus dedos. Estaba tensa, pero no solo de rabia si no de cansancio.

—Hola, mamá —dije dando un paso al frente—. ¿Podemos hablar?

Ella dejó la taza sobre la mesa de cristal con un tintineo pausado y me miró con una ceja alzada.

—Vaya, la hija pródiga decide aparecer el día después del casting más importante de su carrera —soltó con una voz gélida, aunque hizo un ademán plano con la mano—. Siéntate si vas a hablar.

Me senté frente a ella en el enorme sofá de cuero, mientras mi padre se colocaba de pie a un lado, manteniéndose como un apoyo silencioso pero firme. Miré a la mujer que me había dado la vida y que, al mismo tiempo, casi me la roba a base de exigencias.

—Siento mucho no haber estado a la altura de tus expectativas, mamá —empecé, forzando a que mi voz no temblara—. Sé lo que significaba esa plaza para ti. Sé que tu propio sueño de ser primera bailarina se rompió en mil pedazos cuando tuviste la lesión y te quedaste embarazada de mí.

Mi madre se tensó, abriendo los ojos con sorpresa. Nadie en esta casa se atrevía a verbalizar su frustración en voz alta.

—Pero tienes que entender de una vez por todas que no tengo la culpa de lo que pasó —continué ganando firmeza con cada palabra —. No tengo por qué cargar sobre mis hombros con el peso de tus sueños rotos. He pasado toda mi infancia y mi adolescencia destrozándome los pies y la mente para intentar curar tu herida, pero es tuya, no mía. Quiero crear mis propios sueños. Ojalá me apoyes en esto, mamá. Espero que puedas estar orgullosa de la hija que tienes y no de la bailarina que querías que fuera. Te quiero y sé que en el fondo tú también me quieres, aunque nunca hayas sabido demostrarlo.

Mi madre abrió la boca para replicar con los ojos inyectados en rabia y las manos temblando sobre su regazo, pero no le di espacio para interrumpirme.

—No voy a volver a la academia —declaré—. Me mudo a Windale. Estoy planeando abrir mi propia academia de baile allí, un lugar donde se enseñe a amar la danza, no a temerla. Me encantaría contar con tu apoyo en este proyecto, pero quiero que sepas que lo voy a hacer igual, con o sin aprobación.

El silencio que siguió fue atronador, esperaba que mi madre estallara en gritos, que me echara de casa o que recurriera a sus habituales comentarios hirientes para intentar anularme. Sin embargo, no hizo nada de eso.

Miró a mi padre, buscando un reproche o un aliado, pero él solo le sostuvo la mirada severa y cargada de una profunda tristeza. Mi madre volvió a mirarme. Intentó tensar la mandíbula, recuperar esa rigidez altiva que siempre la protegía del mundo, pero el labio inferior la traicionó con un temblor incontrolable. Ver mi postura decidida, la total ausencia de miedo en mis ojos y la madurez con la que le hablaba pareció quebrar la última línea de sus defensas. El rostro de mi madre se descompuso de repente. Su máscara de frialdad e indiferencia se agrietó por completo y, por primera vez en toda mi vida, la vi romperse en mil pedazos.

Las lágrimas empezaron a desbordarse de sus ojos, resbalando por sus mejillas y arruinando su maquillaje impecable. Soltó un sollozo ronco, tapándose la cara con las manos mientras los hombros le temblaban de forma violenta.

—Lo siento… Dios mío, Aria, lo siento tanto… —consiguió articular entre el llanto, con una voz que ya no reconocía, despojada de todo su orgullo—. Tienes razón. Tienes toda la razón del mundo. Desde que eras una niña pequeña solo te he presionado; volqué en ti toda mi amargura y mi frustración. Fui tan egoísta que no me di cuenta de que te ahogaba. Estas semanas que apenas supe de ti, sin casi contacto, han sido un infierno. Ver que te alejabas me hizo darme

cuenta de lo mucho que te echo de menos, de lo mucho que te quiero por encima de cualquier escenario, pero no sabía cómo decírtelo.

Se inclinó hacia delante en el sofá, mirándome a través de sus ojos empañados, desarmada por completo.

—Por supuesto que estoy orgullosa de ti, Aria. Lo he estado siempre, pero estaba tan cegada por mi propio fracaso que no supe decírtelo —confesó limpiándose el rostro de manera torpe—. Te apoyaré en lo que necesites, te lo prometo. Quiero empezar a enmendar este error tan terrible. No quiero perder a mi hija por culpa de mi maldito orgullo.

No me lo pensé dos veces. Me deslicé por el sofá y me arrojé a sus brazos. Nos fundimos en un abrazo profundo, uno que habíamos esquivado durante años. Lloramos juntas, soltando el dolor acumulado en cada ensayo, en cada mala mirada y en cada silencio incómodo en esta misma casa. Mi padre se acercó y nos rodeó a las dos con sus brazos largos, cerrando el círculo. Sentí cómo, por fin, todas las piezas de mi tablero familiar se colocaban en su sitio exacto. La tormenta había pasado.

Al separarnos un poco, mi madre me apartó un mechón de pelo de la cara, forzando una sonrisa cansada pero genuina entre las lágrimas.

—Una academia en Windale, ¿eh? —dijo intentando recuperar un poco la compostura—. Va a ser el mejor centro de danza del estado, te lo aseguro. Mañana mismo empezaré a hablar con mis contactos de la federación y con los patrocinadores para conseguir el mejor equipamiento y los permisos necesarios. Si vas a hacerlo, Aria, lo harás a lo grande.

Sonreí, sintiendo que el futuro en Windale no solo iba a ser tranquilo si no brillante. Tenía a mi mejor amiga guardando mis espaldas en la distancia, a Nevan esperándome para sanar juntos y, ahora, a unos padres que por fin me veían de verdad.

Capítulo 69

Nevan

Aria se fue hace un par de días y, joder, el silencio en la casa se sentía el doble de pesado sin ella. Aunque intentaba mantener la cabeza ocupada, su ausencia me dejaba un vacío extraño en el pecho.

Por suerte, no estaba solo. Mi madre había estado ahí, cuidándome como nunca jamás lo había hecho en la vida. Al principio me costó horrores pero, por fin, estaba dando mi brazo a torcer y dejando que lo hiciera. Si me dolía el costado, ella aparecía con los analgésicos; si me quedaba dormido en el sofá, me tapaba con una manta. Aún no sabía del todo si la había perdonado al cien por cien; las heridas de la infancia no se curan con un par de semanas de buenas intenciones. Pero le estaba haciendo un hueco. Veía cómo se esforzaba de verdad, cómo la culpa la empujaba a intentar ser la madre que nunca pudo ser, y creo que, al final, todos nos merecemos una segunda oportunidad en la vida.

Sin embargo, cuando la casa se quedaba en silencio por las noches, los demonios volvían a susurrar. Aunque intentara con todas mis fuerzas no pensarlo, me daba terror que Aria no volviera. Se había ido a Los Ángeles, a su mundo, a la boca del lobo. Me daba pánico que, al volver a ver a su madre, cayera otra vez en esa espiral asfixiante de obligaciones y expectativas de la que tanto le costó salir. Quería creer que no iba a ser así, confiar en sus palabras, en que de verdad me quería y que regresaría conmigo. Pero esa pequeña y maldita posibilidad de no ser suficiente para ella, de ser

solo un tipo roto de Windale con demasiadas cicatrices, me carcomía por dentro.

Necesitaba salir y despejarme antes de volverme loco. Como ya podía moverme un poco mejor —sin hacer ninguna locura, claro—, descubrí que ya era capaz de conducir a sitios cercanos sin que las costillas me mataran de dolor. Así que cogí las llaves y quedé con Eiden y Jack en el bar del pueblo. Hacía muchísimo que no teníamos una reunión de chicos, y la verdad es que me apetecía estar con ellos. Estar al borde de la muerte te hace replantearte muchas cosas; cuando ves el final tan de cerca, te das cuenta de que lo único que de verdad importa es aprovechar el tiempo con la gente que quieres.

Empujé la puerta del bar y, el familiar olor a madera, tabaco y cerveza me recibió como un abrazo. No tardé en localizarlos al fondo.

Ahí estaban los dos. Eiden, con su inseparable chupa de cuero, su pelo negro y salvaje revuelto y esos ojos azules como el mar, gesticulaba con una cerveza en la mano mientras le explicaba algo a Jack. Este, por su parte, con el pelo castaño igual de alborotado, clavaba sus ojos verdes en él, escuchando con esa atención silenciosa que lo caracterizaba. Eran la noche y el día: Eiden siempre tan abierto, bromista y hablador; Jack mucho más reservado e introvertido, pero un pedazo de pan que se desvivía por sus amigos.

Cuando notaron mi presencia, a los dos se les iluminó la cara. Sonrieron de golpe y me saludaron con un par de golpes afectuosos en el hombro, con ese buen rollo genuino que siempre había fluido entre nosotros.

—Míralo, el muerto viviente ha salido de la tumba —bromeó Eiden, arrastrando una silla para mí—. ¿Cómo estás, tío? Tienes mejor cara que la última vez que te vimos rodeado de cables.

—Vivo, que no es poco —respondí dejándome caer con cuidado en la silla.

—Nos pegaste un susto de muerte, cabrón —añadió Jack, con una sonrisa sincera en sus ojos verdes, demostrando lo mucho que se había preocupado—. Me alegro de verte en pie, Nevan.

Se pidieron las rondas y, tras los primeros tragos, la conversación derivó hacia lo que me estaba quitando el sueño.

—Y bueno ¿cómo va la cosa con Aria? —preguntó Eiden, apoyando los codos en la mesa—. Nos enteramos de que tuvo que volver a Los Ángeles hace un par de días.

Solté un suspiro largo mirando la espuma de mi cerveza y decidí vaciar el buche. Con ellos no me hacían falta escudos. Les hablé de mi miedo, de la inseguridad que me causaba que decidiera quedarse allí, de que se diera cuenta de que su vida perfecta en la gran ciudad no encajaba con el desastre que era yo.

Eiden soltó una carcajada corta y negó con la cabeza, mientras Jack me miraba con una seriedad aplastante.

—Eres un jodido idiota si de verdad piensas eso, Nevan —soltó Eiden, dándole un trago a su botella—. Esa chica vale oro y está coladita por ti. Tienes que creértelo un poco.

—Eiden tiene razón —secundó Jack, con su voz calmada y firme—. Estuvimos aquí mientras estabas en el hospital. Esa chica no se apartó de tu camilla ni un solo segundo cuando estabas en coma. Se estaba cayendo a pedazos del cansancio, pero jamás perdió la esperanza de que despertaras. Estaba ahí para ti cuando no eras más que un cuerpo inmóvil en una cama. Si eso no es amor, ya no sé qué es. No va a cambiarte por un par de luces brillantes en Los Ángeles.

Escucharlos hablar con tanta seguridad me dio un vuelco en el corazón. Me tranquilizó muchísimo saber que ellos, desde fuera, lo veían tan claro. Me quité un peso de encima y decidí cambiar de tema antes de ponerme más sentimental de la cuenta.

Señalé a Eiden con la botella, desviando el foco.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal están las cosas con Elara?

A Eiden se le ablandó la mirada de inmediato. Era increíble ver cómo el chico duro del pueblo se derretía cada vez que se mencionaba a su chica.

—Genial, tío —dijo, y una sonrisa de puro orgullo le cruzó la cara—. Elara es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ahora mismo está como loca en casa, preparando una serie de cuadros para una galería de arte que la ha contratado. No para de pintar. Y yo, bueno, en breves seré el dueño del taller mecánico. El viejo se jubila el mes que viene y me deja el negocio.

—Joder, hermano, cuánto me alegro —dije, sonriendo de verdad.

Eiden era como mi familia, pero en todo este tiempo Elara también se convirtió en una gran amiga para mí. Saber que por fin la vida les sonreía a ambos, después de todo lo que arrastraban me llenaba de una satisfacción enorme. Se lo merecían.

—Oye, y hablando de negocios y de futuro ¿has pensado en seguir aprendiendo a tatuar? —preguntó Eiden, apuntándome con el cuello de su botella—. Antes de que todo saltara por los aires estabas muy metido en eso y pasabas horas dibujando.

Me miré las manos, que todavía se sentían un poco rígidas, y sonreí de lado. La verdad es que diseñar era de las pocas cosas que me daban una paz real.

—Sí, la verdad es que le he estado dando bastantes vueltas estos días —admití, recostándome con cuidado—. Estar al borde de la muerte te espabila. En cuanto esté más recuperado y tenga un poco más de movilidad, mi idea es llamar a Leo para que me guíe en los próximos pasos. Quiero tomármelo en serio y ver a dónde me lleva.

—Haces bien, tío —secundó Jack con un asentimiento—. Tienes un don para el dibujo, sería una soberana gilipollez que lo dejaras perder ahora.

Asentí y aproveché el momento de relax para girarme hacia Jack. Le clavé una sonrisa vacilona y vi cómo se tensaba en la silla de inmediato. Enderezó la espalda y dejó su cerveza a medio camino, sabiendo la que se le venía encima.

—Y bien, Jack —alargué las palabras con dramatismo—. ¿Qué tal están las cosas con Ivelle?

Tragó saliva y por un milisegundo pareció que se le iba a cortar la respiración. Intentó mantener su habitual rostro inexpresivo de tipo reservado, pero un ligero rubor delató la tensión que le recorría el cuerpo.

—Bien. Normal —soltó intentando usar su tono más plano y casual —. Como siempre. Es la hermana de mi mejor amigo, ya sabes. No hay novedades.

Eiden y yo nos miramos, compartiendo una sonrisa de complicidad diabólica. La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Jack estaba escondiendo algo, se le notaba a leguas que había gato encerrado y que las cosas entre ellos habían pasado a otro nivel, aunque se estuviera muriendo de miedo por la reacción del mellizo de Ivelle.

—¿Normal? —repitió Eiden, inclinándose hacia delante con malicia, picándole—. Vamos, Jack, que nos conocemos. El otro día te vi pasar por su calle a deshoras con una sonrisa de atontado.

—Solo... le estaba llevando unas cosas—se defendió, apartando la mirada hacia la barra del bar, tratando de actuar como si no pasara nada, aunque se estaba muriendo de vergüenza por dentro.

—Claro, a las doce de la noche. Muy generoso por tu parte —le di una palmadita en la espalda, riéndome por lo bajo—. Ya nos contarás el secreto cuando dejes de esconderte, campeón.

Jack gruñó algo ininteligible y le dio un trago largo a su cerveza para esquivar las preguntas, haciéndose el interesante mientras Eiden y yo seguíamos chinchando.

Por primera vez en muchos meses, rodeado de mis amigos, con las risas llenando la mesa y el fantasma de la muerte pisándome los talones pero ya de lejos, sentí que la vida en Windale volvía a tener sentido.

Solo faltaba que mi bailarina cruzara esa puerta para que el cuadro estuviera completo.

Capítulo 70

Nevan

Aria se fue hace una semana y cada día se me estaba haciendo más largo que el anterior. Sabía alguna cosa de ella por los mensajes que nos mandábamos, pero no eran demasiados y mi cabeza empezaba a ponerse nerviosa. El silencio digital alimentaba mis peores temores.

Por suerte, el cuerpo me daba treguas. Cada vez me encontraba mejor, ya apenas tomaba ningún medicamento y por fin podía moverme con total libertad. De vez en cuando, alguna punzada de dolor agudo me atravesaba las costillas cuando hacía un movimiento brusco, pero poco a poco el malestar iba menguando.

Para no volverme loco dándole vueltas a las cosas, empecé a refugiarme en el dibujo. Pasaba las tardes enteras con el cuaderno apoyado en las rodillas, gastando lápices y canalizando toda la ansiedad al trazar líneas. De hecho, me atreví a intercambiar un par de mensajes con Leo. Le mandé fotos de algunos de mis últimos diseños y su respuesta me dio un subidón que no esperaba. Me dijo que tenía una técnica brutal para las sombras, que me consiguiera un par de pieles sintéticas para ir practicando el pulso en casa y que, en cuanto me viera con fuerzas para aguantar sesiones largas de pie, las puertas de su estudio estaban abiertas para enseñarme a usar las máquinas de verdad. Saber que mi futuro empezaba a tener un rumbo real, un proyecto que dependía solo de mí, me servía de salvavidas.

La relación con mi madre y con John cada vez era más natural y fácil de llevar. Todavía no me acostumbraba a recibir atención constante

ni a que se preocuparan tanto por mí, pero me estaba adaptando. El embarazo de mi madre iba genial. Aunque jamás admitiría en voz alta delante de nadie que, en secreto, me moría de ganas de conocer al que sería mi hermano. Quería estar ahí para él.

Gus y Martha se pasaron varias veces por la casa para verme. Los echaba mucho de menos en el día a día. Al final, ellos eran mi verdadera familia y eso era algo que jamás iba a cambiar. Me dieron muchísimo más de lo que jamás podría haber pedido en mis peores años, y los quería como si fueran mis padres.

Estaba divagando en el porche, con el cuaderno de bocetos cerrado a mi lado y absorto en mis pensamientos, cuando el sonido de mi teléfono rompió la calma. Al mirar la pantalla, el nombre de Aria parpadeó en letras grandes.

Descolgué con una rapidez que me daría hasta vergüenza si se tratara de cualquier otra persona en el planeta. Pero con Aria las reglas no existían.

—¿Aria? —solté conteniendo el aliento.

—¡Hola, Nevan! —su voz cantarina y llena de vida resonó al otro lado de la línea, inyectándome un chute de adrenalina instantáneo.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te está yendo todo por allí? —pregunté, incapaz de camuflar la urgencia en mi tono.

—Todo ha ido genial —me tranquilizó, y pude notar la sonrisa en su voz—. Escúchame, necesito que cojas el coche ahora mismo y vayas a una dirección que te voy a mandar.

Fruncí el ceño extrañado por el misterio, pero no me lo pensé dos veces.

—Está bien. Pásamela.

Conduje a toda prisa, devorando los pocos kilómetros que me separaban de las coordenadas que me había enviado. Cuando detuve el motor en el arcén, el corazón me dio un vuelco salvaje.

Aria estaba allí, de pie, apoyada al lado de un coche blanco impecable. Supuse que era el coche en el que había vuelto desde Los Ángeles, ya que para irse tuvo que coger un taxi. Al bajarme, me quedé un segundo paralizado mirándola. Estaba radiante. Vestía unos pantalones blancos de lino sueltos y una camiseta ajustada rosa que resaltaba su piel dorada por el sol. Llevaba su larga melena suelta, ondeando al viento, y lucía una sonrisa inmensa y brillante en su preciosa cara.

No pude contenerme. Crucé la distancia que nos separaba casi corriendo y la estreché entre mis brazos con una necesidad desesperada. La levanté del suelo y le di una vuelta en el aire, provocando que soltara una carcajada que me llenó el pecho de música.

—Has vuelto —susurré contra su cuello, aspirando su perfume, todavía sin creérmelo del todo—. Has vuelto conmigo.

Aria se separó apenas unos centímetros, me miró a los ojos con una ternura infinita y me dio un beso suave en la mejilla.

—Siempre volveré a mi hogar, Nevan —dijo con una voz firme y cargada de una verdad absoluta—. Y mi hogar siempre serás tú.

Esas palabras me destrozaron y me reconstruyeron al mismo tiempo. No pude resistirlo más; la tomé de la nuca y la besé con toda la pasión, el miedo y las ganas que fui acumulando durante su ausencia. La besé porque ella también era mi hogar. Daba igual dónde estuviéramos en el mapa; sea donde sea que ella estuviera, ahí estaría mi corazón.

Cuando nos separamos, recuperando el aire a duras penas, recorrí el entorno con la mirada, todavía confuso. Estábamos en una calle peatonal del centro de Windale.

—Y bien... ¿se puede saber por qué me has citado en esta dirección? —pregunté alzando una ceja con curiosidad.

Aria sonrió con una picardía deliciosa. Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones de lino y sacó un juego de llaves tintineantes,

moviéndolas delante de mis ojos. La miré ceñudo, sin entender muy bien a dónde quería llegar con todo este juego.

—Nevan, soy oficialmente la propietaria de la *Soft Whisper Dance Academy* —anunció, y sus ojos brillaron con una emoción desbordante mientras señalaba con la cabeza el edificio que teníamos justo al lado.

Giré la cabeza para contemplar la estructura. Era un edificio antiguo de ladrillo visto, de dos plantas, con unos ventanales enormes que prometían inundar todo el interior de luz natural. Era evidente que todavía le faltaba una reforma profunda, pintura y horas de trabajo para ponerlo a punto, pero tenía una fachada preciosa, con un encanto rústico e histórico que encajaba a la perfección en la estética de Windale.

Una oleada de felicidad y un orgullo inmenso me golpeó el estómago. Lo había logrado. Había roto sus cadenas.

—No me lo puedo creer, bombón —dije agarrándola de la cintura para volver a pegarla a mí—. Es increíble. Estoy tan orgulloso de ti.

Aria, desbordando felicidad por cada poro de su cuerpo, empezó a explicarme a toda velocidad todo lo que sucedió en Los Ángeles durante esos días. Verla hablar con esa ilusión, ver cómo sus sueños ya no eran una imposición de nadie sino suyos, hizo que la paz me inundara. Su felicidad era tanta que no pude evitar contagiarme por completo, sabiendo que el futuro, por fin, empezaba hoy.

El sonido de la llave girando en la cerradura vieja resonó con un eco metálico. Aria empujó la pesada puerta de madera y un olor a madera antigua, polvo en suspensión y tiempo detenido nos recibió de golpe. El calor sofocante se quedó fuera, sustituido por una corriente fresca que corría por el pasillo principal.

Aria no esperó ni un segundo. Me tomó de la mano y, con un tirón lleno de energía, me arrastró hacia el interior del edificio. Tenía los ojos desorbitados, brillantes, y una especie de electricidad le recorría

el cuerpo. Caminaba con un aire soñador, como si no estuviera pisando un suelo cubierto de polvo, sino flotando sobre nubes.

Cruzamos un arco de ladrillo y entramos en una estancia gigantesca. El suelo de parqué crujió bajo nuestras botas, desgastado por los años pero con una estructura impecable. La luz del sol entraba a raudales por los enormes ventanales, dibujando rectángulos dorados en el suelo.

Aria soltó mi mano y avanzó hacia el centro de la gigantesca estancia. Incluso vestida con ropa informal y pisando un suelo cubierto de polvo, se movía con una gracia innata, casi flotando, como si el espacio entero le perteneciera desde siempre. Se detuvo justo donde un enorme rayo de sol cruzaba el parqué y empezó a girar sobre sí misma barriendo el lugar.

—Quiero que todo esto vaya pintado de un blanco roto muy suave, casi crema —explicó, alzando el brazo y señalando las altas paredes con un dedo entusiasmado, trazando líneas imaginarias en el aire.

Se detuvo en seco y me miró de reojo, buscando mi reacción. Yo me limité a sonreír, apoyando el hombro contra el marco de la puerta y cruzándome de brazos.

—Quiero que cuando los alumnos entren aquí, sientan que es un lugar cálido, acogedor… —continuó ella, bajando la voz a un tono casi reverente, mientras dejaba caer los brazos a los lados—. Como un refugio, Nevan. Un lugar donde estar a salvo.

—Suena perfecto, Morgan —respondí y el tono ronco de mi voz delató lo mucho que me gustaba verla así de libre—. Compro la idea del blanco crema. El blanco puro está sobrevalorado.

Ella soltó una pequeña risa y continuó su recorrido. Se deslizó con paso ágil hacia el lateral de la sala, deteniéndose a escasos centímetros de la superficie rugosa. Extendió ambas manos, abiertas de par en par, y las movió de arriba abajo para abarcar toda la longitud de la estructura.

—Toda esta pared de la derecha estará cubierta de espejos, desde el suelo hasta el techo —anunció, y por un segundo su rostro se ensombreció, un sutil recordatorio de las largas y crueles horas de juicio a las que su madre la había sometido en Los Ángeles. Sin embargo, se sacudió el pensamiento con una rapidez asombrosa y me clavó una mirada decidida—. Pero no van a ser para buscar la imperfección, ni para machacarse. Van a estar ahí para enseñarles a corregir la postura con cariño. Con paciencia.

Sentí un pinchazo de orgullo en el pecho que no tuvo nada que ver con mis costillas lesionadas. Esta chica estaba dispuesta a reescribir las reglas de un mundo que casi la destruye.

—Me parece la mejor idea que he oído hoy —aseguré enderezándome un poco—. Rompe con todo lo anterior, bombón. Te va a quedar increíble.

Aria me dedicó una sonrisa radiante y dio media vuelta sobre sus talones. Cruzó la estancia en dirección opuesta, levantando una mota de polvo dorado a su paso que bailó bajo la luz de la tarde. Se detuvo frente al tabique de ladrillo y lo acarició con la yema de los dedos, como si ya pudiera sentir los materiales definitivos bajo su tacto.

—Enfrente colocaremos las barras de madera clara —explicó, volviéndose hacia mí con los ojos chispeantes—. Quiero que mantenga este toque rústico de Windale, ¿sabes? Combinando la fuerza del ladrillo visto con la calidez de la madera.

De repente, acortó la distancia entre los dos a zancadas, me tomó de las manos y me obligó a dar un paso hacia el centro del espacio vacío, arrastrándome consigo a su burbuja. Me tocó el mentón con suavidad para que mirara hacia el suelo desgastado y me susurró al oído, con un aire tan soñador que me resultó imposible no contagiarme:

—¿Te lo imaginas, Nevan? Aquí en el centro, el suelo bien lijado y pulido, brillando bajo el sol…

Yo me apoyé contra el marco de la puerta, cruzándome de brazos. No podía dejar de mirarla. Verla gesticular, dibujar líneas en el aire con sus manos de bailarina y hablar con esa pasión desbordante me llenaba el pecho de un orgullo que apenas me cabía dentro.

Me tomó de nuevo de la mano y me guió hacia una estancia más pequeña que comunicaba con la entrada. Después de enseñarme las demás salas y los vestuarios, terminó el recorrido y se giró hacia mí, un poco jadeante por hablar tan deprisa, con las mejillas encendidas y esa sonrisa radiante que me devolvía la vida. Se acercó despacio, entrelazando sus brazos alrededor de mi cuello, mirándome con una mezcla de expectación y timidez.

—¿Qué te parece? —susurró buscando mi aprobación—. Sé que ahora mismo se ve como un desastre lleno de polvo y escombros, pero ¿puedes verlo, Nevan? ¿Puedes ver mi sueño aquí dentro?

La agarré con firmeza de la cintura, pegándola a mi cuerpo sin importarme el leve pinchazo en mis costillas. Le aparté un mechón de pelo dorado de la cara y la miré con toda la verdad de la que era capaz.

—No veo ningún desastre, Morgan —aseguré con la voz un poco ronca por la emoción—. Solo veo el lugar más increíble de este pueblo. Y te prometo que voy a ayudarte a lijar cada tabla de este suelo y a pintar cada milímetro de estas paredes hasta que quede tal y como lo tienes en tu cabeza.

Aria soltó un suspiro tembloroso, con los ojos empañados de felicidad, y se inclinó para besarme, sellando entre aquellas paredes vacías el inicio de nuestra verdadera historia.

Capítulo 71

Aria

Han pasado ya varios días desde mi regreso a Windale y cada mañana me despertaba con la maravillosa certeza de estar donde debía estar.

Maeve ha sido muy generosa al dejar que me quedara en su casa mientras terminaba de asentarme y organizaba todos los detalles de mi nueva vida. No solo ella se ha volcado conmigo; mi propia madre estaba cumpliendo su promesa de una manera que jamás habría imaginado. Llamaba a diario, enviaba presupuestos, se coordinaba con proveedores de suelos especializados y me ayudaba con todo el papeleo legal de la academia.

Las reformas ya han comenzado, el eco de los martillazos en el viejo edificio me sonaba a música y la ilusión me desbordaba. Me sentía, por primera vez, en paz absoluta conmigo misma.

Y no era la única que estaba construyendo su propio futuro. Nevan también avanzaba a su manera. Se había comprado su primera máquina de tatuar y un montón de pieles sintéticas para empezar a practicar en casa. Verlo concentrado durante horas entre sus bocetos y el zumbido de la aguja, con esa chispa de ilusión de vuelta en los ojos, me llenaba el pecho de orgullo. Los dos estábamos, por fin, creando algo propio.

Pero hoy no era un día para pensar en reformas o en tatuajes. Hoy era diecisiete de Octubre. El cumpleaños de Nevan.

Cumplía veinticuatro años y le tenía preparada una sorpresa enorme. Había pasado días conspirando en secreto con Maeve y John,

quienes me ayudaron entusiasmados a escoger el regalo perfecto, asegurándose de que fuera algo que él jamás olvidaría. Nevan, fiel a su nuevo enfoque de la vida, decidió celebrarlo en *petit comité*. Nada de fiestas salvajes con desconocidos; solo nosotros y sus amigos más cercanos: Eiden, Elara, Jack e Ivelle. Además, invitó a Sienna, que en ese mismo instante conducía hacia Windale. Mi loca amiga se negó en redondo a perderse el cumpleaños del «chico duro» al que tanto cariño cogió durante nuestras semanas en Los Ángeles.

Me incorporé despacio sobre el colchón, apoyándome en un codo para observarlo. Nevan dormía a mi lado, ajeno al mundo. La luz suave de la mañana entraba por la ventana, recortando su silueta contra las sábanas oscuras. Ya apenas le quedaban marcas físicas de la paliza, más allá de las nuevas cicatrices que ahora surcaban su piel, sumándose a las antiguas como un mapa de su supervivencia. Así, adormilado y con las facciones relajadas, se le veía tan joven, tan en paz.

Extendí la mano con infinita lentitud y le aparté un mechón de pelo rubio que le caía sobre la frente. Una oleada de amor, un sentimiento tan puro que casi me impedía respirar, me inundó por completo. Amaba a este hombre con cada fibra de mi ser. Estaba tan roto cuando lo conocí, pero por fin había empezado a reconstruirse y, en el proceso, me salvó a mí de mi prisión. Nunca en mi vida había sentido algo tan sagrado por nadie.

Una sonrisa pícara y decidida comenzó a dibujarse en mis labios. Era su cumpleaños y se merecía el mejor de los despertares.

Me deslicé hacia abajo, arrastrándome bajo las sábanas hasta quedar entre sus piernas. Con movimientos felinos y silenciosos, introduje las manos por debajo de la pretina de sus boxers, acariciando primero la piel firme de sus muslos antes de deslizar la prenda hacia abajo con suavidad, liberando su erección matutina. Estaba erecto, caliente y tenso, listo para mí.

Me incliné hacia delante, dejando que mi melena dorada cayera a los lados, y bajé la cabeza. Primero pasé la punta de la lengua por toda la longitud de su miembro, saboreándolo, sintiendo cómo daba un sutil latido ante el primer contacto húmedo. Sin perder el ritmo, abrí la boca y lo tomé por completo, envolviéndolo con la calidez de mi garganta. Comencé a succionar con suavidad pero con una firmeza experta, moviendo la cabeza de arriba abajo en un vaivén rítmico y constante. El contraste de mis labios apretados y el calor húmedo de mi boca alrededor de su hombría creó una fricción intensa y sensual.

A los pocos segundos, escuché cómo el ritmo de su respiración cambiaba. Nevan soltó un jadeo ronco, ahogado, y se removió entre las sábanas. Al abrir los ojos, todavía entornados y pesados por el sueño, se encontró conmigo allí abajo, devorándolo con la mirada mientras mi boca se deslizaba arriba y abajo por su longitud, absorbiendo cada vez más profundo.

—Joder, Aria… —gruñó con la voz rota por el letargo matutino, mientras arqueaba la pelvis hacia mi boca, buscando más de ese calor.

Sus manos, grandes y de dedos largos, bajaron por instinto hasta mi cabeza, hundiéndose en mi pelo suelto para guiar el ritmo, sin presionar, dejándose llevar por completo por el placer que le estaba regalando. Continué incrementando la intensidad, usando la lengua para juguetear alrededor de la punta cada vez que subía, saboreando el líquido preseminal que empezaba a brotar; antes de volver a hundirme por completo hasta la base, haciéndole soltar una retahíla de maldiciones en voz baja. Estaba atrapado entre las redes de un placer puro y salvaje que lo estaba despertando de la mejor manera imaginable, con sus caderas respondiendo de forma espasmódica a cada una de mis succiones.

El letargo del sueño desapareció por completo de los ojos de Nevan, sustituido por un brillo oscuro y cargado de una urgencia primitiva. Sus manos, que antes solo descansaban en mi cabello, se cerraron con fuerza entre los mechones dorados, afianzando el agarre con

una firmeza posesiva y autoritaria que me hizo dar un vuelco al corazón.

Me encantaba cuando tomaba el control de esa manera, cuando desnudaba al tipo duro y dominante que llevaba dentro y que tanto me fascinaba.

Arqueó la pelvis hacia arriba, rompiendo la pasividad, y empezó a marcar él mismo el compás. Con un movimiento decidido de sus caderas, se abrió paso más profundo en mi garganta, obligándome a acogerlo casi por completo. Sosteniendo mi cabeza con fuerza, comenzó a embestir contra mi boca en un vaivén profundo, rítmico y demandante. Acepté su dominancia con gusto, disfrutando de la sensación de perder el control ante él. Entrecerré los ojos para mirarlo desde abajo mientras succionaba con más fuerza, amoldando mis labios a su grosor y dejando que el calor húmedo de mi boca lo envolviera a cada embestida. El sonido lascivo de la fricción y sus gemidos roncos inundaban la habitación, subiendo la temperatura por segundos.

Nevan apretó los dientes, con los músculos del abdomen tensos y las venas de los brazos marcadas por el esfuerzo de contenerse. Su ritmo se volvió más rápido, más salvaje, hundiéndose en mí hasta el fondo una y otra vez. De repente, su agarre en mi pelo se volvió casi desesperado y detuvo el movimiento de sus caderas por un instante, conteniendo el aliento con los ojos fijos en los míos.

—Aria... joder, para... me voy a correr —advirtió con una voz rota, rasgada por el límite del placer.

En lugar de apartarme, lo miré y me hundí aún más en su longitud, usando la lengua alrededor de la punta en un claro desafío. No pensaba retirarme. Al notar mi negativa, Nevan soltó un rugido ahogado y se entregó por completo, embistiendo una última vez mientras su cuerpo se tensaba en un espasmo violento. Sentí la descarga caliente, copiosa y espesa de su orgasmo golpear el fondo de mi garganta, llenándome. Mantuve la posición, saboreando cada latido de su liberación hasta que el último impulso cesó, y tragué

todo el calor de su esencia sin romper el contacto visual, demostrándole que era suya.

Me deslicé hacia arriba, limpiándo la comisura de mis labios con el pulgar mientras una sonrisa pícara volvía a dibujarse en mi rostro. Nevan estaba tumbado bocarriba, respirando con rapidez, con el pecho subiendo y bajando y una mirada de absoluta estupefacción mezclada con devoción.

—Feliz cumpleaños, Grayson —dije con la voz suave y cargada de una sensual picardía.

Él soltó una risa ronca, todavía intentando recuperar el aliento, y estiró el brazo para cogerme de la nuca, tirando de mí hacia arriba sin contemplaciones hasta que mi cuerpo quedó tendido sobre el suyo, atrapada entre sus piernas.

—Morgan... Ese es, con una diferencia abismal, el mejor despertar de cumpleaños que he tenido en toda mi puta vida —admitió mirándome con unos ojos azules que ahora rebosaban un brillo tierno.

Me unió a él en un beso profundo, ajeno a los sabores compartidos, un beso hambriento que se transformó en una caricia lenta y protectora. Sus manos me acunaron la espalda, manteniéndome pegada a su pecho, donde su corazón todavía latía a mil por hora.

—Eres el mejor regalo que la vida me ha dado, ¿lo sabes? —susurró contra mis labios, entrelazando sus dedos en mi pelo—. Te quiero, Aria.

—Y yo te quiero a ti, Nevan —respondí apoyando la barbilla en su pecho, sabiendo que este cumpleaños era solo el primero de todos los que pasaríamos construyendo nuestro propio mundo.

***

El sol de Octubre comenzó a caer, tiñendo el cielo de Windale de unos tonos anaranjados y violetas que hacían que el enorme jardín de Maeve y John pareciera sacado de un cuadro. Despojamos al

lugar de cualquier rigidez aristocrática; en lugar de una recepción formal, el espacio se transformó en un refugio íntimo. Hileras de luces cálidas parpadeaban entre las ramas de los robles, una fila de farolillos iluminaba el porche y la música suave flotaba en el aire, mezclándose con el crujido del hielo en los vasos y el sonido más hermoso del mundo: las risas de la gente que queríamos.

Estábamos celebrando la vida. Hacía apenas unos meses, la persona que hoy acaparaba todas las miradas colgaba de un hilo tan frágil que recordarlo todavía me provocaba un escalofrío. Pero allí estaba Nevan, con sus veinticuatro años recién estrenados. Llevaba una camisa oscura que le sentaba de miedo y esa sonrisa de lado que volvía a tener toda su fuerza.

Observé la escena con una copa de vino entre las manos, sintiendo que el corazón me iba a estallar de gratitud.

Sienna, fiel a su estilo, ya se había ganado a todo el mundo. Llegó un par de horas antes, directa de Los Ángeles y derrochando energía. En ese momento estaba apoyada en la barra improvisada junto a John, gesticulando de forma exagerada mientras le contaba una de sus salvajes anécdotas de la gran ciudad, haciendo que el marido de Maeve soltara una carcajada. Se la veía feliz y saber que condujo hasta aquí solo por nosotros, me recordaba la suerte que tenía de contar con ella en mi vida.

A unos metros, sentados en las sillas de mimbre cerca del césped, estaban Eiden y Elara. Ella sostenía una libreta pequeña en su regazo, esbozando alguna idea para su galería, mientras él la miraba como si el sol saliera y se pusiera solo para ella. Le apartaba el pelo con una delicadeza que contrastaba con sus manos curtidas de mecánico y le susurraba cosas al oído que hacían que ella se riera y le diera un empujoncito cariñoso en el pecho. Verlos así, tan asentados y felices después de todo lo que habían pasado en su propia historia, era el reflejo exacto del futuro que quería para Nevan y para mí.

Y luego estaban Jack e Ivelle. La tensión entre esos dos era tan palpable que casi se podía cortar con el cuchillo de la tarta. Estaban de pie cerca de la piscina, hablando de forma casual, pero las miradas que cruzaban decían todo lo contrario. Nevan les lanzó una mirada burlona desde la distancia y le dio un trago a su cerveza, disfrutando del sutil sufrimiento de su amigo.

Maeve apareció desde el porche portando una bandeja con aperitivos, luciendo una tripa de embarazada que ya se notaba bajo su vestido holgado. Se detuvo un momento al lado de Nevan, le puso una mano en el hombro y le dedicó una mirada tan cargada de amor, orgullo y disculpa silenciosa que a mí se me humedecieron los ojos. Él no se apartó; al contrario, cubrió la mano de su madre con la suya durante un segundo, aceptando el gesto. El ciclo de dolor se estaba cerrando por fin.

Caminé hacia él, deslizándome entre las luces de la verbena, dispuesta a unirme a su lado. Nevan notó mi presencia antes de que llegara a tocarlo, giró esos ojos azules hacia mí y estiró el brazo para rodearme la cintura, pegándome a su costado con una posesión suave que me hizo suspirar.

—¿Te estás divirtiendo, Morgan? —me susurró al oído, dejando un beso rápido en mi sien.

—Mucho —respondí rodeándo su espalda con el brazo y apoyando la cabeza en su hombro, sintiendo el latido constante de su corazón—. Mira a tu alrededor, Nevan. Todos están aquí por ti. Estás aquí.

Él miró al grupo, deteniéndose en Sienna que ahora intentaba enseñar a Jack un paso de baile ridículo mientras Eiden vitoreaba de fondo, y luego miró a su madre, que sonreía junto a John. Una expresión de paz se instaló en su rostro.

—Sí —admitió apretándome contra él—. Estoy aquí. Y joder, qué buena noche para estar vivo.

—Tengo una sorpresa para ti —susurré, aprovechando que la música tapaba nuestra conversación—. Vas a tener que ausentarte un rato

de la fiesta, porque tenemos que ir en coche.

Nevan se separó un poco y me miró frunciendo el ceño, con la intriga y la sospecha reflejada en sus ojos. Sin embargo, no protestó. Esbozó una media sonrisa, asintió y se giró hacia el grupo para levantar la mano.

—Oíd, nos vamos un momento. Volvemos en un rato, no os bebáis todo lo que queda —avisó con su habitual tono burlón.

—¡Más os vale no tardar, que he venido desde Los Ángeles a verte soplar las velas, rubito! —gritó Sienna desde la barra.

Nos alejamos del jardín tomados de la mano y caminamos hacia la entrada principal de la mansión. Aparcado en la acera nos esperaba mi nuevo coche blanco.

Nos subimos y arranqué el motor. A medida que avanzaba por las calles tranquilas bañadas por el atardecer de Windale, sentí cómo un nudo de nervios se me instalaba en el estómago. Me sudaban las manos sobre el volante. Llevaba días planeando esto en absoluto secreto con Maeve y John, pero ahora que el momento había llegado, me aterrorizaba que a Nevan no le gustara o que sintiera que me había precipitado. ¿Y si era una cagada monumental?

Nevan, que me conocía demasiado bien, no tardó en notar la rigidez de mis hombros y cómo mordía mi labio inferior.

—A ver, Morgan, me estás empezando a asustar —bromeó acomodándose en el asiento del copiloto—. Estás tan tensa que parece que me vas a secuestrar para pedir un rescate. Te aviso que John es rico, pero igual no paga tanto por mi cabeza.

Solté una risa nerviosa, agradeciendo el intento de romper el hielo.

—Cállate y déjate secuestrar, Nevan. Te prometo que vas a conservar todos tus órganos intactos.

Giré en una calle residencial un poco apartada del centro, una zona preciosa rodeada de árboles frondosos y un silencio acogedor. Estacioné el coche frente a la acera y apagué el motor. Miré a

Nevan. Él miró por la ventanilla y luego volvió a mirarme, con cara de confusión, sin entender qué demonios estábamos haciendo allí ni por qué nos detuvimos en ese lugar exacto.

Le tomé la mano sintiendo su calidez y lo guíe fuera del coche. Caminamos unos pasos por la acera hasta detenernos frente a una pequeña y encantadora casa de estilo rústico. Empujé la valla blanca de la entrada y avanzamos por el caminito de piedra que cruzaba el jardín delantero.

—Aria, en serio, ¿qué pasa? —preguntó, deteniéndose a un par de pasos de la puerta principal, mirándome con una insistencia que mezclaba la curiosidad con un ligero rastro de vulnerabilidad—. ¿De quién es esta casa? ¿Por qué estamos aquí?

Me coloqué frente a él, bloqueando el paso a la puerta. El corazón me latía tan deprisa que temía que pudiera escucharlo. Metí la mano en el bolso, saqué un juego de llaves sujeto por un llavero sencillo y se las mostré, extendiendo la palma de mi mano.

—He comprado la casa, Nevan —solté de golpe, con la voz temblando—. Es nuestra.

Nevan abrió los ojos de par en par. Se quedó de piedra, con la mirada clavada en las llaves y luego en mi rostro. El silencio que se instaló entre nosotros fue asfixiante. Pasaron cinco, diez, quince segundos y él no decía nada, ni un músculo de su cara se movía. Mis alarmas internas se encendieron a toda potencia; empecé a ponerme nerviosa, convencida de que la había cagado a niveles estratosféricos, que había invadido su espacio o que su orgullo no iba a soportar algo así.

Estaba a punto de guardar las llaves y empezar a disculparme cuando vi cómo sus ojos se empañaban. Una única lágrima resbaló por su mejilla, rompiendo toda su coraza.

Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Nevan dio un paso al frente, me rodeó con sus brazos fuertes y me pegó a su pecho con un abrazo tan profundo, desesperado y tierno que me

dejó sin aliento. Se enterró en mi cuello, apretando como si fuera lo único real que le quedaba en el mundo y, sentí cómo sus hombros temblaban.

—Aria… —susurró contra mi piel, con la voz rota por la emoción —. Me vas a matar de un maldito infarto un día de estos.

Le devolví el abrazo con la misma intensidad, hundiendo mis manos en su espalda, sintiendo una paz inmensa inundarme al comprender que no estaba enfadado. Nos quedamos así un largo rato, mecidos por la brisa del atardecer de agosto, en un momento íntimo.

Cuando se separó un poco, me tomó de la cara con ambas manos, había una sombra de reparo en sus ojos, ese orgullo que todavía le costaba domar.

—Es preciosa, bombón, de verdad que lo es —admitió mirando la fachada de la casa y luego volviendo a mí—. Pero… joder, me da un reparo tremendo que te hayas gastado todo ese dinero tú sola. No he aportado nada aquí. Siento que, no sé, que tendría que ser a medias.

Le dediqué una sonrisa tierna y le cubrí las manos con las mías, obligándolo a mirarme a los ojos para que entendiera la verdad de mis palabras.

—Escúchame bien, Nevan —lo tranquilicé con voz firme—. Tenía muchísimo dinero acumulado y guardado de todas las campañas de publicidad, el ballet y los contratos que hice en Los Ángeles. Estaba ahí metido en el banco, recordándome una etapa de mi vida que me hizo daño. No vi mejor manera en el mundo de usar ese dinero que limpiándolo y transformándolo en un futuro real para los dos. Es mi regalo de cumpleaños para ti, pero también es un regalo para mí misma. Nuestro hogar.

Nevan tragó saliva asimilando mis palabras, y la rigidez de sus hombros terminó de desaparecer. Una sonrisa, la más bonita que le vi jamás, iluminó su rostro.

—Además —añadí guiñándole un ojo de forma cómplice—, el dinero solo compra las paredes. A partir de aquí, el trabajo de verdad comienza ahora. Nos toca a los dos empezar a reformarla por dentro, pintarla, amueblarla y ponerla a nuestro gusto. Y sé de buena tinta que eres muy bueno con las manos y las herramientas, así que no te vas a librar de trabajar.

Nevan soltó una carcajada ronca y me arrebató las llaves de la mano para guardarlas en su propio bolsillo antes de volver a atraparme por la cintura.

—Está bien, Morgan. Me has convencido—cedió rozando sus labios con los míos—. Prepárate, porque te voy a dejar la casa más increíble de todo el pueblo.

Antes de que pudiera reaccionar, Nevan se agachó con agilidad, me pasó un brazo por debajo de las rodillas y el otro por la espalda, levantándome en vilo al estilo de novia recién casada.

—¡Nevan! —grité entre risas, rodeándo su cuello con los brazos mientras él empujaba la puerta principal con el pie, abriéndola de par en par.

—Si vamos a estrenar un hogar, Morgan, lo haremos bien —sentenció cruzando el umbral conmigo en brazos entre las risas que resonaban en las paredes vacías.

Me dejó caer sobre mis pies en el centro del recibidor. Me quedé quieta, asimilando el espacio. La casa olía a madera limpia y a vacío esperando ser llenado. Tenía techos altos con vigas de madera vista que le daban un aire rústico y acogedor, suelos de tarima clara que reflejaban las últimas luces del atardecer y un gran salón con un ventanal enorme que daba al jardín trasero. Era perfecta. Un lienzo en blanco para nuestra vida.

Caminamos cogidos de la mano, recorriendo las habitaciones vacías, nuestros pasos duplicados por el eco. Había una complicidad eléctrica en el aire, una tensión que iba ganando terreno con cada segundo de aislamiento. Cuando entramos en la cocina, mis ojos se

posaron en una espectacular y amplia isla de piedra oscura y madera que dominaba el centro de la estancia.

Nevan no me dejó mirar nada más. Me tiró del brazo con fuerza haciéndome girar y me estampó contra el borde de la isla. Sus labios cayeron sobre los míos con una voracidad salvaje; un beso profundo, cargado de una urgencia que me hizo soltar un gemido ahogado. Sus manos grandes me agarraron por los muslos y, de un solo tirón firme, me subió a la superficie de la piedra, encajándose de inmediato entre mis piernas abiertas.

Se separó apenas unos milímetros, con la respiración entrecortada y una sonrisa pícara grabada en las facciones.

—Vamos a estrenar esta casa ahora mismo, bombón —susurró con voz ronca, una promesa que me hizo humedecer las bragas al instante.

No hubo preámbulos suaves, ni delicadeza. Nevan me agarró el dobladillo de la camiseta y tiró hacia arriba, despojándome de ella en un movimiento brusco. Sus labios bajaron en línea recta por mi cuello, mordiendo la piel sensible de mi clavícula, haciéndome arquear la espalda antes de enterrar la boca en mis pechos. Desabrochó mi sujetador con dedos impacientes y empezó a lamer y succionar mis pezones con fuerza, usando sus dientes con la presión justa, haciendo que las uñas en sus hombros.

La excitación nos devoró en segundos, transformándose en una necesidad violenta. Yo me incliné hacia delante, buscando su boca de nuevo mientras mis manos bajaban desesperadas por su camisa, arrancando los botones en el proceso para liberar su torso ancho, marcado por los músculos tensos y las cicatrices. Deslicé mis manos por su piel caliente, rasguñando su espalda mientras él bajaba la cremallera de mis pantalones, tirando de ellos y de mis bragas hacia abajo hasta dejarlos caer al suelo.

Quedé desnuda sobre la fría superficie de piedra, con las piernas abiertas de par en par para él. Nevan se deshizo de sus vaqueros y

sus boxers con movimientos rápidos, dejando libre su erección palpitante.

Pensé que me penetraría de inmediato, mi cuerpo suplicaba por el impacto, pero Nevan tenía otros planes. Su vena dominante tomó el control absoluto. Agarró mis dos muñecas con una sola de sus manos y las presionó con fuerza contra la superficie de la isla, por encima de mi cabeza. Con su cuerpo pesado y firme, me bloqueó las piernas, impidiendo que pudiera moverme un solo milímetro. Estaba a su merced, expuesta y atrapada.

—Nevan, por favor… —supliqué jadeando, con las caderas moviéndose por instinto hacia arriba, buscando el roce.

Él soltó una sonrisa cruel y lasciva. Bajó su mano libre hasta mi centro, que ya chorreaba deseo, y hundió dos dedos de golpe dentro de mí, moviéndolos con rudeza mientras su pulgar aplastaba mi clítoris. Solté un grito ahogado, retorciéndome contra su agarre de hierro.

—¿La quieres ya, Morgan? —me susurró al oído, mordiéndome el lóbulo con fuerza—. Mírame. Mira cómo estás de empapada por mí. Pero vas a esperar. Pídemelo bien.

—Joder, Nevan, métela, te lo ruego… me voy a volver loca —grité desesperada, sintiendo el vacío abrasador dentro de mí mientras él continuaba castigándome con los dedos, llevándome al borde del colapso sin darme lo que de verdad quería.

Cuando vio mis ojos desorbitados y mi cuerpo temblando en agonía, Nevan sacó los dedos de golpe, me soltó las muñecas y me agarró con fuerza de las caderas, clavando sus dedos en mi piel donde seguro quedarían marcas. Se posicionó en mi entrada y, de una sola embestida brutal y despiadada, se hundió en mí.

El impacto me sacó el aire de los pulmones. Un gemido agudo saltó de mi garganta mientras mis piernas se envolvían alrededor de su cintura, apretando para fundirme con él. Nevan no esperó a que me acomodara; empezó a follarme con un ritmo salvaje, duro y rítmico,

haciendo que mi cuerpo golpeara una y otra vez contra la piedra de la isla.

El sonido de nuestros cuerpos colisionando, de mi humedad salpicando por la fricción y de sus gruñidos animales llenó la cocina vacía. No había nada romántico en la forma en que me poseía. Nevan me destrozaba el cuello a besos y mordiscos mientras me embestía con una fuerza que me hacía ver estrellas, hundiéndose tan profundo que sentía cada latido de su miembro contra mi.

—Eres mía, Aria… en nuestra casa —gruñó cerca de mi oído, acelerando el ritmo, volviéndose errático y violento a medida que el orgasmo nos acechaba.

—Más rápido, Nevan, más fuerte —exigí clavándole las uñas en el culo para obligarlo a golpear con más fuerza.

Respondió aumentando la potencia de cada impacto, desarmándome por completo. La fricción abrasadora y la dominación con la que me retenía contra la encimera me llevaron al límite en cuestión de segundos. Mis paredes se contrajeron alrededor de su longitud en un orgasmo demoledor que me hizo gritar su nombre al techo. Al sentir mis espasmos, Nevan soltó un rugido ronco, me apretó con una fuerza casi dolorosa contra él y dio tres embestidas finales y brutales antes de correrse con una fuerza arrolladora dentro de mí, llenándome por completo con su calor mientras ambos colapsábamos, jadeando, unidos en el centro de nuestro nuevo mundo.

El eco de nuestros jadeos apresurados comenzó a disminuir, dejando que el silencio de la cocina vacía volviera a envolvernos, roto solo por el sonido de nuestras respiraciones acompasadas. La rigidez salvaje que gobernó el cuerpo de Nevan se disipó por completo.

Apoyó su frente en la mía con los ojos cerrados, mientras su pecho subía y bajaba con fuerza contra el mío. Sentí un beso suave en la punta de mi nariz antes de que se deslizara con lentitud fuera de mí. Pero no se alejó. A pesar de no haber recuperado el control, me

rodeó con sus brazos largos y fuertes, pegándome a su torso desnudo para protegerme del tacto frío de la piedra de la isla.

Abrió los ojos, y ese azul oscuro y tormentoso que me había devorado minutos antes se transformó en un mar de absoluta calma y ternura. Me miró con una devoción tan cruda que sentí un vuelco dulce en el estómago.

—Ven aquí —susurró con la voz todavía ronca, acomodándome con suavidad para que me sentara de lado sobre la isla, rodeando su cintura con mis piernas.

Alzó una mano, con los dedos aun temblando por el esfuerzo y la adrenalina, y comenzó a acariciarme la mejilla con el dorso de los dedos. El contraste entre la fuerza con la que me retuvo y la delicadeza infinita con la que me tocaba ahora me hizo contener el aliento. Me apartó con infinito mimo los mechones de pelo dorado que se me pegaban a la cara por el sudor.

—A veces me cuesta creer que esto sea real, Morgan —admitió en un susurro, clavando su mirada en la mía—. Que estés aquí, que hayamos sobrevivido a todo ese infierno y que esta casa sea nuestra. No sé qué hice en esta vida para merecerte, de verdad.

Sonreí, sintiendo cómo los ojos se me humedecían por la emoción del momento. Deslicé mis manos por sus hombros, deteniéndome en su pecho, justo donde su corazón seguía latiendo a un ritmo fuerte y constante. Con la yema de los dedos, delineé con suavidad una de las cicatrices más recientes de sus costillas, con la certeza de que el peligro había quedado atrás.

—No tuviste que hacer nada, Nevan —respondí inclinándome para apoyar mis labios en los suyos en un beso pausado, tierno, que sabía a promesa y a calma—. Solo tenías que ser tú. Nos encontramos en el peor momento posible, pero nos ayudamos a sanar. No hay facturas que pagar aquí. Todo lo que hay en esta casa es amor.

Nevan soltó una exhalación suave, relajando por fin la línea de sus hombros y escondió el rostro en mi cuello, aspirando mi aroma. Sentí sus labios depositar pequeños besos cálidos en mi piel, uno detrás de otro, como si estuviera memorizando cada rincón de mi cuerpo bajo esta nueva luz. Sus manos grandes me acunaron la espalda baja, manteniéndome unida a él en un abrazo protector que me hacía sentir la mujer más protegida de la tierra.

La luz del atardecer terminó de desvanecerse a través del gran ventanal de la cocina, dando paso a una penumbra azulada y pacífica. Allí, sentados en la isla de nuestra futura cocina, desnudos y envueltos el uno en el otro, el sexo duro y la dominación dieron paso a la certeza más absoluta de nuestras vidas: Ya no éramos dos personas rotas huyendo de sus pasados. Éramos Aria y Nevan, en nuestro hogar, listos para empezar a construir el mañana.

Capítulo 72

Nevan

Tres meses después…

Si alguien me dijera hace medio año que mi vida cambiaría de esta manera, me habría reído en su cara a carcajadas. Pero aquí estaba. Estos últimos tres meses han sido, sin duda alguna, los mejores de toda mi puta existencia y, al mismo tiempo, una completa y absoluta locura.

Aria estaba a tan solo a unas horas de abrir las puertas de su academia de baile, la *Soft Whisper Dance Academy*. Verla trabajar durante todo este tiempo ha sido un espectáculo digno de admirar. Habían sido semanas extenuantes de reformas a contrarreloj, contrataciones de profesores y un papeleo legal infernal que la traía de cabeza pero, por fin estaba a punto de conseguirlo. Su sueño estaba ahí mismo, materializado en ese precioso edificio de ladrillo que pronto se llenaría de música y de vida.

Por otro lado, el maldito peso que nos hundía el pecho a todos se evaporó por completo. El juicio contra mi padre se celebró por fin y, aunque fue un trago amargo, nos mantuvimos más unidos que nunca.

Mi madre se armó de un valor que no creí que tuviera y contó ante todo el tribunal el infierno absoluto que ese hombre nos hizo pasar a ella y a mí durante muchísimos años, dejando al descubierto esas heridas en la piel y en el corazón que jamás desaparecerían del todo. Gus testificó justo después, con voz firme y su habitual seriedad, corroborando cada palabra del testimonio de mi madre y del mío. Aria también tuvo que sentarse allí; se me partió el alma

cuando relató lo que vio la noche de la paliza y cómo ese cabronazo intentó sobrepasarse con ella.

Pero cuando me tocó el turno a mí, me planté en el estrado y solté todo lo que me había guardado desde que tuve uso de razón. Le conté al juez cada tortura y cada humillación, manteniendo la mirada fija en sus ojos podridos, que por primera vez en mi vida no me causaron ni un ápice de temor. La sentencia fue maravillosa: pasaría el resto de sus días en la cárcel, sin la más mínima posibilidad de volver a salir en libertad. Fue una de las mejores noticias que he recibido jamás; ni mi madre ni yo tendríamos que volver a tener miedo de ese hijo de puta nunca más.

Con la justicia de nuestro lado y recuperado por completo de mis lesiones, decidí que era hora de poner manos a la obra con mi propio futuro. Después de pasarme semanas encerrado practicando sin descanso con la máquina en casa, destrozando un montón de pieles sintéticas y viéndome mil tutoriales en internet, por fin me sentí preparado. Fue entonces cuando llamé de nuevo a Leo.

Me pasé un buen tiempo yendo y viniendo de Los Ángeles, devorando cursos, practicando hasta que me sangraban los dedos y formándome a fondo en el oficio. Por fin podía decir con orgullo que era apto para ejercer como tatuador profesional. La jugada maestra vino cuando Leo decidió expandirse y abrir un estudio de tatuajes aquí mismo, en Windale, contratándome como su socio y primer tatuador. Llevaba ya un mes trabajando de ello y, joder, me encantaba. Adoraba el zumbido constante de la máquina, pasarme las horas muertas dando forma a los bocetos y hablar con los clientes sobre el significado de lo que querían grabar para siempre en su piel. Me sentía feliz y realizado con lo que hacía.

Gus se pasaba a diario por el estudio, ya que fue tatuador en el pasado, y ver cómo se le inflaba el pecho de orgullo al verme trabajar era mi mejor recompensa. Si no fuera por Gus, por sus libretas viejas y sus consejos en la caravana, quizá jamás habría cogido un lápiz para empezar a crear. Le agradezco tantas cosas a

ese hombre que sé que nunca podré pagarselas; para mí, siempre será como un padre.

Mientras tanto, la reforma de nuestra preciosa casa iba genial. Compramos la mayoría de los muebles que nos gustaban a los dos, pero lo cierto es que Aria y yo no pudimos esperar a que estuviera terminada. En cuanto tuvimos una cama y la metimos en el dormitorio principal, armamos las maletas y entramos a vivir, porque no aguantabamos más las ganas de empezar nuestra vida y rutina los dos solos, disfrutando de la bendita independencia.

Todo este proceso fue como un sueño del que no quería despertar. Recordaba pintar las paredes con ella mientras ponía música de fondo, se ponía a bailar con la brocha en la mano y terminabamos dejándolo todo perdido entre risas y besos. O montar los muebles en el suelo del salón mientras Aria se volvía loca porque no entendía las instrucciones de los folletos ni sabía dónde iban los malditos tornillos, obligándome a abrazarla por la espalda para resolver el misterio juntos. Y, sobre todo, recordaba las noches tranquilas en nuestro pequeño jardín, hablando de cualquier tontería, riéndonos de la vida y siendo felices el uno con el otro.

Aún quedaban muchas cosas por hacer en la casa, rincones por decorar y detalles que rematar, pero no había ninguna prisa. Ese sería nuestro hogar para el resto de nuestra vida y queríamos que todo fuera perfecto.

El zumbido constante de la máquina de tatuar llenaba el estudio, un sonido rítmico que durante las últimas horas me había mantenido en una especie de trance enfocado. Deslicé la aguja con pulso firme por última vez, rematando las líneas finas de la sombra que le daba profundidad al diseño. Era un dibujo mío, una pieza personalizada que me llevó un par de noches perfeccionar en el papel. Apagué la máquina y el silencio repentino de la sala se sintió casi nítido. Cogí un trozo de papel limpio, empapado en jabón antiséptico, y limpié con cuidado el exceso de tinta negra de la piel enrojecida del brazo del cliente.

—Listo, tío. Echa un vistazo —dije dándole una palmada suave en el hombro no tatuado.

El chaval se levantó de la camilla y se acercó de inmediato al espejo de la pared. Se quedó mirándose el antebrazo durante unos segundos en absoluto silencio, moviendolo para ver cómo la luz incidía en los sombreados. De repente, una sonrisa enorme le cruzó la cara y se giró hacia mí con los ojos encendidos.

—Nevan es una puta pasada, de verdad —soltó pasándose la mano libre por el pelo, alucinado—. Ha quedado muchísimo mejor de lo que parecía en el boceto. Eres un artista, tio.

Sentir ese reconocimiento, ver que alguien iba a llevar una parte de mi arte grabada en su piel para siempre, me dio un subidón de orgullo tremendo. Le apliqué el protector, envolví el tatuaje con el plástico film y le di las recomendaciones habituales de cuidado mientras me pagaba. En cuanto cruzó la puerta, me puse en marcha a contrarreloj. Tiré los guantes a la basura, desinfecte la camilla, guardé las agujas en el contenedor de seguridad y dejé la mesa de trabajo impecable para el día siguiente. Apagué las luces del estudio, cerré la puerta con llave y giré el cartel de la entrada. Ya llegaba tarde.

Me subí al coche de un salto y conduje a toda prisa por las calles de Windale hacia el centro del pueblo. Al doblar la esquina donde se encontraba el renovado edificio de ladrillo, me di cuenta de que aparcar iba a ser una misión imposible. La calle peatonal estaba a rebosar. Había muchísima gente agolpada frente a la entrada principal: madres sosteniendo a sus hijas pequeñas de la mano, adolescentes emocionadas comentando los horarios y un buen puñado de vecinos cotillas que se habían acercado para no perderse el evento del año en el pueblo. El edificio, que tres meses atrás era un cascarón abandonado y cubierto de polvo, lucía ahora imponente, con los ventanales limpios reflejando el cielo de la tarde y el elegante cartel de la *Soft Whisper Dance Academy* presidiendo la entrada.

Me bajé del coche y empecé a abrirme paso entre la multitud. Debido a mi altura, no me costó demasiado localizarla por encima de las cabezas de la gente. Aria estaba allí, plantada justo al lado de la puerta principal, hablando de forma animada e ilusionada con una mujer del pueblo.

Al verla, se me cortó la respiración de golpe, como si fuera la primera vez que la miraba en lavida. Estaba radiante. Llevaba un vestido largo y elegante de color verde claro que realzaba su figura y contrastaba de manera hermosa con su piel. Tenía su melena dorada recogida en un moño alto y sofisticado, pero había dejado dos mechones sueltos a cada lado que le caían con suavidad, enmarcando a la perfección su precioso rostro. Ese mismo rostro que tenía la maldita y jodida suerte de ver todas las mañanas, adormilado, despertando a mi lado en nuestra cama.

En un movimiento reflejo, Aria desvió la mirada de la mujer y recorrió la masa de gente hasta que sus ojos se cruzaron con los míos. Al instante, toda la formalidad de su postura se derritió; sus ojos se llenaron de una ternura infinita y me dedicó una sonrisa inmensa, de esas que eran solo para mí. Le sostuve la mirada, guiñé un ojo y le devolví la sonrisa, intentando transmitirle todo mi apoyo, mi orgullo y el amor que me desbordaba el pecho. Ella asintió, más tranquila al saber que ya estaba allí.

John se acercó a ella para entregarle unas tijeras enormes de metal plateado. La multitud empezó a guardar silencio, cerrando el círculo alrededor de la entrada donde una cinta roja brillante bloqueaba el acceso. Aria se colocó en el centro de la escalinata, respiró hondo y miró a todos los presentes con una seguridad que me hizo sonreír. Después de todos los meses de lágrimas, de dudar de sí misma, de romper con las expectativas de su madre y de machacarse las manos pintando paredes, el momento había llegado. Sujetó las tijeras con mano firme, posicionó las cuchillas sobre la tela y, con un corte limpio y decidido, dividió la cinta roja en dos.

Los aplausos y los vítores estallaron con fuerza entre la gente, rompiendo la tensión del ambiente. Aria soltó las tijeras sobre una

pequeña mesa lateral y abrió de par en par las grandes puertas de madera de la academia, invitando a todo el mundo a pasar y conocer las instalaciones. La gente empezó a entrar en tropel, maravillándose con el olor a madera y los espacios iluminados que ella misma había diseñado.

Aproveché el flujo de gente para colarme en dirección opuesta, directo hacia ella, que se quedó un poco a un lado de la entrada observando el éxito de su apertura. No esperé a que me dijera nada. La agarré de la cintura, atrayéndola hacia mi cuerpo sin importarme que medio pueblo estuviera mirando, y la uní a mí en un beso profundo y lleno de una felicidad compartida que nos hizo sonreír en mitad del acto.

—Enhorabuena, bombón —susurré contra sus labios en cuanto nos separamos un poco, manteniendo mis manos fijas en sus caderas—. Lo has conseguido. Tu propia academia de baile está abierta. Estoy tan orgulloso de ti que no quepo en mí.

La tarde se evaporó entre una marea de música, risas y felicitaciones. La inauguración de la *Soft Whisper Dance Academy* fue un éxito rotundo, una locura absoluta que superó cualquiera de nuestras expectativas. Decenas de madres del pueblo y de los alrededores colapsaron la recepción, ansiosas por apuntar a sus hijas en clases. Aria no dio abasto en toda la tarde; la vi correr de un lado a otro con las plantillas de inscripción, responder preguntas con una paciencia infinita y guiar a los grupos por las salas con una pasión que contagiaba a cualquiera que la mirara. Nuestros amigos no la soltaron ni un solo segundo, haciendo de barrera cuando la multitud amenazaba con agobiarla o ayudando a repartir los aperitivos.

Cuando por fin el último vecino cruzó la puerta y las luces de la academia se apagaron, el silencio de la noche nos recibió. Estábamos agotados, pero con una adrenalina flotando en el aire que nos impedía irnos a dormir.

Sin pensarlo dos veces, nos fuimos todos a nuestro jardín. A ese pequeño pedazo de tierra detrás de nuestra nueva casa que, en apenas tres meses, se había convertido en el escenario de nuestras mejores tardes. Era el rincón donde ya celebramos los primeros bocetos de mis tatuajes, donde ahogamos los miedos del juicio y donde nos sentábamos a ver las estrellas. Encendimos las hileras de luces cálidas y nos repartimos por el porche, con unas cervezas frías en las manos y los pies descalzos sobre el césped.

Ahí estábamos todos reunidos: Elara, Eiden, Jack, Ivelle y Sienna, que en la puta vida se perdería un día tan importante para su mejor amiga.

—¡Os lo dije! —exclamó Sienna, rompiendo el silencio de la noche mientras daba un trago a su botella y gesticulaba de esa manera tan suya—. Windale no estaba preparado para el huracán Morgan. Tenías a la mitad de las madres del condado suplicándote por una plaza, nena. ¡Eres una empresaria de éxito!

—Todavía no me lo creo —admitió Aria, dejándose caer en una de las sillas, con las mejillas todavía encendidas por la emoción—. Cuando vi a tanta gente en la entrada pensé que me iba a dar algo. Creí que nadie vendría.

—¿Estás de coña? —Eiden soltó una carcajada ronca, pasando un brazo por encima de los hombros de Elara—. El pueblo entero se moría por ver el milagro que has hecho con ese edificio viejo. Aunque, ahora que lo pienso... espero que no les enseñes a tus alumnas a montar los muebles de la academia, porque si no, el negocio se nos va a pique el mes que viene.

—¡Oye! —protestó Aria, lanzándole un cojín de la silla entre risas—. Ya te dije que las instrucciones del mostrador estaban mal traducidas. Los tornillos no encajaban.

—Sí, claro. Échale la culpa al folleto —chinchó Jack desde su rincón. Tenía su sonrisa de lado, mucho más relajada de lo habitual.

—Hiciste un trabajo increíble, Aria —añadió Elara con esa voz suave y dulce que siempre transmitía paz—. El espacio tiene una luz preciosa. Dan ganas de ponerse a bailar solo con entrar.

—Tiene toda la razón —secundó Ivelle, guiñandole un ojo a mi chica —. Es el sitio más bonito de todo el pueblo. Te lo has currado muchísimo estos meses, te mereces todo lo bueno que te pase.

Me mantuve un paso por detrás, apoyado contra la pared de madera de nuestra casa, observando la escena en silencio. Le di un trago largo a mi cerveza y dejé que la calidez del momento me calara hasta los huesos. Miré a Eiden, que bromeaba con Sienna; a Elara y a Ivelle riéndose juntas; a Jack, que por fin parecía respirar tranquilo.

Esta gente que estaba aquí reunida, alborotando nuestro jardín a medianoche, no eran solo nuestros amigos si no nuestra familia. Esa que no comparte tu misma sangre, pero que se escoge con el corazón y te llena el alma de una manera que las palabras no alcanzan a explicar. Eran los que nos sostuvieron cuando todo se caía a pedazos, los que rezaron por mí en la sala de un hospital y los que ahora celebraban nuestras victorias como si fueran propias. Sentí una oleada de amor y de un orgullo inconmensurable de tenerlos a cada uno de ellos en mi vida.

Al fin, mis ojos se posaron en Aria. Mi otra mitad. La mujer que había encontrado el camino de vuelta a mí, huyendo de sus propias prisiones y que, sin darse cuenta, terminó derribando los muros de la mía.

Me acerqué despacio por detrás, sin hacer ruido sobre el césped. Aria estaba explicando animada algo sobre el suelo de parqué de la sala principal, moviendo las manos con esa gracia innata que me volvía loco. Pasé mis brazos por su cintura, rodeándola con firmeza, y la pegué por completo contra mi pecho. Soltó un suspiro suave y se relajó contra mí, dejando caer su cabeza hacia atrás para que pudiera apoyar mis labios en su coronilla en un beso lento y prolongado.

Nuestros amigos continuaron hablando, acostumbrados ya a nuestras muestras de afecto pero, para mí el mundo se detuvo. Sosteniéndola entre mis brazos en el porche de la casa que habíamos construido juntos, rodeado de la gente que amaba, me sentí pleno, feliz y en paz.

Miré hacia el horizonte oscuro de Windale, sabiendo que ya no quedaban deudas con el pasado ni miedos que nos obligaran a escondernos. Deseaba con todas mis fuerzas vivir el resto de mi vida con ganas, exprimir cada segundo, porque sabía que si ellos estaban a mi lado, no había tormenta que pudiera tumbarnos.

Esto no era el final de nada. Era el comienzo de una larga y hermosa historia que todavía estaba por escribir.

Epílogo

Nevan

Cinco años más tarde…

Estos años pasaron volando, transformando por completo el paisaje de mi vida. Si el Nevan de veinticuatro años pudiera asomarse por una rendija del tiempo a este caluroso día de agosto, jamás habría creído la escena que se extendía ante sus ojos.

El jardín de nuestra casa, el mismo que levantamos a base de reformas, risas y cajas de pizza, estaba invadido por globos de colores, guirnaldas y el caos sonoro que solo un niño puede provocar. Estábamos celebrando el quinto cumpleaños de Liam, mi hermanito pequeño.

—¡Que no me pillas, Nevan! —gritó el renacuajo, corriendo descalzo por el césped con la cara manchada de chocolate y una risa que contagiaba a cualquiera.

—¿Ah, sí? ¡Vas a ver lo que le pasa a los fugitivos! —rugí fingiendo una voz de monstruo mientras acortaba la distancia con mis zancadas largas.

Lo atrapé por la cintura en un movimiento rápido, levantándolo en vilo mientras él pataleaba y se partía a carcajadas. Lo lancé al aire para atraparlo contra mi pecho, llenándole la mejilla de cosquillas con mi barba. Le tenía un amor tremendo a ese pequeñajo. Desde el mismísimo día en que nació, me desviví por pasar cada segundo libre a su lado. Me lo llevaba al estudio de tatuajes, le enseñaba a sostener los lápices para que hiciera sus propios garabatos en mis

libretas viejas y, para qué mentir, lo malcriaba con todas las fuerzas que mi posición de hermano mayor me permitía.

Alcé la vista mientras Liam se estabilizaba en mis brazos y divisé al otro lado del jardín a mi madre y a John. Estaban sentados en el porche, compartiendo una jarra de limonada y mirándonos con una sonrisa cómplice y rebosante de orgullo. La relación con ellos hacía ya muchísimo tiempo que dejó de ser tensa o incómoda. Los quería. Costó sudor, terapia y muchas conversaciones honestas pero, por fin sentía de verdad que todo el dolor de mi infancia había quedado enterrado en el pasado. Éramos una familia real, de las que se apoyan de verdad.

En ese momento, la puerta del porche se abrió de par en par y Aria apareció en el jardín cargando un bol gigante de patatas fritas. A sus costados, flanqueándola con una atención casi militar, caminaban Isabel y William, sus padres, asegurándose de que no diera un paso en falso.

Giré la cabeza hacia ella y el mundo entero volvió a perder su sonido. La miré con todo el amor que me cabía en el pecho, un amor que lejos de apagarse con los años, no había hecho más que volverse más maduro. Aria estaba deslumbrante. Llevaba un vestido veraniego de flores holgado, pero la tela no podía —ni quería— ocultar su ya avanzada barriga de embarazada.

Dejé a Liam en el suelo con una palmadita en la espalda y caminé directo hacia ella. En cuanto me tuvo a su alcance, Aria me dedicó esa sonrisa inmensa que seguía siendo mi único norte en el mapa. Dejé el bol de patatas sobre la mesa exterior, la tomé de la nuca y le di un beso lento y profundo en los labios, saboreándola.

—Hola, bombón —susurré contra su boca.

—Hola, papá oso —bromeó ella, con los ojos chispeantes.

Sin romper el contacto físico, me agaché sobre una rodilla frente a ella. Deslicé mis manos grandes por la tela de su vestido, acunando

la curva perfecta de su vientre, y deposité un beso cálido y prolongado sobre su barriga.

Sí, chicos, estábamos esperando para ser padres. Y estábamos ilusionados, con una felicidad que a veces me asustaba por lo grande que era. Además, ya sabíamos con certeza que iba a ser una niña la que, estaba seguro, iba a malcriar como a nadie en este planeta porque se convertiría en mi pequeña princesa desde el primer segundo en que respirara.

Recordar el momento en que nos enteramos de que venía en camino todavía me ponía la piel de gallina. Fue una auténtica montaña rusa de emociones. Al principio, el miedo nos atenazó; los dos veníamos de pasados tan complicados que el terror a repetir los errores de nuestros padres nos paralizó durante unas horas. Lloramos juntos en el baño de nuestra casa, abrazados en el suelo, mezclando lágrimas de alegría con el pánico más visceral. Pero nos recompusimos, como siempre hacíamos.

A ese pánico inicial se le sumó el temor de Aria a que el embarazo frenara en seco todo su trabajo en la academia. Le había dedicado tanta alma en estos cinco años… Se corrió la voz de una manera increíble y ahora venían alumnos de muchos lugares diferentes gracias al excelente trabajo que había hecho. La idea de parar la asustaba, pero todos nos volcamos a una para apoyarla. Ella demostró la fuerza que tiene: siguió dando clases adaptadas, mucho más suaves, hasta que el avance del embarazo se lo imposibilitó por completo. E incluso entonces, no dejó de ir ni un solo día para supervisar los ensayos y estar cerca de sus alumnas, a las que adoraba.

Apoyé a Aria en todo momento desde ese día. No me había perdido ni una sola ecografía, aguantaba sus antojos nocturnos más raros y estaba ahí para abrazarla en cada día malo o en cada bajón emocional provocado por las hormonas. La amaba con todo mi corazón y estaba deseando empezar esta nueva etapa juntos; no tenía la menor duda de que sería una madre increíble.

Por mi parte, el estudio de tatuajes también iba viento en popa. En este tiempo logramos expandir el negocio a más sitios y no podía sentirme más feliz y realizado. Estaba muy contento con mi trabajo; ver que los clientes siempre salían impecables, contentos y agradecidos con lo que les grababa en la piel me confirmaba que valía la pena cada trazo.

Me puse en pie, rodeando su barriga con mi brazo para que descargara parte de su peso en mí, y miré a sus padres.

—Espero que no la estéis haciendo cargar con mucho peso —dije con un tono divertido, alzando una ceja hacia Isabel.

—Por favor, Nevan, si por nosotros fuera, Aria estaría en una silla de ruedas hasta el día del parto —respondió Isabel, soltando una risa elegante mientras recolocaba uno de los vasos en la mesa—. Pero ya sabes cómo es tu mujer de cabezota. No se queda quieta ni aunque se lo ordene un juez.

—Tiene toda la razón del mundo —coincidió Michael, su padre, dándome una palmada afectuosa en el hombro—. Intenta convencer a una Morgan de que descanse. Yo pasé más de veinte años intentándolo y sigo sin conseguirlo.

—¡Oíd, que sigo aquí! —protestó Aria, fingiendo indignación mientras se cruzaba de brazos, aunque la traicionó su sonrisa—. Solo son unas patatas, papá. Puedo con ello.

Antes de que alguno pudiera replicar, sentí un tirón brusco y familiar en la pernera de mis vaqueros. Bajé la mirada y me encontré con los ojos enormes de Liam, que se había enganchado a mi pierna como un koala, usando todo su cuerpo para llamar mi atención.

—¡Nevan, Nevan! —pidió el pequeño, tirando de mi pantalón con insistencia—. ¡Papá dice que ya casi va a encender las velas de la tarta, pero quiero que me hagas el avión una vez más antes de cantar! ¡Por favoooooor!

Aria soltó una carcajada, apoyando su mano sobre mi hombro, mientras sus padres miraban la escena con ternura. Miré al

cumpleañero, luego la tripa de mi mujer, y una sensación de paz me inundó las venas.

—Está bien, renacuajo. Súbe a bordo —dije, agachándome para cargarlo de nuevo mientras los globos de colores flotaban bajo el sol de agosto, completando la estampa perfecta de nuestra felicidad.

Aria

El dolor era una ola gigantesca, ciega y abrasadora que amenazaba con arrastrarme por completo. No había música, ni coreografía, ni control posible; solo la fuerza de la naturaleza abriéndose paso a través de mi cuerpo. Sentía la piel arder, la respiración entrecortada y el pitido sordo del monitor del hospital marcando el ritmo de mis contracciones.

Pero en mitad de aquel caos doloroso, había una constante. Una roca inamovible a la que me aferraba con la fuerza de una náufraga.

—Mírame, Aria. Solo mírame a mí, bombón. Lo estás haciendo muy bien —la voz de Nevan, cargada de una urgencia protectora, me devolvió a la realidad.

Tenía mis dedos entrelazados con los suyos, apretando con tanta fuerza que estaba segura de que iba a romperle la mano, pero él ni parpadeaba. Con su otra mano, me apartaba el pelo empapado en sudor de la frente, pegando su frente contra la mía. Sus ojos estaban fijos en los míos, inyectándome una dosis de coraje.

—Una última vez, cariño. Solo un empujón más y la tenemos aquí con nosotros. Te lo prometo —susurró contra mis labios, y juré ver una lágrima resbalar por su mejilla, pero su voz no tembló.

Apreté los dientes, reuní el último aliento que me quedaba en los pulmones y canalicé todo el amor, el miedo y la esperanza de los últimos cinco años en ese último esfuerzo. El dolor llegó a su punto álgido y, de repente, una sensación de vacío me recorrió seguida, un

segundo después, por el sonido más desgarrador, hermoso y puro que jamás había escuchado en toda mi vida.

Un llanto agudo y enérgico llenó la sala de partos.

Me dejé caer hacia atrás sobre las almohadas, exhausta, temblando de arriba abajo. Nevan soltó un jadeo ahogado, un sonido que era mitad risa y mitad sollozo, y me besó la frente con una devoción casi religiosa antes de girar la cabeza hacia los médicos. Cuando volvió a mirarme, su rostro estaba bañado en lágrimas.

—Es ella, Aria —susurró con la voz rota—. Nuestra pequeña ya está aquí.

Unas horas más tarde, la agitación del equipo médico y las visitas rápidas de nuestras familias se habían desvanecido. La habitación del hospital quedó sumida en una penumbra azulada y pacífica, iluminada solo por la suave lámpara de la mesilla de noche. El silencio era absoluto, un contraste maravilloso con la tormenta de la mañana.

Nevan arrastró un sillón justo al lado de mi cama. Estaba sentado muy cerca de mí, con los hombros relajados y la mirada perdida en el pequeño bulto envuelto en una manta de algodón rosa que sostenía contra mi pecho.

Nuestra hija. Olivia Grayson Morgan.

Tenía una pequeña pelusa de cabello rubio, la piel todavía un poco sonrosada y unos dedos diminutos que se aferraban con fuerza ciega al dedo índice de Nevan. Ver la mano enorme de mi hombre, tosca, curtida y tatuada, siendo prisionera de los dedos de nuestra bebé era una imagen de una ternura tan devastadora que me hacía doler el pecho.

—Sigue pareciéndome un milagro de la hostia —murmuró Nevan en un susurro casi inaudible, temiendo romper el encanto de la habitación—. Mírala, cariño. Es... es perfecta. Es la cosa más hermosa que he visto jamás.

—Tiene tu nariz, Nevan —apunté con una sonrisa suave, estirando la mano libre para acariciarle la nuca, sintiendo la calidez de su piel.

Él soltó una risa ronca, muy baja, y se inclinó hacia delante para apoyar sus labios con una delicadeza infinita en la frente de Olivia. La pequeña soltó un leve suspiro dormida, acomodándose mejor contra mi cuerpo.

Supongo que la vida tenía esto preparado para nosotros. Dos personas que crecieron rodeadas de muros, de silencios impuestos y de un dolor que amenazaba con devorarnos; ahora sosteníamos en los brazos una vida nueva. Sin manchas. Sin pasados oscuros. Olivia era el lienzo en blanco más perfecto que el destino nos había regalado.

Nevan se enderezó y cambió su mirada hacia mí. El brillo de sus ojos ya no arrastraba los fantasmas de la clínica, ni el miedo a su padre, ni la rabia de aquellos años perdidos en Windale. Ahora solo había paz, una dorada y sólida. Me tomó de la barbilla con suavidad y me unió a él en un beso pausado que sabía a refugio.

—Gracias, Morgan —susurró contra mis labios, rozando su mejilla con la mía—. Gracias por volver a este pueblo. Gracias por no rendirte conmigo cuando era un puto desastre.

—Siempre iba a volver a ti, Nevan —respondí entrelazando mis dedos en su cabello rubio—. Te lo dije hace cinco años: tú eres mi hogar. Y ahora, nuestra casa tiene una habitación más.

Él me dedicó esa sonrisa que seguía volviéndome loca como el primer día, y se acomodó a mi lado en la cama, rodeándonos a Olivia y a mí con sus brazos fuertes, manteniéndonos a salvo del resto del universo.

Miré al amor de mi vida, luego a mi hija durmiendo en mis brazos y cerré los ojos con la certeza absoluta de que el libro de nuestras vidas por fin había encontrado su melodía perfecta.

El viaje fue duro pero qué hermoso era el destino cuando te dejaba en el lugar correcto.

Capítulo Extra

Ivelle

El coche de Nevan se alejó por la carretera, volviéndose cada vez más pequeño hasta que se convirtió en un punto en el horizonte de Windale. Nos acabábamos de despedir de él y, la verdad, el ambiente se quedó silencioso. Elara y Eiden ya se marcharon hacía unas horas pero, Nevan, fiel a su estilo, insistió en llevar su propio coche. Dijo que era por si le agobiaba la gran ciudad y quería volver antes que ellos, pero todos sabíamos que solo necesitaba tener una vía de escape.

Y ahora, la vía de escape la necesitaba yo. Porque cuando la nube de polvo se disipó bajo el sol abrasador de mediados de julio, me di cuenta de la cruda realidad: el grupo se había disuelto por un tiempo y nos habíamos quedado solos.

Bueno, a ver, en el pueblo seguía habiendo gente. El bar de James estaba lleno, la señora de la frutería seguía cotilleando en la esquina y la vida seguía. Pero en lo que respecta a mi burbuja social, solo quedábamos dos supervivientes.

Giré la cabeza hacia la derecha. A un metro de mí, Jack observaba el trozo de carretera vacía con los brazos cruzados sobre su pecho «un pecho ridículamente ancho, todo sea dicho, culpa de pasarse la vida cargando pacas de paja en el rancho». Llevaba una camisa vaquera con las mangas remangadas hasta los codos, unos vaqueros desgastados y esa gorra que le tapaba la mirada, pero no esos ojos verdes que me traían de cabeza desde que tenía diez malditos años.

«Diez años», se dice pronto. Cuando entró por primera vez por la puerta de mi casa para jugar con Ethan, mi hermano mellizo, yo casi me atraganto con una gominola de cocacola. Desde entonces, mi cerebro desarrolló una fijación insana por el chico reservado del rancho.

—Bueno —dije rompiendo el silencio con mi habitual exceso de energía—. Oficialmente desamparados. ¿Qué hacemos ahora? ¿Montamos una timba de póker ilegal o nos deprimimos en bucle hasta que vuelvan?

Jack exhaló un suspiro por la nariz, de esos que usaba para comunicarse el noventa por ciento del tiempo, y recolocó su gorra.

—Ir a trabajar, Ivelle. Eso es lo que hace la gente normal.

«Auch». Directo y al grano. Tan simpático como un dolor de muelas, el tío. Pero claro, yo no era una persona normal; era una chica con demasiadas pecas y cafeína en sangre y una carrera de Veterinaria a medio terminar que requería toda mi atención si no quería acabar operando lagartijas en el patio de mi casa.

—Qué soso eres, vaquero —chinché dándole un suave codazo en el brazo. «*Error*». Su brazo era como una puta roca de granito. Casi me desmonto el codo—. Podrías disimular un poco que te encanta quedarte a solas conmigo en Windale. Sé que en el fondo tu corazoncito de piedra está dando saltos de alegría.

Jack se tensó. Lo vi a la perfección. Su mandíbula se apretó tanto que creí que le iba a estallar un diente. Giró el rostro hacia mí y me clavó esos ojos verdes con una seriedad aplastante. Esos ojos que gritaban «*aléjate*» pero, que a mí, por desgracia para mi salud mental, me daban ganas de todo lo contrario.

—Tengo que volver al rancho, mi madre me espera con Emma —dijo con esa voz grave y calmada que usaba para poner distancia. Ese muro invisible que construía a su alrededor para que nadie supiera qué coño estaba pensando—. ¿Te llevo a casa o vas a quedarte aquí a ver si el coche da la vuelta?

—Llévame, anda. No tengo ganas de caminar bajo este sol si puedo ir en tu camioneta destartalada que huele a caballo y a testosterona.

Caminamos hacia su coche. Verlo andar por delante de mí, con ese paso seguro de tío que sabe con exactitud lo que mide y lo que pesa, era una tortura. En especial porque el espacio entre nosotros se sentía cargado. Había una electricidad estática flotando en el ambiente que no tenía nada que ver con el calor de julio y sí mucho que ver con «*El Incidente*».

Porque sí, amigos, en nuestro historial había un secreto de estado.

Hacía unos meses, en la fiesta que montamos en casa cuando Ethan estuvo en Windale de vacaciones, justo el día antes de que tuviera que subirse a un avión para volver a sus estudios en Sídney, el alcohol, la música baja y un pasillo oscuro se alinearon de forma catastrófica. Jack me acorraló contra la pared para decirme que me fuera a dormir, yo le contesté una bordería y, antes de que mi cerebro hiperactivo pudiera procesarlo, sus labios estaban sobre los míos. Fue un beso corto, de esos que te queman hasta las pestañas, lleno de una rabia y un deseo que me dejaron temblando. Pero en cuanto se separó, la culpa por cruzar esa línea estando Ethan allí mismo le golpeó la cara. Se encerró en su muro de hielo, se volvió el doble de distante y actuó como si aquello jamás hubiera pasado.

Pero pasó. Y ahora que estábamos a solas en el pueblo, el recuerdo quemaba más que nunca.

Me subí de un salto al asiento del copiloto de la camioneta. Jack arrancó el motor, que rugió de mala gana, y apoyó el brazo en la ventanilla mientras salíamos del arcén.

—Por cierto —dije mirando por la ventana mientras intentaba sonar lo más casual posible—. La semana que viene empiezo las prácticas obligatorias de la carrera. De grandes animales, ya sabes. Vacas, caballos, esas cosas que huelen mal pero que a mí me encantan.

Jack no apartó los ojos de la carretera, pero noté cómo sus dedos se apretaban un poco más alrededor del volante.

—¿Y? —preguntó, seco.

—Y... el profesor me ha asignado el Rancho Miller. De hecho, ayer llamé a tu madre para pedirle su aprobación y me dijo que le parecía una idea fantástica, que os vendría de perlas una mano extra en estas fechas. Así que allí estaré el lunes.

Jack clavó el freno de golpe en mitad del camino de tierra, haciendo que los neumáticos derraparan y que me fuera hacia delante, salvada por el cinturón. Se giró hacia mí, desarmado por completo por primera vez en meses. La fachada de tipo duro se le acababa de agrietar de arriba a abajo.

—Dime que es una broma, Ivelle.

Le dediqué mi sonrisa más inocente y deslumbrante, aunque por dentro mi corazón estaba bailando la macarena a mil revoluciones por minuto.

—Para nada, vaquero. Prepárate, porque a partir del próximo lunes vamos a pasar muchas, muchas horas juntos.

Jack tragó saliva, mirando mis labios antes de volver a clavar la vista al frente y reanudar la marcha en un silencio sepulcral. Sonreí para mis adentros.

Ethan estaba en la otra punta del mundo, en Australia. Nuestros amigos, en Los Ángeles. Y nosotros dos estábamos a punto de encerrarnos en el mismo rancho.

En definitiva, Windale se iba a volver un lugar muy, muy interesante.

Agradecimientos

Por fin. He terminado mi segundo libro y todavía me cuesta creer que esté aquí, escribiendo estas líneas. No voy a mentir: ha sido una historia que me ha costado bastantes dolores de cabeza. Sin embargo, Aria y Nevan me han llenado de una manera que no puedo ni explicar; son dos personajes complejos, rotos y llenos de matices que he amado escribir y que, ahora que cierro su viaje, ya echo de menos.

A mi novio: Gracias por estar ahí para apoyarme desde el primer día. Te quiero, amor. Eres el motor que me ayuda a seguir adelante y a creer en mí en mi día a día.

A mis bizcochitos, Andrea y Moon: Gracias por ser mis amigas, por estar a mi lado en todo momento y por hacerme los días muchísimo más bonitos. Os quiero, mis preciosas.

A Lydia: Estoy tan agradecida con la vida por haberme cruzado en tu camino. Eres una persona que me ha demostrado que las buenas amigas de verdad existen. Te agradezco de corazón que aguantes mi carácter y que me escuches siempre que lo necesito. Además, eres una artista increíble; mil gracias por crear los diseños de esos preciosos marcapáginas y por la ilustración de Nevan y Aria. Les has dado vida a mis pequeños.

A Nani: Gracias por ser mi amiga y mi correctora. Eres de las mejores personas que me ha cruzado la vida y, para mí, ya eres familia, aunque nos separen muchos kilómetros. Te quiero.

A mis preciosas betas —Karol, Carla, Andrea y Lydia—: No sabéis lo bien que me lo he pasado leyendo vuestros comentarios, viendo cómo chillabais con Nevan y cómo llorabais porque soy un poco mala y me gusta haceros sufrir un poquito. Sin vosotras, este libro no hubiera sido lo mismo.

A mi madre y a mi hermana: Mamá, gracias por ser la que me dio un libro por primera vez y me compraba uno nuevo cada vez que los devoraba. Gracias por leer los cuentos que escribía de pequeña y por animarme a seguir siempre; gracias por creer en mí desde el principio. A mi hermana, por ser mi pilar desde que tengo cuatro años. La vida me dio el mejor regalo del mundo cuando naciste: mi compañera de vida, de risas y de llantos. Te quiero, pequeña.

Y, por último, a ti, que tienes este libro entre las manos: Gracias por confiar en mi historia y por adentrarte en el mundo de estos personajes tan complicados y rotos. Cada uno de vuestros posts y de vuestras reseñas me hace una ilusión enorme. Sin vosotros, nada de esto sería posible. Espero que nos volvamos a encontrar entre páginas.

Nos vemos muy pronto.

Books By This Author

Caminos Trazados

Descubre la primera entrega de la serie Caminos, donde conocereis mucho mejor la historia de Eiden y Elara en el pequeño pueblo de Windale.
Una historia llena de amor, recuerdos, secretos, amistad y mucho pasado que resolver.

Elara Montclaire

Escapar a Windale parecía la solución perfecta. Un lugar tranquilo donde dejar atrás los recuerdos dolorosos y el miedo constante que había marcado mi vida. Pero ni los fantasmas del pasado, ni los mensajes amenazantes, desaparecen tan fácilmente. Y entonces apareció Eiden, alguien que me hace sentir segura, pero que también esconde sus propios secretos.

Eiden Thorn

Desde que Elara llegó a mi vida, he querido ser mejor, dejar atrás todo el caos que me consume. Pero los secretos que oculto son profundos, y temo que si ella descubre lo que realmente soy, lo perderé todo. A pesar de querer salvarla, me pregunto si realmente soy capaz de salvarme a mí mismo.

Ambos cargan cicatrices que no pueden borrar.

Ambos quieren salvarse.
Pero ¿puede el amor ser suficiente para curar a dos personas rotas?
